

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA**

**OBRAS COMPLETAS**

**DE**

**JOAQUIN V. GONZALEZ**

*Edición ordenada por el Congreso  
de la Nación Argentina*

**Volumen XVII**

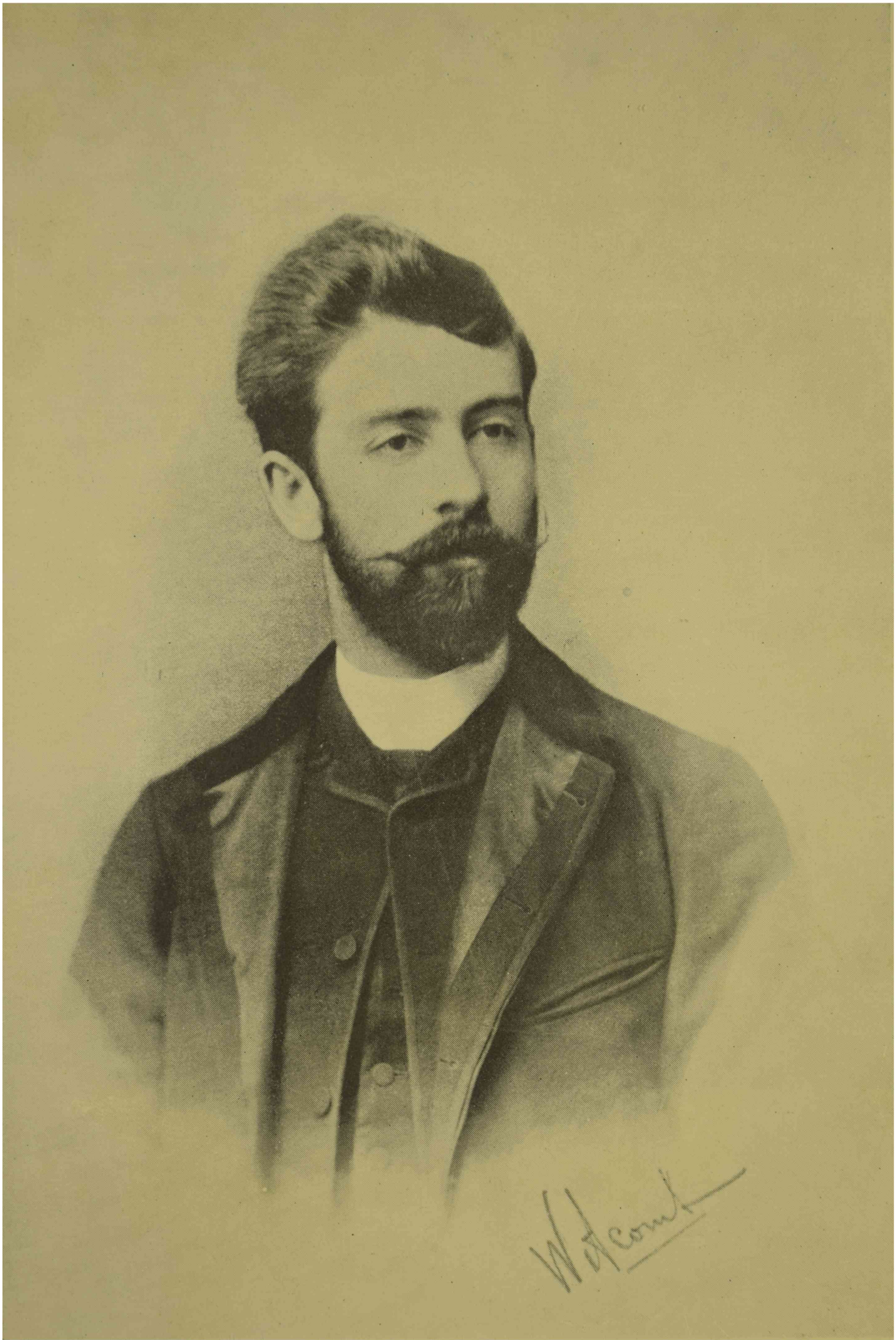
**BUENOS AIRES**

**1936**



**OBRAS COMPLETAS**  
**DE**  
**JOAQUIN V. GONZALEZ**





**JOAQUÍN V. GONZÁLEZ**

*Buenos Aires, 1888*



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

**OBRAS COMPLETAS**

**DE**

**JOAQUIN V. GONZALEZ**

*Edición ordenada por el Congreso  
de la Nación Argentina*

**Volumen XVII**

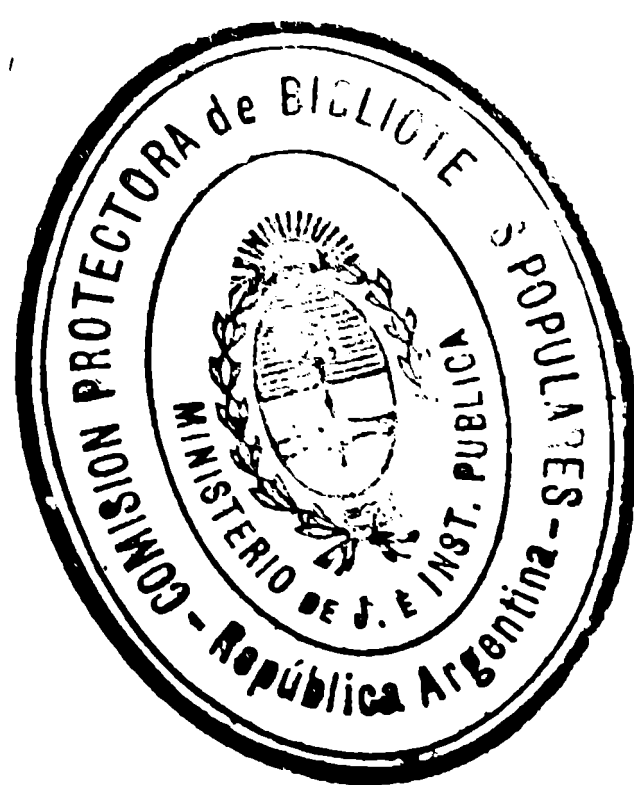
**BUENOS AIRES**

**1936**

*Es propiedad. Se ha hecho el depósito de ley.*  
IMPRESA MERCATALI, ACOYTE 271. — BUENOS AIRES.

# LA TRADICION NACIONAL

1888







*Las cartas que en reproducción facsimilar se incluyen, fueron agregadas por el General Mitre al ejemplar especial N° 20 de LA TRADICIÓN NACIONAL, que se conserva en su biblioteca particular, hoy del Museo Mitre.*







San Martín

Contrabando  
Mayo 28  
Buenos Aires  
Mayo 25  
1849

Distinguido Señor

Remito a Vd. con todo  
temor un ejemplar especial  
de mi libro "La Tradición  
Nacional", aparecido el año  
pasado, y como el va de  
lindo tarde a sus manos,  
es de mi deber explicarle  
la causa de tal retraso

Ante todo, nunca creí  
que tan pobre trabajo pa-  
sara los límites del redu-  
cido círculo de mis am-  
gos íntimos, y tenía pue-  
so en manos de escritores  
de la Talla de Vd., porque  
no se me tachase de oca-  
do; y luego, las continuas

---

y no interrumpidos tareas  
que me ocupan, me pre-  
ocupa de poder hacer una  
distribucion ordenada  
como tambien deseado  
Carpis, pues, en la banda  
de 2<sup>a</sup>, que sabra' de  
culpas una denuncia que  
tiene por causa la in-  
genua importancia que  
di' a' mi Trabajo pero  
una vez que il. ha sido  
juzgado benivolamente  
por criterios respetables,  
me he animado a' des-  
tribuirlo en esferas mas  
altas, y no podria du-  
darse que tributaria  
una ofrenda al ilustre  
Historiador argentino  
Aceptelo como un tri-  
buto de un joven que

no tiene en su vida  
privada, política y  
literaria, otro rumbo  
ni otro credo que la  
gloria de esta patria  
que ha aprendido a ve-  
nerar en los grandes ejem-  
plos de la historia.

Seré muy feliz si le  
merezo una palabra  
de aliento, no por vani-  
dad literaria, sino por  
el legítimo anhelo de  
saber si, por lo menos,  
he hecho algo digno de  
mi patria.

Aprovecho la ocasión  
de ofrecer a Vd. mis  
humiltes servicios y  
una manifestación de  
mi sincera y  
de la simpatía que  
me inspira los momentos



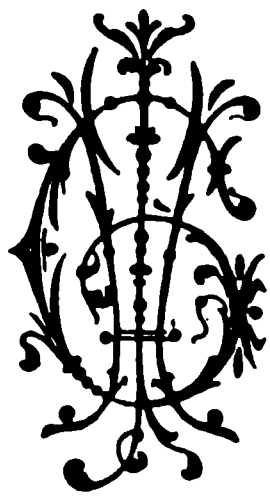
de nuestros lectos.

Diego A. y S.

J. V. Gonzalez

Fr. Geron. D. Bartolomeo Mitre

P



Buenos Aires

Junio 4/87.

Muy distinguido Señor

Con verdadero orgullo  
he recibido su atenta y no-  
table carta, en que se digna  
ocuparse de mi librito  
"La Tradición Nacional", que  
está muy lejos de mere-  
cer la benévola atención  
que Ud. le ha dispensado.

Podría explicar deta-  
lladamente la causa,  
o mejor aún, la razón  
de las afirmaciones que  
me combate, pero pre-  
fiero meditarlas con  
mayor estudio, y poder  
llegar a convencirme  
de mis errores, que darlos;

a no dudarlo, merezco  
más que los que su hon-  
dad le ha permitido  
notar.

Conservaré en carta  
como uno de los más  
altos estímulos que he  
recibido en mi nivel  
de carrera literaria,  
y como un honor que  
sabré ostentar bien  
para ante el público  
que juzga a los que,  
bien o mal, cultiva-  
mos las letras.

Seré muy feliz si Ud.  
acepta mi gratitud  
y mi sincera amistad.

En a y s s

J. G. González



L. General

D. Martine' Nittne

P.



JOAQUIN V. GONZALEZ



LA  
TRADICION  
NACIONAL



*BUENOS AIRES.*  
FÉLIX LAJOUANE, EDITOR  
49 — CALLE PERÚ — 53  
M DCCC LXXVIII



***CARTA DEL GENERAL MITRE***



CARTA DEL GENERAL MITRE \*

Buenos Aires, mayo 28 de 1889.

Señor doctor Joaquín V. González

*Distinguido compatriota:*

LA TRADICIÓN NACIONAL era un libro que faltaba en mi Biblioteca americana, y lo había ya pedido a su editor, el señor Lajouane, cuando tuve la satisfacción de recibir el precioso ejemplar de él, con su amable dedicatoria autógrafa, juntamente con su estimable del 25 del corriente que le da mayor valor.

Había leído algunos capítulos de su libro, llamando fuertemente mi atención su espíritu filosófico, la amplitud de sus vistas, su estilo galano sin exageración ni amaneramientos, y, sobre todo, el sentimiento patriótico de que está impregnado. La lectura atenta que de él he hecho, ha confirmado esta primera impresión y ha afirmado mi juicio respecto de su valor intrínseco, como producto literario y trabajo de pensamiento bajo las inspiraciones sanas de su patriotismo ilustrado. No me queda sino felicitarle por su obra y por los merecidos aplausos que ella le ha granjeado.

Debo, sin embargo, hacer una reserva, ya que usted me pide mi juicio al respecto, y lo haré con la franqueza y la simpatía que la obra me inspira, así como su autor, aún sin tener el gusto de conocerle personalmente.

---

\* Incorporada por el doctor Joaquín V. González como prólogo a la segunda edición de LA TRADICIÓN NACIONAL. Buenos Aires, 1912.



*La obra consta de tres partes bien diseñadas: 1ª La introducción, que son los prolegómenos del asunto, o sea el medio geográfico, histórico, etnográfico e intelectual, en que se desarrolla el drama de la tradición americana en sus enlaces con la tradición nacional. 2ª Lo que constituye el núcleo o sea el nudo del asunto, cuando se opera la revolución de la Independencia, que se describe política y socialmente, — la evolución que involucraba la tradición. 3ª Los corolarios y conclusiones que se deducen lógicamente del asunto tratado.*

*La introducción está bien concebida y bellamente expuesta en sus partes capitales, siendo tal vez susceptible de mayor desarrollo en la parte fundamental por lo que respecta a la teoría de la evolución de las razas y de la formación de la sociabilidad, que es la base de toda tradición.*

*La segunda parte, de rasgos brillantes y vistas largas, es la más débil, considerada desde el punto de vista científico y filosófico. Puede decirse que casi toda ella gira alrededor de la idea de que los hispanoamericanos somos los descendientes genuinos de los americanos de la época pre-colombiana. Protesto contra esta idea. Me llevaría muy lejos entrar a la crítica razonada de esa parte de su trabajo, y aún la creo inútil, porque pienso que reflexionando usted maduramente, se formaría una idea más racional de la tradición al respecto.*

*Respecto de esta parte sólo le aportaré una observación.*

*Al tiempo de estallar la revolución, la América española estaba poblada por cinco razas, que para los efectos de la tradición histórica pueden reducirse a tres: 1ª La española, o sea la raza conquistadora. 2ª Los indios, o sea la raza conquistada. 3ª Los criollos, o sea la raza hispanoamericana, producto de la conquista y del consorcio de las dos razas anteriores. Agréguese la raza negra, o sea la raza servil, y los mestizos, producto de todas las razas juntas, y se tendrá el cuadro antropológico de la América del Sud en 1810.*

*El antagonismo, la revolución estaba latente en el seno de estas razas. La raza indígena hizo su explosión en 1780, levantándose contra los conquistadores, pero fué lógicamente vencida para siempre, porque no era dueña de las fuerzas vivas de la sociedad, porque en vez de representar la causa de la América civilizada representaba la tradición anterior a la conquista, o sea el cacicazgo y la barbarie. La raza criolla hizo su revolución en 1810 en nombre de otro principio, y de otras aspiraciones, y conquistó por sí y para sí la Independencia y la libertad, imprimiéndole el carácter político, moral y social que entrañaba la nueva raza, que no se proponía ni continuar a los indios, ni restaurar el Imperio Americano (como usted parece insinuarlo), sino fundar esa civilización, continuación de la europea, sin sus privilegios y bajo el principio de la equidad humana. Los sudamericanos, ni física ni moralmente somos descendientes de los pampas, los araucanos, los quichuas, etc., como los norteamericanos no lo son de los iroqueses ni de los mohicanos, aun cuando allá, como acá, se operó el consorcio de la raza conquistada y conquistadora, simbolizados por Pocahontas.*

*Como lo digo en un libro histórico que publicaré bien pronto (la Historia de San Martín), cuando estalló en 1810, con sorpresa y admiración del mundo, la revolución de nuestra Independencia, se dijo que la América del Sud sería inglesa o francesa; y después de su triunfo se presagió que sería indígena y bárbara.*

*Por la obra y la voluntad de los criollos que la hicieron, la dirigieron y la hicieron triunfar, dándole después su organización política, fué americana, republicana y civilizada. Este es el nudo de la tradición que el historiador y el filósofo deben desatar.*

*La última parte de su libro, bella en sí, no corresponde del todo a sus dos partes sustanciales, pero contiene en germen sus conclusiones generales, que son susceptibles de ser encerradas en líneas más precisas.*

*Prescindiendo de estos detalles y condensando mi juicio*

*respecto de su libro, le diré que es el primer trabajo que en su género se haya hecho entre nosotros, con sinceridad, con amor y con ilustración, y que contiene el germen de otros libros más completos que promete la mente de su autor, nutrido por estudios serios, en que la reflexión y el sentimiento se equilibrasen.*

*Estimo como debo los benévolos conceptos con que usted se sirve favorecerme, y los retribuyo por mi parte cordialmente, siéndome agradable con este motivo suscribirme de usted su afectísimo compatriota y seguro servidor,*

BARTOLOMÉ MITRE.

***LIBRO PRIMERO***



## LIBRO PRIMERO

- I. La tierra y el hombre. — II. Evolución, tradición. — III. Importancia del pasado. — IV. Poesía y religiones. — V. La naturaleza americana. — VI. Dos cuadros. — VII. Literatura nacional. — VIII. La llanura, la poesía, los sepulcros. — IX. La montaña, mitologías, epopeyas. La *Araucana*. Reconstrucción del pasado. — X. Cultura araucana. — XI. Cultura quichua. — XII. *Ollantay*.

### I

No recuerdo dónde he leído, — creo que en las inmortales páginas de Montesquieu sobre las leyes, — que en los pueblos que habitan las inmensas llanuras abrasadas por el sol, nacen aquellos grandes caracteres, mezcla de abismos profundos y de horizontes abiertos, donde las pasiones más tenebrosas fermentan, y pugnan por estallar las más colosales ambiciones, donde la libertad es un anhelo innato pero voraz, y la dominación una tendencia perfectamente paralela, aunque paradógica, con la libertad.

Todos los caracteres, todas las tendencias, todas las pasiones, tienen en la variada naturaleza de nuestro país un teatro aparente: desde las montañas inaccesibles coronadas de nieve y de sol, de cuya cima la vista revela al espíritu ámbitos infinitos, hasta la llanura dilatada y seca, despojada de verdura, donde la vista no revela vastos horizontes, pero el espíritu descubre dentro de sí mismo anhelos inagotables, tanto más profundos cuanto más extensa es la planicie que el ojo no puede abarcar; desde las márgenes sonrientes de los grandes ríos, morada de la poesía nativa, donde a no dudarlo se

oculta la musa nacional velada por las brumas matinales, hasta las selvas del trópico que desafían las facultades creadoras del hombre en busca del arma, del elemento, de la fuerza con que ha de combatir la avasalladora expansión de sus raíces seculares.

Cada una de estas regiones imprime en el alma de sus moradores su sello propio, — la consagración y el bautismo de la naturaleza sobre sus hijos, — cada una tiene su poesía, su música, sus tradiciones, su religión natural y su concepción peculiar del arte y de la vida misma; y las influencias de estos elementos físicos, formando la fuerza motriz latente de cada hombre, de cada familia, de cada tribu, de cada raza, están destinadas a producir las grandes evoluciones que la historia recoge después, que la filosofía analiza, que la política dirige y encauza en una corriente común.

Pero ni la historia ni su filosofía ponen de relieve las palpitations internas del corazón de los pueblos, ni recogen las armonías que flotan en la atmósfera, ni las invisibles pero grandiosas escenas que teniendo por teatro un valle estrecho, una montaña escarpada y sombría, conmueven, sin embargo, en su cimiento la vida de una agrupación, y que sólo se perpetúan por la tradición oral, hasta que los rapsodistas, —esos Homeros de todos los tiempos, — las convierten en poemas; y esos poemas tradicionales son las notas escapadas del conjunto al historiador, que sólo percibe las grandes armonías, el tema general.

La poesía es la armonía de la historia, y las tradiciones populares son las flores silvestres con que los pueblos adornan a esa reina de las artes. Un pueblo sin poesía es un cuerpo sin alma; pero ese pueblo no ha existido nunca, ni existirá en el futuro.

## II

Las grandes conmociones sociales, las grandes revoluciones que renuevan la savia y el espíritu de una época, comien-



zan su elaboración en el sentimiento, que se convierte en idea y en acción; por eso los largos períodos de quietud, si bien son una atmósfera propicia para las artes, envuelven el peligro de una decadencia moral: si un pueblo no es revolucionario, por lo menos debe ser constantemente evolucionista. La evolución es la revolución de los espíritus: es la fórmula del progreso humano.

La tradición popular, transmitida de unas generaciones a otras, revela la existencia de un culto por la memoria de los tiempos pasados y de los hombres que fueron su alma; revela que hay una preocupación permanente por mantener la unidad del drama social, sin la que el espíritu colectivo se expondría a perder su punto de apoyo.

Si se me dice que hay en la historia de una sociedad un período del que no han quedado tradiciones ni recuerdos, deduzco que ese período fué teatro de cataclismos sangrientos que sepultaron en sus ruinas actores y espectadores; que allí no hubo pueblo ni espíritu público; que en él no alentaba un alma ni germinaba un pensamiento; que un inmenso y profundo abismo interrumpió la marcha del perfeccionamiento social.

Y, sin embargo, tal es el apego del hombre por su pasado, que cuando esos intermedios de sombra se presentan en su historia, se esfuerza por llenarlos de creaciones más o menos fantásticas, más o menos oscuras, como el alma de esas épocas; y de allí esas teogonías vacías de fundamento aparente con que reemplazan la acción humana; de allí esas abdicaciones inexplicables de las que resultan largos siglos de retardo en la ascensión del espíritu.

La poesía, la tradición, como elementos primos de la historia, y como sus mejores y más bellos atavíos, son, pues, esenciales a las agrupaciones humanas; y si quisiéramos reconstituir una nacionalidad sumergida en esas tempestades que derriban toda la labor de los siglos, podríamos, estudiando su poesía y sus tradiciones, que han quedado flotando sobre las ruinas como el polvo que levantan los terremotos,

elevarnos a la concepción del alma que tales acentos produjo, de la organización social que tales actos ejecutó y que la tradición perpetúa. Y cuánta vida, cuánto color, cuánta armonía prestan a la historia, — de suyo tan severa, — los apasionados relatos transmitidos por la pasión de un pueblo a su posteridad! Con cuánto brillo se destacan en el tiempo esos seres sublimizados por el amor, divinizados por la religión, exaltados por la fantasía, cuando han condensado en su pensamiento, en su corazón y en sus sacrificios por la libertad, todas las ideas, todos los sentimientos y todos los magnánimos heroísmos de su generación!

La historia descarnada y fría, desnuda de los atavíos con que la adorna el sentimiento humano, se parece a aquellos maestros rígidos y patibularios que instruían el entendimiento secando el corazón, o a esas llanuras abrasadas por el sol, donde ni una sola corriente de agua hace brotar las yerbas y las flores que refrescan y perfuman el ambiente.

### III

Yo he recorrido algunos rincones ignorados de nuestro suelo; he penetrado en las gargantas de las montañas donde las razas extinguidas levantaron sus fortalezas; he visto algunas de esas construcciones graníticas que aún el tiempo y la civilización no han destruído; he seguido las huellas de la conquista religiosa y de la conquista militar; y — lo confieso, — me he sentido conmovido ante el genio perpetuado en piedra, ante el valor indómito revelado por la tradición y la arquitectura, ante la pasión íntima de una raza destruída que, como los luminosos pueblos de la India primitiva, tuvo sus poemas, sus dioses, sus héroes y sus grandes amores.

Penetrar con la investigación en los misterios de los tiempos prehistóricos; escuchar, siquiera sea a tan enorme distancia, los cantos, los gritos y las palpitaciones de una sociedad que ha desaparecido; remover el polvo que cubre sus cenizas, y con ellas, todas las revelaciones de su vida desbordante de

savia, es entrar en un templo solitario, donde bajo la majestad de las bóvedas sombrías, se percibe el rumor inmenso del órgano semejante a la música de las olas que se escucha a lo lejos... Hay siempre algo sagrado en el misterio de esas vidas que han cesado de latir. Hacer resucitar las razas del fondo de sus sepulcros, es dar al mundo una revelación. La exhumación de los poemas indios, de los jeroglíficos egipcios, de los ladrillos babilónicos, fué en el siglo XVIII una revolución literaria y científica. Cuántos tesoros duermen en el fondo de nuestras montañas, de nuestros desiertos que, desenterrados, serían quizá la gran revelación de nuestra literatura indígena!

Todos los pueblos tienen su biblia, ha dicho Michelet, y cada generación escribe en ella un versículo; y las biblias son al espíritu y a la cultura, lo que las grandes mareas a los continentes y a las altas montañas. ¿Cómo se escriben esos sublimes versos que condensan el pensamiento o el latido de una época histórica? Los pueblos cantan, sufren, esculpen, edifican, y cada poema, cada drama social, cada estatua, cada monumento, son el reflejo de su pensamiento en la literatura, en la ciencia y en el arte.

Y no se diga que es tarea estéril en tiempos en que el espíritu se encauza por corrientes positivistas, internarse en especulaciones de este género; porque el criterio positivo no significa mercantilismo, sino la investigación de los fenómenos sociales en su fuente, — la naturaleza, — y la averiguación de las leyes que los produjeron. Y ¿de qué otra manera llegaremos a la fórmula natural de nuestras relaciones políticas, si no es conociendo las raíces primitivas de nuestra sociabilidad y de nuestro gobierno?

La causa de los más grandes desastres que llenan de tragedias sangrientas la marcha de la humanidad, no es otra, — la historia lo prueba, — que el no haber adoptado los hombres reunidos en naciones la fórmula natural de su gobierno, esto es, aquella forma que fluye de la esencia de las cosas como el fruto nace del árbol.

La evolución social se verifica en virtud de fuerzas latentes que obran de lo interior a lo exterior, equilibradas por influencias externas, como el equilibrio entre la vida animal y la atmósfera. La marcha humana sigue la resultante de esas presiones opuestas. Descubrir esas leyes latentes y convertirlas en fórmulas, es la obra del jurisconsulto que busca organizar el gobierno humano sobre bases de granito.

La poesía como manifestación primitiva del espíritu, y la tradición como esbozo primitivo de la historia, son las fuentes donde la inteligencia que analiza va a beber los elementos de la obra reveladora; y la poesía y la tradición, teniendo una raíz profunda en la naturaleza del hombre, no mueren sino que toman nuevas formas siguiendo la elevación del nivel social, y las transformaciones progresivas que los tiempos y los sucesos obran en la esencia de las razas.

#### IV

Volvamos a nosotros. El origen del hombre americano se discute y se investiga con la ciencia y con la historia. La luz plena no está hecha aún; pero esto no me preocupa, porque le tomo desde los tiempos en que su existencia se revela con caracteres positivos.

¿Conocemos algo de aquella vida primitiva, de los sacudimientos sociales que fueron causa de la inmensa extensión que alcanzó el imperio Inca?

¿Sabemos algo de la historia íntima de los numerosos pueblos que vivieron de ambos lados de los Andes, y en las dilatadas soledades del sud del continente? ¿Tenemos alguna revelación sobre la existencia de las sociedades que nacieron y vivieron a la margen de los grandes ríos tributarios del Atlántico, y debajo de las selvas que ellos fecundizan desde el trópico hasta el Río de la Plata?

Indudablemente la historia de esas épocas es pobre; largas intermitencias separan unos de otros los períodos cono-

cidos; un trabajo prolijo de deducción retrospectiva nos llevaría quizá a reconstruir lo que los siglos han cubierto de sombra. Pero lo que no muere, lo que flota sobre las tinieblas y sobre los abismos, la poesía y la tradición, respiran aún sobre las grandiosas montañas y las solemnes y dilatadas llanuras, porque el pensamiento nunca se aparta del todo del suelo donde germinó; y allí, sobre las rocas gigantescas, bajo las capas de nieves eternas, por cima de las cumbres habitadas por el cóndor, en la llanura desolada, a la margen de los ríos, y dentro el espeso follaje de las selvas seculares, existen construcciones graníticas, tumbas petrificadas, leyendas míticas, canciones salvajes, idilios tiernísimos, que atestiguan el paso de una raza gigantesca, heroica y apasionada.

El carácter de la tradición indígena es el de todo pueblo primitivo: lo fantástico, lo incorpóreo, lo sobrenatural, basado, sin embargo, sobre los rasgos externos de la naturaleza, sobre los fenómenos sorprendentes e inexplicados que ella presenta a la imaginación de un pueblo niño, dispuesto siempre a suplir con la divinidad lo que falta a su criterio embrionario. Y ¿qué cosa más atrayente y sublime que esas creaciones populares que no son sino los poemas de una raza? ¿Y qué cosa más bella que esas tradiciones que han inmortalizado las montañas de Escocia e Irlanda, de Bretaña, de Dinamarca y Escandinavia, de Alemania y Suiza, de España e Italia con los bardos, los trovadores, los *minesingers*, y que han elevado a la más alta forma artística los Walter Scott, los Tennyson, los Andersen, los Hoffmann, los Wagner, los Zorrilla, etc.?

Y no nos internemos en la riquísima y nativa poesía popular de los países de Oriente, porque la India nos deslumbraría con sus epopeyas y teogonías, la Persia con sus fantasías inagotables, y la Arabia con sus sueños y relatos, que tienen todo el calor de sus desiertos y todo el perfume de sus cedros; no penetremos en ese sagrado hacinamiento de ruinas que corona aún las montañas de la Grecia, ni en sus bosques misteriosos poblados en otros tiempos de la alada

pléyade de dioses y semidioses, mitos y genios, encarnaciones de la imaginación más fecunda que conocieron los siglos; no penetremos allí, porque los recuerdos nos harían derramar lágrimas, los sátiros, las ondinas nos envolverían en sus redes de música y amor, y porque Homero, Píndaro, Safo, sus historiadores y sus trágicos, sus oradores y sus atletas nos detendrían en sus dinteles silenciosos...! Hoy la Grecia es un sepulcro que la humanidad riega cada siglo con sus lágrimas, porque encierra las cenizas de la belleza y del amor del mundo, y sus sueños más sublimes petrificados en el mármol en el momento del delirio. Dejémosla allí como la ha pintado el poeta:

*L'harmonieuse Hellas, vierge aux tresses dorées  
A qui l'amour d'un monde a dressé des autels,  
Gît, muette à jamais, au bord des mers sacrées,  
Sur les membres divins de ses blancs immortels.*

He ahí, pues, las fuentes siempre vírgenes de la tradición y de la historia. Una línea curva perfilada en la piedra evoca un pensamiento ó revela la idea de un artífice; por eso el hombre en presencia de la naturaleza ha forjado sus dioses; y tal es el poder de ese pensamiento y de esa idea que, con la observación y la emoción que despiertan las formas, han llegado a convertirse en dominio y en fuerza sociales.

Nunca se logrará separar del todo la idea religiosa de las formas y de los fenómenos siempre nuevos que la naturaleza exhibe al espíritu y a la observación. La poesía ha nacido con el hombre, y ella, como única facultad creadora de la belleza artística, ha forjado los dioses y las religiones, pervertidos y materializados después por la especulación. Las religiones han dejado de ser una forma de la belleza ideal, cuando la poesía fué derribada del eterno pedestal de la naturaleza. Ella las crea y las sostiene; el arte es la savia que las alimenta y las salva de los cataclismos de la historia. El *Genio del cristianismo* ha hecho más por la salvación de

la religión católica del naufragio del 93, que todos los libros, que todas las fulminaciones y que todas las polémicas de sus teólogos, de su iglesia y de sus filósofos.

## V

Nada hay más grandioso sobre el planeta que los espectáculos que la naturaleza americana ofrece a los sentidos y a la imaginación; nada más sublime que esas montañas gigantes que desde Magallanes hasta el istmo de Panamá, se extienden como un esfuerzo de la tierra por llegar al firmamento, con su línea de cumbres veladas por las nieblas portadoras del misterio, y cubiertas eternamente por la nieve donde la luz se quiebra en rayos multicolores; con sus nidos de cóndores colgados en las ramas de árboles inaccesibles, o contruídos en la roca hendida por los sacudimientos internos; con sus fuegos que en las tinieblas de la noche resplandecen a la distancia como auroras boreales, o cometas cuyo núcleo se escondiera en el seno del granito; con sus conmociones profundas que infunden terror secreto a hombres y animales, y que de tiempo en tiempo sumergen en el polvo las ciudades levantadas por la labor de los siglos; con sus quebradas y grutas misteriosas que la fantasía puebla de genios y de ninfas, de buenos y de malos espíritus, de dioses tutelares y de leyendas míticas; con sus rebaños de ciervos y vicuñas que, como las gacelas de los Alpes, parecen llevar en su instinto delicado toda la poesía de los paisajes que habitan; con sus huracanes desencadenados que sacuden sus cimientos seculares y hacen rodar al abismo, como enormes pedazos de la montaña misma, los colosales témpanos de la nieve acumulada en las cumbres; y por último, nada que levante en el corazón y en el cerebro supersticiones, sentimientos e ideas más profundas y solemnes que las contemplaciones de esas tormentas del espacio, donde el trueno multiplicado en voces y en intensidad por cada cumbre y por cada abismo parece ser la expresión de la cólera del infinito.

Ni los sacudimientos del Ida ante el enojo de Jove, ni las tempestades del Sinaí ante la revelación de la ley de Dios, ni los estremecimientos del Cáucaso ante los esfuerzos del sublime encadenado, ni las conmociones que agitan el legendario Himalaya, morada de dioses y génesis de razas luminosas, pueden compararse a los mil fenómenos y cuadros con que el Andes sorprende y extasía, aterroriza y entusiasma, sacude y avasalla al que los contempla de cerca; ni pueden las imágenes de Homero que se petrifican en mármol, ni las candentes revelaciones de Moisés que se convierten en códigos, ni los versos calcinados de Esquilo que descubren un ideal humano, ni los exuberantes poemas de Valmiki que enseñan un nuevo paraíso terrestre, contener más sublimidad, más misterio, más filosofía, ni más amor virgen y puro que las epopeyas, las biblias, las tragedias y los idilios que cantaron y sintieron las razas primitivas que habitaron las laderas de los Andes.

## VI

Permítaseme la evocación de un recuerdo personal, porque los recuerdos son el alma de estas páginas. Yo he presenciado una escena que ha quedado estereotipada en mi cerebro, y que como un manantial inagotable, alimenta mi imaginación y mantiene siempre viva esa facultad engendradora de toda poesía, — la admiración de la naturaleza.

Había atravesado la desolada llanura que ha inmortalizado a Facundo, y que dió vida a muchos otros tigres humanos; ascendí a la montaña que anuncia a la cordillera madre, y que se levanta al occidente de la triste Rioja para consolarla de las amenazas del desierto. Al lento paso de una mula que os enseña a dominar el vértigo de los grandes abismos, las sorpresas de paisajes tan variados como súbitos sostenían mis fuerzas y preparaban mi espíritu para la magna impresión de las cumbres.

No veía el sol que ya descendía; caminaba envuelto en



esa media luz de las tardes, fecunda en emociones y en ideas: la sombra preparaba mi retina para la visión plena que me esperaba en lo alto. De súbito mi vista se ofusca, mi corazón se agita desordenado, mi cerebro se alucina, mi respiración se suspende, y mis pulmones, dando repentina salida a un volcán de aire comprimido, se desahogan en un grito supremo que condensaba la admiración de todas mis facultades: a lo lejos, sobre el nivel que yo ocupaba, ví como una explosión de luz blanca e irisada, las cumbres del Famatina, vestidas de nieve secular; y el sol suspendido sobre ellas como una diadema gigantesca, parecía detenerse un instante para ser admirado en la plenitud de su poder. Desde allí enviaba en haces de luz refractada por el cristal de la cima su despedida solemne a los valles inclinados que cuelgan del coloso como los velos de un templo, dibujados de flores e imitando el firmamento azul, porque la distancia y las emanaciones de la tarde presentan los paisajes medio velados por una niebla azulada. Se diría que es el incienso sagrado que la admiración de la naturaleza quemaba en las aras de aquel portentoso santuario de la poesía, y que el sol es el dios que se encierra en su inmenso cáliz de nieve.

Quedé rendido por la fatiga del espíritu. Nunca había contemplado ese cuadro, aunque mi niñez transcurrió en esos valles y en presencia de ese mismo monumento de los siglos; pero una larga ausencia de mi suelo nativo me había transformado, y mi corazón hambriento de emociones, no pudo resistir sin desfallecimiento a la súbita aparición de aquel valle y de aquella montaña, a cuyo pie transcurrieron los más bellos días de mi vida, y en donde las más sangrientas tragedias forjadas por el odio de los hombres, habían enlutado los hogares y repleto de cadáveres sus rústicos y humildes cementerios.

El cielo estaba limpio, y su azul comenzaba a iluminarse con las claridades precursoras de la luna. Mi cerebro no descansaba, porque al deslumbrante fenómeno del día expirante, comenzaban a suceder las apacibles y silenciosas escenas

de la noche siempre bella, siempre amiga, siempre llena de misterios y de encantos. Comenzaron a hablarme en su lenguaje armonioso todos los gritos, los cantos, los rumores, los aleteos y los lamentos de cuantos seres viven del aliento de la sombra. Mi memoria volaba por el pasado evocando un recuerdo en cada accidente del valle, que divisaba desde lo alto de la cumbre, merced a la luna que desgarraba las tinieblas; y así, lentamente, los pensamientos se convirtieron en sueños cuando mis ojos se cerraron al peso de la fatiga del cuerpo y del alma.

Pero me esperaban aquella noche otra sorpresa y otro sacudimiento tan profundos como los del día. Me despertó de mi sueño un estampido sordo e intermitente que parecía venir del fondo de las montañas, que temblaban como si fueran a desquiciarse; abrí los ojos y ví la luna siempre radiante en el zenit, la cumbre nevada del Famatina brillar a lo lejos como un astro inmóvil, pero había una especie de polvo luminoso interpuesto entre mi vista y el firmamento; corrí a la cima de una roca que dominaba el horizonte, y desde donde la pendiente era casi perpendicular; desde allí, petrificado por el espanto, la admiración y el estupor, fuí testigo del drama más grandioso de la naturaleza que es dado contemplar a los hombres.

A mis pies, en las profundas cavidades que los cerros dejan entre sí, una tormenta desencadenada hervía en el seno de los abismos; las nubes apiñadas en estrechos recintos, escendidas por los relámpagos con intermitencias febriles, parecían una olla inmensa de metal candente que ardiera con explosiones infernales. En el cielo la luna, las estrellas y las cimas nevadas os ofrecen un tesoro de fantasías y de sueños tranquilos, y en el fondo de las montañas reina el horror de los elementos enfurecidos. El contraste os agobia, porque todas vuestras facultades luchan como lucha el viento con el granito. Al día siguiente a la salida del sol, volví instintivamente a mirar aquel abismo. El cuadro era distinto, pero igualmente hermoso: una extensa bóveda de nubes blancas

se dilataba sobre los cerros menores y sobre los valles, como un océano congelado en el momento de la marea.

## VII

La naturaleza no ha cambiado; y si hoy los hombres de este siglo nos forjamos las más raras fantasías; si nos sentimos aterrizados o subyugados ante la majestad de los cielos, de las montañas y de los valles; si nos llena de supersticiones extrañas el misterioso rumor que sube de los llanos a la cumbre como un himno de los desiertos a las alturas, imaginemos cuánta admiración, cuántas ideas, cuántas revelaciones despertaron en el alma de aquellas razas primitivas entregadas sin defensa a la acción salvaje y avasalladora en la tierra! Cuánto tesoro ignorado por nuestros poetas condenados a cantar las montañas legendarias de la patria, — teatros grandiosos de nuestras epopeyas, — sólo por lo que refieren los viajeros que, más felices que ellos, tuvieron la suerte de contemplarlas y de sentir las profundas emociones que levantan sus cuadros y sus fenómenos!

¡Qué matices tan nuevos y brillantes adornarían la musa nacional, si en vez de consagrarse a celebrar las glorias de ajenas civilizaciones o de culturas exóticas, volviera sus ojos hacia las selvas aún vírgenes y las llanuras desoladas donde reina ese silencio majestuoso de la inmensidad, o hacia las montañas agrestes donde en cada valle, donde en cada lago oculto, donde en cada cumbre descubriría los poemas más divinos del amor, de la tristeza, del heroísmo nativo, de la vida pastoral, y los más tiernos idilios con que Teócrito inmortalizó su patria, y que son la poesía de todos los climas donde respira la juventud del género humano!

Y allí están inmóviles sobre sus cimientos de granito, como páginas esculpidas de la remota historia, las ruinas y los despojos de la lucha que el hombre primitivo sostuvo con la montaña y sus fatales estremecimientos; allí están todavía sin que les falte una piedra, los campamentos en que

se atrincheraron las tribus denodadas en sus combates por el predominio de la fuerza, del derecho y de la sangre; allí las fortalezas donde reunidos ante el peligro común, se sacrificaron a millares por los huesos de sus padres, por la honra de sus héroes, por la divinidad de sus creencias y por la gloria de sus tradiciones.

Pero no; lejos de ir a evocar sus manes sagrados, nuestra generación indiferente va ahondando su sepulcro; y cuando las evoluciones sucesivas y nuestras desgracias futuras nos arrojen en las pendientes de la decadencia de que ningún pueblo se ha salvado, no será ya tiempo de remover sus cenizas, ni de buscar en su pasado aquel vigor indígena que nos haría incommovibles, y que nos identificaría con la naturaleza, — única savia que no se agota, única fuerza que no logran vencer las más radicales transformaciones de los siglos.

La libertad no es obra del convenio de los hombres, ni de la bondad de los reyes, ni de los dones de los dioses que el hombre adora sin comprender; ella es hija de la naturaleza, y tiene sus raíces profundas en la tierra. Y ¿para qué querriamos literatura, arte y ciencias, sino para levantar el espíritu nacional a la inteligencia de su grandeza, para iluminar a las sociedades en su evolución histórica y para ser libres hasta la eternidad?

## VIII

Si descendemos a la llanura que se extiende como un océano interior entre las regiones montañosas y las de los ríos tributarios del Atlántico, y en la cual también dejaron huellas indelebles los pueblos primitivos, la impresión es diferente; pero sus influencias sobre la cultura, sobre el carácter del hombre y sus sentimientos sigue su naturaleza grandiosamente triste, pero ilimitada y misteriosa. Las creaciones fantásticas son más propias de la montaña que de las llanuras; allí influyen las sordas y recónditas convulsiones, los diálogos aterradores entre las cumbres inaccesibles y las

nubes cargadas de tormentas; allí siempre habla la divinidad al corazón del indígena; la lucha con la tierra reviste proporciones colosales, y la lucha con el hombre se subordina a los obstáculos ingentes de las escarpadas serranías.

Aquí la sociabilidad es más fácil y progresista, porque hay mayores dificultades para trasladar la vivienda, y porque las construcciones de piedra tienen algo de la eternidad de las montañas que la producen. El hogar está arraigado, el horizonte que se ofrece a la ambición es más limitado, y los elementos de la tradición nacen entonces de la vida íntima, de los cuadros naturales o de las secretas voces del espacio, multiplicadas al infinito por las repercusiones de la piedra, que les dan todo el sentido de esos seres incorpóreos, que siendo imaginación, ideas, supersticiones en su principio, se convierten luego en divinidades amigas o adversas, según que influyan de una u otra manera en el corazón y en el cerebro.

Pero la llanura donde la vegetación parece seguir las caprichosas veleidades de la naturaleza; donde el sol agosta en germen la savia que engendra la verdura y la vida; donde las selvas espesas abrigan con ventaja a la fiera siempre en acecho; donde el hombre se abruma y se desespera ante la inmensurable extensión, y en que la falta de variedad y de matices da al espíritu y al carácter una monotonía melancólica y cierto fatalismo perezoso, no interrumpido sino cuando la falta de alimento obliga a la voluntad a correr en busca de la conservación: esa llanura silenciosa y siempre igual da, pues, a las creaciones de la imaginación, a la poesía nativa y a la tradición, toda la tristeza, la monotonía y la sombría majestad de sus misterios.

La epopeya de los pueblos que las habitan nace de los combates del hombre con la fiera o con la selva ruda; la poesía es íntima y subjetiva, porque el pensamiento no tiene múltiples paisajes, ni fenómenos de difícil explicación donde emplear su poder deductivo, o la riquísima fecundidad de creación que las comparaciones ofrecen al hombre de la montaña. Así, ese pensamiento solitario aislado entre la tie-

rra y el cielo, una vez que ha penetrado en el firmamento para forjar su dios, y en el seno de la tierra para arrancarle el alimento del cuerpo, se reconcentra en las cavidades de su propio ser, y allí sólo encuentra lo incomprensible, lo inescrutable.

Conozco algunas leyendas de la llanura argentina que la tradición oral ha hecho populares, algunos caracteres, no ya de aquellos tiempos precolombinos, sino de origen más reciente, pero que no por eso pierden el colorido local, que abisman la razón del hombre de estudio, y que recuerdan algunos de esos personajes que, como Macbeth, como Hamlet, como Lear, parecen llevar en la intimidad de su alma las más sombrías ambiciones y deseos, los más tenebrosos escepticismos, los más horribles desencantos... La soledad engendra los monstruos de la tierra, y sus héroes son los que la lucha de las pasiones entregadas a sí mismas engendra en sus paroxismos insondables.

Pero allí donde los ríos serpentean y hacen brotar los oasis; donde la semilla arrojada en el seno de la tierra se multiplica y alfombra la llanura; allí donde la vida pastoril y agrícola suaviza los instintos y adorna la vida con sus encantos apacibles y sus días serenos; allí donde las selvas se levantan espontáneas para convertirse en morada de las aves y de los hombres; allí aparece la poesía tierna y sentimental, los amores tranquilos, y la tradición reviste toda la sublimidad de esos poemas, de esas églogas, de esos idilios que poblaron de armonías inimitables los bosques de la India, de la Arcadia, de Sicilia y de Germania.

La poesía heroica desaparece después que nos ha referido los combates de los primeros antagonismos que preceden a la formación del hogar del hombre y a la posesión de la tierra. Sigue el período de la paz doméstica donde florecen los sentimientos delicados, y donde cada faena y cada labor son un asunto para un idilio de Teócrito, hasta que la ola expansiva de la cultura de otros pueblos que han pasado su época salvaje, hace oír su primer rugido en las puertas de

las cabañas y a la entrada de las selvas seculares. Entonces renace la fibra épica; el valor que da la tierra donde se ha nacido estalla en tempestades que todo lo incendian. Pero es la epopeya de la muerte que no será cantada por los bardos primitivos, sino por los poetas de la civilización invasora. No es ya la tradición indígena, poética y sencilla, la que va a cantar las hazañas de los héroes inmolados, sino la historia severa que juzga con el criterio del vencedor, y en cuyas páginas no se respiran los perfumes, ni se escuchan las músicas arrobadoras de las selvas donde vivieron y se inmolaron las razas extinguidas.

La América está sembrada de sus sepulcros desde Méjico hasta Magallanes y desde el Pacífico hasta el Atlántico; y en cada uno de ellos ha perecido una epopeya, sin que su grito de desesperación o su despedida de la patria que defendieron como los tigres de sus selvas y de sus montañas, se hayan perpetuado siquiera por ningún poeta. Sus cadáveres que sepultaban con solemne pompa y con religiosa solicitud en panteones que fueron templos, han sido removidos por la codicia que buscaba despojarlos de los adornos con que asistían a sus nupcias con la muerte, sin que nadie pensara entonces ver en esos despojos un indicio de su pasado. Conquistar es civilizar; pero la civilización no significa la muerte, ni menos la destrucción del pensamiento y del corazón de una raza.

## IX

Volvamos a las montañas; busquemos en sus secretos senderos y en sus espectáculos sorprendentes, las influencias que ejercieron sobre el temple de los pueblos que las habitaron; y después que hemos presenciado sus tempestades y admirado sus cuadros a la luz del sol o de la luna, preguntémosles cómo sentían y cómo admiraban aquellos hombres que nos precedieron en este nuevo paraíso.

Un ilustre argentino que dió brillo y esplendor a nuestra

naciente literatura, y que fué a la vez poeta inspirado en las grandezas de su patria, escribe estas líneas que tienen toda la sonoridad, todo el brillo y toda la pasión que bullen en las montañas de América: “Cuando la tempestad se desencadena, y los relámpagos brillan en las nubes negras, y el trueno repercute su voz en la tierra y el relámpago ilumina y deslumbra súbito y pasajero, entonces aquellos indios, inclinados por naturaleza a la reflexión, toman un aire sombrío y reposado, y contemplan con religioso recogimiento aquel espectáculo siempre grandioso aún para quienes conocen las leyes físicas a que obedece. Ellos ven en él con los ojos de la fantasía una batalla sostenida por las falanges miltonianas de los pillanes que se disputan entre sí el imperio de los destinos humanos, y siguen con emoción las vicisitudes de la lucha, en que las ráfagas son flechas, los relámpagos corceles de fuego, y el trueno la artillería de los pillanes cristianos. Sabe Dios, cuánta regla estratégica han aprendido aquellos salvajes en su estudio de las batallas atmosféricas! Pues qué, el guerrero también no tiene inspiraciones como el artista, y no fingen las nubes cuanto la imaginación quiere ver en ellas? ¿No fué en su seno donde Constantino descubrió el signo que le aseguró la victoria?” (1)

¡Qué asunto tan magnífico para un poeta el pintar en estrofas candentes esos combates del cielo, que desde los poemas de la India primitiva hasta las fantasías de los pueblos occidentales, tuvieron su lugar preferente en la acción, y recibieron de la musa de todos los tiempos una personificación brillante de la divinidad o de las fuerzas que conmueven el universo! ¡Qué dramas, qué leyendas ocultas en el olvido aquellas que resultan de un modo natural y sencillo de la influencia de esos fenómenos en la vida de las razas indígenas! Pienso que si se descubriera algún monumento literario de las razas de América, algo como un poema bíblico,

---

(1) DR. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, *De la poesía y de la elocuencia de las tribus de América*. (Revista de Buenos Aires, t. XIX, XX.).



o como una gran tragedia de aquellas que condensan una historia, ellos tendrían todos los caracteres, todos los colores, todos los sentimientos, todo el vigor descriptivo que nos asombran en los poemas de la India.

He leído mucho de esta región de la luz ideal, he sentido y he soñado con sus guerreros legendarios; he sufrido con las desgracias de sus héroes y heroínas perseguidos por los celos de divinidades envidiosas; he sentido henchirse mi corazón y dilatarse mi espíritu con nueva fuerza al leer las descripciones exhuberantes de aquellas selvas vírgenes, de aquellos ríos consagrados, de aquellas montañas sumidas en nebulosas eternas, donde rugen los vientos, fulminan los rayos y repercuten los truenos mil veces en los abismos; y he visto también por cima de este horror que espanta al hombre, atravesar como un relámpago más vivo el carro luminoso de Douchmanta y de Rama, que van a vencer a los espíritus malignos, o a sacudir a los sublimes desenlaces de sus dramas íntimos, tanto o más inspirados que los que Homero, Esquilo o Eurípides inmortalizaron.

En casi todas esas descripciones que la pintura clásica ni moderna no podrían trasladar a la tela, porque ésta no copia las emociones ni la savia oculta, ni la música de los bosques y montañas, he reconocido la naturaleza de mi patria; sus ríos que corren desde la gran cordillera hasta el Atlántico entre orillas alfombradas de verdura, y bajo techumbres de árboles seculares; sus montañas que quisiera describir tantas veces como acuden a mi recuerdo; sus llanuras ilimitadas llenas de temores-silenciosos y de pensamientos concentrados; el rugido de las fieras, la armonía de los cantos, el fragor de sus tormentas; y en todos estos cuadros he visto cruzar, envueltas en aureolas de fuego, las divinidades que creó la imaginación poética de las tribus de América, con las cuales sostuvieron diálogos secretos, y cuyos nombres conservaron en un idioma que remeda al vivo las voces ora dulces y apacibles, ora formidables y ensordecedoras de la naturaleza.

Como las epopeyas homérica y védica, y como la epopeya virgiliana, esas voces inexplicadas ejercieron influencia decisiva sobre los combates y sobre los actos de la vida colectiva, doméstica o política. El mismo escritor que he citado antes dice, además, sobre esto: “El rumbo que toma el núcleo de la tempestad es para el araucano un motivo de vivísima inquietud. La dirección del viento es tan decisiva en el éxito de la batalla meteorológica, como en un combate naval antes de la invención del vapor”; y refiriéndose a las luchas de la conquista, agrega: “Si la borrasca, llevada del norte, camina de las tierras de los españoles hacia las de ellos, dicen que los pillanes van perdiendo el terreno, y procuran darles esfuerzos con voces alentadoras y briosas, diciendo: *ea yabulamen pugnambutum!*, que quieren decir: “¡ea, varones, echad pie a tierra y tened esfuerzo!”. Cuando por el contrario, el viento lleva la dirección de sur a norte, creen entonces que los suyos llevan lo mejor en la pelea, y los aplauden, celebran su valentía y los animan a que persigan los contrarios, diciendo a voces: *inabimn, puen, ling bimn, urquimbimn!* — “seguidlos, seguidlos varones, matadlos, no les tengáis lástima!” ¿Quién no encuentra reflejadas al vivo en esas palabras las explosiones repetidas del trueno que se asemeja a una artillería colosal descargada a la distancia? ¿Qué idioma ha imitado mejor jamás, si no es el de Homero, los terribles fragores de una tempestad?

Desde luego, es indudable que la tradición araucana reviste un carácter principalmente belicoso y heroico, y así está demostrado por los prolijos estudios de los historiadores de ambos lados de los Andes, por las antiguas crónicas de las colonias, y antes que ellos, por el inmortal poema de Ercilla, tanto más grandioso y rico en poesía y en material histórico, como desdeñado por los que, siguiendo el impulso dominador de las nuevas corrientes literarias, creen que no es posible armonizar lo viejo con lo nuevo.

Ercilla nada tiene que envidiar en ciertos pasajes de su obra, a los cuadros más acabados que Homero, Virgilio y el

Tasso, describieron, o a las escenas ya tiernas, ya heroicas que narraron, y ha creado tipos de héroes indígenas y de mujeres americanas que merecen perpetuarse en la historia del arte, al lado de Eléna, Hécuba, Dido, Armida y de algunas de las creaciones dramáticas de Shakespeare; y creo además, que la *Araucana*, como poema histórico y descriptivo, es una de las fuentes más puras de la tradición de aquella región de América. Allí, si bien no podemos tomar sus relatos con todo rigor histórico, por cuanto existe la fantasía poética, encontramos pintado y de relieve el carácter dominante de la raza vencida, sus prácticas guerreras, sus creencias, sus leyes, sus costumbres; y aún más, de todas las epopeyas conocidas, ninguna como la *Araucana* ha precisado menos adular la verdad para dar al poema la belleza artística, porque Ercilla encontró en América una tierra virgen, jamás descrita ni cantada, y sus descripciones inimitables de un realismo que sorprende, siendo copia exacta de una espléndida región desconocida, debían tener en su época y en todo tiempo el precioso encanto de la novedad, que va siendo tan escaso en nuestra poesía contemporánea.

Es ese mismo pueblo inmortalizado por la epopeya y la desgracia el que, siguiendo sus impulsos de dominación y de conquista, ha ocupado también las llanuras y las selvas paradisíacas de nuestras regiones australes; el que atrincherado y casi diezmado por la colonización moderna en un rincón de la tierra que dominó como soberano, y a la orilla del océano que se estrella en sus rocas, donde sus poetas y sacerdotes lloraron por largo tiempo la pérdida de su patria, hace apenas algunos años acaba de someterse por completo al imperio de nuestras leyes y de nuestra cultura, después de librar combates desesperados, y después de una larga guerra de venganza y de exterminio en defensa de lo que él, siguiendo la ley natural, creía de su dominio eterno e indisputable; y aunque la cultura araucana decayó algún tanto después que fué dominada y perseguida, y como todos los pueblos diezmados por la guerra, degradaron u olvidaron sus

ideales poéticos sobre religión y política, su rastro no se ha perdido del todo, y tenemos algunos literatos investigadores que tratan, siquiera sea de un modo indirecto, de reconstituir por la tradición, por el estudio de las costumbres y por la descripción de sus viviendas, todo el pasado de los pueblos de esa raza que se esparcieron por el sud del continente (2). Atrevidos exploradores, tanto extranjeros como nacionales, han estudiado los orígenes del primitivo habitante de nuestras llanuras y de nuestras selvas patagónicas, y sus trabajos, aún no suficientemente estudiados, están destinados a suministrar luz vivísima sobre las fuentes y los elementos de la tradición precolombina. El amor por las exploraciones geográficas comienza a dar resultados halagüeños, merced a los esfuerzos del Instituto Geográfico Argentino, a quien la ciencia nacional deberá muchos de sus progresos en la geografía, en la sociología y en la tradición, que, como es sabido, son los principales componentes de toda cultura y de todo organismo institucional.

Es por medio de esos trabajos, de esos estudios, de esas fatigas que llegarán algún día a acercarse las generaciones actuales a las remotísimas fuentes de donde brotaron; llegarán a conocer cada uno de los cataclismos que derribaron las antiguas sociedades, y las causas de sus renacimientos sucesivos. “Esa distancia de tiempo, — diremos con Mr. de Lamartine, — esa descomposición de las lenguas, esas muertes y derrumbamientos de los imperios que las hablaban, han hecho, pues, desaparecer en el pasado remoto del mundo inmensos tesoros de literatura. Nosotros exhumamos de tiempo en tiempo en la India, en el Egipto, en la China, algunos de sus despojos. Gloria a los hombres de letras, que los descifran y los recomponen, como Cuvier recomponía un mundo antediluviano con la ayuda de algunas osamentas!” Y yo agrego, ¡qué gloria tan

---

(2) Tenemos entre nuestros escritores al distinguido doctor ESTANISLAO S ZEBALLOS cuyos romances histórico-descriptivos: *La dinastía de los Piedra, Painé y Relmu*, han logrado merecida popularidad.

pura la que conquistarían nuestros literatos, nuestros historiadores, nuestros hombres de ciencia y nuestros poetas, si lograsen con sus estudios, con su dedicación constante, reconstruir aquel período luminoso de nuestras razas primitivas, que se oculta, como las cimas andinas en las nieblas permanentes, en la oscuridad de la época prehistórica! Un pueblo sin tradiciones de su origen me parece que debe sufrir los mismos desconuelos del hombre que no ha conocido sus padres, y debe envidiar a los otros que gozan en los infortunios recordando los días en que se adormecieron al rumor de los cantos maternales. Por eso las naciones que no tienen tradición la crean sobre la base de la naturaleza y de sus caracteres íntimos; y es ese anhelo de iluminar el pasado el que ha forjado los grandiosos poemas bíblicos, de cuya savia se alimentan las literaturas cultas de todos los pueblos.

La fantasía no morirá jamás bajo el peso de la inteligencia, como la poesía no se extinguirá de la tierra aunque la ciencia y la historia analicen e iluminen hasta el átomo la naturaleza y su pasado; antes al contrario, el arte y la poesía deben a la ciencia y a la historia el haber descubierto nuevos tesoros, que han sido como manantiales donde la belleza ha bebido nuevos encantos. La ciencia ha hecho brotar una Venus de Milo, como el sol hace brotar del fondo del horizonte una aurora boreal; nos ha revelado los Vedas como el alba hace abrir las rosas llenas de perfume y de rocío. La historia nos ha traído las palpitaciones del corazón humano en los paraísos ignorados de la tierra, las luchas magnánimas de la libertad inmaculada y los éxtasis del primitivo pensamiento religioso, que busca en las cumbres ideales su divinización, como las algas submarinas buscan en el aire y en la luz la fecundidad y la vida. La ciencia y la historia con sus múltiples auxiliares, y el pensamiento literario con su potencia deductiva y su fuerza de coordinación estética, nos harán algún día la grande y espléndida revelación de la biblia americana, que veo ya brotar de las nieblas del pasado, como la explosión de luz de un nuevo génesis.

## X

Sabemos, merced a los trabajos de eruditos historiadores, por los libros que nos dejaron los cronistas de las guerras de Indias y por las investigaciones de la ciencia, que los araucanos tuvieron una adelantada civilización, que remontaron su pensamiento a la más sublime de las ciencias exactas, y que indagaron las leyes que rigen la sucesión del tiempo; que cultivaron la elocuencia con altura, y el señor Gutiérrez y otros historiadores nos dan ejemplos de oraciones donde la forma y la intención revelan una idea muy avanzada del arte; que tuvieron sus poetas encargados de conservar la tradición de la raza, las glorias bélicas, la honra de sus dioses, y de enaltecer todo aquello que significa la manifestación de un pensamiento y de un alma; que tuvieron sus sacerdotes y sus augures, poseedores de la revelación divina y de los secretos del corazón humano, y bien se sabe cuánta importancia encierran para la explicación de los acontecimientos sociales estos personajes de que tanto provecho obtienen las creaciones literarias y líricas de la actualidad; que tuvieron sus músicos, sus fiestas solemnes, sus bailes nacionales, sus grandes pompas y sus tristes y solemnes funerales.

Las ideas religiosas eran el alma de su evolución social; sus sacerdotes los dueños de su corazón y de su voluntad, como en casi todos los pueblos de oriente y aún de la Europa, donde la religión entra como elemento esencial en la historia. Nosotros conocemos sus creencias, pero ignoramos los acontecimientos, las grandes y pequeñas conmociones que las diferencias teológicas produjeron entre ellos; y si por desgracia no pudieron las letras americanas penetrar en esos misterios y descifrar esos hechos, quedan como elementos seguros de inducción y de recomposición, los tipos sociales, las supersticiones, las palabras de su lenguaje imitativo y sus construcciones; y todas esas bases de criterio pueden llevarnos, si no a la restauración perfecta de su organismo social, por lo menos a crear una tradición fundada en el genio de la raza,

una poesía nacional que se inspire en su suelo, en sus creaciones fantásticas, y así, por último, hasta identificarnos con su modo de sentir y de pensar.

Hoy que la literatura dramática parece buscar en los secretos del corazón humano los efectos sorprendentes, y la fascinación estética es buscada en los tipos originales que dan vida a toda creación artística; hoy que la novela parece sacar su savia de la misma originalidad de caracteres; hoy que las tendencias del espíritu se dirigen al estudio del hombre bajo las faces y con el criterio de las nuevas ideas biológicas que tan saludable revolución han producido en la añeja filosofía, nada más propicio que acudir a las fuentes puras de nuestras sociedades americanas. En ellas el dramaturgo encontraría caracteres originalísimos y profundos, que darían grandeza a su obra, con solo copiar la realidad, como Shakespeare hizo con sus personajes de épocas legendarias o históricas; el novelista encontraría en las misteriosas influencias de la religión, de la superstición, del heroísmo, de la pasión salvaje, de la mezcla de la civilización cristiana con la savia indígena, tipos, pasiones, fatalismos, que combinados con arte darían nuevas formas a ese género literario tan gastado y enmohecido por los que careciendo de verdaderas facultades creadoras y descriptivas, no hacen sino alimentarse de los desperdicios de talentos superiores.

Las obras maestras de toda literatura son aquellas que condensan la índole y el genio de las sociedades en que nacen, o que logran ser la expresión gráfica de la naturaleza donde esas sociedades viven. Las demás llevan el sello de lo pasajero y transitorio; y si bien consiguen divertir a ciertas clases sociales durante un día, jamás serán el alimento de una generación y de una época.

La tradición, a su turno, tiene en las religiones nativas su fuente inagotable, porque no desdeña los detalles, sino que vive y se forma de ellos. Es el elemento atómico de la historia, la reveladora inagotable de las costumbres y de la vida íntima. Ella, explicando el sentido de una palabra, la significa-

ción de un jeroglífico, la filiación de un monumento, la fisonomía de una ruina perdida en la montaña, da vida a una narración llena de animación y de colorido, y con destello misterioso irradia sobre el carácter de una época y de una raza. La superstición, rasgo típico de toda sociedad en pañales, es uno de sus alimentos más ricos e inagotables, porque la superstición es el secreto de esas acciones que la historia no se digna profundizar. Vive del detalle, como la poesía vive de la armonía que flota sobre todas las cosas, y que nace de todos los choques, ya sea de los sentimientos como de las ideas que se atraen o se rechazan en el movimiento perenne de la vida material o inteligente.

Narrar esos acontecimientos de reducido teatro y de escasos personajes, recoger en un solo conjunto esas armonías salvajes que encantaron una generación, que brotaron de las sublimes montañas de los Andes, de los ríos y las selvas de nuestras regiones australes, sería, pues, hacer resucitar el alma de la extinguida cultura araucana.

## XI

Entre las razas que ocuparon lo que hoy es la República Argentina, es indudable que ninguna dejó huellas más vivas de su tradición y de su historia que la gran nación quichua, y esto debido a las crónicas minuciosas que nos dejaron los primeros exploradores, y aún a que fué ella la que más señales dejó en su tierra de su genio y de su cultura. Ninguna como ella presenta mayor unidad y consistencia en sus hechos, y aunque sus noticias ciertas no se remontan más allá del siglo XIV, se ve que su historia comienza en aquella época, aunque con todas las nebulosidades de que los pueblos nacientes rodean los comienzos de su existencia.

Por la naturaleza de sus leyendas podríamos deducir que forman una humanidad distinta, con su génesis, sus mitos, sus primitivos ensayos sociales, hasta presentar los primeros hechos históricos, que pueden continuarse después en orden cro-



nológico hasta la conquista, período en que la historia se apodera de ella hasta nuestros días; y aunque no es mi intento detenerme a discutir la exactitud de los orígenes que ellos se atribuyen, a semejanza de los indios del Asia, de los egipcios, de los germanos, de los hebreos, de los griegos, pienso que la tradición existe y que debe restaurarse comenzando por reunir en un conjunto sistemado y uniforme, todas las narraciones ya míticas ya positivas que, enunciadas por los primeros cronistas de Indias, no han sido aún desarrolladas, ni llenados los vacíos que se advierten en la sucesión de los períodos de su vida.

La gran nación quichua tiene su génesis propio, y como todos los orígenes del hombre, él se halla envuelto en la fábula que parece ser la atmósfera tenebrosa de donde brotan todas las creaciones y todas las existencias. Y si la ciencia ha penetrado en esos misterios de la concepción de los primeros seres, y puede descorrer el velo de la fábula con su poderosa y profunda mirada, la literatura sólo tiene la misión de recoger la fábula misma, tal cual la imaginó y la forjó en su mente oscura el hombre primitivo.

“Antes de Manco Capac, antes de la fundación de su gran imperio, los primitivos pobladores de aquellas feraces regiones habían recorrido ya muchos siglos en el camino de la civilización: ruinas de monumentos grandiosos y aún de ciudades enteras, cuyas diversas arquitecturas, no sólo son esencialmente distintas de la genuina arquitectura de los Incas, sino que también difieren notablemente entre sí, y respecto a las cuales, aún en el tiempo de los Incas no quedaban más que vagas tradiciones: gran número de lenguas que iban cediendo su lugar a la lengua quichua, que era la general del Imperio, y que muchas aún no habían desaparecido enteramente cuando los españoles llegaron con el habla de Castilla; diversas tradiciones, tan oscuras como fabulosas sobre los primeros pobladores de América, y sobre razas anteriores a la raza de los Incas; todo demuestra claramente que las tribus que poblaban las vastas comarcas en cuyo centro se fundó la ciudad

del Cuzco, que llegó a ser el corazón del Imperio, contaban ya un largo pasado antes de la aparición de Manco Capac." (3)

Por otra parte, como todos los pueblos que se presentan a la historia con caracteres de vitalidad y consistencia, la nación quichua tuvo sus instituciones especiales más o menos parecidas a las que nos enseñan las antiguas civilizaciones del Asia, de la Europa y del Africa; ella tuvo sus guerreros organizados a semejanza de Roma, un gobierno provincial con atribuciones y jurisdicción perfectamente deslindadas, su casta sacerdotal como el Egipto, como la India, como la Germania, como la Grecia; sus vestales, sus cortes, sus séquitos reales, sus fiestas populares, donde la imagen del Baco helénico se presenta transfigurado por un clima tropical y por una naturaleza distinta, pero siempre rodeado de la confusa algarrabía con que atronaba las selvas y los mares en sus tiempos de gloria; ella tuvo también, como la Grecia primitiva, sus danzas y sus bacanales donde el licor evoca la alegría, enciende la cólera, despierta el llanto, y de donde, después de una larga serie de transformaciones y evoluciones, surge vestida de su coturno regio, y con su máscara que nos aparta del mundo real para llevarnos a lo supuesto y lo impersonal, la tragedia solemne que se cincela con sus formas clásicas con Esquilo y Eurípides, y la comedia aristofánica que se viste con máscaras prestadas y con andrajos burlescos, donde va a ver el populacho el lado ridículo de aquellos personajes que en la tragedia le movieron al llanto; ella, como todas las razas madres de la cultura que admiramos en poemas, en pinturas y en esculturas, tuvo sus rapsodistas, sus pintores, sus escultores y arquitectos. Sus *amautas* y *haravecus*, encargados de conservar la tradición patria, de formar y descifrar los admirables *quipus* de la escritura quichua, escribieron y cantaron las glorias y las desgracias de sus antepasados, sus guerras y sus grandes revelaciones religiosas (4). Tuvo, por lo tanto, su gran

(3) PACHECO ZEGARRA, *Estudio sobre Ollantay*, París, 1878.

(4) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la crónica del Perú*, c. XII.  
— PRESCOTT, *Historia de la conquista del Perú*, c. IV.

poema nacional en el conjunto de todos aquellos cantares salvajes donde palpitaba su sentimiento nativo, donde expresaban su adoración o su admiración por sus dioses naturales, entre los que descollaba el Sol como calor y alma de la naturaleza, de la Madre Tierra, culto pristino de todo ser animado.

Los orígenes de sus primeros reyes, he dicho, se pierden en las nebulosas de la fábula; pero aquellas tradiciones de raza trasmitidas oralmente o por medio de su original sistema de escritura, y recogidas después por los primeros cronistas del descubrimiento de América, nos muestran al pueblo quichua con una sociabilidad formada y en vía de evolución uniforme. Tenemos noticia de sus grandes y arriesgadas expediciones a las regiones andinas y a las grandes llanuras orientales, y sus rastros conservados aún, a pesar de los estragos de la guerra de conquista y del tiempo, nos indican que llegaron hasta las márgenes del Paraná, donde concluía la acción expansiva de la raza guaraní (5). Sabemos también que de las naciones más remotas, tanto aquellas que vivían al pie de las grandes nieves como las que vivían abrumadas por el horror de la llanura abrasada, llegaban a la capital del Imperio, — la sagrada Cuzco, — los más abundantes y ricos tributos, forma semi-bárbara del impuesto, pero que revela un sistema de dominio y de vasallaje, no extraño a la civilización europea hasta el principio de los tiempos modernos. Conocemos cuánta suntuosidad y elegancia desplegaron en el ornato de su gran templo del Sol (Inti-huasi), merced al oro, la plata y la pedrería que extraían de los fabulosos veneros de los Andes, y cómo se deleitaban en rendir el homenaje del arte al que ellos consideraban el único y sabio autor de la naturaleza (6) y a sus divinidades inferiores. Es igualmente notable el que en su código religioso se comprendiera la institu-

---

(5) VICENTE F. LÓPEZ, *Geografía histórica del territorio argentino*, 1869. (*Revista de Buenos Aires*, tomo XX, pág. 608).

(6) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la crónica del Perú*, XXVII.

ción de las vestales, las vírgenes consagradas al servicio del culto del Sol, y que debían elegirse entre todas las familias del Imperio; y este primer esbozo de la vida monástica que encontramos establecido desde los tiempos mitológicos de la India, de Egipto, de Grecia, de Roma, si bien en sí mismo no importa una concepción elevada de la religión, él ha subsistido en todas las naciones de la antigüedad pre-cristiana en medio de las épocas de mayor cultura social. La violación de su voto sagrado de pureza se castigaba con la muerte, que sólo podía perdonarse, y aún divinizarse, cuando de la culpa hubiera nacido un dios, porque la humanidad está siempre inclinada a deificar lo que nace del misterio.

Si, pues, tales rasgos caracterizan esta raza privilegiada de la América, y si ellos la asemejan a las razas que más luz destellaron desde la antigüedad hacia los tiempos de la cultura europea y cristiana, transmitida por la tradición, por la poesía, por la historia, por la arquitectura y la escultura; y si admitimos que razas de semejante organización psico-fisiológica, desenvolviéndose en medios semejantes, deben producir las mismas o parecidas manifestaciones externas o internas, y engendrar los mismos o parecidos sentimientos, creencias y facultades, es lógico deducir que la gran raza quichua ha tenido en formación, sino acabadas, sus tradiciones épicas, religiosas y sentimentales, y que como sus congéneres del antiguo oriente, vivió largos siglos envuelta en la atmósfera luminosa de sus divinidades, de sus semidioses, de sus cantos, de sus monumentos, que dan hoy a las ruinas que todos los pueblos veneran, el aspecto de un génesis destruído repentinamente por el capricho de su creador en el momento álgido de su elaboración deslumbradora.

Si la literatura nacional no pudiera penetrar en el secreto de ese pasado, y desenterrar de las huacas y los templos todos los tesoros del pensamiento quichua, ¡qué espléndido campo, no obstante, encontraría para sus creaciones en lo que conocemos de él por los trabajos de arquólogos e historiadores! ¡Cuánto personaje ya legendario, ya fantástico, ya histórico

nos presenta la América desde los tiempos más remotos, que pudieran ser objeto de poemas inmortales en los que respirarían el genio indígena, la savia tropical, el perfume de las selvas, la grandiosidad de las cordilleras, el misterio de los abismos, la majestad del desierto, el heroísmo de las luchas salvajes, la luz mística de tantas divinidades poéticas habitadoras de las cumbres y el amor puro con todos sus idilios y sus tragedias!

Y qué pálidos parecerían a nuestra imaginación los poemas tradicionales de Inglaterra, Alemania, Suiza, Francia y España, donde, sin embargo, sentimos todo el hervor y el brillo de la fantasía primitiva! El pueblo no repite de memoria esos poemas profundamente filosóficos que invitan a pensar, y que son hijos de la civilización moderna: ellos aprenden los cantos legendarios que refieren y celebran las hazañas de sus héroes, los sacrificios de sus mártires y las escenas del amor sin cálculo; y se complacen en recordar con religioso respeto sus orígenes, ya celestes, ya terrenos, pero tradicionales; y la tradición, de esta manera sencilla y sentimental, obra tanto en la cultura social como las más tenebrosas y elevadas concepciones del espíritu.

Los versos de Tirteo, los cantos de Mesenia, las odas olímpicas, la epopeya homérica, las baladas anglo-sajonas, los romances castellanos, encantan más la imaginación popular que las tragedias de Esquilo y de Eurípides, que las sátiras de Horacio y de Juvenal, que los dramas de Shakespeare y Racine, que las comedias de Alarcón, Calderón, Moreto y Lope; y si quisiéramos levantar en el corazón del pueblo el sentimiento patriótico para la defensa nacional, no habríamos de hablarle en el lenguaje de las academias, sino en el idioma candente de las glorias, de las batallas y de los martirios de nuestros héroes; les hablaríamos al sentimiento, porque él enciende las cenizas de los sepulcros y precipita a los pueblos a los grandes heroísmos.

## XII

Aún la crítica no ha resuelto si los quichuas tuvieron su gran poema nacional; y aunque ha llegado hasta nosotros el *Ollantay*, tan discutido por su origen, escrito en el idioma de los Incas e inspirado en uno de los episodios más célebres de su historia, no parece prudente resolverse a adoptar la opinión de los apasionados partidarios de su filiación nativa, si se tiene en cuenta sus notables y visibles afinidades con el teatro español del Siglo de Oro.

Yo lo he leído, lo he meditado, lo he comparado con esmero con las obras más acabadas de la escena española, y mis impresiones son adversas a su origen americano; y no es porque crea que el genio quichua no hubiera sido capaz de dar vida a una obra como ésta, porque su cultura artística llegó a una altura considerable, sino porque no le encuentro el sabor de la naturaleza, ni el colorido de las tradiciones de raza, ni el fervor de la creencia, ni la dulzura e ingenuidad de la poesía indígena, ni la fidelidad con los principios políticos de la nación a quien se le atribuye; y aunque es cierto que los poemas bárbaros de la India primitiva nos presentan ejemplos de una elevada concepción artística que irradia sobre el teatro griego, no creo que debemos deducir de aquí que la raza quichua pudo haber dado formas más o menos acabadas a sus obras literarias, porque la distancia de tiempo y espacio que separa a una y otra civilización es tan inmensa, que con la influencia del medio sociológico debió indudablemente perderse todo vínculo y todo reflejo entre ellas, a no ser los primitivos conceptos psicológicos que forman la esencia del ser inteligente.

Por lo menos, esa distancia de tiempo y espacio bastó para que las fuerzas externas de un nuevo clima, de una nueva naturaleza, de nuevas necesidades, de nuevas luchas, de nuevos fenómenos, transformaran por entero las tendencias morales, sociales, artísticas y religiosas del hombre americano,

a tal punto que, puede decirse, se ha verificado en nuestro continente el nacimiento de una nueva humanidad organizada como la antigua, pero que forzosamente debía seguir corrientes ideales semejantes aunque no idénticas. Por otra parte, *Ollantay* no tiene parentesco literario, ni siquiera remoto, con el drama védico, de modo que toda deducción que quisiera llevarnos a afirmar la existencia de una filiación con aquel primero y deslumbrante génesis del arte, sería aventurada por lo remota.

En cambio, las afinidades de esta obra con el genio del drama ibérico son indudables; y sería incomprensible una coincidencia tal para que el quichua hubiera creado ciertos personajes típicos de aquel teatro. Y nada tiene de difícil ni de extraño el que algún poeta conquistador hubiese querido ensayar la creación de un drama basado en asuntos americanos, cosa por otra parte, que revela en el autor de *Ollantay* una felicísima elección; y aunque las escenas no se hallan distribuídas ni ligadas con la debida armonía estética, y como la noción de tiempo y espacio lo exige, esto bien podría ser efecto de que el autor tuviese más disposiciones líricas que dramáticas, o por fin, que se hubiese extraviado parte del original durante las vicisitudes de la conquista, y no en manera alguna porque ignorase las reglas de composición teatral, puesto que en el mismo drama se muestra perfecto conocedor de muchos difíciles y delicados recursos con que se hermocean los mejores dramas modernos.

Pero lo que más me decide a pensar que él no ha nacido de la musa americana, es la falta completa de imágenes sacadas de la naturaleza, de la tierra donde actúan sus personajes; y si se exceptúan las canciones indígenas (yaraví) que figuran intercaladas con evidente cálculo, a semejanza de las que los pajes entonan bajo los balcones de sus amadas en algunas obras del teatro lírico moderno, y una que otra alusión a objetos o lugares, personas o divinidades demasiado conocidas, — cosa que, por otra parte, está hecha con frialdad y medida—, no encuentro en el célebre *Ollantay* nada que demues-

tre un poema indígena, hijo genuino de una raza virgen que, o no tuvo contacto alguno con la cultura europea, o el que tuvo se borró por la fuerza de la distancia y de las influencias externas en una larga serie de siglos. No hallo más que una narración histórica de un episodio nacional bastante trascendental para dar motivo a un gran poema, pero nada de ese lirismo, de esa pasión salvaje, de esa profusión de imágenes muchas veces desordenadas, pero siempre inspiradas y deslumbrantes que desbordan en los poemas primitivos de la India, de la Siria, de la Grecia, de la Germania y de Inglaterra.

La primera inspiración del poeta nacional es describir la tierra nativa con todos los colores y las fantasías que su amor local le sugiere, exaltándolo, divinizándolo, para ofrecer a los héroes un teatro aparente a sus proezas inmortales, en las que los dioses actúan con todo el cortejo de sus divinidades, personificaciones a su vez de los múltiples fenómenos con que la naturaleza sorprende su mente embrionaria o soñadora. Es esa la tendencia natural de la poesía indígena bajo todos los climas, porque ella vive de la belleza física y de las comparaciones que evocan en la fantasía de los pueblos sus atributos, sus formas, sus armonías y sus contrastes; es así como el arte en general ha aparecido en el mundo, imitando con el granito, con la arcilla, con el mármol, con el bronce o en la tela, las formas reales de los objetos y de los fenómenos visibles, o las que por deducción atribuyó el hombre a sus concepciones ideales.

El espíritu trae en sí mismo la llama, la facultad creadora, la materia candente, los colores; pero la naturaleza le da el molde en que han de fundirse, la forma que ha de ostentar la piedra, y el contorno y los matices que han de dar vida a la concepción ideal y al paisaje imaginado o reproducido por el pincel. Pero en *Ollantay*, que se supone obra del genio quichua, no resalta nada de esto, sino como un mero accidente que se desvanece ante la narración histórica o tradicional; nada de aquella pasión abrasadora o de aquella semivelada lujuria, de aquella admiración por las formas, de



aquella exhuberancia de imágenes arrancadas todas con asombrosa verdad de una tierra calentada y fecundada por el sol de los trópicos, que nos asombra y encanta, nos deleita y abrumba en el poema eternamente joven y desbordante del *Cantar de los Cantares*; por el contrario, si se exceptúan algunas lamentaciones amorosas desnudas de originalidad y de fuego salvaje, todo revela que el autor era esclavo de doctrinas espiritualistas, y de escrúpulos religiosos y morales sobrado conocidos, pero que nunca han dado origen a creaciones verdaderamente inspiradas en una naturaleza aún no modelada y restringida por reglas doctrinarias o sistemáticas. El temor a la desnudez ha ahogado en el poeta todos esos arranques apasionados y libres, como son los que nacen de la naturaleza, y nos ha presentado un poema mucho más pudoroso y casto que los que el pueblo hebreo nos ha legado, y cuya belleza consiste en esa espléndida desnudez de las formas y espontaneidad de los afectos, que una errada concepción del arte ha venido después a encubrir con tupidos velos, y a ahogar con temores exagerados.

La poesía primitiva es esencialmente realista, porque nace de las formas, de los colores y de los sonidos reflejados en cada una de las facultades de nuestro ser, idealizados por nuestra fantasía para satisfacer así el anhelo investigador y analítico de la inteligencia. Citerrea cubierta con la túnica hebrea no sería ya la espuma de las olas, ni la Venus de Milo sería ya la sonrisa de los astros; Eva condenada, maldita y obligada a ocultar sus líneas purísimas, no es ya la primera alborada de la tierra, envuelta en la dorada nube de sus cabellos, como la creación en los haces deslumbrantes del primer sol.

Luego, pues, ese tímido recelo con que el autor de *Ollantay* oculta los arranques naturales de la savia indígena, no puede concebirse de origen americano en aquella época, sino como fruto de las ideas cristianas que inmigraron en el continente con la conquista; y aunque historiadores tan eminentes como el doctor López le atribuyan ese origen, y america-

nistas como Pacheco Zegarra lleguen a exaltar demasiado la civilización incana, los que juzgan con el criterio estético y sociológico, no pueden admitir esa afirmación que se oscurece ante la palidez de las imágenes; ante la ausencia de colorido local, ante la calculada medida con que han sido prodigados los toques de efecto y de pasión, y ante la notable filiación europea de su índole literaria; y aunque no creo como el señor Mitre, que en la civilización quichua no cabía una literatura dramática (7), ni como el señor Prescott, que la poesía sea una mala aliada de la historia, pienso sí que *Ollantay* no puede ser el drama de tal raza ni de tal clima, sino sólo que como tradición escrita, puede contarse entre los ricos elementos de la crónica americana, de que más tarde la literatura nacional puede sacar abundante partido; lo primero, porque no refleja el genio de la nación de que se supone ser obra, y lo segundo, porque él ha sido escrito por un hombre que observó de cerca las costumbres indígenas, aún no borradas por la influencia genial de la raza conquistadora; y tiene la importancia histórica y tradicional de la *Araucana* y de las crónicas de Montesinos, Cieza de León, Garcilaso y tantos otros que escribieron lo que observaron durante la primera época de la conquista, esto es, cuando aún se mantenía puro el carácter nativo.

Es mi propósito estudiar especialmente este drama, no ya con el criterio del filólogo que busca las raíces del origen por el desarrollo del lenguaje, sino con el criterio puramente literario, que si no profundiza esas árduas investigaciones, proporciona al espíritu goces más superficiales pero más amenos; y es por eso que ahora no me detengo en su análisis, ni en la discusión de la controversia que he esbozado apenas, y también porque admitiendo su origen europeo, tendría que colocarlo entre los temas que la época colonial suministrara para estas líneas escritas a la ligera, y sólo como un entreti-

---

(7) *Ollantay*, Estudio sobre el drama quichua. (*Nueva Revista de Buenos Aires*, tomo I, pág. 25).

miento pasajero; como examinaré las obras más notables de nuestra literatura patria, que por su índole y su género merezcan calificarse entre las que forman nuestro arte nacional: pero ello será objeto de trabajos separados que iré preparando a medida que las ocupaciones de carácter más positivo, vayan dejándome el tiempo y el reposo necesarios para esta clase de meditaciones.



***LIBRO SEGUNDO***



## LIBRO SEGUNDO

I. El descubrimiento. Fusión de las razas. — II. Renovación del espíritu indígena. La epopeya americana. — III. Los héroes de la conquista. — IV. Los héroes del Evangelio. — V. Los tesoros. — VI. Los milagros. — VII. Los jesuítas. La educación monástica. — VIII. El Diablo. Dos poemas nacionales. Las brujas. — IX. Las ciudades. Sus fundadores. Vida comunal.

### I

Los primeros albores del siglo XVI anunciaron a la América la más grande de las sorpresas que hayan conmovido al mundo. Un continente ignorado y perdido entre los mares inmensurables fué sorprendido en su reposo, apenas turbado hasta entonces por sus propios sacudimientos, con la aparición de una raza nueva, aventurera y conquistadora que buscaba, como ha dicho el poeta,

*ámbito y luz en apartadas zonas,*

y que debía realizar la transformación más general en los destinos humanos y en las corrientes de la historia. Al mismo tiempo debía verificarse en nuestro continente una serie de evoluciones trascendentales en el carácter de las razas aborígenes, evoluciones naturales y lógicas en toda mezcla de elementos heterogéneos obligados a amalgamarse por su coexistencia en un mismo espacio limitado por términos tan colosales como son los océanos que lo rodean.

La vieja raza latina después de haber conducido la civilización antigua hacia los tiempos modernos, salvándola

de los cataclismos más sombríos de la Edad Media, no sin haber dejado girones de su cuerpo, y encontrando estrechos los límites del viejo mundo, entre razas antagónicas y desiertos insondables que le cierran el paso por el norte y el oriente, tiende su vista hacia ese océano que desde tantos siglos se estrella con estruendo en sus costas, y se resuelve a lanzarse en sus soledades tempestuosas, dispuesta a realizar su sueño, o a hundirse para siempre en los abismos sobre las débiles naves de Colón. Pero el misterio de los tiempos se descubre, y, a ella cabe la gloria de haber anunciado al mundo la existencia de nuevo espacio para las ilimitadas expansiones de la vida.

Es en ese momento que se concibe el fruto que más tarde debía ser la América libre y hambrienta de civilización. De aquella unión de dos razas separadas por un océano, y que sin embargo se presentían por los rumores lejanos, como un diálogo de dos mundos perdidos en el espacio, nació una humanidad rejuvenecida, porque el viejo metal probado en añejas vicisitudes fué refundido en el molde vigoroso y virgen de un continente recién brotado de las olas. Pero el metal antiguo al vaciarse candente en el molde americano debía transformar su naturaleza, así como las paredes del molde debían asimilarse la esencia del metal al llenar de él por primera vez sus poros. Las más profundas y radicales transformaciones debían operarse en el carácter de una y otra raza; pero la elaboración tenía que ser lenta y trabajosa, y durante ella debía peligrar muchas veces en formidables estallidos y en sacudimientos febriles, la integridad de su organización y de su ser.

No es este un fenómeno nuevo en la historia, aunque medie una enorme distancia entre los tiempos en que se ha producido. El Asia engendra en Europa la primera forma de la civilización humana con sus poemas, sus biblias y sus dioses; la Europa devuelve después con la Grecia al Asia carcomida los frutos madurados y embellecidos por un arte des-



lumbrador, realizando la reciprocidad más grandiosa y brillante entre dos humanidades. La Europa occidental a su vez se siente renovada en su savia virgen, en su fantasía germánica, por las ideas, las creaciones, los martirios, los prodigios y los fulgores de una religión que era todo un inmenso ideal; y Roma, la que inculcaba su espíritu desde los tiempos fabulosos a las razas que habitaban las selvas septentrionales, siente también en su día la inundación mortífera del espíritu bárbaro que, como una consecuencia terrible de causas remotas, se desprende semejante a la lluvia de fuego de Sodoma y Gomorra, del fondo de los bosques de la misteriosa y tenebrosa Escitia.

La humanidad es como los mares que cubren el planeta: sus aguas no descansan un momento ni en la superficie ni en el fondo, y aquí las corrientes submarinas de densidades diferentes mantienen en perpetua renovación las temperaturas y en perpetua mudanza las viviendas de sus moradores. Las razas más civilizadas y viriles trasponen sus linderos para lanzarse sobre las tierras habitadas por otras de nivel moral inferior, llevándoles sus caracteres y su genio; y si en los océanos la ley de las densidades produce los desbordamientos y las inmersiones de los continentes, en la humanidad la ley de la cultura produce las grandes y sangrientas revoluciones que transforman y revisten de nueva vida las épocas.

La mitología, la poesía, la tradición asiáticas emigradas a la Grecia se transforman y se purifican en creaciones luminosas y en mármoles radiantes; la Grecia transportada a Roma ve degradar sus formas purísimas y profanar sus ritos tan misteriosos como poéticos y trascendentales, hasta caer envuelta ella misma en el cieno del Bajo Imperio. Cada civilización ha dejado un jirón de su túnica en la tierra donde ha emigrado, o ha adquirido nuevos encantos, y nueva y más espléndida vestidura bajo las irradiaciones fecundas de nuevos climas y de nuevos paisajes. Como si las ideas, los sentimientos, las creaciones religiosas fueran el efecto de fenómenos ép-

ticos, absorben matices diferentes al atravesar los rayos de otros soles, las emanaciones de otras atmósferas, los reverberos de otros mares.

Así, pues, la emigración latina sobre el continente americano poblado por una raza virgen y sin historia, desligada de los vínculos más o menos consistentes que mantenían la intermitente armonía de las del viejo mundo, significaba la evolución más extensa en las ideas, en las inclinaciones, en las creencias, en los sentimientos, en la poesía y en el arte; y aunque el nivel intelectual de la raza invasora se elevara muy por arriba del de la raza conquistada, no por eso dejaría de verificarse el hecho natural de las influencias recíprocas que dan por resultado el nacimiento de una alma nueva, heredera de los caracteres físicos y psicológicos combinados de sus progenitores; y aunque la fuerza material de las armas y la fuerza espiritual de la creencia en la una debían fatalmente imponerse sobre la otra, no por eso dejaría de operarse en el carácter social y religioso de ambas la fusión lógica e inevitable, de la que resultarían elementos nuevos de sociabilidad y anhelos desconocidos del espíritu, que no llevaron sino virtualmente en su ser las razas madres.

## II

Si la fisonomía de la raza se cambia con la mezcla de una distinta; si los acontecimientos que se suceden en un pueblo primitivo llevan un sello marcado de uniformidad y un solo sentido general de evolución; si las ideas religiosas, nacidas al contacto del mundo visible por la evocación del pensamiento y de la poesía nativos, se conmueven ante la aparición de dioses desconocidos; si las mismas artes desarrolladas por sí solas en un medio ambiente rodeado siempre por la naturaleza, reciben el soplo regenerador de un espíritu más elevado; si tales son las transformaciones que resultan de esas transmigraciones del espíritu, dedúzcase cuánta perturbación llevaron a la naciente y autónoma cultura americana las nuevas no-

ciones, los nuevos ideales, las nuevas formas que la raza latina ha adquirido en el curso de su larga vida, y con las que ha evolucionado en el mundo durante tantos siglos.

Si al principio los hechos históricos de las naciones de América tuvieron el sello que la naturaleza les imponía, y si todo cuanto obraban, pensaban y sentían era inspirado por esas influencias invisibles de la tierra, que hablan al espíritu de los hombres agrupados con un lenguaje que se parece a las corrientes atmosféricas, intangibles pero formidables, bien se comprende que la vista de nuevos recursos para ellos ignorados, y de los que nunca les hablaron sus sabios, sus sacerdotes, ni sus divinidades, debía ser un motivo de asombro y de espanto, y la duda sobre sus propias concepciones ideales debió levantarse en sus cerebros infantiles, acostumbrados a explicarse todos los fenómenos con el sencillo pero falible criterio natural.

Sus combates no revestirían ya el terrible aspecto de las luchas del cielo y de la tierra, mezcla de horror y de encantamiento, de cataclismos sombríos y de paisajes apacibles; y más de una vez en el delirio del ardor bélico, evocando las sombras protectoras de sus antepasados o de sus pillanes amigos, que tantas veces intervinieron en sus triunfos, como los dioses en las luchas homéricas, se sintieron desamparados por ellos en su desgracia y abandonados en su desesperación. Su asombro era inmenso al contemplar la indiferencia de sus dioses en frente del estrago que las armas enemigas sembraban en sus filas; aquellas armas que estallaban en las montañas con estruendo semejante a los truenos que las sacuden en su base, y que repetidos por la sucesión interminable de cumbres y de abismos que se dilatan hasta perderse en regiones ignoradas, recuerdan o traen a la mente la imagen de la destrucción de un mundo. Aquel fragor extraño levantado por el poder de unos hombres que no se arredraban ante las más difíciles y escarpadas cordilleras, que penetraban sin miedo en las gargantas donde moraban los genios infernales o donde se escondía la guarida de las fieras, que no habían temido lan-

zarse a la inmensidad de ese océano sin límites donde terminaba el universo para el indio, fué sin duda causa de inquietudes, de dolores, de desencantos supremos que engendraron en el habitante de América, la desesperación, el heroísmo de fiera, la voracidad del buitre, la crueldad de los monstruos y esa abnegación ante la muerte, que no se desvaneció en su corazón hasta que el último hijo de la tierra cayó vencido y encadenado por el invasor.

La poesía que recogiera esos gritos de dolor ante la triste perspectiva del adiós supremo a la patria, y la tradición que lograra referir los arranques desesperados y los martirios sublimes de esa raza desaparecida, serían las notas más altas de la epopeya de los siglos; serían la realización del ideal grandioso de esa epopeya que soñaron un tiempo los poetas europeos, cuando en presencia de las obras maestras de la antigüedad, desde Homero hasta Virgilio, y desde el Dante hasta Voltaire, se preguntaban por qué la musa contemporánea no ha producido una epopeya tan grandiosa como aquellas.

La epopeya no es la vida de un hombre, ni basta un poeta para concebirla: ella es la vida de un pueblo que ha combatido y que ha brillado sobre la historia como un astro sobre el mundo, y su poeta es el mismo pueblo que ha cantado y ha llorado cuando sus triunfos y sus desgracias han conmovido su espíritu, cuando ha precisado sublimizarse ante la batalla y levantarse del abismo después de haber caído con estruendo. He ahí el único sentido en que es verdadera la solución de Lamartine cuando afirma que no habrá epopeya mientras exista la Biblia; porque la Biblia es la tradición más completa que nos queda de la vida de una raza desde sus comienzos legendarios hasta sus últimas palpitaciones, desde el génesis divino, que ha logrado imponerse por más tiempo a la inteligencia humana, hasta el sublime desenlace del Calvario, que no es más que el desenlace de la eterna lucha de la razón contra las sombras ideales; porque esa raza unida y fuerte desde su nacimiento hasta su dispersión calamitosa, no dejó de cantar, ni de soñar, no dejó de combatir ni de ce-

lebrar sus héroes en ninguno de los instantes de su existencia; y porque elevando sus libros épicos a la consagración religiosa, supo conservarlos como el manantial perenne de su inspiración patriótica. He ahí también por qué los más grandes poemas épicos son aquellos en que los dioses han actuado con los héroes, como en Homero y en los poemas védicos, o aquellos en que los mismos dioses dictaron o escribieron las estrofas, como en la Biblia y en el Corán.

Para que el hombre se sienta arrastrado por la epopeya, es necesario que subyuguen su inteligencia y su corazón potencias superiores a las suyas, a los que pueda admirar y venerar, y que contemple sus irradiaciones en medio del aparato maravilloso de la naturaleza. Las nieblas y los fulgores, los sacudimientos y los relámpagos del Ida, del Himalaya y del Sinaí, encierran en sus antros hirvientes la fascinación épica. Las grandes montañas albergan en sus cumbres las creaciones inmortales, como los genios superiores conciben los pensamientos que asombran a los siglos; y ¿qué montañas y qué cumbres más colosales y radiantes, más misteriosas y sagradas que las que brillan con nieve eterna sobre la América, y en cuyos secretos no ha penetrado aún la poesía? ¿Quién podrá decir jamás que en sus nieblas eternas, que no puede rasgar ni el sol que se suspende sobre ellas, no se esconde la biblia inmortal, la epopeya anhelada de los tiempos contemporáneos?

El pensamiento humano no concebirá jamás otra epopeya mientras no se cante la leyenda de los Andes. Como el Cáucaso dió a Esquilo la colosal trilogía de Prometeo, el futuro poeta americano hallará en las cumbres andinas una trilogía épica tan grande como aquella, cantando las tres épocas en que han recorrido sus laderas tres naciones, tres civilizaciones, tres categorías de héroes.

La creación legendaria de los primeros dioses americanos tuvo su fuego engendrador brotado de los volcanes, y es Prometeo conductor del fuego celeste; la conquista extranjera remontó esas cumbres para destruir una raza virgen y heroica

llena de anhelos gigantescos, y es Prometeo encadenado; San Martín con la bandera argentina, que es la enseña de la nueva cultura humana, rompe las ligaduras del pensamiento y del corazón americanos, hollando por última vez las cumbres tenebrosas, y el mundo contempla con asombro al nuevo Prometeo libertado.

No menos radical fué la transformación operada en los hábitos y en las prácticas sociales con la introducción de las nuevas creencias religiosas, que tan decisiva influencia ejercen en los actos humanos. Sociedades educadas en la gran religión de la naturaleza, que adoraban los dioses forjados por ellos mismos con la intuición de la divinidad, y que habían vivido bajo su amparo tutelar desde sus comienzos en la tierra, y sufrido y recibido sus consuelos, luchado y recibido su auxilio en los combates, sintieron temblar y desquiciarse su olimpo venerado ante los prodigios de un Dios y de unos hombres que sacrificaban su vida por el bien de sus semejantes.

Todo era para ellos un presagio triste de destrucción, pues que veían en aquellos invasores los agentes de la fatalidad, y todo les hablaba en tono de despedida eterna. Las armas invencibles de sus enemigos les traían la esclavitud en medio de su libertad sin límites; aquella cruz que veían levantarse sobre las cumbres rodeada de relámpagos y de nubes, les imponía una sumisión moral absoluta que era para ellos la esclavitud del alma; aquellos hombres extraordinarios que hablaban un lenguaje desconocido al pie de esa misma cruz, exhortándoles a la castidad, a la templanza, a la fraternidad, eran para ellos los portadores de su desgracia, porque venían a arrebatárles el dominio de la naturaleza.

No hay dolor más profundo para el salvaje que el verse despojado de sus dioses, porque con ellos pierde la patria, la religión y el amor; pero nada como ellos los hace más heroicos y fuertes, y prefieren sucumbir luchando al pie de sus ídolos, o emigrar a climas lejanos llevándose consigo en peregrinación fúnebre su divino tesoro. Y es esto lo que ha arrancado notas más altas y sublimes a la lira de todos los pueblos. Ese

destierro nos ha dejado las lamentaciones de los profetas de Israel, y la epopeya de los hijos de Troya, errantes sobre los mares guardando los manes venerados. La narración bíblica del cautiverio, y la salida de Troya después del último incendio que derriba sus muros sagrados, repercutirán en los siglos con la sombría voz de los cataclismos humanos.

Y aquel gemido postrero de la América virgen, destronada de su pedestal de nieves inaccesibles, de bosques sonrientes, de ríos interminables, de llanuras tan majestuosas como el océano, nadie ha recogido ni cantado, y las lágrimas de tantos mártires se secaron en su corazón, se fundieron en el fuego enemigo, o se multiplicaron en la esclavitud. Hay algo de bárbaro en el poder de la cultura misma, con lo que el corazón no puede jamás conformarse; hay algo horrible en esa necesidad de elevarse en el nivel moral, que forma parte esencial de la humanidad; y si la inteligencia lo acepta y lo ejecuta, la poesía lo lamenta. Hay en cada uno de esos reyes destronados por la civilización y conducidos a la servidumbre, el personaje de una tragedia de lágrimas; y más de una vez hemos visto a hijos de nuestra pampa morir de la nostalgia de esa inmensa patria que parece derramar en el alma de sus hijos tanto dolor como hay majestad en sus horizontes infinitos, cuando la conquista los ha arrancado de ella y los ha llevado a la ciudad avasalladora y absorbente. No hay consuelo para esa muerte que consiste en atravesar el límite del desierto, para quien ha nacido en él, y se ha alimentado de su hálito sombrío y saturado de misterio... Y cuánta historia de extraordinaria grandeza no hay oculta en cada una de esas hecatombes de tribus, en cada una de esas vidas que han cesado de latir al contacto cálido y a la presión del ambiente de una ciudad estrecha!

Con la conquista militar que introdujo las armas de la cultura, y con la conquista religiosa que introdujo una creencia tan distinta, y que había dominado el mundo, el carácter de los hechos históricos, tradicionales o íntimos, se transforma para presentar el sello que las nuevas formas sociales le

imprimen; y así, los elementos de la literatura, los despojos de los combates, los materiales de deducción sociológica, conducen a adoptar otro criterio en la elaboración tradicional; y si en la época antecolonial la tradición tiene la fisonomía de la naturaleza, desnuda de atavíos convencionales, y es en sí una copia de ella, desde la conquista la tradición absorbe mucho del carácter de la raza conquistadora, y esta misma comienza a ser fuente mucho más abundante y cierta, donde la literatura y la poesía recogen valiosos e interesantes acontecimientos. Es entonces que comienza a ser conocida la raza primitiva, y los cronistas de aquella guerra memorable y prolijos historiadores de nuestros días, han formado ya un verdadero tesoro literario, histórico y tradicional, de donde brotarán algún día la unidad de la tradición, y quizá los elementos de la gran epopeya americana.

### III

Cuando después de tres siglos volvemos la mente al pasado, y juzgamos los primeros descubridores y sus expediciones sobre esta tierra ignorada en su tiempo, el pensamiento se abruma y se fatiga al reconstruir en sí mismo aquellos lugares y aquellos peligros desconocidos, y por eso más grandes. Aventurarse en lo desconocido, es como lanzarse en un abismo; es como la inmolación de la vida; es el heroísmo y la abnegación. La fantasía acude al instante con su cortejo de creaciones radiantes para rodear las imágenes de esos hombres que no temen un océano cuyos términos se ignoraban; que se internan en unas tierras erizadas de selvas que cierran el camino y el horizonte; que remontan las corrientes de ríos cuyas fuentes son inaccesibles, sin saber adonde marchan, y donde levantarán su tienda de campaña; que se arrojan como las víctimas romanas, en matorrales cuajados de fieras; que se atreven a cruzar esa llanura solitaria que separa como un mar de fuego la región de los ríos de la región de las montañas, allí donde



*gira en vano, reconcentra  
la inmensidad, y no encuentra  
la vista en su vivo anhelo,  
do posar su fugaz vuelo  
como el pájaro en la mar;*

y por último, que se empeñan en combates desesperados con la naturaleza, con el hombre y con las turbas voraces de salvajes que no conocen las leyes humanas, y que luchan como las fieras en defensa de una tierra que creyeron suya para siempre.

Contemplados a través de la enorme distancia de los tiempos, y cuando aún hoy día el desierto nos resiste con su salvaje heroísmo, esas figuras se agigantan, se rodean de aureolas sobrenaturales, y la poesía las levanta al nivel de los héroes. Muchos de ellos cayeron en el abismo que sondeaban, y la naturaleza no cedió su dominio sin cobrar su tributo de sangre. Capitanes esforzados, corazones magnánimos resplandecieron con luz intensa en aquellos anales trágicos, ya pereciendo en manos de las tribus sanguinarias, ya bajo el golpe de la traición o del odio de sus mismos compañeros de armas. Es que, cuando el hombre se siente aislado de sus semejantes, y en presencia de lo infinito, de lo desconocido, de la muerte misma, parece hallarse arrastrado ya a las alturas excelsas de la virtud, ya a los abismos más hondos de la maldad; la soledad le devora, y el hombre se defiende; e inmolar a sus semejantes es también, por desgracia, en esos momentos de solemne desesperación, un medio de defensa. El sacrificio humano ha sido en la infancia del mundo un modo de aplacar las iras de Dios y de la fatalidad, y el hombre abandonado en frente de la muerte, se cree desligado de los vínculos humanos, y es una fiera en el paroxismo del terror, o es un Dios en la exaltación del entusiasmo.

He ahí el secreto de esos dramas sombríos que ensangrentaron las primeras naves exploradoras, y las primeras tiendas levantadas en las playas argentinas, y que nos han sido transmitidos por los sobrevivientes de tantas catástrofes. Pero

al lado de esas páginas de sangre brillan los episodios heroicos que formarían epopeyas si los cantara un genio del arte; que serían narraciones deslumbradoras si la literatura contemporánea los exhumara del olvido, y los adornara con las flores nativas y con los encantos del estilo; que crearían palpitantes cantares romancescos, si la musa popular los recogiera y los transmitiera con las formas poéticas a las generaciones del porvenir.

¡Cuántos idilios ignorados y sublimes, sorprendidos por la planta invasora! ¡Cuántos amores tranquilos nacidos a la margen de nuestros poéticos ríos, convertidos en lágrimas y en duelo eterno! ¡Cuántos lazos que se soñaron indisolubles, rotos para siempre por la muerte, allí mismo donde se levantó la cabaña rústica rodeada de hiedras y entretejida de madreselvas perfumadas! Y allá en las montañas pobladas de genios juguetones como los gnomos germánicos, como los sátiros griegos, arrulladas por los ecos melodiosos de la noche que semejan diálogos musicales, donde Beethoven hubiera encontrado acentos sublimes para sus personajes vaporosos; donde el indio confiado en su dominio se aventura sobre las cumbres y salta sobre las rocas haciéndolas rodar con estrépito hasta el abismo, o se detiene sobre un pico elevado, semejante a una estatua de granito bañada por la luz de la luna que se suspende sobre las nieves, enamorada de su propia hermosura reflejada en el eterno espejo de las cimas blancas, ¡cuántas leyendas sumergidas en el torbellino que levantaron los ejércitos profanadores de aquel solemne arrobamiento de una naturaleza virgen!

Nadie ha referido ni ha imaginado esos cuadros desenvueltos en medio de la soledad, ni las aventuras fantásticas de los guerreros extraviados en las selvas de las montañas, donde fueron atraídos por músicas seductoras o por visiones fantásticas, a los palacios encantados que formaron los genios de la tierra en las entrañas del granito, ni las desapariciones repentinas de atrevidos exploradores, arrastrados a las alturas donde reina esa divinidad terrible que precipita al abismo,

sobre el témpano de nieve, al profano que descubre los misterios de sus viviendas. Andersen ha encantado la imaginación del mundo relatando esas escenas que sólo descubre el poeta de la naturaleza, y la Virgen de los Ventisqueros, con sus fatales desvanecimientos, ha arrancado más de un grito de terror ante el espectáculo de una caída producida por el vértigo.

En el silencio de la noche un cacique viejo conduce sus hijos por senderos extraviados al lugar donde ha guardado sus tesoros, o donde ha descubierto el filón macizo de oro o de plata que será la fortuna de sus descendientes; y esos senderos recorridos tantas veces después por la codicia aventurera, están sembrados de tragedias sangrientas que la rigidez de la montaña ha ocultado, quizá para siempre.

En lo alto de una meseta cubierta de árboles frondosos, un tejido de coronas de *flor del aire* delata el sitio donde en tiempos pasados se levantó la choza del amor salvaje y bonancible; y aquellas flores que se renuevan incesantemente, parece que invitan al poeta y al artista a escuchar la historia que ellas solas conservan, cuya poesía se derrama al espacio en su perfume embriagador, y cuyas flores blancas como la nieve de las cimas, adornaron tantas veces la cabellera negra de la hija de los bosques, de donde pasaron a las sienas del amado que vuelve victorioso de los combates.

¡Oh santa poesía de las montañas y de las selvas de mi patria, leyendas vírgenes que lleváis en vuestros episodios toda la fantasía de su cielo, ¡cuántas veces ha reposado mi espíritu en vuestros misterios sagrados, y he sentido desvanecerse al contacto de vuestras alas incorpóreas, las nieblas de mi frente tan temprano surcada por las meditaciones y las vigili-  
lias!

Relatar aquellas expediciones asombrosas y sus inesperados descubrimientos, los combates con la fiera, con el salvaje y con la naturaleza misma, donde se hundieron tantas vidas, las escenas sorprendidas en el éxtasis primitivo por la mirada extraña, las luchas sostenidas en los baluartes graníticos en presencia de la lucha de los elementos, los sacrificios

en masa al borde de los abismos o sobre la roca que cubría los huesos de los héroes indígenas, los gemidos fúnebres de las divinidades nativas destronadas de sus pedestales eternos, gemidos que aún resuenan, y resonarán en los siglos sobre las alturas inaccesibles; traducir a la lengua nacional todo lo que revelan los despojos sobrevivientes de aquella época de luz y de sombra, de horrores y de encantos, de heroísmos y martirios, sería como evocar todo el pasado, y llevar nuestra generación a beber la savia primitiva en las fuentes cristalinas de la infancia de América. Y consagrar en la tradición escrita las hazañas de los héroes de la conquista, sería colocar el lauro justiciero de la posteridad sobre sus frentes quemadas por los soles y el humo de las batallas, buscando nuevos derroteros a la civilización. De cuántos de ellos podría decirse lo que el héroe y poeta de la *Araucana* grabó sobre la corteza de un árbol secular, y que recuerda el epitafio conmovedor y solemne del mártir de las Termópilas:

*Aquí llegó donde otro no ha llegado!*

Cualquiera que pueda ser el juicio de la historia sobre los hechos generales de la conquista, en su relación con la moral y la justicia humanas, la poesía exaltará los nombres de esos soldados que conquistaron su gloria con su sacrificio, y la tradición americana perpetuará sus triunfos y sus desgracias rodeados con todo el encanto de lo extraordinario y de lo sublime; porque ellas se levantan de la esfera analítica para vibrar como la música de la naturaleza, sobre el nivel de los acontecimientos, retratando y exaltando lo que haya en ellos de maravilloso y de patético, de tierno y de dramático, y susceptible de despertar la fantasía y perpetuarse por el sentimiento y la admiración.

#### IV

Si el arrojo y la temeridad de unos hombres que se aventuraban armados a los mayores peligros, eran para los natu-

rales motivo de asombro, la vista de un misionero abandonado a sí mismo en las espantosas soledades de los desiertos y de las montañas, les inspiraba un cierto temor supersticioso, como si vieran en él un ser sobrenatural, o un agente de divinidades adversas. Y la razón es clara, porque los indígenas no podían comprender la causa, el poder, el motivo de esa abnegación que tantas veces ha llegado a lo sublime, y que fué el único secreto del triunfo de la religión cristiana en los primeros siglos de nuestra era. Los bosques de Germania y las Galias, las montañas de Inglaterra, Escocia e Irlanda, las soledades de la Tebaida, han sido los escenarios más luminosos de la doctrina de Jesucristo, que resplandecía aún pura y limpia de cálculos temporales, y donde brillaron ese heroísmo y ese sacrificio de la vida que tienen toda la elocuencia de la verdad, aunque muchas veces fueran los extremos de la pasión.

El salvaje teme y diviniza lo que no comprende, y le abisma y le seduce. Y así, la presencia de aquellos misioneros en el centro mismo de sus dominios, donde se anunciaban como apariciones de ultratumba, clavando la cruz sobre lo alto de una roca, y que les hablaban en la lengua nativa con igual o mayor perfección que ellos mismos, les atraía sin sentir y les arrojaba en grandes masas, por el solo efecto de la admiración y el temor supersticioso, en los brazos de una religión que no entendían sino a medias, y cuyo símbolo, era esa cruz toscamente labrada en madera o en granito.

La predicación del Evangelio en la América reviste todos los caracteres de una leyenda de martirios, digna de ser perpetuada, no ya sólo por los anales de la Iglesia, sino por la musa profana que encontraría en ella asuntos de vivo y palpitante interés, de asombros, de sorpresas y de efectos admirables, en la evolución operada dentro de unos espíritus en infancia, inclinados a seguir los impulsos repentinos de la fascinación y del temor. La tradición de aquella cruzada es rica en cuadros de admirable colorido, que los mismos misioneros tuvieron el cuidado de conservar en la memoria, y de escribirlos para la gloria de su Iglesia, adornados con todas las fantasías

inagotables de una religión espiritualista, donde lo sobrenatural ejerce un rol tan esencial en la solución de los acontecimientos; y de tal modo este recurso ha dado triunfos a la religión católica, que aún en épocas de adelantada cultura moral, han creído sus apóstoles y soldados que podían emplearle con ventaja, olvidando que lo sobrenatural es propio sólo de la infancia del hombre, de la raza o de la humanidad, y que desde la infancia hacia la madurez, los temores y las fantasías van convirtiéndose, por una necesaria y natural evolución, en convicciones y en sistemas.

Pero sí, en todas las edades lo maravilloso ha sido alimento indispensable de la poesía y la leyenda, porque siempre hay entre nuestras facultades una destinada a hermosear las más prosaicas verdades con el encanto de la fantasía y del ideal. Así, pues, las tradiciones que nos quedan de las misiones americanas, predicadas en la soledad por atrevidos apóstoles que no temieron las flechas, las fieras, los precipicios, nos han llegado revestidas de todas esas maravillas y prodigios que el catolicismo atribuye a sus potencias providenciales, como el paganismo antiguo llenaba sus dogmas de personificaciones divinas que actuaban con admirable oportunidad en los sucesos humanos.

La historia de la predicación cristiana en todas partes del mundo es la fuente más rica en observaciones sobre el carácter de las razas primitivas; y el filósofo que aplicara el criterio positivo a esa multitud de acontecimientos que se nos presenta como obra de la providencia divina, podría reconstruir esas historias con materiales tomados de las nuevas doctrinas con que la ciencia ha enriquecido la literatura contemporánea. Pero el poeta y el tradicionalista, que toman los acontecimientos con el colorido propio con que nacieron, y como efecto de la edad y de la fantasía de los pueblos que actuaron en ellos, se complacen en conservarlos con la misma fisonomía que los caracterizó al producirse; ellos reúnen la cosecha, siegan la mies madura y amontonan las espigas que luego reco-

gerán las máquinas encargadas de transformarlas en materias alimenticias.

La poesía y la tradición primitivas son los labriegos que conducen los frutos que más tarde han de alimentar el espíritu humano. Dejémoslas en su tarea rústica, con sus cantares de la faena que mantienen el entusiasmo, y la paz de la vida; otros trabajadores más instruídos completan la obra de la industria, como los sabios se encargan de formular las reglas que gobiernan las sociedades.

La tradición nacional se transforma desde la inmigración de las creencias cristianas con la conquista religiosa; los acontecimientos varían de aspecto, y nueva serie de escenas enriquecen los anales indígenas, desde que nuevos personajes entran a actuar en ellos. Al lado de las manifestaciones fantásticas de los dioses nativos, que hablan desde la nube tempestuosa a su pueblo atribulado, vemos u oímos las divinidades invasoras en lucha con aquéllas por arrebatarnos el corazón de sus adoradores; al lado de los viejos sacerdotes de la tribu, astrólogos y adivinos que dominan con el poder de los dioses, vemos aparecer el sacerdote de la civilización, envuelto en su túnica sombría y austera, arrancando a los fenómenos de la naturaleza las pruebas visibles de la existencia de un Dios único y creador de todas las cosas, o imponiendo la templanza en las costumbres y la fraternidad en las relaciones sociales.

Pero no son las ideas las que más influyen en la transformación del espíritu indígena y del carácter de la tradición; son los sacerdotes mismos, su arrojo, su valor, su sacrificio, que perturban el ánimo infantil de la raza, que no concibe aquella muerte voluntaria por sostener una creencia, por dar fe de una palabra o de un signo misterioso.

Las tradiciones que la memoria popular conserva, en que fueron actores los misioneros cristianos, están llenas de interés dramático y fantástico; y en las quebradas estrechas, en las llanuras sin agua, en los bosques desnudados por el incendio y el hacha, aún se señalan lugares consagrados por

un martirio, por una conversión numerosa, por un milagro evidente. En algunas comarcas se encuentran confundidas en una mezcla casi informe, por lo incoherente, los mitos de las religiones aborígenes con las creaciones ideales del catolicismo, de manera que el espíritu más observador no descubriría sin gran trabajo la solución racional de ciertos acontecimientos; y en mi sentir, tal mezcla y confusión provienen de que los misioneros aprovecharon las prácticas religiosas de los indios, para transformarlas, por una aplicación semejante, en rituales católicos, siguiendo el procedimiento que Gregorio Magno aconsejaba a sus misioneros de los anglosajones. Pero la transformación verificada en el aparato exterior, no llegó a realizarse en la inteligencia.

Hoffmann hubiera encontrado en esas tradiciones oscuras sus mejores y más raros efectos, y Poe sus más sombríos cuadros; porque el estado nebuloso en que quedaron las ideas en algunas regiones del país, mantiene aún casi en su estado primitivo el espíritu popular; y son esas tinieblas las que ofrecen al poeta los más sorprendentes y ricos veneros de fantasía y de belleza.

El efecto moral, no obstante, cambia según los lugares, el temple de los habitantes y la mayor o menor fuerza de la creencia natural; y así como en muchos casos se convirtieron poblaciones enteras ante la aparición de un prodigio, o ante la palabra de los misioneros, en otros llegó la exaltación hasta convertir a los caciques en verdaderos monstruos de crueldad; sacrificando en muertes espantosas a los heroicos predicadores que entregan la vida con la resignación de los mártires antiguos. También es cierto, no era poco riesgo penetrar en la vida íntima de aquellos engreídos soberanos, dueños absolutos de la vida de sus súbditos, acostumbrados al placer sin trabas de la materia, e imponerles la moderación en medio de sus excesos!

Contribuyeron no poco a agriar el carácter de los indios la violencia y la crueldad de sus conquistadores, que los consideraron como seres inferiores a la especie humana; y como



la espada venía detrás de la cruz, cortando los vínculos naturales de la familia y de una costumbre inmemorial, con prescindencia de aquella caridad que predicaban las palabras, no tardaron en ver en aquellos solitarios misioneros agentes bélicos tan interesados como los guerreros mismos en la conquista de la tierra; creyeron que no venían sólo por la conversión del alma, sino también a recoger su parte de botín en las matanzas o en los cautiverios; y si en algunas tribus hallaron la sumisión y la obediencia, en otras se estrellaron contra una resistencia que ha durado hasta el presente siglo.

Si he de atenerme al juicio de los cronistas de la época de las primeras expediciones, quienes observaron de cerca las costumbres nativas, los pueblos de la raza quichua que más territorio ocuparon de lo que es hoy la nación argentina, gozaban ya entonces de una adelantada cultura moral, siéndoles ajenos muchos de los vicios que denigran la criatura humana, y que son comunes a casi todas las razas en su estado salvaje; que cultivaban con un orden admirable sus tierras, y que vivían satisfechos de la virtud y del amor de sus reyes, de tal manera que forma un triste contraste aquel estado honnancible de costumbres, con la conducta cruel e injusta ante las leyes morales y sociales, que observaron los conquistadores cristianos; y esto hizo decir a uno de esos cronistas: “que por cierto no es pequeño dolor contemplar, que siendo aquellos Incas gentiles e idólatras, tuvieran tan buena orden para gobernar y conservar tierras tan largas, y *nosotros siendo chripstianos, hayamos destruído tantos reinos; porque, por donde quiera que han pasado cripstianos conquistando y descubriendo, otra cosa no parece sino que con fuego se va todo gastando*” (1).

Así, pues, no es extraño que estallara la cólera en aquellos corazones medio cultivados por una sabia aunque embrionaria dirección social; y como el amor y la ternura son los úni-

---

(1) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la crónica del Perú*, c. XXII.

cos recursos para dominar al niño que comienza a sentir los primeros impulsos de su voluntad caprichosa, y no la fuerza y el terror, aquellas naciones en la infancia hubieran cedido con la mejor resignación del mundo a las seducciones de la palabra evangélica, traducida en los hechos por una conducta caritativa hacia ellos, y en último caso a la guerra, pero a una guerra humana, inspirada en el derecho cristiano.

Con todo, y dejando de lado estos juicios históricos que podrían llevarme a formular un proceso por demás conocido, los misioneros católicos de aquel tiempo han merecido ser consagrados por la leyenda; y sus arriesgadas expediciones que levantan su valor y su piedad a una altura ideal, presentándolos como personajes sobrenaturales o inspirados de Dios, en medio de una multitud de pueblos de índole belicosa y apasionada, ofrecen a la poesía y a la tradición escrita, caracteres interesantes que darían vida y colorido a la narración, y suave encanto a la imaginación popular.

Y tal influencia ejercieron sobre el espíritu de los vencidos y de los vencedores, que cada uno de los hechos de la conquista va ligado a la propaganda religiosa, o se halla rodeado de un milagro, de una aparición celeste, o de una intervención favorable de Dios o de sus santos mediadores. Así la historia de la época colonial, y hasta los actos más ínfimos de la vida, están íntimamente saturados del espíritu religioso, a tal punto, que hay acontecimientos que la inteligencia popular no comprende sino como una manifestación del poder, del castigo o del amor de Dios. Las ciudades tienen sus patronos en el cielo, y este título es el pago de una deuda sagrada por un milagro salvador. Muchos de los triunfos guerreros sobre los salvajes son obra de influencias de personajes celestes, movidos a compasión por el ruego de la tierra o por la devoción de los jefes.

Desde la infancia del hombre los dioses intervinieron en los combates, y quizá los versos más sublimes de Homero son aquellos en que describe a los moradores del Olimpo mezclándose en el fragor de las armas, a donde la misma Venus

se aventura con esa imprevisión femenina que no retrocede . ante el mayor peligro, hasta que su sangre “semejante al rocío” es arrancada por una flecha certera.

Como en la mitología helénica, la religión católica ha creado una categoría secundaria de divinidades protectoras de la vida, que bajo la forma de personificaciones ideales de la naturaleza y sus fenómenos, o sus accidentes periódicos, influyen en la sucesión de los acontecimientos. Ella tiene sus divinidades que presiden a la labor de la tierra, a la caída de las lluvias, a la fecundidad de las madres, a la paz doméstica; que preservan de los vientos abrasadores, de los rayos que devastan, de las pestes que diezman los pueblos; y todas esas personificaciones verdaderamente poéticas y encantadoras, encarnadas en la conciencia de las masas medio civilizadas, dan a las tradiciones que ellas conservan, un tinte y un sabor dulcemente simpáticos al corazón, y aún a los espíritus más ilustrados. ¡Cuánto hubiera prolongado su dominio en el mundo esa religión, si en vez de hacer de ellas objeto de dogmas, y pretender avasallar con ellas la inteligencia, les hubiese conservado su sencillez primitiva, manteniéndolas aisladas en el corazón, y rodeadas sólo del encanto inocente de la poesía y del amor!

## V

Estimulaba el celo de los conquistadores la esperanza, sobrado fundada, de encontrar tesoros ingentes acumulados por los indios, y extraídos de sus riquísimas minas. Las crónicas que llegaban a España deslumbraban con el brillo de los metales y pedrerías que adornaban los altares de los ídolos, y como una religión pagana no merecía el respeto de gente civilizada, ni la propiedad inmemorial en manos de salvajes merecía ser respetada por cristianos, nada más fácil que despojar aquellos templos, arrebatarse esas propiedades y violar los sepulcros, a donde, según una práctica muy antigua, los muertos llevaban sus riquezas en adornos, en ves-

tidos, en utensilios domésticos, en arreos militares o en atributos de poderío.

La expectativa era magnífica, y la codicia, ese móvil eterno de las tragedias humanas, armó el brazo de los aventureros contra el indígena, y aún fué causa de sangrientos sucesos que mancharon a los unos en la sangre de los otros. Las crónicas están llenas de episodios lúgubres, donde el hambre de una fortuna fácil hace estragos en las vidas y en la moral de aquellos hombres, que venían en nombre de la civilización cristiana a apoyar la propaganda evangélica. Ejecuciones inícuas que dejan en la sombra la barbarie de los vencidos, intrigas escandalosas y exacciones inhumanas, he ahí lo que revelan los rastros de la conquista sobre el suelo de América. La codicia era el fuego que devoraba todo lo que los Incas habían labrado, construído y cultivado, según la triste protesta que he copiado de Cieza.

Pero arriba de todo esto, y mirando los sucesos al través de la distancia, y tratando de referir las aventuras de aquellos rebuscadores de tesoros ocultos, ya sea en las quebradas de las montañas, en los cauces de los arroyos, o en las tumbas dispersas o escondidas, hay un interés verdaderamente fantástico en sus relatos, a los cuales no son extraños los personajes sobrenaturales de una u otra religión.

Hay algo de trágico y de cómico a la vez, en aquella serie de intrigas que se enredan y desenredan en las sombras de la noche; y en esas excursiones misteriosas a las soledades de los bosques y de las montañas, guiados por algún indio prisionero que oyó contar a sus mayores la existencia de un tesoro enterrado bajo los cimientos de un *pucará*, o en el hueco de una enorme roca; y hay mucho de fantástico en la intervención del Demonio en todas esas intrigas, con el legítimo interés de perder aquellos cristianos atrevidos que traían la cruz a sus dominios hasta entonces pacíficos, por lo ignorados; y ¿qué mucho, si hasta los mismos santos del cielo católico tomaron alguna vez bajo su cuidado el descubrir el derrotero de una mina o de una huaca rica en te-

soros, para proveer a sus devotos feligreses? Y aunque Jesús había predicado que nadie puede servir a dos señores, — a Dios y a las riquezas, — bien valían tantos sacrificios por la fe, el premio de una excepción a aquella regla tan dura.

Las riquezas de los Incas eran fabulosas. Así lo dice el buen Cieza de León, que vió con sus propios ojos tantas maravillas, en estos párrafos que transcribo: “Por la gran riqueza que habíamos visto en estas partes, podremos creer ser verdad lo que se dice de las muchas que tuvieron los Incas; porque yo creo, lo que ya muchas veces tengo afirmado, que *en el mundo no hay tan rico reino de metal, pues cada día se descubren tan grandes veneros, así de oro como de plata; y como en muchas partes de las provincias cogiesen en los ríos oro, y en los cerros sacasen plata, y todo era por un rey, pudo tener y pasar tanta grandeza; y dello yo no me espanto destas cosas sino como la ciudad del Cuzco y los templos suyos no eran hechos los edificios de oro puro. . . Y sacando tanta suma, y no pudiendo el hijo dejar que la memoria del padre, que se entiende su casa y familiares con su bulto, estuviese siempre entera, estaban de muchos años allegados tesoros, tanto que todo el servicio de la casa del rey, así de cántaros para su uso de cocina, todo era oro y plata; y esto no en un lugar y en una parte lo tenía, sino en muchas, especialmente en las cabeceras de las provincias, donde había muchos plateros, los cuales trabajaban en hacer estas piezas; y en los palacios y aposentos suyos había planchas destos metales, y sus ropas llenas de argenterías y desmeraldas y turquesas y otras piedras preciosas de gran valor. Pues para sus mujeres tenían mayores riquezas para ornamento y servicio de sus personas, y sus andas todas estaban engastonadas en oro y plata y perdrería. Sin esto, en los depósitos había grandísima cantidad de oro en tejuelos, de plata en pasta, y tenían mucha chaquiras, ques en extremo menuda, y otras joyas muchas para sus toquis y borracheras; y para sus sacrificios eran más lo que tenían destos tesoros; y como tenían y guardaban aquella ceguedad de enterrar con los difuntos tesoros, es de creer*

que cuando se hacían las exequias y entierro de estos reyes, que *sería increíble lo que meterían en las sepulturas*. En fin, sus atambores y asentamientos y estrumentos de música y armas para ellos eran de este metal; y por engrandecer su señorío, pareciéndoles que lo mucho que digo era poco, *mandaban por ley que ningún oro ni plata que entrasen en la ciudad del Cuzco, della pudiese salir, so pena de muerte, lo cual ejecutaban luego en quien lo quebrantaba; y con esta ley, siendo lo que entraba mucho y no saliendo nada, había tanto, que si cuando entraron los españoles se dieran otras mañas y tan presto no ejecutaran su crueldad en dar la muerte a Atahualpa, no se que navíos bastaran a traer a las Españas tan grandes tesoros como estan perdidos en las entrañas de la tierra y estarán por ser ya muertos los que los enterraron*". (2)

He ahí, pues, la causa de esa gran agitación, y de ese febril empeño con que tales tesoros se buscaban, en la esperanza de volverse ricos en poco tiempo; porque estas crónicas llegaban a la Península, y de allí se desprendían masas de aventureros que no perdonaban suplicio alguno para lograr su intento. La tragedia del rescate de Atahualpa se ha hecho inmortal por la tradición, la poesía, la historia y el drama; y como ésta, muchas otras tuvieron lugar de un cabo a otro del gran Imperio, pues que, como dice Cieza, en cada cabeza de provincia, se depositaban los tesoros en los templos y en las sepulturas de los jefes, y las provincias llegaban hasta las orillas del Maule, en Chile, y en nuestro territorio, hasta el Río Cuarto y el Carcarañá. Pero la historia de los descubrimientos en regiones apartadas, y la tradición misma, se han perdido en el olvido a causa del alejamiento de los lugares, y apenas si nos queda un elemento de deducción en los cuantiosos tesoros que acumularon los jesuítas en sus retiros misteriosos, verdaderos baluartes inexpugnables de la fortuna,

---

(2) *Segunda parte de la crónica del Perú, c. XIV.*

y en el lujo extraordinario con que adornaron y dotaron sus templos.

El mismo Cieza nos habla de que los reyes Incas solían exhibir públicamente el tesoro inmenso de Huaina-Capac, que tantas historias ha originado, y que dió al señor Miguel Luis Amunátegui tema para su hermosa tradición titulada, *Un pacto con el diablo* (3). Y aumenta el interés de estos relatos la circunstancia de hallarse rodeados esos tesoros de toda la pompa y el misterio de la religión indígena, y más aún, la creencia que divulgaban los misioneros, y que aceptaban de corazón aquellas católicas gentes, de que el Demonio se había apoderado de aquel Imperio, y que reinaba sobre él, pues que soplaba sobre sus reyes sus maléficas inspiraciones. El debía conocer todos aquellos secretos lugares tan codiciados; él mismo ayudaba a sus hijos a reunir riquezas para adornar los ídolos gentílicos, y para mantenerlos en la perdición y en el infierno; y ¡cuántos católicos fervorosos no sintieron vacilar su fe, e inclinarse a llamar de su invisible morada al poderoso monarca de las sombras, para pedirle la revelación de un tesoro, como el doctor Fausto le pedía la juventud!

¡Cuántas veces en la oscuridad de la noche, encerrados en su alcoba, aquellos hombres ansiosos de fortuna pronunciaron en voz baja, con toda la solemnidad de la liturgia satánica, el triple *¡incubus!*, evocador del espíritu maligno, y recurso supremo del que ha tentado todos los medios sin éxito favorable! Y él acudía siempre a su llamado, dispuesto a servirlos sin otro interés que el del alma, que iría a sus dominios una vez terminada su peregrinación terrestre. ¿Y qué era al fin y al cabo el alma, — se decían, — después que el cuerpo deja de existir? Bien se puede en vida rendir culto a Dios y parecer un santo, siendo que se conserve en secreto el pacto celebrado con Satanás, que cobra tan tarde sus deudas; porque su inmortalidad, que él lleva como una condena, le permite

---

(3) *Narraciones históricas*, pág. 737.

fijar a sus deudores plazos muy cómodos, y aún dispensar intereses. Y muchos lo hicieron, y fueron ricos, sin importárseles gran cosa la expectativa, — que hoy debe ser una realidad, — de vivir su segunda vida en compañía eterna con su generoso acreedor.

Por su parte, aquellos creyentes más firmes en la fe, — *in fide stabiles*, — pero que revestían una autoridad militar o civil, y que no querían hacer tamaña traición a sus creencias, se valían de medios más positivos, si bien no más eficaces que el de la amistad con Lucifer, para obtener el anhelado secreto: con la ayuda de su autoridad y de sus armas obligaban a los indios que habían cavado las tumbas, conducido los muertos o depositado las riquezas, a enseñarles el sendero que conducía a la huaca, bajo pena de la vida, o de sufrir los más atroces tormentos.

Muchos espíritus fuertes murieron fieles a su secreto, pero los más cedían a tan formidables impulsos; y es digna de ocupar la atención del tradicionista, aquella sucesión de suplicios espantosos y de resistencias heroicas, que ponen de relieve el temple de una raza, o la fuerza de una superstición en cuyo nombre morían y se mantenían fieles a los huesos de sus reyes; porque aún tratándose de salvajes, hay actos que por su naturaleza y los móviles que los inspiran, despiertan en el espíritu más bien cultivado, cierto sagrado respeto, y es el que impone siempre el sacrificio humano, ya sea por el amor, por el odio o por la superstición, ya por el error, por la verdad o por el Dios que se adora.

La abnegación que conduce al martirio ha consagrado las grandes verdades como los grandes errores que la humanidad ha venerado durante siglos; y no es menos grande el carácter de la víctima porque sea un salvaje del desierto, que el del sabio, del apóstol, del soldado que llegan al sacrificio por la doctrina, por la creencia, por la patria; ni es menos palpitante la historia del uno en su humilde y reducida esfera, que la que refiere los momentos sublimes de los otros, en el círculo luminoso de los grandes hechos.



## VI

Lo maravilloso es esencial a todas las religiones, pues que ellas son obra de las inteligencias cuando no han llegado aún a conocer las leyes físicas que engendran y gobiernan la naturaleza. Por medio de concepciones fantásticas el hombre primitivo llena el gran vacío de sus facultades, integrándolas de esa manera transitoria, hasta que la elevación y la cultura de su razón las desalojan, de modo que la evolución de la inteligencia podría representarse por la disminución del volumen que las creencias religiosas ocupan en el cerebro. Y es propio de las religiones apoderarse profundamente del individuo, hasta avasallararlo y reemplazar su criterio propio con el criterio sobrenatural, porque parten del principio de una sabiduría omnipresente, que asiste a la elaboración y a la producción de todos los sucesos naturales y humanos. Así, el hombre educado en este ambiente moral, no necesita de sí mismo ni de su propia razón para el desenvolvimiento de su vida: todas las cosas tienen a sus ojos una causa común. Pero para la comprensión de cada uno de los fenómenos que la naturaleza le presenta, esa razón suprema y general se multiplica en atributos especiales, que personificados en un sistema, forman verdaderas potencias divinas semejantes a la gran potencia universal, y semejantes al hombre mismo en sus formas visibles; y si para la inteligencia cultivada esas idealidades se desvanecen al análisis, para la imaginación, en todas las esferas intelectuales, siempre tienen algo de hermoso que encanta, porque la poesía que vive de lo bello bajo cualquiera forma, ejerce constantemente su influencia, y derrama sus armonías sobre el espíritu que la concibe, la modela y la admira.

El milagro en el catolicismo es la forma de lo maravilloso, es la manifestación evidente de esa potencia divina que preside, como una ley permanente, la sucesión de los fenómenos naturales; él ha sido durante las épocas de transición de la humanidad, la prueba más formidable de la verdad de una

religión que venía con el prestigio de un martirio sublime; y tanto más brillantes y deslumbradores fueron sus efectos, cuanto más infantiles eran los pueblos donde se predicaba.

En América sus triunfos se multiplican, y resplandecen con luz intensa y nueva; su poder se extiende de uno a otro de sus extremos, y la imaginación de sus razas aborígenes absorbe, al fin esas deslumbrantes creaciones con todo el calor de su savia virgen, asimilándolas a sus propias concepciones ideales. Ellas penetran en las costumbres con los nuevos elementos de cultura, y de aquí un nuevo carácter en los hechos sociales, y una nueva dirección en la vida. Pero la transformación, como todas las que renuevan en cualquier sentido el espíritu humano, no se verificó de repente, sino que fueron menester algunos siglos de luchas y de pruebas, en las que actuaron no sólo los hombres portadores de la nueva creencia y los héroes de la raza conquistada, sino los dioses conquistadores con todo su aparato de milagros, en frente de los dioses nativos que, a su vez, despliegan todo el esplendor de sus falanges luminosas o sombrías sobre las corrientes atmosféricas, o bajo las moles graníticas, teatro sublime de la lucha entre dos olimpos que se disputan el dominio de una raza.

Pero los predicadores católicos, conocedores de las causas y de las leyes naturales, podían preparar los efectos sorprendentes de sus milagros, haciéndolos aparecer en el momento psicológico a los ojos de sus enemigos, al contrario que éstos, acostumbrados a admirar sus divinidades y a recibir sus influencias, desprovistos de toda idea preconcebida, como que les atribuían una existencia independiente de su propia razón.

Así, cuando los cultivos se quemaban a los rayos de un sol de llamas, y la lluvia tardaba en caer sobre la tierra sedienta, y llamaban en vano sus dioses protectores, aparecían las imágenes de los santos invasores de un modo misterioso a anunciarles la lluvia, que ha de hacer florecer sus mieses y vestir de verdura sus campos; y los sacerdotes de la nueva re-

ligión se presentaban después diciendo, que, puesto que sus dioses los abandonaban no acudiendo a sus ruegos fervorosos, abrazaran el culto de los suyos que se compadecían de sus desgracias, y venían en su socorro aún sin ser llamados. Aquellas gentes sencillas, al saborear los frutos salvados de la sequía, bendecían unos dioses tan benignos, y a los hombres que enseñaban su culto y predicaban su religión.

De este modo la predicación sancionada por Dios con sus milagros, ha operado las conversiones tan numerosas de que la tradición ha conservado memoria, llevando a los neófitos a los extremos de la nueva fe, a la que se entregaban en cuerpo y alma, no sabiendo marcar la línea que divide la sumisión religiosa de la sumisión personal, y poniendo al servicio del culto de las imágenes vencedoras todo el fervor que consagraban a sus ídolos, aumentando en intensidad por la admiración o el temor que produjeron su conversión.

De tal manera, la religión ayudó eficazmente a la conquista militar, rodeando sus ejércitos con la aureola de la divinidad, apareciendo como un trasunto humano de los que en los tiempos de la rebelión satánica, combatieron en las alturas invisibles contra los numerosos soldados del pecado. Y no hay uno solo de los grandes acontecimientos de aquella guerra, que no lleve el sello de la intervención divina, que no aparezca realizado para la gloria de la religión cristiana, o para confirmar uno o muchos puntos de su doctrina, o los atributos de su Dios. Así la tradición de esos hechos llega hasta nosotros adornada con las fantasías, divinizada por la presencia de los santos o de sus milagros, y hoy apenas si podría hallarse interés alguno en sus relatos si los depojáramos de su vestidura religiosa, que es lo que constituye su fondo y su fin; del mismo modo que no podríamos hallar encanto en las tradiciones bíblicas, si prescindiéramos de la parte que cupo en los sucesos a Jehová, a sus agentes alados, o a sus profetas.

La tradición no analiza, porque no es la historia; y así como el geólogo reúne los objetos que caracterizaron una

época remota para trazar su historia natural, el historiador del espíritu humano acopia las tradiciones de todos los tiempos con el colorido propio con que nacieron, para trazar la historia del desenvolvimiento evolucionar de la cultura; y es por eso que la literatura nacional, al relatar los hechos tradicionales de la conquista, debe tener un cuidado bien prolijo en no borrar los tintes característicos de esa época, como si se tratara de conservar una tela del Renacimiento, encontrada en los escombros de una ruina.

Los literatos americanos que se ocuparon de escribir las tradiciones de aquel tiempo, tanto en el Perú, como en Chile y entre nosotros, no aprovecharon este elemento fecundo de bellezas, como sería de desear en asuntos que tocan tan de cerca la índole nacional, sino que dejaron a los cronistas de la Iglesia transmitir la narración de los hechos, lo que, bien se comprende, hacían sólo con el interés de su propaganda, y en manera alguna con el de iluminar las sendas del historiador independiente en su averiguación del pasado, ni con el fin de dar a conocer la sociabilidad de los pueblos americanos durante la mezcla de las razas. Verdad es que los que dedicaron su tiempo a este género de trabajos, sólo fueron los historiadores, y al hacerlo, era que aprovechaban los materiales encontrados en el curso de sus investigaciones históricas, pero siempre con el criterio positivo del cronista o del filósofo, y no con el criterio estético del artista, que copia el cuadro real sin analizar las leyes fundamentales que dan vida al paisaje, o determinar los hechos de sus actores.

La tradición es un género especialísimo de composición, que no tiene de la historia sino el marco, pero que saca toda su animación y su interés de las circunstancias extraordinarias, de los móviles íntimos, de las supersticiones, de los sentimientos, de las costumbres puestas en juego para producir un suceso que por sí solo no constituye una historia, sino un episodio, un drama, un idilio, narrados en el estilo sencillo y propio de los asuntos y de los personajes que actúan en ellos. Ella se aproxima a la poesía tanto, que podemos decir que

son hermanas, que viven del mismo elemento, y están destinadas a los mismos objetos; de manera que la poesía casi siempre forma la tradición, y ésta a su vez se adorna con todos los atavíos de la poesía.

Así, pues, no debemos relatar las tradiciones populares con el estilo severo y descarnado del historiador que refiere juzgando, sino más bien con el del artista que procura encantar, vistiendo la verdad con los atractivos de la belleza y de la imaginación; porque la naturaleza misma de los sucesos tradicionales, nacidos espontáneamente del carácter de una raza, de un pueblo, de una familia, en el transcurso de su vida social o doméstica, y en los que se reflejan sus genialidades, sus caprichos, sus gustos, sus pasiones, exige que sean contados más bien en la velada del invierno, y en el reducido círculo del hogar, que analizados en las academias donde se juzgan y se pesan los grandes problemas de la ciencia, de la política o del arte.

Por eso pienso que nuestras letras se enriquecerían con esos asuntos, absorbidos hasta ahora por la literatura mística, y se lograría el doble objeto de deleitar los espíritus con narraciones fantásticas, novelescas o pastoriles, y de quitarles el sello propagandista de una religión militante, presentándolas con el atractivo de la poesía y con la amenidad del estilo, que tanto influyen para rodear la vida de placeres intelectuales, comunes al pobre que vive alejado de los grandes círculos, y al que entrega sus horas fatigosas al vértigo de la fortuna.

Las montañas de Córdoba, la Rioja, Catamarca, hasta los valles más estrechos y escondidos de los Andes, los bosques de las Misiones, de Corrientes, y los llanos mismos intermedios, están sembrados de restos que atestiguan el paso de una misión religiosa, y donde se conserva el recuerdo de un portento divino. Yo he visto en Córdoba ruinas sagradas, y en mi provincia, a corta distancia de la capital, se levantaban hasta hace meses, las rústicas paredes de la vivienda que Francisco Solano, *el portentoso apóstol del Reino del Perú*, construyó con sus propias manos, con piedras superpuestas,

y donde predicaba la conversión a las tribus congregadas, y donde más de un milagro vino a sellar con la autoridad de Dios su palabra inspirada.

En la humilde morada que mis abuelos levantaron en medio de esas mismas montañas, se conserva todavía una imagen de San Isidro, — la idea católica de la Ceres antigua, — en actitud de arar la tierra, teniendo sujeto un par de pequeños bueyes de yeso. El es el patrón de la aldea, y este título otorgado por la inocente fe de mis mayores, es debido a un milagro que salvó las sementeras de una larga sequía, hecho tan frecuente en aquella tierra hasta hoy desolada: él hizo caer la lluvia bienhechora que reanimó las fuentes en el seno del granito, y fecundó la tierra; y cuando las hordas vandálicas de la guerra civil penetraron a sangre y fuego en esa morada que yo venero, mis padres huyeron como las aves perseguidas, pero llevaron consigo aquella imagen en la que amaban y conservaban la tradición del hogar (4).

Y así, en cada una de las pequeñas poblaciones fundadas por los primeros españoles, ya sobre los valles, los llanos o las laderas, ya sobre los cimientos de aldeas indígenas destruídas por los combates, se conserva una tradición milagrosa en que un santo o un ángel bienhechor salvaron las gentes de una matanza o de un flagelo. Y ellas viven a su amparo entregadas a su culto, hasta que la civilización derriba los monumentos de la tradición y renueva el espíritu nativo; y son felices con esa felicidad de la ignorancia y de la fe, que no se alteran mientras el pensamiento no se agita con independencia.

Los templos antiquísimos construídos con la arquitectura más sencilla que pueda el hombre ejecutar, y que quedan en muchas ciudades y campañas como un testimonio de la época colonial, están llenos de tradiciones en las que resalta el elemento sobrenatural, y se conservan allí porque en ellas no pe-

---

(4) Entre mis ensayos literarios, conservo una tradición sobre este asunto, titulada: *La cueva de San Isidro*.

netra un rayo solo del espíritu moderno que viene transformando nuestro genio y nuestra tradición nacionales. Los templos de San Francisco, en la Rioja y Santiago, conservan aún, el primero un naranjo vetusto en cuyo tronco el infatigable apóstol había cavado un nicho para sus penitencias, y el segundo el cordón de su hábito, cuyo origen refiere uno de sus panegiristas como sigue: “un devoto suyo, y muy afecto, viéndose destituido de su presencia, le pidió que le dejase por amor de Dios alguna prenda de su amor, para templar el rigor de su soledad. Dexole la cuerda con que se ceñía, y en ella quedó tan enriquecido, como con una cesión de la omnipotencia, pues por medio de ella ha querido Dios hacer tantos milagros, que hasta el día de hoy se guarda en un Sagrario, como vínculo de prodigios, en Santiago del Estero”. (5).

La semilla de estas sugerencias religiosas, sembrada por los misioneros, regada por las iglesias y sus comunidades, y fecundada por los cerebros rudimentarios de los naturales, fué trasmitiéndose y ahondándose siempre por la fusión de las razas, hasta formar el carácter de la cultura nacional, y está muy lejos de abandonar el profundo surco donde ha caído; y hoy mismo, en las aldeas apartadas del interior, se presencia la aparición de santos y profetas que consiguen arrastrar enormes masas de gentío con sus gesticulaciones y sus aparatos casi siempre asquerosos, que los hace aparecer como poseídos del Espíritu Santo, y que recuerda las épocas de mayor degradación de la especie humana. Por lo general, la población nativa se encuentra aún en un estado más pasivo de su-

---

(5) *Epítome de la Vida, Virtudes y Milagros del Portentoso Apóstol del Reyno del Perú, San Francisco Solano*. Compuesto por el señor JUAN RODRÍGUEZ DE CISNEROS, Lector de Teología, Examinador y Juez Sinodal, etc., etc., etc. Reimpreso en Buenos Aires, y dedicado a D. Manuel Ferreyra de la Cruz, Síndico del Convento de San Francisco. En la Real Imprenta de los Niños Expósitos, con las licencias necesarias. Año de 1790. — El Dr. A. J. CARRANZA en sus eruditas notas a los Libros Capitulares de Santiago del Estero, consigna también el mismo hecho y su tradición.

gestión religiosa, sin que la evidencia de los progresos sociales, ni las enseñanzas de las escuelas, sean parte a levantarlas un palmo del abismo en que se arrastran.

En diversas épocas de la historia se han visto pueblos fanatizados al extremo, pero en ningún país del mundo penetró más adentro esa fe que embrutece cuando se abandona a la inercia de cerebros embrionarios, que en los que forman la República Argentina, donde por más tiempo se radican sus apóstoles. Y en cuanto a la tradición, puede decirse que una gran parte de nuestra población se halla aún en el período primitivo de su evolución intelectual, en el que las ideas se conciben en su forma más grosera, y las sugerencias se verifican en su grado más alto de automatismo. Lo sobrenatural, lo inverosímil, lo monstruoso, serían hoy mismo un alimento intelectual de esa población criolla que se mantiene, por su alejamiento de los grandes centros de cultura, como lo estaban en el tiempo de mayor apogeo de la dominación religiosa.

## VII

“Por este tiempo se presenta en la escena de la conquista y amalgama de pueblos salvajes, el más extraño elemento que haya figurado en la historia de las conquistas. Una asociación religiosa, animada de un espíritu asombroso de acción, bajo una disciplina severa y con sólo las armas de la persuasión y la superioridad intelectual de la raza blanca, acomete la empresa de organizar sociedades con base salvaje, sobre un principio religioso, con un gobierno teocrático de tutela espiritual absoluta. Tales son las Misiones famosas del Paraguay, que llenaron por dos siglos el mundo con su gloria, que produjeron en efecto excelentes historiadores y panegiristas de la Orden, hasta que despertando los celos del gobierno civil de España, fueron secuestrados y transportados a Europa los Padres Jesuítas, sin que las autoridades que se dieron a las veintiuna Misiones, con sesenta mil ha-



bitantes que regenteaban, fuesen parte a retenerlos en sus pintorescas villas al lado de los altares donde acostumbraban elevar preces y cánticos a la Virgen Santísima, más que a Dios". (6).

Con la entrada de estos singulares apóstoles de la religión conquistadora, la dirección y el carácter de la propaganda toman nuevos bríos y más seguro ascendiente sobre los espíritus. Ellos llevan a todas partes el prestigio del misterio y de la fuerza moral; y desde el siglo XV en que aparecen en la historia, su nombre y sus actos, como las olas del océano, no dejan un instante de resonar en los oídos de la humanidad, ni reposan un momento en su misión extraordinaria.

Las guerras de religión que sacudieron el corazón de la Europa en el siglo XVI les encuentran en la plenitud de su vigor, y ellos solos hicieron en esos tiempos de borrascas, lo que no pudieron los ejércitos ni la diplomacia. Organizados con independencia del Papado, y sobre bases mucho más sólidas que la Iglesia misma, porque son humanas y positivas, llegan a infundir temor a los reyes, porque estudian y explotan los más recónditos móviles del alma, porque abdican su libertad, haciendo de la obediencia pasiva la fuerza de su unión, y porque no hay palmo de la tierra, ni principio de moral, ni doctrina científica, ni evolución social, ni dogma religioso que no jiren en torno de su propia personalidad; de tal manera que ninguna asociación humana, ni aún los más grandes imperios, lograron más que ellos extender su influencia. Son monarquistas en Francia, conspiradores en Alemania y en Inglaterra contra la monarquía; son regicidas bajo Luis XIV y los Estuardos; predicán el Evangelio en todas partes y sus arcas se llenan de tesoros; tienen una moral para el público y otra muy diferente para sí mismos.

Pero tal organización y tales medios de propaganda y de influencia, si bien son eficaces desde luego, y en épocas

---

(6) SARMIENTO, *Conflictos y armonías de las razas*, tomo I, pág. 34.

de atraso, no pudiendo permanecer ocultos sin herir vitales intereses y derechos humanos, sociales y políticos, no tardaron en ser apreciados con toda la magnitud de su peligro por los Estados, los individuos, los filósofos y aún los mismos doctores de la Iglesia católica. No se marcha impunemente contra las olas agitadas, ni se vuelve jamás la dirección de los ríos, ni el genio más portentoso podría detener la marcha del espíritu humano.

En la América conquistada y sometida, vieron horizontes ilimitados a sus planes de dominación universal, y se lanzaron sobre ella con todo el prestigio de sus triunfos, con todo el caudal de su astucia, con todo el arsenal de su ciencia; y puestos al servicio de la conquista, como se hubieran opuesto a ella en caso necesario, hicieron más por el triunfo de las armas y de la fe que muchos ejércitos, y que sus predecesores de otras órdenes religiosas. Penetran en las moradas más ocultas del salvaje, y le ofuscan y dominan con el misterio y el terror espiritual; descubren tesoros ingentes acumulados por la naturaleza y por el hombre, y sus riquezas se vuelven fabulosas; levantan templos y colegios en las montañas y en los llanos; aspiran a realizar su idea teocrática absoluta del gobierno en las Misiones del Paraguay y de Corrientes, y asientan, por último, en Córdoba, los cimientos formidables de su poder y de su acción. De allí se extendían por caminos invisibles o desconocidos por todo el virreinato, del mismo modo que se extienden las sombras sobre la tierra. Llegan a conocer y contar hasta las menores pulsaciones del continente, y una especie de comunicación eléctrica les mantiene unidos a través de los desiertos, las cordilleras y los mares.

Así, de tan asombrosa manera, su aliento soplabá en todas partes al mismo tiempo, en todos los dominios de la política, de la vida social, de la religión, de la industria, del comercio, de la guerra y de las artes; su vida y manejos misteriosos llenan de temores y supersticiones los espíritus más cultos, y bien pronto son mirados como seres superiores a su

especie. Y bien se comprende que su influencia sobre todas las manifestaciones de la vida debía ser tan profunda y general para llenarla y saturarla de su espíritu, y para que la tradición recibiera de ellos colores nuevos y abundantes motivos para sus relatos, hasta el punto de constituir por sí solos, desde su advenimiento, el único centro a cuyo rededor giran los hechos sociales, y que no existan tradiciones más interesantes en su aspecto maravilloso o fantástico, tenebroso o diabólico, que aquellas en que intervienen como actores ya sea directos, ya sea como inspiradores de las acciones, o evocadores de los milagros que asombraron a las gentes y las decidieron a convertirse a la nueva fe.

La literatura americana, la ciencia y la tradición deben a los jesuítas tesoros preciosos y elementos valiosísimos, gracias a sus prolijos estudios del país, a sus crónicas verdaderamente notables, escritas, es cierto, *ad majorem Dei gloriam*, pero no por eso menos importantes para la historia. Gracias a los trabajos de Lozano, de Guevara y otros, hemos podido los argentinos reconstruir la sucesión no interrumpida de nuestra historia desde la conquista, conocer las costumbres indígenas que la espada y la colonización habían extinguido, los primeros antagonismos que estallaron entre nuestros conquistadores, los primeros ensayos de la vida municipal transplantada de España, las aventuras arriesgadas y novelescas de soldados y sacerdotes, las peripecias interminables que precedieron a la fundación de las ciudades y a la organización de sus gobiernos, y en fin, las menores palpitaciones de la vida en aquella sociedad tan agitada y combatida. Los dos historiadores que he nombrado suministran al poeta y al tradicionista los asuntos más hermosos en que no faltan aquellos colores sombríos o nebulosos de la fábula, los dramas animados de la pasión, los horrores de la tragedia, los idilios del amor, los extremos de la fe, las fascinaciones del milagro, ni las tenebrosas y malignas maquinaciones de Luzbel, quien debió sentir temblar sus miembros calcinados cuando el primer jesuíta puso su planta en América. La tradición nacional

está saturada de la influencia de esta institución, y las obras que nos legaron sus cronistas y sus sabios, son los más preciosos materiales que el sociólogo aprovechará para sus investigaciones sobre la evolución de nuestra cultura contemporánea.

Nada más propio de una creación fantástica que ese misterio impenetrable que rodea los actos de la Orden, de cuyos templos brotan los prodigios como el relámpago de las nubes, según una frase de un hombre célebre; nada que levante más supersticiones y conjeturas caprichosas, que esas mil versiones de todos repetidas, que les atribuyen las prácticas más extrañas y sombrías en la soledad de sus claustros; nada que provoque tanto la imaginación, como esas apariciones repentinas del hábito negro en los sitios donde es menos esperado, y donde, sin embargo, él tiene orden y necesidad de aparecer; nada que llene el espíritu de asombro y de recelo supersticioso, como esas revelaciones extraordinarias sobre sucesos cuyos autores quisieran sepultar en el olvido y en la muerte.

Me imagino que los naturales encontrarían en estos extraños personajes algo de ese Demonio que les enseñaron a temer, pero que no podrían resistir a las seducciones de su magia, porque apareciendo siempre como por una evocación diabólica, con el traje con que Mefistófeles se aparece a Fausto, tenían como aquél, el encanto avasallador de la sabiduría para hacer que el temor precediera al respeto, que la admiración expulsara de los corazones el odio.

Es de la nebulosidad de los orígenes y de las concepciones mitológicas de la raza germánica, que nació esa literatura legendaria tan encantadora y deslumbrante que admiramos hoy en Alemania, Inglaterra y Dinamarca; y es el misterio inviolable de los jesuitas, lo que dió lugar en América a las tradiciones más llenas de interés, por la intervención que las inteligencias rudimentarias atribuyen en sus actos a los seres sobrenaturales, sean infernales o celestes, y porque siempre la oscuridad ejerce sobre el cerebro alucinaciones y te-

mores involuntarios, que luego personifica o modela en seres animados o en figuras plásticas.

Contribuyó esencialmente a afianzar el éxito de sus conquistas el profundo estudio que hacían del carácter de los indígenas y de sus instintos, para dominarlos con la satisfacción pasajera de sus caprichos o de sus necesidades, hasta que penetraran de lleno en la nueva vida que les imponían, y se sometieran como esclavos o autómatas a su servicio o a sus ceremonias. No de otra manera se explica que hayan podido levantar tantos y tan suntuosos templos, conventos y colegios en casi todas las ciudades de América, ni que hayan podido llevar a término esas asombrosas construcciones subterráneas que alcanzaban longitudes increíbles, verdaderas catacumbas donde no penetraban los rayos del sol, o más bien, caminos ocultos por donde se mantenía esa comunicación invisible en que consistía el secreto de su unidad de acción.

Donde puede verse la magnitud de esas obras es en Córdoba, donde tuvieron su asiento y su foco para sus trabajos de esta parte del continente, y en donde más varias y extravagantes leyendas se ha forjado la imaginación popular sobre la forma y destino de esas excavaciones, que han ido apareciendo a medida que se abrían los cimientos de la ciudad moderna. Ya se ve en ellas fines siniestros como los que causaron la destrucción de los Templarios, suponiéndoles autores de ejecuciones silenciosas cuyas víctimas sepultaban en aquellas cuevas, ya móviles interesados y sórdidos como la avaricia, que acumulaba allí sus ingentes tesoros extraídos de las minas de los indígenas, hasta que fuera tiempo de trasladarlos a Roma, desde donde saldrían en forma de moneda a alimentar las empresas que mantenían en todo el universo; ora se les creía autores de raptos y desapariciones repentinas de las hijas de los caciques que más atraían por su hermosura, y que catequizaban con la palabra divina para consumir sus caprichos en las profundidades de la tierra, de donde no volvían a salir jamás las tristes víctimas; ora los menos inclinados a suposiciones malignas de carácter terrenal, atri-

buían a esos subterráneos tenebrosos el fin de servir a las comunicaciones de los Padres con los espíritus buenos y malos de la tierra, o con el Dios en cuyo nombre luchaban con las armas de la religión.

Así, pues, aquellas ciudades que, como Córdoba, fueron centro principal o de alguna importancia para la vida jesuítica, son las herederas más directas de las leyendas que originaron, y del sello típico que inocularon en las costumbres; y aquella ciudad, como muchos otros pueblos de la misma provincia, ostenta todavía los claustros de construcción y arquitectura especialmente jesuíticas, que tienen más de rigidez que de elegancia, que evocan más bien la melancolía y el terror, que no la admiración y el placer. La vista de esos restos que el tiempo comienza a demoler, trasporta la mente a las sombrías arcadas de los castillos feudales, de donde han brotado a la posteridad las leyendas más sublimes y encantadoras, recogidas y engrandecidas con el arte moderno por dos grandes poetas de ese género, representantes de las dos razas que elaboraron la civilización europea: Walter Scott y Zorrilla.

No flotaban muy distantes de la verdad las creencias del vulgo sobre los grandes tesoros acumulados por los jesuitas en sus subterráneos, porque la historia y la tradición oral de otras provincias han confirmado, por lo menos el hecho de que explotaron con gran ventaja las más ricas minas del Famatina, que desde el tiempo de los Incas suministraba abundantes metales para los templos del Sol, y que durante la época colonial llamaba ya la atención del mundo (7); y se sabe que los adornos y objetos del culto para las iglesias de Córdoba, fueron fabricados con el oro y la plata de aquel cerro fabuloso, tanto por sus riquezas, como por sus leyendas, inagotables las unas e imperecederas las otras, porque llevan

---

(7) GUILLERMO DÁVILA, *El mineral de Famatina*. Rápida ojeada sobre el origen, descubrimiento y trabajos desde la conquista hasta nuestros días. (*Revista de Buenos Aires*, tomo XXIII, pág. 66).

en sí toda la fantasía y el esplendor del cielo donde reverberan sus nieves seculares. He ahí por qué la Rioja es, quizá, más rica en tradiciones que las demás provincias, y por qué ellas se caracterizan por una fantasía más pura y exaltada. Ella fué el suelo privilegiado de los misioneros jesuítas, sus naturales los más amados y solicitados por su piedad, y sus montañas mejor exploradas por sus geólogos y sus geógrafos.

“Medio siglo hacía que el Tucumán había sido descubierto y ocupado por los españoles. Los jesuítas tenían ya prósperas misiones en el Río de la Plata, Paraguay y Córdoba, cuando la Rioja fué fundada; así es que no tardaron en obtener concesiones para establecerse allí, como lo estaban ya en los demás países conquistados. Esta misión prosperaba de una manera rápida, tanto en catecúmenos como en la adquisición de propiedades y objetos de lujo para sus conventos y templos, de tal manera que llegó a llamar la atención pública... Susurrábase de que los indios de la misión que tenían catequizados, habíanles descubierto el secreto de las minas de Famatina, que tenían siempre oculto, y aún entregádoles barras de plata y oro que conservaban de sus trabajos anteriores.

“Pero todo esto no pasó de conjeturas más o menos fundadas, y luego desvanecidas por la impenetrable reserva y prudencia que siempre han caracterizado los actos de esta célebre Orden. Ellos siguieron probablemente aprovechando por muchos años en el silencio de sus claustros, las ventajas que les proporcionaba un tesoro a tan fácil costo adquirido; y decíase en aquel tiempo que la prosperidad a que habían llegado sus establecimientos en Buenos Aires, Córdoba y el Paraguay, no era extraña a las riquezas extraídas del cerro de Famatina”. (8)

---

(8) GUILLERMO DÁVILA, *El mineral de Famatina*. Rápida ojeada sobre el origen, descubrimiento y trabajos desde la conquista hasta nuestros días. (*Revista de Buenos Aires*, tomo XXIII, pág. 66).

Yo he recogido muchas de ellas de algunos ancianos de mi pueblo, y he observado la huella característica de la Orden de Loyola en ciertas costumbres que, nacidas de la raza, fueron transformadas después por su adaptación a la cultura religiosa, y en algunas de las supersticiones reinantes, en donde resaltan sus inspiraciones, y las influencias que sus misterios y sus ceremonias singularísimas ejercían en el carácter nativo. Me propongo escribirlas y publicarlas, no como una obra con medianas pretensiones literarias, sino para que sirvan de base a la historia de mi provincia, única que no la tiene, porque los bárbaros que la ensangrentaron en época aciaga, parece que quisieron destruir hasta los rastros de su paso por la tierra.

Pero dejo de lado estas reminiscencias que a cada paso me asaltan, y vuelvo a ocuparme de la influencia que los jesuitas ejercieron en el espíritu de la tradición nacional. Ella ha trascendido a todas las esferas de la vida, y no poca parte cabe en sus resultados a la enseñanza que les es peculiar, y que, como lo reconocen Macaulay y Buckle, les ha dado durante un largo período de la historia, un dominio absoluto sobre la sociedad.

Es de esa manera, fundando colegios y dedicándoles sus cuidados más prolijos, que lograron hacerse necesarios, confirmados después en la opinión pública, cuando el éxito de los estudios atraía hacia ellos las ambiciones; y como ponían especial atención en elegir entre los jóvenes aquellos más inteligentes, con la mira de aprovecharlos para la gloria de la Orden, era evidente que el resultado de sus tareas escolares debía ser brillante. Con todo, y sin entrar a juzgar su enseñanza a la luz de la filosofía, es indudable que ellos formaron entre nosotros los primeros esbozos de la ilustración y de la literatura, ampliados y encauzados después en corrientes más humanas, cuando la libertad fué penetrando en nuestra cultura; pero dejaron gérmenes que más tarde hicieron su aparición en algunos caracteres de nuestra historia, y que trascendieron a las altas esferas de la política y del gobierno.



La vida monástica impuesta a sus discípulos como sistema, porque era más propia para sus objetos de dominación personal, y para imbuirles mejor y de un modo más directo los sentimientos y las ideas de su Orden, fué origen de sucesos importantísimos desarrollados en el silencio de los claustros, y conservados sólo por sus mismos actores, quienes los relataron después; y bien se comprende que en aquellos estrechos horizontes donde el espíritu y la fantasía se condensaban a la medida del recinto, como el aire que respiraban, debía hacer germinar en esos cerebros enfermizos y en esos corazones perpetuamente refrenados, las ideas y los sentimientos más sombríos y lúgubres; especies de Segismundos educados en una cueva y con la cadena al pie, debían convertirse en “fieras de los hombres”, cuando no en misántropos intratables; porque el libre albedrío encadenado arroja maldiciones que llegan al cielo o conmueven la humanidad, y la inteligencia y el corazón aherrojados, concluyen por envolverse en sombras mucho más profundas y fatales que las de la tierra, donde por lo menos, el rocío regenerador cae sobre las plantas, y prepara los capullos que la mañana ha de convertir en flores.

“Me imagino la impresión desagradable que producirían aquellos claustros, en donde desfilaban a la media luz de un crepúsculo artificial, todas esas sombras humanas, entregadas a sus meditaciones excesivas, transidas por la anemia, pálidas, secas y como identificadas con el pergamino de sus infolios; con la sangre hecha agua, la esclerótica azulada y el cerebro gimiendo bajo el peso de su mendicidad circulatoria”. (9)

Imagínese cuántos dramas tenebrosos se producirían en tales escenarios; cuáles serían los efectos, las trascendencias exteriores de tantos pensamientos audaces y valientes, ahogados al nacer por la mano de hierro del maestro rígido, que espía como la fiera en acecho, el despertar de aquellas inteli-

---

(9) RAMOS MEJÍA, *Neurosis célebres*, II, pág. 27.

gencias vigorosas; cuánta poesía al mismo tiempo en los sueños de libertad forjados en la soledad y en el encierro, por tantos jóvenes nacidos en medio de una naturaleza desbordante y de un clima fecundo, y que sentían bullir alrededor de sus prisiones, como se siente el ruido de la marea lejana, las primeras palpitaciones del sentimiento nacional, los gritos y los cantos de la muchedumbre, las pasiones sociales, en fin, que atraen y que seducen, porque ellas engendran las grandes revoluciones que emancipan los espíritus; y qué abundancia de elementos para el tradicionista, que encontraría tal vez en cada uno de esos dramas, escolares, en cada pensamiento comprimido o castigado con exceso, la causa primera de las guerras civiles que más tarde ensangrentaron nuestros hogares, y llevaron al naufragio las libertades conquistadas por la Revolución!

Es en Córdoba donde debe ir a recogerse todas las tradiciones de la vida monástica instituída por los jesuítas desde el siglo XVII; allí estuvo el foco de esa educación que el deán Funes clasificó con palabras tan duras, y de donde salieron los hombres que actuaron en nuestros principales acontecimientos. Allí se conservaba de generación en generación, hasta que se suprimió el sistema claustral, el recuerdo de cada uno de esos episodios que se habían celebrado más en los años pasados, y cuyo relato formaba el tema de las veladas estudiantiles; y más de un nombre ilustre figura en tradiciones que habrían sido inmortalizadas por el genio alemán, y en las que la superstición, las creencias terroríficas y las almas condenadas son el fondo, dan el colorido y engendran el drama fantástico.

Aún más tarde, siendo muy niño, he oído en el célebre colegio de Monserrat, muchos de esos relatos verdaderamente encantadores a la imaginación, y he sentido los mismos temores, y he oído los mismos ruidos misteriosos que sintieron y perturbaron el sueño de todas las generaciones de estudiantes anteriores a la mía; y confieso que si pudieran escribirse con el mismo sentimiento que despertaban al ser es-

cuchados en el silencio de la noche por un grupo juvenil y soñador, en torno a la vetusta chimenea que ilumina apenas la cara del narrador oficioso pero no menos entusiasta, y cuando todo es tinieblas más allá de ellos, se tendrían las leyendas más hermosas, como las mejores que conocemos de los tiempos medioevales, nacidas en los conventos o en los castillos solitarios, donde iba a recogerlas el trovador errante encargado de perpetuarlas en la memoria por la poesía.

### VIII

Hay un personaje que anima todas las tradiciones de la América, dándoles su mayor atractivo; que figura en casi todas ellas con un rol importantísimo, y sin cuya existencia no sería posible explicarse muchos de los sucesos que se perpetúan desde el tiempo de la conquista hasta nuestros días. El, según el sentir de los ingenuos cronistas de Indias, poseía como dueño absoluto todas las almas de este continente, manteniéndolas sumidas en la idolatría y alejadas del cielo; él inspiraba sus prácticas y sus costumbres repugnantes, sus sacrificios humanos, sus guerras devastadoras; él halagaba a los indios con el descubrimiento de inmensos tesoros que poseía en sus manos, y él levantaba y adornaba de oro, plata y pedrería los altares de sus ídolos; él mantenía la poligamia y la esclavitud entre los naturales, y todas esas instituciones que chocaban a los propagadores de la fe católica: ese personaje es Luzbel, llamado popularmente el Diablo, nombre mucho más risueño y poético con que la imaginación universal ha designado la astucia del ángel destronado.

Desde que la humanidad existe, y aparecieron en su mente los primeros rudimentos filosóficos, la idea del bien se le presentó como la oposición del mal; y así como personificó en Dios la virtud, personificó en Luzbel la maldad; así como Dios crea y edifica, Luzbel destruye; Dios es la Luz, Luzbel la sombra; y según la tradición genesíaca, habiendo antes de su rebelión poseído la ciencia eterna, no pudo despojarsele

de este atributo que constituye la base de su poder. Nacido como Dios, del cerebro del hombre, toma tantas formas, caracteres, atributos y designios, cuantas son las influencias sociológicas que transforman las ideas y la imaginación de las razas. Su existencia ideal tiene el mismo origen que Dios, porque el hombre no ha podido formarse concepto del bien sin tenerlo formado del mal, que es su término de comparación, y si el uno es eterno, el otro lo es también; si el uno es universal porque sigue a todas partes el pensamiento que lo concibe, el otro es también universal porque forma una esencia de ese pensamiento.

Si todas las manifestaciones externas del bien en el alma, en el cuerpo, en la naturaleza inanimada, se personifican y asemejan a la esencia generadora, todas las trascendencias del mal toman asimismo las formas y los caracteres opuestos, porque son derivados del mal principio originario. El antagonismo que nace en el cerebro al concebir una idea, es una ley permanente en todas las esferas donde la idea alcanza y se manifiesta. Desde las religiones primitivas del Oriente, hasta las últimas razas recientemente descubiertas en sus asilos ocultos en su estado de barbarie, Satanás aparece en frente del Dios creador con tantas formas como la idea que forja las religiones: ya es el ángel rebelde del cielo, ya el Arihman persa, ya el Vichnou indio y sus espíritus maléficos, ya la Parca destructora, ya, en fin, los malos espíritus americanos que toman tantos nombres y formas como las razas diversas los conciben.

El Diablo existía, pues, en América, como personaje mítico, cuando ella fué descubierta, y existía bajo la forma de espíritus adversos al hombre, y los cuales se manifestaban en las voces siniestras de las montañas, en el rayo que aniquila la naturaleza, en las malas pasiones del alma, en los ruidos aterradores de la noche. El araucano, el pampeano, el quichua, el guaraní, todos lo concibieron, lo temieron y lo explotaron para sus actos, cuando ellos debían ser inspirados en la destrucción de sus enemigos; de manera que no erraban

del todo los misioneros y los cronistas de las Indias, cuando aseguraban que él poseía tan vastos dominios, sugiriendo a sus moradores sus cultos idolátricos.

Pero con la inmigración del catolicismo, el Satanás americano adquiere nuevas formas, tomadas de las antiguas supersticiones y leyendas europeas; su fisonomía ideal se multiplica y se difunde en mil acepciones tan diversas como los asuntos o actos de la vida en que la creencia popular lo hacía intervenir; su poder sobre los espíritus, en vez de disminuir aumenta, porque se le abren nuevos horizontes que no alcanzó a divisar mientras habitaron el continente las razas aborígenes sin mezcla; cada familia conquistadora traía consigo las tradiciones propias de su pueblo, como los penates antiguos, y con ellas todas las supersticiones que heredaron de sus mayores; y de tan varia manera, la tosca y grosera idea del Espíritu maligno que el americano se había forjado, se refina y se colora, se agiganta y resplandece con la luz que destellan sobre su figura siniestra las más elevadas civilizaciones que la conquista importó de Europa, en cuyas literaturas ocupa un puesto prominente como elemento estético y como personaje de sus obras.

Como si se tratara de una de esas creaciones que sólo basta a formar el pensamiento y la labor de todas las épocas y de todas las razas, el Diablo condensa en torno de su personalidad eternamente joven, todo el esfuerzo del genio de los siglos, de los que cada uno le ha dejado una huella de su inspiración, una pincelada más, un golpe de su cincel y un rasgo de su buril candente: desde la concepción mosaica que le presenta como el símbolo de la razón rebelde y de la revolución, perfilado en su *non serviam* sublime; desde las poéticas y multicolores idealizaciones védicas y griegas, hasta la sombría y pavorosa pintura del Dante que le coloca en el centro de la tierra, como si fuera el foco común de gravedad de todas las cosas y de todos los hombres, y hasta la colosal creación miltoniana que se inspira en el pensamiento mosaico, pero modelado con un cincel de fuego, presentándolo

con toda la grandeza de la desesperación, con todo el fulgor rojizo de la cólera impotente, y con toda la sublimidad de la protesta secular; y aún más, hasta la mística epopeya de Klopstock donde el Satanás bíblico pone en acción todo su genio y toda la falange de sus recursos infernales, para arrebatarse a la redención la humanidad purificada en el Calvario; en todas estas épocas, en todas estas epopeyas grandiosas e inmensas, Satanás es una figura de dimensiones extraordinarias que pone en peligro muchas veces la obra de Jehova, y que llega a iluminar por instantes el espacio infinito con el relámpago de una sonrisa de triunfo. El siente el hastío supremo de su inmortalidad inevitable, sus desencantos y sus dolores, tan grandes como su pensamiento, y comprende que la vida del universo concluirá con la suya en el *solvet seclum* final, y exclama:

*Tombez, écrasez-moi, foudres, monceaux des mondes!*  
*Dans le sommeil sacré que je sois englouti!*  
*Et les lâches heureux, et de races damnées,*  
*Par l'espace éclatant qui n'a ni fond ni bord,*  
*Entendront une voix disant: Satan est mort!*  
*Et se sera ta fin, Œuvre des six journées! (10).*

El sentimiento religioso de las sociedades de Europa, elaborado en el cristianismo y modelado en formas diversas por las iglesias que se desprenden de él, al dar su sello a las costumbres y usos familiares, y nacimiento a las supersticiones más o menos refinadas que caracterizan la humanidad, hace del Diablo un personaje más accesible a todas las inteligencias, y le da tantas formas y atributos como la imaginación de cada pueblo y de cada clima lo sueña; así, él interviene en los sucesos más íntimos de la vida doméstica, comunal, pastoril, religiosa y social, y en cada leyenda su ser adquiere las vestiduras y las genialidades propias del asunto y del temple moral o psicológico de la sociedad en que actúa; y en muchos de ellos es el conductor de la gracia, de lo cómico,

---

(10) LECONTE DE LISLE.

de la justicia burlesca que castiga con el ridículo, el mediador en los amores contrariados, el protector siempre oportuno de los desamparados de la riqueza y de la gloria, el testigo infalible e inesperado de los crímenes alevosos y de las promesas secretas, y en todas partes la causa oculta de esos sucesos desgraciados e inexplicables que conmueven el corazón de un pueblo con toda la fuerza del misterio que los rodea.

Su omnipotencia, su ubicuidad, su sabiduría inagotable para sus designios, le permiten contar cada una de las palpitations del corazón humano en el espacio, y antes que la idea o el sentimiento se han convertido en acción, él tiende su red invisible, y esparce su aliento maléfico para inclinarla a su favor; y de ahí la lucha eterna del hombre con la fatalidad, que parece complacerse en torcer el curso de sus acciones, o en arrastrarle a fines no concebidos, lucha que se agita en el fondo del cerebro y del corazón, y que constituye el aspecto dramático, novelesco o cómico de los hechos humanos; de ahí también que el Diabolo sea un personaje indispensable en todas las tradiciones de los pueblos cristianos, de tal modo que desde la infancia este nombre comienza a sonar en nuestros oídos, y nuestra fantasía a darle formas tan caprichosas como ella; y si el catolicismo al personificar las grandes ideas, desfiguró y redujo a límites casi materiales la sublime creación del Luzbel de la primera rebelión, las costumbres, la imaginación y la poesía de todos los pueblos lo han salvado de la degradación y del envilecimiento, para hacer de él algo como un espíritu familiar, a quien se mira, no ya con la repugnancia y el odio que inspira su pecado, sino con cierta simpatía risueña como la que despierta el personaje que nos divierte con sus travesuras ingeniosas y con sus agudezas chispeantes.

El mismo pueblo español no ha escapado a esta transfiguración del réprobo Luzbel, a pesar de la presión dogmática que la Iglesia ejerció sobre él, más que sobre los otros pueblos que dominó en sus tiempos de gloria; y España tiene una literatura más rica en leyendas que las demás razas del

continente, pero llevando un tinte marcado de religiosidad, que es el fondo de su propio carácter. Ella trasportó a la América su genio y su naturaleza, sus sentimientos religiosos y sus costumbres caballerescas, sus sueños de gloria y sus supersticiones, y con la predicación católica, nos trajo al Diabolo vestido ya con los mil atributos que le había otorgado la fantasía de todos los pueblos cristianos, para incorporarlo a las muchas creaciones del genio nativo, como un elemento de sujeción por el temor a la desgracia, o por el horror a la condenación eterna en la mansión del rey de la noche imperecedera; y como todas las razas indígenas tenían ya formada la idea de un mal espíritu tutelar de todas las calamidades y malas inspiraciones, el Diabolo del catolicismo fué recibido y asimilado por ellos con admirable facilidad, multiplicando sus atributos y sus dominios con la inmigración a un suelo virgen, y donde sus enemigos seculares venían a levantar templos a la obediencia que él rechazó en los tiempos antegenésíacos.

El caudal de sus recursos de ingenio, de su ciencia malfélica, de su gracia, de su maldad refinada, de su furor insaciable, de su diplomacia y de su hipocresía exquisita y cómica, crecieron en proporción de la nueva empresa que se presentaba con todo el aparato de una lucha miltoniana. Y no fué pequeña ventaja para él lo desconocido que eran para sus enemigos el nuevo teatro de la guerra, y el carácter de las gentes cuyo dominio venían a disputarle, y es en los primeros pasos de la conquista que obtiene triunfos ruidosos, y sus carcajadas de satisfacción debían resonar en el abismo como un himno tenebroso de victoria. Pero bien pronto su alegría feroz se convierte en el despecho que le corroe sin descanso, cuando vió levantarse sobre cada una de las rocas que dominan las planicies, y en los más profundos bosques, la cruz que le avasalla, que le obliga a bajar sus ojos centelleantes, y a morder el labio trémulo del coraje impotente.

Entonces de guerrero se transforma en político; de soberano orgulloso de las sombras, en el cortesano dúctil y



elástico, que llevando por linterna la hipocresía sonriente, ilumina la senda que conduce al lado de los poderosos; de explorador infatigable de todas las viviendas y refugios humanos, se convierte en policiano oficioso que ronda incesantemente en las aldeas y en las ciudades, buscando sorprender secretas aventuras del amor, del vicio o de la ambición, para ofrecer su ayuda maravillosa al enamorado, al delincuente o al ambicioso, y ganarse su afecto y su alma; y es entonces también que despliega todo el tesoro de su ingenio y de su magia para tender las redes más caprichosas a sus enemigos, y para adoptar las figuras, los tipos, las personificaciones más raras y extravagantes, con cuyo auxilio logra penetrar donde nadie podría imaginarlo; allí consigue apoderarse de las extremidades de hilos enredados en la sombra del misterio; aplicar muchas veces un castigo merecido y justiciero al criminal o al infidente que juegan con el honor propio y ajeno, al abrigo de una falsa santidad o mentida honradez; acudir por una súbita aparición al llamado extremo del jugador que en la embriaguez del dinero, después de haber perdido hasta la honra de su casa, no tiene otra mercancía que su propia alma para convertir en moneda, y allí ofrecerle el tesoro suspirado en cambio de ella; atravesar, mezclado al torbellino de las vanidades mundanas, los salones y las calles donde se ostentan las galas del amor propio o de la ambición, del vicio enmascarado, o del amor fingido en el interés de una fortuna sin fatigas; y allí, pasando como cualquier caballero a la moda, descubre bajo las máscaras sociales sus futuros súbditos, devela sin trabajo las falsas reputaciones en cuyas aras la multitud aturdida quema el pesado incienso de la adulación, y allí, por último, su semblante inquieto se ilumina y repliega a cada instante con sonrisas que son carcajadas en la conciencia, y que van, como el trueno, a repercutir con estruendo en los negros abismos de su imperio.

Y no se diga que esto es inadmisibile tratándose de una cultura naciente, porque desde las primeras expediciones, los españoles trasportaron a América los usos de su corte, for-

mando una en pequeño alrededor de cada jefe afortunado y de cada virrey, como sucedió en Méjico, en el Perú, en Buenos Aires, en Chile, y en cada ciudad donde llegó a constituirse un núcleo social más o menos importante.

El elemento nativo desaparece, porque entra en la servidumbre y en los trabajos rurales, quedando sólo en la ciudad la raza dominadora; y son proverbiales, porque han llamado durante siglos la atención del mundo, las aficiones aventureras, las costumbres caballerescas, el amor bullicioso y pendenciero de la cultura española, que dieron origen al teatro más brillante de su historia literaria, y a las leyendas saturadas de ese mismo espíritu, y adornadas con las riquísimas creaciones fantásticas propias de la raza. Añádese a estas cualidades la influencia profunda de las ideas y los sentimientos religiosos, que siempre fueron unidos, en el carácter español, a las más atrevidas empresas del amor y de la espada, y que contribuyeron a dar a sus maneras, a sus usos y a su educación en general, ese tinte novelesco y esa tendencia a asimilarse todo lo que hiere su imaginación con brillo inusitado, y que tanto se reflejan en las obras de su literatura y en las tradiciones ya heroicas, ya íntimas que conserva desde los tiempos má remotos.

La tradición argentina, como la general de la América española, está saturada de aquel espíritu, y los relatos transmitidos del pasado, en los que sólo son actores los que trajeron la civilización, se caracterizan por los mismos rasgos que distinguen a la nación originaria; pero entrando a investigar las costumbres y el genio de las razas nativas, su transformación por la mezcla de ambas y la revolución profunda introducida en los sentimientos y concepciones religiosas por la predicación, la tradición adquiere cierta variedad impuesta por la influencia de la propia naturaleza; y si antes de la conquista y durante la guerra, predominaba el sello indígena en todos los hechos tradicionales, después de ellas es el genio invasor el que domina en todas las manifestaciones del espíritu. Los ritos y las prácticas de su idolatría se convier-

ten en las idealizaciones de la nueva creencia, pero no se borran del todo en la imaginación del indígena; y de este modo se advierte una mezcla apenas descifrable de conceptos, de personificaciones, de ceremonias, que llevan siempre algo de las dos religiones.

Así como la idea del Baco griego se transformaba con los elementos geniales de los pueblos que visitaba en sus emigraciones, Satanás ha recibido, al ser impuesto al indígena americano, formas extrañas que no habían concebido sus creadores; como todas las concepciones comunes a la inteligencia, tomó mucho de la índole y del carácter de la tierra donde inmigró con el catolicismo; pero al multiplicar sus formas, multiplicó sus atributos, y su rol en los acontecimientos se vuelve más interesante y poético, porque se ve llevado a intervenir en mayor número de ellos, y de una manera propia a un estado primitivo de cultura, donde todos los fenómenos físicos y sociales tienen siempre algo de la poesía de las alboradas.

No busquemos en el Diablo de la tradición argentina esa figura colosal que brilla en el *Génesis*, en el *Paraíso Perdido* y en la *Mesiada*, ni el horrible monstruo descrito por el Dante; aquí se humaniza, sigue las evoluciones del genio nativo, y se aviene a las costumbres refinadas de la civilización española en sus lujosos estrados, remedos de la corte metropolitana; él es un personaje rústico y grotesco en la vida de campaña, y se mezcla al bullicio de la faena rural, deslizándose entre los bosques donde se anuncia por rumores misteriosos y músicas extrañas, semejante a un sátiro burlesco; visita las cabañas de la aldea semi-indígena, apareciéndose bajo mil formas fantásticas, para llevar el espanto a las imaginaciones sencillas o cometer sus raptos por la fascinación diabólica, convirtiéndose en serpiente tentadora en medio de los opimos frutos que la tierra ofrece a manos llenas a los moradores del paraíso de América, renovando así la escena legendaria del Edén primitivo; asiste invisible pero activamente a los combates entre los naturales que defienden sus fortalezas gra-

níticas o sus ciudades salvajes, y los ejércitos disciplinados que llevan por salvaguardia la cruz que él ha jurado destruir, y más de una vez habló a sus protegidos desde el fondo de la noche en el lenguaje de fuego del relámpago, o manifestó su acción en el incendio y en la tiniebla que devastan los campamentos enemigos o ciegan a los combatientes; se oculta detrás de la roca donde predica el misionero, para infundir la duda en el ánimo receloso de su salvaje auditorio, o armar su brazo contra él, y más de una vez se atrevió a subir al púlpito de alguna iglesia de aldea, revestido con el hábito sacerdotal, y predicar con la misma sino más animada y persuasiva elocuencia que un verdadero sacerdote de Cristo; sigue de cerca las intrigas cortesanas tejidas por el amor, la ambición o la codicia, para precipitar desenlaces inesperados, urdiéndolas muchas veces él mismo para darse el placer de reír de sus enemigos sorprendidos en curiosas infidencias contra su honor, su religión y su rey; fué en oportuno auxilio de muchos nobles arruinados que vinieron a América buscando rehacer su disipada fortuna, ya sea desenterrando tesoros de caciques muertos, ya cavando una mina donde el metal codiciado brillaba a la luz del sol, de donde nace quizá la expresión tan común de *vender su alma al Diablo*, entre los que siguen las vueltas interminables de la caprichosa viajera; sin ninguna pretensión de carácter terrenal, intervenía a su manera en las maquinaciones políticas, ya se tratara de escalar posiciones encumbradas de donde se gobernaban extensos territorios y se administraban tesoros fabulosos, ya sólo de una alcaldía mezquina, donde es fama que se crece más en vanidad quijotesca que en la escala de las riquezas, y dió el triunfo a más de un político de andrajos, a no pocos pordio- seros hizo alcaldes, y cuando la gana le dió, él mismo gobernó con muy buena ciencia, haciendo justicia pronta y barata (11), como la desearían muchas naciones de la tierra en esta

---

(11) La hermosa tradición de RICARDO PALMA, *El Alcalde de Paucarcolla*, versa sobre este tema.

época de régimen democrático; por fin, su acción irradia sobre todos los hechos colectivos, toca los resortes con mano maestra, asume los roles más difíciles en esta interminable comedia humana, donde un pesimista encontraría en la variedad de hábiles disfraces el secreto de los éxitos asombrosos; habla todos los idiomas, y con mayor perfección, aquel que se emplea para conseguir voluntades acariciando las vanidades ajenas, y fomentando el vicio disfrazado de los poderosos; penetra en los recintos más ocultos donde el sabio, el avaro y el amante se entregan a sus delirios y vigilias, para burlar la ciencia trasnochada con la verdad terrible con que habla a Fausto, para atormentar la avaricia con la visión de la muerte y para sorprender al amor en sus paroxismos solitarios.

Pero en todo hay que admirar el espíritu de justicia que le guía contra los vicios sociales, porque siempre se presenta como el ejecutor de la sentencia que la moral universal pronuncia sobre las acciones, sean apenas concebidas o ya practicadas, apoderándose del culpable no bien ha ideado su falta; y este carácter es común a las tradiciones de algunos pueblos de Europa, y ha hecho que sea mirado con menos rigor del que usa con él la religión, concibiéndolo alguna vez como elemento del bien, por el solo hecho de ser el mal definido, universal y permanente, y el dueño de todas las almas que se apartan del sendero que conduce a la gracia eterna.

Pero no siempre la victoria le ha sonreído, ni sus triunfos se consiguieron con facilidad en la lucha con la virtud y con la divinidad que le persigue; y es desde el advenimiento de los jesuítas a la América, que su empresa se vuelve más difícil y sus triunfos más dudosos, porque aquéllos han minado las bases de su fortaleza y su poder, descubriendo su secreto de la persuasión, su arte de dominar la voluntad ajena, y su ciencia irresistible para superar todas las dificultades y los peligros de las más árdidas empresas: fueron como un general que hubiese examinado el campo enemigo y el plan de operaciones antes de la batalla; en una palabra, veía

en el jesuíta un *alterego* tanto más peligroso, cuanto que llevaba el apoyo de aquellos ángeles soldados que le vencieron en su rebelión inmemorial.

En todas sus maquinaciones y sus intrigas, por más hábiles que fuesen, siempre encontraba a su antagonista con una red tendida, con una trampa levantada, y más de una vez hubo de morder con su cólera nerviosa la punta de sus dedos crispados, ante su propia impotencia, vencido por la astucia del hábito negro que se alzaba en todas partes delante de él, con su mudo misterio y con su sombrío estoicismo que desarman todos los planes contrarios. Nadie como el hijo de Loyola sabe preparar y explotar el hecho sobrenatural que ha de asombrar y aturdir al indígena, y nadie como él sabe investigar los senderos ocultos, que antes sólo el Diablo conocía y transitaba; y hasta las grutas tenebrosas donde éste celebraba sus concilios, con su espeluznante corte de brujas y demás seres diabólicos, fueron descubiertas por aquel ojo investigador que parece ver en los rincones más ignorados de la tierra, como en las cavidades infinitesimales del pensamiento, para adivinar la acción que se medita y el desenlace que seguirá a cada intriga urdida para el triunfo de Satanás.

Los cronistas de la Orden han narrado sus triunfos contra el espíritu maligno, pero toca a la tradición imparcial, al espíritu del pueblo descubrir las tramas que dieran lugar a esos triunfos, despojándolos del colorido jesuítico, y haciendo intervenir en ellas a cada personaje con el rol que desempeñó en la acción, las creencias o supersticiones que le inspiraron y las alternativas siempre fantásticas o dramáticas que forman el interés del suceso. Dios y la Iglesia han tenido solamente sus cronistas y sus poetas; faltan los cronistas y los poetas de Luzbel; y por cierto que sus relatos serían atrayentes, iluminados por la luz rojiza de sus maleficios y de sus evocaciones teatrales, por sus metamorfosis, siempre anunciadas por un fenómeno extraño, y por los destellos chispeantes de su cólera o de su risa, que contagia como un fluido eléctrico a toda la naturaleza.

Si hay unción, maravillas y deslumbramientos celestiales en la narración del cronista y del poeta de la fe, hay sobrecogimientos, prodigios y fascinaciones fantásticas en las leyendas y los poemas donde el Diablo actúa como héroe. En tanto que los miles de sucesos milagrosos que la historia religiosa nos refiere, convidan al sueño y llegan a fastidiar por su designio propagandista, las proezas y aventuras maravillosas de Satanás, leídas en el invierno al calor del hogar, o relatadas en el estío al resplandor de la luna, excitan el cerebro, y hacen vagar la imaginación por mundos invisibles de luces y de sombras, que al sucederse, mantienen el espíritu en arrobamiento delicioso.

He ahí el campo inmenso de la musa nacional, no explotado sino por historiadores que en sus momentos de ocio, se entretuvieron en referir los hechos tradicionales que encontraron flotando sobre la superficie de la historia, como la música de la naturaleza flota sobre las selvas y las montañas, pero no dedicándole toda su labor ni todo su espíritu, como lo hubieran hecho el literato y el poeta, encargados de traducir en la leyenda y en el poema los secretos e íntimas palpitations de la raza, del pueblo, de la familia en su evolución sociológica.

Son hermosas y llenas de colorido y animación las narraciones de Quesada, de Gutiérrez, de la Gorriti, de López, etcétera, pero sus motivos pertenecen más a la historia que a la leyenda, tienden más a la descripción real que a la creación ideal, lo que por otra parte no significa un defecto, sino un sistema. Pero la literatura tradicional es independiente, y forma un género intermedio entre la historia y la poesía, porque tomando como base los hechos humanos y sociales, los explica, desenvuelve y adorna con la fantasía poética, que rodea como una aureola de luces y perfumes los acontecimientos de la vida de las sociedades en infancia.

En cuanto a mí, sé decir que las tradiciones o leyendas de todos los pueblos de Europa, en las que lo fantástico forma el alma del relato, me producen goces estéticos de in-

comparable dulzura, manteniéndome en espíritu sobre corrientes ideales que desearía fueran sin término; y como en estas páginas juzgo más con el criterio del corazón y de la fantasía, que con el del filósofo que se entretiene en derribar los sueños, pienso que nuestras tradiciones, narradas en estilo más bien poético que histórico, más bien travieso y ameno que severo y analítico, ofrecen a nuestra literatura tesoros inagotables de bellezas que harían algún día las delicias de nuestro espíritu, levantando al mismo tiempo el temple de nuestra sociedad, que como todas, será tanto más culta y elevada cuanto más ame las lecturas que ejercitan la fantasía, el sentimiento y la razón.

Esta es la verdadera literatura del hogar, que le mantiene unido y feliz, porque aleja las meditaciones positivistas que conducen a realidades y ambiciones perturbadoras del sosiego, y no deja entrar en los oídos inocentes y en las inteligencias en desarrollo, las voces y las sugerencias sombrías de pasiones mezquinas, de odios y calumnias que ruedan por las calles de las ciudades populosas, con ese ruido siniestro y aterrador que el viento helado del invierno produce en las ramas de los árboles, y congela la sangre de las venas, o que interceptan el camino de la vida como las tres fieras que asaltan a Dante extraviado en la selva impenetrable, y de las que él ha definido una en dos tercetos inmortales:

*Chè questa bestia, per la qual tu gride,  
Non lascia altrui passar per la sua via,  
Ma tanto lo impedisce che l'uccide:*

*E ha natura sì malvagia e ria,  
Che mai non empie la bramosa voglia,  
E dopo il pasto ha più fame che pria.*

La prueba más evidente de esta influencia moralizadora de la literatura legendaria, nos la dan las sociedades de origen germánico y anglosajón, donde son proverbiales el culto del hogar doméstico, que defienden de la maledicencia como defienden el santuario de su religión, y la costumbre de las veladas familiares, donde se renuevan constantemente las in-



numerables leyendas fabulosas en que fundan su sentimiento patrio, y que han sido transmitidas por los bardos de todos los tiempos. Mil veces bendita sea esa llama del hogar, que alimentada por el amor y la fraternidad, mantiene siempre viva la fe en el porvenir, el valor en las grandes luchas de la vida, y forma las grandes virtudes cívicas, que con el sacrificio y el heroísmo, salvan las nacionalidades de las catástrofes de la historia!

En nuestra literatura nacional le está reservado al Diablo, como personaje, un lugar prominente; él ha asistido en mil maneras y formas diversas a la evolución de nuestra cultura moral, de nuestros sentimientos y de nuestros sueños juveniles; y cuando tengamos poetas legendarios, y músicos que den su alma de armonías al poema, le veremos surgir del fondo de su nebulosa eterna, rodeado de una aureola de estrofas y de acordes, que tendrán toda la sublime entonación y la magia diabólica de su ser, con los que Goethe, Gounod, Wagner y Boito han encantado y siguen inundando de inspiración el mundo contemporáneo; porque nada ofrece mejores motivos y creaciones al poema musical, que lo fantástico y legendario, puesto que ambos tienen de común la atmósfera en que se agitan, y los sentimientos y las emociones que despiertan.

Si “la música es el vapor del arte”, según Víctor Hugo, la poesía y la tradición legendarias son, en cierto modo, el vapor de la historia. Y el gran secreto de la revolución literario-musical de Wagner, lo encuentro yo en haber adoptado para sus dramas los asuntos de la riquísima leyenda germánica, que dan a sus obras en fusión grandiosa, el doble encanto de lo fantástico en la poesía, y lo fantástico que forma la esencia de la música. ¡Cuánto asunto ofrecen al músico esas escenas de nuestras montañas pobladas de mitos luminosos, de poemas que aún no han sido referidos ni cantados sino por la musa primitiva en la soledad prehistórica! Con qué extraordinario resplandor brillaría Luzbel sobre las cumbres cubiertas de nieve, lanzando a su enemigo eterno el reto de

rebelión y de combate, que repercute con la misma intensidad a través de los siglos, en el drama musical que se propusiera traducir en acordes las revelaciones de la naturaleza en sus horizontes, en sus montañas, en sus selvas, en la cabaña rústica, en el corazón salvaje y en las tragedias que llenan la historia de nuestra América indígena!

La inmortal figura de Mefistófeles se rejuvenecería, al reaparecer en la escena revestido con los nuevos atributos con que la superstición y las leyendas americanas le han enriquecido, y actuando en los hechos y aventuras de los conquistadores y misioneros, en las intrigas palaciegas y en los dramas del amor, con la misma ciencia que despliega en *Fausto*, pero en un teatro más aparente a sus proezas, y en frente de enemigos que le atacan sin embozo y con sus mismas armas. Las leyendas de América son el campo de las futuras creaciones musicales y poéticas, a donde acudirán, a no dudarlo, los literatos y los poetas, cuando la cultura social y el espíritu fatigado les exijan lecturas que refresquen el ánimo, agiten la fantasía, renueven los sentidos relajados con la percepción constante de las realidades desnudas, que como todas las cosas monótonas, acaban por adormecer la fibra o la facultad con que se las admira o se las juzga.

Nuestra literatura actual cuenta con dos poemas que gozan de justa popularidad, porque son genuinamente nacionales, y porque reflejan el genio del habitante de nuestras llanuras, donde en otro tiempo resonó la musa popular con acentos penetrados de esa melancolía dulce y apacible de su cielo y de sus horizontes: esos poemas son el *Fausto* de del Campo, y el *Santos Vega* de Obligado; y aunque tenemos otros como *Martín Fierro*, *Lázaro* y *La Fibra Salvaje*, obras maestras en su género, y verdaderos poemas nacionales, porque son el alma de nuestras masas en una época, menciono los primeros, porque ellos versan sobre el tema de estas líneas; en ellos se pone de relieve la concepción de Satanás forjada por el pueblo, que le ha sido legada por la cultura religiosa de la conquista y asimilada a la tradición de la tierra.

El poema de del Campo es la obra más completa que pueda consultar el que quiera conocer a fondo el alma del gaucho pampeano, y su inteligencia aplicada al criterio de los problemas filosóficos, religiosos y sociales de nuestra civilización; y aunque el poeta haya puesto en su personaje mucho de su propia inspiración, en nada disminuye la verdad, puesto que refleja el alma de su héroe y la naturaleza de su suelo, tan rico en bellezas y en fantasías. “El Satanás de sus versos, dice Juan Carlos Gómez, huele a azufre, hace santiguarse, y su inacabable sarcasmo

*suelta una risa tan fiera  
que toda la noche entera  
en mis orejas sonó.*

“Algo de siniestro sobrecoge a la naturaleza al aparecer con su infernal guitarra:

*Haciendo un extraño ruido  
en las hojas tropezaban  
los pájaros que volaban  
a guarecerse en su nido.*

El poeta ha preparado el efecto de su gran poema con mano maestra; le ha dado por escenario la pampa misma, donde sus dos interlocutores se sienten soberanos de la naturaleza, y se entregan sin testigos a los libres transportes de su alma sencilla, llena de sentimientos grandiosos, melancólicos o tiernos, y de supersticiones infantiles que a cada momento estallan en espantos súbitos, cuando la imagen de Mefistófeles se atraviesa en el relato como una exhalación de fuego, pero que ellos saben conjurar con la invocación de la Virgen María, esa *maris stella*, que tantas veces ha salvado del crimen y de la nostalgia del desierto al gaucho perseguido por la justicia, u obligado a ahogarse en el reducido recinto de la ciudad que le repudia como elemento extraño a la civilización.

Aumenta el encanto y la majestad de la escena el idioma propio de sus actores, que tratando de un asunto eminente

temente clásico, parece vibrar con el siniestro eco de esas risas diabólicas que estremecen, o de los ruidos desordenados con que la turba satánica atruena la mansión infernal; y al mismo tiempo, se presta admirablemente para la expresión espontánea y genuina de las impresiones producidas por el relato, y de las ideas que tanta escena maravillosa despierta en sus cerebros deslumbrados. El pasaje en que por primera vez el recuerdo de Satanás viene a su memoria, está traído y escrito con verdadera oportunidad y maestría; es lo que da nacimiento al poema que ha de desenvolverse en un diálogo sabroso, en el que cruzan como nubes coloreadas por el iris los cuadros más brillantes de nuestra naturaleza, pintados por el artista de la pampa en su lenguaje saturado de gracia y de imágenes, de novedad y de calor inagotables.

Cuenta Laguna cómo las prendas que ostenta su caballo fueron ganadas al juego, y se entabla este diálogo, que por sí mismo revela cómo arraigan en el espíritu del gaucho la creencia y la superstición respecto de Satanás, y el sello profundamente religioso de todo su ser:

*¿Y sabe lo que decía  
cuando se vía en la mala?  
El que me ha pelao la chala  
debe tener brujería.  
A la cuenta se creería  
que el Diablo y yo...*

*—¡Cállese  
amigo! ¿no sabe usté  
que la otra noche lo he visto  
al demonio?*

*—¡Jesucristo!...*

*—Hace bien, santigüesé.  
—¡Pues no me he de santiguar!  
Con esas cosas no juego;  
pero no importa, le ruego  
que me dentre a relatar  
el cómo llegó a topar  
con el Malo. ¡Virgen Santa!  
sólo el pensarlo me espanta.*

Y he aquí cómo todo el poema nace de un recuerdo, de aquel que más profundamente se gravó en su memoria, porque fué la impresión más fuerte que su alma ha recibido durante el espectáculo. La idea del Diablo domina y sirve de centro a la acción, y en toda ella se nota, distribuídas con prudencia y arte inimitables, las evocaciones del Espíritu maligno en medio de estremecimientos involuntarios y de exclamaciones en que estallan el temor supersticioso que domina al narrador, y al mismo tiempo la fe religiosa y la devoción a la Virgen o a Jesús, con que espanta la imagen maléfica de su cerebro excitado. Y como ese recuerdo y esa idea es lo que ocupa y domina su espíritu, cada una de las alternativas de la lucha en que Mefistófeles es vencido por la influencia divina, arranca a los dos interlocutores las más ingenuas y gozosas exclamaciones de triunfo, así como toman un aire de misterioso temor y asombro, cuando recuerdan los prodigios de la magia infernal.

Es en este poema donde se reflejan con vivos colores las múltiples concepciones que del Satanás de la Biblia se ha forjado el paisano argentino; él no es ya solamente el ángel del mal y de la perversidad eternas, ni lleva siempre sobre su cabeza las fulminaciones de la cólera divina: algunas veces se presenta a su imaginación más humano, más risueño y más amable, y hasta ha llegado a participar de las costumbres de la pampa, mezclándose a la vida de sus moradores. A fuerza de ser temido y nombrado ante ellos, ha llegado a ser familiar en sus conversaciones, y como elemento indispensable de sus locuciones más espirituales. El es el superlativo de todas las cosas, de todas las artes, de todas las facultades que el hombre ejercita, pero que para el gaucho son motivo de asombro, y ha recibido tantos nombres como las supersticiones le conciben.

En *Fausto*, esas transformaciones están manifiestas y reflejadas de un modo admirable. Satanás ha consentido en dar a su protegido el corazón de Margarita, pero no sin su convenio de costumbre:

—*Poco a poco:*  
*si quiere hagamos un pato:*  
*usté su alma me ha de dar,*  
*y en todo lo he de ayudar:*  
*¿le parece bien el trato?*  
*Como el Doctor consintió,*  
*el Diablo sacó un papel,*  
*y le hizo firmar en él*  
*cuanto la gana le dió.*  
 —*¡Dotor, y hacer ese trato!*  
 —*¿Qué quiere hacerle, cuñao,*  
*si se topó ese abogao*  
*con la orma de su zapato?*

La satisfacción más íntima reboza en los dos interlocutores del poema, cuando el relato llega al pasaje en que el capitán presenta al Diablo la cruz de la espada. La fe sencilla resplandece en sus ojos y destella en su lenguaje como un astro que anuncia la victoria:

—*Viera al Diablo retorcerse*  
*como culebra, aparcerero!*  
 —*Oiganle!*  
 —*Mordió el acero;*  
*y comenzó a estremecerse;*

y cuando recuerdan la serenata cantada bajo las ventanas de Margarita, el corazón de la pampa se dilata como si quisiera absorber todas las emanaciones perfumadas de sus selvas, todo ese ambiente infinito que se extiende sobre horizontes sin término. La grande y solemne poesía del payador despierta al instante evocada por un recuerdo, en medio de la soledad donde hablan aquellos dos filósofos del desierto, y toda la admiración que el gaucho tributa al que sabe arrancar a su guitarra los lamentos que gimen en su alma, se vuelve hacia Satanás, que en ese momento se levanta en su cerebro como una irradiación de luz espléndida, como la música misma de las trovas nacionales, desapareciendo por entero, y como por una mágica evolución, toda idea o temor re-

ligiosos: el arte ha reemplazado a la creencia, el músico al idólatra:

*Al rato el Diablo dentró  
con don Fausto, muy del brazo,  
y una guitarra, amigazo,  
ahi mesmo desenvainó.*

*—¿Qué me dice amigo Pollo?*

*—Como lo oye, compañero:*

*el Diablo es tan guitarrero  
como el paisano mas criollo.*

Entre los tipos de la leyenda nacional, la inmortal figura de Santos Vega destella sobre el fondo inmenso de nuestra pampa como una aurora inmortal de poesía y amor; él es la personificación radiante de la fibra poética que ha muerto ya bajo las oleadas de la civilización extranjera que inunda las campañas, desalojando y replegando hacia los desiertos al hijo de la tierra, que al perder el hogar donde nació, el campo donde aprendió a leer en la naturaleza, y a asimilarse sus armonías misteriosas, parece que va perdiendo hasta esa sensibilidad refinada, que en otros tiempos nos hizo escuchar cantares deliciosos que aún resuenan en las brisas desoladas de la llanura, y nos hizo admirar imágenes que sólo han quedado grabadas en sus crepúsculos.

De todo ese mundo ideal, de todo ese majestuoso poema cantado en los llanos por el payador de otra edad, sólo Santos Vega brilla sobre las ruinas con luz imperecedera; pero el gaucho apenas le recuerda, y su memoria se ha salvado del olvido, porque la literatura de las ciudades ha recogido sus trovas para nutrir de savia virgen sus concepciones, y para iluminar alguna vez con sus destellos misteriosos el monótono escenario de sus poemas. Sólo un genio sobrenatural podía vencer el poderoso estro del poeta nativo que condensaba todas las facultades intelectuales de su pueblo y de su raza; sólo los dioses podían superar en inspiración y en bellezas al cantor de la *Iliada*; sólo los genios alados de los bosques de Arcadia o de Sicilia podían modular canciones

más dulces que Virgilio y Teócrito; sólo Satanás podía arrancar a la guitarra de la pampa argentina gemidos más profundos y arrebatadores, y cantar más conmovedoras endechas que Santos Vega, el tipo semidivino de nuestra poesía nacional. El, como Homero, se diviniza y desvanece en la imaginación popular, porque se confunde con la poesía misma cuya esencia es incorpórea y etérea, y llega a creerse que jamás existió, o así lo afirma el sentimiento de un pueblo decidido a hacer de él la personificación humana de ese genio poético que anima a toda una raza, y que, cantando, soñando, gimiendo en estrofas que vibran sin dueño aparente, como el concierto de las tardes campestres, forma el grande y universal poema de esa raza, de su territorio y de su cielo.

Santos Vega es el astro que resplandece sobre ese inmenso poema: poeta y héroe de sus creaciones tan rápidas, como vibrantes e inspiradas, se asemeja a esos poetas de la India que actúan entre el luminoso cortejo de sus héroes legendarios, amados de los dioses, porque de ellos reciben la inmortalidad de una juventud eterna.

Santos Vega es la musa nacional que canta con los rumores de la naturaleza; Echeverría es el poeta clásico que recoge esa grandiosa poesía para elevarla y darle la forma de la cultura; Obligado es el heredero legítimo de esas riquezas deslumbrantes que iban desapareciendo de la memoria, arrastradas por los vientos tempestuosos del progreso que transforma las ruinas en palacios, porque él ha templado su lira al unísono con esa música vaga que adormece los espíritus, arrancada por manos invisibles de las cuerdas siempre tensas de nuestra espléndida tierra, y de nuestro clima saturado de inspiración. Su *Santos Vega*, esbozo radiante del gran poema de la pampa que se escribirá algún día, es la tradición del poeta legendario vencido por el poder superior de la civilización avasalladora, personificada en el Diablo, en ese Satanás eternamente joven, que parece ser el portador de las grandes evoluciones de la humanidad. Este es el sentido trascendental; pero la tradición en sí misma, escrita en la estrofa



amada de su héroe, nos da una vez más el ejemplo del concepto que el hijo de la tierra se formaba del Espíritu de las tinieblas. El es la suprema inspiración, la suprema poesía, la suprema ciencia; y a pesar de que su conciencia religiosa le abomina y le condena, su criterio artístico le adora y le diviniza; porque el arte, ya cante las alabanzas del rey profeta en el salterio de oro, esculpa o pinte una Dolorosa sobre las telas de Rafael, o celebre en las estrofas inmortales de Milton y del Tasso, los triunfos de la idea cristiana, o ya erija un Olimpo sensual en el laúd profano de Homero, esculpa una Venus de Milo, o arrebate y exalte el sentido en las estrofas ardientes de Safo, siempre es la chispa, el relámpago encerrado en nuestro cerebro, que iluminando los horizontes humanos, nos acerca a la divinidad, porque es ese "algo de dioses" que cada hombre lleva en su ser.

Satanás en el poema de Obligado es una verdadera creación del arte nacional, una idea más grande que muchas de las que nos admiran y enceguecen en los rotundos períodos andradianos; una síntesis filosófica que bien puede llamarse la fórmula poética de nuestra evolución social; y quizá porque no aturde y ofusca los sentidos, y porque el espacio de su expansión ideal es el alma misma, no brilla como otras creaciones de nuestra literatura, con todo el fulgor de la popularidad que, no obstante, alcanzará más sólida y profunda, cuando la crítica se dirija hacia esos dominios del pensamiento.

El Diablo humanizado en Juan sin Ropa, un payador desconocido que aparece en la escena rodeado por un misterio que sobrecoge y suspende, es la poesía sobrenatural, es el genio superior a la raza, único que puede vencer y sepultar en la nada al poeta de la tierra. En la *payada* memorable de la tradición, su fuego divino se anuncia por secretos presentimientos que nublan la frente y el alma de Santos Vega, y que le hacen presentir su muerte. Pero oigamos algunas de estas décimas que parecen arrancadas al alma del desierto.

*Turba entonces el sagrado  
silencio que a Vega cerca,  
un ginete que se acerca  
a la carrera lanzado;  
retumba el desierto hollado  
por el casco volador;  
y aunque el grupo en su estupor,  
contenerlo pretendía,  
llega, salta, lo desvía,  
y sacude al payador.*

*Recién el rostro sombrío  
de aquel hombre mudos vieron,  
y observándole, sintieron  
temblar las carnes de frío.  
Miró en torno con bravío  
y desenvuelto ademán,  
y dijo: "Entre los que están  
no tengo ningún amigo,  
pero, al fin, para testigo  
lo mismo es Pedro que Juan."*

*Alzó Vega la alta frente,  
y le contempló un instante,  
enseñando en su semblante  
cierto astío indiferente.  
—Por fin, dijo fríamente  
el recién llegado, estamos  
juntos los dos, y encontramos  
la ocasión, que éstos provocan,  
de saber cómo se chocan  
las canciones que cantamos.*

*Así diciendo enseñó  
una guitarra en sus manos,  
y en los raigones cercanos  
preludiando se sentó.*

Y aquel extraño payador abortado por la sombra, canta los *tristes* y los *cielos* de la pampa con encanto sobrehumano, arrancando a su guitarra diabólica sonidos que electrizan, gemidos que desesperan y nublan de tinieblas el alma, acordes que arrebatan y se derraman en el espacio, evocando los seres invisibles que lo pueblan, para agruparlos en torno suyo, suspensos de sus armonías de ultratumba.

Santos Vega le escucha con el corazón agitado por la influencia magnética de aquellos cantos desconocidos para él mismo, para él, que había penetrado en los más recónditos secretos del arte, de la pasión, del cielo y del desierto de su patria, cuya alma y cuyas fibras llevaba en las suyas. La multitud extasiada que sirve de jurado en aquel certamen sublime, contiene, por amor a su poeta adorado, el grito del entusiasmo que fermenta en sus pechos inquietos, pero él comprende su derrota, porque admira a su enemigo, y le diviniza en su propia mente, y porque los más extraños prodigios le indican que su adversario no es un ser humano como él, sino que sus trovas son las irradiaciones de un genio divino bajado a la tierra para anunciarle su muerte; y exclama entonces con la desesperación de la agonía, estas palabras que son el adiós sombrío y eterno de la musa de la pampa:

*Santos Vega se va a hundir  
en lo inmenso de esos llanos...  
¡Lo han vencido! Llegó, hermanos,  
el momento de morir!*

Algo como una niebla fúnebre se extiende sobre el desierto solitario, a medida que este adiós va dilatándose sobre la brisa de la tarde, quejumbroso como el lamento de la bordona de donde nació, hasta los últimos confines de su cielo amado, al mismo tiempo que la pupila centelleante del poeta nativo se clava por la vez postrera en los ojos de su querida, que tiene el instinto del amor y de la admiración hacia su poeta, como la rubia de Magdala lo tenía para el sublime e inspirado Nazareno. La *prenda del payador* admira y ama con el alma inmensa del desierto: Magdalena admira y ama con el alma infinita de ese cielo azul que promete el Evangelio a las almas purificadas por la contemplación.

El payador se desvanece en el horizonte de nuestro cielo sin dejar más que un recuerdo, como rastro informe de su paso, mientras que su vencedor convertido en serpiente de fuego, incendia hasta el ombú majestuoso donde tantas veces sus endechas se elevaron a la altura, y donde tantas veces

los hijos de la llanura se apiñaron para adorarlo y bendecirlo con lágrimas que eran laureles tributados por el corazón de su patria.

El Diablo, por una concepción extraña, pero que entra en la índole de nuestra imaginación popular, es el instrumento elegido por la fatalidad para dar la muerte al payador legendario, cuya imagen, sin embargo, brilla sobre los horizontes de nuestra literatura y de nuestra tradición, como la estrella polar que marca a los poetas del presente y del futuro la senda que lleva a la creación de nuestra gran poesía nacional. Y es gloria del joven bardo argentino el haber levantado como bandera de combate, esa musa que nacida y creada con Santos Vega, resplandece con luz clásica en Echeverría, que será en el tiempo el refugio donde vayan a fortalecer sus arpas desfallecidas nuestros poetas filósofos, cansados de edificar sin fruto sobre cimientos prestados por civilizaciones ajenas.

El *Santos Vega* de Obligado es un modelo de la tradición nacional, a la vez que, como he dicho, el esbozo radiante del gran poema de la pampa, borrado por el soplo de la transformación de la raza, pero que renacerá de las ruinas del pasado como las estatuas griegas después de la inmensa inundación de los pueblos del Norte. Porque las evoluciones humanas son como los capas de tierra que los siglos amontonan sobre los escombros: el arado del labrador que rasga el suelo para encerrar la semilla, tropieza algún día con un fragmento del mármol antiguo, y aquel fragmento es un relámpago que alumbra el pasado, y es la revelación de un mundo luminoso que proyecta sus rayos vivificantes sobre el futuro.

El poeta nacional del porvenir, evocando en sus canciones los recuerdos de la edad primitiva, será respondido algún día por "el alma del viejo Santos" que vaga eternamente en el espacio, como el ángel condenado de Klopstock, esperando ver abiertas para él las puertas de ese cielo tan deseado, donde se goza de la armonía que adormece los mundos, y donde se cantan las alabanzas místicas en las arpas divinas.

Pero he olvidado a mi Satanás, y es fuerza acudir a su llamado insinuante. El, como todas las divinidades del mundo ideal, tiene sus agentes en la tierra dotados de un reflejo de su poder sobrenatural, que extiende o limita a voluntad según sus designios, y que distribuye sobre todos los puntos del globo, a manera de irradiaciones de su propia personalidad.

Los bosques solitarios y sombríos, las grutas oscuras de las montañas, las ruinas enmohecidas de las ciudades, se pueblan por la noche de una multitud de seres deformes, de heterogénea naturaleza y de espeluznante aspecto, que se arrastran en la tiniebla en pos del hombre incauto o temerario que no respeta sus ritos misteriosos; que conocen las esencias maravillosas que obran sobre la vida y sobre las leyes físicas que rigen el mundo, transformándolas o suspendiéndolas transitoriamente, mientras dura la ejecución de sus designios satánicos; que engendran ese mundo confuso y tumultuoso de endriagos y de grifos, que en la vigilia o en los sueños agitados ve la imaginación calenturienta, enroscándose como serpientes interminables en nuestro cuerpo, haciendo curvas indefinidas en el espacio de la mente; que con sus combinaciones de una química infernal, crean un palacio aéreo, una montaña, un universo, en fin, para ofrecerlo a las almas cautivas de sus encantamientos, hasta que el Diablo las conduce al infierno, o hasta que un santo protector las salva de sus garras inmundas; que por medio de inoculaciones invisibles, introducen en el organismo del hombre enfermedades asquerosas o delirios feroces, hasta que el exorcismo sagrado las expulsa y purifica el cuerpo; que celebran sus sesiones tempestuosas como el fragor de las aguas interiores en las grutas de la montaña, el sexto día de la semana, y en las cuales deliberan sobre la suerte de los mortales, y resuelven el plan de sus operaciones diabólicas, prefiriendo para sus moradas las aldeas o los suburbios de las ciudades, porque allí habitan las gentes sencillas más inclinadas a caer en sus seducciones arteras; que encarnan en la persona de alguna vieja desenca-

jada y escuálida, de esas que parecen aves de rapiña, y que antes han sido iniciadas con toda solemnidad en los misterios del Aquelarre por un juramento eterno que las vincula a la causa común de Luzbel.

Las brujas son en todas las razas y en todos los países esos agentes del Espíritu maligno; las hubo en América entre los quichuas, los araucanos y los guaraníes; pero cuando el Satanás del catolicismo se radica en la tierra conquistada, inunda nuestras aldeas, nuestros arrabales, nuestras montañas, toda la corte civilizada de la hechicería que hacía el espanto de los pueblos europeos, y de la que nos han quedado tradiciones innumerables que dan a conocer a fondo la tenebrosa institución (12). Ellas han desempeñado un rol trágico en la historia de las luchas religiosas de los tiempos modernos, y hubo una época en que sirvieron admirablemente a la Inquisición, para llevar a la hoguera millares de gentes inofensivas, bajo el pretexto de que servían a la falange sábrica.

En las ruinas de los castillos medioevales, perdidas en las montañas y abandonadas del hombre, pululan las brujas al lado de los pájaros nocturnos que anunciaban con sus graznidos siniestros la existencia del Aquelarre subterráneo, y esparcían el terror sobre las comarcas vecinas, hasta convertir ese sitio en parajes vedados aún a la agrupación humana y al trabajo de la tierra.

Nada más propio de la imaginación de las tribus indígenas de América que estas creaciones fantásticas, que tan vivamente la hieren en su período primitivo; y es así que no tardaron en convertir sus hechiceros tradicionales que, según ellos, vivían en íntima comunicación con el Mal Espíritu, en las brujas de la cultura europea, que no eran sino una forma más pulida y una institución más sistemática que la de aquéllos. Pero parecen haber sido más propias de la civili-

---

(12) Entre las leyendas más completas que la Europa conserva, y que la literatura ofrece sobre este asunto, se señala la de NÚÑEZ DE ARCE, titulada *Sancho Gil*.

zación quichua que de la araucana y guaraní, porque aún hoy se conserva en las provincias andinas, hasta Mendoza, la misma superstición entre las gentes ignorantes de las campañas, que aún no han recibido un rayo de luz de la nueva educación social.

Yo mismo recuerdo que los criados de la casa me contaban las historias más extrañas y extravagantes de las brujas de mi pueblo, y aún hace poco tiempo había un anciano loco, a quien se le tenía por iniciado en los secretos de la *Salamanca*, — que es el nombre que allí se da a la infernal institución, — y se señalaban como brujos de profesión algunos viejos del lugar.

He oído a ese mismo anciano, rodeado de un gran círculo de oyentes, referir con los detalles más minuciosos todas las ceremonias de la brujería; y me han llamado sobre todo la atención dos puntos del ritual de la iniciación, por lo que tienen de trascendental para averiguar el género de ideas que poseía aquella gente. Se cuenta que las pruebas más fuertes a que se sometía al neófito, eran: la primera, hacerle pasar con los ojos vendados sobre una larga y afilada cuchilla, debajo de la cual había serpientes y monstruos de todas formas, dispuestos a devorarlo si caía; y la segunda y definitiva, que había de escarnecer del modo más inmundo la imagen de un Cristo, que se hallaba colocada en la extremidad de aquel puente terrible, pronunciando las blasfemias más asquerosas a que puede llegar el envilecimiento humano.

Sea que tan raras ideas fueran reminiscencias informes de antiquísimas sectas del viejo mundo, o insinuadas por los misioneros para hacer más odiosa a los naturales la institución de la hechicería, que practicaban con mucha generalidad, la verdad es que ella ha existido antes y después de la conquista bajo diversas formas, pero conservando la misma idea dominante, y que aún hay personas que creen en la existencia de tales seres maléficos.

De aquí ha nacido una gran cantidad de cuentos de brujas que tienen todo el colorido de esas narraciones fantásti-

cas y tenebrosas, de que están llenas las literaturas europeas, y en especial la española; y no pocas veces se ha visto, en mi pueblo, al menos, algunos miserables ancianos que se entretenían en recoger objetos arrojados a los muladares, perseguidos y apedreados por la multitud, por creerlos ocupados en buscar los elementos para sus brevajes maravillosos.

Así, pues, las brujas tienen en nuestras tradiciones un rol importantísimo, y una parte no pequeña en la obra en que el Diablo se halla empeñado desde el principio del mundo; y así como el Dios del catolicismo se vale de sus santos para hacer sus milagros, Satanás tiene sus brujas para manifestar por su medio las fuerzas mágicas de su sombría ciencia.

## IX

Están llenas de interés dramático y de novedosas aventuras las expediciones de los primeros descubrimientos de nuestro suelo, en busca del asiento donde debían levantarse las futuras ciudades. Hay luchas memorables que ya la novela y la poesía han hecho imperecederas, y en las que se puso a prueba el valor temerario de los conquistadores, en frente del salvaje heroísmo de los nativos en defensa de sus hogares; y tanto más grande y profundo era su empeño en el combate, cuanto que veían a sus enemigos plantar los cimientos que demostraban el ánimo de perpetuarse en la posesión de sus tierras.

La fundación de las ciudades de Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes, Córdoba, Santiago del Estero, Salta y la Rioja, está llena de episodios ora trágicos y dignos de la musa épica, ora fabulosos y fantásticos, en que la imaginación del indígena se mezcla con el fervor de la creencia religiosa del vencedor, para rodear los hechos de circunstancias sobrenaturales. Unas veces los denodados expedicionarios emprenden verdaderas odiseas de sufrimientos a través de desiertos desconocidos, sembrando de cadáveres el camino; otras se traban encarnizadas luchas con la naturaleza misma, que parece



complacerse en llenar de espantos y de presagios lúgubres aquellos espíritus hambrientos de reposo.

Los que descendían de Chile al oriente de los Andes, después de franquear los pasos que sólo las fieras o los bárbaros transitaron, creyeron tal vez lugar aparente para el hogar de futuros pueblos, verdaderos páramos donde quizá encontraron un pasajero verdor que juzgaron durable, y aconsejados por la fatiga más que por la pericia o la previsión, abrieron los cimientos de ciudades que más tarde debían ser esclavizadas por las fuerzas latentes o visibles de la naturaleza, empeñada en destruir la obra del hombre, o verse condenadas a un combate secular contra ella.

¡Y cuánta influencia ha tenido sobre los destinos de nuestra nacionalidad aquella primera piedra colocada para servir de base a las ciudades del porvenir! ¡Cuánta lucha, cuánto aislamiento, cuánta miseria se sembró en aquellos primeros surcos abiertos sobre esta tierra ignorada, de donde debían brotar algún día para derramar sus frutos en la historia! ¡Cuántos gérmenes misteriosos que aún se mantienen ocultos y enterrados, para aparecer más tarde, a medida que el progreso vaya agotando nuestros problemas internos, y descubriendo el velo de nuestros destinos insondables! Es necesario que un pueblo tenga siempre problemas vitales que estudiar, para mantener la energía y el vigor, porque el día que llegara a abarcar con su vista todas las causas de sus fenómenos sociales, el anhelo de la cultura, de la ciencia y del arte se vería satisfecho de una vez, y descansaría confiado sobre la cumbre las alas que nunca deben reposar.

Las ciudades fundadas a enormes distancias unas de otras, separadas por llanuras que parecen mares de arena donde el sol fermenta, levantadas en el aislamiento y en lo desconocido, fueron quizá la causa de que sus primeros moradores adquiriesen aquel dominio de sí mismos, aquel celo y aquella decisión por mantener el gobierno comunal que habían traído de España como una reliquia sagrada, y que era a la vez el germen remoto, aunque inconscientemente sembrado, de

la libertad colectiva y de la emancipación del país, en un porvenir más o menos ignorado. Esa diseminación de los centros de sociabilidad hace más atrayente y trascendental la averiguación de los esfuerzos hechos por unos y otros, para establecer la solidaridad de la suerte en medio de aquel abandono, donde parecían ante sus propios ojos, deportados peligrosos a la salud del espíritu público, que es necesario aislar e incomunicar del resto de la especie.

Llama sobre todo la atención del historiador y del filósofo cuanto se refiere a la fundación de la ciudad de Córdoba, centro de la vida municipal, social y religiosa de la colonia, y donde por causas especiales planteaban las bases del sistema social más uniforme y duradero. “Con cuánta regularidad se establece, — dice Sarmiento, — por una serie de actos y de actas de que se trae y deposita copia en Córdoba, el origen y transmisión del poder civil a su Virrey en el Cuzco, primero a sus lugartenientes en la Provincia de Tucumán, Juries y Daguitas, hasta llegar el delegado de la corona que va a plantar el rollo, so pena de la vida al que lo quitase, en la que va a ser plaza de Córdoba de la Nueva Andalucía, por ser andaluz el delegado, y querer amar la nueva patria tanto como la que dejó a orillas del Guadalquivir! No se necesita pedir a la imaginación su pincel para trazar la escena, conmovedora por su simplicidad, majestuosa por el objeto, que en un pequeño espacio de las playas del río Suquia reúne caballeros españoles, soldados y gran número de indios atraídos por la novedad del caso, de la toldería que está sobre la barranca, y que es hoy el pueblo de indios”. (13).

Y todas aquellas ceremonias, hijas del derecho de la época, por cuyo medio se da satisfacción cumplida a la justicia universal que preside las grandes evoluciones, tienen para nosotros que estudiamos los orígenes de nuestra sociabilidad, toda la importancia que en la liturgia católica se da al bautismo: aquel acto solemne de la posesión de la tierra, de la co-

---

(13) *Conflictos y armonías*, tomo 1, pág. 71.

locación de la primera piedra de la nueva ciudad, es el bautismo del derecho y de la justicia caído sobre las sienes de los nuevos pobladores, rodeado del solemne misterio de lo desconocido que se extiende en sus horizonte físicos, y en los horizontes mucho más sombríos e insondables del porvenir!

No menos grandioso y admirable se destaca en aquel grupo de héroes, la figura gallarda, cortada en el molde épico, de aquel capitán esforzado que la tradición ha levantado al rango de los inmortales, que sus contemporáneos designaron con el nombre de *rayo de la guerra*, que algún día la epopeya ornará con la luz inmarcesible de la poesía, y que fué el terror de las tribus salvajes que dominaron los valles donde hoy se asienta Córdoba: el capitán Tristán de Tejeda es ese carácter legendario que lleva en sí algo del arrojo aventurero del Cid, y que al lado de otros de su temple, que blandieron su espada desde Méjico hasta Chile, componen la pléyade deslumbrante de personajes que la tradición de la conquista ha de perpetuar y reunir en un cuerpo luminoso, para encanto, ejemplo y veneración de las edades.

Allí, en las páginas de Lozano, de Guevara y del deán Funes, se narran con toda la ingenuidad sencilla de la crónica, y con todo el entusiasmo que comunica el fervor religioso, las hazañas de aquel héroe contra los indios que combatían con el número, la desesperación y la astucia, y que él sabe destruir con arranques de valor que recuerdan a los tipos homéricos de España, cuando los Cides y los Pelayos detenían las invasiones musulmanas. Tejeda en su caballo, saltando en medio de la multitud conjurada para matarle, y dando muerte a dos de sus caudillos, poniendo en fuga despavorida los rebeldes, brilla con la misma luz que el de Vivar sembrando el espanto en las filas del sectario de Mahoma con su caballo, su espada y su figura inmortales; sus expediciones al desierto, donde llegaba descubriendo caminos abruptos y dominando pueblos, hasta encontrar los soldados que seguían a Ramírez de Velasco, recuerda las hazañas de los generales romanos, yendo a plantar el águila imperial en las soledades

de Germania. La musa épica, la romancesca y tradicional recogerán algún día sus proezas para asombro de la posteridad, así como la de tantos otros que sobrepasaron en valor y temerario arrojo a sus más célebres antepasados.

Ramírez de Velasco, después de una peregrinación dolorosa que constituye por sí sola una odisea, llega a las faldas de la montaña que lleva su nombre, y allí plantea los cimientos de la ciudad de la Rioja, en una comarca célebre en las crónicas incásicas por sus minas tan llenas de oro, plata y demás metales útiles, como por sus leyendas fabulosas, que en nada ceden en interés y en poesía a las de las montañas escocesas o germánicas; y como todo ha de escudriñar el narrador de sucesos antiguos, hará la luz sobre los móviles lucrativos del ilustre general, que le hicieron enclavar allí su ciudad, como ahogada de un lado por un desierto ardiente y desolado, y por el otro, oprimida por una montaña que le cierra el horizonte donde se pone el sol; y habrá de leer el contrato celebrado entre el gobernador y el capitán Blas Ponce, según el cual éste *“debía ir a la provincia de los diaguitas a poblar y fundar en ellos una ciudad, hacer cementeras, descubrir y sostener minas públicas y sabidas de oro, plata y azogue, y hasta lanzarse en el mundo fantástico de los enterramientos de las guacas y ofuscamientos del sol, tras aquellos tesoros cuyo incentivo volvió, por lo menos, más ferviente el afán religioso de los conquistadores, por traer en conocimiento de Dios nuestro Señor los muchos millones de ánimas que en esta Provincia carecían de la predicación del Santo Evangelio”* (14); habrá de referir las luchas sangrientas mantenidas entre el conquistador que buscaba repartir la tierra con sus yacimientos codiciados y sus moradores, a modo de tributo personal, y aquellos mismos seres humanos que peleaban como fieras, haciendo fortalezas del granito de sus cerros, y causa común la defensa del hogar donde nacieron y vivieron

---

(14) MARDOQUEO NAVARRO, *Carta a los directores de “La Revista de Buenos Aires”*, tomo XXIII, pág. 5 y sigs.

libres y felices desde los tiempos oscuros en que reinaron los dioses sobre su tierra.

Si hemos de dar crédito a los relatos de Lozano y otros cronistas de Indias, ninguna nación indígena se defendió con más bravura y denuedo, ni resistió tanto tiempo a las armas españolas, como aquella que, perteneciendo al gran Imperio quichua, se mantenía en las montañas de Famatina, como en un baluarte eterno, llegando hasta imponer un martirio atroz al jesuíta fray Antonio Torino que predicaba la sumisión (15); aunque, en verdad, la venganza llevada a cabo por el general Gerónimo Luis de Cabrera en la persona del cacique Coronilla, atándolo a cuatro potros salvajes (16), deja muy atrás en barbarie a las tribus más sanguinarias del centro de Africa. La guerra fué de exterminio y de venganza mútuos, y como tal, se llevó la ferocidad y el heroísmo a sus límites extremos: triste presagio de las matanzas que más tarde debían manchar aquel mismo suelo con la sangre de ciudadanos de un pueblo independiente, en plena guerra civil, que parecía ensañarse con más furor en él que en sus hermanos, y que ha dejado ejemplos memorables de abnegación humana, donde las mujeres se revisten del heroico valor de Esparta en defensa de sus hogares incendiados o mancillados por la barbarie civilizada. ¡De tal modo la fatalidad ha querido poner a prueba aquel fragmento de nuestra patria, que muchas veces ha llegado a convertirse en un fúnebre montón de ruinas que clamaban al cielo!

Pero hagamos a un lado estas horribles tragedias de sangre que un día alimentarán la literatura nacional, y veamos cómo las instituciones municipales trasplantadas de España, y legadas a cada ciudad como esencia de su misma vida, influyeron en el temple de nuestros primeros pobladores y en la sociabilidad del futuro. Porque no hay duda que ese precioso legado de libertad comunal, constituyendo un hábito

---

(15) LOZANO, tomo IV, págs. 434 a 438.

(16) LOZANO, tomo IV, pág. 462.

de la raza conquistadora, debía arraigarse en su nueva patria, y sembrar los gérmenes fecundos de la libertad política, puesto que, como dicen los jurisconsultos, ella es la escuela primaria del gobierno propio.

Allí, en esas luchas de reducido escenario, en las que se debatía la suerte de una pequeña agrupación, debieron estallar, y estallaron antagonismos colectivos, que bien pueden llamarse los partidos de un pueblo libre, representados por hombres que encarnaban los afectos de las mayorías, y que éstos querían ver dirigiendo los resortes de su sociabilidad; y como cada cabildo conservaba sus prerrogativas propias y su autonomía electiva, la fórmula del propio gobierno local se hallaba planteada, y tocaba desarrollarla a los descendientes en las evoluciones de su propia vida interior.

Nacían del mismo modo, y por el mismo hecho, esos afectos inherentes al hombre por el suelo donde levanta su hogar y donde nacen sus hijos; y esos afectos que parecen ser como el vínculo natural que une la planta al suelo, son los primeros elementos que constituyen el gran sentimiento colectivo de la nacionalidad, sin que sean parte a destruirlos ni las más enérgicas represiones del soberano que ve de lejos crecer el árbol plantado para sustento de su corona, ni las arbitrariedades legales tendientes a cortar las raíces por temor de perder la influencia del sentimiento patrio originario. Y como el hogar es el primer esbozo de la patria, y como la patria es la suma de sentimientos que muchos hogares reunidos despiertan en la masa social, obligados a evolucionar en unión y concordia, la idea de la nación y del gobierno propio aparece sobre el conjunto; y esta idea desprendida espontáneamente de cada uno, sigue su evolución natural hasta convertirse en el hecho visible.

Ese hecho es la organización constitucional, formada de la suma de relaciones creadas libremente por la naturaleza de las razas, por sus sentimientos, por sus ideales sociales y religiosos, cuando han sido reunidos en un mismo espacio para vivir en comunidad. Así, los primeros municipios esta-

blecidos en nuestra tierra, son el hecho más trascendental de la historia nacional, por la doble razón de haber sido la semilla de nuestra emancipación, y la primera y más simple fórmula del gobierno que habíamos de consagrar para siempre con la sangre de nuestros héroes, en una Constitución que condensa todo el fruto de la civilización humana.

Pero no es sólo en este aspecto trascendental de nuestra historia que la tradición nacional encuentra campo inmenso para sus investigaciones minuciosas; ella tiene un horizonte más risueño y ameno, más limitado y liviano en las costumbres que nacen de semejante organización social; porque cada acontecimiento comunal, girando alrededor de un hombre, de un carácter, como en torno de su eje central, se presenta revestido con todos los colores que las pasiones, los caprichos, los sentimientos y hasta los defectos de ese hombre reflejan sobre él, y de ahí el aspecto trágico, cómico o fabuloso con que la tradición remota de aquellos tiempos suele venir marcada. El Alcalde de Zalamea sería el tipo perfecto de la virtud cívica, que consigue levantar la humilde investidura al nivel de la corona, así como hay otros que han servido para dar alimento abundantísimo al ridículo, en la fecunda comedia española del siglo de Calderón. Y es de notar que en las tradiciones de la vida comunal, tanto en España como en América, las notas dominantes son la amenidad y el ridículo; y es admirable el provecho que sacaron de ellas los tradicionalistas que, como Ricardo Palma, han llegado a ser eximios en este género de trabajos literarios.

Nunca lamentaremos los argentinos como merece la desaparición de los libros capitulares de muchos de nuestros antiguos cabildos, donde quedó escrita la historia del desenvolvimiento social de nuestras ciudades, y donde el tradicionalista hubiera encontrado la fecunda mina de sus relatos, y no pocos caracteres verdaderamente dignos de ser perpetuados por la leyenda, sea por sus altas virtudes, sea por sus genialidades cómicas. Los vientos de nuestras vicisitudes políticas han dispersado aquellos preciosos libros que encerraron tanta histo-

ria palpitante, tanta noticia trascendental, tantos caracteres salientes y originales, cuyos relatos hubieran iluminado los tiempos medios, envueltos hoy en la penumbra de tres siglos.

He ahí por qué la tradición argentina de esos tiempos, con excepción de la de Buenos Aires, Córdoba y Santiago, pasa en silencio sin referirnos los dramas sociales desenvueltos bajo la influencia de esas instituciones, y sí sólo versa sobre aquellos acontecimientos en que fueron actores los soldados, los sacerdotes, los seres fabulosos, y hasta el Diablo, cuya personalidad se destaca en la larga sucesión de nuestra historia tradicional con toda la magia de sus hechizos, de sus intrigas y de sus aventuras, iluminados por el resplandor rojizo de su cavernoso reino.



***LIBRO TERCERO***



## LIBRO TERCERO

- I. La Revolución. Nacimiento de las naciones. Edad heroica. — II. Génesis de la Revolución argentina. Los precursores. Tupac-Amarú. Los comuneros. La tercera raza. El gaucho. Invasiones inglesas. España. — III. La raza revolucionaria. La tradición heroica. — IV. Los cabildos. Belgrano. Tucumán. Salta. Güemes. Los indígenas. La religión. La bandera. Los guerreros. — V. Los Andes. San Martín. La tragedia y la leyenda. La fraternidad americana. Chile y los Carrera. Ley revolucionaria. — VI. La restauración quichua. San Martín en el Perú. San Martín y Bolívar. — VII. El *Canto a Junín*. Los reyes incas. Los héroes argentinos. — VIII. Ituzaingó. Alvear. Lavalle. Paz. Brandzen. — IX. Las odiseas marítimas. Brown y Buchardo. — X. El Cóndor.

### I

La gran revolución de 1810, como todos los hechos trascendentales que modifican la organización de las sociedades, no fué un acontecimiento aislado ni repentino, sino que sus orígenes se remontan a las épocas más oscuras de la evolución de las razas, y a los más recónditos detalles de su genio y sus costumbres nativas. Es verdad que toda revolución es un progreso, y he ahí por qué es una ley ineludible en el mundo; pero ella no se realiza jamás de una manera súbita, porque ha debido prepararse en el corazón y en la inteligencia de las generaciones pasadas, que han ido legando a sus hijos la herencia de sus ideas y de sus sentimientos, hasta que, llegado el momento psicológico de la concentración y de la unidad de los elementos revolucionarios, rompen el molde antiguo y estrecho que los contenía, y estallan en creaciones nuevas sobre las ruinas de las pasadas formas.

El sentimiento nacional es el alma de las revoluciones, y él es el resultado de largos períodos de evolución uniforme, en que la sociedad ha vivido, luchado, gozado y sufrido al abrigo de un mismo cielo, al amparo de una misma naturaleza, pródiga o remisa en sus favores, ya bajo la acción protectora de una Constitución liberal y progresista, ya bajo la pesada mano de una ley despótica que, o bien agota en germen los frutos de la libertad, o condensa por la opresión los sentimientos innatos de la raza, sus anhelos de expansión moral, hasta que llega el momento inevitable de la dispersión, a la manera de los gases comprimidos que tienden a dilatarse en el espacio.

Los filósofos políticos que analizan el pasado de las naciones buscando organizarlas con leyes que sean una derivación necesaria de su naturaleza y de su índole social, y el historiador que se remonta a las fuentes y sigue paso a paso la sucesión de los hechos y sus causas, ellos juzgarán con su especial criterio la política institucional, social y religiosa que la España ejerció sobre sus colonias americanas; yo vengo sólo siguiendo el desarrollo del sentimiento de mi pueblo al través de las edades y de las vicisitudes de su vida, escuchando sus cantos nativos con el deleite que producen las músicas de la naturaleza o las expansiones de los corazones sencillos, admirando sus proezas de valor que perpetuaron en el relato desnudo de análisis y de doctrina; examinando con criterio más bien artístico que filosófico sus creencias y supersticiones, recogiendo, en fin, para fundar mis vagos raciocinios literarios, las palpitaciones del pensamiento de la raza, sus evoluciones, sus glorias íntimas, sus aventuras, sus alegrías y sus dolores, en los que la fibra nacional fué el elemento de acción, en los que el genio de la tierra hizo sus manifestaciones inquietas, y divisó en los horizontes lejanos colores de nuevas auroras, rumores de nuevos cantos, siluetas de nuevos pueblos, que, a semejanza de las tempestades de las llanuras argentinas, se anunciaban desde mucho tiempo, por resplandores indecisos, pero intermitentes.

Y como he escuchado las tradiciones de las razas primitivas, saturadas de savia y de perfumes tropicales, sus gritos de victoria, sus alaridos de furor, sus lamentos en la derrota y el báquico tumulto de sus fiestas íntimas, quiero asistir también al período más sublime de su historia, al momento épico en que su genio y su valor van a traer al mundo civilizado una nación, un pueblo nuevo, pidiendo su lugar en la arena donde se debaten los grandes problemas.

Está en la esencia de las agrupaciones humanas reunir sus fuerzas para elaborar el progreso; y aunque en su camino se levanten montañas de preocupaciones y de fanatismos, éstos no son sino cortos intervalos de sombras que hacen apreciar con más valor la luz que las sigue de cerca, como la aurora a la noche; cada mañana, cada nuevo sol en el curso de la vida, son una revolución; el espíritu avanza rompiendo las tinieblas: es la lucha eterna que mantiene en acción las fuerzas del mundo desde el comienzo de los tiempos.

Al principio, en la cuna, la poesía vela el sueño de las razas con sus cantares inocentes que tienen todo el encanto de la savia primitiva. Visiones de luz, creaciones fantásticas, delirios febriles pero informes, excitan los cerebros embrionarios, y muchas veces son esos sueños de la fantasía los que las precipitan en las grandes convulsiones, de donde nace una regeneración, o donde se sepultan para siempre con todo el tesoro de sus ideales nebulosos; y como la poesía es una fuerza que se agita eternamente en la naturaleza, y que tiende a difundirse en el espacio como en el tiempo, ella es un elemento de la cultura humana, e impulsa y embellece constantemente la vida. Los pueblos que han arrullado su infancia con la poesía, han tenido la revelación de la libertad, y ¿qué pueblo de la tierra no envuelve sus orígenes en las nubes de la fábula, oscuras pero iluminadas a intervalos por los relámpagos que dejan ver un momento su seno tenebroso?

Esas primeras creaciones del cerebro forman los puntos de partida de la tradición; puntos imperceptibles a la simple vista, desde luego, pero que, a semejanza de los astros erran-

tes, van aumentando sus dimensiones y el caudal de su luz, a medida que se acercan al observador; entonces se los analiza, se los dibuja, se los describe y se los admira con la conciencia del que conoce las leyes que rigen sus movimientos.

Las naciones son también astros que siguen una órbita en el inmenso espacio de la historia; ellas en su período de formación se pierden en la nebulosa generatriz, hasta que las fuerzas latentes de la humanidad que palpitan en su ser, les dan forma en una entidad única, y les imprimen los impulsos que han de sostenerlos y dirigirlos en su carrera indefinida; durante su marcha por entre la multitud de otras naciones que ocupan la tierra, reciben influencias extrañas, y distribuyen a su vez la suya a las que encuentran a su paso, no sin que algunas veces sean absorbidas por las que tienen mayor poder de atracción, o absorban también a las que llevan menores fuerzas que las suyas propias. Y de ahí la causa de las grandezas y de las decadencias de que la historia nos muestra repetidos ejemplos; he ahí el secreto de esos cataclismos que conmueven una época, que desequilibran un sistema, y aleccionan para siempre a los que observan las leyes de la evolución humana.

¿Cómo y cuándo se han desprendido de su centro primitivo esos millones de astros que nos iluminan y nos encantan con sus luces centelleantes, y nos admiran cuando estudiamos sus leyes? ¿Cómo y cuándo se desprendieron de la madre común esas agrupaciones humanas que pueblan la tierra, y que desde la cuna hasta su desaparición, viven en lucha y en agitación febriles? ¿Cuáles son las fuerzas que animan los soles en su movimiento uniforme y continuo en el espacio? ¿Cuáles las fuerzas que animan a los pueblos en su camino incesante en el tiempo? Las hipótesis suceden a las hipótesis, los sistemas a los sistemas, y entre tanto, unos y otros siguen sin reposo su revolución eterna.

Las razas que poblaron nuestro continente, ya sean ellas nacidas en su suelo, o emigradas en épocas remotas, llegaron a formar organismos generales y uniformes, a crear una cos-

tumbre, un sistema institucional, un código religioso, un sentimiento común y una tradición propia; y cuando la raza latina con el estruendo de las armas y con el aparato maravilloso de su religión, penetró en sus moradas solitarias y desconocidas de la vieja y sabia Europa, se encontraban en la infancia, pero en una infancia vigorosa y sana, llena de anhelos sublimes, sedienta de expansiones ilimitadas, enamorada de sus sueños y de sus ideales, de sus tradiciones y de sus dioses.

La superioridad moral de la nación conquistadora hizo que los vencidos se sumergieran en su impetuosa corriente, que asimilaran las nuevas costumbres, las nuevas instituciones, las nuevas creencias, pero no tan profundamente que perdieran el último átomo de su naturaleza propia; porque si es cierto que la influencia de la raza superior impone necesariamente su índole y su genio, es indudable que ella misma no puede libertarse de la influencia del medio en que sus fuerzas y sus elementos actúan, y que nunca se destruye y se prescinde del todo de la manera de ser, del temple, de la naturaleza de la raza que se quiere gobernar o dominar. Así, ni la ley política, ni la ley religiosa pudieron desalojar por completo el germen de las leyes y las religiones nativas, y aunque fueran forzados a obedecer a las primeras, el poder del hábito formado por las segundas, contribuía a desviar, si no a equilibrar la fuerza dominante.

La tradición es también una fuerza; ella es formada por el sentimiento y la pasión de la masa social y por la comunidad de destinos; es un elemento histórico y filosófico para explicar los grandes acontecimientos, es la historia misma de los pueblos que no tienen historia, es la costumbre de pueblos que no tienen leyes formales, y por eso es un culto, y por eso arraiga en el corazón y en la inteligencia, y refleja el genio de la raza que le ha dado vida. Y se ha visto alguna vez que naciones dominadas largo tiempo por la conquista, obligadas a obedecer otras leyes y otros dioses, han conservado en el santuario de su conciencia, como un talismán sagrado para las horas de amargura, el recuerdo de su tierra nativa, la memo-

ria de sus años de libertad, y una voz interior les hablaba a solas, como un reproche, como una acusación unas veces, y otras como un consuelo y una esperanza de recobrar algún día el perdido paraíso donde nacieron y respiraron los primeros hálitos de la vida.

Esé recuerdo conservado en secreto por todos los hijos de un pueblo que cayó vencido y esclavizado, no es sino la fibra, el genio nativos, que se conservan en lo íntimo, para hacer explosión más tarde, cuando la opresión, la injusticia, la barbarie despótica, han desquiciado las bases de la ley humana, y han conjurado contra sus autores las fuerzas comprimidas que fermentan con sordas convulsiones en el corazón de las víctimas. Entonces el esclavo rompe de un impulso súbito la cadena que le oprime el cuerpo y el alma; la tierra se estremece como si se removieran en el fondo de las tumbas olvidadas los héroes indígenas que cayeron en la lucha primera; pueblan el espacio como irradiación invisible de seres ideales, de músicas, de sueños, de cantares vagos pero poéticos, de voces paternas largo tiempo no escuchadas, todos los recuerdos de aquellas épocas de gloria y de libertad, que sus señores les quitaron por la fuerza de las armas para sumirlos en la sombra y en la esclavitud.

Entonces ven aparecer envueltos en aureolas de luz y sobre carros de fuego, blandiendo las espadas de las hazañas antiguas, sobre las cumbres y los llanos de la patria, la falange radiante de sus héroes nacionales, llamándolos al combate de la libertad y de la resurrección con acentos magnéticos, con palabras proféticas, que tienen todo el encanto irresistible de la pasada y casi olvidada grandeza. Despiertan de un sueño, y exaltan su valor aquellas evocaciones legendarias, porque les recuerdan sus tiempos primitivos, en que sus héroes los condujeron victoriosos, coronados de laureles y de aclamaciones, a través de los desiertos, de las cordilleras y de los mares.

El espacio de la tradición se ilumina de repente como a la aparición de una aurora boreal en medio de la noche polar; y al tender la vista hacia el camino recorrido durante las



tinieblas, ve sólo un abismo inmenso, donde se destacan a la distancia las ruinas y los fragmentos despedazados y hacinados por la opresión, que ni siquiera respetó los despojos sagrados de su pensamiento, sintetizado en el esbozo escultural, en la construcción granítica, o en las instituciones y sentimientos de raza.

No hay fuerza, no hay poder, no hay genio capaz de resistir a un pueblo que se levanta en la hora suprema reclamando la libertad que es su derecho, que se le debe por la justicia y por la moral humanas, como no hay presión capaz de contener el estallido del fuego interno comprimido por las paredes de granito de la montaña, hasta el momento de la expansión volcánica.

Las razas aborígenes de América, al ser sometidas al yugo de la política colonial de España, después de una lucha colosal que ha inmortalizado en parte un gran poeta, perdieron todo cuanto habían heredado de sus mayores, o habían adquirido por derecho de nacimiento sobre su suelo; pero esto que es natural y necesario, tratándose de una conquista civilizadora, se vuelve injusto cuando se examinan los medios de despojo, y los extremos de barbarie y de crueldad a que llegaron sus dueños, y la profundidad del abismo en que sumergieron a los vencidos.

Estos, desde la bajeza de su esclavitud, contemplaban con dolor inconsolable cómo rodaban al polvo y se convertían en mercancía y en riquezas para sus tiranos, las estatuas veneradas de sus ídolos, cómo se profanaban sus tumbas, se despojaban sus templos, se derribaban sus fortalezas, y cómo iban sus hijos y sus mujeres, como manadas de bestias, a ser azotados en el trabajo, cuando durante la dominación de sus Incas, llegaron a adorarlos y a venerarlos como dioses, porque los hicieron felices, porque eran dueños de la tierra que cultivaban para sostener el hogar, porque el trabajo se veía reproducido y ostentado a la faz de la nación, en la pompa de sus cortes, en el lujo de sus templos, en la extensión de sus caminos, en los benditos frutos de una paz duradera.

Ellos no comprendían cómo unos amos que venían hablando en nombre de una religión de amor y de fraternidad, los trataban de una manera tan dura e inhumana; y ya que no podían sacudir el yugo que los oprimía, se contentaban con gemir en silencio y llorar su desventura, a semejanza de los profetas desterrados y cautivos en el extranjero; y cuando los pueblos gimen en silencio, es de temer el día en que las lágrimas se convierten en armas de combate, los sollozos en gritos de furor, y las tiernas endechas de la soledad en himnos heroicos de victoria, y nada resiste a la ola embravecida del patriotismo naciente.

Si la cultura española logró transformar las costumbres de las naciones indígenas con tres siglos de dominación, y si ella se impuso por medios que hoy la sana razón y la política no aprueban, en cuanto se refiere a su sistema colonial, no hay duda alguna que la institución municipal implantada en nuestro suelo como un hábito de ese pueblo, fué en gran parte el origen de la libertad que más tarde renacería para hacer de las colonias entidades autonómicas; porque esas familias agrupadas en un solo y reducido espacio, y obligadas por la necesidad a levantar sus hogares lejos de la tierra nativa, tuvieron que acostumbrarse a la idea de no volver jamás a la madre patria, y de morir en la nueva tierra donde las vicisitudes de la vida las habían arrojado.

Cuando el hombre ya cava los cimientos de su morada para esperar en ella el fin de sus días, llega hasta olvidar la tierra donde vió la luz, y comienza a amar la nueva con el mismo amor que consagró a su primera patria; sus hijos nacen y se alimentan de la savia de la naturaleza, aprenden sus primeras nociones de la vida en presencia de los objetos, de los fenómenos, de los espectáculos que ella les ofrece, y en ella nacen los sentimientos que forman su alma, las ideas que nutren su inteligencia; y aunque reciban en la cuna la tradición paterna que tiende a transportar su pensamiento a la patria originaria, esa tradición ha nacido impregnada del aliento y de las influencias locales.

Los hijos de los primeros pobladores de la tierra extraña son la transición, son el paso intermedio que conduce a la formación de la nueva nacionalidad, y llevan en su genio un grado superior de perfeccionamiento y de virilidad, hasta que por la sucesión de las generaciones el elemento generador pierde su influencia activa, para conservarse sólo en los atributos de la raza, para perpetuarse en un recuerdo genealógico, con toda la veneración que nos despierta la memoria de nuestros padres. Pero nunca ese recuerdo puede ser una fuerza contraria que resista a los naturales impulsos de la nueva raza que nace depurada por la fusión, y con fuerzas nuevas para cumplir sus destinos sociales; antes bien, la memoria de los grandes héroes, sus abuelos, estimula y ajiganta su valor, porque todos los pueblos aman, y necesitan una tradición heroica para ligar con ella sus hechos contemporáneos.

Pero más que todo esto, cuando han llegado a comprender que hay en sí mismo, la fuerza suficiente para vivir con independencia y gobernarse por su propia voluntad, una ley ineludible, incontrastable, fatal, precipita los acontecimientos y aproxima el desenlace de esta tragedia eternamente repetida, por la que la vida y la organización de las naciones sigue las mismas leyes de la generación humana. Cuando el momento de nacer se acerca, parece que se levantan del fondo oscuro de la edad primitiva, iluminadas por resplandores celestes, las sombras de los primeros héroes, de los primeros dioses; que aparecen a la memoria encendiendo el corazón, todas las tradiciones en que el genio nativo realizó proezas sobrehumanas, y que se quisiera beber en la fuente virgen de donde brotaron sus progenitores, la fortaleza que precisan para luchar por la libertad; ella se les presenta entonces como una restauración lejana, o como una resurrección operada a través de los siglos por el poder maravilloso de sus genios tutelares.

La tradición y la poesía que durante las épocas de esclavitud se vuelven fúnebres, quejumbrosas, y en las que domina el genio de los vencedores, recobran entonces los acen-

tos vigorosos con que resonaron en los primeros tiempos, cuando la tierra era libre, cuando sus moradores respiraban con orgullo desde las cimas enhiestas, las brisas perfumadas que los valles y los ríos envían como una ofrenda sagrada a la montaña. La imaginación nublada por la servidumbre, se ilumina de súbito con resplandores desconocidos, y vuelve a poblar la tierra nativa de creaciones fantásticas, no ya informes y nebulosas como las de la infancia, sino modeladas, cinceladas, coloreadas por el arte, y provistas de un fondo trascendental que contiene los ideales filosóficos, políticos, religiosos y artísticos del pueblo que los concibe. La inteligencia que antes sólo se agitara para forjar un pensamiento destinado a morir en germen bajo el peso de la presión moral, siente como alas que se ciernen en su interior, y como una ebullición tumultuosa, semejante a los enjambres que zumban y aletean dentro del nido, esperando el día para lanzarse por vez primera sobre los llanos y las selvas.

El despertar de la naturaleza bajo los climas tropicales, es por sí solo un poema eterno y universal que no puede cantarse jamás en una época ni por un solo poeta; el despertar de un pueblo que ha vivido esclavizado durante siglos, es también una mañana que resplandece sobre el espíritu humano con luces irisadas, que hace brotar de él las creaciones grandiosas del arte, de la ciencia y la filosofía, y engendra los héroes que deslumbran con sus proezas y alimentan la musa de muchas generaciones.

Si las auroras de la naturaleza son las epopeyas donde las fuerzas materiales y las leyes físicas obran prodigios de hermosura, las auroras de la libertad humana son las epopeyas donde las fuerzas morales y las leyes del espíritu realizan esas asombrosas transformaciones que se convierten en Evangelios, y que marcan nuevos rumbos a las corrientes de la historia; las unas renuevan la savia de las plantas, el rocío de las hojas, los matices de las llanuras, enseñan nuevos cantos a las aves; las otras renuevan la savia de la humanidad, el alimento de los espíritus, la fisonomía de las razas, y hacen

resonar armonías nunca oídas en las liras de los poetas. Si antes turbaron el silencio los golpes lentos y sordos con que el esclavo elabora el hierro, cuadra el granito, derriba el árbol para levantar el palacio de su señor, después, cuando ha quebrantado su yugo, repercuten el sonido musical que hace el cincel sobre el mármol donde esculpe la idea, las explosiones de la montaña que se rasga para dar paso a los héroes del trabajo, y el estrépito gigantesco con que caen los árboles seculares, bajo el empuje entusiasta de mil labradores que derriban el bosque añejo para levantar la ciudad populosa.

¡Con qué sublime entonación resuenan en el espacio, entonces, los cantos con que el trabajador satisfecho acompaña los afanes de la faena! Cuánto colorido y animación en la multitud que se agrupa alrededor de la tienda portatil, plantada a la orilla de los ríos, en el fondo de las selvas, en las faldas de las montañas! Cómo surgen las ciudades semejantes a esos palacios de hadas que nos deslumbran en la infancia, al esfuerzo reunido de los hijos de una misma tierra, de los hermanos en un mismo amor y en un mismo culto! Y cómo regenera el reposo del mediodía bajo la sombra del árbol que evoca los sueños del porvenir, mientras el obrero cuenta sus ramas y calcula con precisión matemática el fruto de su trabajo!

## II

La Revolución de Mayo es hija de la tradición en sus épocas principales; como todos los grandes sacudimientos de las sociedades, ella ha venido preparándose en los espíritus, en el corazón y en el temple de los habitantes de la colonia; y los asomos de la libertad en distintas circunstancias de la historia, se parecían a esos vagos y súbitos resplandores que apenas alumbran el horizonte de las llanuras, y que son el anuncio de la tempestad lejana. Y lo más notable de esos hechos, aparentemente insignificantes, es que se presentaban como una protesta, o como una tentativa de restablecer el

antiguo imperio de los Incas, o las antiguas dinastías destruidas por la guerra y la colonización.

Es la ley permanente que sirve de vínculo a los varios períodos tradicionales: los pueblos sometidos por la conquista invocan siempre para fundar su causa, los orígenes de su raza, la memoria de sus progenitores, la tradición. Por otra parte, la mano del gobierno va pesando cada día con mayor opresión a medida que el sentimiento revolucionario se acrecienta en los súbditos; y si antes fué generoso y paternal, porque trataba con niños inconscientes de su derecho, la necesidad de conservar la autoridad adquirida le vuelve duro y rígido, y su poder convertido luego en tiranía, se extiende a todos los resortes, a todas las manifestaciones de la vida; la serenidad, la tranquilidad y la libertad de las costumbres sencillas que heredaron de sus padres, van desapareciendo para formar la unidad del sentimiento de la protesta, muda y resignada en sus comienzos, pero que adquiere voz y movimiento a medida que las ligaduras van ciñendo los cuerpos, los corazones y las inteligencias.

El pastor, que como dice Bion en la muerte de Teócrito, "cantando apacentaba su rebaño", y se internaba solitario entre las gargantas de las montañas o en las profundidades de la selva, entablando diálogos tiernísimos con la naturaleza en su lenguaje de emociones, rompe la flauta rústica contra las peñas del torrente, y sus gemidos y sus enrechas amorosas no resuenan ni se repiten por los ecos de los valles, ni mantienen el rebaño unido y silencioso; una tormenta de sentimientos sombríos, un enjambre de presentimientos dolorosos e indefinibles, voces secretas de un cataclismo distante, siente en las intimidades de su espíritu; cree ver en todas partes oculto, en actitud de acecho, al agente de su tirano, pronto a ahogar en sus labios la estrofa, la nota, la admiración instintiva hacia la naturaleza, que brotan espontáneas y contentas de la libertad, de la paz de la vida, del dominio que aún cree suyo sobre aquellas rocas y aquellos desiertos donde nació, donde creció como las flores del campo, y donde tantas veces

interrogó en palabras no articuladas al cóndor o a las aves viajeras de otros climas.

El labrador indiano asilado con su familia en la cabaña humilde, donde trabaja y recoge sus frutos, de los que una parte va a alimentar su hogar, siente desfallecer el brazo robusto, cuando la sombra fatídica del amo cruel se presenta en su umbral de piedra no cincelada, exigiéndole toda su cosecha, y dejando al hambre sentado en su lugar cuando ha dado la orden inhumana: las lágrimas riegan el suelo de su pobre vivienda, y la sonrisa paternal no bendice ya las almas infantiles que comienzan a abrirse, como las flores de los cardos silvestres, a las caricias de la luz, a las primeras revelaciones de la naturaleza que forman las ideas.

El caudillo amado de la tribu, dominado y esclavizado como ella, y que durante su cautiverio entretuvo sus veladas o sus faenas con los relatos de las antiguas hazañas, enmudece y sueña ya en vestir el traje, montar el caballo y empuñar la maza de los combates; y la sangre primitiva, haciendo un supremo esfuerzo en su organismo enervado, bulle, se agita y estalla en paroxismos de furor, en gritos de venganza, en exhortaciones belicosas, y las imágenes de las pasadas y casi olvidadas victorias, vuelven a levantarse en su cerebro, como un llamamiento de sus antiguos jefes sepultados en las laderas escarpadas, o en la huaca profanada por la codicia del vencedor.

Todo cambia y parece vestirse de nuevo colorido; voces sobrehumanas que no escucharon por mucho tiempo, les hablan desde la sombra, o desde las oscuras cavernas de sus montañas queridas; y una agitación extraña conmueve a todos los descendientes de la raza aniquilada, como si una corriente eléctrica hubiera pasado sobre ellos saturando su ambiente, transformando los átomos respirables y modificando sus órganos sensitivos. Los hechos más íntimos de la vida revisten un carácter trascendental por el móvil del agente, y en todas partes se ve la intención perversa del tirano; un rumor sordo y profundo, semejante a esos temblores que sacu-

den el continente cuando los volcanes de los Andes se agitan en sus prisiones eternas, se escucha y se siente con secreta e incomprensible emoción; y comienzan a diseñarse en la historia esas tentativas de libertad llamadas rebeliones, y castigadas con saña por los gobernantes, pero que sus autores las llaman revoluciones, esperando sobre su causa el fallo justiciero de la posteridad.

Aunque los historiadores patrios no den a la rebelión de Tupac-Amarú una gran trascendencia para el porvenir de la América española, sea porque se hayan acostumbrado a juzgarla con el criterio de los cronistas coloniales, sea porque desdeñen entrar en las minuciosidades de la tradición y de las inducciones sociológicas, para mí reviste el carácter de una revolución de raza; no como un renacimiento de la raza primitiva pura, ni en nombre de las antiguas tradiciones incanas únicamente, sino como un efecto de la asimilación entre las dos razas que se fusionaron en nuestro país, y que necesariamente tuvieron que formar una sociabilidad aparte en la que dominaba la cultura latina en las costumbres, pero en la sangre las influencias naturales de la tierra.

La causa que la produjo es la de todas las revoluciones de independencia, la que ha libertado las colonias inglesas del Norte y las colonias españolas del Sud: la presión, la tiranía, las injusticias y desigualdades usadas por los soberanos o sus agentes sobre sus súbditos, además de las profundas causas geográficas que obran en la segregación de los pueblos de una manera radical.

Los virreyes, gobernadores, corregidores, Alcaldes de la América latina, encargados de la dirección política, administrativa y comunal, amparados por la enorme distancia de la metrópoli, y aleccionados por la tradición de sus antecesores, nunca vieron a sus súbditos de América sino como una mina de riquezas, y su gobierno como un accidente o un instrumento eficiente para el logro de sus ambiciones. La rebelión del Alto Perú no es sino la explosión legítima y natural de un pueblo que se ve infamado y oprimido hasta los menores de-



talles de su vida; y encabezada por un descendiente de los Incas, y llevada a cabo por los naturales, tiene, pues, una grande trascendencia histórica, al mismo tiempo que revela la indisolubilidad del vínculo tradicional que va perpetuándose a través de las más radicales evoluciones de las razas; y si se quisiera una prueba de que era una verdadera revolución del espíritu y del carácter nativos, ella está de manifiesto en la repercusión inmediata que encontró en las regiones del Bajo Perú, sublevadas por otro cacique que llevaba un nombre ilustre en la tradición de su pueblo, — Tupac Inga Yupanqui, — porque una idea revolucionaria no logra dilatarse ni cautivar los espíritus, cuando ella no brota de la naturaleza de las cosas, y cuando no es la expresión de una comunidad de intereses, de desgracias, o de ambiciones.

Así, la Revolución sudamericana fué preconcebida en el seno de la raza nativa, vencida y destruída, tiranizada y vilipendiada, ahogada en sus expansiones geniales y en sus impulsos sociológicos; y jamás una revolución humana fué más lógica en sus antecedentes, porque ella apareció a la superficie marcada desde el primer momento con el sello de la unidad y de la universalidad, en el pensamiento de todas las poblaciones que habían sido sometidas y educadas por España; y aunque entre los límites que abarcó su acción se comprendiesen naciones de razas originarias diferentes, como los guaraníes, los araucanos y los quichuas, dos siglos de obediencia y de desgracias comunes, y de recibir la misma educación política, social y religiosa, habían hermanado sus caracteres y predispuesto sus tendencias hacia un mismo destino. La misma opresión pesaba sobre ellos desde Méjico hasta el Río de la Plata, y el grito de dolor del hijo de América lanzado en Arauco, repetido por los ecos de las cordilleras andinas, iba a morir en las costas de la alta California, después de remover las cenizas de tantos guerreros, de tantos reyes, de tantos ídolos y templos, enterrados a lo largo de esas montañas tradicionales que abrieron sus rocas para darles eterna sepultura.

Así, el alzamiento de Tupac-Amarú secundado por Inga-Yupanqui, acaecido en los momentos en que el mundo moderno se agitaba en medio de una tormenta revolucionaria que debía transformar su naturaleza, sus sentimientos y sus destinos, y cuando sus ráfagas calientes llegaban desde la Europa sin apagarse en el océano, importaba una revelación y un anuncio de que la tormenta que se preparaba en el viejo continente, traería sus rayos y sus arietes invencibles a los pueblos lejanos que habitaban el nuevo, y que eran sus hermanos en la desgracia y en la opresión; y así como los reyes europeos se apresuraron a conjurarla, ya sea con ejecuciones sangrientas, ya por medio de concesiones calculadas, los reyes de América se ensañaron en el castigo de los rebeldes, y también, bajo Carlos III, se hizo la prueba de concesiones liberales, que en el estado de los ánimos, no podían ya detener el estallido de las pasiones comprimidas.

El castigo de los caudillos americanos fué un escarmiento bárbaro, pero que por su misma monstruosidad, precipitaba la catástrofe. Tupac-Amarú, "este infeliz caudillo fué arrastrado hasta el patíbulo, donde mataron a vista suya a su mujer, a sus hijos y a sus parientes más cercanos; luego le arrancó la lengua el verdugo, y en seguida fué descuartizado vivo al violento impulso de cuatro caballos que, asidos de sus brazos y piernas, lo arrastraron en dirección contraria hasta dividirlo en cuatro partes" (1); y respecto de Tupac Inga Yupanqui, la sentencia ordenaba que "se saque de la prisión atado de pies y manos en un serón, y que arrastrado por las calles públicas y acostumbradas (!), se lleve hasta la plaza mayor donde estará puesta una horca, de la cual será colgado por el pescuezo hasta que naturalmente muera, siendo descuartizado y puestos sus cuartos en los caminos, y su cabeza en una jaula de hierro *para perpetuo ejemplo*, en la puerta de las Maravillas; quemándose lo restante del cuerpo en una

---

(1) M. A. PELLIZA, *Historia Argentina*, tomo I, pág. 103. — DEAN FUNES, *Ensayo Histórico*, Libro VI, cap. III.

hoguera por el verdugo, *después de sacarle el corazón y las entrañas para darles eclesiástica sepultura* (2)".

Una nube de sangre debió cubrir las moradas de los hijos de América ante tamaña barbarie, que por ser ejecutada por cristianos, deja en la sombra las crueldades que siglos antes reprochaban a los indios para autorizar sus matanzas; un rugido semejante al del rey del infierno que estremece la tierra y ensordece el espacio, debió brotar de aquellos corazones enfurecidos, en donde ardía aún la savia nativa que en los tiempos de la defensa hizo brillar tantos mártires e inmortalizó tantos héroes.

Pero el castigo es estéril cuando la llama de la libertad enciende a los pueblos; antes bien, parece atizarla con mayor brío, y acelerar el momento supremo de la explosión que regenera destruyendo, que funda la justicia matando los tiranos, que forma los héroes convirtiendo a los hombres en fieras, y que como la lava derramada sobre los mares, produce esas tormentas espantosas en que luchan el fuego y el agua por devorarse mutuamente. Cuando tales crímenes se cometen, aún con el pueblo más bárbaro y salvaje de la tierra, siquiera sea en nombre de las leyes humanas y divinas, desaparecen el derecho, la justicia, la moral, la religión, y sólo habla el corazón humano con el lenguaje de la venganza, que llega a ser en su exaltación, la suprema justicia y la suprema moral; porque rotos los vínculos sociales, no hay juez que las aplique en nombre de la humanidad, ni sacerdote que las invoque en nombre de Dios: el hombre está en frente del hombre, la humanidad en pugna consigo misma, y hasta las divinidades llegan a olvidarse, porque en esos actos que degradan su especie, su influencia, su poder, su sabiduría, no han existido, y el hombre entonces las repudia, porque él tiene más fuerzas que sus entidades incorpóreas.

Así se explica que los pueblos dominados por una religión extraña a la de sus progenitores, y que les fué impuesta

---

(2) PELLIZA, *Historia Argentina*, tomo I. pág. 104.

por la ayuda de la espada, lleguen a arrojarla de sus corazones con desprecio para volver a invocar la que les arrulló al nacer, y les dió las primeras comunicaciones con la divinidad, si no se entregan en brazos de otras más protectoras y humanas, que no exaltan tanto su poder maravilloso como para destruir las facultades propias del ser racional.

No menos trascendental se presenta en el escenario de la colonia la revolución comunal del Paraguay, llevada a cabo en nombre de derechos heredados, y trasportados a su nueva patria por los pobladores de América, como un verdadero patrimonio; porque las autoridades coloniales, olvidando las más primitivas nociones del derecho humano, que nacen con el hombre, llegaron hasta transmitir el gobierno por contratos, cuando en las sociedades medianamente elevadas en cultura, el gobierno es atribuído por la voluntad de los hombres reunidos, ya sea de una manera directa, ya delegando en más o menos sus facultades individuales. Pero sólo la barbarie en el grado de la inconsciencia, y la corrupción en el grado de la disolución, pueden llegar a hacer del gobierno una materia de contrato lucrativo.

Aunque parece que nuestros historiadores no atribuyen a la revolución comunal del Paraguay mayor trascendencia que dentro de los límites de su acción concreta, creo que su influencia en los sucesos que comienzan en 1810 es indudable porque pone de manifiesto a la faz del continente, que ya se sentía influído por las corrientes civilizadoras de Europa, la monstruosidad de un sistema de gobierno y de colonización que se creía desaparecido ya para siempre en las edades antiguas, y que parecía refugiado en las selvas paraguayas como una última sombra que hubiese quedado oculta desprendida del caos, en las sinuosidades del abismo.

En ningún caso la tradición se manifestó de una manera más profunda en el espíritu de un pueblo, ni se presentó como ayuda de una causa más justa; y aunque en él no actuara el genio de los descendientes de las razas nativas, sino la costumbre de la libertad comunal trasportada de la madre

patria a sus nuevas posesiones, la resistencia se levantaba contra el mismo poder que oprimía a la tierra, y la comunidad en el sufrimiento y en el derecho, hacía a los unos y a los otros soldados o partidarios de una misma idea.

En el Alto y Bajo Perú, en Chile, en el Río de la Plata, en el Paraguay, en todas las regiones del continente, el sentimiento de la libertad nacía por sí mismo al peso de la tiranía, al mismo tiempo que se delineaba ya el carácter de las nuevas naciones del porvenir, en sus costumbres, en sus tendencias, en sus anhelos y en sus actos de la vida privada; y las tradiciones que los literatos de este siglo han desenterrado de los archivos de la Colonia, o recogido de los ancianos que los conservaban en la memoria, forman ya un tesoro inapreciable de literatura tradicional, digno de ser más estimado de lo que está hoy día por nuestras jóvenes generaciones, más enamoradas de las literaturas extranjeras, que de los riquísimos asuntos que la América ofrece a la fantasía y a la inteligencia.

Reuniendo en orden sistemático todos esos ensayos, muchos de los cuales merecen el título de obras maestras en su género, tendríamos la historia tradicional, la que nos remontaría gradualmente a los orígenes de nuestra nacionalidad; y quizá podríamos llegar a deducir y deslindar lo que en la realización de la obra del presente corresponde a cada una de las razas que actúan en nuestro territorio desde la conquista; llegaríamos, quizá, a reanudar la sucesión natural de los acontecimientos íntimos, ya históricos ya legendarios, en los que la idea revolucionaria vino manifestándose, o en que los gérmenes de nuestra libertad se sembraron por primera vez, y que no se ocultan del todo, sino que se oscurecen ante la magnitud de los hechos que la grande historia abulta, y a cuyo rededor se agrupan esas pequeñas conmociones, esos actos de la vida íntima de reducido escenario, y que no por eso dejan de ser un reflejo de las grandes causas y de la idea dominante.

Desde principios del siglo XVIII, el siglo de las grandes revoluciones, la sociabilidad americana se hallaba enriquecida con elementos nuevos, fruto de la evolución simultánea de dos razas sobre un territorio virgen y bajo climas fecundos; los habitantes de las ciudades no son ya sólo los españoles conservadores de la costumbre patria, y de su idioma y de su religión, ni el morador de los campos es el mismo indio de la conquista, libre de influencias de ajena cultura, y que adopta los nuevos usos porque lo obligan a ello: en las ciudades aparecen ya costumbres de carácter mixto, y algunas enteramente distintas de la originaria; y el idioma mismo comienza a recibir en el uso de la gente culta nuevos vocablos y nuevas locuciones, nacidas en el país por efecto del genio propio de la cultura nativa.

Entonces aparece ese tipo original del gaucho, dominador del desierto, de la selva y de la montaña, que no es el paisano español, ni el colono indiano, sino una manifestación viva y brillante del carácter de ambas razas, pero dominando en él la riquísima fantasía que bulle en nuestro clima, el sentimiento que brota de nuestra naturaleza, la inteligencia que nace de todas las causas lógicas reunidas: es el hijo legítimo de la tierra, y ha heredado de ella todos sus grandes rasgos, todas sus profundas influencias; y su figura moral está fundida en el molde inmenso de nuestros desiertos, o esculpida con el mismo cincel que ha perfilado las montañas colosales o los informes monumentos que aún se levantan sobre sus pedestales graníticos, para atestiguar que la llama del arte encendió el cerebro de los primitivos pobladores de América.

Y bien se comprende que si tales transformaciones sufría la nación dominadora, y si su sangre, por decirlo así, no imperaba ya en los organismos de sus súbditos, el vínculo nacional estaba disuelto, y la primera fuerza impulsiva los arrojaría lejos de ella, como el árbol arrancado de raíz es arrastrado por el pampero que azota las selvas y barre las llanuras.

Además, las civilizaciones extrañas a la Península, que enviaban con harta frecuencia sus hábitos de vida sobre la anémica población de sus colonias, y que el espíritu ávido de la juventud devoraba con efusión, y la libertad científica y religiosa que resplandeció sobre ella bajo el gobierno de Carlos III, fueron causas de la súbita elevación de la cultura colonial, al extremo de que el viejo molde político en que la metrópoli la encerraba, no podía contener su expansión moral. El molde tuvo que ir agrietándose hasta dividirse en fragmentos informes, dando repentino escape a la materia contenida.

Los últimos acontecimientos en que los habitantes de la colonia actúan como súbditos de España, son las invasiones inglesas, y es general la opinión de que ellas dieron a los naturales la ocasión de medir sus fuerzas colectivas para el azar de una guerra. Podemos al mismo tiempo considerarlas como la última etapa de los tiempos medios de nuestra evolución, y en los que comienza a diseñarse la grande y luminosa época de nuestra epopeya nacional. Ellas son para nuestra tradición de pueblo independiente lo que el crepúsculo al día que se acerca: los nidos comienzan a removerse en los follajes porque las aves se preparan a entonar el himno de la aurora; las plantas despiertan de su sueño para abrir sus cálices al beso de la luz; el humo de las cabañas se levanta en columnas a través de los techos de paja, porque la familia del labrador se dispone a emprender de nuevo la faena del día; el potro de la pampa sacude su crin salvaje, y con la nariz abierta absorbe con delicia la brisa matinal, mientras con la cabeza erguida, divisa y escucha los ruidos del día que asoma en los horizontes lejanos.

Allí se destacan ya con perfiles definidos los caracteres que más tarde serían los baluartes de la lucha emancipadora, irradian los sentimientos magnánimos, las ideas generosas que mantendrían el entusiasmo y el fervor de la causa; y el heroísmo de aquellos colonos casi ignorados de la Europa, asombra y sorprende como una revelación, a las viejas nacio-

nes que se creían únicas dueñas de tradiciones inmortales y de epopeyas grandiosas. La leyenda y la poesía enriquecen sus anales con episodios arrobadores, donde resplandece el genio de una nación nueva que entra, "coronada su sien de laureles", a la escena humana, como los atletas griegos que por vez primera entran a la arena olímpica a disputar el lauro inmortal, o la gloria de ser cantados por el poeta de las grandes fiestas.

Ultimo tributo de su obediencia, de su sangre y de su heroísmo de raza, la joven América salva el honor de España, su ilustre y desgraciada madre, fatigada de los combates seculares, del peso de sus laureles y del oprobio de sus tiranos, que no sólo enervan sus fuerzas físicas, sino que ahogan en el seno de una religión implacable los desbordantes manantiales de su genio luminoso, que ha dominado tanto tiempo la cultura y ha seducido por tanto tiempo la imaginación del mundo.

Aquel valor indomitable, aquella imaginación radiante, aquel porte legendario, aquella abnegación suprema que tantas hazañas inimitables realizaron en las épocas de luz de su historia, y que ha engendrado su tradición y su teatro deslumbrantes, ella trasmitió a sus hijos a través de los mares, a pesar de sus errores, de sus fanatismos, de sus opresiones; y sus libertades comunales implantadas en nuestras ciudades por sus ilustres fundadores, objeto más sagrado de su tradición gloriosa, fué quizá la semilla más fecunda que su mano derramó en la tierra virgen de América; ellas germinaron aún bajo la presión inmensa de sus gobiernos, porque estaban en el fondo de la raza; heredadas por sus descendientes, debían ser la base del derecho con que el municipio de Buenos Aires levantara la voz, antes que ningún otro pueblo del continente, pidiendo la emancipación definitiva en nombre de principios eternos que eran el evangelio del siglo, y dieron origen a la América republicana y democrática, donde parece haber arraigado para siempre la libertad.

No, no podemos los argentinos, que tenemos la gloria de



ser los iniciadores de la independencia del continente, olvidar esta tradición sagrada. Al conservarla como un culto nacional, bendeciremos a la heroica España, que nos la legó en su forma más pura, y que nosotros no hemos sabido mantener, cegados por la pasión revolucionaria. ¡Cuántas tragedias sangrientas, cuántas vicisitudes y vacilaciones dolorosas habríamos evitado a nuestra patria, si hubiéramos dejado en pie aquellos cabildos que enjuiciaban los gobernadores, y que con el precioso tesoro de sus libertades y de sus fueros, parecían repúblicas perfectas, aún dentro de una monarquía de hierro! Ellos fueron sin duda, durante los tristes días de la colonia, el refugio de los espíritus cansados del escándalo de sus gobernadores, de las desigualdades políticas entre los ciudadanos, hijos de una misma patria, y del constante gemido de esos hijos de América, antiguos soberanos sobre su tierra, que sólo pedían en premio de sus trabajos monstruosos, un átomo de justicia y de caridad!

### III

Las ideas de la avanzada cultura colonial, encerradas en las estrechas formas de su gobierno, se lanzan al terreno de la acción, cuando la efervescencia llega a su grado máximo, como las nubes amontonadas en la cumbre se desatan en torrentes de lluvia, que barriendo con estrépito las laderas, descienden a fecundar las llanuras. Los elementos psicológicos de la nueva sociabilidad, reunidos por dos siglos de lucha y de vida común, en los que trabajan por el predominio exclusivo, una vez que alcanzaron a formar un carácter uniforme, dieron lugar a la formación de naciones nuevas que existieron en germen desde la conquista, con sus límites más o menos marcados, y que son las fronteras morales de sus futuras distinciones características. Hijas de una misma tradición, poseedoras de las mismas facultades sociológicas, y sujetas a las mismas influencias extrañas, su nacimiento se verifica por las mismas causas, por los mismos medios y en la misma época;

y en todas ellas se nota la huella lejana pero profunda de su origen primitivo, en la fortaleza de su constitución orgánica, que no lograron borrar las más radicales transformaciones que la civilización europea realizó en sus hábitos originarios.

El año 1810 es el punto que separa la evolución mútua de las dos razas, y el punto de partida de la nueva vida, de la evolución aislada, de la tradición estrictamente nacional, que ya deja de nutrirse de elementos extraños, y entra a crear sus relatos con los personajes, con las ideas, los sentimientos, las supersticiones y las fantasías de las gentes que encierra su territorio, no obstante haberse formado del carácter de la tradición latina, en mútua coexistencia con el de la natural. Los elementos históricos, legendarios, físicos y psicológicos de ella, son rayos de luz o de calor desprendidos del foco primitivo, o del contacto de las dos corrientes que atraviesan el continente americano; y así, los argentinos de la Revolución, sin tener los rasgos puros de las razas antecolombinas, ni las degeneraciones de la raza conquistadora, se presentan en la arena del combate más fuertes y vigorosos, más sanos y entusiastas que sus progenitores; ponen al servicio de su causa por la libertad todo el ardor de su naturaleza, todo el brío de su entusiasmo, toda la grandeza de su alma y toda la fantasía de su imaginación, heredados de su suelo nativo, tan rico en influencias y en impulsos heroicos.

Escritores distinguidos encuentran también un origen de nuestro carácter en aquellos hombres de hierro que se aventuraron en las soledades de la América desconocida, sin que les arredraran los peligros que la naturaleza levantaba a cada paso ante ellos, y que por sí solos bastarían para aniquilar la voluntad humana; en esos hombres extraordinarios, cuya fortaleza y hazañas, cuya tenacidad y resistencia a las miserias, no serán exaltadas jamás a la altura de las emociones que despiertan. "Conservábamos, dice un autor argentino, la viveza meridional de la imaginación, transmitida en ese estado de emoción y estímulo en que ellos la tuvieron constan-

temente. Esa imaginación que constituye un rasgo de raza y que desempeña un papel tan importante en el sueño, en la locura y en las alucinaciones, origen probable, en mi concepto, de muchos de los hechos sobrenaturales que refiere la historia de la conquista y colonización de América. Las curaciones rápidas verificadas por el agua de Santo Tomé, la aparición del mismo santo en el camino de arena de la Bahía de Todos los Santos, y muchos de los episodios que la credulidad primitiva de los cronistas nos ha transmitido, no tienen evidentemente otro origen." (3)

Sin duda, la herencia fantasista que nos legaron nuestros antepasados y que era un patrimonio de su nación, unida a la naturaleza exuberante de nuestro suelo, ha dado a nuestro genio ese carácter animoso y ese temple indomable que brillaron en los sucesos de la Revolución; y ellos serán también los elementos de la leyenda que debe formarse en el futuro, cuando la historia haya llenado todos sus vacíos, llegando a ser del todo conocida, y las generaciones venideras, satisfecha su avidez histórica, busquen en la fantasía calmar la sed de impresiones y el anhelo poético de su ser. Entonces la imaginación arrebatada recorrerá el pasado más remoto tras las huellas de los héroes que fundaron la nacionalidad, y hará que sus figuras se coronen con la luz de la leyenda, con el fulgor de lo sobrehumano, con las guirnaldas aéreas de la poesía; porque ellos se levantan cuando la verdad ha sido descubierta y ha saturado la inteligencia, y el corazón y la fantasía piden a la historia emociones más vivas y creaciones más vastas que la imagen real; entonces nace la poesía épica que viene a llenar los mundos ideales del cerebro, y a completar en el sentimiento la unidad nacional que la historia ha formado en las inteligencias y en las instituciones.

La poesía, aunque no lo crean los críticos de las escuelas, es una fuerza poderosa de unión en toda nación civilizada; y aún más, ella sola ha sido en muchas razas indígenas el

---

(3) RAMOS MEJÍA, *Neurosis célebres*, Parte I, pág. 62.

vínculo de cohesión de las tribus, de las familias y de los hombres que las formaron y les dieron un destino común; ella será en el porvenir la luz que encienda e ilumine nuestros horizontes, que guíe nuestras sociedades, nuestras masas, nuestros ejércitos a las grandes evoluciones, transformaciones y combates gloriosos, que aún se ciernen como una nube invisible en el futuro, y que han de elevarnos a la suprema dominación moral del continente.

Todos los pueblos de la tierra sienten la necesidad de sublimizar una época de la historia, y ésta es aquella en que fundaron su nacionalidad, en que sus altas virtudes resplandecieron, y en que sus dioses, sus manes sagrados, sus ilustres antecesores se reunieron o resucitaron de sus sepulcros para darles la bendición de la inmortalidad. En todas las tradiciones se destaca la edad heroica, la edad de los portentos que brillan con la luz de lo maravilloso, y en que la poesía, naciendo espontánea del alma de la raza o de la sociedad, adorna sus proezas con el encanto del arte. Ese período es la fuente de las glorias futuras, de la enseñanza de la virtud cívica, la escuela del patriotismo, cuyas lecciones recibe el niño en las primeras veladas del hogar, y retemplan y hacen brotar en su cerebro las grandes ideas que más tarde se convierten en principios, en códigos y en abnegaciones por la libertad.

La tradición heroica es, pues, la primera necesidad del espíritu, y es un culto tan sagrado como el de la religión. Cuando las naciones la olvidan, legando en la indiferencia sus relatos y sus personajes memorables, es que en su alma han penetrado los vicios que aceleran su descomposición y su muerte; y cuando ha existido alguno que no tuvo esos héroes mitológicos, esas batallas en que las sombras del pasado combatieron con sus hijos, o que su nacionalidad y su independencia nacieron sin revolución y sin violencia, tal es la fuerza de la necesidad de idealizar una época, que se ve inclinado naturalmente a crear una legión de mártires autores de su libertad, y de seres fabulosos que los auxilian con su poder sobrehumano en sus grandes luchas.

El instinto del ideal es irresistible en toda agrupación que se civiliza y cultiva el entendimiento; sus formas se vuelven más puras, sus conceptos del arte más luminosos, y sus poemas se levantan sobre las bases etéreas de la fantasía nacional, pero sin ser por eso menos sublimes ni menos fundidos en el temple colectivo.

Ejemplo de esta verdad es esa nación que se eleva como una fortaleza de la Europa en medio de los Alpes, bordada de lagos sonrientes, de paisajes arrobadores, de cumbres pintorescas, de ciudades que se asientan en las márgenes de esos lagos como aves que van a refrescar sus alas fatigadas de remontar el espacio; que parece destinada por la naturaleza a ser el refugio de todos los perseguidos de la injusticia europea, según Lamartine; el sitio donde se guarda, para veneración del mundo, la belleza creada, fuente de las grandes inspiraciones artísticas que siempre nacen de la admiración de la naturaleza: la Suiza es la cuna de la tradición heroica, la patria del ideal, que forja un héroe y le da en sus facultades la existencia real, haciendo como las religiones, que logran imponer a sus creyentes la convicción del ser material sobre sus creaciones teológicas y sus deducciones metafísicas.

Los dioses son hijos de la necesidad de dar forma visible a los anhelos divinos del espíritu, como los héroes legendarios son hijos de la necesidad de personificar en seres humanos las grandes virtudes, que siendo un atributo de la comunidad, no se destacaron o reunieron en uno más que en otro. La Suiza ha inmortalizado su leyenda libertadora, haciendo de Guillermo Tell el foco de donde irradia el heroísmo nacional; y aunque la historia haya develado el secreto de su existencia fantástica, dejándolo ante el mundo como una de esas llamas que se encienden de súbito en la atmósfera abrasada de los trópicos, pero dentro de la cual no existe cuerpo, ella ha estereotipado en su alma, en su cerebro, la figura inmortal del héroe, y él existirá aún muchos siglos en su memoria.

La Suiza ha fundado su tradición patriótica sobre un mito, sobre un sueño; pero mil veces feliz el pueblo que logra realizar la unidad admirable de su constitución social, la fórmula más perfecta de la constitución política, siquiera sea sobre un mito y sobre un sueño! Y ¿qué importa que la fantasía sea la fuente de su gran epopeya, si sobre ella levanta el coloso de sus instituciones que sirven de modelo al mundo? Y al contrario, desgraciada aquella nación que despreciando los ideales, se lanza en las pendientes del materialismo indiferente; que comenzando por oscurecer su horizonte, concluye rodando en el polvo confuso y revuelto de las pasiones desenfrenadas, sin esa luz espiritual que ilumina los escombros, y que permite a los pueblos sumergidos en el abismo divisar, como el Dante, desde el fondo del Infierno, el mundo superior bordado de estrellas y bañado por la hermosura infinita!

Los héroes con sus proezas sorprendentes son en el cielo de la tradición nacional los astros que encienden el abismo; a ellos vuelven los pueblos cuando el rumor del cataclismo se acerca y estremece sus fibras enervadas por el largo predominio de la materia y del sensualismo, semejantes a esos pecadores que en las puertas del sepulcro se espantan ante la oscuridad del abismo que se extiende a sus ojos, y claman al Dios que antes vilipendiaron sin comprender, y cuyos altares mancharon con el lodo de sus vicios y profanaron con el eco de sus blasfemias.

La nación argentina, es cierto, aún no puede idealizar los personajes y los sucesos de su Revolución, porque en el corto tiempo que lleva de existencia normal, aún no está acabada la historia ni dibujados los caracteres de aquella lucha con tintes definidos e indelebles; pero si no está en el caso de crear una tradición, está en el de recoger la que se desenvuelve al mismo tiempo que los grandes acontecimientos de su vida política.

El cuadro histórico está trazado en la tela, pero falta el elemento poético, el colorido animado que nace de la fantasía

del artista, y sin los cuales la obra no despierta la emoción y el sentimiento; y la poesía y la tradición cuyos asuntos se encuentran a millares en aquella guerra, tanto en las alternativas del combate como en los caracteres y sentimientos que fueron su alma, son los auxiliares de la historia que van a llevarle las galas y las armonías que necesita para conmover y deleitar las generaciones del porvenir: éstas, como rebaños sedientos, irán a buscar en sus fuentes la savia patriótica, la pasión y el culto por sus antepasados, y a alimentar su espíritu con la memoria de las glorias patrias.

Sin embargo, al lado de esas figuras históricas de grandes dimensiones, que son el centro de una evolución, el alma de un suceso o de una etapa revolucionaria, se destacan esos caracteres secundarios en la acción y en el pensamiento generales, pero que tocando el corazón o la fantasía del que los contempla a la distancia, llegan a imponerse a la memoria y a provocar asombros que tienen el encanto de lo sublime; y que por la misma razón de ser elementos subordinados, muchos de sus impulsos heroicos, de sus inspiraciones grandiosas, de sus abnegaciones patrióticas, quedan sepultadas en el olvido; porque la historia sólo los toca en la superficie, sin penetrar muchas veces en las intimidades de su conciencia y de su pensamiento, hasta que la tradición que vive de los afectos y de las impresiones íntimas, y de ella saca la eterna frescura de sus relatos, devela los secretos donde sus actos se concibieron, y de donde sus primeros medios se pusieron en acción.

Así, la tradición se convierte en ayuda poderosa del historiador mismo, porque le presentan en hacinamiento animado y sistemático, si se quiere, los múltiples elementos del juicio sintético que ha de llevarle a la verdad. El artista entonces, cuando ha fundido la grande obra maestra, entrega los fragmentos del molde a otros artistas que van a forjar con ellos otras de dimensiones más pequeñas, pero adornadas ya con las galas de la inventiva que va a convertir el esbozo en un drama conmovedor, en una leyenda fantástica, o en un

poema lleno de armonía y de pasión. Como los raciocinios profundos del historiador no pueden ser comprendidos por la inteligencia del niño que se educa en la religión de las glorias nacionales, sino que absorbe con avidez todo cuanto habla o agita a su imaginación soñadora y vagabunda, he ahí que la enseñanza de la historia comienza naturalmente por mover el sentimiento con la emoción poética, y la fantasía infantil con la pintura viviente, deslumbradora de los sucesos y de los héroes. Así, al mismo tiempo que se nutre la memoria con los anales que más tarde llenará con su criterio filosófico, positivo, se prepara el corazón para el culto de la patria junto con los sueños de la edad; y estos sentimientos adquiridos en la efervescencia de los primeros años, resisten a los más rudos desengaños de la edad madura, y aseguran para el porvenir los ciudadanos fuertes de espíritu que no caen jamás vencidos por las desgracias, los caracteres inmortales que marcan como puntos de fuego la sucesión histórica, los apóstoles y los mártires que salvan las naciones de las grandes catástrofes, porque se educan en el sentimiento, en el amor y en el culto de la patria.

Desconfiemos siempre de ese patriotismo convencional que se adquiere con el cerebro y que no reside en el fondo del alma como un elemento de la vida, porque en los momentos de prueba, cuando se necesita la sangre expiatoria, suele enmudecer como las tumbas, y en él vienen a estrellarse con horror las olas rechazadas por los vientos de la adversidad. El patriotismo es una virtud, y como todas las virtudes, debe ser un sentimiento educado y dirigido por la inteligencia; y es de este equilibrio entre la facultad sensitiva y la intelectual que nacen las grandes obras que fundan las nacionalidades y forman la sucesión brillante de glorias que un pueblo venera y santifica.

La tradición se escribe con estos materiales preciosos, con esos sentimientos puros que son por sí mismos un poema; ellos le dan esa influencia secreta con que suaviza las pasiones, endulza las amarguras de la lucha diaria y llena de



encantos apacibles al hogar doméstico, donde al calor de la llama del invierno desfilan, como una legión de sueños felices, las sombras de los héroes nacionales, arrancando exclamaciones de asombro, sembrando las virtudes y las ideas que han de ser la salvación común.

Los precursores de nuestra Revolución, conservando en su memoria, como envueltos en la nebulosa de los siglos, la tradición gloriosa de sus desgraciados progenitores, invocaron sus nombres y sus cenizas, cuando adelantándose a la corriente natural de las ideas y de las pasiones, intentaron libertar sus hogares de la dominación que los oprimía; en su nombre, y enardecidos por su recuerdo sagrado, subieron al cadalso como los mártires del cristianismo, lanzando al horizonte lejano una mirada profunda que era la expresión de un presentimiento, la esperanza de esa libertad que no tardaría en asomar en su patria, la convicción profética de unos espíritus iluminados por la luz rojiza de las grandes catástrofes.

Hay un sublime misterio en esos sacrificios anticipados; y cuando se estudian las revoluciones de todos los tiempos, se llega a creer que una fatalidad invencible los arrastra, como si la idea revolucionaria necesitara de aquellos heraldos para prevenir a las naciones contra la explosión que se aproxima, como el sordo estrépito precursor de los terremotos advierte del peligro a los moradores de las montañas.

Aquellos mártires que hoy apenas recordamos, porque el pueblo no lee los gruesos volúmenes de la historia magistral, y para quienes la poesía nacional no ha forjado una estrofa, son los instrumentos fatales del espíritu tradicional no extinguido, y que arranca de los tiempos fabulosos en que los primeros reyes de la América nacieron de las entrañas de la nube o del abismo de los mares, que buscaban recobrar su imperio sumergido en el polvo de sus combates, cuando la hora suprema de la justicia resonara sobre sus lápidas de granito, llamándolos de nuevo a reinar en espíritu sobre sus hijos redimidos; por eso cuando la América se levanta sobre los rotos fragmentos de sus prisiones de hierro, enarbolando

los estandartes de sus victorias, y resucitando su antiguo imperio indígena,

*Se conmueven del Inca las tumbas;*

y por eso cuando Bolívar se apresta a la batalla de Junín, donde se reúnen los héroes de toda la América para sellar para siempre la obra de la redención común, la sombra de Manco Capac aparece sobre las cumbres como una evocación de luz, rodeada de la grandeza del pasado y del esplendor de la naturaleza, e inculca en el alma del héroe todo el prestigio de la epopeya, toda la fuerza del vigor primitivo, todo el poder maravilloso de las antiguas tradiciones sepultadas por el glorioso monarca en las entrañas de los Andes. Y estas dos invocaciones a los tiempos primitivos en que coinciden los dos grandes poetas de la Revolución, el que escribió el Himno Nacional Argentino y el que cantó a la victoria de Junín, son el eco del sentimiento nacional que en el momento de la lucha se inspiraba en la tradición indígena, como si quisiera beber en ella la savia redentora.

Pero no todo es luz en el inmenso cuadro de nuestra tradición heroica, ni todos los caracteres se presentan envueltos en sus haces radiantes; la sombra viene a dar vida a las imágenes y a realizar la ilusión estética: al lado de los templos austeros e inquebrantables, calculadores y fríos, cuyas facultades guardan el equilibrio normal, aparecen las deformidades y las degeneraciones de la raza, fruto de las influencias de la educación monástica, de la aberración fisiológica en la fusión de dos naturalezas distintas, conservando, no obstante, la población nativa en general, el carácter viril que le dió el predominio sobre sus contrarios, y la salud física y moral que fué el secreto de su fuerza; al lado de los episodios en que resplandecen la magnanimidad y el perdón de unos y otros combatientes, las acciones que levantan la admiración y la sorpresa, se deslizan las tragedias sombrías en que brilla con destellos siniestros la fatalidad revolucionaria, o en que desbordan los elementos enfermizos de algunos caracteres ta-

llados en la medida de Macbeth, o inundados por el reflejo sangriento de la época, que puede constituir también una enfermedad social.

La lucha pone de relieve todas las virtudes y todos los vicios, y muchas veces generaciones enfermizas han sentido rejuvenecerse con la agitación de los combates y la excitación de sus pasiones y de sus fantasías; y aunque hayan caído vencidas, conservaron en su organismo el germen de la redención que tarde o temprano aparece en su historia. Pero en medio de la lucha misma, y tratando de perpetuar por la tradición oral o escrita sus episodios, esas sombras, esas deformidades, esos vicios fisiológicos forman el elemento trágico del drama, el fondo oscuro del cuadro, que hace resaltar los toques de luz, las desgracias y las fatalidades que en toda obra narrativa mantienen la emoción en efervescencia, y conmueven las fibras del que lee o escucha: ese *mal principio* inherente a todas las acciones en que se debate la suerte de una sociedad o de un hombre; y la Revolución argentina, como drama histórico, como motivo artístico, como asunto tradicional, ofrece con variedad digna de estudios más profundos, los caracteres tenebrosos que dan el tono trágico al suceso, y hacen resplandecer, como en la tela de Rembrandt, los puntos luminosos y las organizaciones perfectas que conducen y salvan a través de la acción el desenlace victorioso.

La tradición de aquella etapa inmortal, vistiéndose algunas veces con el fulgor de las epopeyas mitológicas, gracias al temple ardoroso de nuestra raza, ha transmitido infinidad de detalles sobre el carácter de muchos héroes, que bastarían a dar vida a un drama de Shakespeare o de Calderón, por la intensidad de la pasión revolucionaria, por la profundidad con que arraigó en ellos el espíritu de la educación colonial, o por las aberraciones de su propio cerebro, que los llevaban a los extremos de la acción y del sentimiento; y así se destacan en el fondo confuso aún de esa epopeya, las grandes ambiciones que apenas puede ahogar el peligro común, pero que más tarde ensangrentarían el suelo que allí se libertaba;

los antagonismos hereditarios que se asilan en el fondo del carácter, y que diseñan ya en medio de la Revolución, las futuras divisiones intestinas; los rasgos candentes marcados en el rostro por la pasión concentrada, y encendidos por el fuego tropical de nuestro clima que, a la vez que produce esas explosiones de luz semejantes a las que alumbraron el caos de la leyenda mosaica, se levantan en espirales rojizas las llamas del incendio que devoran las selvas en las llanuras, abrasando el horizonte y agostando la tierra.

¡Qué asuntos tan sublimes, qué tintas tan profundas, qué caracteres tan vibrantes los que nuestra Revolución ofrece al historiador, al crítico y al poeta, y que burilados con el genio de Tácito o Macaulay, con el aticismo de Sainte-Beuve o Saint-Victor, y con la entonación de Schiller o de Hugo, harían nacer para nuestra literatura el verdadero siglo de oro, que hoy sólo vemos a lo lejos como un sueño de deleite! Y aún en el dominio de los afectos sencillos y tiernos, cuántas escenas han pasado eclipsadas por el brillo de las grandes acciones y por el fragor de los combates, y en los que el amor y la fe religiosa fueron el móvil oculto del sacrificio y la causa secreta del martirio que inmortalizó tantos héroes!

La historia de las más profundas y violentas revoluciones está adornada de esas escenas íntimas, que forman el reposo del espíritu en medio de la conmoción que producen en el mundo, y muchas de las evoluciones trascendentales que decidieron la muerte o la resurrección de un pueblo, tuvieron su origen en un impulso tierno, en una alucinación cerebral o en un detalle del carácter; y estas pequeñas causas que la historia no distingue, son los secretos que la tradición del hogar donde sintieron sus actores descubre y transmite, después que han cesado los tumultos y las agitaciones revolucionarias. No de otra manera, después que la tormenta que despedazó el bosque añejo se perdió en los horizontes lejanos, van descubriéndose los fragmentos del nido donde cantaron los músicos de la naturaleza, y van apareciendo los objetos queri-

dos que el labrador cuidaba y acariciaba en las horas del reposo.

Gloria es del genio moderno el haber introducido en la crítica histórica el análisis de esas pequeñas fuentes de la acción humana, donde por un admirable designio de la naturaleza, parecen encerrarse los gérmenes de los más grandes acontecimientos; pero es la tradición la que los salva del olvido y los encarna en la conciencia popular, hasta que el filósofo los encuentra, y llega por ellos, en un desarrollo lógico, hasta el resultado final; y de tal manera arraigan en el corazón de los pueblos, que muchas veces llegan éstos a desdeñar la narración y la verdad históricas, para apegarse al relato legendario y a la ilusión fantástica, que mayores y más fuertes emociones les producen.

La leyenda suiza que Schiller y Lamartine sublimizaron con el arte clásico y la pasión romántica, es una vez más el ejemplo de la unión en un mismo suceso de lo heroico y lo tierno, del elemento trágico y del elemento sentimental, y la prueba evidente de que los acontecimientos históricos suelen a veces idealizarse y transformarse en fábulas, cuando nacen y viven del sentimiento de una raza soñadora y ardiente, dispuesta a convertir en poemas y armonías todo lo que cae bajo el dominio de sus sentidos. Y esos pueblos son felices porque ponen al servicio de su nacionalidad todas las facultades de su ser, aún aquellas que por vaporosas y sencillas, parecen no tener influencia alguna en los destinos sociales. ¿Y qué importa que sueñen y fantaseen sus historias, si esos sueños y fantasías los mantienen unidos en un mismo amor y en un mismo culto, y los hace fuertes e inquebrantables en la adversidad?

Las leyendas gaélicas y germánicas de la época de las conquistas romanas, cuando el estruendo de las legiones invencibles ensordecía las selvas pobladas de divinidades y de sacerdotisas, de bardos y de caballeros fantásticos, conmueven aún los espíritus más escépticos; y ellas nacieron del tumulto de los combates en que los Césares, los Germánicos, los Pom-

peyos llevaban la cultura romana y los gérmenes de la disolución social de su imperio. Son las vibraciones eternas del sentimiento de la libertad nativa, que lucha con las armas, con la pasión, con la naturaleza y con los dioses. Allí el culto de la tradición de raza es la fuerza que más tarde les impulsa como las nubes de una tempestad, a descargar sus rayos sobre la cabeza encanecida de aquella Roma despótica y orgullosa que los había arrebatado, y le arrancan con un vigor que asombra y espanta, las antiguas libertades encarnadas en su vida, fundadas con luchas inmemoriales, y que ella fué a ahogar bajo la planta de sus ejércitos y a encadenar al carro de sus soberbios emperadores.

Felices mil veces esas naciones que ahora se adormecen al rumor de aquellos cantos de victoria, que pueblan sus sueños con las imágenes fantásticas de sus leyendas, de los héroes de la libertad, y que iluminan su pasado con la luz espléndida de la poesía, de donde nació su independencia y su grandeza, como el espíritu se eleva y fortalece cuando remonta sus alas a las concepciones sublimes y a las armonías ideales!

Los orígenes de nuestra sociabilidad están en el seno de dos razas heroicas que ostentan en su historia las más brillantes leyendas, que llevaron en su cerebro las concepciones ideales y fantásticas, y que hicieron de la poesía un alimento fecundo en hazañas que deslumbran; y si naciones más estoicas y calculadoras llenan sus anales de relatos fabulosos y de héroes mitológicos que en su mente han revestido formas reales, ¿por qué nosotros no hemos de forjar algún día nuestro poema ideal, nuestra literatura legendaria, divinizando nuestros héroes y adornando las proezas de nuestra guerra libertadora con los encantos y las fascinaciones de lo sobrenatural? Yo sé que las batallas de San Martín en los Andes, de Belgrano en las llanuras y de Brown en los océanos, contadas con el estilo de la leyenda y de la poesía, harán en las imaginaciones juveniles y en los temperamentos sensibles el efecto maravilloso con que extasían a los pueblos de todos

los tiempos las hazañas de Leonidas, de Aníbal, del Cid, de Pelayo y de Bayardo, las odiseas de Ulises y de Eneas, y de todos esos héroes que la imaginación del mundo ha inmortalizado y coronado de luz, y que la poesía de todos los matices y entonaciones ha rodeado de armonías eternas; y no sé por qué nuestros descendientes no han de recibir el legado sublime de nuestras glorias nacionales, cantadas en la velada apacible, con toda la sencilla poesía del hogar que endulza la vida, y siembra en los corazones infantiles la religión de la patria.

Nuestros héroes, nuestras guerras, nuestras vicisitudes en las que algunas veces hemos visto esparcirse las sombras de la desgracia y del dolor supremos, son manantiales inagotables donde la musa nacional y el trovador de las leyendas podrían beber inspiraciones arrobadoras, y crear la tradición del sentimiento argentino, levantándolo de las corrientes materialistas a las esferas tranquilas del ideal, donde se forjan los destinos inmortales. Allí se encierra la fibra patriótica, que ya en los hechos sociales, o en los combates con los enemigos históricos, ha de realizar las proezas y las conquistas con que hemos de pagar la deuda sagrada a nuestros héroes de Mayo; con ella se curan los desfallecimientos del espíritu público, los anhelos no satisfechos, los dolores nacionales; y cuando en las edades futuras las gentes de toda la tierra se disputen nuestro territorio para levantar su vivienda, y sepulten o transformen nuestra índole nativa, la tradición quedará vibrando en los espacios para recordar los tiempos y las generaciones transcurridas, envueltas en el polvo que levantaron los grandes sacudimientos sociales, o las inmensas inmigraciones que llegarán a nuestras playas a restablecer el nivel de la densidad humana sobre la tierra.

La Grecia de los oradores y de los poetas habría desaparecido de la superficie del planeta y de la memoria de los hombres bajo los siglos del despotismo romano y la barbarie asiática, si sus creaciones divinas y humanas, inmortalizadas por la leyenda y por la epopeya, no hubieran permanecido

aisladas en el corazón de la humanidad, para volver un día a encender en los descendientes de la edad heroica ese entusiasmo ferviente por la libertad que le hizo un tiempo señora de los mares. Grecia, libre de la dominación secular en que Roma la hundió, para ahogarla después bajo las capas tenebrosas de civilizaciones bárbaras, es el milagro más asombroso que la leyenda puede realizar en el espíritu de un pueblo: el astro hundido en el abismo hace veinte siglos, reaparece en el espacio rodeado de la aureola que iluminara al mundo en el momento de su caída; y esa aureola empañada por el roce de las tinieblas, recobrará su antiguo fulgor al amparo de la libertad que el derecho moderno asegura a las naciones como a los hombres, y si exhuma de sus tumbas de mármol sus antiguos héroes y filósofos, inspirándose en sus virtudes inflexibles y austeras como las columnas de sus templos, y abriendo su seno fecundo a las ideas de la cultura contemporánea, que ella misma derramó sobre la humanidad en su edad gloriosa, ella, la madre de la belleza y del genio, volverá a levantarse como antes, envuelta por la atmósfera de fuerza y de hermosura de su Venus de Milo, empuñando el escudo de su Minerva y rompiendo las cadenas de su espíritu, como Prometeo.

Los poemas y las leyendas de esas épocas de heroísmo, revisten toda la majestad y entrañan todo el fuego de las auroras de una raza que se inaugura en la historia con el brillo de un martirio, y alimentan el sentimiento de todo un pueblo. “Así como Alejandro hizo construir un cofre de oro para Homero, y llevaba consigo en sus campañas de Jonia y de la Persia para hacer su almohada de esa obra maestra del espíritu humano, la *Iliada* y la *Odisea*; así Bonaparte, general y primer cónsul, lleva constantemente en su vehículo, entre los cinco o seis volúmenes de predilección que hojeaba siempre, los poemas de Ossian; y cuando se le preguntaba por qué se alimentaba tan asiduamente de sus cantos: “es más grande que la naturaleza, — respondía a sus ayudantes de campo, — es sombrío y misterioso como la antigüedad, es



brillante como la gloria y grande como la muerte: tales poesías son el alimento de los héroes!” (4).

Nosotros tenemos en nuestra Revolución asuntos para Homero y para Ossiam, iliadas y odiseas deslumbrantes que condensan la epopeya de un continente, y de una multitud de razas unidas y fuertes por una desgracia común; héroes apasionados, caballerescos, fantásticos, sobre un escenario digno de la musa más alta, y en que la grandeza y la solemnidad épicas se desprenden espontáneas de sus montañas, de sus desiertos silenciosos. El poeta futuro de nuestra epopeya tendrá que llevar en su alma todo cuanto en los Andes y en la Pampa habla con el lenguaje de las tempestades, de las auroras y de las noches.

Pero esta epopeya hará su aparición en el mundo después que los episodios de la guerra iluminen el fondo confuso y nebuloso de la época, así como los poemas de la Grecia y de la Escocia, son la reunión en un solo y magnífico haz de luz de todas las leyendas que se transmitieron unos a otros los descendientes de los héroes que lucharon en sus tiempos de gloria. Si Homero es la poesía de la luz porque tiene la serenidad y la claridad de la Grecia, y Ossiam es la poesía de la noche porque tiene las tinieblas y los fantasmas de la Escocia, según Lamartine, el poeta de la América libertada será el que cante la sublimidad de las montañas, de los mares, de los desiertos, donde se realiza el nacimiento de un mundo nuevo, de un génesis ignorado; donde el espíritu se contempla dilatado en tres inmensidades iluminadas por la luz de los trópicos, que hace bullir en el seno de la tierra los gérmenes de una naturaleza desbordante, y hervir en el corazón de las razas que la habitan los anhelos misteriosos de un futuro sin límites ni horizontes conocidos.

Las epopeyas homérica y osiánica, son la poesía de dos pueblos encerrados en los estrechos linderos que el mar señala a su expansión conquistadora; la epopeya americana es

---

(4) LAMARTINE, *Cours familier de littérature*, tomo XXV, pág. 143.

la poesía de multitud de razas esparcidas en un continente inmenso, donde reverberan todos los climas, donde se levantan todas las alturas, donde luchan todas las fuerzas, y a donde envían sus rumores solemnes todos los mares de la tierra; es el poema de la libertad de una humanidad virgen sobre una naturaleza primaveral. Esquilo marcará sus contornos colosales; Homero esculpirá los caracteres y describirá los combates de sus héroes; Milton encenderá sus espacios e iluminará el mundo de las fuerzas ideales; Dante repetirá sus gemidos y descubrirá sus abismos; Ossiam coronará el conjunto de creaciones nebulosas y de fantasías soñadoras que mantengan eternamente la ilusión del misterio.

#### IV

La Revolución presenta tantas fases como las corrientes que siguieron sus fuerzas desplegadas; ella tiene su génesis en los primeros impulsos del sentimiento patrio desbordado en sus cabildos memorables, donde tanto entusiasmo juvenil estalló en gritos magnánimos, y donde tantos caracteres de hierro echaron sobre sus hombros la responsabilidad de una guerra de emancipación, ante la conciencia humana. Sobre ellos se levanta el derecho moderno con todas sus conquistas ideales, de sus sienes irradian los pensamientos que alumbrarán el caos, de sus labios dotados de la elocuencia del patriotismo y de la desgracia, brotan raudales de esperanzas que son el paraíso prometido a una raza nueva.

En este primer período, puede decirse que se exhiben los combatientes, y que vibran en ellos los fulgores de la cólera con que lanzan a sus enemigos el reto supremo que va a convertirse en la lucha gigantesca; se siente todo ese estrépito que anuncia la llegada de las grandes mareas, todo ese bullicio indefinible que anuncia la llegada de la aurora en las selvas vírgenes: es el prelude majestuoso del gran poema que va a llenar con sus torrentes de armonías todo el siglo; o bien, se asemeja a esos derrumbamientos de los tem-

plos antiguos, donde se asilaron los dioses dominadores de los siglos oscuros, y de cuyos escombros, envueltos aún por la nube de polvo que levantaron al caer, se escuchan los gemidos siniestros de las divinidades agonizantes, y los himnos alegres de las ideas victoriosas, mezclados en un mismo torbellino, confundidos en un mismo acorde colosal, donde se perciben todos los dolores, todas las alegrías, todas las pasiones, todos los estallidos con que el cielo y el infierno, las montañas y los mares llenan eternamente el espacio de la historia; y me imagino que la poesía de esta época tendría que ir a buscar en ese teatro los tintes, los vuelos y los sonidos con que ha de animar sus cuadros y sus personajes.

Las agitaciones de la plaza pública de Buenos Aires en los primeros días, nos traen a la memoria los tumultos de la libertad en la Agora o en el Forum, y nos parece escuchar los ecos solemnes de los antiguos oradores en esas sesiones de los cabildos, en que el sentimiento y la idea de la revolución estallaban en raudales de fuego, empujando a las masas a las batallas seculares, y haciendo germinar en sus moradores el primer temblor de un presentimiento de desgracias. El pueblo argentino, como las democracias atenienses, va a surgir del fondo tumultuoso de las tradiciones comunales, heredadas y asimiladas por una raza vigorosa templada al fuego de los trópicos. El grito de la guerra está lanzado, las abnegaciones de las horas de prueba equipan escuadras y levantan ejércitos, y sus marinos y sus generales surgen de la masa popular como las cumbres dominan a las cumbres. La chispa eléctrica recorre la América evocando el sentimiento del deber común, llamando a las tumbas de los que murieron en los cadalsos de la opresión, y de los antiguos héroes que fundaron las razas primitivas y extendieron su imperio. Dos tradiciones unidas en un mismo pueblo llegan a la libertad, como dos ríos que se juntan en un mismo cauce se derraman en el océano; y la libertad como el océano, es ilimitada en su extensión, sublime en las horas apacibles y borrascosas, es-

pléndida y maravillosa en sus fenómenos, arrobadora y misteriosa en sus rumores.

Belgrano, — el tipo del héroe, como la poesía lo comprende y lo desea, con su espíritu sereno y tranquilo como la virtud que le acrisola, sujeto a todas esas influencias morales que obran sobre los organismos delicados, sacudiéndoles como el viento a las hojas, accesible a las supersticiones que acompañan siempre al corazón humano y que hacen de él el personaje apropiado a la leyenda, porque el sentimentalismo y la religiosidad son dos fuentes fecundas en recursos para la imaginación del artista que copia un cuadro de la vida, para el poeta que canta una proeza o un idilio, para el tradicionalista que relata un episodio, — él es el héroe de las cruzadas que abren la lucha que muy luego ha de extenderse sobre otros rumbos, los de la gran cordillera detrás de la cual se ocultaba el teatro de otra etapa trágica mucho más grande, más deslumbrante, más soberbia; y siguiendo la dirección de sus marchas, el espíritu nacional va brotando bajo sus plantas al anuncio de su clarín guerrero, como van brotando las hierbas tras las huellas de la nube que derrama a su paso los torrentes de lluvia fecundante; y ya se retire con gloria de la Asunción, ya triunfe con estrépito en Tucumán, siempre deja la simiente de la libertad que lleva en su alma y que ha de florecer en tiempo propicio.

Las derrotas en nuestra Revolución no son otra cosa que ensayos de próximas victorias, o efectos necesarios de la precipitación y del arrojío del sentimiento que la enciende, y el sentimiento patriótico es como la llama de los incendios que siempre aparece en lugar distinto cuando se ha extinguido en parte. Su campaña del norte lleva la dirección contraria que trajo en los tiempos antecolombinos la conquista incana: él, un hijo de la tierra, después de tantos siglos de distancia, les devuelve el tesoro de los imperios que dilataron y engrandecieron, y es al mismo tiempo, la consumación del consorcio de las razas andinas y centrales con la que ocupaba la cuenca de los ríos tributarios del de Solís. El tiempo se encarga de

realizar el pensamiento primitivo por medio de un pueblo joven que lleva en su frente la aureola de un patriotismo puro, en su corazón el fuego del amor de su clima, en su cerebro los ideales de un siglo, y en su sangre los elementos de dos razas confundidas en él para darle una vida propia, para hacerle un pueblo distinto de sus progenitores.

La ciudad de Tucumán, hija de antiguos y heroicos ascendientes, es el teatro predestinado de la gloria y del martirio en nuestra historia; como si al recibir el bautismo de su nombre hubiera recibido también la revelación de sus destinos grandiosos, ella parece ser la descendiente más legítima de la tradición americana; su suelo siempre bordado de verdura y sombreado por selvas paradisiacas, guardada por montañas que son centinelas avanzados de los Andes, y coronada por limbos de una luz espléndida, nos recuerda la edad prehistórica de nuestra América, cuando las tribus indígenas recorrían las llanuras en son de combate o de fiesta, y dejando en todas partes la huella fecunda de su vigor, de su savia virgen, de su valor indomable, de su instinto del sacrificio; sus mujeres, semejantes a las flores del aire de los bosques primitivos, porque tienen su blancura etérea, su idealismo tropical, su delicadeza intangible, parecen ser las herederas de aquellas hijas de la naturaleza que coronaban con guirnaldas y laureles rústicos las sienes de los guerreros indígenas, cuando volvían victoriosos de sus largas expediciones y conquistas; y ahora, cuando el héroe de la libertad llega a sus puertas guardadas tanto tiempo por el dragón de un despotismo secular, ellas inflaman los corazones noveles, impulsándoles al combate, y coronan también las sienes de los soldados de la patria después de la victoria. La naturaleza le ha dado con la vida y con la exhuberancia de la savia, el germen de los heroismos y de los sacrificios que habían de inmortalizarla en tres acontecimientos trascendentales.

Pero Salta resplandece en el horizonte de la tradición revolucionaria con los rasgos más característicos de la nueva nación que asoma a la vida: ella corona la obra perfilada

en Tucumán; el mismo artífice que trazó sus grandes líneas fundamentales enfrente del Aconquija, modelándola sobre sus tipos ciclópeos, la conduce cerca del trópico para arrancar a sus fulgores y a su atmósfera candente y germinadora, los últimos toques y las líneas delicadas que van a pulir la obra del cincel. Belgrano pudo en Salta arrodillarse como el artista inspirado delante de su propia obra, que es la irradiación del genio nativo, y a la que contribuyeron el fervor de la pasión y el vigor tropical de los moradores de la tierra. El acaba y pule la estatua y la entrega al cuidado de otro héroe que aparece en la escena con todos los encantos de las leyendas medioevales, y que ha nacido del fondo de la masa como un fruto espontáneo de los bosques.

Güemes es el tipo perfecto de la leyenda que brilla con la luz propia de su cielo, alienta con las palpitations de la savia nativa, y recuerda esos héroes de Bretaña, de Escocia, de Asturias, que resisten las inundaciones romanas, normandas y musulmanas en los primeros siglos. Hay en él toda la sublime nebulosidad de los héroes osiánicos, toda la fantasía que rodea a los héroes de Walter Scott, toda la sombría grandeza de aquellos mártires que en un rincón escarpado de la Iberia, salvaron la nacionalidad y la raza de la destrucción y del abismo.

Güemes es el modelo de su raza, y lleva en su organización todos los elementos físicos y morales que la constituyen, todos los arranques que la impulsan, toda la fiebre que la conmueve, toda la fantasía que la exalta. Sus correrías vertiginosas al frente de sus gauchos montados como él sobre el caballo, transformado también con la influencia de la tierra, son algo que se aparta de la gravedad de la historia para pertenecer a las esferas luminosas de la epopeya y la leyenda, porque sólo en ellas se encuentran los tintes variados, los toques irisados, los cambiantes caprichosos para describirlas y relatarlas, y por sí mismas son más propias de la imaginación que de la inteligencia.

El gaucho es el hijo genuino de la tradición, es el fruto

lozano de la amalgama del indígena y del europeo; reúne los hábitos vagabundos del uno a la mansedumbre y elevación moral del otro; pero más hijo de la tierra porque sus influencias predominan en su naturaleza, abraza la causa de la independencia con el calor de su sangre, y pone a su servicio los elementos de su vida y de su sociabilidad; sus turbas a caballo, veloces e irresistibles, con toda la gallardía del árabe del desierto, atraviesan el escenario de nuestra Revolución, como evocaciones satánicas o como exhalaciones sobrenaturales, sembrando el asombro, la fascinación y el terror en los ejércitos de la civilización europea, que los desconoce, y decidiendo en muchas batallas de la suerte y del triunfo.

“Era tal la audacia y la rapidez de su aparición sobre las descubiertas y piquetes enemigos, y sobre las columnas mismas que atravesaban los bosques o los terrenos enmarañados que son muy comunes en aquellas latitudes, que los realistas tuvieron que detenerse en la ciudad de Salta, postergando la marcha sobre Tucumán hasta la llegada de su general en jefe con mayores recursos, y con fuerzas capaces de dominar la oposición general de aquellas masas, que, como si estuviesen protegidas por espíritus invisibles, asaltaban de improviso y diezmaban las descubiertas y avanzadas de los invasores. Dentro de la ciudad misma vivían los realistas azorados y en alarma continua por las audaces invasiones de los patriotas salteños, que al favor de sus veloces caballos, aparecían por algún lado inesperado, daban un golpe tremendo al menor descuido, mataban los centinelas, enlazaban los oficiales que marchaban a la cabeza de los piquetes y desaparecían como sombras impalpables...” (5).

Pero este elemento decisivo en los días del entusiasmo por la Revolución, debía traer amarguras sin cuento en el futuro, una vez entregadas las masas a sí mismas, fanatizadas por sus caudillos, a quienes miraban y amaban como sus due-

---

(5) VICENTE F. LÓPEZ, *Historia de la República Argentina*, tomo V, página 15.

ños, y en quienes veían sus protectores contra la soberbia del hombre de las ciudades, sin distinguir al compatriota, al conciudadano, del español que aborrecía por tradición; y he ahí la causa de la malísima influencia que los gauchos y sus caudillos ejercieron en nuestra evolución institucional, y de los años tenebrosos que han legado a nuestra historia. Ellos llenan con sus hordas sin freno y sus ambiciones sangrientas el sombrío escenario que comienza en 1820 y termina en 1852, y que prolonga aún su lumbre siniestra sobre algunas provincias hasta 1869. Una atmósfera rojiza como la aureola de los incendios, se extiende en todo aquel inmenso espacio de la historia patria, y es el origen de nuevas tradiciones en que la desgracia, los martirios, los hogares profanados, los heroismos de la desesperación, las tragedias de los monstruos humanos, forman el alma y el colorido del relato.

Los indígenas que se habían mantenido en las soledades del Chaco, libres de la influencia transformadora de la conquista, se asoman con avidez infantil a las fronteras de sus desiertos, cuando el estruendo de las armas y las marchas de ejércitos numerosos les advierten que un gran acontecimiento conmueve el mundo exterior; y aquellas tribus nómades que vivían al abrigo de sus chozas primitivas y a la intemperie de un clima abrasador, pudieron ver que algo extraordinario y que les tocaba de cerca, se debatía en las llanuras y en las montañas del Alto Perú; y a semejanza de las manadas salvajes de vicuñas y ciervos que habitan las laderas escarpadas, destacan a la vanguardia sobre los caminos abruptos, sus centinelas encargados de comunicarles la existencia de un peligro con su relincho agudo que repiten los ecos a la distancia, ellos se asomaban a los campos de la guerra para investigar la naturaleza de los combatientes, y decidir de su rol en aquella lucha que pudiera reflejarse sobre sus dominios. Y a pesar de la aversión tradicional que les inspiraba la raza conquistadora, comprenden que se lucha por la libertad de su tierra, y un sentimiento instintivo los impulsa a llevar sus fuerzas y sus hordas devastadoras al teatro del combate.



El héroe de Tucumán y Salta se impone a sus inteligencias rudimentarias y seduce su sentimiento sencillo, y he aquí cómo el historiador de Belgrano refiere esta escena que tiene su "originalidad salvaje". "Llegó la fama de su nombre hasta las regiones del Chaco, donde existía a la sazón un célebre cacique llamado Cumbay, especie del rey bárbaro que con el título de general se rodeaba de la pompa de un monarca, y a quien todos respetaban como tal por la multitud de guerreros que obedecían sus órdenes. A pesar de *ser un ardiente partidario de la Revolución*, y haber recibido en Santa Cruz de la Sierra un balazo combatiendo en su favor, nunca había querido entrar a las ciudades: pero al oír hablar de Belgrano, deseó conocerle y le pidió una conferencia. Belgrano se la concedió, y pasado algún tiempo, llegó el general Cumbay a Potosí con su intérprete, dos hijos menores y una escolta de veinte pecheros con carcaj a la espalda, el arco en la mano izquierda y una flecha envenenada en la derecha. Al avistar a Belgrano, echó pie a tierra, y mirándole un rato con atención, le hizo decir por medio de su intérprete "que no lo habían engañado, que era muy lindo, y que según su cara, así debía ser su corazón". Belgrano le presentó un caballo blanco ricamente enjaezado y con herraduras de plata, desfilando ambos por en medio del ejército formado, al cual el salvaje no se dignó conceder una mirada. Al pasar por el frente de la artillería... se le previno que tuviese cuidado con el caballo porque iban a hacer fuego en su honor, a lo que contestó: "que nunca había tenido miedo a los cañones". Magníficamente alojado, se le había preparado al cacique una cama digna de un rey, y él, dando a sus huéspedes una lección de humildad o de orgullo, echó a un rincón los ricos adornos de que estaba cubierta, y puso en su lugar su apero de campo. Después de varias fiestas a que se le hizo asistir, quiso Belgrano darle el espectáculo de un simulacro militar... Cumbay miraba todo con cierto asombro; pero interrogado por Belgrano qué le parecía aquello, contestó con arrogancia: "con mis indios desharía todo eso en un momento". Belgrano

no pudo menos que mirarle con sorpresa... Cumbay agradecido a tanta fineza, le ofreció dos mil indios para pelear contra los españoles" (6).

Cómo esta escena sencilla y grande al propio tiempo, por los dos personajes que la mantienen, revela la confianza que el hijo de los bosques abriga en sí mismo y en la adhesión de sus soldados, y cómo se destaca en su conducta ese fondo de reserva con que trata siempre al hombre que no es de su raza ni de su pueblo!

Sin duda, a pesar de que no fué sometido por la conquista al yugo militar, civil ni religioso, algo de la cultura de la raza blanca ha penetrado en su espíritu, y ella resplandece en él con brillo original y majestad extraordinaria bajo la envoltura de sus costumbres primitivas, y hay algo conmovedor en esa convicción de su soberanía que le lleva a levantarse a la altura de su interlocutor, y considerarse tan grande y tan poderoso, sin darse cuenta de la enorme diferencia que la cultura introduce entre ambos. Pero dejémosle feliz en su sueño de poderío, hasta que la luz ideal ilumine su alma nebulosa, y comprenda que su verdadera grandeza está en el sometimiento a la civilización que transforma los desiertos en morada de la libertad.

Una fuerza poderosa se oponía al completo dominio de la idea revolucionaria sobre los espíritus, una fuerza que tiene su punto de apoyo en la conciencia, y avasalla hasta volver todas las facultades en torno suyo como sus emanaciones o sus reflejos: la creencia y la superstición religiosas impuestas por la conquista desde sus primeros pasos en la América. La religión era en las sociedades americanas una idea inseparable de la monarquía, bajo cuyo poder se difundió, y sus reyes, emanados de la voluntad divina, llevaban la aureola sagrada de su celeste investidura. Hay, pues, este elemento tradicional introducido por la raza dominante, que forma el carácter de las nuevas colectividades, que las educa

---

(6) MITRE, *Historia de Belgrano*, t. II, pág. 205.

en sus principios y les da sus sentimientos amoldados a la índole de sus dogmas. El sentimiento religioso de las clases cultas y de las masas fanatizadas, en pugna con el sentimiento patriótico nacional que se despertaba: he ahí la lucha trabada en el fondo de los espíritus, y que debía derramar sus ráfagas sobre los ejércitos; y nada ha vertido más sombras en el seno de la humanidad que esas luchas de la conciencia, que tienen el terrible poder de armar los brazos fraticidas, rompiendo en nombre de la fe los lazos que ató la naturaleza entre los hombres.

La libertad política y la libertad moral vienen luchando con esa sombra inmensa desde el principio de los tiempos, como si una ley de semejanzas secretas prolongara sobre el hombre aquel caos que la primera luz develó, pero que sigue extendiendo sus ondas a través del espacio; y el espacio como el tiempo en que ruedan los mundos y las razas, no tiene confines conocidos. El espíritu humano logra por medio de revoluciones gigantescas desterrar las tinieblas de una región de la tierra, pero desalojadas de ella, sus ráfagas corren, como exhalaciones de la noche, a envolver regiones o continentes desconocidos, donde también el hombre levanta sus chozas y ensaya la vida social. La oscuridad desterrada de Europa por la luz intensa del renacimiento, se desliza a través del Atlántico, y viene a hundir en sus senos insondables a los moradores de una tierra virgen, que quizá estaba destinada a entrar en corrientes más vastas y dilatadas.

El pueblo que la Revolución Argentina encontró a su llegada, y que debía ser su brazo y su alma, heredero de aquella tradición de supersticiones y de absolutismos ideales, llegó a dudar de la justicia y de la virtud de una causa que venía a echar por tierra una monarquía que creyó sagrada y sostenida por Dios, y aunque las ideas regeneradoras del siglo XVIII se infiltraron en nuestros colegios y en nuestra juventud colonial, a pesar de la vigilancia siniestra de la Inquisición, mucho más siniestra aún, que guardaba la entrada como el cancerbero del Dante, su influencia no llegó en

tan corto tiempo a remover las raíces de la tradición católica en todas las esferas sociales.

Los apóstoles de la Revolución, los más pensadores, amaban esas doctrinas nacidas de la filosofía reformista del siglo que expiraba, y se veían en frente de un pueblo que los odiaba por tradición; y ese pueblo debía ser el soldado, el esclavo redimido, el creyente regenerado. La tarea de la propaganda era colosal, porque se dirigía a los espíritus. ¡Qué grande, qué sublime debía ser aquel sentimiento de la nueva nacionalidad, cuando logró vencer el de una religión que no reconoce otra patria que la del cielo que ofrece a sus creyentes!

Pero Belgrano, el héroe de las primeras jornadas, era un hijo genuino de esa tradición, y aunque su espíritu cultivado desterró los extremos de la fe que ciegan el entendimiento, no había alvidado su fervor religioso que le llevaba a prosternarse ante las imágenes, y practicar con un celo poco común todas las ceremonias del culto. Y este fervor que hubiera sido una rémora tratándose de revolucionar y luchar con un pueblo de diferente educación, fué, según la opinión de su historiador, la causa de su triunfo contra las mismas preocupaciones que se oponían a la difusión del pensamiento libertador.

Verdad es que tal opinión, examinada a la luz de la moral absoluta, y sin tener en cuenta la suprema razón de la necesidad, nos presentaría a Belgrano como un creyente de circunstancias, como un devoto de conveniencias, como una hechura jesuítica puesta al servicio de la Revolución; pero creo que su carácter gana más ante la historia y ante la moral universal, presentándole como un creyente y un devoto sincero que había conciliado en su espíritu la idea religiosa y la idea revolucionaria; esto en nada amenguaría su fama ni su mérito ante la Iglesia, porque si hemos de juzgar por lo que los soldados más ilustres del catolicismo escribieron o predicaron, ella condena las revoluciones como hijas de Satanás, cuando se dirigen contra sus doctrinas o su dominio,

pero las bendice y las santifica, cuando se dirigen a propagarlas o a restablecerlas en el poder.

La batalla de Tucumán resuelve el problema religioso del momento, por una de esas coincidencias que suelen decidir de la suerte y de la confirmación de una doctrina. El hecho es digno de la tradición, de la leyenda, de la poesía, pero considerándolo como simple hecho y como una manifestación del sentimiento religioso de un pueblo que llega a atribuir los acontecimientos más positivos a causas sobrenaturales que se abrigan en su imaginación. Oigamos de nuevo al historiador: "La división de vanguardia llegó a Tucumán en momentos que una procesión cruzaba las calles de la ciudad, llevando en triunfo la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. Como la victoria del 24 de setiembre había tenido lugar precisamente en el día de su advocación, se atribuyó el resultado a su divina influencia, y el general Belgrano, que además de ser un hombre religioso, se proponía en ello un fin político, la hizo nombrar *Generala del Ejército*. A caballo y llena del polvo del camino, se incorporó la vanguardia a la procesión, la que siguiendo su marcha, desembocó al campo de batalla, húmedo aún con la sangre de las víctimas. El general se coloca entonces al pie de las andas que descienden hasta su nivel, y desprendiéndose de su bastón de mando, lo coloca en las manos de la imagen; y las andas vuelven a levantarse, y la procesión continúa majestuosamente su camino. Este acto tan sencillo como inesperado, produjo una impresión profunda en aquel concurso poseído de sentimientos piadosos, y aún los espíritus fuertes se sintieron conmovidos (7)". Este es el hecho histórico que Paz y Mitre encuentran profundamente trascendental, y que sin duda alguna contribuyó a desvanecer los recelos que los malos abrigaban sobre la santidad de la Revolución.

Pero el tradicionista no penetra en estas regiones vastas de la crítica, y sólo busca en los hechos el sentimiento que

---

(7) MITRE, *Historia de Belgrano*, t. II, c. XIX, pág. 125.

los anima, la imaginación que los adorna, la superstición que los sombrea; y la vida militar de Belgrano, las alternativas de las batallas, los triunfos sorprendentes, por la índole de las ideas que dominan al héroe y a su pueblo, ofrecen a la fantasía motivos de creaciones y de leyendas que merecerían perpetuarse en la memoria, adornadas con el encanto de la poesía. Su noble y desgraciada personalidad salvaría los enmarañados senderos por donde la arrastra la crítica severa, como la arrastró la opinión de sus contemporáneos, y divinizado por la leyenda, levantado por la poesía a esferas radiantes, el sentimiento nacional le abrigaría para siempre en su seno; su nombre, como el de los héroes de Grecia, flotaría en los espacios del arte, donde no llegan o donde no se apagan las pasiones más o menos profundas, más o menos puras que engendra el fallo de la justicia humana.

Belgrano es, quizá, de los pocos caracteres que la historia no acaba de definir, porque un misterio impenetrable sepulta las causas internas de sus actos. Como Milciades, el héroe de Maratón y de Platea, se inmortaliza por la desgracia, Belgrano, el héroe de Tucumán y de Salta, vencerá las disputas de los críticos, las burlas de sus contemporáneos, la condenación de sus errores, cuando la tragedia o la leyenda revelen a la posteridad el profundo dolor de su noble espíritu, al cerrar los ojos para siempre, en medio de la borrasca que ya comenzaba a agitar sus alas sangrientas sobre esa patria que amaba tanto como ella no lo comprendía!

Pero hay más que hace de este hombre singular un personaje de leyenda, y que promete para su nombre una duración tan larga como la vida de su patria. Las naciones condensan en un signo visible esa idea de la unidad, del amor y del deber cívicos; este es un sentimiento tan antiguo como la humanidad, y desde sus comienzos ella ha corrido a los combates, y ha caído o se ha dignificado en su nombre. Ese signo es la bandera, cuyos pliegues parecen destinados a envolver los héroes que caen a su sombra. Las naciones son una idea colectiva; las ideas se reflejan en un signo.

El águila romana, la cruz del cristianismo: he ahí los dos más grandes signos de esa idea, que luchan, simbolizando el uno la antigüedad y el otro la regeneración.

Pero las razas se segregan, y al formar naciones, se agrupan en torno de un principio que es el cimiento de la sociabilidad; ese principio convertido en bandera les guía a las batallas, y llega a adquirir en la conciencia popular una existencia ideal independiente y propia: la bandera es una divinidad, la que todos adoran sin diferencias de secta; como la religión, ella se divide en partidos, pero tiene de más grande, el que los partidos se abrazan a su sombra, mientras las sectas se despedazan al pie de la cruz. Nosotros ostentamos con orgullo una bandera que nació del firmamento, un día en que un grupo de héroes se aprestaba a una batalla. Belgrano era su jefe, y arrancó del cielo el signo, como Constantino le vió en la alucinación de su causa. La bandera vive en el fondo del sentimiento nacional, y Belgrano vivirá con ella hasta que deje de existir la patria. Su figura histórica se ha asilado en el sagrario del templo. Los himnos de las victorias del futuro arrullarán su recuerdo.

Al lado de estos grandes rasgos que perfilan la campaña del norte y a su general, se destacan como astros de segunda magnitud, los héroes subalternos entre los cuales la crítica encuentra la más brillante variedad de caracteres, el pincel los colores más vivos, y la leyenda sus tipos favoritos. Todos ellos son jóvenes que llevan el entusiasmo virgen de la nueva nacionalidad, los arrebatos impetuosos de la sangre, las alucinaciones deslumbrantes de la fantasía, los sueños de gloria y de ambición que auguran la grandeza, y que crecen a medida que la independencia se arraiga por los sucesos. Los vemos en las batallas atravesar como relámpagos por el medio de las filas enemigas, deslizarse como sombras fugaces en medio del humo que envuelve el campo, tremolar los estandartes en las alturas, enclavados como la roca en medio del fuego, con la impasibilidad de los genios, caer dando un grito de *¡viva la patria!* al pie del cañón o de la trinchera;

y todos ellos, semejantes a una legión radiante de Milton, poblar el espacio, la llanura, las montañas, con sus voces arrebatadoras, sus correrías fantásticas, sus apariciones escénicas, que llevan el asombro, la confusión y la muerte a los contrarios; cuadros todos que darían animación a un canto homérico, resplandor sideral a una batalla de Milton y fulgor primitivo a una leyenda osiánica.

La tradición conserva los episodios más notables de aquella guerra en que nuestros jóvenes soldados se levantan a la altura ideal de los poemas antiguos, en que las mujeres mismas, animadas de su pasión divina, se mezclan al fragor de las armas y disputan la palma victoriosa a los héroes, y en el paroxismo de su arrebató bélico, sus imágenes rodeadas de luz sobrenatural, parecen los dioses helénicos discurriendo invisibles entre los combatientes para inspirarles el valor, la fuerza y el fuego que arrebatan a la naturaleza.

Pero todos estos jóvenes que inician su carrera de proezas en las luchas de 1806 y 1807, que asisten a las colosales batallas de Tucumán y Salta, van, más tarde, cuando la epopeya de los Andes y del Pacífico se abra ante nuestros ojos, a brillar con la luz de las excelsas glorias que la memoria humana no olvida; y si su aprendizaje fué el presagio sublime de su futura glorificación, su vida ulterior los presenta como fieles y consecuentes consumidores de la profecía.

Ellos abrieron por el oriente el camino del norte a la idea libertadora, recogiendo guirnaldas imperecederas, y encendiendo en todas partes la llama de la resurrección que no tardó en incendiar el corazón del continente. Luego otro general más grande y más experto; otro cerebro más vasto, otro corazón más fuerte, va a llamarlos a sus filas para abrir la ruta de las cordilleras veladas por las nubes y las nieves, y la de los mares agitada por las borrascas, para extender el fuego sagrado al occidente.

El pensamiento de la restauración del mundo antiguo va delineándose y apareciendo sobre el cielo de América, como la luz va volviendo a la luna eclipsada a medida que



la sombra sigue la revolución del astro que la proyecta; las victorias del centro en el primer período de la guerra son el prólogo de la inmensa tragedia que va a comenzar en Mendoza para tener su desenlace en Guayaquil.

El prólogo ha sido luminoso, y ha hecho presentir las magnas impresiones y los desarrollos gigantescos del poema. Los regocijos de las llanuras y sus rumores de triunfo, semejantes a un preludio universal, repercuten en las laderas de los Andes, levantado los ruidos misteriosos del presentimiento. El pedestal se estremece cuando se acerca el coloso que va a erguirse en su cúspide eterna; las flores adornan ya su base; los himnos marciales resuenan en su alrededor; las muchedumbres conmovidas le esperan; los sepulcros seculares se remueven; en los nidos se oyen graznidos extraños; la cumbre se ilumina de súbito: San Martín ha llegado y su epopeya comienza.

## V

Los Andes, como el Himalaya y el Cáucaso, son la cuna de creaciones de luz, de razas vigorosas y ardientes, de acontecimientos trascendentales, de epopeyas grandiosas. Tres épocas de la historia han hecho pasar sobre sus cumbres sus actores y sus héroes; tres razas han visto estrellarse ante sus moles las oleadas de sus pueblos, los esfuerzos de sus trabajos, y han visto sepultar en sus grutas nevadas sus ejércitos, que ya en las luchas primitivas, ya en los combates de la conquista europea, fueron buscando la extensión, el imperio, la fuerza. Pero esas creaciones aún no han completado su destino, esos acontecimientos aún no han madurado su fruto, esas epopeyas aún no han sido escritas en la estrofa colosal que debe inmortalizar sus héroes. Los elementos de ese génesis flotan en hacinamientos fragmentarios en el espíritu de las naciones que se desprendieron del seno de la montaña; los colores están separados en la inmensa paleta; el genio que va a combinarlos para dar vida a la forma y al

cuadro, aún no ha nacido: el poema se cierne aún sobre la América sin formas ni armonías definidas; los cantos populares ruedan de pueblo en pueblo, las tradiciones y las leyendas se transmiten y se conservan con el culto del pasado, las siluetas de los héroes se dibujan sin orden en la memoria; las partes de la obra, creadas ya en el espíritu de las naciones, se buscan unas a otras; pero Homero no viene aún, y la América lo llama, lo busca, lo sueña, lo conjura como a un Dios.

El monte sagrado donde ese poema va a desarrollarse se levanta como el pedestal del genio; por sus cumbres iluminadas por la luz reflejada en sus nieves, se ve atravesar en la noche los fantasmas de los dioses y de los héroes que van a poblar el escenario. Homero va a cantar la epopeya de tres épocas; Esquilo va a engendrar la trilogía inmortal en cuyos fragmentos actúan el pensamiento y el corazón de esas tres razas.

Hemos pasado en estas páginas por las dos primeras etapas de la historia; ahora se descorre a nuestros ojos el velo que cubre el mundo luminoso donde la raza libertada va a realizar su sueño sublime: Prometeo va a romper su cadena, y va a realizarse la profecía lanzada en medio del dolor de la prisión. Prometeo era el genio de aquella raza que llena la tragedia del Cáucaso; San Martín es el genio que va a guiar a la nueva raza americana a las cumbres de los Andes, donde destronará el olimpo de sus dioses tiránicos. El es, pues, el héroe que representa a la nación y a la América del Sud en la tercera época de su historia, cuyo escenario es la inmensa cordillera, madre de antiguas civilizaciones primitivas, teatro de la guerra de conquista, cima de la libertad.

Desde los tiempos prehistóricos ella ha sido la fuente de donde los moradores del nuevo mundo arrancaron sus creaciones ideales, sus anhelos de raza, sus concepciones sociales; sus cimas y sus quebradas han encerrado durante siglos sus dioses, sus héroes, sus personajes legendarios; y ya los primeros historiadores de Indias se asombraban del cúmulo

de hechos fabulosos que la tradición indígena refería de sus secretas e inaccesibles alturas. La conquista develó el misterio del olimpo, pero para sustituirlo por otro cuyos dioses venían apoyados por la predicación y por la espada. La guerra de emancipación remonta por tercera vez sus laderas, y en nombre de la libertad humana, destierra de su trono de nubes, de nieves y de volcanes, las mitologías que dominaron el continente.

La luz eterna y universal de la razón va a iluminar para siempre los antros oscuros, y en vez de las divinidades que poblaron los espacios, que reinaron en las montañas y en las llanuras, ocuparán los fastos tradicionales los héroes de la nueva epopeya, los episodios de la lucha, las fantasías de las nuevas naciones que nacieron de sus victorias, en que asoman caracteres desconocidos hasta entonces, y de que participan todas las regiones de nuestro territorio. La nación de Mayo, cimentada su emancipación propia, pone su cuerpo y su alma en la obra de la libertad americana.

San Martín es el punto culminante en nuestra tradición, y su figura se ha asilado en los Andes, porque era natural que ese santuario conservase su memoria: la cumbre ideal de la historia busca la cumbre superior de la tierra. Su carácter como guerrero, como político, como hombre privado, es del dominio de la crítica que ha hecho de él un modelo de los héroes; pero es en los grandes caracteres que tienen cabida las delicadezas del espíritu, los matices risueños, las notas soñadoras que hacen el más admirable contraste estético con la magnitud de sus líneas fundamentales; y en San Martín, como en ninguno de los hombres de la Revolución, se encuentran hermanados los acentos solemnes de la tragedia que dominan el conjunto, con las armonías dulcísimas del idilio que invitan a soñar.

Su vida es como la montaña que sirve de base a su inmortalidad; en ella se destacan los destellos luminosos de la cúspide, los rumores sordos y profundos del volcán, los estremecimientos febriles de la tempestad que hierve en sus senos

oscuros, los paisajes irisados de los crepúsculos, las músicas deleitosas de la selva, los resplandores serenos de la luna y de los astros, más vivos y centelleantes sobre aquellos horizontes dilatados. No hay cuerda que no encuentre repercusión en su alma, no hay sentimiento que no tenga su hermano en el suyo, no hay idea grande que no haya germinado en su cerebro: sus hechos militares, sus actos íntimos, sus escritos, sus palabras, que la tradición recuerda, son la prueba. A semejanza de Plutarco, la memoria de su pueblo hace su grande historia refiriendo las anécdotas en que el héroe expresó una idea original, dió solución a una intriga, hizo justicia, descubrió alguna trama secreta de sus enemigos, o la forjó él mismo para el éxito de sus empresas colosales; en todos los casos resplandece esa luz del genio que domina con su mirada irresistible los abismos del porvenir y los del corazón humano, los horizontes ilimitados de la historia y las pequeñas cavidades del cerebro donde germina una acción, las pasiones encendidas de las multitudes revoltosas o de los pueblos redentores, y las más oscuras fibras donde se asila el sentimiento humano.

Aquellos vastos reflejos de su idea y de su corazón que dirigen la marcha general de su época, son los elementos de la epopeya y de la tragedia; sus emociones íntimas, sus sentimientos tiernos y sencillos, las inspiraciones de su sueño, son los elementos de la tradición y de la leyenda, que, no obstante, se visten también de la luz que irradian los acontecimientos épicos o trágicos que forman el conjunto.

Se cree que los caracteres superiores que dominan una generación o una época, no divisan las intimidades del corazón ajeno; que los hombres habituados al fragor de las batallas y a los tumultos de las democracias, no sienten las apacibles delicias de la cabaña rústica y del hogar inocente y tranquilo; pero es que la grandeza del genio consiste en extender su mirada a todos los ámbitos del tiempo, del espacio, del cerebro y del corazón; y así, al mismo tiempo que abarca los arcanos de la humanidad, palpa y siente los más

íntimos movimientos de la pasión. El ojo material pierde de vista los detalles de los objetos a medida que se eleva en el espacio; el genio los percibe y los anima, los vivifica e ilumina a medida que se eleva sobre el nivel del espíritu humano.

San Martín es el tipo acabado del héroe nacional; la crítica profunda y el sentimiento popular lo han canonizado, la una como al genio de la guerra que combina su plan con el arte y con la ciencia; el otro como al corazón magnánimo que no se endurece en el poder, y que arranca la admiración de los vencidos y de los vencedores; que estimula la fantasía y despierta el amor de su pueblo para convertirle en el vínculo sagrado de unión, en el fuego del santuario donde tres repúblicas, hijas de unas mismas tradiciones, se estrechan y se abrazan en su culto.

Es el restaurador de la antigua unidad de las razas que los Incas sujetaron bajo su imperio; pero al arrancar de las sombras del pasado la idea oscurecida por el tiempo y la fusión de razas extrañas, la presenta al mundo rejuvenecida con los nuevos anhelos humanos, con los ideales de la cultura contemporánea. El esqueleto evocado por el fulgor de su espada del fondo de su sepulcro, se aparece a la faz del mundo revestido de fuerza y de gloria por una savia nueva. Su destino se ha cumplido.

Durante la preparación de su campaña en Cuyo, sus designios quedaron, — dice un ilustre orador argentino, — “reconditos como un secreto, y sólo fueron sucesivamente revelados al mundo por la oposición de esta bandera de los Andes sobre su cumbre más excelsa, para anunciar la independencia de tres naciones por el estampido del cañón en Chacabuco, por el clarín vengador que convocó en Maipo a los dispersos de Cancha Rayada, por su entrada en Lima y por su salida aún más famosa, llevando por único trofeo *el estandarte traído por Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas*” (8).

---

(8) DR. NICOLÁS AVELLANEDA, *Discurso en la inhumación de los restos del General San Martín*.

He ahí al héroe americano nacido de la sangre indígena, que se levanta en nombre del sentimiento nativo para crear naciones libres de influencias de ajenas razas, y que después de consumado su triunfo, declara su pensamiento grandioso conservado hasta entonces en secreto. La América de los Incas, aquella virgen de formas purísimas, de sueños fantásticos y de destinos inmortales, renace al fin de su sopor mortífero, revestida con las antiguas flores del bosque primitivo, y San Martín es el agente de este fallo sublime del tiempo sobre la contienda de dos civilizaciones. En su mente se concibe, germina y nace la idea trascendental que su espada y su genio convierten en el hecho, y su nombre es el vínculo tradicional que liga al pasado con el futuro.

Los Andes, he dicho, cuna de las razas que habitaron el continente y extendieron sus imperios sobre los dos mares, es el teatro más vasto de la tradición de los pueblos que nacieron de sus flancos inmensos. El sentimiento nacional irá a buscar en sus leyendas de todas las épocas el foco de calor y de luz, el manantial de amor con que nuestros descendientes han de fortalecerse ante los peligros, ya sea exhumando las fábulas originarias y genesíacas de las religiones indígenas, ya evocando los héroes de las tribus que combatieron en sus faldas y levantaron las fortalezas graníticas que hoy las adornan, cuando defendieron la tierra de las conquistas europeas; ya, en fin, coronando de guirnaldas, de reflejos siderales, del iris de las cumbres nevadas, las imágenes de nuestros guerreros de Chacabuco y Maipo.

El sentimiento nacional ha inmortalizado al héroe y su pedestal; él inflamó las almas en abnegaciones dignas de eterna memoria, cuando el genio de San Lorenzo contemplaba también con mirada profética las montañas del Occidente, desde Mendoza, vislumbrando a través de las nieblas, victorias y redenciones grandiosas; las ciudades se despojan de sus tesoros, los templos de sus ornamentos, las mujeres de sus joyas y atavíos, los ricos de sus fortunas, como si la religión, el arte y el trabajo depusieran en las aras de aquella idea

secreta, pero presentida, todos sus atributos, que no debían volver a vestir sino cuando el valor y la sangre argentinos hubieran levantado de su sepulcro secular la libre América de los primeros días.

Las tradiciones de las grandes montañas llevan en sí la eternidad de su origen, la profundidad de sus cimientos, la sublimidad de sus fenómenos, la inagotable poesía de sus misterios. Los pueblos que las erigen en culto son, a su vez, indisolubles por las corrientes de la historia que segregan las sociedades y dividen los territorios; y como si el imán de las cimas que arrastra hacia la altura las fuerzas vitales de la tierra, actuara sobre los hombres, las familias y las tribus, las naciones tienden a agruparse alrededor de las grandes montañas, buscando tal vez como Prometeo, llegar un día a arrebatarse el fuego del firmamento. Ellas han brotado del seno del abismo para servir de trono a los dioses, de cuna a las creaciones inmortales del genio, de refugio a los seres animados contra la invasión de los mares, de escenario fantástico a los héroes de las grandes epopeyas cuyas sombras se agitan en sus crestas veladas, como girones de luna movidos por el viento de las alturas; son a la vez la imagen del carácter de las asociaciones que las habitan, porque aprenden a dominar sus obstáculos, a desafiar sus tempestades, a absorber sus infinitas bellezas, a sentir con la llama de sus fuegos interiores y a fantasear con las irradiaciones de sus nieves eternas.

La tradición y la leyenda, la historia y la epopeya de los Andes condensan el alma de la nación; allí está el ara de nuestros futuros himnos de victoria, la fuente de nuestras creaciones artísticas, el foco virgen de nuestra poesía nacional, porque las ráfagas de la pampa, las emanaciones de los ríos, las voces de los desiertos se dirigen como un voto supremo de la tierra hacia sus cumbres inaccesibles, buscando la proximidad del firmamento y la atmósfera luminosa donde centellean los astros.

La vida espiritual tiende a dilatarse hacia las alturas ideales, como la vida física a dilatarse hacia las alturas mate-

riales; el genio que ha llegado a la cúspide de la cultura domina el pasado y el futuro de la historia; la mirada tendida desde la cumbre de una montaña que se eleva sobre las cimas próximas, abarca los horizontes infinitos y observa los movimientos de las multitudes, las agitaciones de la vida orgánica y los estremecimientos de la tierra, allí donde va a dar a luz un génesis radiante.

Los Andes reúnen todas las tradiciones de toda la América, porque sus razas se alimentaron de su grandeza; pero la tradición de la libertad estrecha en sus lazos con más fuerza las naciones que el genio de San Martín emancipó en su expedición memorable. Chile, separado de nosotros por la montaña, se liga por el recuerdo de la libertad; nuestros vínculos tradicionales son los mismos, porque nos prosternamos ante el mismo altar, veneramos el mismo santuario que encierra la memoria del héroe común; y sus cantares heroicos, elevados desde el occidente, se encuentran en las alturas con los que levantamos los argentinos del lado del oriente. El mismo sol colora de rayos irisados las dos fachadas del templo de nuestras glorias nacionales, y derrama su bendición de fuego sobre los dos pueblos en la hora meridiana. Chacabuco y Maipo son los nudos que atan nuestras tradiciones de triunfo; Cancha Rayada es el vínculo de una desgracia común; pero colocado como una pincelada sombría, en medio de dos rasgos de luz, realiza en la historia y en el poema la ley estética del contraste, que da vida a la tela y esplendor a los toques iluminados.

No obstante, y a pesar de esta larga e inmemorial tradición de fraternidad, que comienza bajo los Incas, sigue bajo los conquistadores y se conforta con la revolución, Chile se rebela contra ella, y crea causas de repulsión y de odio en la tragedia de los Carrera, que idealiza y corona de luces, pero proyectando sombras sobre el autor de su libertad, sobre San Martín y su genio, que aquellos bravos y desgraciados héroes no comprendieron, y que, exaltados y enceguecidos por una ambición de gloria prematura, olvidaron que no tenían



a su alcance los elementos de una lucha como San Martín la preparaba; queriendo ser ellos los autores de aquella obra inmortal, no abrigan contra el general argentino la rivalidad del griego que sólo busca la salvación de la patria, sino el rencor nacido de una esperanza, frustrada, y atizada por un ardor juvenil y legendario, que hubiera dado frutos espléndidos, a ser empleado en la obra común. Y aunque los historiadores chilenos levanten la figura de sus mártires nacionales, como les llaman, haciéndose eco de las emulaciones que ellos sintieron contra el genio superior que los dominaba; aunque se quiera hacer llegar hasta la túnica de nieve que hoy viste la memoria del héroe de Chacabuco, algunas gotas de la sangre que aquellos mártires derramaron en hora siniestra, la mano invisible de la conciencia humana y de la historia, y el fuego del sentimiento de la posteridad, apartan la mancha rojiza antes de posarse en la túnica, y la disuelven y evaporan sin dejar de ella rastro en el espacio.

Los sacrificios de las grandes revoluciones son como el humo con que los antiguos propiciaban a sus dioses tutelares; pero los dioses de la edad moderna son las ideas de los cerebros superiores que tienen en sus designios la suerte de una redención humana, a quienes las naciones de la tierra rinden culto, y para los cuales no existen leyes que limiten sus actos ni corten el vuelo de su pensamiento. Esas ideas madres son como los ríos desbordados o como las inundaciones del océano, que arrastran a su paso las barreras y los linderos, porque van a fecundar los desiertos y las llanuras en nombre de la suprema ley natural del renacimiento y la vida, sin que importen las divisiones materiales que los hombres crean sobre la superficie.

Los pueblos se desbordan cuando sus límites son estrechos, o la fuerza les oprime con exceso; y entonces, desgraciados los audaces o los alucinados que se levantan contra la ola del entusiasmo, pretendiendo detenerla o dirigirla por cauces extraños a su expansión natural! La corriente impetuosa los envuelve, los arrastra, los ahoga. La inmolación de la

Cabeza del Tigre, la ejecución de los Carrera: he ahí los dos ejemplos de la terrible e implacable ley revolucionaria. La sangre de esos sacrificios ha acelerado el triunfo de la Revolución en el oriente y en el occidente, lejos de manchar la frente de los héroes; y aunque de ese riego hayan brotado más tarde plantas envenenadas, no culpemos a los hombres que lo vertieron en el surco, sino a la vieja preparación de la tierra que no supo fecundarla y regenerarla.

Con todo, el sentimiento nacional ha borrado los rastros de esos hechos que nadie podría llamar crímenes ante la ley humana; las víctimas se levantan de sus sepulcros para animar los cuadros de la tradición y de la poesía; los Carrera, más que todos los otros que sucumbieron en el torbellino de esa época, son los tipos apropiados para la creación literaria; sus aventuras realmente trágicas, sus ambiciones ardientes y los esfuerzos hechos para lograrlas, sus luchas interiores y sus derrotas, sus ostracismos y sus nostalgias, sus peregrinaciones a través del desierto, sus prisiones y su muerte, son elementos preciosos para una literatura legendaria, épica o dramática, digna de los genios del arte, y constituirán a su tiempo la parte dolorosa y sombría de la gran epopeya de los Andes.

Aunque el criterio del historiador y del filósofo llegara a condenar sus actos, en cuanto importaban un obstáculo a la empresa suprema de la emancipación de su país, y a encontrar necesaria la sentencia que los llevó al suplicio, el criterio del corazón, el criterio del artista que busque en su vida inspiraciones para sus cuadros o sus poemas, levantaría siempre de sus nombres el peso de sus errores, para idealizarlos y divinizarlos como a los héroes del infortunio y de la fatalidad. El libro de Vicuña Mackenna, aunque apasionado en contra de los libertadores, tanto como en favor de sus héroes, es un verdadero romance lleno de fuego y de situaciones dramáticas; y no pocas veces llega a exaltar el sentimiento, de modo que hace vacilar el juicio despreocupado sobre las grandes causas, para seguir las aventuras semifantásticas de

sus personajes (9). La poesía irá a beber en sus páginas sus inspiraciones y sus cuadros más palpitantes, y la tradición refrescará en él sus recuerdos.

## VI

Desde el punto de vista tradicional, la campaña de San Martín al Perú, al centro mismo donde antiguamente se levantaba el poderío de los Incas, y donde un Virrey establece su corte, reviste una importancia del todo trascendental para los destinos de Sud América. Me imagino que el libertador debió llevar en los secretos de su corazón algo de ese anhelo del que nace en la tierra, por verla de nuevo libre de los tutores extraños, y readquiriendo su sello primitivo; que en sus sueños poéticos y en sus delirios solitarios, debía escuchar voces secretas y ver fantasmas intangibles que le hablaban y llamaban en nombre de la raza martirizada por los extranjeros, y profanada hasta en el sagrado de sus sepulcros, que en sus meditaciones sobre el destino de las nuevas naciones, debió concebir la idea de la formación de nuevas razas con ideales propios, con tendencias peculiares a su índole fisiológica, y por tanto con instituciones enteramente nuevas. El, por su parte, no calló del todo su recóndito pensamiento, e hijo genuíno de la sangre americana, sólo estalló su orgullo de vencedor, cuando pudo empuñar el estandarte de aquel capitán esforzado que hizo doblar la cerviz a los héroes incanos.

La restauración del antiguo imperio con sus límites geográficos, es un hecho que, a no conocer sus causas positivas, llamaríamos providencial; porque sólo un designio secreto de voluntades omnipotentes, y una inspiración de la eterna justicia, pueden realizar la obra tan completa. Pero no busquemos su explicación fuera del campo de las leyes históricas y de las verdades positivas: la naturaleza tiene una inmensi-

---

(9) *El ostracismo de los Carrera.*

dad de leyes generales y especiales para regir las evoluciones de la vida, y una de esas leyes inmutables es la de la unión íntima que existe entre la tierra y el hombre, entre los fenómenos permanentes de la una, y las facultades psicológicas del otro.

Las sociedades toman al nacer el temple, la forma, el matiz, la sensibilidad que les imprimen el suelo y sus cualidades esenciales, como el metal fundido adquiere las sinuosidades y los toques, más o menos armónicos o estéticos, del molde que los recibe; y no importa que largas épocas de transformaciones y de evoluciones, aparentemente radicales, sacudan su organismo, o lo arrastren en vicisitudes dolorosas, porque siempre recuerdan, — y este recuerdo es en ellos una fuerza, — el origen, la fuente, la tierra de donde brotaron y donde adquirieron la forma de la humanidad. Y así, la sociabilidad quichua, única en Sud América que haya nacido con caracteres de uniformidad y de unidad, y dado muestras de una cultura progresiva, aunque haya atravesado dos siglos de evolución bajo la influencia de una raza extraña, no perdió la noción tradicional de sus orígenes.

Es verdad que ni el tiempo, ni los sistemas de colonización empleados fueron suficientes para borrar la huella del pasado; antes bien, las desgracias que sufrieron los indígenas bajo la mano de hierro de sus dueños, era una fuerza permanente de repulsión contra la influencia de la raza blanca, y de reacción contra las transformaciones ya realizadas.

Todos los pensadores que han dirigido o cantado los destinos de la Revolución, han sentido la necesidad de evocar las tradiciones nativas para retemplar el vigor enmohecido por la servidumbre; y así, al mismo tiempo que se mostraban progresistas destruyendo las formas establecidas para lanzarse en las corrientes filosóficas del siglo XVIII, levantaban la tradición de la tierra como la suprema fuerza para encender la pasión de la libertad.

San Martín, como todos los genios de la tierra, árbitros de las naciones, comprendía que los pueblos, antes que todo,

tienen un alma sensible a las emociones y a los recuerdos, y que viven y se agitan al impulso de sus glorias y de sus desgracias; sabía que las lágrimas de tres siglos habían fecundado la tierra, y sembrado gérmenes de heroísmo y de martirio, y que ellos gemían en el húmedo seno de la madre con acentos conmovedores y terribles, que más de una vez llenaron de temor supersticioso a sus dominadores; y por eso, a su paso por los desiertos y las montañas, se alzaban del fondo ignorado de las cabañas y de las aldeas, los héroes nativos como Cabral en San Lorenzo, y como esa legión de mártires dignos de la oda pindárica o de la columna inmortal de Platea, que brillaron en Chacabuco y Maipo al nivel de sus jefes.

San Martín, al evocar esos sentimientos en el corazón de los pueblos, se adelantaba quizá en muchos años al pensamiento de su generación, y sentaba, sin espíritu alguno de doctrina, un principio que la ciencia comienza a convertir en una verdad profunda ahora, en la época de las grandes revoluciones filosóficas. Así, él es el vínculo entre el pasado y el porvenir, y entre los destinos tradicionales de las repúblicas que se han desprendido del antiguo señorío de los Incas.

Después de realizar el paso de los Andes, remontando su figura histórica y la de su ejército al nivel de los héroes que admiramos en la antigüedad griega y romana, abriendo su ruta con la victoria, se lanza también a los caprichos del océano que le azota sin vencerlo, y va a sorprender a sus enemigos en el baluarte mismo de su dominación; va como los cruzados de otro tiempo, a libertar el sepulcro sagrado de los soberanos de América, poseído durante siglos por los hijos de naciones extrañas que no respetan las cenizas que él encierra. Las ciudades le reciben como al Mesías, de quien todas las razas dominadas en la tierra esperan algún día la redención y la libertad, porque la esperanza parece abrigarse en la humanidad hasta la muerte, y ella se personifica en esos héroes sobrenaturales que los pueblos adoran en espíritu, y como una promesa de sus dioses destronados o desterrados.

San Martín lleva consigo la *buena nueva*. Ya fué anunciado a las regiones andinas por el sublime profeta de las cumbres, que desde la roca donde no alcanza la niebla, y desde la altura donde no llegan las nubes, escudriña el porvenir, y con un graznido pavoroso hace a la tierra su revelación; ya fué anunciado por las visiones nocturnas de la montaña, que como cendales de luz volcánica, atraviesan los espacios y se ciernen sobre las selvas donde moran los hombres; ya fué anunciado por los estremecimientos profundos del granito que contagian a la llanura y al océano; ya le anunciaron los rumores sordos e intensos que bajan de las alturas como una voz de otros mundos, evocando en los espíritus supersticiones y presentimientos extraños. Y cuando el cóndor se agita y se remonta de súbito al firmamento, y allí lanza su grito terrible; cuando las fantasmas de las tumbas pueblan las cimas en confusión y tumulto; cuando la montaña se conmueve haciendo vacilar las ciudades, y llegan a la llanura sus rumores siniestros, es que los genios invisibles de la tierra, que velan por la suerte de sus hijos, están pronunciando la profecía suprema de la resurrección y de la libertad.

Y es allí, en la vieja y augusta *Roma de los Incas*, donde se condensan todos los presagios y todas las fuerzas que van a dar el desenlace a la inmensa tragedia; allí donde en otro tiempo se levantaron los palacios y los templos magníficos, donde lucieron sus armas y su gallardía los guerreros, sus canciones heroicas y sencillas los poetas nacionales y sus danzas vistosas sus mujeres, la venerable figura de Manco Capac se destacaba bendiciendo a su pueblo; allí donde los últimos y desgraciados reyes rindieron su cabeza a la cuchilla del verdugo y su inmenso imperio a la esclavitud; allí se dirigen los dos héroes de la América que, como dos mares que van a estrellar sus olas en la misma tierra, reúnen en el Perú sus dos ejércitos, y los estrellan contra el tenaz baluarte arraigado por los siglos, que rueda con estrépito para no levantarse jamás, bajo nuestro cielo y en frente de nuestras cordilleras.

San Martín y Bolívar van a disputarse en seguida la pal-

ma de la justicia en este triunfo de la América, en esta rendición de un continente. La tragedia se acerca a su término, porque la hora del último sacrificio ha sonado; la historia coronará al más grande, y el más grande será medido por la magnitud de su sacrificio. La lucha es colosal, la expectativa terrible; dos dioses, dos genios, dos héroes están frente a frente, llevando consigo dos fragmentos de un mundo, de los que uno debe ceder el espacio al otro. La luz se extingue sobre aquella escena sublime, como si un viento del infierno hubiera apagado los astros; los dos personajes se aproximan en la tiniebla, y una chispa invisible de inteligencia comunica sus cerebros. La tierra está muda esperando la catástrofe; hay un estremecimiento horrible en la naturaleza; la sombra no alienta; en sus senos debe hervir una tormenta del caos.

El Sinaí se corona de nubes cuando Jehova se acerca y va a emitir su pensamiento divino, como si la tiniebla fuera el cerebro de los dioses y de los genios. No, la multitud no debe presenciar el abrazo de la divinidad con los elegidos: ella recibe la revelación acabada y bañada en la luz de los relámpagos. Así los dos genios de la Revolución americana se envuelven en el misterio impenetrable para decidir su contienda suprema. Pero la tiniebla se ilumina con el resplandor de la virtud excelsa, y los héroes aparecen de nuevo a las miradas ávidas de los espectadores.

¿Quién ha triunfado en aquella lucha secreta? Bolívar ciñe la espada, y una sonrisa de orgullo satisfecho alumbraba su rostro. San Martín empuña un trofeo, una aureola apacible rodea su cabeza, y el resplandor de un enorme sacrificio reverbera en su atmósfera. ¿Quién ha triunfado? — pregunta la multitud aturdida. “La América, no queriendo comprender lo que sus ojos veían, exclamó por todas partes: hay un misterio en el drama de Guayaquil. El general don José de San Martín, mostrando su alma desgarrada por la inmolación sangrienta, pudo contestar: *no hay sino una virtud*” (10). He

---

(10) NICOLÁS AVELLANEDA, Discurso citado.

ahí develado el arcano, y al héroe que se corona de inmortalidad, porque ésta pertenece al sacrificio.

El fallo de la historia está dado, y es inapelable. San Martín, al abandonar a América, donde pudo reinar como Bolívar pretendió después, consumó con una eterna lección de moral la obra que realizó con su espada; su gloria se levanta sobre sus propias palabras: "La presencia de un militar afortunado es temible en los Estados que se constituyen de nuevo".

Situaciones como ésta no caben sino en el marco inmenso de la historia, en el espacio ilimitado de la epopeya, o en los abismos insondables de la tragedia de Esquilo, donde los personajes son las razas y los dioses, los escenarios las montañas, los mares y el firmamento. La tradición se agiganta por que su espíritu anima y envuelve todo el cuadro, en que los dos héroes que han reivindicado el precioso tesoro de la América, pesan su grandeza moral ante la historia; sus relatos se coloran con las luces nuevas que destellan aquellos pueblos suspensos de la gran contienda de los dos generales victoriosos; sus personajes se multiplican y se revisten de la majestad refleja de los grandes caracteres que dominaron la escena; y quizá en sus investigaciones íntimas llegará a descubrir nuevos indicios que hicieran la luz histórica sobre aquella entrevista memorable, ya sea recogiendo confidencias de algunos de sus actores, ya una frase o una acción significativas, que siempre se escapan a pesar de la voluntad cuando pesan las grandes preocupaciones, a semejanza de esas vagas vislumbres que aparecen en el horizonte cuando la tempestad se prepara en el espacio. No hay esfera de la vida donde no pueda penetrar y recoger su cosecha la curiosidad de la multitud, que se apiña alrededor de los grandes sucesos, participa de las emociones y sufre los choques eléctricos que brotan del seno de las nubes donde batallan las tormentas.



## VII

He dicho que los dos más grandes poetas de la Revolución americana han evocado la tradición primitiva para fundar la justicia de la causa: el autor del Himno Nacional Argentino, y el del Canto a la Victoria de Junín. En éste está formulada la doctrina y hecho el proceso de la conquista; las sombras de los reyes Incas se aparecen a sus héroes, exhortándolos a la pelea en nombre de sus antiguos derechos y de la libertad, que pueden comprender, gracias a la ficción poética que les mantiene en la inmortalidad del espíritu. El fragor de las armas que sus hijos levantan sobre el campo despierta de sus sepulcros los manes sagrados, y semejantes a los dioses de la fábula, intervienen en el combate para sostener el valor de los suyos, y profetizar el destino de su héroe predilecto.

Huaina Capac aparece en las cumbres iluminadas por resplandores de inmortalidad; él habla a los descendientes de su raza desgraciada, cuenta los martirios de sus antecesores y de sus propios hijos, sacrificados por el invasor, y formula su proceso con el criterio del revolucionario que va a derribar toda una época. Es la revolución del pasado contra el presente, la reacción de una raza sumergida en el abismo, la resurrección con formas nuevas, de un imperio semisalvaje que había vislumbrado ya en su tiempo destinos grandiosos. No quiere la monarquía incásica, porque en su vida de ultratumba ha mirado el porvenir, y ha aprendido que sólo la democracia hace felices a los pueblos; quiere sólo que su sangre, su tradición, su unidad antigua, formando el fondo del carácter de las nuevas naciones, sean el vínculo que las ligue en el tiempo y sobre la tierra, para resistir las catástrofes, conservar eternamente la libertad, y abrazar todos los progresos que la razón humana conquista cada día.

Hay en sus palabras historia y profecía; son el corazón, el sentimiento de América, los que hablan en el momento su-

premo en que se lucha por la emancipación radical de la ley extraña y del espíritu.

El Inca comprende que toda revolución política que rompe vínculos geográficos, trae envuelta una revolución ideal que rompe vínculos morales; y su palabra de ultratumba, inspirada en el fuego de la divinidad, evoca la resurrección de la fibra nativa, venciendo las influencias que a través del tiempo le han modificado. El poeta ha puesto en su boca la exposición de la doctrina que forma la esencia de la tradición de la raza. El personaje desenterrado del olvido hace vivir también y resucitar las glorias de su imperio, aún no conocidas, o sumergidas en el polvo de los combates que dominaron la tierra. Su pedestal es de nubes, su aureola de estrellas; a sus plantas, envueltas en una nebulosa ténue, figuran los atributos guerreros del Inca:

*penacho, arco, carcaj, flechas y escudo;*

y así, rodeada de esplendor y de fantasía, su noble y veneranda sombra habla a las legiones de la patria:

*Hijos, decía,  
generación del Sol afortunada,  
que con placer yo puedo llamar mía.  
Yo soy Huaina-Capac, soy el postrero  
del vástago sagrado:  
dichoso Rey, mas padre desgraciado.*

*¡Oh pueblos que formáis un pueblo sólo  
y una familia, y todos sois mis hijos!  
Vivid, triunfad...!*

*Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza  
la nueva edad al Inca prometida  
de libertad, de paz y de grandeza.*

Pero el Inca no quiere ver levantarse la antigua dignidad real, porque a través de los siglos en que su espíritu inmortal ha presenciado las revoluciones de la razón humana, ha aprendido que los reyes más buenos y santos, más libera-

les y cariñosos para su pueblo, siempre se sienten arrastrados al despotismo, porque la base de su poder y su forma misma, no son las de la igualdad y del derecho, las del amor y la justicia que deben presidir a la constitución de la sociedad. El ha visto y sabido en la tradición de sus antecesores, que muchos de éstos fueron duros con sus súbditos, y si muchos fueron amados y divinizados, otros fueron maldecidos y odiados. Los pueblos, aún los más salvajes, tienen una forma de manifestar su protesta contra los malos gobiernos, ya sean patriarcales, ya teocráticos, ya militares. Cuando los cantos indígenas dejaban de resonar en las soledades de las llanuras o en los desfiladeros de las montañas, y los indios asistían a las rudas tareas de la mina o del cultivo de la tierra, en silencio y sin una sonrisa de satisfacción en su tosco semblante, era porque enlutaba su espíritu infantil una sombra, y porque sentían sobre sus corazones el peso de una atmósfera de despotismo.

Los instrumentos de la tiranía, cuando se tiene el poder real, son muchas veces deslumbradores y engañosos. El amor domina más pronto que la fuerza, porque es el ambiente moral de la humanidad, y los pueblos niños tienen más tiranos porque están en la edad de las impresiones primaverales. Los déspotas han comenzado su vida en el seno de las multitudes, siendo conocidos y amados por ellas, conducidos y elevados por ellas, sin discernimiento ni conciencia, a las alturas del poder, y sólo impulsadas por la pasión del compañerismo y la hermandad, que les hace esperar un gobierno propio de la masa, de la agrupación que los condujo hasta él. Pero casi siempre esas muchedumbres apasionadas tienen que llevar a la hoguera al ídolo forjado y adorado en los momentos del acceso. Las turbas entusiasmadas por la elocuencia artificiosa de Atenas, llevaban sus favoritos al gobierno y los derribaban de él en perpetua agitación, como las olas juegan con el despojo del navío, lanzándolo a la costa, o sorbiéndolo de nuevo con el mismo estrépito.

Huaina-Capac habla y expone su pensamiento en esta

estrofa que es un sistema de moral política y una vaga acusación al conquistador de América:

*Yo con riendas de seda regí el pueblo,  
y cual padre lo amé; mas no quisiera  
que el cetro de los Incas renaciera;  
que ya se vió algún Inca, que teniendo  
el terrible poder todo en su mano,  
comenzó padre y acabó tirano.  
Yo fui conquistador: ya me avergüenzo  
del glorioso y sangriento ministerio;  
pues un conquistador, el más humano,  
formar, mas no regir, debe un imperio.*

La conquista de sus dominios por las armas españolas ha aleccionado al Inca glorioso, porque desde su vida inmateral ha podido contemplar un sistema colonial que no daba a los naturales participación en la cosa pública, y sí sólo los consideraba como los instrumentos que labran la fortuna del soberano; y ha contemplado también el anonadamiento del espíritu de su raza, hasta el grado que hoy, los indígenas que no han recibido la regeneración de la cultura ni de la educación urbanas, se mantengan en sus soledades, inaccesibles al contacto de la vida nueva.

El Inca se aparece en la epopeya para levantar con su presencia los recuerdos dormidos en la memoria de los que llama sus hijos; él llena y da el alma al poema; las maravillas que rodean y exaltan su majestad sobrenatural, son también lo maravilloso y lo fantástico de la obra; el himno que las divinidades múltiples del cielo americano entonan al Sol, es el himno con que el poeta saluda y bendice al Dios de la tierra nativa, al astro divino que da fuerza a la naturaleza inanimada, retempla el vigor de los hombres, mantiene el calor del hogar, simboliza la idea creadora y conservadora de todas las cosas, concentra y atrae el pensamiento de las almas que viven de su aliento universal. El Sol fué el símbolo excelso del sentimiento religioso de la gran raza de los Incas, y de cuantos poblaron la solitaria América. Ese himno

*era el coro de candidas Vestales:  
las vírgenes del Sol, que rodeando  
al Inca como a Sumo Sacerdote,  
en gozo santo y ecos virginales  
en torno van cantando  
del Sol las alabanzas inmortales.*

No juzgo el poema; recojo los acentos del poeta americano inspirado en la tradición de la raza indígena, y en los cuales repercute el eco del pasado, resuena la armonía confusa de la antigua poesía que animó las selvas y las montañas vírgenes, y que vibran a intervalos en este canto, tan célebre como el suceso que le da existencia. El espíritu crítico encontraría quizá mucho que censurar y corregir, pero yo no veo en él sino al poeta de América, evocando las glorias tradicionales para enardecer los corazones y levantar los espíritus en la lucha de la Revolución que va a desligar las dos razas. El lenguaje que usa su personaje sobrenatural cuando juzga a los conquistadores se enardece con el furor de la pelea, y la crítica no debe perder de vista al analizarlo, que él ha sido escrito en medio de las batallas y cuando fermentaba el odio mútuo entre ellas, y no buscar el poema de una nación ya libre y organizada.

Los cantos de guerra, ya sean los que impulsan los soldados a la lucha, ya los que celebran la victoria, no son inspirados sino por la pasión ardiente que forma los héroes. Las notas, los acentos moderados son un signo de debilidad en medio de la refriega, y derraman el desaliento en las filas. La epopeya estalla después, cuando el poeta ha dominado todos los acontecimientos, cuando todas las figuras se destacan en el fondo de la historia con sus formas y colores definitivos, y los principios e ideales de la guerra se aparecen al espíritu con su carácter evidente; pero el canto lírico nace y vive en medio del incendio que las pasiones levantan en el poeta, y con más razón la poesía bélica, destinada a arrastrar las multitudes al heroísmo y al martirio, no reconoce medida, ni en su vuelo límite.

El canto de Olmedo es el eco de la voz del general que manda la batalla, repetido por las cumbres, respondido por el trueno, escuchado por los muertos que yacen en sus sepulcros; en él respiran el odio, la venganza y el furor que se anidan en los hijos de la tierra contra sus dominadores, y el Inca los enciende en sus corazones con palabras que son la expresión de la protesta íntima de la tierra donde nacieron sus descendientes y los de sus antiguos súbditos, destinada por la naturaleza a ser teatro espléndido de los progresos de la civilización y de la libertad. Las formas adolecen de incorrecciones notables; en el conjunto se advierte alguna confusión y desorden: se diría que ha sido escrito en una atmósfera de humo y de sangre. El héroe principal oscurece demasiado a los demás que sostienen y consiguen la victoria, y una legión de héroes que allí resplandecieron con su futura inmortalidad, no tienen voz ni acción en el poema. El poeta es demasiado humano al ensalzar al que era al mismo tiempo guerrero y gobernante, y es demasiado ideal al crear las formas del aparato fantástico; es pródigo cuando corona de flores y luces etéreas a Bolívar y a sus jefes y soldados y su entonación decrece cuando canta a los antiguos compañeros de San Martín: el poeta se ha asimilado el carácter de su héroe.

La tradición, la crónica, la historia, han desgarrado la humareda densa de aquel combate memorable, y ellos devolverán a los compañeros del mártir de Guayaquil las coronas que les quitó el olvido; la leyenda los presentará con todo el esplendor con que lucharon en Junín y en Ayacucho; la poesía divinizará sus caracteres homéricos, y todos los bravos libertadores del Perú y Chile que siguieron a San Martín, serán en la posteridad los tipos radiantes de la leyenda argentina sobre las regiones que el ecuador fecunda. Allí donde la atmósfera de los trópicos enciende en sus cerebros los sueños deslumbrantes, las proezas de valor de nuestros soldados aparecerán en el tiempo rodeadas del esplendor con que la rica fantasía de esos climas adornará e idealizará sus figuras épicas. Ellos salvaban fuera de las fronteras de la patria el tem-

ple nacional que se enervaba en el ambiente sangriento que se cernía sobre nuestras instituciones; y he ahí la doble misión de esa empresa que San Martín llevó a cabo sobre el Perú: al mismo tiempo que cimentaba la libertad de naciones hermanas, apartaba del vértigo de nuestras contiendas civiles una legión de los héroes de Mayo, de Tucumán, de Salta, de Chacabuco y Maipo, que debieran más tarde conducir la bandera de la patria en las batallas contra el tirano, que debían regenerar de nuevo el vigor adquirido en la lucha emancipadora, con tantos sacrificios y tantos martirios como los que forman la época infausta de nuestra historia.

¡Oh sublime penetración de los grandes héroes! San Martín quizá presentía las calamidades que debían destrozar el seno de la república naciente, y quiso salvar del naufragio la parte más brillante de sus ejércitos, conduciéndolos a una empresa lejana; porque vagando sobre los mares, errando sobre las cumbres y los llanos, lejos de la tierra nativa, el sentimiento nacional se fortalecía en la ausencia; como los hijos de Priamo, lejos de la ciudad destruída, pueblan las soledades del océano con los cantos de su patria desgraciada, incendiada y desgarrada de dolor, pero llevando a todas partes su heroico y legendario arrojo; así nuestros soldados en la campaña del Norte, y mientras las facciones se devastaban y abrían los cimientos del despotismo en nuestro suelo, fueron a continuar en tierras lejanas la tradición de glorias con que el pueblo argentino consagra su eterno renombre y su bravura. El poeta de Junín ha dedicado a uno de aquellos héroes una estrofa de glorificación y un himno de alabanza: el joven Necochea, que en la campaña de Belgrano llena de asombro a los enemigos por su temerario valor, en Junín alcanza la corona inmarcesible, y el poeta exclama:

*¡Oh capitán valiente,  
blasón ilustre de tu ilustre patria!  
no morirás; tu nombre eternamente  
en nuestros fastos sonará glorioso,  
y bellas ninjas de tu Plata undoso  
a tu gloria darán sonoro canto  
y a tu ingrato destino acerbo llanto.*

¡Cuántos de aquellos caracteres vaciados en el molde homérico sucumbieron envueltos por la ola ensangrentada de la barbarie que inundó la ribera de nuestros ríos, las soledades de nuestros desiertos, los valles risueños de nuestras montañas! Como las aves revolotean sin concierto alrededor del bosque incendiado donde se perdió su nido, así aquellos héroes en quienes aún ardía la llama de las primeras batallas, vagaban por las tierras extrañas, iban a morir en ajenas playas, o rendían la vida en combates aislados contra las turbas bárbaras de su patria, formando la trágica odisea que abarca toda la negra época de nuestras contiendas fratricidas.

### VIII

Asombra, en efecto, al observador imparcial aquella fortaleza inagotable de los soldados de la Revolución, en medio de los disturbios que ya comenzaban a cavar la tumba de nuestras libertades; sorprende a la inteligencia más fría aquella virtud no extinguida en tanto sacrificio, en que murieron desgarrados por el desengaño tantos hombres que habían sido el alma de la emancipación, y aquella disciplina y aquel amor a la patria joven, que les arrastraban a los combates contra el enemigo común, después de haber dejado en las contiendas civiles girones de su cuerpo y de su alma, porque peleaban contra sus hermanos.

Belgrano, el héroe de las primeras campañas, muerto en el abandono, envuelto en la bandera que él levanto en sus momentos de inspiración en las orillas del Paraná, y en medio de las ruinas que el año 20 amontonaba sobre este suelo inmortalizado por tantas victorias. San Martín, el genio más alto de la Revolución americana, que había consagrado la redención de un mundo con un sacrificio sublime que sus contemporáneos no comprendieron, sufriendo en el extranjero la nostalgia de la tierra amada, tanto más dolorosa cuanto más hondas eran las heridas que la ambición y el odio abrían en el seno de su patria; y cuando vuelve a empuñar la espa-



da invencible para salvarla de una guerra contra el enemigo exterior, los que le debían la vida y la libertad se encargan de llevar a sus labios la esponja empapada en la hiel de sus rencores y de sus miserias, y de clavar en su corazón magnánimo la última puñalada que lo llevó al sepulcro!

Así, y cuando tanta sombra y horrores se extendían sobre nuestras glorias imperecederas, parece sobrenatural que aún viviera el temple guerrero de los primeros días, para congregar nuevas legiones de héroes en los campos de Ituzaingó; pero es que allí concurren los legendarios peregrinos de los Andes, de Chile, del Perú y el Ecuador, nunca vencidos, siempre llevando consigo la libertad, y levantando la bandera de Mayo sobre las cumbres más altas de la América; allí corrieron los sobrevivientes de tantas inmolaciones sangrientas en que los argentinos se coronaron de palmas inmortales, y levantaron la admiración de los buenos, la emulación de los bravos, el odio de los perversos, y donde más de una vez tuvieron que sufrir el rigor injusto de jefes envidiosos, que no eran por cierto los que salieron del Plata. No hay un palmo de tierra americana donde no haya caído su sangre como riego fecundo de libertad y de heroísmo. Oigamos al poeta de la victoria:

*Las barreras*

*eternas de los Andes se allanaron  
al marchar de los fuertes campeones;  
parten de allí cual rayo a otras regiones,  
y con igual decoro  
en el Perú la espada desnudaron,  
y de sangre enemiga la lavaron  
en las corrientes del Rimac sonoro.  
El Ecuador los vió. Quito amagada  
miró argentinos y quedó asombrada;  
y hélos de nuevo aquí, y arder de nuevo  
en bélico furor toda la tierra.*

No era posible que una nación que acababa de pasearse victoriosa por todo un continente, realizando hazañas que no lograron los antiguos, libertando pueblos extraños, retem-

plando en el fuego de los combates su vigor tradicional, fuera vencida por un ejército de esclavos, que marchan a la batalla al sonido del látigo, y sin llevar en su corazón sino una débil llama de entusiasmo, porque la pasión por el suelo donde nació tanto desgraciado, se desvanecía ante la presión fatídica de sus tiranos.

La batalla de Ituzaingó, como Maratón, es la lucha de la civilización y de la libertad contra el despotismo y la esclavitud; ambas salvaron un mundo y una raza de la eterna sombra de la servidumbre que degrada los espíritus y mata en germen la cultura social; por eso aquellos héroes, cien veces laureados desde el Atlántico al Pacífico y al Ecuador, alcanzan la última y más radiante corona de inmortalidad que la historia prepara a los grandes bienhechores.

No conozco sobre la tierra empresa más grandiosa ni pensamiento más completamente realizado: la Revolución comienza la tarea de la emancipación política y social de la América española, y la victoria de Ituzaingó quema al nacer las alas del monstruo que volaba a oscurecer la libertad sobre nuestras jóvenes generaciones. La sombra de San Martín aún flota sobre nuestros guerreros, envuelta en la túnica del sacrificio que iluminó una época y abrió para siempre los senderos de la historia a su patria, y su mirada profunda es fuego que enciende la hoguera en sus compañeros inolvidables, que viven y alientan con su recuerdo, que mantienen en torno de su nuevo jefe la disciplina de hierro que se encarna en su carácter, impresa por el genio del Capitán de los Andes en todo su ejército.

Alvear es el tipo del heroísmo bullicioso y temerario, que despliega como los relámpagos sus chispas incendiarias sobre las multitudes enemigas, y que, como el fluido que ellos contienen, contagia los que le siguen y obedecen sus órdenes. Corazón apasionado y ardiente, cerebro febril y fantasista, alma templada en el molde candente de la época, inteligencia desbordante, voluntad impetuosa e irresistible, como el torrente despeñado de la cumbre, su silueta se dibuja sobre la huma-

reda del combate como una exhalación de fuego en medio de las nubes apiñadas; su voz se escucha en todas partes como la repercusión del eco en las montañas; su caballo de pelea, semejante al carro de los semidioses de la leyenda brahmánica, atraviesa la confusión y el tumulto como arrastrado por vientos tempestuosos: hay en todo su aspecto el brillo sobrenatural de un personaje mitológico.

A su lado se destacan, con su resplandor sublime, la figura imperturbable de Paz, que parece al pie del cañón un coloso de los Andes despidiendo las llamas y los peñascos del volcán, y la de Lavalle que, como una visión de las leyendas osiánicas, parece llevar en su mano infatigable la espada sagrada que los dioses primitivos legaron a los elegidos de su raza. Las sombras de víctimas ilustres se levantan del escenario siniestro, para atestiguar el heroísmo de la nación de 1810, y para repetir la eterna lección del martirio que redime todos los pueblos y santifica todas las causas.

Brandzen fué el héroe que la fatalidad elige como expiación suprema, y su inmolación atiza el fuego del combate, como si un sacudimiento profundo pusiera en fermentación las lavas encerradas en el seno de la montaña. Oigamos de nuevo al poeta de Ituzaingó:

• *El rayo está en su mano, y en sus ojos  
la llama brilla que el honor enciende;  
la presencia de Brandzen los enojos  
redobló del soldado: tal un día  
allá a los campos de la antigua Troya  
Héctor descendería,  
con un valor igual, con igual suerte,  
en demanda de Aquiles y la muerte.  
Y el momento llegó: la parca avara,  
de matanza vulgar no satisfecha,  
una víctima grande señalara,  
y Brandzen expiró... Golpe terrible!...*

## IX

Allí aparece de nuevo el legendario Brown, como una resurrección sublime después de largos años de silencio, siempre con aquel arrojo que no temió las iras de los mares más bravos del mundo, ni los fuegos de los buques enemigos, ni los cañones de las plazas fuertes donde aventuró sus naves y sus heroicos compañeros; allí,

*mientras que vencedor por su destino  
Brown combatía la tremenda flota,  
quedaba libre el líquido camino,  
y a la playa remota  
volaban las legiones  
que al causador de tan inicua guerra  
a mostrar iban ya nuestros pendones  
triunfantes en las aguas y en la tierra.*

Las aventuras de este marino singular son dignas, no ya tan sólo de la narración sencilla que ilumina el pasado, y de la historia serena que juzga las trascendencias de los hechos, sino también que por su índole y sus vicisitudes realmente fantásticas, parecen destinadas a dar vida a una odisea que, como la antigua, perpetúe por los mares lejanos el nombre augusto de la nación cuya bandera flameaba en sus mástiles. Y a la verdad, yo me he sentido agitado de admiración y de entusiasmo extraños, al relato de esas expediciones que parecen inspiradas y realizadas por una potencia misteriosa, de esas frágiles naves que se lanzan por la ruta donde tantos naufragios memorables habían sembrado el horror, y a develar derroteros ocultos por las brumas australes, donde al fragor de las olas se une la oscuridad horrible de las tinieblas impenetrables.

Esa cruzada del Pacífico hasta Colombia, con sólo cuatro barcos y un puñado de soldados, "a la vez que fué uno de los episodios de nuestra Revolución, de más vivo interés, nos da la primacía, de tiempo al menos, y de no menos arrojo, sobre las mentadas hazañas que lord Cochrane realizó algu-

nos años después, con medios mucho más poderosos. No sólo por eso merece contarse, sino también porque es una prueba palpable de la vigorosa elasticidad que la Revolución había comunicado al movimiento social y a los hombres envueltos en su fortuna” (11). Y es cosa que invita a las reflexiones más profundas, y convida a los sueños más fantásticos, la imagen de la bandera argentina, símbolo de la libertad de un pueblo recién nacido, mostrando sus colores y agitando sus pliegues en toda la extensión de las costas de América, en los dos océanos que la abrazan. Cualquier espíritu inclinado a deducciones remotas o a supersticiones más o menos fundadas, encontraría en aquellas aventuras memorables una profecía nebulosa y medio velada por las brumas de la distancia, de lo que podrá en lo futuro la nación en cuyo nombre esa bandera surcaba los mares, e iba a asomarse como la aparición de un sueño, a los puertos de las ciudades insulares, y en frente de las fortalezas enemigas.

El fué a despertar la quietud de los pueblos occidentales con el repentino estruendo del cañón, y solo, adelantándose a sus compañeros de aventuras, después de victorias increíbles, va a intentar la rendición de Guayaquil, donde el mar le sorprende, su nave se tumba, y donde semejante a un dios de la destrucción, o a un ángel conductor del fuego del incendio, se dispone a quemar su nave y perecer en sus llamas (12) con sus soldados, leales y templados en el mismo fuego, antes que dejar mancillar aquel estandarte que atravesaba todas las latitudes, sin que una sombra empañara su gloria, ni una gota de sangre injustamente derramada salpicara sus franjas luminosas.

El Océano Atlántico le vió cruzar también, como una ave pasajera que va buscando en lejanos climas las selvas donde construir su nido al abrigo de la muerte; y en esta odisea del *Hércules*, solitario peregrino de la inmensidad, y lle-

---

(11) V. F. LÓPEZ, *Historia Argentina*, t. V, pág. 382.

(12) V. F. LÓPEZ, *Historia Argentina*, t. V, pág. 393.

vando a su bordo al marino legendario y a sus hermanos de aventuras, llega hasta ese mar donde Colón arribó la primera vez, y al golfo inmenso donde las naves de Cortés ardieron para cerrar el camino de la fuga. En todas partes los recuerdos grandiosos, las tradiciones heroicas renuevan su entusiasmo, y le hacen presentir el destino colosal de la nación que le abrió los brazos y le llamó su hijo; y así se vió en la guerra brasilera unas frágiles naves luchar venciendo con la enorme y ponderada flota enemiga, que parecía iba a reducir a cenizas las ciudades y las fortalezas, las naves y los ejércitos.

“La historia del corso argentino, desde 1815 hasta 1821, dice Mitre, es una brillante y animada odisea marítima, llena de episodios dramáticos, de figuras heroicas, de hazañas innumerables y de aventuras extraordinarias, que pueden suministrar materiales para escribir un libro tan interesante como nuevo. Durante esos cuatro años, la bandera argentina, enarbolada por nuestros atrevidos corsarios, flameó triunfante en casi todos los mares del orbe: en el Océano Pacífico, en el Atlántico del Sur y del Norte, en los mares de la India y en el Mediterráneo... Taylor dominó con la bandera argentina el golfo de Méjico y el mar de las Antillas, destruyendo el comercio español en La Habana. Chayter llevó esa misma bandera hasta la costa de la península española, hostilizando vigorosamente el comercio de Cádiz al frente de sus propias escuadras con las que no rehusó medirse. Brown, en calidad de simple aventurero, mantuvo con gloria su enseña de comodoro argentino al frente de las fortificaciones del Callao y de Guayaquil. Todos estos cruceros, y muchos otros, tan desconocidos como importantes, son dignos de figurar en las páginas de la historia nacional; pero tal vez ninguno de ellos presenta el interés del crucero de la fragata *La Argentina* al mando del capitán don Hipólito Buchard, más conocido entre nosotros con el nombre del capitán Buchardo. Los mares de la India y del Pacífico fueron su teatro de acción, dominando en ellos la Polinesia, la Malasia y las costas de California y Centro América, destruyendo el comercio español

en Filipinas, y después de recios combates, largos trabajos y proezas dignas de memoria, dando la vuelta al mundo desde las costas argentinas, doblando el Cabo de Buena Esperanza, hasta las de Chile, atravesando los mares de la Oceanía... Nosotros apenas conocemos por tradición el nombre del intrépido capitán Buchardo, el primero y el último que hizo dar triunfalmente la vuelta al mundo a nuestra bandera; y el único que, hasta hoy haya llevado tan lejos nuestras armas, haciendo pronunciar el nombre de la República Argentina en los más remotos mares, por la ardiente boca de sus cañones." (13).

Así, parecía que la nación que comenzaba a ostentar su nuevo título, hubiera querido exhibir al mundo los colores de su bandera, el heroísmo de los soldados con que había conquistado su libertad y el fuego del entusiasmo con que se aventuraba a las luchas de la vida; parecía que una bendición sobrenatural caía, como las lenguas de fuego del Evangelio, a ungir la frente del pueblo que en 1810 se hizo apóstol y mártir de la redención de un mundo.

Sin mencionar en detalle los mil y un episodios, llenos de novedad y de colores fantásticos, de las campañas marítimas de la Revolución, tarea que pertenece a los historiadores (14), el tradicionista y el poeta encontrarían en esas odiseas sorprendentes, motivos fecundos para la creación e idealización de la leyenda patria; porque los combates y las expediciones marítimas llevan en sí mismos la extraordinaria grandeza, la fantasía y los efectos maravillosos que les presta el escenario turbulento en que se suceden; los caprichos y las veleidades de las olas, los horizontes engañosos de los mares, la inmensidad del elemento enfrente de la pequeñez del hombre, son causas para que la imaginación encuentre en esas

---

(13) MITRE, *Crucero de "La Argentina"* (Revista de Buenos Aires, tomo IV, pág. 287).

(14) A. J. CARRANZA, *Campañas marítimas durante la guerra de la Independencia*.

empresas guerreras el encanto de la poesía, la atracción del abismo, la seducción de los paisajes, la sombría tinta de los sentimientos que en el corazón despierta la lucha con lo desconocido.

La literatura de todos los pueblos del viejo mundo se enriquece con las narraciones de sus marinos, que se ausentan de la patria para llevar por los climas y las latitudes más lejanas el nombre de su nación, haciendo en todas partes prodigios, que referidos en el estilo de la leyenda, extasían los espíritus y despiertan en las generaciones que los escuchan los anhelos heroicos que les impulsan a las grandes acciones.

El mar, como todos los abismos, ejerce sobre el cerebro atracciones vertiginosas, evoca ideas tan vastas como sus horizontes, estimula la fantasía con sus arcanos eternos, y hace de cada marino un tipo de leyenda y de epopeya: parece que el hombre se siente impulsado a dominar sus iras terribles, y a abarcar con las alas de su pensamiento toda su inmensidad. Los helenos han nutrido su poesía virgen con todos los encantos que el océano encierra en sus senos insondables; ellos han personificado en creaciones risueñas sus voces misteriosas, sus rumores infernales, sus tempestades siniestras; y ya desde sus leyendas primitivas, las sirenas cautivaban los atrevidos navegantes que se lanzaban a la conquista de tierras remotas sobre las ola agitadas, con esas armonías vagas y arrebatadoras que brotan de los antros líquidos, y que vienen a acariciar el oído como músicas de otros mundos; y allí quedaron, para no volver jamás a los patrios lares, envueltos en redes de amor o en cárceles graníticas, muchos de esos héroes que desafiaron con orgullo titánico y sobre embarcaciones rudimentarias, los furoros y las tempestades del cielo y del mar. Los acentos más gigantescos de la poesía, los acordes más inmensos de la música, son quizá los que se inspiraron en esos cuadros del mar, siempre sublimes, siempre nuevos, siempre grandiosos, ora se adormezca como un lago perdido entre las rocas, ora se revuelva encolerizado entre sus riberas.



Nuestros poetas han ensayado algunos poemas y descripciones de nuestras montañas, de nuestros desiertos y de nuestros ríos; pero hasta ahora ninguno se inspiró en las aventuras de Brown y de Buchardo, sobre el océano, siendo así que, por su índole, la poesía debe preferir los asuntos más fantásticos y maravillosos, y que la forma poética se aviene más con las hazañas realizadas sobre un escenario de suyo tan fecundo en bellezas, que reflejadas sobre los personajes mismos, darían el efecto emocional sin gran esfuerzo de meditación ni de inteligencia.

Tenemos, pues, nuestros héroes del mar, como los tenemos del desierto y de la montaña, y sus tradiciones verdaderamente prodigiosas pueden immortalizar un poeta y un novelista, y hacer soñar con sus aventuras y peregrinaciones a todos cuantos aman sumergirse en espíritu en los mundos luminosos de la fantasía y de las glorias de su raza. El misterio que rodea aún muchos de los episodios marítimos de nuestra Revolución, antes de ser un motivo de alejamiento para los poetas, es lo que añade mayor atractivo a los asuntos; porque la creación ideal, siempre más deslumbrante y arrobadora, les dará el encanto que la verdad descarnada quizá les arrebataría.

La tradición legendaria no se esclaviza, como la historia, en el yugo inquebrantable de la verdad, porque arrancan sus orígenes del sentimiento y de la imaginación del pueblo; y ni la inteligencia más encumbrada podrá decir jamás, que las creaciones del sentimiento y de la imaginación no tienen una base indestructible de verdad en el corazón y en el cerebro donde brotaron: la verdad poética es a la verdad histórica lo que la luz es al astro que la irradia: ambas tienen una existencia real, aunque se presenten a la mente con formas y colores distintos; así el observador que quisiera ver la masa compacta del planeta, tendría que amortiguar la luz intensa que le envuelve para percibir los contornos materiales; y el historiador que busca retratar los hechos positivos

que constituyen la vida de una sociedad y de la humanidad, se vería obligado a cerrar sus ojos a los esplendores de la fábula, y sus oídos a las armonías embriagadoras con que los pueblos en la infancia rodean y embellecen los acontecimientos de su vida.

¡Qué espléndidos horizontes para la poesía y la leyenda nacionales, en las aventuras de los marinos que hicieron flotar nuestra bandera azul y blanca por todos los mares del mundo! ¡Cuánto fuego para encender y caldear las estrofas del poema, en aquellos combates increíbles trabados en la inmensidad del océano, por un puñado de héroes que no tienen otro vínculo con la tierra que el sentimiento de su patriotismo y la fuerza del recuerdo! ¡Cuántos colores para la belleza estética, y para despertar la emoción y el entusiasmo, en aquellos dramas sangrientos envueltos por las nieblas y por el humo de los cañones, o ahogados por el estrépito de las olas y el fragor de la pelea, en cuyo secreto nadie ha penetrado todavía, y cuyas armonías no fueron aún repetidas por el arpa del trovador de las leyendas argentinas!

## X

Pero antes de salir de este período tradicional, quiero volver a las cumbres y describir un personaje extraordinario de nuestra tradición, que semejante a un espíritu de la leyenda bíblica, condenado a la prisión de las rocas y del espacio que se levanta sobre ellas, ha asistido desde su trono nebuloso e inaccesible, a todas las evoluciones de las razas que han poblado la América; él ha presentido y ha visto la aparición del primer hombre, conservando en su rigidez granítica el secreto que la ciencia busca con desesperación; él habitaba las cimas de los Andes cuando las primeras invasiones de los mares fueron a depositar en las laderas sus seculares despojos; él fué el mensajero de los dioses nativos, y trajo a la tierra el anuncio de su génesis radiante, eligiendo su atalaya sobre las cimas más altas, para divisar en todos los horizon-

tes los albores de las nuevas razas; él contempló también con orgullo, y saludó con gritos de júbilo las expediciones de los primeros reyes que comenzaban a conquistar y reunir las asociaciones dispersas, bajo un solo cetro y una sola ley, y vió también levantarse dos naciones poderosas que debían elaborar una civilización y una historia, y puso sus augurios infalibles al servicio de los más grandes héroes; su graznido pavoroso repetido por sus hijos en todas las cumbres del continente, fué el anuncio fatal de aquella invasión de extrañas gentes que esclavizó la tierra de su predilección y de su gloria; y cuando el último araucano y el último quichua sepultaron en el polvo su ensangrentada cerviz, él lanza un grito agudo de dolor que estremece la montaña, y se hunde en las cavernas tenebrosas a llorar la desventura y la muerte de los hijos de la América.

Tres siglos duró su duelo, encerrado en sus prisiones de granito, y durante ellos sólo asomó su figura fatídica, cerniéndose sobre los abismos en la hora del crepúsculo como una nube negra, cuando el estruendo de los combates y las exhalaciones de la carne humana le anunciaban su festín sangriento. El Andes es su cuna, es su trono, es su pedestal, es su gloria y será su muerte; ha nacido del mismo impulso generador que modeló la montaña, y es como el espíritu alado que lleva al firmamento su ambición de alturas; trasmite a los hombres y al continente, en sus acentos siniestros, las revelaciones de sus misterios, las voces de sus genios, la palabra de sus génesis cotidianos: el Cóndor es el profeta de la tierra que arranca sus revelaciones desde la cumbre encendida por el rayo.

La tradición no dice qué ideas se forjaron los indios sobre ese pájaro extraordinario, que parece ser la encarnación de un dios desterrado de su olimpo; pero si recordamos que la imaginación era en el habitante de América la fuente de todas sus creencias, es fácil deducir que debieron considerarlo como una divinidad terrible que auguraba las alarmas, y devoraba después, como un enemigo del género humano, los

despojos de las batallas. La eterna sombra que envuelve su vida, la invisible altura donde cuelga su nido, o abre en la grieta una vivienda, debía engendrar en esos cerebros inclinados a las contemplaciones de la naturaleza, las ideas más informes y las deducciones más heterogéneas; y es imposible que en su mitología confusa, aquella ave gigantesca, de costumbres tan singulares, de fuerzas tan poderosas y vuelo tan elevado que se pierde en el firmamento, no fuera tenida como la personificación de una divinidad, o como la divinidad misma habitadora de las cumbres para comunicarse de cerca con el divino Sol.

Como tanta influencia ejercían en los actos de la vida indígena las supersticiones de índole religiosa; como el Cóndor parece ser, en efecto, el augur de las grandes inmolaciones, y como es el primer ser animado que percibe el rumor más leve que turba el silencio o la quietud de la montaña, no es tampoco difícil que en las tradiciones primitivas ejerza un rol esencial como personaje mitológico; porque parece que los episodios de los Andes y su descripción misma, sin que en ellos se destaque la enorme masa alada que nació del granito, y a quien un relámpago encendió la vida, fueran asuntos ajenos al teatro de la acción; o que desapareciendo su silueta fantástica del pico nevado o del abismo insondable, faltara a la tradición el alma de la tierra, el genio de la montaña, el profeta inspirado de la raza, la majestad de las cordilleras donde reina como soberano desde el principio de los tiempos.

El ha inspirado a todos nuestros poetas que han cantado las glorias patrias, y siempre se nos aparece en sus obras con la majestad que le da su sombría existencia, por la grandeza de su vuelo y la inmensidad de su morada; pero indudablemente es Andrade quien más alto levantó su fantasía para pintar a este extraño personaje de nuestras leyendas andinas y de la naturaleza americana.

El *Nido de Cóndores* es un poema colosal que encierra la magna poesía de las alturas, iluminada por las glorias na-

cionales. Hay en aquel viejo morador de la montaña un enjambre de ideas, un conjunto radiante de creaciones fantásticas, un mundo de sentimientos que bullen dentro de su corteza ruda, y que son tanto más profundos cuanto que no tienen otra expresión que un grito ronco y pavoroso. Es el profeta de la raza americana, que desde su elevación invisible, ha presentido los futuros acontecimientos que van a libertar la tierra de sus amores; y entonces, el fondo de aquel nido añejo comienza a estremecerse con inquietud nunca sentida, su fiebre se contagia a la prole, y todo el enjambre se remueve en el fondo del peñasco,

*cual si fuera  
el corazón enfermo del abismo.*

Una voz que sorprende en los caminos del monte, anunciaba la venida del héroe que había de llevar su estandarte sobre la cima más alta, hasta entonces sólo accesible a su vuelo; la visión profética es ya conocida de los hombres; la redención se acerca; y entonces

*lanzó ronco graznido,  
y fué a posar el ala fatigada  
sobre el desierto nido.  
Inquieto, tembloroso, como herido  
de fúnebre congoja,  
pasó la noche y sorprendióle el alba  
con la pupila roja!*

El Cóndor es en nuestra epopeya andina la personificación más acabada de la gloria del héroe que la constituye con sus proezas. El poeta ha condensado en una sola estrofa este pensamiento que forma la esencia del gran poema legendario; no ha hecho más que esbozar, enunciar la idea, para que la epopeya nazca después de ella, como nació Minerva de un verso de Homero.

El ave de la cumbre ha visto ya al héroe de la montaña aproximarse a sus laderas en son de guerra, y su instinto profético le da la revelación del porvenir; el héroe a su vez con-

templa al rey de las aves americanas, el que más arriba levanta el vuelo, que tiene la garra más potente, que más años alienta sobre la tierra, y halla en él el símbolo de su gloria, que los contemporáneos habían de mancillar con la calumnia; porque en aquel cerebro rudo del buitre, cuyas ideas se encienden como áscuas en la pupila enrojecida, palpita el himno inmortal a la virtud inmaculada; y la voz de la protesta de la naturaleza, de la raza y de las generaciones sepultadas por las antiguas luchas, parece que estalla en su ronco graznido que no tiene semejanza en los gritos de la tierra.

El saludó la victoria de Chacabuco en su lenguaje terriblemente sublime, y con algazara estrepitosa, la alegría de la montaña se manifiesta en todos los nidos colgados de sus rocas:

*Lanzó el Cóndor un grito de alegría,  
grito inmenso de júbilo salvaje,  
y desplegando en la extensión vacía  
su vistoso plumaje,  
fué esparciendo por sierras y por llanos  
jirones de estandartes castellanos!*

Sigue la bandera de la patria, conducida en triunfo por el héroe de las cumbres, hasta las últimas victorias que aseguraron para siempre la libertad de su suelo amado; como una divinidad propicia, escudriña los senos del abismo, y arranca de ellos la advertencia salvadora que asegura el triunfo; no parece sino que descendiera en las horas de meditación del Capitán, a comunicarle los avisos sobrenaturales, los votos secretos de la naturaleza, los anhelos de la raza oprimida, los pensamientos de los antiguos guerreros que se agitan sin voz en el fondo de sus tumbas eternas.

Pero no ha concluído su misión sobre su suelo; ella será tan larga como la vida de la América, porque es su alma, su pensamiento, su fantasía, su profeta, y vivirá siempre alerta sobre las cumbres, espionando las amenazas del porvenir, anun-

ciando las catástrofes de la historia, gozando con los progresos de la raza libertadora y llorando sus desventuras inevitables, conservando en lo más alto del espacio el depósito sagrado del recuerdo de aquellos hechos homéricos que le despertaron de su sueño de tres siglos. El vivirá tanto como la América, y semejante al cuervo de Leconte de Lisle, conservará la tradición de los hechos humanos, de las guerras del pasado y del futuro, como un símbolo perpétuo y vivo de la pasión que arma a los hombres contra los hombres.

Pero su rostro granítico se cubrirá de tristeza y de furor, cada vez que los hijos de una misma patria se desgarren en batallas fratricidas. Entonces su grito no será la voz de la profecía inspirada, ni la nota salvaje del himno de victoria; será el grito de condenación que en otro tiempo fulminó a Caín desde el seno de la nube tempestuosa. Su garra corva rasgará las entrañas de los vencidos y de los vencedores, y los pendones de esas luchas irán a colgarse manchados en sangre sobre la roca perdida en las nieblas.

Es también el profeta de la justicia, y su pico férreo sabrá romper el cráneo de los déspotas que asesinen las libertades conquistadas con tanta hazaña inmortal, consagradas con tanto martirio sublime, idealizadas por el culto de un pueblo vigoroso nacido del fuego de las victorias. El día que la libertad caiga envuelta para siempre en la sangre de los cadalsos, el Cóndor y su raza olímpica habrán concluido su misión extraordinaria sobre los destinos de América; y entonces se arrojarán, lanzando un último grito de desesperación y de dolor, en los abismos de los cráteres hirvientes.

Entre tanto, y mientras al abrigo de la paz, los hijos de Mayo siguen sus evoluciones sorprendentes en las instituciones y en la cultura social, dejémosle reposar tranquilo sobre su trono de nieves, guardando de los vientos intacta la huella de los héroes de Chacabuco, saludando las auroras tropicales con sus gritos de júbilo que son himnos inarticulados; y cuando la noche envuelve los continentes y los mares, encen-

diendo sobre la frente de las cimas los astros radiantes, dejémosle como le ha pintado el poeta:

*Il râle de plaisir, il agite sa plume,  
Il érige son cou musculeux et pelé,  
Il s'enlève en fouettant l'âpre neige des Andes,  
Dans un cri rauque il monte où n'atteint pas le vent,  
Et, loin du globe noir, loin de l'astre vivant,  
Il dort dans l'air glacé, les ailes toutes grandes.*



***LIBRO CUARTO***



## LIBRO CUARTO

- I. Orígenes de la guerra civil. Las masas y su cultura. Disolución social. Poesía de la desgracia. La tradición en la cuarta época. — II. Una escena fantástica. — III. Rosas y su época. — IV. Facundo. — V. Aldao. — VI. Odiseas libertadoras. Corrientes. La Insurrección del Sud. Avellaneda y la *Liga del Norte*. Echeverría y sus poemas. Lavalle. Lamadrid. Sarmiento y Echeverría. Acha. Las cabezas de los mártires. — VII. El general Paz. — VIII. Caseros. Un cuadro final.

### I

He dicho cómo en medio de la lucha emancipadora venían asomando las sombras de nuestras desgracias nacionales, y cómo ellas tenían su origen en las mismas causas sociológicas que producían la independenciamiento.

La fusión de las dos razas que dieron nacimiento a nuestra nacionalidad, obligando a elementos de diversa índole a formar un todo, no se verificó de una manera completa; y así se dibujan en el escenario de las luchas internas, dos clases de sociabilidad que no siempre debían hallarse en las mismas corrientes, y que muchas veces debían chocarse con estrago, tendiendo cada una a hacer prevalecer su naturaleza propia.

Aquella clase social nacida directamente de las familias cultas que inmigraron al país, y que había tenido la ventura de educarse en los colegios y en las prácticas de la civilización, conservaba, a pesar de las ideas republicanas y democráticas que fueron la bandera de la Revolución, su predominio natural y legítimo en la dirección de la cosa pública y en la cultura nacional; y aquella otra masa inmensa que habitaba las campañas, dedicada al cultivo de la tierra o a la cría

del ganado, y en general, a las faenas rurales, y que había quedado por su condición, alejada de las influencias civilizadoras de las nuevas ideas, se mantenía aislada en el fondo de sus selvas, en la dilatada extensión y monótona vida de los desiertos, formando en la soledad y en el abandono ese carácter reconcentrado y sombrío que luego estalla en la vida pública, y que llega a imponerse a la clase superior, por razón de la misma rudeza de sus fuerzas y del vigor extraordinario de su organización.

Esta es la única que vive del jugo de la tierra donde ha nacido, se asimila sus elementos, domina sus obstáculos y absorbe su savia, y desenvolviéndose a costa de sí propia, llega a constituir en el fondo de sus vastas moradas una sociabilidad especial, que pasaba desapercibida para los que debían dirigirla o gobernarla; y como en medio de éstos comenzaba a diseñarse la descomposición, pronto las corrientes de la sangre y del carácter nativos comenzaron a ocupar el espacio que aquéllos dejaban vacío dentro de la nación y de sus formas institucionales.

El equilibrio existe en los elementos sociales como en las fuerzas físicas; el vasto receptáculo de la nación no puede estar vacío; y de este modo, cuando unos elementos se dispersan o se disuelven perdiendo la densidad que los mantiene, otros más densos se levantan de la tierra para restablecer el equilibrio alterado. El colorido del conjunto se forma de la combinación armónica de los colores parciales que la naturaleza pone en la paleta; el carácter nacional resulta de la suma de cualidades con que concurren las agrupaciones que forman la sociedad.

Pero si al realizar la unión que ha de darles vida en un cuerpo solo, se pierde de vista las leyes supremas de la estética que presiden todas las evoluciones humanas, y se da a unos elementos más fuerza que a otros, se habrá sembrado el germen de futuras conmociones que no dejarán de agitar ese cuerpo, hasta que la armonía se restablezca en la masa. Esas conmociones en la sociedad se traducen en guerras intestinas,

en despotismos, en revoluciones, que siempre se manifiestan en su forma más violenta, porque nacen de la fatalidad de su origen; llevan en sí el sello de lo inevitable, la corona de una victoria sangrienta, la fuerza de la naturaleza desbordada, y porque son efectos de causas físicas y morales profundamente arraigadas en el pasado.

No es extraño también ver aparecer después de una guerra nacional, en que las fuerzas de un pueblo se ejercitan por la vez primera, manifestaciones divergentes que antes del período de la prueba no fueron conocidas; porque cuando una agrupación elabora su carácter bajo la paz y el silencio de una política de fuerza, nadie podrá marcar ni analizar cada uno de los elementos que lo constituyen, hasta que un gran sacudimiento general obliga a todas esas fuerzas parciales a exhibir sus formas y cualidades; lo mismo, cuando la semilla germina en el surco, no es posible advertir las materias que concurren a dar el color a la planta, sino que el sabio espera la obra acabada de la naturaleza, y entonces, sacrificando sus hojas, la somete al análisis para obtener la necesaria clasificación. El sociólogo que estudia las leyes que presiden la vida de los hombres, es como el naturalista que analiza con su microscopio los tejidos de la planta. El jurisconsulto levanta el monumento de sus leyes sobre los resultados de la investigación sociológica; y si no se procede por este sistema lógico y experimental, se tiene instituciones de formas más o menos bellas y sabias en teoría, pero que raras veces son las derivaciones de la naturaleza misma de la sociedad que va a regirse por ellas, según la fórmula enunciada ya por Montesquieu. Revoluciones inmensas ha costado a la humanidad el desconocimiento de este principio supremo, y ellas seguirán agitándola, mientras la evolución regeneradora no haya terminado en el carácter de las razas que hoy forman las grandes nacionalidades.

No somos, por cierto, nosotros los herederos de la mejor tradición institucional entre los pueblos de la edad contemporánea; y de ahí la violencia de nuestra Revolución, y el sé-

quito de disturbios y de infortunios que la siguieron como un cortejo fúnebre; de ahí también el fenómeno operado en nuestra historia evolucionar: que el carácter nativo que realiza la ruptura de las antiguas formas, en una guerra en que puso de manifiesto un vigor extraordinario, una vez entregada a su propia acción, se disgregue y descomponga en resortes múltiples y discordes, una vez que la fuerza poderosa de una organización guerrera deja de obrar sobre la masa en general, dando origen a la anarquía social y política que es el sello de la cuarta época de nuestra historia.

Es en nosotros que podía estudiarse esa serie de leyes que presiden la formación de las nacionalidades, en su aspecto más complicado, por la diversidad de factores que entran en el producto final, por la variedad de fenómenos que la revolución puso de relieve, y por las reacciones tan formidables, que han traído por último la República a una forma institucional que parece duradera, y a una forma social que parece ya arraigarse en el fondo del carácter.

Llevamos en nuestra sangre una doble herencia, y en nuestros hábitos la tradición de la tierra donde dos razas dieron sus frutos y plantaron los fundamentos de las naciones del porvenir; y esa sangre y esos hábitos son causas no muy remotas de la dispersión de fuerzas que trajo la época de la anarquía, con todo su terrible cúmulo de desastres, que parecían desatarse sobre la cabeza de la nación revolucionaria, con una tenacidad digna de más grandes cosas.

Muchos de los hombres nacidos en el seno de las masas, y sometidos a la educación monástica de los colegios coloniales, adquirieron en la pesada atmósfera de los claustros esas enfermedades que trastornaban sus cerebros, llenando sus espíritus de sombras, manteniéndoles aislados de la vida activa y engendrando en ellos ese odio secreto contra todo lo que no alentaba con su ambiente.

La atmósfera, la rígida disciplina de sus escuelas, sostenida con el terror de los castigos eternos, con el peso inmenso de la obediencia pasiva, y sin que el genio ni la imaginación

tuvieran la menor amplitud para sus expansiones naturales, les habían educado en los sistemas absolutos, que luego ellos aplicaban en la reducida esfera de la ciudad, o en el gobierno de las multitudes indisciplinadas.

Es una verdad indiscutible que la libertad absoluta se toca en sus extremos con el despotismo, puesto que en esa lucha de fuerzas individuales, predomina la más educada, siquiera sea en el método más vicioso; y es por eso que vemos después de la revolución, en que todas se armonizan en el combate, levantarse esos pequeños tiranos que aislando las masas en agrupaciones antagónicas, acaban por romper, en el fondo, la unidad creada por aquella.

Pero esta división interna no fué aislada ni anormal, sino que fué provocada por la mala dirección impresa desde el centro del gobierno, donde nacieron las ambiciones, las rivalidades, las intrigas, que no sólo llevan el desaliento al pueblo, sino que se ensañan contra los mismos héroes que habían libertado la América: Belgrano muere en el abandono; Moreno expira en medio del océano, envuelto en las tinieblas de un desengaño profundo que le habían causado los hombres; San Martín, el héroe intachable e invencible, es herido también por la calumnia infame que le obliga a alejarse para siempre de la patria. ¿Qué extraño, pues, que los caudillos de las turbas que veían estrellarse sus aspiraciones y sus ímpetus en la impotencia y la esterilidad, y sin la fuerza moral de las grandes virtudes, convirtieran en odio y en exterminio un sentimiento que aquellos llevaban al sacrificio?

Las masas de aquel tiempo eran formidables en sus movimientos, porque llevaban la fuerza semibárbara, con todo su empuje ingobernado, contra las milicias educadas en las reglas de la guerra, pero cuyo poder estriba en la disciplina y en el arte de los enemigos; ellas sacaban esa fuerza irresistible del contacto con la tierra, de su aislamiento, y de una pasión ardiente por la autonomía del suelo donde nacieron, sin que llegaran a comprender los principios fundamentales

de un gobierno constitucional, en tal o cual sistema, pero que hubieran llegado a él, siendo dirigidas con orden y de acuerdo con sus tendencias.

Sucedía con ellas lo que con las selvas tropicales, donde la fuerza expansiva de la naturaleza hace que sus ramas se extiendan sin medida, hasta cubrir por entero la llanura, y aún las moradas del hombre, obstruyendo los caminos y esterilizando la tierra misma para el cultivo. Si la mano del labrador no poda los árboles, y distribuye la savia de una manera sistemática, las enredaderas embarazan el desarrollo normal de las otras plantas, y se forman esas tupidas madejas que luego el hacha puede apenas destruir.

Libradas a su impulso propio, las turbas populares fueron invadiendo las ciudades, como la maleza invade las ruinas; y sus caudillos fueron apoderándose del gobierno, que ejercitaban sobre la gente culta, por cierto inspirados en sus pasiones de aversión y de odio, forjadas en el curso de sus largas luchas y de su abandono. Así se resucitaba, de esa manera tan ruda e informe, la idea de las autonomías comunales destruídas por la revolución; y hasta las antiguas provincias que formaban el virreinato se segregaron de la masa uniforme, para constituir autonomías desligadas de todo vínculo de obediencia, y llegando a encarnar esa división en el sentimiento social, que tendía a mirar a los hijos de provincias vecinas como extranjeros o como enemigos, según el estado de sus relaciones políticas. Desnudas de toda noción constitucional, seguían las inspiraciones del caudillo más prestigioso y valiente, que se lanzaba con ellos a las empresas más ariesgadas y difíciles, porque cuando no hay organización política, ni ideales sociales, la pasión es la única regla de criterio en la vida común.

Y aquellos caudillos tenían su origen en la esencia de esas masas; nacían de su alma como una necesidad y una consecuencia lógica de su largo contacto y compañerismo; dedicados en cuerpo y en espíritu a participar de sus miserias, de sus desgracias, de sus triunfos, siquiera fueran efí-



meros, y lanzándose en medio de la revuelta, armados como ellos, y animados como ellos del mismo entusiasmo, pronto su bravura y su arrojo temerarios levantaban en sus imaginaciones excitadas por la enfermedad de la época, una admiración y un amor extraordinarios, y llegaban fácilmente a sustituir a su voluntad la de sus jefes.

La naturaleza de nuestro suelo favorecía esas tendencias, y daba un teatro aparente a sus correrías devastadoras y sangrientas; la inmensidad de las llanuras interiores, donde la acción del gobierno central tardaba en llegar, o llegaba debilitada por la fatiga, eran espacio a propósito para el desenfreno de sus pasiones; y montados sobre el caballo adiestrado para la corrida y la pelea, y reunidos en enormes turbas armadas de lanzas de los bosques nativos, de aquellas mismas con que combatieron en Tucumán por la causa común, sus cargas se asemejaban al vendabal que levanta todo el polvo del desierto. A su aspecto, las poblaciones huían a refugiarse en los parajes más ocultos, y las montañas y las selvas espesas, donde en otro tiempo reinó la solemne calma de la naturaleza virgen, se convirtieron en morada del terror y del espanto.

Por otra parte, la vida militar, llevada sin tregua desde los primeros días del siglo, había alejado de las faenas rústicas los brazos viriles, y la tierra abandonada por tanto tiempo, no daba a aquella enorme masa de población ambulante el alimento necesario para la subsistencia; y de tal manera, perdidos los hábitos del trabajo, sus hordas se dedicaban al saqueo de la propiedad ajena, de aquellas gentes sosegadas que habían heredado la fortuna de sus mayores, y que sólo se ocupaban de conservarla. Pero, perdido el respeto de la propiedad, se pierde también el del hogar que ella sustenta y anima con sus frutos: lo que al principio fué un tributo forzoso para la guerra de la emancipación, fué luego el objeto de las devastaciones famélicas de la soldadesca enfurecida; y por último, los hogares y las personas cayeron sin piedad al golpe del sable y de la lanza tristemente

memorables. Sus jefes no tenían los medios materiales ni legales de alimentar el cuerpo ni las pasiones de sus secuaces, y su sistema de ganar su afecto y su adhesión, no era otro que lanzarlos al exterminio y al pillaje.

No obstante, dentro de la corteza bruta de esas gentes, existían dos sentimientos hermanados de una manera singular, y que tenían su origen en la tradición y en la tierra misma: el sentimiento de la religión y el de la patria; pero uno y otro, arraigando profundamente en sus espíritus informes, revestían las formas más originales y dignas del estudio filosófico. La religión de ese gaucho degenerado consistía en una idea vaga de los principios que animan la creencia, pero sí arraigaban en su alma con fuerza las supersticiones estúpidas, degradadas por el alejamiento de los centros cultos. Dominando en ellos el instinto más que la inteligencia, la pasión más que el raciocinio, su religión eran, en verdad, su rencor o su ambición, y las creencias sólo ocupaban su cerebro como una reminiscencia de las pasadas prácticas, que aún en el ejército de Belgrano se usaban con una estrictez bien rigurosa, que era de desear hubiera empleado más en conservar la disciplina militar, para evitar la desmoralización que comenzó a minar su ejército, y de que son una prueba los desastres de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe.

Era, pues, inútil esperar que la religión suavizara esos caracteres forjados de la corteza invulnerable del árbol secular, apenas esbozados por el hacha rústica del artista salvaje; antes bien, en nombre de ella y de sus divinidades, las cabezas indefensas rodaban ensangrentadas, o se exponían sobre los árboles de los caminos para escarmiento, o mejor dicho, para terror de las gentes que osaran resistir sus formidables arremetidas. La sangre derramada, los cultivos devastados, los hogares incendiados, lejos de levantar un remordimiento, revestían ante su conciencia el sello de una expiación necesaria, de una inmolación santa para aplacar las iras celestes. Me recuerdan a aquellos señores de la Edad Media, que los reyes de España enviaban a las fortalezas distantes para detener las

invasiones musulmanas, y allí, dueños absolutos de sus súbditos y de sus tierras, se entregaban al pillaje descarado y a la violación del honor y del derecho, sin ley y sin control; o bien, a aquel feroz cazador de Walter Scott, que enfurecido y cegado por la pasión de la caza, desata su jauría hambrienta y su séquito terrible sobre heredades y aldeas, sin que detengan su vértigo sangriento ni los cadáveres que ruedan bajo los cascos de sus corceles jadeantes, ni la llama del incendio que revienta bajo su paso y abrasa la llanura: verdaderas creaciones infernales que la poesía ha adornado con sus galas inmarcesibles, la tradición las ha conservado como una huella de esa época, en que la sangre noble llevaba el dominio sobre los semejantes, como si los que la tenían fueran ungidos por algún divino señor de todas las cosas y de los hombres.

Pero no sucedió lo mismo con la noción de la patria que cada uno de nuestros gauchos llevaba encarnada en su ser. Aunque reducida a la fórmula primitiva, y animada con el fuego de su naturaleza semisalvaje, ella comprendía todos los recuerdos, los sentimientos, las glorias, los ideales que aún no se habían borrado de la memoria; porque las batallas innumerables en que siempre vencieron en nombre de esa patria, estaban todavía muy cercanas en el tiempo, y porque en todas las épocas, aún las más tenebrosas de nuestra historia, jamás el amor a la tierra nativa se desvaneció un momento. Sus guerras intestinas, sus devastaciones y sus matanzas, no eran una consecuencia de la relajación del sentimiento patriótico, sino un fruto de la ignorancia estimulada por el aislamiento, y convertida en acción por las ambiciones de jefes no menos ignorantes, aunque sí más astutos que la multitud inconsciente. Su adhesión a la causa de la Revolución, el amor que sintieron por los héroes que los inflamaban con su palabra y los edificaban con su ejemplo, las recompensas de la opinión pública que los coronaba de laureles y de ovaciones, el orgullo de sus victorias inmortales, eran causas profundas para que su patriotismo no se desvaneciera en ellos del todo. Pero lo que nada podía evitar, era que ese sentimiento se ti-

ñera con los colores de la época, que adquiriera formas nuevas en armonía con su nivel moral, deprimido ya a consecuencia de haber desaparecido aquellos que supieron mantenerlo en pie, y que rodara confundido en la ola de sangre que sus hordas derramaron en toda la extensión del país.

Todos sus alzamientos y rebeliones, sus bárbaras exacciones y sus invasiones feroces, iban dirigidos contra los que ellos llamaron los enemigos de la patria, y aunque algunos de sus caudillos tuvieron intenciones perversas y ambiciones criminales, la masa que obedecía sus sugestiones malditas, no veía sino la razón aparente que ellos ponían ante sus ojos con todo el color de la verdad; y la causa que obraba en el cerebro de las masas, no era la misma que engendraba las decisiones de sus caudillos. El sentimiento es el mismo, pero la dirección que recibía le transformaba en horribles apariencias; y es estudiando lo íntimo del carácter y del estado social de aquel tiempo, que se puede llegar a descubrir que las masas no eran propiamente feroces y sanguinarias, porque ellas por sí mismas no meditaron sus acciones, obrando de propia voluntad, sino que las causas fatales que arrastraban a sus jefes o a sus gobiernos, obraban también sobre ellas de una manera refleja, por medio de la obediencia pasiva del militar acostumbrado a la vida sin tregua de los combates.

Cuando pensamos que desde los primeros pasos de la Revolución, comenzaron a dibujarse los antagonismos que luego estallaron con siniestro estrago en los caudillos y en las masas, no podemos sino asombrarnos de cómo no sucumbió en medio de tanta influencia enervante la causa de la libertad, y admirar con mayor entusiasmo aquellos hombres extraordinarios que supieron mantener los ejércitos unidos y disciplinados, en medio de la vorágine de tanta pasión encontrada. "Había llegado ese momento terrible para las revoluciones que se desenvuelven desordenadamente y por instinto: ese momento en que el bien y el mal se confunden; en que las conciencias más firmes trepidan, en que las malas pasiones neutralizan la influencia saludable de los principios, y en que cada bando

se apodera de una parte de la razón y de la conveniencia social, como de los jirones de una bandera despedazada en medio de la lucha, pero sin que ninguno de ellos pueda decirse el verdadero y único representante de la razón" (1).

Era el período de la organización interna que sigue al del combate: en éste las ambiciones personales, no siendo aquellos nobles estímulos del heroísmo, no tienen tiempo de manifestarse, porque todas las fuerzas sociales se emplean en una operación única; pero allí asoman los intereses más o menos definidos que concurren a formar la constitución política, y con los intereses colectivos, aparecen en todo su vigor las pasiones de los hombres que los representan y de los que son su alma y acción. Todas las formas se experimentan, todos los sistemas se prueban, según que los intereses de uno u otro bando resultan triunfantes; y cada uno de estos experimentos, verificados por bandos diferentes, significa una revolución y un nuevo abismo abierto en el camino de la libertad.

Entonces nacen esos tipos genuínos de nuestra historia, denominados *montoneros*, que se adueñan del país y siembran el terror a su paso; entonces aparece aquel *Año Veinte*, durante el cual "López y Ramírez entran a Buenos Aires con sus escoltas de salvajes, cuyo aspecto agreste imponía a las poblaciones, y atan sus caballos en las rejas de la pirámide de Mayo. Ese *Año Veinte* puede considerarse en la historia como un verdadero acceso de exaltación maníaca general, rabiosa y desordenada, como el momento supremo en que un delirio agudísimo y brutal rompe en todos los cerebros ese equilibrio benéfico que constituye la razón" (2). Entonces comienzan a asomar su cabeza inculta, semejante a la fiera de la selva, los monstruos de crueldad que sebaron su rabia loca en las miserables aldeas de las campañas, y con más tenacidad y barbarie, en la clase elevada y culta de la nación, como si se hubieran propuesto, no sólo destruir la obra con-

---

(1) MITRE, *Historia de Belgrano*, tomo II, cap. XXVII.

(2) RAMOS MEJÍA, *Neurosis célebres*, Parte I, pág. 75.

sumada por la Revolución, sino matar en germen, en su infancia, los nuevos destinos nacidos de ella.

Pero no es mi propósito escribir historia, sino acumular los hechos y los principios, los cuadros y los elementos que han de dar el tono a la leyenda nacional de la época; no juzgo los sucesos ni los hombres, sino para descubrir en el laberinto de las luchas pasadas la odisea del sentimiento argentino, unas veces levantándose a las alturas ideales de la epopeya en las almas de los héroes, en las grandes abnegaciones de la virtud cívica y en los triunfos de la libertad, otras, rodando como el peñasco desprendido de la cumbre durante la noche de tormenta, en el abismo de la anarquía, y en las olas de sangre que las luchas interiores arrojan en los cauces de nuestra historia. Y a la verdad, que las narraciones de tanta tragedia horrible, de tanta inmolación feroz en las aras de una pasión perversa y criminal, de tanta calamidad como sacudió al cuerpo enfermo de nuestra sociabilidad, son asuntos dignos de la musa de los dolores nacionales que enseña a amar la patria y a defenderla de nuevos infortunios.

No todo es luz y gloria en la vida de los pueblos, como no todo es aurora y armonías en la naturaleza: la sombra y la desgracia enseñan a amar los términos opuestos, como la noche y los fragores siniestros de la tierra y sus convulsiones fatales, enseñan a percibir y gozar de los encantos que las horas apacibles derraman sobre el espíritu.

Así, después de los períodos brillantes en que los himnos de victoria, los cantos de alegría y las evocaciones fantásticas de los héroes nacionales pueblan la atmósfera de acordes gigantescos y de imágenes deslumbrantes, vienen los lúgubres acentos de los oprimidos, los aullidos de las pasiones desenfrenadas, los gemidos de dolor, los fantasmas ensangrentados de los verdugos y de los tiranos. En aquéllos el alma se ensancha, aspira perfumes embriagadores, vibra el eco delicioso de las armonías celestes y concibe sueños de gloria y de grandeza; en los segundos, el espíritu se concentra en sí mismo como envuelto en un jirón de la tiniebla; se percibe con

estremecimientos de horror, los infernales ruidos que hacen los fuegos interiores de la tierra, y los ayes de las muchedumbres sacrificadas; asaltan la imaginación esos sueños agitados que llenan el alma de presentimientos sombríos, y ahogan en el labio del hijo de los bosques y de las montañas, la canción sencilla con que saluda las maravillas de la luz y los encantos de la belleza inanimada.

Los pueblos, como los hombres, aman y odian, cantan y gimen, bendicen y condenan, y cada sentimiento es más vivo a medida que su contrario crece en intensidad: así, ellos aman los héroes que les dieron gloria, y cantan sus triunfos en notas inmensas que llenan el espacio, como aborrecen sus tiranos, y fulminan su condenación eterna sobre sus maldades, y los cantos de dolor que arranca su recuerdo van a repercutir con el sordo estrépito de los truenos en el seno de la sombra. Si las épocas de gloria y de libertad brillan en la historia con luces matinales, y sus tradiciones confortan los espíritus con el bálsamo de los recuerdos, aquellos en que la desgracia y el dolor los enlutaron, se presentan como la noche llena de visiones informes, de ruidos siniestros, de cataclismos estruendosos. La poesía en aquéllos es sonriente como la naturaleza en el alba, y en éstos es dolorida como los ecos de las tinieblas, en que los cantares de las selvas se visten de la oscura y melancólica tinta de los misterios.

La literatura de un pueblo es una copia de su naturaleza y de su historia, y lleva en sus creaciones todas las influencias que ellas ejercen sobre los espíritus, los colores ya deslumbrantes, ya sombríos, que combinados, dan al conjunto la animación de la vida. Todas las épocas tienen sus artistas, como todas las zonas y todos los climas de la tierra tienen sus cantores salvajes, y hasta ahora el corazón humano no ha podido decir cuál poesía le deleita más, qué sueños y fantasías le extasían con mayor arrobamiento, qué notas y acordes sacuden sus fibras con más intensidad.

Nosotros hemos recorrido ya todos los tonos de la vasta escala que comienza con la naturaleza primitiva, y se pierde

sin límite conocido en el futuro; la historia y la tradición han iluminado el pasado, y hecho resucitar sus cantos y sus sueños vírgenes en la alborada, vigorosos y estentóreos durante la lucha de las conquistas militares, tristes y gemidores durante la opresión, grandiosos y desbordantes cuando saludaron la aparición de la libertad. Oigamos ahora que hemos llegado a la edad de los dolores supremos, las profundas lamentaciones de la musa nacional, que arranca sus notas del cuadro iluminado por el resplandor rojizo de la luz que se refleja en la sangre.

Aunque la literatura tradicional se forma de los recuerdos de épocas lejanas, porque sólo así sus relatos se vuelven atrayentes, y cautiva la imaginación con sus creaciones que suplen los vacíos de la historia, no sucede lo mismo entre nosotros, donde la memoria de los hechos luctuosos de la anarquía se va perdiendo bajo el polvo que las conquistas diarias de la civilización amontonan sobre las huellas de aquel tiempo; las convulsiones internas, que como los vientos encerrados en los senos estrechos de la montaña, revolvieron hasta el fondo los rastros del pasado, son causa para que la narración legendaria se vista con los colores fantásticos de la poesía, y para que los cuadros de la época se nos presenten como los de tiempos remotos, envueltos en la atmósfera nebulosa de las fábulas. El carácter de los personajes, la variedad del vasto escenario en que actuaron, la soledad y la distancia, desde donde los ecos de las muchedumbres nos llegan confundidos con los rumores de la tierra, dan asimismo al relato todo el interés de esos asuntos fantásticos de Schiller o de Shakespeare, en que elevaron la leyenda fabulosa a la forma clásica de la tragedia.

Cada uno de esos caudillos que arrastraban como fascinadas por un poder infernal a las turbamultas enceguecidas por la matanza, es un personaje tallado en el molde de los héroes del terror que han inmortalizado los poetas; y cada uno de los jefes que al frente de las milicias civilizadas se lanzaban al encuentro de aquellos torrentes devastadores, in-



ternándose en la inmensidad de los llanos desolados, y yendo a perseguir a esas fieras en la puerta misma de sus guaridas, son los héroes de la libertad, que aún se mantienen en pie, después de sus victorias innumerables, para salvarla de nuevo del naufragio y del incendio.

Las generaciones actuales, embriagadas por las armonías del progreso que cada día presenta nuevos espectáculos a su avidez de emociones, han perdido de vista las siluetas fatídicas de los monstruos que desgarraron el corazón de sus padres, y al olvidarlos, han interrumpido la tradición patria cubriéndola con un velo denso, como si con este recurso engañoso, los efectos de aquellas causas hubieran de desaparecer de nuestra sociabilidad: ellos creen sin duda que callándolos conseguirán sepultarlos, pero desconocen una ley infalible de la evolución humana, por la que cada época deja su semilla en el corazón de las razas. La cultura puede atenuar y transformar sus efectos en formas más pulidas y con matices más suaves, pero siempre sus facetas aparecen en el porvenir, como un rayo del sol poniente dorando la nube que se acuesta en el horizonte opuesto. Olvidan también que los pueblos deben conservar la tradición de sus tiranos y de sus dolores, como conservan las de sus héroes y sus victorias; y nada hay que estreche tanto los vínculos fraternales entre los hombres como el recuerdo de una desgracia común.

Y cuando el amor de la patria existe ya arraigado en el corazón de la sociedad, las escenas y los autores de sus miserias pasadas, al levantarse en su mente con todo su aparato doloroso, son como una voz profética que, hablando desde la tiniebla, enciende ese sentimiento de protesta eterna que no debe jamás desvanecerse, porque es la expresión de la virtud y de la moral cívicas, sobre las que se cimenta la libertad. Lejos de relegar al olvido la tradición de las desgracias públicas, ellas deben narrarse con el estilo ardiente de la lucha y de la condenación, para que destacándose esas figuras siniestras sobre el cuadro luminoso de las glorias nacionales, brillen éstas con esplendor radiante e inextinguible.

El niño que recibe las primeras lecciones sobre el pasado, y las primeras revelaciones de esa religión del patriotismo que le prepara a las grandes virtudes, sentirá en su corazón virgen ese estremecimiento sublime, que producen en las naturalezas delicadas la vista de un monstruo, el eco de una nota destemplada y satánica, y el aspecto de las deformidades morales que hieren con golpe rudo y seco las facultades estéticas; y en las manifestaciones primitivas de sus ideas y sentimientos embrionarios, veréis siempre asomar la imagen de los tiranos y los cuadros de sangre, provocando unas veces el llanto, otras el horror, pero siempre la impresión dolorosa; en su lenguaje balbuciente interrumpirá el relato para decirnos que él no ama a ese hombre que mata a sus semejantes, o que admira al héroe que le deslumbra con un rasgo de valor o de magnanimidad. Y el niño es el templo donde los grandes sentimientos y donde las virtudes más excelsas deben depositarse con religioso cuidado, a la manera que los perfumes y cantares místicos se derraman en los umbrales del santuario, donde se guarda la idea inmaculada, la esencia divina que los pueblos adoran como su Dios.

Entremos sin temor en el revuelto caos de nuestras tradiciones de sangre, e iluminemos los rostros fatídicos de los tiranos cuyos restos yacen dispersos en la llanura donde cayeron bajo la traición de sus propios esbirros, o bajo el golpe formidable del héroe que los persiguió en nombre de la justicia. El horror de la escena encendida desde aquí, renovará los nobles y magnánimos furores que sus maldades y sus crímenes provocaron en las almas grandes, y amaremos más nuestras glorias, nuestra libertad, nuestra unión nacional, cuanto más desgracias y dolores recordemos.

El espectáculo de la patria desgarrada por sus hijos dispersos y ensañados con sus hermanos, nos impulsará a estrecharnos en un abrazo sublime, bajo de un cielo sonriente, y poblado de las armonías que la libertad evoca con su sombra bienhechora y fecunda.

## II

Imaginemos una escena fantástica. El teatro es la inmensa extensión de nuestro territorio, envuelto en las sombras de la noche; en el fondo, como una nube blanca que bañara un haz de luz, se divisa una cima de los Andes cubierta de nieve, a cuyo alrededor centellean los astros; la naturaleza ha enmudecido esperando ansiosa y con estremecimientos secretos el principio del espectáculo; el coloso sombrío en su base, va aclarándose a medida que la vista se remonta a la cumbre; los valles, los llanos y los ríos distantes se vislumbran apenas en ese fondo nebuloso que presenta la tierra cuando se la contempla de las grandes alturas; vagos aleteos, rumores lejanos como una conversación trabada por los seres invisibles de la tiniebla, se siente bullir en el seno oscuro que se dilata sin término.

De súbito una visión, envuelta en jirones de luz plateada, aparece sobre la cúspide, e ilumina todo el vasto y tenebroso cuadro; los cantos de la naturaleza entonan un coro gigantesco que llena los espacios insondables, y la armonía la adormece derramando los sueños y las fantasías tropicales: el Genio de la Libertad ha aparecido en la cumbre, y va a comenzar la evocación profética del pasado.

Entonces aparecen a su vista con sus contornos definidos y claros los anteriores sucesos, con los hombres que fueron su alma; Buenos Aires se dibuja en el límite de la tierra, como un astro que sale de los mares, y en sus playas bulle una multitud entusiasta, como un enjambre agitado de repente en su nido, y sus gritos de libertad llegan hasta la cima, como la música de mundos ignotos; más cerca, sobre los ríos que ya con la luz resplandecen como rayos de luna sobre una vasta penumbra, y sobre las llanuras que se extienden hacia las ciudades y las regiones donde en otro tiempo se levantó el trono de los Incas, se ven cruzar, como fuegos errantes, los bajeles y los jinetes de las primeras victorias; y San Loren-

zo, Tucumán y Salta se destacan en el vacío, semejantes a cometas en cuyo núcleo hirviera una convulsión volcánica. El cuadro cambia enseguida, y la acción se traslada a la cumbre misma, donde la visión fantástica hace sus evocaciones maravillosas. Un ejército numeroso comienza a ascender las laderas escarpadas en medio de los redobles y de las dianas que parecen anunciar una victoria próxima; el monte se sacude dulcemente como impresionado por una caricia enamorada, porque los tambores y los clarines repercuten en sus fibras metálicas, y multiplican la intensidad de las vibraciones musicales; semejante a una llama que sube encendiendo los árboles, la larga hilera de las tropas se desliza sin solución de continuidad sobre las rocas; el magnífico espectáculo va disolviéndose a medida que los últimos grupos de guerreros van trasmontando la cima, y que los rumores marciales van alejándose.

El cuadro queda otra vez en silencio, hasta que una serie de detonaciones gigantescas anuncia que en el lado opuesto, en medio de las serranías, se libra una gran batalla; pronto los clarines resuenan de nuevo, los cañones disparan salvas, y un rumor inmenso de multitudes, semejante a un himno de los mares, indica que una victoria ha coronado de inmortalidad al ejército fantástico: y en medio de esos rumores se oye un nombre, y el Genio que durante la escena se mantuvo de pie sobre su pedestal de nieve, repite aquel nombre que se dilata sobre ondas de armonía hasta los ámbitos remotos. Una conmoción universal agitó la extensión de los horizontes: aquello era el anuncio de que el gran misterio se había realizado.

Largo tiempo continuaron los sacudimientos del granito, las agitaciones extrañas de la llanura: había en toda la tierra un hervor no interrumpido, y revelaba que en los términos lejanos, aquel ejército misterioso que trasmontó los Andes, seguía su marcha de prodigios en todas partes. Estruendos repentinos anunciaban a intervalos cada una de sus victorias.

Pero luego la luz se amortigua por grados, como cuando el sol va bajando al ocaso; y aquella luz blanca comienza a teñirse con los colores rojizos del crepúsculo. Una llama deslumbrante atraviesa todo el escenario de Norte a Sud, y se pierde en el horizonte del Este: el héroe que las multitudes aclamaron en la victoria de Chacabuco, y que el Genio de la cumbre saludó con su palabra profética, ha abandonado la escena y ha desaparecido para no volver.

Una inquietud horrible se apodera de todos los seres que habitan aquella noche fantástica; los cantos se vuelven melancólicos, y la luz que irradiaba el Genio desde la altura, se cambia en un foco rojo semejante al hierro candente. Una atmósfera infernal cubre la escena, y allí, desparramadas sobre la llanura, se ven brotar columnas de humo iluminadas por la luz sangrienta que forma el fondo del cuadro. Luchas sordas, como los cataclismos interiores que destruyen las masas siderales, se han sucedido en aquel espacio intermedio; y aquellas espirales de humo rojizo se levantan de los campos de batalla donde pelearon los hijos de una misma patria, y que la vista apenas percibe.

Un clarín estridente que hiela de terror las fibras, estalla de pronto sobre la cumbre: el Genio ha dado la señal de la evocación que va a llenar la segunda etapa de ese drama sublime. La atención se dirige entonces hacia la altura, que por una mágica evolución, aparece tan próxima a todas las miradas, que casi podrían tocarse las rocas, semejantes a carbones encendidos por la luz que las baña. Las fosas ardientes, de donde las columnas de humo se levantaban, se abren de repente para dar paso a las sombras de los tiranos que allí sacrificaron e inmolaron a sus hermanos, en el ara maldita de sus ambiciones perversas. La evocación ha arrancado un rugido espantoso de todos los antros de la montaña y de la llanura; y aquellos fantasmas odiosos, formados de uno en uno, comienzan su ascensión en medio de gritos de rabia que les ensordecen, y como atraídos por una fuerza magnética que tuviera su foco en la cima donde el Genio les espera, seme-

jante al juez que debe juzgar a los muertos, según las religiones de los pueblos orientales. Todos ellos llevan con horror los atributos de ese poderío fatal con que devastaron la tierra y mancharon los hogares inocentes, y de vez en cuando las multitudes enfurecidas arrancan los pedazos de su túnica mortuoria, o de los vestidos que llevaron en sus invasiones y en sus matanzas.

Allí van agobiados bajo el peso de sus crímenes, con la mirada fija en la tierra y el paso inseguro, desde los ambiciosos que sacrificaron a sus pasiones la causa de la Revolución, hasta los últimos caudillos que levantaron la oprobiosa bandera de la separación de las regiones parciales, alegando una autonomía que no podían comprender, y llevando su tenacidad hasta el extremo que debilitaban a sabiendas las fuerzas de la guerra, puesto que ocupaban en luchas internas, en querrelas domésticas, los soldados que debían a la patria común.

El Genio les espera con la mirada fija en sus rostros, como una espada de fuego, y al llegar a los pies de su trono, marca en sus frentes el estigma de la condenación eterna; y cada vez que la señal candente quema el hueso del malvado, un murmullo inmenso se levanta de la llanura y de las montañas, desde las faldas de los Andes hasta las riberas del Atlántico, y es la voz de la naturaleza que confirma el fallo de la justicia sobre esa enorme tribuna donde se sienta el juez. Aquellos espectros van pasando uno a uno, semejantes a las sombras que las brujas evocaban delante de Macbeth, y cuando han recibido la sentencia que les relega entre los fulminados por la historia, una ráfaga ardiente les arrebatada de súbito de la cumbre, hacia abismos desconocidos cuyas tinieblas oscurecen el fondo de la escena.

Y aquel juicio fantástico ejecutado en medio de la noche, envuelta en la luz de llamas que destella el juez implacable, es una reproducción del que la historia formará a cada uno de los hombres que actuaron en nuestra evolución política desde la Revolución hasta el presente, y que se repetirá al fin de cada época. Pero ninguna dió a la escena más horrores, ni

llenó el espacio de aullidos más feroces, ni arrancó del fondo del granito conmociones más terribles, que aquella tenebrosa y sangrienta edad en que, rotos los vínculos nacionales forjados en las batallas se lanzaron las turbas enfurecidas y sin freno a vagar por las soledades de los desiertos, donde bebían sus siniestras inspiraciones, a talar los campos como el incendio, a derribar los muros de las ciudades y a levantar cadalsos en las plazas, donde en otros tiempos se apiñaron sus tranquilos moradores a peticionar en nombre de sus libertades comunales y de derechos más altos que, es verdad, sólo asomaban en el estrecho recinto del municipio, y para los que no llevaban sangre indígena, pero no por eso dejaban de ser derechos que favorecían a una raza.

En cambio, en nuestra edad media nacional, y después de haber destruído las desigualdades de raza, aquellas antiguas libertades locales se convierten en autonomías políticas que abarcan todos los dominios del gobierno, sin más ideal que las ambiciones personales de los jefes semibárbaros, sin más forma de gobierno que la fraternidad y el campamento de la horda invasora, sin otra base sociológica que los residuos enfermizos de otra época, fecundados, además, por una naturaleza exhuberante y avasalladora que influye en el organismo de las masas rurales con fuerza extraordinaria.

No hay una sección del país donde el estrépito de la soldadesca no mantega en perpetua agitación la tierra, ni ciudad donde no se asile el terror de la expectativa. Una fiebre mortal consume la sociedad, aniquilada ya por una guerra titánica. El sentimiento nacional que durante ella había vibrado con sus cuerdas más sublimes, desde el idilio hasta la epopeya, parecía concentrarse en el recinto del hogar, y sus manifestaciones sólo eran una lágrima de desesperación o un grito de espanto. En las campañas donde antes el clarín congregaba los héroes nativos, montados con la bizarría de un árabe del desierto sobre el caballo de la pampa, brotaban como la maleza dañina las turbas hambrientas de matanza, degeneradas por la muerte de la disciplina y de la moral gue-

rreras, y se lanzaban a sus correrías infernales, como tropel de monstruos libertados de sus cadenas de fuego; en la política comenzaban a aparecer los caracteres hipócritas y los espíritus sombríos, a llevar sus consejos arteros a la dirección del gobierno; y aquellos temples de acero que habían levantado a la inmortalidad el sentimiento argentino, eran rechazados a la superficie, o arrojados a la costa por las corrientes impetuosas y las olas gigantescas de aquel mar de pasiones y de elementos descompuestos; los buenos ceden el espacio a los astutos, la virtud inmaculada se cubre el rostro, cuando no es profanada por la mano grosera del sensualismo bestial, y el valor razonado y prudente que funda las instituciones, es nublado y vencido muchas veces por el ímpetu salvaje de la multitud, que sólo sabe matar y morir como la fiera en el circo.

La atmósfera corrompida contagia a algunos que resistían sus influencias; y aún en el seno de la sociedad culta, vemos levantarse patíbulos que anuncian la propagación del mal a esferas superiores. Unos quieren que la masa popular se someta a sistemas de fuerza y unidad estrecha, para normalizarla y fundirla en un solo molde; otros piensan que esas tendencias separatistas pueden también sistematizarse y armonizarse levantando un gobierno que, manteniendo las autonomías regionales, se ligen por vínculos generales para llegar a la misma unidad; y las escuelas se dividen, y los jefes se enardecen y se desafían; los fuertes predominan y los contrarios suben al cadalso. La sangre de un héroe corre por la tierra harta de sangre humilde, y a su contacto se enciende una hoguera que duró veinte años, durante los cuales la luz del sol, blanca y fecunda, no asomó en el horizonte, sino el resplandor de las llamas rojo-oscuro, como la luz que ilumina los reinos de Luzbel.

Todos estos cuadros se formaban y desvanecían durante aquella noche fantástica, y se sucedían los unos a los otros con una celeridad vertiginosa; pero cada uno dejaba impresas sus líneas y sus tintas, hasta que el siguiente reemplazaba



la visión para desaparecer a su vez. Un estado de locura parecía ocupar el cerebro del observador desvanecido por tanta imagen y color distintos, pero excitado y reanimado en seguida por otros más vivos y penetrantes. Gritos de tonos y ecos diabólicos que repetían al infinito las cumbres; palabras entrecortadas y confundidas con los ruidos de la tierra, como un congreso de ebrios y de locos en medio de la ebriedad y de la locura de la naturaleza; rumores de tempestad y de carreras sobrenaturales sobre la pampa sonora: eran la música que llenaba y acompañaba la acción de tantos personajes en el movimiento mágico del drama.

Allí aparecían las siluetas vaporosas de muchos hombres que la historia ha descrito, que la tradición ha perpetuado, individuos de todas las clases sociales, de los dos sexos. Ministros del culto que degradaron su misión sirviendo a los tiranos de verdugos, mostraban en medio del torbellino sus labios ensangrentados por el fuego, y vagaban mudos, haciendo gestos repugnantes y ridículos, porque la justicia eterna les había arrancado la lengua con que, munidos de la inviolabilidad de la cátedra profanada, asesinaron la honra de los buenos, la inocencia y el pudor de las madres y de las doncellas; y la justa fama de los ciudadanos virtuosos y abnegados; mujeres que rodaban tendidas con desnudez lasciva y con sus formas carcomidas por las llamas sobre las corrientes impetuosas de aquel limbo infernal, también se mostraban con toda la impudicia que desplegaron en la vida, cuando haciéndose eco de la corrupción de su tiempo, mancharon con la injuria afilada y la voracidad de las arpías, cuanto de noble, delicado y puro caía bajo la flecha de su lengua envenenada; soldados que desprestigiaron las insignias de la patria y la espada tantas veces victoriosa en los combates homéricos de la emancipación, se veían también arrebatados por las ráfagas hirvientes, y a su lado gemían las sombras de las víctimas indefensas que sacrificaron a su furor salvaje.

El espacio era como una tempestad en que hervían las nubes encendidas por los relámpagos, y en que luchaban los

vientos en direcciones encontradas, arrastrando todas esas masas de espectros horribles que helaban el corazón con sus deformidades, sus gritos destemplados y sus lamentos espantosos: recordaba uno de esos círculos en que el Dante coloca, para su castigo eterno, a todos los malvados de la tierra que han degradado su divino origen, y que habían desgarrado el alma de su patria, cuna espléndida del arte, heredera de tan grandiosas tradiciones que ellos hundieron en el lodo de sus querellas fratricidas.

Y en verdad, la República Argentina durante aquella época aciaga, es el teatro de una *Divina Comedia*, donde concurren como actores los partidos olvidados de su origen común, y donde se desgarran sin piedad, como leones carniceros, en la cueva misma donde la madre los contempla. Pero esos partidos sin principios ni bandera definidos, y subdivididos en pequeñas fracciones enemigas, se traban en sangrienta lucha, sin que se pueda, en medio de la confusión del campo, distinguir al amigo ni al correligionario, y desde luego, hiriendo sin cuartel a los que inconscientemente peleaban por una misma causa. La moral privada y pública, la virtud cívica, la religión, todo se revuelve allí en un ambiente pestilencial que trastorna el criterio, y lanza como autómatas a los buenos en las corrientes dañadas, y hace parecer los objetos con los colores reflejos, en vez del color real; porque la atmósfera moral de los espíritus se asemeja a la atmósfera real de las cosas: las ideas, las nociones morales, los juicios políticos y sociales, al desenvolverse o nacer en un medio vicioso y corrompido, adquieren el tinte, las formas y la sustancia de ese medio, sin que los que actúan en él puedan percibir la forma real, porque el criterio también se sujeta a esas influencias de óptica.

El historiador, el poeta o el artista que quisieran copiar esos cuadros, tendrían que aislarse de su atmósfera, ya sea remontando muy arriba de ellas sobre las alas del genio, ya alejándose en el tiempo, ya observándolos desde largas distancias; y así se comprende cómo el poeta del *Infierno* haya po-

dido describir y juzgar los sucesos y los hombres de su tiempo, sin que las pasiones que bullían en su alma alteraran la verdad histórica; pero es que el genio tiene, como el sol sobre los astros, un poder de atracción sobre todas las inteligencias que lo rodean y reciben sus revelaciones.

El poeta que haya de escribir la tremenda y lúgubre epopeya de nuestros dolores nacionales, debe dominar con un corazón invulnerable, con una inspiración forjada en el yunque de la tragedia dantesca, y con una inteligencia superior a la de sus contemporáneos, todo aquel escenario hirviente donde las fieras simbólicas que cierran el paso de la selva oscura respeten su veste purísima, y donde para entrar precisiaría revestirse de fuerza nueva, inaccesible a los gemidos y a los arranques de furor de los habitantes del sombrío reino:

*Qui si convien lasciare ogni sospetto;  
Ogni viltà convien che qui sia morta.*

Los odios, las calumnias, las asechanzas le cerrarían el camino; las influencias perpetuadas por los vínculos de la sangre le impondrían silencio; el juicio rutinario sobre hombres y acontecimientos reclamaría contra la innovación; un amor patrio exagerado y amigo de fundar grandezas sobre falsos mirajes, se apresuraría a borrar del libro o de la tela la creación colosal, convencidos de que ella era para la honra de la nación una mancha, cuando en verdad no sería sino la obra inmortal de la libertad elaborada en los espacios abiertos al genio. He ahí por qué para obra tan gigantesca conviene matar en el espíritu *toda debilidad*, y entrar en el *doloroso reino* munido de una fortaleza moral capaz de dominar la vorágine que se agita en el seno del abismo.

En la comedia del Dante, como en la que ofrece la historia de nuestras desgracias, se mezclan en confusión infernal todas las clases sociales, y cada uno recibe su sentencia en la medida de su delito; así, nosotros, si hubiéramos de crear un infierno justiciero, pediríamos quizá a aquel los grandes lineamientos de su creación monumental, y podríamos gra-

duar las penas para nuestros delincuentes, confinándolos más o menos en la profundidad de la sima abierta por el fallo de la posteridad.

Si el poeta florentino, en medio de la confusión de su tiempo, y siendo en él actor desgraciado, supo adelantarse a la posteridad misma y formular la sentencia implacable, con más facilidad el poeta argentino podría atravesar las hondas cavidades de nuestras épocas de sangre, porque los años han enfriado ya las cenizas de las hogueras, y han tendido sobre los sucesos un ligero velo que amortigua la luz, y evoca con más espontaneidad los recuerdos, estimulando las creaciones de la fantasía. La protesta de la opinión sería menos iracunda, porque la historia ha abierto la maleza que cierra la ruta del Averno, y pronto tendría que acallarse deslumbrada por la esplendidez del arte; y porque el sentimiento nacional que no calcula ni analiza, tiene ya destinado su sitio en la inmortalidad a los buenos, a pesar de sus errores, y un abismo de maldición para los perversos.

Pero la corriente de las comparaciones, siempre gratas al espíritu que vuela con libertad, me han distraído del espectáculo que presenciaba, y es fuerza asistir a su desenlace. Ya vuelven después de una noche de treinta años, que ha pasado como una hora fugaz, por la variedad de los sueños que ha evocado en el cerebro, a resonar los clarines guerreros que habían enmudecido desde que la luz volcánica incendió la vasta extensión del escenario. Pero ahora no brotan sus ecos del medio de las montañas, ni son los truenos de la cumbre los que repiten sus notas agudas. El himno de una victoria, semejante a una trompeta heráldica, llega desde las márgenes de un río caudaloso que riega la llanura inmensa que tributa al mar; y es, en efecto, el heraldo de la aurora de aquella noche lúgubre, porque después que sus notas sublimes se perdieron en el ocaso, la luz roja de la escena se transforma, y el vago rosado de la mañana comienza a animar con nueva vida la tierra, y a despertar los cantos acostumbrados de la selva con que se adormecían sus moradores en los tiempos felices.

En el campo de Caseros se divisa un globo encendido como el sol que sale de las aguas, y es él quien trae el alba risueña. La cumbre recibe primero la caricia de aquella nueva luz, y la aureola que rodea al Genio de la Libertad, es ya como una niebla leve bordada de rosas y matizada de iris. Gritos de júbilo íntimo de las muchedumbres entusiasmadas aclaman otro nombre y otros héroes, y el himno de las glorias nacionales se percibe de nuevo en medio de la grande armonía que satura y anima la atmósfera. A medida que la luz del día va aclarando los cielos, la visión de la noche se desvanece, y todo queda, al fin, en el cerebro, como una reminiscencia de sueños agitados cuando la alborada nos despierta.

En los términos lejanos del cuadro brilla una franja más viva, como si allí anunciaran su salida nuevos astros; pero, el Genio, antes de perderse en el océano de luz que inunda la esfera, lanza la profecía del porvenir, que aparece a los ojos deslumbrados como un mundo de infinitas armonías, donde habitan en fraternidad los pueblos todos de la tierra, respetuosos de nuestra nacionalidad, y en el cual nosotros mismos, dueños de nuestros destinos, con tradiciones propias, inmortales, con un tesoro brillante de glorias y de conquistas, con un amor mutuo inquebrantable, llevamos la bandera de la cultura humana, saludada por los mares, las montañas y los desiertos repletos de vida y saturados de luz espléndida.

### III

“El tigre está hambriento y brama de cólera. Démosle de una vez entrada al redil” (3). La naturaleza agitada y convulsa ha dado su fruto exuberante, y Rosas aparece en la escena como la chispa eléctrica que abre el seno de las nubes apiñadas y repletas del fluido exterminador. Del fondo de las llanuras que se dilatan en la pampa, viene desde hace tiempo acercándose a las ciudades el aliento de los abismos. El

---

(3) ECHEVERRÍA, *Obras*, V., 286.

desierto engendra los héroes y los poetas nativos; pero en sus estremecimientos febriles, también aborta los monstruos. La soledad y la extensión ilimitada cavan simas profundas en los espíritus, y en ellas fermentan las pasiones y los instintos, hasta que la explosión necesaria se produce.

Hijo de aquella masa popular desprendida de la Colonia, y viviendo largo tiempo confundido con sus oleadas salvajes, tiene todo el arrojo de la fiera que asalta la presa en la oscuridad de la selva, pero tiene también su astucia para acercarse a ella sin ser visto. El fué con sus compañeros a las luchas de la patria, y allí su valor y su denuedo le levantan sobre el nivel vulgar de las multitudes; ellas son la escala que soñó para llegar a la altura, y sabe conquistar su afecto ingenuo, explotando con la sutileza de un romano de la decadencia, sus pasiones, que son también las suyas, sus tendencias y sus menores placeres: es una tosca imagen de un político maquiavélico, porque envuelto en la vestidura de la pampa, aplica el sistema en su sentido más común.

Puede aplicarse a él lo que Saint Victor dice de Nerón: "pertenece al alienismo histórico"; y, en verdad, gracias a los estudios científicos aplicados a la historia, se ha podido asegurar la existencia de una enfermedad social durante el período anárquico, y cuyas causas se remontan a las primeras edades del continente, y se fortalecen y vigorizan en la conquista y en la guerra de la Independencia. Pero además de este origen común a todos los miembros de la sociedad, Rosas mismo padecía la enfermedad de los tiranos, la locura homicida que le lleva por instinto, por una fatalidad orgánica, a derramar la sangre humana, con la que parece calmar sus excitaciones terribles (4). Su infancia es una sucesión de hechos extraordinarios, relámpagos que anuncian la aparición de una tempestad; se complace en juegos crueles, en los que, comenzando por torturar con verdadero deleite los animales, acaba por agredir a los hombres; y cuando llega a lanzar contra su

---

(4) RAMOS MEJÍA, *Neurosis célebres*, I.

propio padre en un momento de cólera, por una reprensión merecida, su poncho y su ropa, cuanto tenía consigo, el personaje está bien delineado, el carácter brilla con los últimos toques. La prisión del hogar es estrecha, porque allí hay una voz que le contraría y pretende dominar sus impulsos salvajes; entonces huye de ella, y es sabido que una vez en libertad de acción, esos instintos se desarrollan sin medida.

La fiera ha salido ya de la cueva, y se lanza a recorrer las selvas lejanas en busca de su alimento, y a saciar sus apetitos de destrucción. Su espíritu va sombreándose más, a medida que los reveses de la fortuna y las naturales consecuencias de sus actos, van creando en torno suyo una atmósfera de terror.

Cuando el tigre acostumbrado a la carne animal ha probado una vez el delicado potaje de un cuerpo humano, parece que sus instintos carniceros adquieren mayor sutileza, porque el nuevo alimento ha refinado su gusto; entonces su furor se multiplica, su astucia se perfecciona para la caza, sus garras se afilan y sus triunfos son más fáciles. El hombre es lo mismo cuando ha nacido con los gérmenes de esa enfermedad que tanta influencia ejerce sobre el espíritu; su voluntad obedece arrastrada por una fuerza interior irresistible; una vez que ha visto correr, derramada por su propia mano, la sangre de un semejante, se siente estimulado, embriagado por sus emanaciones cálidas.

Hay la horrible atracción del abismo en esas agonías lentas y dolorosas, que muestran por grados la proximidad de la muerte; el alma del asesino sigue, como arraigada en el cuerpo de la víctima, la sucesión de los tormentos, y cada uno le excita más, le interesa y le deleita como un drama satánico, en que se mezclara lo trágico con lo cómico, y cuyas escenas van desarrollándose, precipitando la catástrofe espantosa. La víctima presa de sus convulsiones, adopta formas y posiciones imprevistas, y el asesino encuentra en ellas el ridículo que le arranca una carcajada infernal.

Pero cuando estos alienados llegan a ocupar el gobierno

de sus semejantes, la fiebre aumenta de un modo extraordinario, porque ya no hay voluntad superior a la suya, y forja crímenes para tener delincuentes, erigiendo en ley inviolable las caleidoscópicas variedades de su imaginación y su capricho. Por eso esa ley no es permanente; los ciudadanos no pueden prever la infracción, porque la ley nace después del acto que la ha violado; ella estaba en la mente del tirano como la electricidad en la nube, y una aproximación cualquiera ha desprendido el rayo. En este grado, el yo brutal y veleidoso se sobrepone a todos los vínculos humanos; los lazos de la maternidad desaparecen ante la excitación del cerebro y la fuerza impulsiva del homicidio; no hay más que la sangre que corre de las heridas abiertas y es preciso que ella se derrame, para que con su calor y su aliento, brote la inspiración del tirano.

Nerón comienza por envenenar a su hermano, conservando una impasibilidad cómica en medio del espanto de los convidados, y hace abrir el vientre de Agripina y se mancha con su sangre: son emociones que agitan el alma del gran artista. Rosas empieza por insultar a su padre, y acaba por profanar el lecho de su esposa moribunda, ordenando a uno de sus bufones inmundos que se acueste a su lado para consolarla. “Al día siguiente de su muerte se encerró en su cuarto con Viguá y Eusebio, y lloraba a gritos la muerte de su Encarnación. En algunos momentos daba tregua a su dolor, pegaba una bofetada a uno de aquéllos, y con voz doliente preguntábales: —¿Dónde está la heroína? —Está sentada a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, — respondía Viguá, y volvían a llorar.” (5)

Hay en esta escena colores que habría envidiado el emperador romano; en ninguna crónica ni tragedia se mezclan con más siniestro horror la burla y la voracidad del instinto homicida. Sus juguetes cotidianos no respetan ya ni la existencia del Estado, de que se titulaba rotundamente Restaura-

---

(5) RAMOS MEJÍA, *Neurosis célebres*, tomo I, pág. 123 y sigs.



dor y Padre, porque caían bajo sus farsas histriónicas hasta los hombres más respetables que representaban naciones extranjeras.

Como todos los tiranos, deposita su confianza íntima en seres inferiores, arrancados de los más bajos fondos sociales, porque su vanidad de artista se proporciona deleites indecibles con aplausos fáciles de obtener; y a veces, cuando la escasez intelectual de su pequeño auditorio no comprende el alcance de una frase, la gracia de un movimiento o el exquisito sabor de una tortura, él se permitirá hacérselos comprender con un castigo merecido. Los sirvientes de los déspotas deben saber leer en las cavidades de sus cerebros tenebrosos, para prepararse a aplaudir la idea que germina, o hacer coro a sus fulminaciones sangrientas: deben fundirse en el mismo molde.

El tirano de Roma deseaba que el Imperio tuviera una sola cabeza para derribarla de un golpe, y esto era la suprema hipóbole de su delirio; Rosas siente el mismo deseo, y comienza a realizarlo cortando las cabezas una por una, y algunas veces muchas a un mismo tiempo; aquél, iluminado por el rojo resplandor de la hoguera que incendia a Roma en una noche de orgía, se asemeja a Rosas, de pie en medio de los torrentes de sangre que corren en todo el país. El artista coronado de hojas de hiedra, mandando asesinar a los senadores en su tribuna, da el ejemplo a nuestro clown salvaje, y en una noche de deliberación, un puñal parte el corazón de un anciano ilustre.

“Cuando vimos esa tribuna salpicada por la sangre de un anciano, — dice un historiador contemporáneo, — nos pareció ver manchadas todas las viejas glorias de aquella tierra!” (6). El monstruo de Roma se corona de guirnaldas, danza al compás de músicas lascivas, que acompañan también sus ejecuciones horribles, y da a sus mujeres el espectáculo de una carnicería; el tigre de Buenos Aires, inventa can-

---

(6) ANDRÉS LAMAS, *Agresiones de Rosas*, cap. I.

ciones grotescas con que se acompaña la festiva operación del degüello. Uno y otro tienen la gloria de haber inventado sistemas nuevos y variados para inmolar a los hombres: el degüello es la invención de Rosas, y es la ejecución oficial.

El lenguaje de la época destila sangre, como los puñales que salen de la herida que acaban de abrir; palabras de una horrible inmortalidad han nacido en ella, porque al pronunciarlas, hacían rodar los cadáveres, como si tuvieran un poder satánico. El gaucho de la pampa, desnudo de nociones cultas, se levanta sobre el hombre superior y le regala un título, en el que lucen el sarcasmo y la tradición política. *¡Salvaje unitario!* he ahí el grito de exterminio, la voz de orden de la matanza, el estigma que señala la víctima al verdugo. Ella corre con la celeridad del rayo sobre toda nuestra tierra, repetida por todos los siniestros adoradores de aquel ídolo carnicero, que se aplaca con la inmolación, y se deleita con una música de gemidos y de estertores de muerte. En aquel templo del dios siempre irritado, sólo se escuchan los himnos del aquelarre entonados por los genios maléficos en la noche tormentosa.

“Y ser *salvaje unitario* es tener en la patria una colocación peor que la de los parias de la India; es estar fuera de la ley civil y de la ley divina; es tener fuera de todo amparo la vida, la hacienda, el honor de la mujer, la castidad de los hijos. Es vivir mendigo en el extranjero, sintiendo más que la proscripción y la miseria, la anarquía o la afrenta de la familia desolada, a quien tal vez ya no se verá; es estar en la patria encorvado por el temor, leyendo en todas partes la sentencia de muerte que está escrita en todos los rostros, en todas las paredes, en todos los papeles; que se muestra en todos los pechos sobre un fondo de sangre; que se promulga en las calles, en las plazas, en los teatros, en los templos; que en las altas horas de la noche viene a despertar al infeliz al compás del reloj. ¡Oh! sin duda, que este grito horrible, incesante, que se introduce con el aire, que persigue con la luz, que aterra en la oscuridad, es un género de tormento, un re-

finamiento de odio que hace olvidar las torturas de Venecia, las venganzas de los Borgia...!" (7).

El resuena en todas partes con el mismo diapasón infernal, desde el soldado degenerado hasta en la altura de la cátedra sagrada; los púlpitos no derraman ya la tranquila y consoladora elocuencia del Evangelio y del perdón: destellan rayos de cólera, fulminan nombres con la amenaza del cuchillo mellado que aumenta el sufrimiento de la víctima, desgarran como buitres hambrientos la vestidura que cubre la inocencia de las vírgenes, y copiando de nuevo a Nerón que decapita las estatuas de los dioses, de los héroes y de los emperadores para poner en su lugar su cabeza divina, destiegran del altar las imágenes del culto de un pueblo, para levantar la efigie de este nuevo ungido de la gracia. Y los cimientos de los templos, ni los velos del santuario; no se rasgaron como en los tiempos bíblicos! No; también ellos se asocian a la alabanza que el mundo tributa al *héroe americano*; adoptan la insignia sangrienta que adorna los trajes de las mujeres, los colores que ostentan los hombres: todas las cosas se tiñen con la luz roja que irradia el astro rey!

Una institución popular, que no era por cierto de las que nacen de la libertad, brilló en su época con los resplandores que bañaban todos sus cuadros. El hábito de la muerte, encarnado en la mayoría de las gentes que la contemplaban como un espectáculo diario, cuyo interés dramático era el mayor refinamiento de la tortura, y la necesidad de saciar la sed inextinguible del monstruo encerrado en su retiro inviolable, donde recibía las emanaciones del sacrificio, como un Moloch feroz, dieron origen a aquella turba de verdugos ambulantes, de espías y de traidores, que con el nombre inmortal de *Mazhorca*, se destaca en el fondo encarnado de aquel inmenso cuadro, como una pincelada en que un loco hubiera querido agotar toda la tinta de la paleta, atravesando la tela con una faja más encendida.

---

(7) ANDRÉS LAMAS, Obra y lugar citados.

No hay en las hordas vandálicas de los primeros siglos, ni en los lictores que ejecutaban las órdenes de los Tiberios o Calígulas, ni en el espionaje de Venecia, que tan admirablemente describe Víctor Hugo, más ferocidad, más estoicismo, más bajeza moral para el crimen, que en aquellas puebladas famélicas, poseídas de vértigo homicida, que corrían las calles de Buenos Aires segando las cabezas como la hoz siega las espigas; infiltrándose, como los agentes de Satanás, por las rendijas y a través de las paredes, en el hogar ajeno; contando los pasos del ciudadano, pesando sus palabras, interpretando sus gestos, para descubrir un indicio del delito de blasfemia contra el tirano, y obtener su favor regio con una delación decisiva.

El divino enfermo contagió la fiebre a los que lo asistían de cerca, y de grado en grado, ella fué apoderándose de la sociedad entera, hasta constituir una epidemia sanguinaria, que llega a su paroxismo en el célebre año 40, en que después de haber sembrado las calles de cadáveres, se enviaban carros a recogerlos, como se hace con los animales.

Hay toda la lúgubre algarabía de las turbas del infierno, en aquellas comparsas que recorrían las calles, armadas de puñales desnudos, bailando al son de alguna cantata federal, invadiendo los templos, asesinando los sacerdotes y los fieles, decapitando las imágenes o marcándolas en la frente con la divisa de la secta. Hay toda la pompa obscena que Herodoto describe en las fiestas babilónicas, en aquellas procesiones del retrato de Rosas, a las que acompañaban el ceremonial religioso y los cantos de alabanza; o bien, recuerdan las expediciones del Baco degenerado, por los pueblos vecinos, seguido de la grotesca y ebria muchedumbre de bacantes y sátiros, donde la carnicería se inicia después que el baile y el vino han excitado el fervor religioso, o en que el Dios, ebrio del licor de la vid, pide con gritos y gestos repugnantes, los mismos vasos llenos de sangre humana.

Es digno de atraer las meditaciones del filósofo el estado del sentimiento religioso en aquella época, porque nunca se

vieron reunidos en una misma sociedad tantas supersticiones contradictorias, tantos excesos censurables. La historia nos muestra épocas como la que precedió al advenimiento de Gregorio VII, la que inmortalizaron los Borgia, la que llenan los Estuardos con su nombre, y aquella en que Luis XIV era divinizado en la cátedra: en ellas la religión, ora se prostituye para servir de consagración al crimen, a la corrupción, ora se liga con los déspotas para sublimizarlos e idealizarlos ante la imaginación popular; pero no creo que hayan llegado nunca sus sacerdotes al grado de bajeza que algunos de los que vivieron bajo el gobierno de Rosas. Bien se ve que las ideas y los sentimientos más sublimes y grandes, cuando caen de su altura, parece que quisieran bajar tan hondo como elevado era antes su situar, y adquieren en ignominia lo que perdieron en pureza; así, no es extraño que algunos sacerdotes llegasen a profanar por sí mismos los altares y la santidad de su misión, reemplazando las imágenes del culto por la efigie del tirano argentino, y dando la muerte por sus propias manos a aquellos que no adoraban al inmundo becerro de la idolatría.

Verdad es que el temor es una fuerza que disculpa algunos actos; pero también lo es que al sacerdote no le es permitido temer cuando se trata de conservar inmaculado el santuario donde se alberga la suprema esencia de Dios. Por otra parte, la población, en general, de la República conservaba el legado tradicional de sus creencias, tales como las había bebido de la predicación colonial; y aunque las ideas de Rivadavia habían abierto las inteligencias a verdades y especulaciones más altas, ellas no penetraron en el fondo de la conciencia popular, al cerebro de esas masas errantes que debían actuar en los dramas de la guerra civil: ellas mantenían aún la grosera y primitiva idea religiosa, como podían concebirla con su escaso criterio, y siempre dependiente de sus pasiones más o menos movedizas, que les impulsaban en cuerpo y alma a servir a los jefes que más los cautivaban con su astucia o su valor temerario. Rosas que buscaba los elemen-

tos de su dominación en las más bajas esferas de la sociedad, no tardó en comprender que debía explotar aquel sentimiento que tan hondamente mueve las voluntades, y se declaró defensor de la religión, en pugna con la clase culta que había secundado los planes civilizadores de Rivadavia.

Pero la religión en poder de Rosas era como un cordero en manos del león, que hace de él su mejor bocado, y la manchó con más escarnio que ningún otro tirano de la tierra, obligando a sus ministros a secundar sus planes siniestros; habla de ella con el lenguaje del sarcasmo más hipócrita, tomando los dogmas, los misterios, las ceremonias más sagradas como temas de sus juguetes sangrientos. Los episodios de su vida en que tales profanaciones cometía, con el auxilio de sus sacerdotes adictos, quedarán entre las páginas de duelo y de sangre de esa iglesia batalladora e infatigable, que hace diez y ocho siglos mantiene en constante agitación el mundo.

Pero también al lado de esas manchas oscuras brillan puntos de luz que la historia menos imparcial no puede nublar, y que recuerdan aquellos tiempos de los primeros cristianos, cuando caían bajo el golpe de sus perseguidores cantando las alabanzas celestiales, por haber declarado y confesado su fe. La tradición se colora con la sombra y con la luz; y en ella, si bien el nombre argentino se mancha con la sombra de una debilidad, en cambio, esas tintas oscuras desaparecen para ser reemplazadas por las irradiaciones de martirios sin número. Porque un martirio lava las manchas de una vida, como la aurora desaloja las tinieblas de la noche. Y cuando un pueblo que ha doblegado su cerviz ante un déspota, se dispone a redimir su pasado con un sacrificio final y extremo, la historia convierte en lauros inmortales las fulminaciones con que marcó su frente en las horas del pecado.

Si Buenos Aires, arrastrada por esa fatalidad histórica, que sin ser la regla de criterio de los sucesos humanos, suele a veces manifestarse irresistible y evidente, levantó sobre sus propios hombros el monstruo que la escarneció, hartó ha sufrido y ha llorado para que su falta le sea perdonada: sus

hijos fueron inmolados a millares en las calles, en los templos, en el seno de la madre, y vagaron errantes y miserables por el extranjero, haciendo en todas partes brillar ese nombre argentino que resplandece más vivo en medio del dolor, porque su delicada naturaleza tiene algo de la música de sus bosques y de sus desiertos.

El sentimiento religioso salva la dignidad de su creencia y de su iglesia, albergado en los corazones fuertes, nacidos para el sacrificio regenerador; pero es el sentimiento purificado con la cultura libre y desnuda de las tinieblas con que los dogmas estrechos aprisionan su vuelo impetuoso. Porque hay pueblos que dignifican una religión o un sistema político, como hay otros que lo degradan y envilecen; y así, es algo que consuela y fortifica a los descendientes de aquella desgraciada generación, ver cómo en medio de la orgía de todas las ideas y de todos los principios, siempre hubo un martirio que proclamaba con su lenguaje de horror sublime, la íntima protesta de la conciencia social.

La religión, cualesquiera que sean sus dogmas y sus rituales, es una aspiración del alma a lo infinito, y merece la consagración del respeto humano; y el escarnio y la blasfemia contra los dioses que ella adora, acusan siempre en sus autores un fondo depravado, o la existencia de una gangrena moral.

El sentimiento religioso de las masas de aquel tiempo, descuidado y sin cultivo, a causa de las prolongadas convulsiones nacionales, y de la vida siempre vagabunda que llevaron tras de los enemigos exteriores o caseros, va adquiriendo en sus naturalezas rudas toda la agreste y sombría tinta de sus pasiones nativas, excitadas, además, por el delirio sanguinolento de la época; lejos de ser una idea adquirida y encarnada en sus conciencias para dulcificar los caracteres y fraternizar los hombres con los hombres, parece que se infiltra en su organismo, a la manera como se inocular y difunde el veneno de las víboras.

Allí, en medio de los horrores de la mazhorca, se oye invocar la religión para dar la muerte al ciudadano indefenso; y ella se arraiga de tal modo en las multitudes, que es ya una enfermedad, que tuvo sus épocas epidémicas durante la edad media y tiempos modernos. La religión es ya una locura que va hasta divinizar al déspota, trastornando profundamente los cerebros; y así se comprende que las altas dignidades de la Iglesia oficien una misa solemne, en que el retrato de Rosas es la divinidad que reemplaza al Cristo, y que las muchedumbres febriles se agolpen en cierto acto público, disputándose a golpes el placer de palpar y besar la mano de aquel prodigio espléndido de nuestra tierra. Así también se explica cómo Facundo levantara como bandera de combate un paño negro como los abismos de su cerebro, grabando en él estas palabras que parecen un sarcasmo del infierno: RELIGIÓN O MUERTE.

Lejos de ser la religión la fuente inagotable de fantasías y de sueños, en que los poderes maravillosos resplandecen con sus destellos característicos, ella enardece y exalta, enfurece y domina, como una fuerza invisible, las hordas desalmadas que riegan el país de sangre; sus dramas no son ya aquellos en que luchan los buenos y los malos principios en el campo del espíritu, ni sus leyendas se inspiran y adornan con las creaciones y los colores de mundos imaginarios, sino tragedias de duelo y de horror, en que la sangre corre a la vista de los espectadores, derramada por el hermano y por el hijo, del cuerpo del hermano y del padre, y prodigios de crueldad que los asesinos realizaron con la ayuda tenebrosa de las potencias del abismo.

Los cantos populares, que en los tiempos pastoriles o épicos, celebraron en versos rústicos o apasionados las bellezas de la naturaleza o las proezas de los héroes, enmudecen en las selvas taladas por el incendio, y se convierten en el alarido estridente que espanta los nidos, inquieta los rebaños salvajes y aterroriza al morador de las chozas o de las ciudades: en los primeros hay la divina unción que el sentimiento



de la patria enciende en las almas, en el segundo hay ese estertor horrible que produce la sangre, saliendo precipitada de la herida abierta con el puñal.

Entre las lustrosas teorías que ostentaba Rosas en su original *sistema americano*, figuraba en lugar preferente la pretensión de encarnar el sentimiento de la nacionalidad; pero enunciada y practicada por él, bien se comprende que había de ostentar las formas más extraordinarias e inauditas. A semejanza de sus precursores, Francia y Artigas, comenzó por cerrar los linderos de la patria a las naciones extranjeras, lo mismo que el león fortifica la cueva donde guarda su prole, y desde donde distribuye sus expediciones devastadoras. Esta concentración de las fuerzas expansivas de la sociedad dentro de sí misma, debe ser un reflejo de la que en el fondo de sus cerebros cavernosos, aprisiona las ideas y las condena a fundirse en la masa que las engendra, y de donde brotan como emanaciones eléctricas. La nacionalidad no es en él un sentimiento de amor que llega a ser un culto en que los pueblos fraternizan, se unen y agigantan, sino un medio de defensa y de ataque contra las fuerzas que vendrían a minar su poder levantado sobre la ignorancia de las masas; porque las tiranías no se derrumban tanto por el valor de las armas, como por la influencia de la cultura pública, que va disolviendo e iluminando la nube donde el tirano cimenta su trono.

Rosas aguza el ingenio de sus crueldades cuando la víctima es un extranjero; y esto demuestra cómo las ideas que concebía llevaban el sello de una materialidad primitiva; porque entender por nacionalidad la exclusión de los hombres que no nacieron en su patria, es mirar las cosas con un criterio retrospectivo que tiende a volver al comienzo de la vida, donde el primer hombre aún no ha perdido la envoltura maternal, donde la familia se alimenta de la raíz o de la fruta del árbol, y donde la tribu salvaje se encierra para ocultarse a la mirada del conquistador que anhela esclavizarla. Resabio del centralismo de la Colonia, ese sistema es la señal de la decadencia que comienza a minar la sociedad, pues

que vuelve al punto de partida, siendo que las fuerzas colectivas tienden siempre a desenvolverse en sentido progresivo.

Verdad es que los pueblos más grandes de la historia se levantaron sobre ese sentimiento de apego a la tierra donde viven y combaten contra la adversidad; pero antes la han poblado con sus hijos, y con los que las mareas humanas arrojaron a sus costas, y la han saturado con su espíritu. Luego el sentimiento nacional se convierte en el fuego perenne que simboliza la unidad del destino, la comunidad del dolor, la fuerza contra el enemigo externo e interno, la fuente inmortal de sus glorias, de sus conquistas, de sus creaciones en el arte.

“El hombre de nuestros campos, que encuentra en ellos con qué satisfacer todas sus necesidades, que duerme sin más techo que el cielo, que se alimenta con la carne de nuestros ganados, que bebe el agua de nuestros ríos, es susceptible de llevar la exageración de la nacionalidad a un grado más subido que el que le dieron nuestros progenitores. Pervertido ese sentimiento, llevado al extremo que puede tocar, nuestra decadencia no sería como la de España, nosotros volveríamos a un estado casi primitivo, y la obra de la civilización retrogradaría por siglos” (8). Sería la dispersión de los elementos adquiridos en la evolución sociológica, los que, atraídos por su centro originario, volverían a formar parte esencial de la tierra; sería destruir por el análisis lo que se construyó por la síntesis orgánica: la nación vuelve a dividirse en razas, en tribus, en familias.

El sentimiento nacional es la primera y más viril manifestación de la unidad social, de la fortaleza de los vínculos políticos y morales, de la vitalidad de un Estado; nace de las diversas evoluciones que constituyen la tradición de un pueblo; es la tradición misma que vive de su calor, se adorna con sus matices nativos, se regenera constantemente con sus nuevos gérmenes, como el árbol con las nuevas corrientes de sa-

---

(8) LAMAS, *Agresiones de Rosas*, c. L.

via que cambian el ropaje de sus ramas. Porque la tradición no significa la permanencia en un mismo estado moral, ni el culto que un pueblo le dedica, expresa su carencia de ideales y fuerzas progresistas: ella es la historia del sentimiento nacional, perpetuada por los sucesos en que se manifestó, y abraza por eso todas las conquistas del espíritu, todas las glorias de la espada, todos los triunfos de las religiones; relata también las desgracias, las catástrofes, las sombras que se levantaron en su camino, como hay nubes que oscurecen el sol, como hay arenas que interceptan los torrentes, como hay incendios que abren inmensos espacios de ceniza entre dos selvas tropicales, sin que por ello la tierra sea menos generosa, ni ardan en su seno con menos vivacidad los gérmenes de nuevas y más espléndidas vegetaciones.

La evolución del progreso no se detiene jamás para siempre; ella es como los océanos, según Macaulay, que avanzando y retrocediendo en sus mareas cotidianas, conservan, no obstante, su dirección general. La tradición cuenta los pasos de la evolución, sus impulsos que cubren un siglo y una decena de siglos, y sus detenciones que amenazaron a veces sepultar la conquista realizada; la una es la representación gráfica sobre la inmensa tela de la vida; la otra es la fuerza que recorre su órbita interminable: ambas son la historia del progreso humano.

La irrupción estruendosa de aquella oleada bárbara arrojó lejos del cauce los caracteres fuertes, los espíritus cultivados que no podían disolverse en su corriente envenenada. La América y la Europa vieron vagar por sus ciudades a los argentinos ilustres, como los profetas, cantando las desgracias de Sión, o como los desterrados de Roma, luchando desde el extranjero contra los déspotas. Si el sentimiento nacional cayó envuelto en la llama del incendio que devoraba la tierra nativa, arrastrando a la sociedad entera en sus delirios de sangre y de muerte, aquéllos llevaron durante el ostracismo el fuego del santuario profanado, que algún día debía volver a abrir sus puertas a los adoradores del verdadero Dios.

El pensamiento de la revolución, corrompido, vilipendiado, escarnecido por la horda desenfrenada, siguió vibrando en extrañas regiones con acentos proféticos que llegaban al seno de la patria, y anunciaban a la desgraciada víctima su futura liberación. Las naciones que la espada argentina fundó en los tiempos épicos, pagaron su deuda sagrada, abriendo sus brazos a los fugitivos y prestándoles aliento para sus predicaciones regeneradoras. Los Andes transmiten con la repercusión de sus masas metálicas, las invectivas ardientes, las fulminaciones tempestuosas, los cantos del destierro, que como anuncios de mundos lejanos, venían a retemplar la fuerza enmohecida en el sacrificio diario, manteniéndola en esa sublime expectativa de las grandes revoluciones.

Y nada hay que purifique ese sentimiento de la nacionalidad como la ausencia; porque como traídos por repercusiones formidables, los ruidos, las músicas, los gemidos, los cantos de la tierra nativa, resuenan en los lugares distantes con la intensidad con que brotan de su origen; los recuerdos ocupan el cerebro como visiones agitadas que se remueven sin cesar y multiplican las imágenes; la brisa de la pampa, del río, de la montaña, no para en su carrera hasta besar la sien enardecida del patriota ausente, fortaleciendo su esperanza como si fuera cargada de palabras de consuelo, de caricias maternas, de rumores de libertad. Como los cóndores de los Andes revolotean en torno del peñasco que derribó el rayo, y en cuyas grietas se sostenía su nido, así aquellos desterrados vagaban alrededor de su patria, contemplando los estragos de la barbarie, y lanzando los gritos de la cólera, de la justicia, de la condenación, como el morador de las rocas amenaza con el graznido siniestro al cazador osado que asciende a su guarida.

Las familias emigran en largas y tristes caravanas, a través de los mares y de las montañas, como bandadas de aves que van a buscar en climas más benignos el sustento, y el espacio para sus cantos primaverales. Allí van conduciendo el tesoro de sus penates, las reliquias de sus tradiciones glo-

riosas, para salvarlas del incendio, de la profanación y de la muerte. Los que parten dicen el adiós eterno a los que quedan, porque son las víctimas que van a saciar la sed del monstruo, y los consuelan con la vaga y oscura esperanza de una revolución justiciera, como una promesa compasiva en las horas de la agonía.

Las revoluciones nacen del sentimiento de los pueblos oprimidos; sus raíces, sus orígenes más profundos están en la inteligencia de la sociedad. Así, la generación del tiempo de Rosas, elevada en su nivel moral por las propagandas de los escritores desterrados, secundada por los antiguos héroes de Mayo, que habían quedado firmes en sus filas, conservando el honor de la bandera, fué comprendiendo su destino, reformando sus hábitos, haciendo el vacío alrededor de su tirano, y éste tuvo al fin que mirar hacia los horizontes que le rodeaban, y apresurarse a conjurar la tormenta. Pero la revolución había nacido ya en los espíritus, trascendiendo al orden político, y armado contra el despotismo el brazo de los mismos que antes ayudaron a sostener sus columnas. El autonomismo que distingue a la época, fué también causa para que algunas provincias se mantuvieran aisladas del influjo sangriento de Buenos Aires, y para que germinara en ellas la semilla de la libertad. Los elementos dispersos por la cuchilla de verdugo, se buscan y atraen durante la noche del horror, y al fin encuentra la esfera común, de donde surgirán fundidos en una sola fuerza, al terreno de la acción.

Los mismos caudillos autores de la anarquía, fatigados de un poder que se perpetuaba sobre ellos, dilatando sin término el logro de sus ambiciones o sus esperanzas, comprenden al fin que son los baluartes de un poder egoísta que no piensa concederles una parte en el gobierno, y por un movimiento natural y lógico, se dispersan del centro rompiendo sus ligaduras, y se disponen a derribar al coloso.

El estudio de los orígenes de esta revolución, es el tema más fecundo para la filosofía, la política y la historia, porque

en ella, como en ninguna, se verifica la síntesis más completa de todos esos elementos de sociabilidad descentralizados, dispersos, anarquizados durante la guerra civil, que vuelven después de haber realizado su evolución necesaria, a constituir la unidad nacional. Y este fenómeno natural en el dominio de las fuerzas sociales, es, si se quiere, la prueba más evidente de que la nación era ya un cuerpo compacto, con leyes uniformes de desenvolvimiento y de vida, y que los miembros que lo componían estaban ya dispuestos a comenzar sus funciones armónicas. Verdad es que para llegar a ese fin, fué necesario atravesar por largos períodos de sombra y de duelo; pero en el curso de las leyes históricas, las grandes calamidades públicas han sido como el crisol en que el carácter se retempla y fortalece, el corazón se purifica con el dolor, la inteligencia se ilumina con la experiencia de los desastres; y de todo resulta, cuando las generaciones y esos ambientes se han renovado, que han nacido con formas y fuerzas rejuvenecidas, una nación y una sociedad distintas, sobre los cimientos de la antigua.

Las desgracias nacionales son en la historia como las sombras en la tierra: durante su reinado se verifican en el seno de los pueblos las fecundaciones de los gérmenes nuevos que entran a alimentar el organismo social, y las renovaciones de los elementos gastados en el funcionamiento de la vida; esa elaboración se realiza en secreto o en la agitación de la tierra, como si un designio sobrenatural o desconocido quisiera evitar las convulsiones que producen las luchas interiores de la materia, para presentar el fruto lozano y hermoso a la luz del sol, que va a colorearlo y a adornarlo con sus matices radiantes.

Los períodos de descomposición social se parecen, pues, a esos estados de la materia, y los pueblos que los han atravesado con vida, aparecen de nuevo en el escenario humano, armados de la luz de las victorias en que triunfaron sus ideales y sus grandes virtudes salvadas del cataclismo. La República Argentina ofrece a la historia el espectáculo grandioso

de un doble nacimiento, de un doble triunfo contra la opresión y la muerte; sus dos revoluciones son dos faces perfectas de la vida de toda sociedad: en la primera, rompe la nebulosa generadora de donde brota el astro nuevo; en la segunda, apaga y funde en una sola masa los fuegos interiores, que desprendidos del centro común, amenazaron un día su existencia y su autonomía; en seguida tiene en el espacio infinito su órbita marcada, que recorrerá a merced de las leyes que rigen al astro y al conjunto de mundos dispersos sobre el vacío.

Hemos completado y salvado con gloria los períodos más difíciles de nuestra vida; nuestra infancia ha sido borrascosa y sombría, como son los comienzos de toda existencia fecunda para la humanidad; porque los seres predestinados a ser luces de la historia, traen desde el seno materno en germen las ideas, los sentimientos, las fuerzas que han de agitar las sociedades y reformar sus destinos; y comunmente, durante la niñez, todos ellos se manifiestan en expansiones prematuras, en rebeliones aventuradas, en empresas inauditas. No en vano nuestra patria se extiende en una llanura inmensa que bordean ríos caudalosos, montañas llenas de grandeza y armonía, selvas que ostentan todo el poder fecundante del trópico, rodeada de mares que la acarician con sus músicas eternas y con sus brisas regeneradoras. Sólo la libertad con sus tumultos incesantes pero fecundos, puede llenar ese gigantesco e ilimitado escenario, donde la naturaleza desplegó toda la fuerza de su savia, todos los matices que proyecta sobre los caracteres, todo el encanto de sus cuadros siempre bellos y nuevos, donde el artista va a concebir las creaciones inmortales. Allí nació ese sentimiento que ha recorrido ya los siglos, desde la tribu primitiva que cantó debajo del árbol su primera pasión, hasta la nación guerrera que se inmola a la libertad de su suelo, hasta la raza joven que da a luz una nueva entidad internacional, y por último, que concluye su obra secular, derribando la tiranía que amenazó sepultar en el polvo enrojecido por el hacha, todo el tesoro de sus glorias inmemoriales.

Es un error pretender cubrir con el olvido los tiempos calamitosos que todo pueblo atraviesa. El sentimiento es el fuego que mantiene la vida nacional, que alimenta los espíritus para las grandes luchas, y las corona de inmortalidad en la victoria. El resplandece en todos los sucesos, formando su fondo épico o trágico; y cuando ha realizado una de esas empresas que levantan la admiración de los contemporáneos y de la posteridad, es porque ha vencido las tinieblas que oscurecían su camino.

La historia no es sino la sucesión de los hechos en que el sentimiento humano se manifestó, y lleva siempre los tintes más o menos marcados, según que sus influencias fueron más o menos profundas: es un drama continuado cuyos personajes se renuevan con las épocas; y en ese drama se alternan las catástrofes con los sucesos felices, y el espectador pasa incesantemente de la emoción agradable y risueña, al llanto y a la desesperación. Los pueblos son los protagonistas que luchan por predominar en la acción, y sus triunfos y sus derrotas, arrancando los aplausos o la conmiseración humana, ya los enorgullecen y agigantan, ya los abaten o los sepultan en la nada.

No interrumpamos nosotros nuestro rol sublime en el drama cuya primera jornada comienza en un mundo primitivo, y que llega a adornarse con todos los primores del arte moderno. Si suprimimos las escenas dolorosas por temor de provocar las lágrimas, nos exponemos a oscurecer los grandes efectos que las expediciones y las innumerables victorias de nuestros héroes, y las conquistas que alcanzaron en el mundo ideal nuestros varones ilustres, reflejan sobre el conjunto produciendo la armonía suprema.

Es necesario para el porvenir de nuestra patria, que la tradición recoja del campo velado de nuestra anarquía, esos mil episodios sangrientos en que destella con su luz de hogueras la furia del tirano y de sus agentes; porque al oírlos, las generaciones futuras aprenderán a modular en sus cantos de libertad los acentos del trueno, para fulminar la conde-



nación de los déspotas; y porque al lado de los espíritus corrompidos que ensalzan las pasiones miserables, brillarán las figuras de los mártires que cayeron bajo el puñal traidor y cobarde, porque no alzaron su voz en el coro de alabanzas profanas al ídolo sanguinario, o porque tuvieron el heroísmo de levantarla con la entonación del apóstol encargado de anatematizar el crimen, de sostener la libertad con la palabra y consagrarla con el sacrificio de la vida.

#### IV

El hombre sigue la naturaleza del suelo donde ha nacido, y donde ha desarrollado sus fuerzas físicas y morales, hasta que la educación y las influencias de culturas diferentes modifican el sello primitivo, pero sin borrarlo del todo. Rosas nos ha dado el modelo del hijo de la pampa abierta a las emanaciones del mar y fecundada por las corrientes de los ríos; él lleva en su carácter el anhelo ilimitado de la llanura desnuda, por confundirse y perderse en el infinito, y hay en sus pasiones el sordo fragor de las olas que se rompen en las costas. Los elementos de la naturaleza, puestos en acción por sus hombres en una época de descomposición orgánica y psicológica, le llevaron a la plenitud de su desarrollo genial: los frutos de su acción social son conocidos, y hoy la ciencia y la crítica estudian sus orígenes remotos.

Pero al lado de esa pampa sin vegetación y sin sombras, donde la vista se pierde como la luz se extingue en sus ondas infinitas, y donde el cerebro no encuentra puntos de relación para sus concepciones y sus imágenes, se extiende esa otra llanura desolada donde no brota una fuente, cubierta de selvas inmensas que parecen plantadas en el seno árido de la tierra, como una muchedumbre de esqueletos congregados sobre las cenizas de un incendio; ella comienza desde la falda occidental de las montañas del centro, y va a morir en las primeras escalas de la gran cordillera. Dos montañas la estrechan entre sus brazos de granito, y la ahogan, como si qui-

sieran apagar las voces de su seno, reprimir las expansiones de su vida, concentrar sus horizontes en el espacio que separa sus cumbres.

Hay en esa inmensa llanura, madriguera en aquel tiempo de fieras sin número, todo el horror sublime de la soledad, toda la poesía de las tumbas, donde los ecos repercuten con sonido seco y fúnebre alrededor; el sol la abrasa y la agosta, como si quisiera quemar en el seno el germen que se agita con los comienzos de la vida; las tempestades se agigantan y retumban con un estruendo que sacude la inmensidad, llenando el alma de pavor supersticioso.

El hombre solo en medio del desierto, como en el océano, se siente próximo a morir devorado por el abismo que le rodea y el que se levanta sobre su cabeza, y se anonada y abate ante la magnitud de sus escenas, o se alza sobre ellas dominando los extraños y profundos estremecimientos de la tierra, los fulgores del cielo, los sombríos horizontes, los abrumadores misterios de esa planicie eternamente poblada de visiones fatídicas; aprende a leer en sus secretos murmullos los acontecimientos que se preparan en la superficie; sabe contar su respiración ciclópea; se asimila su alma, —si pueden tenerla los desiertos,— con toda su atracción invencible, con toda su sed insaciable, donde van a morir sepultados o evaporados a su contacto ardiente, todos los ríos que se lanzan sobre ella.

A veces en un sacudimiento repentino que le ha comunicado la montaña, se abren en su seno grietas profundas donde se sumergen las selvas; o cuando las tempestades han descargado en sus arenas áridas sus torrentes de lluvia, surge, como evocado por un poder maravilloso, un oasis que el siguiente sol enciende y convierte en hogueras. Lloro sin cesar con gemidos que estremecen las fibras, el abandono de la vida, y lucha sin tregua contra los elementos que la devastan; y ese llanto colosal que se percibe en los crepúsculos, emanado de sus pulmones dilatados, da el tono al espíritu de sus moradores que cantan gimiendo sus trovas nacionales, sin

que una nota risueña vibre en medio de sus tristes lamentaciones.

Pero esa lucha continuada y sombría por la vida, que se asemeja, por su aridez, a sus llanos sin verdura, engendra a veces el fatalismo indolente del árabe que muere de hambre tendido en la puerta de la tienda, o ese temple de hierro que logra vencer las amenazas y los furores del desierto, y avasallar las fuerzas que le oprimen y le ahogan. El triunfo le enorgullece, y sintiéndose soberano de la llanura, no hay poder que le doblegue, ni tempestad que le arredre, ni catástrofe que le entristezca, porque el espíritu ha absorbido toda la potencia de la naturaleza, y ha trasportado sus secretas y majestuosas facultades a su propio ser.

La poesía que vive en sus soledades tiene el lúgubre acento de los dolores íntimos. Una cuerda templada en el tono de los cataclismos resuena sin cesar en la extensión. La noche que la envuelve en tinieblas despierta, de sus moradas ignotas, falanges de seres fantásticos que pueblan el espacio; que gimen o ríen con amarga risa en medio de los bosques desnudos; que corren sobre la ráfaga caliente, chocándose con el ruido de huesos que acompaña la danza de los muertos; que chispean con luces vagabundas que parecen los espíritus sin guarida de las víctimas inmoladas a millares por el hombre, por la fiera o por el horror del desierto; que levantan ese murmullo monótono, mezclado de chirridos agudos, de rugidos estentóreos, de lamentos vagos, de músicas diabólicas, de aleteos confusos de aves invisibles, de graznidos siniestros, de carcajadas satánicas, de ladridos ásperos, de relinchos intermitentes, haciendo un conjunto infernal que excita el cerebro, engendrando en sus cavidades multitud de fantasmas que hierven como las fosforescencias de la atmósfera, precipitando el vértigo.

Tal es el teatro donde Facundo va a jugar su rol, que oscurece todos los demás personajes de aquel sombrío drama, conjunto incomprensible de lo más grande, de lo más luminoso, de lo más bajo y de lo más oscuro que pueda caber en

el alma humana. Su pensamiento brilla unas veces como la chispa fugaz que se escapa de la nube incendiando la comarca, y otras se arrastra por el abismo de las pasiones de un bruto; ora su carácter se agiganta al nivel de la montaña que vigila su llanura a la distancia, venciendo, avasallando, destruyendo con el poder de su voluntad incontrastable, los furros de la naturaleza y los horrores del desierto; ora eclipsando su mente con un girón de la tiniebla, desciende a lo más hondo de la miseria humana y del crimen, en donde parece absorber esa fortaleza y ese heroismo terrible, que le hicieron inmortal entre los grandes asesinos de nuestra historia.

Como todos los caracteres modelos de una generación, de una época o de una naturaleza, Facundo no gira jamás en los términos medios, ni su figura se adorna con tintes desvanecidos ni apagados: o resplandece en la altura ideal con un relámpago de genio, o su pupila de fuego chispea en la tiniebla como un carbón encendido; o dirige y ordena la sociedad en que vive según su voluntad y sus pasiones, o desaparece del escenario por completo: hay algo de César en este general de la llanura. Sus primeros pasos en la vida son marcados como las explosiones de una fuerza comprimida, por catástrofes y por desgracias que no se olvidan; en todas ellas puede adivinarse al *Tigre de los Llanos*, que agita sus garras, ejercita sus músculos de acero para la lucha incesante, y estudia los secretos de la llanura reservada a sus hazañas y a su sombría inmortalidad.

La tradición es el eco del espíritu y del corazón de la sociedad; ella ha salvado de la vorágine de aquella época la figura de Facundo, sin que falte un detalle al cuadro que trazaron la imaginación, el terror y la pasión. Sus contornos resplandecen y se imponen, grabándose por sí mismas en la tela las tintas de su carácter. Cada una de sus pasiones ardía como la llama del incendio o como el hierro enrojecido; cada una de sus facultades destella con luz propia y original, arrancada de la tierra que engendró su ser; cada una de sus fibras tiene un sonido peculiar que no se asemeja a ninguna nota cono-

cida, y es el que producen en la llanura que le aborta, las convulsiones interiores.

Sólo ese grande artista que vive en todos los hombres reunidos, y que se llama el pueblo, pudo trazar su retrato ideal sobre el lienzo impalpable de la historia; porque él lo vió, sintió el fulgor de su mirada feroz y centelleante, sufrió los deslumbramientos del rayo que brotaba de su cerebro, precedido por el trueno de su cólera salvaje, y porque sólo él respiró del mismo aliento que le nutría, y contempló los cuadros originales que dieron vida y animación a su carácter.

Sus contemporáneos transmitieron a su cercana posteridad, envueltas con el prestigio de las grandes pasiones, las leyendas de Facundo, en las que se notan como caracteres grabados sobre el acero, los rasgos calcinados de su figura moral, y que son la traducción humana de los perfiles que retratan la tierra donde nació, y reflejan sus recónditas influencias. Es el tipo perfecto de la naturaleza, con sus desbordamientos, sus secretos fuegos, sus horizontes reverberantes y sus misterios sombríos. Sus ideas brotan precedidas por el rugido de las fieras, como el rayo es anunciado por el estampido del trueno; y como éste, o deslumbra y mata, o ensordece y abrumba. La pasión es en su alma un fuego que se dilata y busca una válvula para su expansión, y al manifestarse en sus actos externos, arma el brazo vigoroso templado en el yunque de la llanura, en la lucha perenne con la naturaleza, y arrasa y avasalla a cuanto opone resistencia a sus arranques impetuosos. Todos sus sentimientos se presentan aumentados en intensidad y en colorido, como la luz que atraviesa la atmósfera humedecida por la tempestad.

Como esos grandes caracteres de la tragedia de Shakespeare, ofrece al análisis filosófico los más oscuros problemas; para resolverlos habría que acudir a la ciencia, que busca en las recónditas leyes de la materia, la génesis de esas impulsiones irresistibles y desordenadas que escapan a toda previsión, y burlan el criterio del historiador y del crítico. Macbeth es una incógnita que ha agotado las fuerzas del sabio de

la crítica; Hamlet es una nebulosa donde habría que observar con la ayuda de grandes lentes, cada una de las estrellas infinitas que a la simple vista parecen un conjunto informe de nubes luminosas. Facundo es un gran problema cuya solución anunciará el día de una conquista del espíritu; será la aurora de una época de fecundas creaciones trágicas y líricas, en la que aparecerán con el esplendor que hoy se nos oculta, todos esos secretos con que la naturaleza envuelve las causas históricas, manteniendo la sombra alrededor de los sucesos. Arrastrados por su atracción, y nadando en la aureola que ilumine la figura del modelo, brillarán también como los satélites de un grande astro, las multitudes de caracteres secundarios que pasaron sobre la tierra oscurecidos por sus irradiaciones de luz, de fuego o de sangre, y que, no obstante, tuvieron en la edad contemporánea un rol decisivo en la evolución social. Hay en él la fuerza salvaje de los héroes de las epopeyas primitivas, impulsado por el instinto o por ideas caóticas semejantes a las vislumbres intermitentes de un mundo en formación; y esa fuerza ineducada sólo se dirige a reunir alrededor de su foco, las fuerzas secundarias que mueven el complicado organismo de la humanidad.

La tragedia tendría en este genio singular uno de esos personajes que se immortalizan con sólo presentarlos a la escena en su forma real, desnuda de los atavíos y de las fantasías del lirismo; es un tipo que sólo puede aparecer en los grandes poemas de los maestros que crean retratando la naturaleza, como Shakespeare o Calderón, como Racine o Víctor Hugo; porque sus líneas rígidas como el granito, no acertarían a brillar en esa poesía que se alimenta de lo sentimental; para caracteres como éste se necesita el buril de las épocas primitivas, o de una musa inspirada en el realismo palpitante.

La música que tradujera en armonías sus pasiones desbordantes, no sería por cierto aquella que expresa los suaves y apacibles sentimientos con melodías soñadoras; sería una sucesión de acordes semejantes a rugidos, de arranques intermitentes y nerviosos como los que provoca la conmoción

eléctrica; habría en ella toda la salvaje armonía de los ruidos nocturnos, de los vientos que azotan la selva escuálida, levantando torbellinos de polvo, de los derrumbamientos de la montaña que producen esos estrépitos que en el silencio de la noche alcanzan a conmover los valles y los llanos vecinos. Wagner sólo podía animar a tan grandiosos, tan sombríos, tan fantásticos cuadros.

La tragedia vive de esos caracteres sombríos que parecen concentrar en sus fibras todos los impulsos, todos los instintos, todos los entusiasmos humanos; la tiniebla es su aliento, la sangre su tinta más viva, la muerte su atmósfera propicia; y ya sea que sus héroes se inmolen en las aras de una gran virtud, ya que sucumban bajo el golpe del verdugo, del traidor o de su propio puñal, ella sola puede desenvolver y servir de desenlace a sus tramas infernales. No obstante, la virtud, como la luz, sólo tiene matices deslumbrantes producidos por su propia refracción, sin que el fluido varíe ni ofrezca esencias diferentes; y por eso las obras trágicas en que ella es el móvil o el fin de una muerte heroica, no atraen ni concentran la mente en un análisis profundo, porque el espectador y el crítico sólo tienen una palabra que lo explica todo: virtud; como cuando contempla las maravillas de la naturaleza y las claridades de los cielos, el observador sólo tiene una palabra: luz. Pero el crimen que se alberga en los más recónditos pliegues del alma humana, allá donde bullen como los gérmenes de un ser futuro en su matriz natural, todas las pasiones que mueven la voluntad y engendran los sucesos, es como la noche en cuyo seno se agitan invisibles miriadas de seres, de fuerzas, de corrientes, de fantasmas, de sueños, que nadie puede describir, contar, pulsar, percibir ni personificar.

He ahí el profundo interés de la tragedia en que el crimen se concibe, se manifiesta y estalla en sus múltiples formas; he ahí la grandeza de esos personajes que llevan en su espíritu una noche donde fermentan tantos elementos contradictorios y en lucha.

El espectador evoca todo el poder de su inteligencia para penetrar en el abismo fisiológico, y necesita toda la resistencia de sus fibras para no sucumbir al choque de sus pasiones sublevadas por la acción trágica; ve el crimen en sus obras y en la muerte que derrama a su paso, pero su avidez analítica se estrella ante la oscuridad de su génesis; él admira con terror esos caracteres de piedra que pueden albergar tanta maldad, tanto odio, tanta muerte, y no puede descubrir el secreto de esa extraña grandeza del crimen que le deslumbra y le ciega, que le sacude y le desgarrar. La tragedia del crimen es la poesía de la sombra, como la de la virtud es la poesía de la luz; las pasiones que se desencadenan y combaten en los senos lóbregos, retumban en los oídos con el estruendo de un río que se despeña en las entrañas del granito: se escucha su hervor invisible con ese temblor que provocan las grandes catástrofes. Las luchas de la virtud y sus abnegaciones grandiosas, son los cambiantes de la luz del sol al reflejarse en las capas atmosféricas, que adornan los paisajes de colores irisados. El sacrificio que la consagra, resplandece al final con la magnificencia de una puesta de sol en el océano o en la pampa.

De ahí, pues, que la virtud debe destacarse en la tragedia como puntos luminosos sobre un fondo oscuro, como los astros de la noche en la bóveda estelar. Con la extinción de la luz, comienzan a acudir a la mente los recuerdos y los pensamientos sombríos, y la música de la naturaleza se satura con ondas melancólicas; y cuando ella reaparece sobre las cumbres, después de su peregrinación por otros hemisferios, vuelven de nuevo al cerebro las visiones sonrientes y los sueños tranquilos, y la música de la naturaleza estalla con el júbilo de un himno de alabanza.

Facundo es el gran personaje de la tragedia argentina, destinado a dar vida a una obra inmortal, porque lleva en su alma aquella terrible grandeza que confunde la mente y aturde los sentidos. El crimen es su estado natural, la ambición concentrada su móvil permanente, y una chispa de fuego in-



cendiario, el anuncio de sus tempestades interiores. Puede aplicársele lo que Saint-Victor dice de Macbeth: "Una vez lanzado, no se detiene ya; su lógica es corta como su puñal; es preciso que el mal consolide lo que el mal ha comenzado". El primer asesinato ha desarrollado en él todos los instintos carniceros. En adelante mata para reinar, como el tigre para comer, con la violencia y la fatalidad del hambre. Este encarnizamiento en el mal es uno de los signos característicos del bárbaro. Mientras que los tiranos del mundo civilizado se suavizan algunas veces, tienen momentos de reparación y caprichos de clemencia, los jefes de horda, los *Azotes de Dios*, los reyes de la estepa y de la selva, son presa, al matar, de una ebriedad horrible; se sumergen en la multitud de sus crímenes como en una pelea. Sus últimos días se parecen a esos crepúsculos en que el sol se pone entre nubes de sangre. Así hace Macbeth: de escena en escena, su primer crimen va multiplicándose, en cierto modo, por el cuadrado de su enormidad".

Más perfecto que Rosas bajo su aspecto trágico, Facundo no destelló un solo rayo de luz de la eterna noche de su alma. Personificación humana de la naturaleza que le rodea, ha heredado de ella todo lo árido, lo abrasador, lo desolado, y ha desterrado de sí toda nota apacible, todo color resaltante, toda influencia moderadora: parece haber brotado del seno de la tierra en el momento de un incendio que devoraba las selvas, quemaba los tallos nuevos y secaba las corrientes que fecundan el suelo. El tirano de Buenos Aires es el tipo de la tragedia romana o griega, donde el histrión se mezcla en las graves escenas de los grandes personajes; en él se confunden el rugido hambriento del jaguar y la risa sarcástica de un sátiro repugnanté. Después de clavar el puñal, se para con delicioso arrobamiento y con júbilo satánico a contemplar las contorsiones de la víctima agonizante. Es un degollador desalmado, cargado de sangre, que acompaña con músicas alegres la operación horrible de separar cabezas de sus troncos. Tiene la doblez de Luis XI en sus manejos tenebrosos, y el amor

propio de artista que Nerón ostentaba como un signo de su genio; pero esa doblez y ese estro cómico, reproducidos por el gaucho argentino, pierden mucho de su aspecto clásico.

Facundo, por el contrario, es el personaje de la tragedia shakespeariana, que no pierde su gravedad sombría, sino que va concentrándose cada vez más hasta que estalla en la catástrofe. No se oye sino el bramido siniestro del tigre, cebado con la carne humana que ha multiplicado su apetito, y ese bramido no se interrumpe sino cuando sus garras y sus dientes se ocupan de la matanza y del festín. Mata en el momento del impulso homicida, cuando la pasión ha estallado en su ser, y él reviste su crimen con el nombre de una virtud, o con una vislumbre de justicia; mata al cobarde, al traidor, al ladrón, y cuando el odio le incita, entierra su lanza o su puñal, con impavidez marmórea, y su frente se nubla y repliega con una contracción rígida, ante el raudal de sangre, ante el gemido del agonizante, ante los horribles estertores de la muerte. Es el hombre fuerte que se conoce superior a su raza, y que sabe que la ha dominado con el terror.

El amor propio es, quizá, en él una nueva fuerza que le impulsa más a lo profundo del crimen. Cuando alguien ha brillado a sus ojos con un destello de valor de que él solo se cree poseído, o con uno de esos rasgos de virtud que iluminan y se imponen a los criterios más informes, la fiera salta con furia renaciente, ebria de aquella vida que le eclipsa, que parece una protesta, que pretende juzgarle, y clava la garra afilada en la carne, de la que quisiera no dejar un átomo, por temor de que allí anide y surja de nuevo el espíritu que la animaba. En ese momento ansiaría ver apagarse el sol y aniquilarse la tierra, porque no se viese la depresión de su prestigio, de su figura moral, de su poder cimentado por su propia fuerza; y ¡ay del que osara resistir y defenderse!

Entonces la lucha es terrible, infernal; el hombre pierde hasta su forma; un acceso de rabia animal le impulsa con la ceguedad de una máquina, sus rugidos atruenan y salen ahogados de su pecho comprimido y jadeante, con ese sonido de

estertor que produce la sangre al derramarse del cuello del toro rasgado por la cuchilla; y si aún así no logra vencer, llama en su auxilio con gritos estentóreos y henchidos de amenazas, a sus esbirros, y atando a su adversario de pies y manos, saborea en seguida la venganza salvaje, desgarrando su cuerpo inerte hasta dejarle convertido en una masa informe.

El instinto de la dominación es lo que forma el fondo de su carácter, y se manifiesta con sus impulsos salvajes en todos los actos de la vida, en todas las formas de la pasión. Cuando el juego le domina, sus facultades se embargan por completo, y se clavan sobre la carta como atraídas por un abismo. Si no halla quien le acompañe, quien combata con él en esa lucha singular, lo busca, lo apremia, lo obliga con el poder de su fuerza; con el terror y con la muerte castiga la resistencia de una virtud. El juego es en su espíritu una fiera que necesita víctima para aplacar su hambre.

No satisfecho con el dominio político y militar sobre su pueblo, precisa también esclavos que sirvan de desahogo a cada uno de sus instintos sensuales; y no sé cuál es más grande para su heroísmo terrible, si la batalla librada en campo abierto por sus montoneros desenfrenados, contra los ejércitos, o aquella en que sus pasiones brutales disputan la suerte jugada a una carta, en la que más que de su fortuna, se decide de su vida, de su predominio moral, de su prestigio. Cuando la suerte le es adversa, como Ajax la desafía, y su furor no tiene límite; su vencedor es una víctima segura; y si aún su fiebre no se ha calmado con la muerte, su cuchillo y su lanza esparcen el exterminio en torno suyo.

Mientras la solución está pendiente, su cerebro no descansa, porque busca con un empeño y una tenacidad admirables, pero desesperados, los recursos más inauditos, toca los resortes más recónditos, pierde por entero toda noción moral para conseguir el triunfo; no parece sino que de él dependieran su cabeza y su poder militar.

El jugador tiene, como los criminales consuetudinarios, su código del honor; las faltas a la lealtad son castigadas con

penas afrentosas; la avaricia, aunque es su móvil general, es en la forma uno de los vicios execrados en el tapete; pero Facundo pisotea ese código, como todas las leyes sociales, cuando se levanta como una barrera contra el torrente de sus pasiones. Las reglas del juego deben obligar a todos cuando le ofrecen ventaja, y tienen siempre una excepción favorable para él, cuando sus prescripciones son contrarias a su interés. De todos modos, él es el juez supremo que decide la interpretación de las reglas, y es el supremo legislador que las altera y transforma según su voluntad.

Nada hay estable alrededor de este monstruo que se revuelve incesantemente, agitado por sus pasiones tumultuosas, y que se considera el centro de un círculo a cuyo derredor giran los hombres atraídos o repelidos por ellas.

Entre todas las pasiones humanas, el amor se eleva y predomina, se difunde e irradia como el fuego en la vida material; es suave y semejante a una melodía lejana escuchada en sueños, en los temperamentos delicados y artísticos; es impetuoso y como una erupción de lavas comprimidas, en los temperamentos salvajes; pero, no obstante, sus influencias no reconocen leyes invariables, porque unas veces de un artista hace un criminal, y otras convierte un tigre en una sensitiva; unas veces sublimiza el instinto elevándolo al grado del misticismo más puro, y otras derrumba los afectos ideales para convertirlos en la llama abrasadora que transforma al ángel en la bestia.

Si las pasiones determinan la voluntad, el amor es la causa más permanente y continuada de los sucesos humanos; sus dramas se repiten sin solución de continuidad desde los principios del mundo, ya poniendo de relieve y evocando los grandes heroismos y las virtudes excelsas, ya conmoviendo una época con el fragor de una catástrofe, con el horrible fulgor de uno de esos crímenes que abruman o convulsionan la conciencia. Nada hay como él que haya creado más sobre la tierra, ni nada que haya destruído más lo que otros crearon. Atributo más íntimo, más esencial de la materia y del espíri-

tu, su influencia llega a veces a reemplazar la acción de todas las facultades reunidas. Es fecundo, creador, grandioso, cuando la elevación moral ha pulido sus formas y ha divinizado sus acentos; es tenebroso, devastador, rastrero, cuando el instinto que le mantiene amarrado, ha conseguido esclavizarlo cortándole las alas.

El amor de Facundo es el instinto sensual exaltado por el orgullo del tirano que domina todos los resortes del corazón y de la voluntad ajenos. No hay en esa pasión un átomo de idealismo; no destella un solo rasgo apacible con que en los seres delicados ilumina los rostros; en él despide rayos que fulminan la muerte y el escarnio, o caen con horrible silencio sobre la masa calcinada de su propia materia, arrancándole aquellas chispas que incendian su mirada con el fulgor de la lascivia, y provocaban esos transportes de furor con que lanzaba sus garras sobre las víctimas de sus deseos, hasta doblegarlas por el temor, o hasta castigar con la muerte a la que resistía sus caricias brutales. Los celos no tienen en su alma el colorido que les da un amor profundo y puro; ellos son el estallido de la materia privada de su alimento, pero de una materia ingobernada y acostumbrada a la satisfacción del instinto.

Otello amaba a Desdémona con el fuego de su raza y de su corazón medio salvaje; pero ella purifica sus instintos y le baña de ideal; su crimen nace y se incuba en silencio en la intimidad de su ser, a medida que las sospechas van cayendo en su fondo, como las chispas del incendio apagado reanimando las cenizas; tiene el origen noble de un amor lleno de ternura y salpicado de gotas de rocío. Facundo ama a Severa, porque su hermosura y sus formas estatuarias, su pureza y su virtud despiertan en el bruto de la llanura el hambre de la carne, y en el tirano la fiebre de vencer la resistencia a sus caprichos terribles. No hay un rayo de luz en aquella pasión tempestuosa; no hay una armonía en sus gritos de furor lascivo; no hay una ráfaga de frescura que anuncie la llegada de la aurora en aquella noche impenetrable.

El crimen se elabora en el fondo de aquella alma-abismo, como el rayo en el seno de la nube: sólo estalla cuando llega el momento de matar. Entonces la rabia, que se ha convertido en una verdadera enagenación erótica, exaltada por el fuego y el vigor primitivo de su organismo, se desencadena sobre la inocente y desgraciada hermosura, no ya para saciar en ella algún deleite, sino para castigar el enorme delito de la fortaleza moral; porque el placer sensual le exigiría una moderación y una calma, que desaparecieron al impulso convulsivo de su despecho.

La aberración es propia de las organizaciones casi rudimentarias que aún no se modelaron con la influencia de la ley social. La bestia feroz del desierto tiene hambre de la carne inmaculada y tersa de la virgen, y destella todo el brillo fosforescente de sus pupilas para fascinar la presa demasiado sensible; pero los flúidos antagónicos se repelen, y el horror domina a la víctima en vez de la fascinación magnética. El miedo no vence jamás al amor, como no se conseguiría arrancar un canto al ave de la selva con el castigo ni la violencia. Efluvio espontáneo de la naturaleza, él nace al beso cálido de la luz, al roce tenue de la ráfaga fecundante, al contacto vivificador del rocío matinal. La lucha parece imposible, pero hay en la virgen una fortaleza que supera al impulso del salvaje. La conciencia de la virtud, obrando sobre la voluntad, es más fuerte que el paroxismo ciego de la materia convulsionada. Desde luego, en este combate aparentemente desigual entre dos naturalezas opuestas, de las que una ocupa el más bajo nivel, y la otra la cúspide, hay todos los elementos de la tragedia nacional, sin que puedan atenuar sus fulgores, ni la barbarie rústica del personaje, ni la informe cultura del medio.

Facundo, — he dicho, — es el tipo clásico de la tragedia shakespeariana; es hermano de Ricardo III, de Otello, de Macbeth, de Hamlet, porque aunque diferentes en los detalles, sus personalidades flotan en el mismo ambiente saturado de sangre y de muerte, y bañado por esa sombra en que germi-

nan los grandes crímenes, en que rugen las pasiones del bárbaro, en que luchan las ambiciones no satisfechas, en que se devastan a sí mismas las facultades nacidas para la dignificación del hombre. Los demás caracteres a que dió origen la época que analizo, son irradiaciones pálidas de los grandes modelos. Más próximos a la medicina que a la filosofía, de su estudio resaltarían las líneas fundamentales sobre las que el poeta levantaría el armazón de la tragedia.

Las tradiciones populares han hecho de Facundo un ser inmortal; unas veces se visten con el ropaje ensangrentado de sus crímenes, de sus crueldades, de sus cargas devastadoras; otras llegan hasta despertar un profundo sentimiento de tristeza en presencia de las desgracias que sembró a su paso. Y sea porque en el personaje mismo hay algo de grandioso que la mente trabaja por comprender, sea porque la fibra nacional, templada por el fuego de nuestro clima y empapada en la honda melancolía de la llanura, sienta un amor secreto por aquel hijo de la tierra en quien resplandecían sus rasgos característicos, la figura tradicional del *Tigre de los Llanos*, no aparece en los relatos ni en los cantares del pueblo que heredó su memoria, con ese aspecto odioso con que la sombra de los tiranos espanta las imaginaciones. Esa grandeza sombría del crimen que se presentía en él, ha acallado el grito condenatorio de su posteridad, porque sus hechos, hiriendo la imaginación e idealizándose en sus vuelos tropicales, no ha dejado lugar a la formación del juicio.

Y a la verdad, sorprende e incita a creer en influencias sobrehumanas, aquella penetración profética con que el caudillo riojano descubría los pensamientos que se incubaban en la mente de sus soldados; esa fascinación poderosa que ejercía sobre las voluntades con sólo clavar una mirada o arrojar un grito; ese aspecto selvático, con su melena de león, su barba tupida y enrizada, en cuyo fondo negro brillaban sus ojos chispeantes y pequeños, semejantes a los del buitre que sondea la tiniebla; ese conocimiento asombroso de los secretos de la llanura, que le daba como un poder maravilloso para sus

correrías y sus batallas fantásticas; esa identificación absoluta con la naturaleza, que le hacía contar cada una de sus palpitations y presentir cada uno de sus movimientos, en la nube de polvo levantada en remolino y girando hasta perderse a la distancia, en el vuelo inusitado del ave de los bosques, en la carrera precipitada del bruto que padece en la hierba.

Nadie como él supo leer en el libro de la tierra, ni adivinar sus misterios; los sordos rumores del llano desolado llegaban a su oído como una confidencia: quizá fué la única música que encantó sus sentidos, la única lamentación que arrancó una lágrima de sus párpados candentes; y quizá también de esas comunicaciones invisibles con los genios de la llanura, adquirió esa ciencia de la guerra, ese valor temerario, esa astucia diabólica para preparar la victoria y descubrir las secretas maquinaciones de la suerte. A través de la distancia, sus contornos aparecen agigantados con esa aureola de lo desconocido que aún no se ha develado; sus tradiciones se relatan o se cantan en la guitarra en el tono melancólico con que se celebran los triunfos o se lloran las desgracias de los héroes; y si preguntáis al trovador de los llanos por qué hace gemir sus cuerdas para recordar las crueles hazañas de Facundo, os responderá que así aprendió su canción, y ni sabrá decirnos cuál fué su maestro, ni quién fué el poeta que creó la estrofa. Es que el gaucho, como el ave, aspira el aliento de la tierra donde nace y donde vive, y sus cantares tienen toda esa vaga tristeza que flota sobre la extensión desolada. La naturaleza fué su maestro y su poeta, y al repetir sus melodías, su voz es quejumbrosa como la música que imita, sus imágenes son tristes como los paisajes que contempla, y sus lágrimas se desprenden de sus ojos para secarse en la mejilla morena, como nace una corriente del fondo del peñasco para perderse en el seno hirviente de las arenas. He ahí por qué la tradición que se perpetúa en los cantos populares, hace de Facundo un personaje romántico, cubriendo sus crueldades con una atmósfera de armonías que aparta la maldición de su cabeza.



Pero no así la tradición de las ciudades donde el caudillo entró al frente de sus hordas vandálicas, porque cada una de sus invasiones es un soplo del desierto lanzado sobre los muros que se levantan como una fortaleza contra su expansión voraz. Allí la memoria se tiñe del rojo de la sangre, la armonía de los campos se mezcla ya con los acordes valientes de la ira, y al lado de las sombras fugaces que atraviesan el escenario ideal como evocaciones del sueño, se ven también las de las víctimas inmoladas al furor de esas luchas infernales, a cuyo paso brotaban los incendios, se desplomaban los muros y se levantaba un coro desgarrador de gemidos. Allí aparece el antagonismo eterno de la ciudad con el desierto que la acecha, y que de tiempo en tiempo desencadenaba sobre ella sus ráfagas de fuego y sus torbellinos de polvo, como si ansiara sepultar su orgullo bajo sus capas movibles.

El colorido de la leyenda y el tono del cantor de la llanura, cambian al penetrar en el recinto de la ciudad, porque allí se elaboran los materiales de la historia, y las fantasías del poema se desvanecen al contacto frío de la verdad positiva. Por eso van desapareciendo de la superficie de nuestros territorios, esos trovadores que cantan la tradición íntima o la heroica en el lenguaje sencillo y en el tono rústico en que la oyeron por vez primera; y pronto, cuando ya los inventos del siglo derramen en los escenarios de tanto drama sombrío, oleadas de hombres de razas distintas e indiferentes, no habrá quedado en el suelo ni un rastro de los pasados héroes, siquiera sean los del terror, en la atmósfera ni un eco perdido de la antigua canción que lloró los infortunios del alma nativa, en la memoria ni la vislumbre de las imágenes que en otros tiempos poblaron los desiertos y el espacio con sus carreras fantásticas, con el brillo de sus armas y de sus hazañas, con el ruido confuso y estentóreo de los combates. Recojamos esas músicas que se alejan, antes que la distancia nos impida percibir las entre el tumulto con que la vida nueva se desborda sobre los desiertos.

Satisfecho de su dominio sobre el suelo nativo, donde no

ha dejado una hierba en su tallo, aquel tigre comienza a extender sus correrías fuera de los límites de la selva donde reina como único señor; sus montoneras invencibles le siguen fascinadas a través de las fronteras, y va a caer como la tempestad, en medio de las ciudades lejanas donde se asilan aún los soldados y defensores de la unidad nacional.

Córdoba siente el estruendo de sus pisadas, y le ve llegar con su bandera negra, que como una aberración infernal, ostenta el lema de RELIGIÓN O MUERTE. Ella que conserva en lo íntimo de su alma la tradición religiosa de la Colonia, orgullosa de su depósito sagrado, como la Atenas engreída de sus templos, de sus ídolos, de sus reliquias, se yergue indignada contra aquel nuevo Alarico que abortaron las estepas desoladas. Pero allí permanecían aún algunos de aquellos soldados sin mancha que habían paseado la bandera revolucionaria en los tiempos heroicos, y se pusieron de pie para resistir el embate de aquel torbellino de polvo lanzado por los vientos del desierto.

Los templos se conmovieron ante la cercanía de la sacrilega banda que oponía la muerte a la religión; y el general Paz renueva en las planicies que circundan el valle donde murmura la ciudad clásica, sus hazañas antiguas que merecen la inmortalidad que los griegos tributaban en la columna conmemorativa y en el epitafio glorioso. Aquellos combates están llenos de episodios que la poesía iluminará con sus resplandores ideales, porque a la barbarie de las turbas llaneras cobijadas bajo su negro estandarte, se opone la pericia de aquel militar imperturbable que sólo puede compararse con el genio de Napoleón.

El llano que engendró las muchedumbres desoladoras, es como un abismo en cuyo fondo se revuelve una fuerza misteriosa; a veces expulsa de su seno hirviente la multitud de los seres que la pueblan, sobre las comarcas vecinas, y otras las absorbe de nuevo con igual poder, cuando han barrido las tierras, o se estrellaron sin fruto en los flancos de las montañas. Facundo vencido en Córdoba, parece que presiente el

término de su poderío y de su sombría gloria; su ceño se cubre de nuevos surcos que revelan nuevos infiernos en ebullición; la fiera cebada en la matanza ruge con furor siniestro, cuando la presa elegida ha rechazado el ímpetu de su salto de guerra, y se aleja rugiente en la oscuridad de la noche, a buscar en otras tierras la víctima de la expiación y la venganza. Atila vencido en Chalons se repliega al fondo de sus bosques, a meditar el exterminio sobre alguna Roma envilecida por sus tiranos.

Catamarca le ve llegar jadeante, enfurecido, buscando una víctima perseguida por sus delirios eróticos, y allí derriba las puertas de un convento, viola el secreto de la celda, y ofuscado por su rencor salvaje, que eclipsa a su mismo instinto sexual, asesina a la mujer deseada, porque no debía brillar a la luz del sol una virtud que había resistido venciendo, a sus ansias brutales.

Tucumán padece durante largos días de la fiebre del terror, mientras el *Tigre de los Llanos* mantiene su tienda levantada bajo la techumbre de sus selvas tropicales. Los rugidos de la fiera han hecho enmudecer los cantos de la naturaleza; el vapor de la sangre derramada ha teñido de rojo la espléndida luz de su cielo; las cabezas de las víctimas colgadas de los árboles, han reemplazado las flores que embalsaman el ambiente de aquel paraíso de la América. La velada tranquila en otro tiempo, donde se referían las leyendas de la raza primitiva que tuvo en su suelo un trono, y de la nación de Mayo que se coronó con luz de inmortalidad en su Ciudadela, se pueblan de visiones fatídicas, de cuadros tenebrosos, donde atraviesan gimiendo las sombras de los asesinos, los fulgores del cuchillo ensangrentado, el tropel de las turbas ebrias que corren al degüello, al son de risas estridentes, de canciones báquicas, de gritos de exterminio.

El monstruo que manchó con sangre las laderas del legendario Famatina, donde desde los tiempos remotos resueñan músicas misteriosas y sonrían sus genios invisibles, corre también a profanar con la planta de sus potros y el riego de

sus crímenes las faldas del Aconquija, que se levanta en medio de los bosques tucumanos como aquella montaña del Edén, de donde, según la tradición, brotaban los ríos que vestían la tierra de verdura eterna. Allí está como una atalaya inmensa, de cuya cima el genio de la América vió desfilar las huestes del Inca poderoso, las corrientes conquistadoras que atravesaron por tres siglos sus caminos abruptos, y las legiones argentinas, inflamadas por el sol fecundo que irradia de sus cumbres, sembrando a su paso victorioso la libertad. A su vista el gran poeta de sus glorias y de las desgracias de su patria, ha exclamado en el tono sombrío y grandioso de la epopeya:

*Cuántas revoluciones  
Has presenciado tú, cuántos sucesos!  
Cuántas generaciones  
Dejaron junto a tí sus blancos huesos!  
Cuánta sangre en tus valles ha corrido!  
Cuántos ayes llegaron a tu oído! (9)*

Facundo empapó con la sangre de sus víctimas aquella tierra predestinada a los grandes sacrificios. El vértigo, la locura del terror se apoderan de ella, como de la virgen inocente amenazada en su pureza por el furor lascivo de un ebrio. El asesino de Severa se siente irritado en aquel paraíso, donde las mujeres resplandecen con los colores y la savia de una primavera tórrida; la luz le embriaga y aguza sus sentidos; sus brisas cálidas, saturadas de perfumes, excitan sus pasiones con su roce suave, semejante a una caricia infantil; y entonces, corre desesperado tras de la hermosura que le cautiva, y que huye despavorida de su aspecto selvático y rudo.

Pero su fiebre no saciada va encendiendo el furor de muerte; la sombra de Severa se levanta de nuevo ante sus ojos para irritarle más, y en todas partes ve brillar el resplandor de aquella mirada y la morbidez de aquellas formas que le precipitaron al crimen con que mancilló los claustros de Catamarca. La bestia, una vez enfurecida, va a apagar su sed

---

(9) ECHEVERRÍA, *Avellaneda*, Canto II.

de placeres derramando sangre, como si sólo ella pudiera calmar las hogueras que arden en sus carnes convulsas.

Es entonces que comienza en Tucumán aquella carnicería espantosa que oscureció por mucho tiempo sobre su cielo el sol que la satura de savia y de vida; entonces aquella

*tierra de los naranjos y las flores,  
de las selvas y pájaros cantores  
que el Inca poseyera, hermosa joya  
de su corona regia,*

se cubre con el cilicio de los grandes dolores, balbucea las plegarias íntimas con que se propicia la piedad de los dioses; sus hijos corren a ocultarse en las guaridas secretas de la montaña, o a asilarse en el hogar extranjero, hasta que el paroxismo del tirano y el flujo sanguíneo de su rabia se amortigüen o se apaguen por su propio exceso. Su nombre, pronunciado apenas, hace el efecto de la corriente eléctrica; la imaginación popular le considera como un Luzbel malvado y hambriento de carne humana; los niños lloran al oírle recordar, y por un instintivo movimiento de terror, corren despavoridos a refugiarse en el regazo materno. La vista continuada de sus degüellos ha creado un estado permanente de excitación que conduce a la muerte o a la locura (10).

La Rioja es su guarida, los llanos son su ambiente, y allí corre siempre que los reveses del combate le quebrantan y le azotan; pero la cueva está alfombrada de miembros humanos, dispersos en la embriaguez del festín; en ella vuelve a su holganza primitiva, libre de las restricciones que impone la gente extraña. Hay que estudiarlo allí, en la plenitud de su libertad, en el dominio absoluto de sí mismo. Después de conocer al bárbaro invadiendo los pueblos vecinos, montado sobre el caballo de pelea, internémonos al fondo de su retiro donde reposa de sus largas fatigas.

La Rioja es el pueblo mártir por excelencia. Fundada entre el desierto y la montaña, el primero extiende sobre ella

---

(10) RAMOS MEJÍA, *Neurosis célebres*.

sus ráfagas encendidas, y la segunda detiene con su barrera de rocas la expansión de su savia. Nacida del medio de los combates más formidables que la raza conquistadora tuvo que sostener contra los dueños del país, arrancó del seno materno esa fortaleza para resistir la desgracia, que ha hecho de su historia aún no escrita, un verdadero poema de dolor y de martirio. Las riquezas de su suelo y de sus montañas, con que en los tiempos antiguos tributaba los mejores y más bellos adornos para los altares del Sol, fué causa para que sus dominadores fueran a buscar en ella la fortuna, pero siempre a costa de su vida. Poseedora de un talismán maravilloso que hacía brotar el oro golpeando sobre la piedra, aquellos padres solícitos le conservaban la vida, sólo para mantener en acción el poder mágico que tantas riquezas convidaba. Alejada de los grandes focos de la cultura nacional, como sumergida en su mar de arenas movedizas, y ahogada por sus cerros gigantescos, los movimientos de su savia vigorosa se sucedían en silencio, y crecía espontáneamente como la hierba de los campos.

Cuando el clarín de los Andes congregaba los soldados de la expedición inmortal, ella pone en pie de guerra sus hijos, curtidos en la lucha por la vida, y atraviesa al norte la cordillera terrible, al mismo tiempo que San Martín hacía resonar los himnos de Chacabuco. Y este episodio magnífico en que la figura del coronel Dávila resplandece con el brillo de las grandes proezas, no ha sido exaltado por la musa de la patria, ni popularizado por la historia, ni fantaseado por la leyenda, quizá porque las oleadas de sangre que mancharon su suelo, sepultaron hasta el recuerdo de su abnegación por la causa de la libertad americana. Y, — diré con uno de sus hijos más ilustrados, — “ya que La Rioja ha dado tantos días de dolor a la República, siquiera que se le tenga en cuenta que también los dió de gloria, en aquellos tiempos en que el patriotismo y la civilización de sus hijos, no habían sido aún manchados con el salvaje aliento del *Tigre de los Llanos*” (11).

---

(11) GUILLERMO DÁVILA, *La Rioja en la campaña de los Andes*, (Revista de Buenos Aires, tomo XXIII, pág. 200).

Hasta ella llegaron las nubes ensangrentadas de la anarquía nacional; y cuando Facundo se levanta del fondo de la escena, comienza a reflejar sobre el oriente los rayos de su propia hoguera. Sus cabildos cayeron envueltos en la ráfaga iracunda de la desgracia común, y allí se pierden, — quiera Dios que no sea para siempre, — hasta los rastros de su historia sembrada de tragedias, coronada de mitos sonrientes, arrullada de poemas vaporosos, en que los genios de sus montañas forman un mundo de armonías y de imágenes aladas.

Pero todo ese enjambre radiante de seres fantásticos que cantan en la noche canciones arrobadoras, y ornan las sienas blancas del Famatina con luces inquietas que centellean como las faces de un diamante colosal, callan y se apagan de súbito, cuando brota de un estremecimiento de la llanura, el monstruo que luego enrojece su ambiente. El valle que se extiende a sus plantas, y donde antes resonaron las músicas nativas, y nacieron tantos idilios primitivos de amor, de heroísmo y de fe, vió cruzar con espanto las hordas sin ley y sin destino, guiadas por aquel hijo sin entrañas, que comienza por clavar un puñal en el corazón de su tierra desventurada.

El encanto de la poesía virgen desaparece desde entonces; las nieblas ocultan las puestas del sol tras de la cumbre, y en la noche sólo llegan murmullos lúgubres que parecen sollozos de la montaña. El oro que ocultan sus grietas atrae como un imán las codiciosas pupilas del tirano, y como la fiera que le ha dado nombre, acecha desde el matorral sombrío, al aventurero esforzado que remonta las laderas llevando el trabajo creador y generoso. El cuchillo del tosco verdugo se encarga de arrebatar de manos del obrero el fruto de la labor heroica.

Un drama lleno de pasión, de valor, de sangre y de tinieblas ha inmortalizado en la tradición aquel valle paradisiaco y aquella montaña fantástica. Y ¿qué palmo de esa tierra no ha sido consagrado por un sacrificio bárbaro? Durante medio siglo no ha cesado de vibrar en las cimas y en las llanuras el lamento de sus hijos, asociado al fúnebre rumor de los vien-

tos que brotan de las alturas nebulosas; porque las montañas parecen encarnar los sentimientos y las fantasías de los hombres que pueblan sus laderas: es en ellas que las razas primitivas colocaron sus olimpos, y los pueblos combatientes erigieron los templos de sus glorias. La leyenda, la epopeya, las religiones, arrancan sus personájes de la cumbre velada, como si el misterio fuera la fuente de todas las grandes creaciones que deslumbran y extasían.

Descorred el velo que encubre los orígenes, y aquellos palacios centelleantes se derrumbarán con todo el cortejo armonioso de sus héroes y de sus dioses. Pero el crimen realiza también la destrucción de esas mitologías celestiales, porque la sangre vertida por el hombre, acalla las sonrisas de la naturaleza y las músicas de la noche, y extingue con su soplo envenenado las luces fugaces que revolotean en torno de las grutas encantadas.

Las matanzas de Facundo y el grito estridente de sus turbas envilecidas, secaron las fuentes de la poesía en aquella tierra que un desierto satura de tristeza, que montañas colosales arrullan con rumores somnolientos y coronan de irradiaciones irisadas.

La tradición de mi pueblo es la tradición del sacrificio. Durante la noche de su desgracia, la musa de sus montañas y de sus llanos adquiere ese tono melancólico que hoy suspira en sus canciones populares. Hay en cada uno de esos hombres de la llanura, un abismo de dolor que nubla su frente, y sin que él lo advierta, se traduce en lamentos que evocan una lágrima. El frío estoicismo con que soporta la miseria y los furiosos de la naturaleza, es algo que infunde admiración y espanto: parece que no hubiera un alma sensible dentro de su corteza tostada por el sol y agrietada por el soplo caliente del desierto, y no obstante, la guitarra gime en sus manos en la noche silenciosa, y su voz se levanta serena pero temblorosa, recordando la historia de una matanza donde perecieron sus padres, de un degüello horrible en que la sangre de sus hermanos esterilizó la tierra, de un amor purísimo cubierto



de duelo por la brutalidad y la lascivia del tirano. El artista de aquellas regiones no tiene en su paleta sino los colores del ocaso; el poeta no tiene en sus fibras sino los tonos de la elegía; la llanura les envuelve en su tristeza, y la montaña les cautiva con sus crepúsculos.

Yo he oído esos cantos en mi infancia, cuando abría mis facultades a las seducciones de la naturaleza; he conocido en ellos la tradición dolorosa de mis antepasados, sus peregrinaciones, ya sea en los combates contra la barbarie, ya en los ostracismos interminables, durante los cuales fueron a mendigar al otro lado de los Andes la libertad y el sustento; he escuchado con la avidez de los pocos años esos relatos sombríos, en que aparecen como envueltos en una atmósfera de fuego, y corriendo sobre corceles alados, los bárbaros de Quiroga, sembrando el incendio en las heredades rústicas, la muerte o la deshonra en los hogares indefensos; y en medio del confuso torbellino, veía caer atravesado por la lanza del caudillo feroz, a los héroes que el 12 de febrero plantaron el estandarte de la Revolución sobre los muros de Copiapó.

Nada quedó de pie bajo el flujo de la soldadesca fanatizada por la sangre; y cuando el bárbaro cansado de matar, vió que no podía cortar de un golpe todas las cabezas sobrevivientes, expulsa de su patria a todas las familias que llevaban en sus venas la sangre que ansiaba devorar. Entonces empieza aquella emigración en masa, que hace del año 1829 un limbo tenebroso penetrado de despedidas desgarradoras.

El tigre enfurecido ha despedazado todos los habitantes de la selva, o los ha espantado con sus rugidos horrendos; y solo, bramando, revolviéndose y levantando puñados de polvo, se contempla a sí mismo único poblador de la tierra! Es el momento supremo de su furor: la fiebre llega a su grado máximo, como si presintiera la aproximación de la muerte.

El general Paz se acerca, y el caudillo riojano se adelanta a su encuentro. La derrota de la Tablada rechaza sobre la Rioja la ola de la devastación, agigantada en su camino tumultuoso. "Su sed de sangre crecía a la vista de la hecatombe que

dejaba a sus espaldas, y en su despecho y su odio por la humanidad, juró vengarse de su contraste en los ciudadanos indefensos..." (12). Algunos amigos de la libertad celebran temerariamente su derrota; Facundo lo sabe, y castiga con la muerte aquella vaga vislumbre de felicidad.

Pero la escuela del dolor forma los grandes caracteres, los pueblos invencibles, los destinos inmortales. La República recibió ya su riego de sangre que la ha regenerado, y entre todas las agrupaciones que la constituyen, purificadas por el martirio, se destaca en el fondo enrojecido de aquella época, la tierra que dió el ser a Facundo, y que él empapó en las corrientes de la sangre que arrancó su lanza. Yo la veo en el porvenir, como por una evocación profética, adornada de luces en guirnalda, entonando himnos de alegría, revestida de túnicas de oro, envuelta en espirales del humo que lanzan las locomotoras, saludada por sus hermanas como el refugio inviolable de la libertad y del trabajo.

Facundo personaliza la época de las guerras civiles, — ha dicho Sarmiento, — y estudiar su vida, su carácter, sus luchas, es develar los misterios en que se oculta nuestra sociabilidad, que durante aquellos tiempos se mantiene envuelta en las tinieblas del caos. Cada uno de los hombres que se destacan en el fondo oscuro de ese inmenso cuadro, es una nube repleta de fuego. Los relámpagos anuncian que en su seno fermenta su alma; pero los relámpagos son rayos que siembran la muerte. Artigas, López, Bustos, son vagos resplandores del gran torbellino que se acerca; son los amagos del cataclismo; pero en Facundo se concentra toda la fuerza del fluido tormentoso, y sus ráfagas, levantándose del extremo de la República, azotan bien pronto toda la región que se extiende a lo largo de las grandes montañas. La liga que amasa bajo su poder terrible, tiene su origen remoto en el seno de la tierra. Parece que las ocho provincias montañosas que en los tiem-

---

(12) GUILLERMO DÁVILA: *El mineral de Famatina* (Revista de Buenos Aires, tomo XIII, pág. 93).

pos antiguos pertenecieron al Inca, hubiesen cedido a la atracción invencible del granito que les sirve de cimiento. Hay en este fenómeno un atavismo sorprendente: Facundo, el genio sombrío como el desierto e inflexible como la roca, es el vehículo fatal de esta resurrección a través de los siglos. Semejante a aquellos jefes de los Andes que tanto poder ejercieron bajo el imperio incano, y a cuyo llamado concurrían, con el tropel de los peñascos que se desmoronan, todos los guerreros que poblaban las serranías, Facundo ha conseguido en virtud de un fatalismo misterioso, reconstruir aquella antigua unidad que tantas veces hizo estremecer el solio del Cuzco.

Pero, ¿quién proyecta sobre el escenario de la sociabilidad argentina la sombra y el terror que la envuelve? Facundo, Rosas, ¿son hijos, son emanaciones de la tiniebla, o es de su cerebro que brotan las ráfagas de oscuridad? ¿Hay en esto un misterio de las leyes naturales que rigen la evolución de la vida? Dos regiones constituyen nuestro territorio: la una es árida y abrasadora en el centro, y sonriente, escarpada y llena de bellezas en el occidente; ésta tributa su savia y sus corrientes a la montaña; la otra es la predilecta de la naturaleza, y sus selvas mesopotámicas, sus pampas armoniosas, y sus "ríos como mares" hacen de ella la morada de la poesía risueña; y ésta tributa al océano. La montaña y el océano son los dos colosos que aún no ha podido sondear el pensamiento. Nuestra tierra es tributaria de esos dos soberanos de la naturaleza, y divide entre ellos sus ofrendas. Facundo nació de una tempestad de la montaña, que desata sus torrentes y sus ráfagas sobre la llanura tributaria; Rosas nació de un huracán de la pampa que se alimenta de los vientos del océano, y va a humedecer sus alas de polvo en sus grandes ríos.

En esta dualidad puramente física se encierran, quizá, los orígenes profundos de la dualidad histórica, que se manifiesta en los tiempos medios por dos caracteres que sintetizan sus elementos combinados. Hay una lógica terrible en este fenómeno: la naturaleza es el seno donde se remueve el ger-

men; de ella ha renacido la sociabilidad, y ésta ha engendrado los caracteres: la evolución es la ley general que preside al desarrollo del problema. Pero los caracteres representan las tendencias y el destino de la masa que los modela, y cuando dirigen sus fuerzas hacia la dominación mutua, ha nacido el antagonismo y la lucha. Rosas se alarma del poder que Facundo acrecienta, y teme la invasión occidental y la destrucción de su reino, como la pampa se estremece con las lejanas explosiones del granito.

Dos fórmulas contienen en dos cifras misteriosas la solución final del gran problema. ¿En cuál de ellas se encierra la verdad? De dos ecuaciones distintas se va a arrancar un resultado único: hay un imposible matemático; pero el operador impaciente ha borrado una de las fórmulas con un golpe audaz. De esta manera, ante la dualidad de dos fuerzas sociales, de dos poderes que tienden a absorberse, el problema político entre Facundo y Rosas se resuelve suprimiendo al primero con un asesinato.

He ahí cómo han resultado en la historia los imposibles políticos. La sombra impenetrable rodea las causas de estas eliminaciones súbitas que dan al mundo muchas veces la solución anhelada, aunque no siempre sea la verdadera, la legítima, la que está en la naturaleza de las cosas; y no obstante, las instituciones se han fundado sobre esta fórmula dudosa nacida de un delito; y así la humanidad va amontonando leyes, principios, monumentos inmensos, sobre estas oscuras bases cuyos orígenes, cuyas cavidades están ocupadas por un error, por un misterio, por un crimen. ¿Quién concibió el asesinato de Facundo? ¡Misterio!, dijeron todos; pero muerto el rival de Rosas, el poder de éste no tiene límites, y se extiende sobre todo el país. El misterio está develado, porque hay en la naturaleza de aquel dualismo la luz que lo ilumina. Rosas asesina a Facundo para fundar la férrea unidad que consolida con el degüello y el incendio.

Este no es un fenómeno nuevo en la historia, porque las fuerzas y las corrientes de la humanidad, y más aún en el

seno de las pequeñas sociedades, se encuentran a cada paso en conflicto, sin juez que las armonice y avenga; y la muerte ha sido desde el principio de los tiempos el último recurso de la impotencia humana. La filosofía, la moral, la teología, llaman crimen al homicidio que desata el nudo de dos vidas contradictorias, y han llegado a santificar los grandes asesinatos que resuelven un conflicto social o humano.

La muerte de Facundo es uno de esos acontecimientos que se graban en la historia con caracteres de fuego, porque reúnen cuanto de grande existe en el alma, en la virtud, en el valor y en el crimen, y porque ella refleja sobre el pasado de una vida malvada, una suave luz de conmiseración y de simpatía. El sentimiento muchas veces se empeña en cubrir de flores lo que la razón ha sepultado en las hogueras del infierno, y en perdonar a los condenados por la justicia convencional, cuando en el aparato de la muerte han brillado los resplandores de una virtud, o cuando fué conducida por las inspiraciones de un delito. Carlos II, hablando a la multitud apiñada alrededor de su cadalso, y desafiando la muerte con la resignación y el heroísmo de un mártir, hace vacilar el juicio de sus contemporáneos que lo condenaron, y un rumor de absolución póstuma se levanta de la escena del suplicio, semejante a esos torbellinos que se elevan de la pampa sin origen aparente. Facundo asesinado por una traición, rodeada su muerte de las circunstancias más horribles que pueden acompañar al crimen, y presentándose con el misterio de esas grandes fatalidades que abisman el pensamiento, ha iluminado su pasado de sangre, y el sentimiento nacional ha perpetuado su memoria con la tristeza que refleja la tragedia de sus últimos momentos.

La poesía popular se ha teñido con los colores de aquel crimen horrendo, y ha iluminado con una vaga vislumbre de virtud la figura de la víctima, para hacer resaltar las sombras que rodean al asesino; los cantores nacionales que refieren la leyenda en el tono quejumbroso de las catástrofes, evocan una lágrima compasiva a su recuerdo, y despiertan con sus

modulaciones profundas un movimiento de indignación que condena la infamia de los traidores.

El corazón no se conforma con ver morir sin lucha al tigre que combatió toda su vida, al carácter de fierro que no lograron doblar, sino retemplar, los más rudos reveses de la suerte. Hay una secreta ley estética que favorece a Facundo en el concepto de la posteridad; pero esa ley es violada con el asesinato sin combate, y el sentimiento se revela contra esa violación. Facundo debió morir luchando en campo abierto y con un enemigo de su talla; pero a pesar de todo, esa terrible grandeza de su genio se manifiesta aún en el desenlace trágico, con el mismo fulgor con que deslumbró a sus contemporáneos.

El instinto de la dominación, la conciencia de su poder, la fuerza fascinadora de su mirada y de su voz, son los impulsos fatales que le arrastran a la muerte enceguecido y ofuscado. Se le advierte la proximidad del peligro; pero su alma respira en esa atmósfera, y la muerte no fué jamás su pensamiento. Una banda de asesinos le espera, se le dice que intentan matarle, y con esa convicción misteriosa de su dominio, contesta como Napoleón: "no ha nacido todavía el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta", "Estas palabras de Quiroga explican la causa de su extraña obstinación en ir a desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevación, le llevan maniatado a la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida. Tiene a menos evitar el peligro, y cuenta con el terror de su nombre para hacer caer los cuchillos levantados sobre su cabeza" (13)

El personaje trágico está delineado, y el desenlace ha dado la razón a su vida; la fatalidad que lleva en sí mismo le presenta aún con mayor prestigio ante el poeta que ha de inmortalizar su genio extraño, en donde se mezclan lo sublime, lo grotesco, lo horrible y lo sentimental. El realismo

---

(13) SARMIENTO, *Vida de Facundo Quiroga*.

descarnado bastaría para dar vida a la tragedia de Facundo, que sería un coloso de mármol cuyos grandes contornos hubiera esbozado Esquilo, y cuyos detalles hubiese pulido Shakespeare.

De todos los caudillos de aquella época, él es el único que ha logrado imponerse al corazón de su pueblo, apagando con el espectáculo de su muerte las hogueras de odio que encendieron sus crímenes. La imaginación popular le representa como un genio sobrenatural, especie de exhalación fugitiva que brota de los llanos ardientes, y surca la atmósfera arrastrada por los vientos. La poesía nativa le adorna con sus imágenes melancólicas, y sus crueldades relatadas en el romance tosco, pero sentimental, propio de la región, se atenúan y suavizan para hacer resaltar la sublimidad o el infernal poder de su carácter. La música de las llanuras canta en recitados monótonos y tristes como su horizonte abrasado y sus paisajes sin variedad, cada uno de los episodios de su vida, en que el genio sombrío levantó una tormenta, o hizo resplandecer con reflejos enrojecidos por la sangre su valor salvaje y su fatalidad incomprensible. El misterio de su organización excepcional abismaba la mente del gaucho, arrastrado inconscientemente por el vértigo de la época, y juzgando los actos más bárbaros del tirano con el criterio emocional, y sin que su cerebro rudimentario lograra explicarse sus causas y sus trascendencias morales, sólo veía en él un ser superior a la humanidad, que con fuerza maravillosa y extraña conseguía hacer temblar a sus contemporáneos. Y ese misterio es la causa general de su dominio, que no se desvanece ni aún después de la muerte, porque se ha fundado sobre la fantasía y la sensibilidad de su pueblo.

He oído, siendo estudiante en Monserrat, a un loco del pueblo cantar en la guitarra el trágico episodio de Barranca Yaco. Mi imaginación excitada por el encierro semiclaustal del colegio, y el sentimiento propio de mi corta edad, me hicieron oír aquella música con un deleite extraordinario. La sombra de Facundo se levantaba a mis ojos revestida con el

sublime prestigio de las grandes desgracias. Así como en mí arrancó una lágrima el relato cantado en el instrumento de las trovas nacionales, el pueblo, niño por su grado de cultura, que presenció los hechos y se conmovió ante el horror de las escenas, también sintió removerse sus fibras por una emoción compasiva hacia la terrible víctima, y por una admiración secreta hacia el que miraba como un mártir de su propio valor y de la traición humana.

Dos son, pues, las faces que presenta este singular personaje a la vista de su posteridad: el hombre público que ha sido condenado por la historia fría y razonadora, por sus errores y sus maldades, y el genio de la tierra, sombrío, fantástico, misterioso, irresistible como el torbellino, fascinador como el relámpago, que ha sido idealizado por la leyenda, por la poesía y por la música de los desiertos. ¿En cuál de esas dos faces distintas le contemplará la inmortalidad? Hoy mismo el personaje ideal va alejándose, desvaneciéndose en los espacios de la fantasía popular, semejante a esos cometas que se apartan de nuestro horizonte, y que llegan a verse apenas como una moribunda vislumbre en los abismos siderales. Las huellas de la horda vandálica que él condujo a los combates, van a su vez perdiéndose bajo las moradas del hombre que domina la soledad de la llanura, y pronto no quedará de ellas ni el recuerdo, así como el de ese genio poético del gaucho donde anida su memoria siniestra, y donde habla en sus cantares con el tono trágico o elegíaco que le da la musa nativa.

Todos los actores secundarios de aquel largo drama, que contribuyen a formar el medio donde actúa el héroe, se sepultan ya bajo las hondas capas de polvo que las ráfagas regeneradoras levantan en las soledades. El *baqueano* que lleva en su mente ruda el plano fotográfico de la inmensa llanura, surcada de travesías desoladas, y que guía los ejércitos sometidos a su ciencia salvaje; el *rastreador*, especie de dios de la tierra, en cuyo oído repercuten todos sus rumores, en cuyo cerebro se retratan todas las visiones, en cuya retina se graban los detalles ínfimos de las cosas, y que tiene la ciencia so-



brenatural para develar todos los misterios; el *cantor*, trovador quejumbroso que lleva todas las tristezas de su suelo nativo, las huellas de la desgracia de su patria y los anhelos sublimes, pero informes, de una regeneración; hoy son visiones pálidas que nos envían una despedida silenciosa desde las puertas del sepulcro. Las tradiciones de los dos primeros, y el eco agonizante de las trovas del último, apenas si se conservan como una reminiscencia remota en la memoria de su pueblo.

En verdad, abisma y extasía la contemplación de aquel caos agitado de la anarquía, en donde resuenan con su rumor característico, y mezclados en un conjunto satánico, los gritos feroces de las hordas sanguinarias, el tropel de las caballerías veloces como la ráfaga del huracán, los gemidos de las víctimas inmoladas al furor homicida o lascivo de los tigres humanos, los clarines y los tambores de los ejércitos de la libertad, persiguiendo la barbarie entronizada por el terror; y allá, en el fondo del torbellino, se destaca solitaria, como un lamento elegíaco, la canción del trovador nacional, indiferente a la vorágine que sacude el polvo de la llanura y sus selvas escuálidas, para llorar en su guitarra ese sentimiento desconocido, sin causa ni objeto aparentes, pero que despide sus lágrimas y sus sollozos rítmicos en la música nativa, como brotan el rumor y la corriente cristalina del seno de la montaña. Sólo el Dante, hundiéndose en los abismos del dolor, de la miseria y de las pasiones humanas, pudo expresar los horrores de esos infiernos de la historia, porque llevaba en su espíritu las heridas de la batalla, y en su cerebro todos los colores y los ruidos que la naturaleza despliega en sus evoluciones seculares.

Entre nosotros sólo Sarmiento ha podido crear un poema tan grandioso como la época dantesca que describe. Su *Facundo* es un conjunto caótico de tragedia y de elegía, de historia y de romance, en donde al lado del destello fascinador del heroísmo y del genio, se ve cruzar como bandadas de aves nocturnas, las sombras del crimen, del horror y de la ambición

salvaje, rugientes, ensangrentadas, torvas y hurañas. Su lenguaje es un reflejo del asunto: tiene sus irradiaciones deslumbrantes, sus emanaciones cavernosas; destila unas veces la sangre que empapa el escenario, y le riega, otras, con lluvia de flores tropicales, cuando fluyen de su genio aún no comprendido las esperanzas del porvenir, los arrobamientos del artista ante la belleza de su patria, los éxtasis del filósofo ante la abnegación y el heroísmo, la llama de Fidias ante el mármol de donde va a surgir el tipo clásico, y la chispa del buril de Víctor Hugo, grabando en la lámina palpitante los caracteres de la historia y de la tragedia, de la epopeya y la leyenda.

El es el escritor de la raza, porque hay en su estilo la savia desbordante de nuestros climas tórridos, la sombría y triste inmensidad de nuestros desiertos, la sonoridad tranquila o turbulenta de nuestros grandes ríos y de los torrentes andinos, los colores irisados de nuestros crepúsculos, y esa vaga pero gigantesca armonía que flota sobre nuestra tierra como el himno lejano de un coro aéreo. La historia es narrada en sus páginas con la vivacidad del alma nativa, con el calor del sentimiento nacional, con el fuego del patriotismo combatiente, con la música de las grandes inspiraciones; y cuando la verdad histórica amenaza destruir la forma artística, porque la verdad suele ser inarmónica a veces, no duda un instante, y con el entusiasmo del artista, crea donde es necesario salvar el encanto estético.

He ahí por qué su libro tiene la juventud inagotable de la selva tropical; y he ahí por qué las generaciones actuales y venideras irán a retemplar en sus cuadros maestros la fibra patriótica, amortiguada por la paz, y por último, a caldear en esa fragua chispeante el sentimiento nacional; por qué la época de los pesados in folios que fatigan el espíritu como un viaje a pie a través del desierto, ha pasado envuelta en la vertiginosa carrera de la civilización.

Leer a *Facundo*, y en general, todas las obras de Sarmiento, es como atravesar una región accidentada y capricho-

sa, donde a cada momento nos sorprenden y extasían un paisaje y una emoción nuevas. La materia sigue los vuelos inquietos del espíritu, estimulado por la variedad de las imágenes, la celeridad de los cuadros, el encanto de las perspectivas. El autor sabe bien dónde ha de obligar al viajero a detenerse; y para eso ha levantado a distancias razonables los grandes colosos de su epopeya, los toques maestros que nos suspenden como el estallido repentino de un acorde gigantesco. Libre de influencias extrañas, vuela donde su capricho o su imaginación le impulsan; y cuando precisa emplear vehículos ajenos, sabe llevarlos con el arte propio, y subordinarlos despóticamente a su voluntad. Muchos han escrito sobre aquella época calamitosa de las guerras civiles; pero Sarmiento, con su *Facundo*, ha trazado las líneas sobre las que han de erguirse, como un bosque de columnas dorenses, los tercetos fúlgidos de la *Divina Comedia* argentina. El es el precursor de nuestro Dante, y de todos los grandes poetas que crearán en el futuro la epopeya nacional.

## V

Los vicios hereditarios de la sociabilidad argentina engendraron aún otro monstruo, que con Facundo y Rosas, forman la horrible trinidad sobre que se levanta esta cuarta época de nuestra historia: Aldao, cuyo nombre tradicional es el *Fraille*, es un modelo excepcional, entre el infinito número de personificaciones de aquellas enfermedades sociales que tan marcado carácter imprimen a su tiempo. Hijo de la decadencia moral y orgánica de la nación, vino a la vida con los gérmenes maternos, y sus primeros años y su juventud anuncian al futuro azote de la patria, que tiene su campamento en Cuyo, como Atila en Panonia. Porque todas estas fieras humanas, ligadas siempre a la tierra que las aborta, parece que tuvieran en el seno convulsionado de su guarida, el foco de su extraña fuerza, a donde vuelven sedientas, después de

un ataque desastroso, a reanimar sus órganos cansados, para lanzarse de nuevo con mayor brío y horror.

Las ideas religiosas, herencia degenerada de la antigua cultura, indujeron a sus padres a sumergirlo en un claustro, porque este encierro y su disciplina habían adquirido, desde remotas épocas, una fama no desmentida, como yunque para amoldar los caracteres más rebeldes. ¿Qué importaba que después, tanto anhelo comprimido, tanta idea asesinada en germen, hicieran explosión rompiendo el vaso vetusto, y sembrando el estrago alrededor?

Cuando el niño trae desde el seno materno los impulsos generadores del carácter, y éstos tienden a romper el molde común de la humanidad, porque son impulsos de libertad absoluta y desbordante, la sujeción extrema, la cadena férrea, la sombra del claustro, la tenebrosa apariencia del hábito, con toda su abrumadora significación, lejos de matar los instintos naturales, son fuerzas profundas y ardientes que los convulsionan y sacuden con mayor violencia. Pueden adormecerlos, enervarlos transitoriamente, pero preparan un despertar funesto.

El claustro y el hábito no lograron encadenar las inquietas alas del joven fraile. El tumulto de los combates que llegaba a sus oídos como el fragor de las tempestades, le agitaba con secretos estremecimientos en el fondo de su retiro. Los clamores y los gritos de las victorias, en que resonaban envueltos en ondas de armonía los nombres de los héroes, lanzados en la pelea, le arrullan con encanto magnético, haciendo nacer en su corazón y en su cerebro los sentimientos y los sueños inquietos de la gloria. Así el buitre, enjaulado siente temblar sus alas, acostumbradas a dominar el vuelo de las nubes, cada vez que el rumor de las montañas le anuncia que es la hora de los grandes espectáculos de la naturaleza.

Pero los muros del claustro detenían con su lúgubre desnudez y su infranqueable espesor, el ímpetu repentino de su entusiasmo: las largas y descoloridas faldas del hábito enredaban sus pies, y le representaban a cada momento la ruda

obligación de enfrenar esos transportes volcánicos de la pasión juvenil; la sombra de los dogmas confesados invadía su cabeza, como la niebla del invierno se cuele en la gruta de la montaña, y apagaba las fosforescencias de su cerebro hirviente. Es allí donde se incuban los futuros crímenes que manchan su vida, sin darse él cuenta de nada, y sólo por efecto de la reacción sobre sí mismos, de tantos pensamientos, de tantos sueños, de tanta ambición, aprisionados dentro de su pobre cráneo.

Las cavernas húmedas y oscuras donde el agua filtra como lágrimas de la noche, engendran los reptiles, los murciélagos, los genios del mal, las hadas de la perdición que persiguen los pasos del hombre; los encierros rígidos y austeros engendran también en el ser humano las ideas tenebrosas, los sentimientos fatalistas, los sueños desordenados, las ambiciones locas que conducen al suicidio o al crimen. Aldao que había traído los signos de la época en que nació, introducía además en su naturaleza las influencias devastadoras del claustro. Dos fuentes envenenadas alimentaron su ser, y regaron con sus emanaciones letales el terreno donde debía desarrollarse su carácter. La historia ha dado la prueba de esta doble filiación de su personalidad siniestra. Las corrientes que arrastraban a su época, le arrancaron al fin de su prisión, y sigue los ejércitos de la patria a sus expediciones gigantescas, encadenado siempre a su misión sacerdotal.

La primera acción de guerra remueve en su organismo los fuegos adormecidos, los instintos flagelados, las ambiciones reprimidas. La Guardia Vieja es para aquel rebelde, lo que la roca aquella en que Satanás se detiene a meditar su porvenir después de la fulminación celeste. "Toda esa fuerza acumulada sobre su espíritu, oprimida por aquella honda tonsura que gravitaba como una montaña de infamia sobre su cráneo, y que había ido creciendo paulatinamente, fomentada por las monotonías mortales del convento, estalló allí con un vigor explosivo y sonoro. Parecía, más bien que un guerrero implacable arrastrado por el enardecimiento del combate,

un maniático epiléptico que va huyendo de ese enjambre de visiones sanguinolentas que le persigue durante el *aura*" (14).

Hay algo de aquellas apariciones infernales de las leyendas mitológicas, algo de sublime y espantoso a la vez, en aquel cuadro de la batalla, en que el Fraile levantado de súbito por el huracán de sus pasiones y de sus impulsos sangrientos, atraviesa el tumulto "semejante a un fantasma, descargando sa-blazos en todas direcciones, con el encarnizamiento y la actividad de un guerrero implacable" (15). Y más ahonda la reflexión aquel caos de su conciencia, que no permite adivinar si el móvil que le guía es la gran virtud del patriotismo, o la fatal impulsión de un delirio homicida. Más bien parece que una legión de demonios lanzados por Luzbel desde su antro mefítico, brotara de repente del profundo abismo de su ser, en cuyas cavidades fermentaban, esperando la voz y la ocasión de la libertad, para saciar su sed comprimida de exterminio.

Pero es que la atmósfera de las grandes revoluciones está, como la de las tempestades, cargada fluídos eléctricos, y los gritos del combate son como el estallido del rayo que conmueve con violencia las más enormes masas graníticas. El Fraile sentía hervir en su cuerpo todos esos fluídos, en su cerebro todas las alucinaciones de la fiebre revolucionaria de su tiempo, en sus fibras todas las repercusiones de una batalla homérica, e indudablemente, su patriotismo impetuoso se multiplicaba en fuerza y en actividad, por cada uno de los instintos y de las impulsiones ocultas que le arrastraban a la matanza.

La Guardia Vieja, episodio grandioso de nuestra gloria, es el único punto luminoso que brilla sobre el cuadro rojo oscuro de esa existencia maldita. En él termina la presión que refrenaba al bruto, la fuerza que encadenaba al buitre, la ley moral que constituía al hombre; desde allí el bruto desciende a su esfera, el buitre se lanza sobre los cadáveres, el

---

(14) RAMOS MEJÍA, *Neurosis*, Parte II, pág. 201.

(15) SARMIENTO, *Vida de Aldao*.

hombre apaga en sí todo rayo de luz que le ennoblece sobre la tierra. Satanás roído por el despecho y el orgullo, muestra al Dios que le condena, el puño crispado de la amenaza, arroja al astro de la luz su reto soberbio, renegando de su esplendor, ruge con el poder de su cólera siniestra, y su rugido estremece la tiniebla. La guerra eterna comienza: el mal se desparrama sobre la tierra como la noche. El Fraile vuelve de la batalla cubierto de polvo, de humo y de sangre; de esa batalla donde ha roto su pasado, su consorcio con la virtud y sus esperanzas de gloria: trae el aspecto del peñasco en cuyas entrañas ha reventado el volcán.

La escena que sigue es digna de la tragedia, porque describe la rebelión de un hombre contra su especie. El jefe recrimina al sacerdote su falta, su crimen contra la investidura que le hace apóstol de la caridad: "Padre, cada uno en su oficio: a su paternidad el breviario, a nosotros la espada". "Este reproche hizo una súbita impresión en el irascible capellán. Traía aún el cerquillo desmelenado, y el rostro surcado por el sudor y el polvo; dió vuelta su caballo en ademán de descontento, cabizbajo, los ojos encendidos de cólera y la boca contraída. Al desmontarse en el lugar de su alojamiento dando un golpe con el sable que aún colgaba de su cintura, dijo como para sí mismo: "¡lo veremos!", y se recostó en las sinuosidades de una roca. Era éste el anuncio de una resolución irrevocable: los instintos naturales del individuo se habían revelado en el combate de la tarde, y manifestándose en la superficie con toda su verdad, a despecho del hábito de mansedumbre o de una profesión errada: había derramado sangre humana, y saboreado el placer que sienten en ello las organizaciones inclinadas irresistiblemente a la destrucción: la guerra lo llamaba, lo atraía, y quería desembarazarse del molesto saco que cubría su cuerpo, y en lugar de un cerquillo, símbolo de humillación y penitencia, quería cubrir sus sienes con los laureles del soldado" (16).

---

(16) SARMIENTO, *Vida de Aldao*.

Ese grito “¡lo veremos!” tiene todo el terrible poder de la execración satánica; es la explosión de la conciencia rebelde, del orgullo herido, del carácter que ha llegado a su forma definida. La amenaza balbuceada por los labios trémulos del subalterno impotente ante la disciplina, ha hecho temblar y gemir de terror a la patria bajo el golpe de la venganza, y bajo la ráfaga del incendio que extendió sobre las llanuras y las ciudades. La sangre enemiga derramada en la Guardia Vieja, fué la revelación de la que más tarde había de brotar a torrentes del cuerpo de sus hermanos; su aliento embriagador despertó en el héroe fantástico de los Andes el apetito irresistible e insaciable de la bestia de la llanura.

Lanzado el grito de rebelión contra el voto sagrado que le obligaba a la paz y a la castidad, el apóstata enfurecido no se detiene, y quiere ahora absorber con toda su avidez comprimida, los goces de la materia desencadenada. Pero hay un ojo que le espía y un juez que le condena: la Iglesia sigue sus pasos extraviados, como la conciencia sigue los de la acción criminal. La época en que las creencias religiosas están todavía amarradas al espíritu público, se conmueve ante el espectáculo de sus excesos; y la condenación de la Iglesia es también el fallo de la sociedad.

El fraile ama con el fuego de su naturaleza desbordada; su voto no disuelto en la forma, no le permite consagrar su amor con la unión eterna; el espíritu se exalta y centellea ante el imposible, y la materia va a entrar en la posesión del reino que la religión niega al alma. ¡Quién sabe cuántos pensamientos malvados cruzaron aquel cerebro, cuánta sombra cayó sobre aquella alma, y cuánto horror de la vida despertaron en todo su ser los gritos de la reprobación social! El amor encendido en Lima, que pudo quizá purificarle, se convierte en la tea del incendio que devora lo más digno de su personalidad: la querida reemplaza a la esposa soñada, y la materia, como el fuego, cuando ha prendido en el árbol, devora toda la selva. El coro de maldiciones que le sigue sin cesar, le precipita a la fuga, y huye a las cavernas más profundas,



donde encuentra la sombra que le oculta a las miradas de todos. Nadie se atreve ya a penetrar en este abismo donde el Fraile excomulgado por la sociedad, va a buscar la onda turbia que envuelva su cuerpo embrutecido por el exceso.

Mendoza ve llegar transformado en sátiro grotesco, al que vió partir vestido del hábito de penitencia, y manchados por el vino de la orgía y el rastro indeleble de la lascivia colmada, la frente del héroe fantástico de la Guardia Vieja:

*la gallarda ciudad que en otros días  
forjó las armas de la lucha fiera,*

es ahora la cueva tenebrosa donde aquel fulminado por la cólera divina, viene a buscar el refugio contra la voz que le ordena desde la noche tempestuosa, y contra la mirada chispeante de un ser que no percibe, pero que siempre ve clavada sobre sus ojos. Mendoza va a inclinar también su cerviz ungida por una epopeya, ante el altar de aquel Baco degradado, que llega en son de bacanales, a sembrar por las calles los torrentes de su lujuria, revueltos con la sangre arrancada en el paroxismo de la embriaguez. El entusiasmo de las orgías es como una fuerza que se agiganta y desarrolla a medida que los sentidos se excitan, y ni se detiene ni decrece hasta que rompe las arterias, y la sangre se derrama en torbellinos precipitados.

Una mujer no basta ya a saciar el furor de la bestia; el Fraile arranca de su hogar del desierto otras dos víctimas que asimila luego a su infernal serrallo, y estas tres soberanas de aquel pandemonium de la crápula, sostenido por el sable y el cañón, ostentan a la faz de la culta ciudad, la asquerosa desnudez de sus cuerpos, envilecidos con el contacto de un monstruo. De vez en cuando los celos salvajes arden entre ellas, y se traban en combate sangriento, como las Erinias del Dante, clavándose sus uñas y el diente de los áspides que llevan por cabellera; y todo por la posesión de una masa carcomida de carne humana, que despide en torno suyo las emanaciones pestíferas de los cadáveres!

La atmósfera de la ciudad se impregna con los miasmas que despide la orgía, con ese olor del vino derramado en las nauseas de la hartura, mezclado al vapor de la sangre vertida en el acceso delirante, y que se extiende en charcos cuajados y amasados en el fango. Allí la idea ha muerto, el sentimiento se convierte en horror, la fantasía sólo forja infiernos, la musa huye a las guaridas nevadas del Tupungato, que con su faz velada de nieblas impenetrables, sufre la profanación del santuario que vela desde el principio de los tiempos. Testigo mudo de la degradación de su raza, su indignación sorda y convulsiva se anuncia en el humo rojizo de sus cráteres, y en los rumores profundos que conmueven la llanura, como los gemidos de la naturaleza.

El amor no es en Aldao una pasión, porque la bestia ha reemplazado al hombre: el instinto crece a medida que devora, y la llama divina que levanta y ennoblece la materia, se apagó bajo el flujo sanguíneo que ocupa su cerebro. Sus ideas nacen teñidas de rojo, en sus labios tropiezan las palabras obscenas, como los cerdos que se precipitan fuera del corral por una puerta estrecha; sus párpados se abren y se cierran a intervalos como dos peñascos que caen sobre la boca de un abismo. La bestia repleta duerme su sueño estúpido, y de tiempo en tiempo gruñe y da una manotada feroz y convulsiva, para matar la presa maniatada, y rellenar el vientre que ya rebalsa.

En Aldao hay que estudiar al ebrio con todas sus deformidades físicas y morales, con todos sus instintos llevados a la tensión máxima. Los últimos años de su vida se deslizan en un charco de sangre. No tiene más idea que la muerte, como si mirara la humanidad a través de un sepulcro rodeado de espectros amenazadores. Su alienismo tiene más de la idiotez del bruto, que de esa locura fosforescente, propia de las organizaciones delicadas. Mata ya sin discernimiento, y como para amortiguar en su conciencia poblada de apariciones satánicas, los hervores del remordimiento. En su sueño de piedra revolotean no obstante los fantasmas de sus crímenes,

que no alcanzan, sin embargo, a aligerar el peso mortal de la materia dominada por la embriaguez. Mata, mata y mata hasta que cae vencido por el sueño; y sólo entonces cesa el toque de degüello, porque el clarín ha caído de la mano inerte. Pero la oleada de sangre que ruge en su cuerpo inundando su cerebro, va pronto a producir la congestión final; y como dos estertores horribles de aquella agonía tan lenta y agitada, dos accesos de furor anuncian su muerte.

Un día sus tropas sostienen un combate encarnizado, y después de dos días de fuego, se conviene un armisticio. Francisco Aldao, hermano del general en jefe, bajo la fe de aquella tregua, penetra al campo enemigo; pero éste ha caído en su delirio alcohólico, y descarga sus cañones sobre el enemigo desarmado. La confusión estalla en las tiendas, y la indigna traición es condenada por todos, y por su hermano, que envía un mensajero a advertirle su presencia en el campamento contrario. “Un momento después penetraba el *fraile* en el campo a tan poca costa tomado; sobre un cañón estaba un cadáver envuelto en una frazada; un presentimiento vago, un recuerdo confuso del mensaje de su hermano, le hacen mandar que destapen la cara. —¿Quién es éste? — pregunta a los que lo rodean. Los vapores del vino ofuscaban su vista a punto de no conocer al hermano que tan brutalmente había sacrificado. Sus ayudantes tratan de alejarlo de aquel triste espectáculo antes de que reconozca el cadáver. —¿Quién es éste? — repite con tono decisivo. Entonces sabe que es Francisco. Al oír el nombre de su hermano, se endereza, la niebla de sus ojos se disipa, sacude su cabeza como si despertara de un sueño, y arrebatada al más cercano la lanza. ¡Ay de los vencidos! La carnicería comienza. Grita con ronca voz a sus soldados: —“maten! maten!, — mientras que él mata sin piedad prisioneros indefensos” (17).

El dolor, el amor, el remordimiento, la contrariedad, la derrota, la victoria, todo le lleva como un vértigo a la ma-

---

(17) SARMIENTO, *Vida de Aldao*.

tanza. Su fratricidio le grita desde el fondo de su conciencia iluminada un instante, con la voz que fulminó a Caín, y él la ahoga con el estrépito de una carnicería humana. El torrente de sangre arrancado a muchos, devorará la gota caída del cuerpo de su hermano. ¡Horrible reparación!

Los temores femeniles que le asaltan en su prisión de Córdoba, hasta el punto que provocan la risa de sus guardianes, atestiguan que aún conservaba residuos de su profesión religiosa, y que el remordimiento de sus crímenes le corroía la conciencia; pero ellos hacen su explosión violenta en el acceso que precedió a su muerte, y que le asaltó en su lecho durante una noche de horror.

Los enfermeros se entretenían en el juego para matar las horas de la vigilia, en medio del ambiente de aquella atmósfera putrefacta. “El horror de su situación, o la intensidad de sus dolores, enagenan al enfermo; se levanta de la cama, se presenta repentinamente ante sus veladores, despa- vorido, enagenado, con un par de pistolas en mano. La sorpresa, el terror, se apoderan de éstos; huyen espantados, y siguen huyendo en medio de la oscuridad de la noche...” (18). Era el sueño del malvado que le acosa con sus imágenes vengadoras, y de que él quiere defenderse aún, haciendo fuego contra los fantasmas. Hay una tragedia sombría en este episodio, en que los espectros del remordimiento arrancan de su lecho al asesino moribundo. Es el acceso final de la lucha entre una vida desordenada y perversa, y una muerte angustiosa y justiciera, entre una alma cargada de delitos, y una sombra vengadora que ya le tiende la mano para arrastrarlo a la región maldita donde van los condenados. “En fin, la muerte se acerca, la agonía se prolonga meses enteros, y entre los dolores más agudos, el cáncer rompe una vena, y un río inextinguible de sangre cubre su cara y su cuerpo todo, hasta que expira.

“¡Sangre! ¡Sangre!” (19).

---

(18) SARMIENTO, *Vida de Aldao*.

(19) SARMIENTO, *Vida de Aldao*.

Estudiar las causas que llevaron a este ente extraordinario a la dominación que ejerció sobre sus conciudadanos, es penetrar en los secretos de la corrupción de su época; porque sólo una generación desquiciada, transida de terror y saturada de oprobio, puede dar origen a un poder como aquel, y rendirse ante un ebrio que lleva en la lengua entorpecida, puñados de sentencias de muerte como de palabras soeces. Su título de caudillo no se debe a rasgo alguno de genio que haya seducido a las masas, siquiera sea por ese algo grande que hay en el crimen cometido por hombres superiores.

Si bien es verdad que su heroísmo había atraído la admiración en la Guardia Vieja, es también muy cierto que después manchó aquellos laureles con el lodo ensangrentado, y su antiguo valor inspirado por la patria, se eclipsó con las emanaciones venenosas de su libertinaje sin freno y de su ebriedad embrutecedora. Si en los combates de la guerra civil peleaba con un valor brutal, inmolando víctimas con ese furor ciego de la embriaguez homicida, no hay en su personalidad el brillo que irradian los héroes que llevan en su cerebro una idea, siquiera vaya envuelta en las sombras de un error fatal. Las ideas habían muerto en esa cabeza, ahogadas por el vino y la lujuria, y la materia se movía sólo a impulso de sus instintos.

No concibo cómo la historia puede colocar una guirnalda sobre la sien de esos hombres que, habiendo un día sacrificado su vida en aras de una causa noble, y recogido coronas, despreciaron después lo que antes adoraron, y escarnecieron la patria que antes salvaron del abismo; porque la razón se impone de que tales héroes sólo quisieron conservar la víctima de sus futuros crímenes. El espíritu que se levanta del fango para bañarse de luz etérea, ha cumplido una ley sublime de regeneración, y ha alcanzado el perdón de su pasada miseria; pero el que antes se alimentaba de la luz y descendió al abismo, ha roto sus vínculos con la humanidad, y renegando de su alto destino y de su naturaleza, ha descendido de la

escala de los seres. Así, la patria que tributa honores al luchador fantástico de los Andes, lanza sobre él su reprobación eterna, cuando manchó su suelo consagrado por las proezas de tres razas, con la sangre de sus hermanos arrancada en los accesos del crimen.

En el horrible cuadro de esa época, Aldao es el punto más sombrío; es el fruto más degenerado de la naturaleza enferma. Facundo cimienta su prestigio sobre las masas, con esa atracción irresistible de su genio extraño que relampagueaba a veces con fulgores desconocidos; el Fraile se impone con los golpes del sable y con el contagio del vicio que le domina; el uno se concentra en su propio abismo midiendo la intensidad de su fuerza y calculando sus alcances, el otro es una máquina de destrucción que no obedece a un pensamiento, y cuyos movimientos no son regulados por nadie; Quiroga no pierde un instante el dominio de sí mismo, ni deja escapar un solo hilo de la intrincada madeja de los sucesos; Aldao no pertenece sino al delirio alcohólico que le enagena, y su inteligencia no se contrae a la observación de los hechos de su tiempo; el *Tigre de los Llanos* muere víctima del temor que su poder levanta en un rival terrible; la bestia de Mendoza lleva la muerte en su sensualismo animal, y muere bañado en su propia sangre desbordada; en la muerte del uno hay sombras que se estremecen y fulgores que estallan con misteriosos anuncios; en la del otro sólo se oye el estertor convulsivo, el ruido de arterias rotas por la gangrena, y el bramido final de la fiera, víctima de una apoplejía de sangre.

La tradición popular, al referir los episodios de esa guerra, pinta con colores lúgubres la imagen del Fraile renegado por amor al vicio, y en ella sólo resplandecen las figuras medioevales de aquellos héroes infatigables que llevaban a través del torbellino sangriento, la bandera de la fraternidad argentina, unas veces salvándola del fango enrojecido, amasado por la turba ebria, y otras yendo a esconderla de la profanación inicua en el fondo de los desiertos, en lo alto de las rocas o en las playas extranjeras. La musa de las llanuras aparta

sus ojos de las imágenes del terror y del escarnio, para cantar sólo las proezas de aquellos mártires dignos de la epopeya antigua, entre los que se destacan por el brillo de sus espadas los Lavalle, los Paz, los La Madrid, los Acha, y tantos otros caracteres fundidos en el molde de la *Eneida*, que llegan por fin a preparar la sublime alborada que aparece en Caseros.

El poeta nacional, va a salir al fin del "Infierno", y va a cantar los héroes y las bellezas de la libertad:

*Tanto ch'io vidi delle cose belle  
che porta il ciel, per un pertugio tondo;  
e quindi uscimmo a riveder le stelle.*

## VI

No pereció del todo la fibra heroica durante los largos años de la anarquía nacional, porque aquellos capitanes que habían sobrevivido a las magnas batallas de la Revolución, mantenían aún la bandera de la unidad a través de los desiertos y de los países extraños, ya sea combatiendo aislados contra los tiranos, ya exhortando desde la distancia a los ciudadanos a mantenerse firmes en la fe de la patria. Si la atmósfera de esta época está teñida de sangre y de crímenes, brillan, no obstante, en el fondo sombrío, los resplandores de virtudes excelsas. En medio del lamento de la tierra, que resuena sin cesar, se dejan oír acordes indecisos que anuncian un himno de victoria.

Los sacrificios repetidos en las calles, en los campos, en las soledades, van sembrando la semilla de la redención, que no tardará en ofrecer su fruto lozano y vigoroso. Cada derrota aislada sufrida por los tiranos, les arranca un rugido que significa también un presentimiento: el *Tigre de los Llanos* se apresura a matar y a amontonar el mayor número de víctimas, antes que la catástrofe le sorprenda; el tirano de Palermo nota que el ambiente se satura de electricidad, y comienza a percibir los lejanos rumores que le anuncian la tormenta. Una inquietud mortal sobrecoge a todos los verdugos,

como si los espectros de sus víctimas se aparecieran ante sus ojos enrojecidos, empuñando la espada de la venganza.

Ya en los retiros de la Pampa, de la llanura interior y de la montaña, se oye resonar, aunque a largos intervalos, el eco de un canto nacional que celebra el heroísmo de un libertador, de un soldado de la civilización. El sentimiento argentino comienza a encenderse de nuevo, y a modular sus inspiraciones con la música nativa, como a los primeros anuncios del día, se siente dentro de los nidos los primeros ensayos del canto salvaje, que muy luego va a estallar saludando la aurora. Durante aquel triste destierro de la patria, cada una de las regiones del país fué teatro de un sacrificio sublime por la libertad, de una odisea trágica y desgarradora, donde al lado de las supremas abnegaciones del heroísmo y de la virtud cívica, deslumbran por momentos los fulgores del triunfo. El grito de libertad resonó algunas veces en aquel concierto de gemidos, aunque luego pereciera ahogado por el cuchillo que rasgó la garganta del que lo lanzara en la hora del entusiasmo.

La musa épica vuelve a entonar sus solemnes cantos, porque la era de los nuevos prodigios ha llegado. Los poetas aislados en el extranjero, envían sus exhortaciones valientes a los soldados, renovando en sus corazones desgarrados por el infortunio los entusiasmos de Mayo. Entonces comienza aquella inmortal odisea libertadora, que ha poblado el cielo de la tradición argentina de astros de luz eterna. Corrientes, destinada a ser el teatro de grandes sucesos, da la señal de la rebelión, y los campos de Pago Largo quedan sembrados de mártires, entre los que se destaca su gobernador, Berón de Astrada, que no teme entregar su noble vida al cuchillo y al fuego del tirano. Pero la sangre de este sacrificio, al caer sobre la tierra violada, la estremece y le arranca rugidos de coraje.

En los campos del sud de Buenos Aires, un mártir que había heredado las virtudes de un progenitor ilustre, responde al grito de los vencidos de Corrientes, y mil patriotas se levantan con la bandera de la libertad, a desafiar las iras del



déspota. La traición ahoga su transporte sublime, y la cabeza del héroe es clavada sobre una pica para escarmiento de los libres. Pero dentro de aquel cráneo separado de su tronco, hierve el fuego de una profecía, y el esplendor de su martirio y los fulgores de la idea que encierra, infunden pavor a los mismos verdugos. Sus compañeros huyen a refugiarse en lejanos países, o caen también atravesados por la lanza del tirano. Grande y sublime epopeya digna de los tiempos homéricos, aquella en que un puñado de apóstoles inspirados, se lanza a las llamas de un combate o a los horrores del degüello, en testimonio de su fe sagrada! Ella sola corona de inmortalidad a un pueblo, lavando la mancha de ignominia que veinte años de abyección grabaron sobre su frente!

En este episodio sangriento hay toda la sublimidad de una tragedia. Sus personajes se presentan a la imaginación, coronados del laurel de los grandes martirios que redimen un pueblo, y cuyos acentos se perpetúan en el tiempo en la masa popular. Castelli, Cramer, Márquez, Olmos, Rico y tantos otros, se bautizan de luz inmortal, que resplandecerá más viva a medida que los sucesos se alejen en el pasado. El poeta de las desgracias y de los heroísmos de esa época, grabó sus nombres en un poema, que si no es una obra perfecta, por haberse cantado en la época embrionaria de nuestra literatura, tiene toda la poesía de la realidad, y en él las grandes figuras apenas modeladas por un cincel informe, destellan no obstante, los rayos vivos de su misión extraordinaria.

Dispersos y aniquilados en Chascomús los soldados de aquella jornada, los sobrevivientes huyen del suelo mancillado por esa sangre redentora,

*trasmontan los Andes,  
que hollaron sus padres con pie vencedor,  
llevando consigo la patria bandera  
para ella esperando fortuna mejor.*

Otros corren a continuar su gloriosa tarea en aquel campo de Corrientes donde se prepara una aurora de libertad.

No habían ceñido un sable, ni sometido su cuerpo a la rígida disciplina de los campamentos; pero el gemido de la tierra nativa les arrancó de su hogar y de su faena rústica, y los hijos de Ceres empuñan el escudo de Marte, para caer debajo de él como los héroes de Troya, o bajo la mole derribada por el incendio.

Las peregrinaciones de su destierro son asuntos que el romance heroico adornará de inspiración; y ya sea que recorran solitarios los desiertos, confundiendo sus sollozos con los del viento, ya se lancen con la desesperación de su destino amargo a lo más recio de las batallas, donde

*trabajos, fatigas,  
o gloriosa muerte fueron a buscar,  
la hallaron; sus huesos por montes y llanos  
del Plata a los Andes blanqueando se ven;  
cayeron peleando, o el cuchillo fiero  
su cabeza heroica dividió a cercén.*

Vagabundos como los cóndores cuyo nido incendiaron los rayos, padecen en tierras remotas la horrible nostalgia de esa llanura llena de armonías, donde cantó sus trovas Santos Vega, donde se ama con pasión y desbordamiento vírgenes, donde abandonaron su hogar de paja, morada de la poesía del desierto, y en medio de su dolor y de sus esperanzas de libertad, que acarician como un sueño celeste,

*ni a la sombra pueden del ombú dormir!*

Pero más allá, en medio del río que lleva al océano las lágrimas de aquella generación infortunada, se congrega la nueva legión que va a emprender la inmortal odisea sobre los llanos y los montes, y a trazar sobre la tierra oprimida su camino de glorias, de sangre, de sacrificios incruentos. Lavalle organiza en Martín García la *Legión Libertadora*, consagrada en Yerúa por un triunfo que rompe las cadenas de Corrientes, levantando en ella el escenario donde más tarde se desarrolla la radiante epopeya de Caseros. Pero estos desbordamientos del sentimiento nacional, sembrando en todas partes,

en el charco de sangre expiatoria, los gérmenes de la resurrección, encienden en la bestia de Palermo, y en los verdugos que ejecutan sus mandatos siniestros, el último paroxismo de la embriaguez y del furor. El tirano se ve presa de presentimientos sombríos, y se apresura a verter toda la sangre que aún resta en la República, porque no ha terminado su misión infernal.

Entonces comienza aquel año XL, que puede considerarse como el período de crisis de esa fiebre voraz de sangre que consume al pueblo y a su déspota, y en el cual parece que, rotas las leyes humanas, se hubiera derramado sobre nuestra tierra todo el torrente de la lava que las montañas esconden en sus senos profundos. Es la "época de la algidez convulsiva" de la enfermedad, durante la cual las escenas de la matanza se coloran con sus tintas más lúgubres (20).

Del retiro misterioso donde se esconde la fiera, brotan las órdenes de muerte, como los relámpagos del fondo de la caverna donde fermenta la tempestad. Allí se agita, se revuelve, lanza rugidos estruendosos que estremecen la comarca, y en todas partes se ostentan los árboles cuajados de cabezas humanas, a semejanza de los frutos de una estación fecunda! Es que ya siente el rumor de las trompas que anuncian la cabalgata de cazadores, y su tropel gigantesco le indica que su número es inmenso. Lavallo, Paz, Avellaneda, La Madrid, se aprestan a traer sus legiones sobre el baluarte del terror.

El monstruo tiembla porque los tiranos son cobardes; y propaga el incendio y el degüello con avidez pasmosa, para cegar cuanto antes la fuente de donde surgen los brazos enemigos. Una música desordenada y espeluznante, como un concierto de demonios en su noche de festín, acompaña las ejecuciones del cuchillo, de aquel cuchillo mellado que multiplica el sufrimiento de la víctima, arrancándole gemidos que van a unirse al tumulto de risas y de canciones báquicas de los verdugos y de sus ávidos espectadores.

---

(20) RAMOS MEJÍA, *Neurosis célebres*, Parte I.

En el fondo de las llanuras y en las faldas de los Andes, comienza también a removerse la antigua virilidad que abatieron las turbas de Facundo, y como a renacer el fuego primitivo de la raza, aquel que creó la epopeya de 1810. Un cerebro joven, nutrido de las ideas regeneradoras que llegaban como vislumbres lejanas de las revoluciones intelectuales de Europa, medita y lleva a cabo la congregación en un solo pensamiento, de las provincias que había aherrojado el caudillo de los Llanos, Pero ese pensamiento no era ya el que sucumbió en Barranca Yaco. Avellaneda era hijo de una generación inspirada en ideales grandiosos; Tucumán el teatro predestinado para su ejecución osada, y la República entera el horizonte en que debían dilatarse sus ráfagas fecundas.

De un corazón juvenil brotan torrentes de inspiración y de sentimiento, y sus irradiaciones van a encender los pueblos que habitan las montañas. La *Liga del Norte*, nacida de las cenizas de la que Facundo había formado para matar la libertad, asoma en nuestro cielo como una constelación nueva. La luz ilumina el porvenir, y la visión profética hace revelaciones que despiertan héroes desconocidos. Vuelven a resonar los clarines evocadores del pasado, y los sepulcros de los que cayeron en las victorias de Mayo, se agitan como si fueran a lanzar de sus fosas sus esqueletos reanimados. Y todo aquel inmenso acorde responde al eco de los combates, en que los mártires de Corrientes y Buenos Aires entregaron su sangre, como una ablución propiciatoria, a los dioses patrios.

Los héroes de la *Legión Libertadora* se internan en las soledades de la llanura y en los escarpados montes, emprendiendo aquella odisea de martirios, en la que no quedó un palmo de tierra donde no cayera un héroe, donde no tronara el cañón de la venganza, donde no resplandeciera una victoria homérica, donde no eclipsara las hazañas romanas el soldado argentino. Y en Tucumán fermenta el cráneo que dirige la marcha de las legiones, como en la cima del Ida ardía el pensamiento que marcaba la suerte de la guerra troyana. La profecía de Belgrano ha consagrado su suelo en tiempos más

felices: la esperanza arraigada en las almas creyó que esa profecía fuera eterna. Pero si aquella vez no llegó a ser el sepulcro de los nuevos tiranos, fué el Calvario de una redención, consagrado por la sangre de un mártir. El genio es llevado al suplicio, pero del fondo de las nubes apiñadas sobre el patíbulo, surge la voz terrible que anuncia el fin de un olimpo vetusto.

El apóstol de la fe cristiana entrega su cuerpo a la pantera del circo, pero al exhalar el suspiro postrero, una voz misteriosa exclama, llenando de terror los bárbaros espectadores: "los dioses se van!". Avellaneda entrega su cabeza luminosa al cuchillo del verdugo, en testimonio de su fe de libertad, pero del lago de su sangre surgen vapores que se convierten en hogueras, y van difundiendo la llama del sacrificio por todos los horizontes. El sentimiento nacional evocado de súbito con aquella muerte espantosa, pero sublime, lanza el grito profético que anuncia la caída del cadalso, y el derrumbamiento del trono levantado sobre cabezas humanas.

La tragedia, la epopeya, la tradición, la leyenda, se disputan aquel cuadro para sus creaciones ideales o fantásticas, porque unos y otros hallan en él sus caracteres, sus imágenes y sus colores más espléndidos. Hay en aquel joven pensador toda la profundidad de miras que hizo de Moreno el cerebro de la Independencia; porque en esta época, como en aquélla, había necesidad de ideas y de espadas que afrontaran los problemas sociales y los problemas estratégicos; y si he de hablar la verdad, en la revolución contra Rosas el problema es más difícil, porque sus raíces se esconden en el seno de una misma sociedad, y la investigación se dirigía al fondo del alma. Las operaciones de la guerra se volvían, asimismo, más complicadas, porque el enemigo no obedecía a las reglas tácticas que facilitan los movimientos, sino que ataca y se defiende desordenadamente y sin concierto, haciendo, por consiguiente, casi imposible un plan científico. Y por otra parte, la degradación moral del enemigo suprimía la lealtad y la buena fe que mantienen el orden en la dirección de toda guerra:

la traición indigna cortaba de un golpe el nudo apretado por una hábil combinación, y el desaliento era la consecuencia de una derrota sufrida por medio tan reprobado. Quién sabe si esos estados de inacción en que caía Lavalle en los momentos más críticos, no fueron el efecto de esos desalientos de la virtud acrisolada, cuando se encuentra en frente de la corrupción moral del adversario, que usa de armas envenenadas, cuya terrible eficacia no puede ser contrarrestada por el soldado de la civilización!

Schiller hubiera encontrado en Avellaneda uno de los personajes predilectos de sus tragedias heroicas, porque en medio del ambiente que rodeaba a Felipe II, don Carlos brilla como una aurora que atrae los cantos de la naturaleza y las miradas del mundo. El revolucionario de Tucumán, en medio de la atmósfera sanguinolenta que rodea a Rosas, se destaca con el fulgor de un astro en cuyo seno se agita la materia luminosa, próxima a estallar en haces deslumbradores. El primero sucumbe al golpe de la justicia sombría del monarca devoto, en testimonio de su libertad moral; el segundo cae bajo el cuchillo federal en testimonio de su fe revolucionaria.

Hay un notable parecido entre Felipe II y Rosas, hasta en ese aislamiento social, en cuya soledad se engendraban las negras ideas con que envolvía su imperio, como en una noche impenetrable. La tragedia argentina es inmensa y fecunda en caracteres; en cada uno de sus caudillos y en cada uno de sus héroes hay el tipo de una creación grandiosa. Avellaneda, por su edad, por la profundidad de su pensamiento, por la tenacidad de su propósito, por el fuego de su sentimiento patriótico, por la trascendencia social de sus planes, por la atmósfera en que actúa y por la sublimidad de su martirio, es digno de la musa que escribió el *Don Carlos*, el *Guillermo Tell*, la *Conjuración de Fiesco*. Nuestra historia se tiñe con la sombra de la tragedia shakespeariana, cuando aparecen los monstruos de la tiranía y de la muerte, y resplandece con la luz de la tragedia de Schiller, cuando atraviesan su escenario

tumultuoso los bravos soldados que llevan la bandera de la libertad. Artigas, Facundo, Aldao, Rosas, son los caracteres siniestros del genio inglés; Dorrego, Lavalle, Paz, La Madrid, Avellaneda, Acha, son los personajes favoritos del genio alemán.

En unos fermenta la ambición fatídica que engendra la niebla; en los otros brillan los sueños de redención, los anhelos fantásticos de libertad, que se agitan en las corrientes y en las montañas de la germania, cuna de razas y de revoluciones fecundas que renuevan el alma humana.

¡Qué asunto tan colosal para una epopeya es aquella peregrinación al través de los desiertos, de los ríos, de las montañas, aquellas marchas precipitadas que se abren paso con el fuego del combate, rompiendo matorrales cuajados de enemigos en acecho, como las fieras cuya compañía les es familiar, cada una de esas batallas libradas de improviso contra enemigos ebrios de sangre, y en donde nuestros desgraciados mártires sucumben empuñando la espada y la bandera del honor argentino!

Esa epopeya está forjada en la mente del pueblo, y resuena en sus cantos sencillos; los nombres de los héroes son bendecidos en la cabaña humilde del llano y de la montaña; sólo falta el poeta que recoja esos cantos dispersos, y los cincele y los funda al fuego de las grandes inspiraciones que se perpetúan por el sentimiento y por la idea. La fantasía propia de nuestras masas ha coronado esas figuras inmortales de guirnalda radiantes arrancadas al cielo; el artista nacional les ha dado formas gigantescas como sus desiertos, sus ríos y sus cordilleras; el amor de su posteridad les ha divinizado; la poesía ha desvestido a algunas de sus envolturas materiales, para contemplarlas como una creación vaporosa.

Y, no obstante, la literatura patria aún no tiene esos romances que ha forjado el pueblo y ha pulido el artista, y que son la primera manifestación de su alma cuando ha salvado las borrascas de su vida. El estruendo de las revoluciones del progreso nos ensordecen y nos apartan de aquellas épocas de

gloria; el rumor de aquellas epopeyas en que se combate para darnos la libertad, se va desvaneciendo en el espacio; y pronto todo ese conjunto bullicioso de batallas, de gritos de victoria, de jinetes fantásticos, de espadas chispeantes, de banderas desgarradas, de sacrificios sublimes, sólo existirá como una vaga nebulosa en nuestra memoria.

Pero no; las sombras de aquellos héroes legendarios no morirán envueltas en el vendaval de los progresos del siglo. Un poeta los ha burilado en la estrofa candente de una epopeya, escrita en medio de las convulsiones y de los torbellinos que sacudieron nuestra tierra en la época de las grandes desgracias. Y ese poema que tiene toda la inspiración de la verdad, y que refleja los colores de esa atmósfera de muerte, nos es repetido de memoria por los descendientes felices de tanto mártir!

Echeverría que penetra en los senos tenebrosos del desierto, tras las huellas de la *Cautiva*, revelando al mundo el alma y los latidos de la inmensidad, templó su lira colosal en el tono de los infortunios y de las glorias de su pueblo; y aunque sus versos sean informes y rígidos como el temple de sus guerreros, y sus estrofas se parezcan a los rugidos de la fiera y a los gritos del guerrero ahogado por el cuchillo o el plomo, su conjunto es la copia de la época; su acento general es el mismo que aturdía la tierra con el estruendo de las matanzas y de las victorias; en sus ritmos se mezclan los himnos de la libertad con los bramidos del tigre hambriento de sangre, la fulminación valiente contra el asesino con el acorde que ensalza las hazañas de los héroes.

Si la *Insurrección del Sud* es el romance histórico que relata un episodio homérico, aunque desnudo de las bellezas del arte, en cambio contiene la expresión real del sentimiento argentino, perpetúa los nombres de los mártires y condensa, finalmente, en sus estrofas, todos los votos de una generación desgraciada cuya vida se desliza como los torrentes, interceptada, despedazada, absorbida por las rocas, los precipicios, los abismos. Revela, además, que en medio de la abyección



de un pueblo que bendice al tirano que le escarnece, hay un pensamiento audaz y un corazón invulnerable que interrumpen los himnos serviles de alabanza que embriagan al asesino, para hacer tronar la voz de la maldición, la execración de la justicia y la promesa de una resurrección lejana!

Pero *Avellaneda* es el gran poema que inmortaliza una época, y coloca el lauro de la epopeya sobre la tierra del poeta. Su héroe condensa el pensamiento y el alma de su generación, porque en su cerebro se elabora su destino. En torno suyo se ve atravesar, envueltos en la aureola de gloria inmarcesible, los personajes de la leyenda, los héroes de aquella odisea sublime que termina con la muerte, los fantasmas reanimados de los que en Mayo fundaron la nacionalidad, y que a través de la distancia, aún exhortan con su voz mágica a sus sobrevivientes. Es el poema nacional por excelencia, porque refleja la naturaleza con sus colores y su savia, con sus selvas tropicales, sus montañas y sus llanuras; porque canta con la inspiración sagrada de una causa redentora; porque ilumina los más oscuros senderos por donde los mártires sembraron la sangre de la regeneración.

Allí se estampa el juicio contemporáneo sobre cada uno de los actores de esa tragedia de exterminio; allí Lavalle atraviesa de un extremo a otro el llano árido y desolado que Facundo y Aldao incendiaron o devastaron con sus hordas ebrias, derramando a veces sobre el cuadro las sombras extrañas de su espíritu, que dieron días de luto a sus desgraciados compañeros, y que arrancaron al poeta estas dolientes palabras:

*Lavalle, el precursor de las derrotas...  
 ¡Oh Lavalle! Lavalle! muy chico era  
 para echar sobre sí cosas tan grandes!  
 Sin él, sin su derrota de los Andes  
 se extendieron los férreos eslabones  
 de la Liga del Norte redentora,  
 y su lanza, tal vez, y su bandera  
 al pié de la pirámide de Mayo  
 clavarían triunfantes sus legiones.*

*Todo estaba en su mano y lo ha perdido:  
Lavalle es una espada sin cabeza:  
sobre nosotros, entre tanto, pesa  
su prestigio fatal, y obrando inerte,  
nos lleva a la derrota y a la muerte.*

Pero estas sombras que inocular en su espíritu el revuelto caos de su tiempo, no borrarán jamás, sino que harán resaltar con nuevo brillo las hazañas del héroe de Tucumán, de los Andes, de Junín, y de Ituzaingó, en los dichosos tiempos en que Belgrano, San Martín y Bolívar, conducían las falanges victoriosas a la redención americana. La fantasía de su pueblo sólo contemplará en la historia al guerrero inspirado que surca las líneas de batalla como un relámpago, y que no descansa hasta ver el campo desierto de enemigos. Ni el haz de incendio que brota del cadalso de Dorrego para propagarse sobre toda la República, engendrando las desgracias que nublaron nuestra historia, ha podido empañar el brillo de esa aureola de heroísmo que reverbera en su frente. Su vida es un huracán que todos los vientos azotan; su alma un abismo donde la fatalidad incuba sus golpes mortales; en torno suyo revolotea el cuervo siniestro de la desgracia, que salva su nombre y su gloria de la tempestad que levantan sus hechos. La leyenda ha oscurecido a la historia.

La Madrid aparece en la epopeya de Echevarría, si no con la grandiosidad real de su figura histórica, al menos con el brillo que destellan naturalmente sus proezas inimitables. He ahí el tipo del guerrero de la raza nacida de la fusión de Europa y América, animado por el fuego del sentimiento tropical de su tierra, endurecido en el yunque de los combates en que pasó su vida, sublimizado por el prestigio de las victorias cuyos laureles le agobian, y honrado por su obediencia y su disciplina, nunca empañada por la ambición. Las epopeyas de los tiempos antiguos no tienen un héroe que eclipse sus hazañas: Cinegiro, el hermano de Esquilo, en aquel "abordaje épico de un hombre y de un navío, desgarrándose cuerpo a cuerpo", Bayardo deteniendo un ejército en un puente,

no son más grandes que La Madrid atacando solo, y semejante a un tipo mitológico, un batallón entero erizado de bayonetas, como un bosque de serpientes, entre cuyos garfios cae delirando todavía con el combate.

Oigamos al inspirado romancero de nuestros héroes: “Es el general Madrid uno de esos tipos naturales del suelo argentino. A la edad de catorce años empezó a hacer la guerra a los españoles, y los prodigios de su valor romancesco pasan los límites de lo posible: se ha hallado en ciento cuarenta encuentros, en todos los cuales la espada de Madrid ha salido mellada y destilando sangre: el humo de la pólvora y los relinchos de los caballos lo enagenan materialmente, y con tal que él acuchille todo lo que se le pone por delante, caballeros, cañones, infantes, poco le importa que la batalla se pierda... Es un Tirteo que anima al soldado con canciones guerreras... es el espíritu gaucho, civilizado y consagrado a la libertad... El valor predomina sobre las otras cualidades del general en proporción de ciento a uno. Y si no, ved lo que hace en Tucumán: ...Facundo traía doscientos infantes y sus *Colorados* de caballería: Madrid tiene cincuenta infantes y algunos escuadrones de milicias. Comienza el combate, arrolla la caballería de Facundo, y a Facundo mismo, que no vuelve al campo de batalla sino después de concluído todo. Queda la infantería en columna cerrada; Madrid manda cargarla, no es obedecido, y la carga él solo. Cierto; él solo atropella la masa de infantería; voltéanle el caballo, se endereza, vuelve a cargar; mata, hiere, acuchilla todo lo que está a su alcance, hasta que caen caballo y caballero traspasados de balas y bayonetazos, con lo cual la victoria se decide por la infantería.

“Todavía en el suelo, le hunden en la espalda la bayoneta de un fusil, le disparan el tiro, y bala y bayoneta lo traspasan, asándolo además con el fogonazo. Facundo vuelve al fin a recuperar su *bandera* negra que ha perdido, y se encuentra con una batalla ganada y Madrid muerto, bien muer-

to. Su ropa esta allí, su espada, su caballo, nada falta, excepto el cadáver, que no puede reconocerse, entre los muchos mutilados y desnudos que yacen en el campo... Madrid acribillado de once heridas, se había arrastrado hasta unos matorrales donde su asistente lo encontró delirando con la batalla, y respondiendo al ruido de pasos que se acercaban: ¡No me rindo!” (21). El autor de este cuadro admirable concluye de este modo: “nunca se había rendido el coronel Madrid *hasta entonces*”. Corrijamos la frase diciendo: *ni aún entonces* se había rendido el coronel Madrid.

¿Mantienen las historias de todos los pueblos, episodio más sublime que este? ¿El valor humano resplandeció jamás con más fúlgidos rayos? ¿Hay en las epopeyas antiguas cuadro más maravilloso y abrumador? Inclinémonos a derramar el incienso de nuestro amor, las frases de nuestra poesía, los laureles de nuestra justicia, ante este héroe inimitable que condensa la gloria de nuestra nación y de nuestra raza. No hay una sombra que vele su imagen, y podría retratarse sobre la tela de la llanura con los colores de la alborada. La epopeya argentina tiene en ella uno de sus personajes más luminosos, la tragedia uno de sus caracteres más profundos, la tradición su tipo más perfecto y universal, y la leyenda su creación más vaporosa dentro del marco de la verdad.

En la pintura de los caracteres, en la descripción de las batallas, en la penetración de los misterios históricos, el romancero de *Facundo* ha superado al poeta de *Avellaneda*, si bien es cierto que Echeverría canta, y Sarmiento escribe. El uno se propone construir la epopeya de un pensador, apareciendo en ella los héroes y sus combates como accidentes, y el otro traza la historia de una época iluminada, por las vislumbres de la leyenda; el primero sujeta el vuelo de su inspiración con las cadenas del metro, no dominado del todo, y el segundo derrama a manos llenas su ingenio y sus fantasías en el cauce dilatado de la prosa, que se amolda con la

---

(21) SARMIENTO, *Civilización y barbarie*.

docilidad de un junco, a los más pueriles y deslumbrantes caprichos de su genio.

Pero el genio es la región de los iguales, ha dicho Hugo; y así, si Sarmiento ha hecho de su Facundo una estatua digna del cincel helénico, por lo acabada, y ha creado un semidios de la barbarie, Echeverría ha pintado con el arte del Renacimiento, un cuadro en que la luz se refleja en la sangre que forma el fondo de la tela: la luz es el pensamiento de su héroe, el fondo enrojecido es el medio bárbaro de donde surgía aquel apóstol inspirado en las visiones del futuro. En las alturas del genio, ambos se han coronado con el mismo laurel.

Sobre el torbellino de aquella guerra sagrada, en que se confunden tantas figuras gigantescas en los vapores y el polvo de las batallas, Acha descubre el denso velo para presentárnos ornado de inmortalidad y poesía. Fruto, como La Madrid, del suelo argentino, modelado al temple de los guerreros de Mayo, pertenece al número de los que siguieron fieles la bandera de la libertad.

El atraviesa el medio corrompido de la anarquía, sin empañar el brillo de sus hazañas y de su límpida figura histórica. El valor temerario, la confianza en la victoria, la fe de la causa, son las cualidades que despliega en su agitada vida. La tradición ha hecho de él un personaje ideal, como sus compañeros de odisea e infortunio; los desiertos modulan su nombre en sus ráfagas armoniosas; los cantares nacionales vibran con tonos épicos al recordar su cruzada de triunfos y de reveses, en los que su carácter parece rodearse del fulgor de los grandes sacrificios. El cantor de Avellaneda le consagra estrofas que cincelan un monumento de gloria:

*Acha, el héroe ser pudo que la tierra  
de tiranos purgase en esta guerra;  
pero más joven es, y harto modesto  
no ha querido ocupar el primer puesto.*

Estos versos que me recuerdan la sencillez con que Homero describe las virtudes de sus héroes, nos retratan el ca-

rácter del tipo legendario. Lavalle era un gigante cuya nominación llevaba largos años de sonoridad:

*Madrid como valiente es conocido...*

el joven Acha no se creía digno de levantarse sobre tan elevadas cabezas! Y no obstante, cuán alto remontó su vuelo, y cuán alto le vemos hoy, después que se ha disipado la niebla de la época, y que han muerto en el vacío los últimos gritos de las pasiones que engendraron aquel vértigo sangriento!

Hay episodios de su carrera militar que le colocan al lado de aquellos que admiraba en su juventud. El debía liberar a Cuyo de los brazos del fraile ebrio y lujurioso que le vilipendiaba; huestes del tirano le aguardan, y otras le siguen para ahogarlo; un combate troyano tiene lugar, en que se admira no sólo la magnitud moral del jefe, sino el heroísmo indescriptible de sus subalternos y de sus soldados. Una aureola de fuego patriótico, una irradiación de entusiasmo sublime se desprende de ese hombre extraordinario, y envuelven y contagian a sus tropas. Es en aquel combate,

*donde Acha con un grupo de valientes  
sobre el cuyano ejército se arroja,  
lo aterra, lo deslumbra y como un rayo  
lo hiende con su lanza y su caballo.*

“La batalla de Angaco es un oasis de gloria en que el ánimo puede repararse en medio de este desierto sembrado de errores, de desórdenes y derrotas” (22). Pero ni el arrojo inspirado de la juventud que le acompaña, ni el “valor caballeresco de Acha que valía por sí solo un ejército”, ni el ardor de aquella tropa poseída de un espíritu de abnegación misteriosa, pudieron apartar de ese campo bañado por la aurora, las sombras y las nubes de sangre que la seguían de cerca. Desde lo alto de su grandeza heroica, Acha miró muy pequeño a su enemigo; y esta visión fué la causa de su derrota final y de su muerte. Arrancado de su último baluarte, donde re-

---

(22) SARMIENTO, *Vida de Aldao*.

siste al torrente como el náufrago sobre el témpano flotante, es conducido al suplicio. Su cabeza rueda cercenada por el cuchillo de la mazhorca trasladada al interior, y Rosas, su fundador y jefe, recibe esta noticia como un aviso de los dioses: "El salvaje unitario Mariano Acha fué decapitado ayer, y su cabeza puesta a la espectación pública en el camino que conduce a este río!...".

También allí la cabeza de un mártir de la libertad ofrece un festín al cuervo de la llanura! ¡Triste, horrible, siniestro desenlace de tan sublime epopeya! ¡La cabeza de Castelli, la cabeza de Acha, la cabeza de Avellaneda, nutrida de promesas grandiosas, levantadas a manera del estandarte del terror sobre el escenario donde actuaron sus dueños, señalan el sitio consagrado por el martirio de los audaces apóstoles de la Cruzada Libertadora! Pero falta una, la del jefe militar que ha muerto en el confín de la tierra oprimida. Los malignos agentes del bárbaro remueven el polvo de las tumbas, para arrancarla del tronco, y levantarla también para escarmiento de los libres! La tierra extranjera le concede un sepulcro, y sus compañeros de desgracia velan el sagrado depósito, dispuestos a salvarlo con su vida de la profanación satánica!

Pero en el fondo de aquellos cráneos fermenta un rayo encendido por manos invisibles; de la tierra que empapó su sangre, brotan llaman incendiarias que abrasan las guaridas de los monstruos; de las cavidades de sus ojos estallan las chispas del fuego redentor, que ya comienza a encenderse en todos los espíritus; de sus bocas descarnadas parece que surgieran torrentes de revelaciones sublimes, de palabras proféticas, de exhortaciones inspiradas! El tirano se engañaba; porque las cabezas de los mártires, enastadas sobre los árboles para ahogar la libertad por el temor de la muerte, brillaban como antorchas divinas, evocando la libertad por el amor del sacrificio.

Dispersos y perdidos entre los sucesos y los caracteres que forman la segunda epopeya de la libertad argentina, pu-

lulan como astros errantes, otros muchos que combatieron con el mismo ardor, que brillaron con la misma luz, y cuyos nombres se conservan en la memoria popular idealizados por la poesía nativa, consagrados por una muerte gloriosa. Yo quisiera dedicarles una página de estos recuerdos, una corona de estas humildes flores que derramo sobre las tumbas de tantos mártires autores de nuestra nacionalidad; pero para gloria de la patria, ellos son innumerables, y sus caracteres tan diversos, que largos años de investigar y recorrer los legajos de los tiempos pasados, serían necesarios para encontrar los colores originales del inmenso cuadro de la época.

Esperemos que la labor paciente y tardía de la historia, ilumine las profundidades del abismo, y entonces veremos surgir, a semejanza de las estrellas que van apareciendo una a una sobre el horizonte de nuestra pampa, a cada uno de los héroes que murieron ignorados, cubiertos por el humo de la pólvora, o envueltos por la ola de sangre de la matanza. La historia develará la tiniebla, la tradición le mostrará el camino sembrado de memorias, la leyenda recogerá las maravillas que se descubran al paso, la poesía patria repetirá las armonías de esa aurora que trae consigo toda exhumación de glorias pasadas.

## VII

Pero hay una figura colosal que se levanta del conjunto de esta cuarta época, y debo evocarla para que proyecte su luz sobre el final de estas páginas. Cada generación ostenta un héroe que condensa toda su gloria y su savia: el general Paz es el punto culminante de la epopeya libertadora, de la línea de cumbres que señalan el paso de la libertad a través de la barbarie, porque lleva consigo el genio de la guerra culta, de la estrategia científica, en medio del caos, en que hasta los soldados de la civilización absorben algo de ese ímpetu desordenado de las turbas que combatían. Es "el hijo legítimo de la Ciudad", y representa la tendencia progresista de



su pueblo, como Facundo, el hijo de la llanura, representa la tendencia retrógrada (23).

Nacido en una atmósfera de ciencia, su espíritu bebe sus influencias con el primer hálito que aspiran sus pulmones; su juventud se desarrolla a la sombra de los capitanes de Mayo, y su carácter se funde en el molde de los grandes sucesos: ya en la Ciudadela, su silueta se destaca como la de un genio al pie del cañón. Se ha coronado con los laureles que Belgrano y San Martín arrancaron de sus victorias; y cuando el soplo envenenado de la discordia comienza a agitar el seno de su patria, agostando los árboles jóvenes de la nueva raza, y rechazando las corrientes regeneradoras del espíritu público, se le ve vagar como el pájaro sin nido, por los países vecinos, dejando, no obstante, en cada uno la huella profunda del genio que hierve en su ser. En Ituzaingó se renovaba la apopeya de Mayo, y allí aparece al lado de su cañón fantástico, sembrando la destrucción y la victoria.

Cuando los caudillos bárbaros reemplazan en nuestra sociabilidad a los héroes del pensamiento y de la espada, Paz reaparece de nuevo, y libertando a Córdoba de la cuchilla y de la lanza rústicas, se pone enfrente del vendaval del desierto a resistir sus ímpetus infernales. Su influencia renueva el fondo de esa sociedad enervada por el despotismo; y aquellos jóvenes criados sobre los libros, lejos de las fatigas de los campamentos, se incorporan animados de un fuego secreto que los lleva al sacrificio, a morir en masa como las espigas que siega la guadaña.

La religión pervertida por sus apóstoles, que inclinan su cerviz, y ungen con la gracia divina a los bárbaros que se apellidaban sus defensores, "azotes de Dios" sobre nuestra tierra, despierta de su abyección, cuando un talento superior le muestra la profundidad de su caída y la espléndida regeneración, y pone entonces su poder formidable al servicio de la obra libertadora.

---

(23) SARMIENTO, *Civilización y barbarie*.

No hubo en pueblo alguno revolución más completa llevada a cabo por la inspiración de un solo hombre. Paz borra de un golpe de luz las sombras que la resistencia a la Revolución había vertido sobre Córdoba. Infiltra, por modo y arte admirables, en sus tropas y en sus jefes, la austera virtud cívica, modera su valor temerario y tumultuoso con la ley de una sabia disciplina, y funda, en fin, el ejército incommovible que ha de burlar las irrupciones tempestuosas de la horda de a caballo y de lanza.

Se diría que su personalidad no ofrece asunto a la fantasía, porque sus hechos son del dominio de la ciencia: pero hay en sus combates una secreta grandeza que subyuga las facultades. Esa inmovilidad del artillero donde van a romperse las corrientes impetuosas del enemigo, como ante una montaña de la que brotan lluvias de fuego, y esas marchas ordenadas y metódicas, ejecutadas en medio del estruendo y del estrago que sacuden la tierra, ejercen sobre el espíritu una terrible fascinación. No es ya la leyenda que se alimenta de fantasías risueñas o melancólicas, la que perpetúa esos cuadros y esos caracteres: es la epopeya, porque en ella caben las más vastas, las más colosales concepciones de la inteligencia, las creaciones más inmensurables del sentimiento humano. La Tablada es el teatro de una de esas epopeyas en que un genio científico puede, no obstante, coronarse con las luces ideales de la fantasía.

En ella luchan el desierto contra la ciudad; las turbas salvajes con todo su valor nativo, montadas sobre el caballo tradicional que lleva la mejor parte en la pelea, contra la milicia educada y a pie, enterrada, inmovilizada por la conciencia del deber, como una encina que no logran desarraigar los furiosos vendavales que la sacuden. "Aquellas enormes masas de jinetes que van a revolcarse sobre los ochocientos veteranos, tienen que volver atrás a cada minuto, y volver a cargar para ser rechazadas de nuevo. En vano la terrible lanza de Quiroga hace en la retaguardia de los suyos tanto estrago, como el cañón y la espada de Ituzaingó hacen al frente de las

bayonetas y en la boca de los cañones. ¡Inútil! son las olas de una mar embravecida que vienen a estrellarse en vano contra la inmóvil y áspera roca; a veces queda sepultada en el torbellino que en su derredor levanta el choque; pero un momento después, sus crestas negras, inmóviles, tranquilas, reaparecen burlando la rabia del agitado elemento” (24).

Hay una poesía majestuosa, serena y olímpica en la odisea de este hombre extraordinario a través de pueblos extraños, persiguiendo la realización de su idea magna: la destrucción de los caudillos. Una huella de prodigios señala sus pasos. Montevideo le ve en la plenitud de su genio militar, que asombra al héroe de la redención italiana; Corrientes, asilo predestinado del patriotismo argentino, en aquel tiempo, se arma a su voz; el Brasil le ve pasar como un peregrino de un mundo desconocido, con la frente nublada por un pensamiento. Su cerebro no descansa; el gran problema llega a su solución. Forma contra el bárbaro su artillería incommovible y sus infanterías impertérritas.

La Tablada y Oncativo son la muerte moral del caudillaje; y hubieran sido su destrucción absoluta, si uno de esos accidentes que sólo el argentino comprende, no hubiera dado el triunfo al bárbaro. El sabio que marcha descuidado observando la naturaleza, queda aprisionado por las lianas de la selva; el general calculador y matemático, cae preso de un tiro de bolas del gaucho de la pampa. La polvareda densa que levanta en el desierto la horda impetuosa, ha eclipsado el astro que guiaba la libertad a su triunfo, pero su luz radiante asoma en lugar distinto del horizonte, y hacia él convergen de nuevo todas las miradas.

Los más grandes acontecimientos de nuestra historia se ligan a su nombre, y su talento literario da a su patria una ofrenda colosal: sus *Memorias* son en el laberinto de nuestras luchas agitadas, el hilo que enseña el camino recto. La tradición nacional tiene en el general Paz una de sus glorias

---

(24) SARMIENTO, *Civilización y barbarie*.

más puras. En su figura histórica resplandece el pensamiento y reverbera una aureola de virtudes diáfanas. ¡Quiera su sombra inspirar el ejemplo de su vida a las generaciones del porvenir!

### VIII

La nacionalidad argentina queda asegurada para siempre en el alba que amanece en Caseros. La larga y borrascosa noche de las pasiones desenfrenadas se devela al fin; las tintas rosadas de ese crepúsculo se levantan de los campos de batalla, donde una generación entera dejó sembrados su sangre y sus huesos; ellos son la luz que destellan sacrificios sin número, misterios horribles, peregrinaciones desoladoras, ostracismos saturados de nostalgias, sangre y lágrimas vertidas a torrentes en los altares de dioses invisibles, en los pórticos de templos velados por la sombra, en las lápidas de las tumbas, donde los manes de los héroes de Mayo y sus pensadores dormían su sueño de gloria.

El clamor prolongado de la tierra, con el rumor que los vientos levantan en las montañas, llega al fin al fondo de los retiros solitarios donde el antiguo vigor se asila, donde se esconde la virtud social, donde la musa patriótica ha ido a ocultar sus rasgos de luz, huyendo del crimen triunfante, y asoman de súbito, haciendo surgir del bosque, del desierto y de las ciudades una nueva generación de héroes, fruto de la reacción operada en silencio durante la noche.

La fiebre que devora a las fieras llega a su paroxismo final; la sangre de sus arterias afluye en torbellinos sordos a sus cerebros, y la congestión estalla. Como se desvanecen los monstruos que poblaron un sueño agitado y delirante, ante la primera vislumbre de aquella aurora, los tiranos, sus verdugos, sus bandas sabáticas que surcaban las calles y los llanos al compás de músicas siniestras, se sumergen en el seno de la niebla que se aleja, o se dispersan y disipan en el fondo del día espléndido.

La tragedia de la muerte, en la que luchan con horrible estrépito los caracteres sombríos, las pasiones tenebrosas y desordenadas, con las virtudes errantes devoradas una a una, tiene por desenlace una resurrección. La sangre vertida en Chascomús, los degüellos de Tucumán y de San Juan, las inmolaciones infinitas de los actores de la gran odisea libertadora, desprenden al fin con su clamor profundo, del fondo de la nube incendiada, el rayo fulminador del fratricida. Castelli, Lavalle, Avellaneda, Acha, La Madrid y todas las legiones de mártires, levantan un instante su cabeza del páramo en que cayeron, para saludar aquel día suspirado, y vuelven entonces a hundirla para siempre en las entrañas de la llanura que consagraron con el riego de su sacrificio. Su sueño está cumplido: la patria ha renacido de las cenizas y del fango, y lleva en su frente una luz nueva, intensa y desconocida que se asemeja a un resplandor de inmortalidad.

Caseros es el teatro de una nueva redención, como Mayo fué el espacio de un génesis. El héroe de esa victoria que resucita un pueblo, tiende la mano a los que en Tucumán, Salta y los Andes le arrancaron del seno de la tiniebla. El pasado se une al porvenir por medio de aquel anillo que proyecta su luz sobre las dos faces del tiempo. Las tradiciones de raza, las leyendas heroicas, las fantasías deslumbrantes se sumergen en ese limbo inmenso, como las miríadas de astros que pululan en los espacios intersidérales se arrojan en la masa ígnea que calienta el universo. La musa de las batallas, la diosa que invocaba Homero, descansa ya de su peregrinación de siglos, cuando asoma en los cielos la libertad, del fondo de los combates y de las tormentas que preceden al nacimiento de un pueblo. El legislador sube al sitial que abandona el poeta; Moisés ha reemplazado al salmista; los truenos del Sinaí ensordecen y ahogan la voz de los torrentes del Jordán, y el rumor de los cedros del Líbano.

El ruido de los combates continúa, no obstante, resonando por algún tiempo en las planicies argentinas; pero son las ondas del trueno que se alejan a morir en las sinuosidades

del vacío. Son las luchas regeneradoras del espíritu público que busca recobrar su vida natural; son los partidos que se disputan la gloria de cimentar la futura existencia de la patria, y que combaten con el hierro y el fuego, porque la inercia del movimiento aún les domina, porque el vértigo de las grandes batallas todavía les arrastra. Pero el tumulto se apacigua lentamente, como los vendavales del desierto; las multitudes inspiradas por nuevos sentimientos, comienzan a llamarse hermanas, y a congregarse en torno de una madre común.

La colosal estatua cuyo cincelamiento se ejecutaba en secreto y en medio de la ansiedad de la muchedumbre, va develando poco a poco sus miembros atléticos, semejante a un dios de Fidias. Cada fragmento que descubre es saludado con gritos de admiración, y hasta la llanura se asocia al estremecimiento que despierta la suprema belleza. Por fin el velo que la envuelve se desgarrá, como si una nube despejara el disco del sol, y la América y el mundo contemplan la obra gigantesca del genio, elaborada entre las sombras y los fulgores de tres siglos.

La República Argentina es esa estatua cincelada en el granito de los Andes, de cuyos flancos ciclópeos heredó sus formas rígidas y armónicas a la vez. Sus pies se asientan sobre una llanura surcada de ríos inmensos que tributan al mar, y bordada de selvas tropicales que mantienen la juventud eterna; su cabellera ondea sobre el dorso colosal, como un torrente despeñado de la montaña, y de su frente brota un relámpago que revela un cráter en el cráneo. Un cóndor extiende sobre ella sus alas espaciosas, y parece decirle al oído una revelación del firmamento; su mano derecha enarbola una bandera blanca y azul; su mano izquierda sostiene un código; y alrededor de toda ella se derrama una atmósfera de majestad, de gloria y de belleza, que enciende deseos de adorarla y de ensalzarla eternamente.

Allí está, espléndida, radiante, fascinadora. Los mares de la tierra vienen a bañar sus pies medio velados por la hierba,

con rumores inmensos que parecen himnos de mundos ignotos; oleadas humanas atraídas por su mágica hermosura y su sombra reparadora, acuden a rodearla y a adornar de flores su pedestal; y confundiéndose en el mismo suelo con sus hijos, labran todos reunidos la tierra, agrupan sus hogares en torno suyo, y bendicen su prole en nombre de la Libertad y del Trabajo.

A los pies de esta diosa cincelada por el genio de dos razas fundidas en un mismo fuego, modelada en el tipo de los Andes, iluminada por el relámpago de la idea, bañada de luz por las auroras y de espuma por los mares, portadora de la bandera que condujeron victoriosa los héroes de Mayo, y del Código sagrado que condensa el fruto del pensamiento de los siglos, — allí deposito este libro escrito con el fuego del único amor que me conforta en la vida: el de mi patria.









**MIS MONTAÑAS**

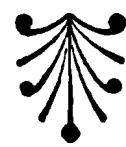
1893



*Joaquín V González*



# Mis montañas



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

79 — PERÚ — 89

—  
1893



***CARTÀ DE D. RAFAEL OBLIGADO***





CARTA DE D. RAFAEL OBLIGADO

Buenos Aires, abril 5 de 1892.

Señor doctor Joaquín V. González

*Mi distinguido amigo:*

*Empresas materiales en que el patriotismo anda de por medio, tal como lo entiendo en estos penosos días, me tienen alejado de las letras, con sentimiento mío y por cumplir deberes que considero ineludibles cuando su cumplimiento sólo depende del esfuerzo personal. Sabe usted que mi venida a la Capital ha sido por breve tiempo, por lo cual no le sorprenderá que con estas líneas le envíe mi despedida.*

*En la corta holganza que entre ustedes me he dado, no había de perder tan agradables horas en los clubs políticos, porque la política, tomada así como entre nosotros se usa, no diré que me produce repugnancia, pero sí amarga zozobra, temor vago de que tanto discurso donde la metáfora vulgar huele a pólvora gruesa, a pólvora de fusil, nos precipite al cabo por el sendero harto conocido de las desgracias nacionales.*

*Por esta razón he preferido emplear las horas de descanso leyendo algo literario, de producción nuestra; y así he leído MIS MONTAÑAS.*

*En mi último viaje por la vía de Buenos Aires y Rosario, gozábame en la contemplación de esos campos admirables, cubiertos de maíz en sazón, que hombres, mujeres y niños cosechaban en pintorescas cuadrillas; de esos trozos de pampa*

*virgen, con olor a trébol húmedo, que pintan y hermocean ganados multicolores; de la audaz chimenea de las fábricas que arroja cerca de las nubes blancas el humo negro del carbón de piedra; de mi Paraná querido, del río de las graciosas curvas y sorprendentes majestades, asomándose riente y azul por las quebradas, removido a trechos por las naves de vapor, conductoras de nuestros frutos, de los trigos de Santa Fe, y Entre Ríos, de las maderas de Corrientes, del Chaco y Misiones, y llevando a la vez en el manso raudal, como con cariño paterno, la canoa del islero, repleta de leña para nuestros hogares, y sobre la leña brillando al sol, el hacha fuerte y limpia del trabajo honrado.*

*En tal estado de ánimo y con tal copia de imágenes risueñas, que son hermosas realidades, antes de prestar atención a cosa alguna que pudiera afearlas o suprimirlas, me he engolfado en las montañas de usted, que no por suyas dejan a la vez de ser muy mías, como argentinas, y de las cuales no pienso cederle una sola piedra sin que antes me reconozca el condominio y el perfecto derecho que tengo para amarlas como usted las ama.*

*De que usted haya llamado MIS MONTAÑAS a las nuestras, tendría yo grandísimos celos si no fuera cierta consideración que no puedo honradamente ocultar y debo decir con llaneza. La propiedad artística de la cordillera argentina pertenece a usted de hoy para siempre, como la de la llanura al poeta de LA CAUTIVA. Así, pues, como escritor nacional (lo de escritor va por mi cuenta), me pongo de pie y me saco el sombrero para saludar en MIS MONTAÑAS el advenimiento de los Andes a la literatura patria.*

*¡Salud al Famatina y al Aconcagua! ¡Bienvenida sea la musa montañesa a hacerse conocer de los porteños, a caer en brazos de su hermana, la de las Pampas, hija de Echeverría y dueña única hasta ahora del arte naciente en nuestra tierra! ¡Qué joven, qué fresca, qué hermosa es esta muchacha que La Rioja nos envía, un tanto desgañada, un tanto salvaje, pletórica de sangre juvenil, perfumada en el azahar riojano*

*y en la flor del aire de la sierra Velazco! ¡Osculo de amor y paz sellamos en tu frente, morocha de nuestras montañas, desconocida aún, pero amada y presentida largo tiempo!*

*Como llevado de la mano y en tan graciosa compañía, he recorrido valles, altiplanicies, selvas dantescas, ásperas quebradas, cimas y abismos: un conjunto solemne, bravío las más veces, que pone alas al espíritu y lo empuja al vuelo con tenacidad imperiosa, gritándole siempre: ¡más alto, más alto, hasta las nieves eternas! Pero la majestad andina, que arrebató los ojos y el alma en ascensión gloriosa y doliente, no quita que allá, en un vallecito oculto, un hilo de agua caiga sin ruido, bañando el peñasco inmediato, gire envolviéndose a un trozo de mármol, se devane en hebras lúcidas, se reúna en pequeño lago y repose entre azucenas como los cabritillos del CANTAR DE LOS CANTARES.*

*Así, gigantesca y ruda, sonriente y delicada, es la naturaleza de los Andes, y así está en el libro de usted. Desde las primeras páginas se advierte un sentimiento religioso, no precisamente místico, sino semejante a aquel que embarga potencias y sentidos al penetrar al templo donde balbucimos la primera oración al lado de nuestra madre; y es que el sentimiento de la naturaleza no se revela en MIS MONTAÑAS sólo por el empeño de hacer visible el color, la línea o los fenómenos naturales, como acontece en Humboldt, Saint-Pierre, Wordsworth y Gutiérrez González, sino más bien a la manera de Chateaubriand en las mejores páginas de EL GENIO DEL CRISTIANISMO y de Longfellow en la EVANGELINA.*

*Por cierta beatitud visible en sus obras, diría yo de usted, si no conociera su origen, que algo de los puritanos circula por su sangre, o por lo menos, que esa especie de panteísmo que raya en lo místico, nada tiene que ver con Parménides y Zenón de Elea ni menos con Spinoza, y sí mucho con los pocos artistas que han sentido a América hondamente y dejándose arrebatar por su hermosura.*

*Debe notarse, además, que la pasión por la naturaleza que circundó su cuna, no es sólo religiosa, sino también ele-*

*giaca. Fuera de que es propio de los grandes paisajes cierta melancolía inefable, hay en usted causas personalísimas para que esa nota suene en su obra con singular intensidad. Bastaría leer el Capítulo VI, EL HUACO, para explicarse la ternura, la tristeza, y hasta el sollozo comprimido y próximo a estallar en algunos pasajes de MIS MONTAÑAS. Por mi parte confieso que pocos trozos literarios me han impresionado tanto como EL HUACO. Ese hogar desolado, batido por el caudillaje, sin más defensa que los brazos "como gajos de algarrobo" de un negro anciano, los rezos de la familia en la capilla paterna a la luz de un candil y las lágrimas de una santa madre, es la síntesis de una época argentina. La misma alegría de los niños en sus paseos por las montañas, asaltando colmenas salvajes y haciéndose pedazos los vestidos en procura de frutas silvestres, sirve por el contraste para hacer más desoladas las angustias paternas, y hace presentir el comienzo de una odisea, que se produce al fin y arroja a la inerme familia al recinto de la Capital, al terror, a la dispersión, tal vez a la muerte.*

*Sarmiento ha pintado en RECUERDOS DE PROVINCIA, un cuadro de hogar que es justamente famoso, porque, sin quererlo, ha resumido en él el espíritu revolucionario de la independencia en pugna con el coloniaje, la lid de América joven con la vieja y noble España; y usted, acaso con la misma inconsciencia, ha hecho de EL HUACO el símbolo de los tiempos que siguieron inmediatamente, de barbarie, duelo y sangre, que aún no han terminado aunque se dé por extirpado el caudillaje, porque la barbarie no ha muerto ni la virtud cívica ha nacido.*

*Felizmente, y como para borrar la impresión de estos recuerdos y verdades, hay en MIS MONTAÑAS páginas de agradable esparcimiento y novedoso atractivo. De lo más singular y tierno, es EL NIÑO ALCALDE, seguido de la procesión encabezada por un Inca. Eso de hacer alcalde universal al Niño Jesús, precedido por la sombra irrisoria del Inca, prueba que la Biblia de Valverde, tan a destiempo ofrecida, como*

*gallardamente arrojada por Atahualpa, hizo su camino en el corazón o más bien en la fantasía de la raza conquistada, pero gracias al violín y la elocuencia de San Francisco Solano y a las rosas místicas de la Virgen de Lima.*

*La verdad sea dicha: ni los españoles ni nosotros hemos hecho del indio cosa que valga ni para la sociedad ni para el arte. El pucará o fortificación incásica, ha sido derribado para siempre, y ni las defensas trogloditas, vivamente pintadas en el Capítulo II, llegan a interesarnos, sino acaso el rodar de los peñascos por las faldas, y eso por las maravillas del Eco, divinidad griega. Sucede que para nosotros hay falta de interés esencial en el elemento indígena. Sus creencias, costumbres y tradiciones, son de tal modo diversas de las nuestras, tan exóticas nos parecen y, lo diré claro, tan bárbaras, que no existe quien soporte de buen grado un trozo de elocuencia araucana, así lo parlen Caupolicán o Lautaro.*

*Mejor estamos con los mestizos, porque al fin algo nuestro deben de tener, y sin duda por eso me ha interesado su INDIO PANTA, músico de las procesiones y bailes, héroe popular, decidor y bullanguero. "El solo valía la felicidad de su pueblo", dice usted, y esta frase lo pinta de los pies a la cabeza. Dió en ofrenda a la Virgen de la aldea la caja o tambor de sus triunfos, hecho por sus manos; y en defensa de los suyos, voló a la lid y murió por la patria... Mestizos como él nos dé la tierra muchos y seremos argentinos de veras.*

*Obedeciendo quizá a una fuerza extraña a mi naturaleza o a despótica sugestión, he ensalzado alguna vez al progreso, a esa evolución más o menos rápida que va concluyendo con el pasado y arrastrándonos a un porvenir que será grande y próspero, así lo deseo, pero nunca tan interesante como aquél, ni tan rico para el arte, ni tan característico y genuino para la personalidad nacional. Desgraciadamente la electricidad y el vapor, aunque cómodos y útiles, llevan en sí un cosmopolitismo irresistible, una potencia igualitaria de pueblos, razas y costumbres, que después de cerrar toda fuente de belleza, concluirá por abrir cauce a lo monótono y vulgar.*

LA TRADICIÓN NACIONAL, donde el patriotismo de usted reventó en llamarada férvida, es riquísimo estuche que salvará para los venideros el oro de más quilates del tesoro argentino y ahora en MIS MONTAÑAS pone a buen recaudo otra no escasa parte de él, en sus pinturas de la familia patriarcal, de las faenas agrícolas y pastoriles, de las hazañas legendarias, de las costumbres y supersticiones populares.

Por eso, aunque he cantado al progreso en algún momento de extravío, aplaudo sin reservas el Capítulo X y siguiente, y no ocultaré a usted que me encuentro a mis anchas entre la familia solariega, bíblica por la sencillez de las costumbres, como si por allí anduvieran Ruth y Noemi, y que renegaría de la civilización moderna si ella me apartara de aquellos bailes bajo el tala, de aquellos paseos y hasta de aquel garrote de membrillo del Coronel Dávila en reñida escaramuza con sus netezuelos.

Si mi hogar no fuera tan feliz cuanto cabe serlo en lo humano, si careciera de santuario y adoraciones íntimas ¡cuán envidioso estaría del payador del Capítulo XIII, dueño del corazón de la más criolla de las morochas! La misma lira griega que, al decir de Guido y Spano y Calixto Oyuelá, ha caído en mis manos de no sé dónde, no puede consolarme de la ausencia de aquella guitarra que el cantor abandona en las faldas de su prenda, y más cuando usted nos dice que la niña se entró a su rancho hiriendo las cuerdas con las puntas de los dedos "como llamando la canción ausente".

Hace usted bien de hablarnos más adelante, para alejar tentaciones pecaminosas, del batalloncito escolar vestido de azul y blanco, "que parecía una bandera desplegada", cantando el Himno bajo el sol de Mayo, que surge de la sierra Velazco y arroja al Famatina diadema digna de su frente; de entretenernos con la chaya o carnaval riojano; con el éxodo de todo un pueblo en busca de algarroba, charque de guanaco y plumas de avestruz; y de borrar hasta la posibilidad del idilio, describiendo con vigoroso realismo borracheras inauditas entre indios degenerados y mestizos peores.

*Empero, ni tantos ni tan originales cuadros, ni la pintura del Famatina, donde usted derrocha en formas, colores y luces cuanto la imaginación concibe y soporta la mirada, ni las escenas de la nieve en la aldea con el detalle de los niños y las aves entumecidas, ni los cuentos de mamá Leonita y su mitología de la montaña, ni la leyenda del Crespín, ni la delicada flor del aire, han dejado en mi espíritu la profunda impresión del Capítulo XIX: EL CÓNDOR.*

*Hacer del buitre de los Andes el símbolo de la patria no es imaginar nada nuevo para el arte americano; pero hacerlo como usted lo ha hecho, con inspiración tan potente, con sentimiento tan entrañable, con tan soberbia y trascendental grandeza, es crear definitivamente aquello que otros esbozaron, incluso el mismo Andrade en su NIDO DE CÓNDORES. Solemne, áspero a veces, como la voz de los antiguos profetas, ha retumbado en mi alma ese magnífico canto, a tiempo y con habilidad artística acallado cuando el símbolo deja de ser tal para trocarse en el buitre carnicero, harto de sangre y entrañas, y baja a ser realidad repugnante el que fué ideal glorioso en los cielos argentinos.*

*Hecho este elogio, que a algunos parecerá hiperbólico, pero que vive y arde en mi conciencia y es convicción en ella, voy a ocuparme de la obra de usted en conjunto y de la importancia que para mí tiene la novedad literaria de hablar entre nosotros de montañas sentidas desde la infancia, trepadas una y otra vez del valle a la cumbre, con accidentes propios, locales, inconfundibles.*

*Dos ilustres argentinos, Sarmiento y Andrade, nos han hablado de esos portentos, de cumbres y abismos, pero sin sentirlos individualmente, sin detenerse en sus peculiaridades, el primero porque aunque los vió, no supo amarlos o prefirió los llanos donde se desarrollaron las escenas dramáticas de CIVILIZACIÓN Y BARBARIE; y el segundo, Andrade, porque aunque es llamado con justicia el poeta de las cumbres, por la alteza de su vuelo, nunca llegó a ser poeta nacional, en el íntimo sentido de la frase. Así, quiso cantar a San Mar-*



*tín y cantó a Bolívar, o cualquier otro guerrero de su índole; intentó pintar los Andes, y dibujó el Monte Blanco, el Cenís o el Chimborazo, un monte cualquiera, pero ninguno especial, determinado.*

*Sienta mal al arte esa manera vaga de diseñar las formas, porque precisamente el arte vive de ellas, de lo individual, de lo observado con amor y expresado con entusiasmo. Andrade, por lo general, producía no sentida sino imaginativamente. Así se explica cómo queriendo pintar con grandilocuencia un nido de cóndores, empequeñeció la imagen colgándonos del peñasco andino un bonito nido de boyeros,*

*Que el viento de las cumbres balancea  
como un pendón flotante.*

*Esta falta de verdad o de honradez artística, es común en la literatura americana, y ha dañado y daña más de lo que pudiera creerse, nuestra producción literaria. Ejemplo (en cuanto a la naturaleza se refiere), el falsísimo TABARÉ de Zorrilla de San Martín. Si queremos tener arte propio, arte genuino, dejemos de lado semejantes mentiras, indignas de la belleza de nuestro suelo.*

*Como conozco en parte los Andes riojanos; como en compañía de usted mismo se me agigantó el alma y se me asustaron los ojos en presencia del Famatina, pintado en MIS MONTAÑAS con opulencia digna del coloso; como aunque en rápido viaje he visitado esas serranías, doy fe de que la obra de usted es sincera, de que sus bellezas no son atavíos retóricos, sino verdad verdadera, ofrecida por primera vez a la admiración de los hijos de la llanura.*

*Repito que en las letras nacionales MIS MONTAÑAS es la Musa bienvenida como portadora de elementos nuevos para un arte naciente y ya raquítrico, no por falta de savia juvenil (que nuestra Pampa bastaría para dársela vigorosa), sino por la maldita debilidad de la imitación europea, de que no nos curaremos fácilmente mientras el espíritu no arda en la llama fecunda del patriotismo.*



*Así, en el autor de LA TRADICIÓN NACIONAL, como en su última obra, aunque en ésta en menor grado, han hallado los críticos oficiosos cierto lujo o brillantez excesiva en el estilo, cierto relampagueo perjudicial al paisaje, cierta floración que oculta en demasía el verde de la planta; en una palabra, dicen de usted que es muy rico, y se alegran de ello, pero táchanle de pródigo y le censuran. Francamente, pienso que estos críticos tienen razón, y aún creo haber sido uno de ellos en nuestras tertulias íntimas. Esto de tacharlo a uno de rico o exuberante, me parece agradable tacha.*

*Con echar llave al tesoro o tomar la podadera a tiempo, asunto concluído.*

*Tendencia propia de quien no acierta a dar un paso sin ayuda ajena, es la de buscar a cada uno de nuestros escritores su maestro allende el Océano. A usted, como a todos, le han buscado su homónimo o congénere, pero no han dado con él, felizmente, aunque he oído enumerar, a propósito del estilo y tendencias de las obras de usted, cuanto escritor y escritorzuelo escribe actualmente en idioma extranjero (eso sí, no ha de ser en castellano), especialmente en francés.*

*En cuanto a este punto, pienso que las tendencias y estilo de usted son propios, personalísimos, pero si mucho me apuran los buscadores de modelos, pronunciaré, no sin vacilaciones, sólo dos nombres: Lamartine y Mistral.*

*Tiene usted, como Lamartine (sin que esto suponga comparación con el viejo maestro), amor a las blandicias del buen decir, cariño por la frase perfumada en mosqueta silvestre, bañada en el agua de los torrentes; y si no las supremas energías, un tanto artificiales de LOS GIRONDINOS, cierto rumor de despeñadero andino, cierto rebotar de peñasco en la falda granítica. Lamartine, por otra parte, era un pensador a su modo, y usted lo es también, aunque más sincero, quizá porque actúa en un medio menos apasionado y vario, o tal vez (y aquí puede estar la verdad) porque usted ama a su patria con intensidad mayor que el gran poeta francés amó la suya.*

*Esa pasión por la tierra argentina es la nota predominante en las obras de usted, y por esta sola condición, sin contar excelencias literarias, las pondría yo sobre el corazón como cosa digna de ser amada y aplaudida por todos.*

*He nombrado de paso al autor de MIREYA, conjuntamente con Lamartine, debido a que en LA TRADICIÓN NACIONAL, como en MIS MONTAÑAS, el recuerdo del poeta provenzal, seguramente sin que usted lo sospeche, me ha ocurrido con frecuencia. En LA TRADICIÓN, el diablo, la salamanca, las brujas y demás supersticiones criollas, tal como usted las evoca y pinta; y en MIS MONTAÑAS, la cosecha de la algarroba, los bailes y tipos populares, las ceremonias religiosas, los recuerdos de la epopeya, todo mezclado, nuevo, palpitante, me trae como reminiscencias del hermoso poema de Mistral.*

*No es que haya imitación, ni siquiera semejanza notable; es que, simplemente, la naturaleza es hija del mismo sol en la redondez de la tierra, y los artistas sinceros y de talento se dan la mano, aun sin sospecharlo, a través de todos los tiempos y distancias.*

*Basta con lo que dejo expresado para significar la estima en que tengo las obras de usted, especialmente la que es objeto de esta carta; y en cuanto a sus cualidades de escritor y a la importancia de su labor literaria, si LA TRADICIÓN NACIONAL fué equiparada por el general Mitre al FACUNDO de Sarmiento, creo que usted, por MIS MONTAÑAS, debe ser llamado el Echeverría de los Andes, ornando así con su flor del aire los cabellos de LA CAUTIVA.*

*De Vd. affmo. amigo,*

RAFAEL OBLIGADO.

**I**

**CUADROS DE LA MONTAÑA**



## CUADROS DE LA MONTAÑA

Buscando reposo, después de rudas fatigas, de esas que rinden el cuerpo y envenenan el alma, quise visitar las montañas de mi tierra natal, ya para renovar impresiones apenas esbozadas en un libro, ya para refrescar mi espíritu en presencia de los parajes donde transcurrió mi primera edad.

Los recuerdos de infancia, y la poesía de las regiones de portentosa belleza donde un tiempo se alzó el hogar de mis mayores, eran la fuente de los consuelos que yo anhelaba, en medio de esas luchas que sólo la historia describe y analiza, y en las cuales cada uno derrama, cuando no la sangre de sus venas, esa otra sangre invisible que filtra en el corazón, de heridas más hondas y dolorosas, abiertas por las injusticias de los hombres, los desencantos del patriotismo inexperto y las infidencias de las amistades prematuras.

Para eso, y para rendir este nuevo tributo al pueblo en que he nacido, pidiendo a la literatura patria un rincón humilde para estas páginas en que quiero reflejar su naturaleza y sus sencillas costumbres, emprendí con algunos amigos, en marzo de 1890, un viaje al interior de la Sierra de Velazco.

Esta anuncia ya con sus picos atrevidos, donde las nubes bajan a formar diademas, la gran cordillera de los Andes, Son esas montañas, inagotables a la observación. Cuando se ha creído conocerlas, nos sorprende el morador de sus valles con la relación de un monumento histórico o de la naturaleza, del hombre culto o del indígena extinguido. Sus huellas están frescas todavía en el suelo y en las costumbres, en la habi-

tación y en la fortaleza, en los usos y en los festivales de sus descendientes.

Rastros de los ejércitos de la conquista; restos de la tosca vivienda del misionero, a quien no arredraron las flechas ni los desiertos; muestras indestructibles del esfuerzo civilizador en la construcción de granito: todo esto se ve diariamente con la indiferencia estoica de otra raza que no la nuestra, en el camino tortuoso que abre paso hacia las comarcas donde se pone el sol. Enormes masas de piedra cuya altura aumenta a medida que se avanza, lo flanquean por ambos lados, y así, por largo espacio, parece aquella hendidura la selva que poblada de tan raras bestias, extravió al poeta de "El Infierno".

Allí la noche tiene lenguaje y tinieblas extraordinarios. El viajero marcha inconsciente sobre la mula por entre bosques de árboles gigantes y casi desnudos, que al aproximarse en la obscuridad se asemejan a espectros alineados que esperasen al caminante para detenerlo con sus manos espinosas. Se siente a su aproximación ese frío que inmoviliza y espeluzna, cuando con la imaginación excitada por el terror de lo desconocido, nos figuramos vagar entre los muertos.

¡Y qué soledad tan llena de ruidos extraños! ¡Qué armonía tan grandiosa la de aquel conjunto de sonidos aunados en la altura en la profunda noche! El torrente que salta entre las piedras, los gajos que se chocan entre sí, las hojas que silban, los millares de insectos que en el aire y en las grietas hablan su lenguaje peculiar, el viento que cruza estrechándose entre las gargantas y las peñas, las pisadas que resueñan a lo lejos, el estrépito de los derrumbaderos, los relinchos que el eco repite de cumbre en cumbre, los gritos del arriero que guía la piara entre las sombras densas, como protegido por genios invisibles, cantando una vidalita lastimera que interrumpe a cada instante el seco golpe de su guardamonte de cuero, y ese indescriptible, indescifrable, solemne gemido del viento en las regiones superiores, semejante a la

nota de un órgano que hubiera quedado resonando bajo la bóveda de un templo abandonado: todo eso se escucha en medio de esas montañas, es su lenguaje, es la manifestación de su alma henchida de poesía y de grandeza.

Esos músicos de la montaña, como artistas novicios, se ocultan para entonar sus cantos. La luz les oprime, les coarta, como si vieran un auditorio severo en los demás objetos que pueblan la selva; porque en las noches de luna, cuya claridad ilumina los huecos más recónditos, la escena cambia como movida por un maestro maravilloso.

Los acordes estruendosos, los crescendos colosales, los rugidos aterradores que surgen del fondo de las tinieblas, se convierten en la melodía dulcísima y suave, casi somnolienta, como si todos los seres que allí viven tuvieran miedo de turbar la serena marcha de esa sonámbula del espacio que desplegando blancos tules cruza sobre las montañas, las llanuras y los mares. Alzando los ojos a las cimas, pueden distinguirse, sobre el fondo límpido del cielo, los contornos caprichosos de las rocas, que ya figuran torreones o cúpulas ciclópeas, ya grupos de estatuas levantadas sobre tamaños pedestales.

La imaginación se puebla de idealizaciones sonrientes, suaviza las curvas del dorso granítico, da formas humanas a los rudos contornos de la piedra, ve deslizarse por las laderas, iluminadas como la tela de un cuadro, fantasmas de mujeres luminosas que pasan, como la novia de Hamlet deshojando coronas de flores silvestres; y aplícase el oído para percibir el canto melancólico perdido en las alturas. El torrente resplandece al quebrarse entre los peñascos, y los juegos de luz dejan ver las blandas ondulaciones de formas femeninas, como de mármoles diáfanos y animados, y aparecen y se desvanecen como visiones entre las grietas y los arbustos. Risas cadenciosas surgen de aquellos baños fantásticos, gritos infantiles, arrancados por el contacto de una hoja con la carne tersa y transparente de las vírgenes que juegan entre las espumas.

Hemos gozado los dos espectáculos de la sombra y de la luz, y la transición vale por sí misma la más sublime de las sensaciones. La caravana que al caer la tarde se internó bulliciosa en la garganta del monte, quedó sumida en profundo silencio cuando la noche veló los accidentes del camino; y entonces, alineados de uno en uno, caminábamos por entre la selva que desde entonces llamó la Selva Oscura. Luego, a medida que la luna va asomando sobre el horizonte, se ilumina de pronto la más alta de las sierras, y forma con las inferiores, sumergidas aún en la obscuridad, el más notable de los contrastes que ningún pincel podría trasladar al lienzo. Los abismos que costean la calzada dejan ver poco a poco sus senos profundos, hasta que la luz plena del cenit muestra muy abajo de nuestros pies, deslizándose en curvas indefinibles, el torrente que socava sin reposo la base del granito.

Marchamos largas horas por aquella quebrada estrecha, de vueltas interminables, en medio de las emociones más variadas, desde el temor supersticioso hasta la suave sensación de un sueño paradisíaco; y de súbito vimos abrirse ante nuestros ojos un ancho valle casi circular, a donde tienen acceso todas las vertientes de las serranías que lo circundan. El cielo se muestra en toda su plenitud y esplendidez, y como salidos de una galería subterránea, aspiramos con avidez el aire pleno, paseamos con loca libertad la mirada y nos lanzamos al galope, como escapados de una cárcel. Es el valle donde los calchaquíes tuvieron su fuerte avanzado sobre la llanura, el Pucurá, que corona un pico casi aislado en medio de la planicie, y situado de manera tan estratégica como pudiera imaginarla el más experto de los guerreros. Sobre aquella atalaya que domina los cuatro vientos, divisando a distancias inmensurables, he meditado tristemente sobre los destinos de las razas, sobre la evolución del espíritu humano tras de su porvenir desconocido, y he visto desplegarse, a través de sombras dolorosas, la bandera de mi patria en muy lejanas regiones...



**II**

**EL PUCARÁ**



## EL PUCARÁ

Garcilaso Inca, Montesinos, Herrera y Cieza de León, nos cuentan que los quichuas llevaron muy adelante el arte de las fortificaciones y calzadas, y el sabio Wiener ha hecho la luz plena sobre sus construcciones. Gloria es del gran Tupac Yupanqui, el unificador del imperio Tahuantinsuyo, el haber extendido sus armas y su cultura hasta estas remotas regiones, trayendo la conquista metódica y dejando en cada pueblo conquistado las señales imborrables de su dominio. Los Huacos eran sus centros estratégicos; los Pucaraes sus fortalezas inexpugnables. Ignoran los más ancianos de la comarca qué nombre tuvo éste, tan admirablemente elegido y fortificado; pero los restos existentes atestiguan que fué de los más perfectos.

Convergen a aquel valle, encerrado por un círculo de altísimas cumbres, cinco diferentes caminos por donde tenían acceso los pueblos del Occidente, del Norte, del Sud, del Este y del Sudeste. El cerro se levanta casi aislado y en forma cónica, perfecta a distancia; y desde la cima se divisan horizontes tan apartados, que puede verse con claridad todo indicio de aproximación de viajeros. Era imposible una sorpresa en tan magnífica atalaya. La nube de polvo, la repercusión del eco, el vuelo de las grandes aves y la rectitud de las quebradas, advierten a la guardia la proximidad del peligro: y ya se encuentra parapetada y lista para la defensa.

El camino hacia la cumbre está señalado por grupos de cinco piedras, colocadas a largos intervalos, y siempre en la misma disposición. A los dos tercios de la altura, una gruesa

*pirca*, o muralla de piedras superpuestas, pero levantada a plomo, rodea como un cinturón toda la extensión del macizo. Una caladura cuadrada facilita el paso, y otras más vastas, pero ocultas, dan salida a las crecientes de la altura. Siguiendo la difícil ascensión, aquella punta aguda, vista desde el llano, es ya una gran planicie en la cumbre, donde pueden permanecer cómodamente y combatir mil soldados, incluyendo los locales suficientes para las tiendas de los jefes, marcadas todavía por cimientos circulares, separadas unas de otras por cortos espacios y alineadas en el dorso del cerro.

Una muralla más alta y más gruesa que la inferior, tras la cual puede ocultarse hasta el cuello un hombre de pie, corona la cima en toda su longitud, como la *huincha* que sujetaba los cabellos de las mujeres indígenas y fué también el distintivo de los caciques. Tras de aquellas murallas se acumulaban montones de piedra para derrumbarlas sobre los invasores mientras llevaban el asalto, y ocultos casi por entero, lanzaban impunemente la lluvia de flechas y piedras, con la honda legendaria que arroja sus proyectiles con la fuerza de un arma de fuego.

Pero nada hay tan aterrador y atractivo a la vez como aquellas enormes rocas, lanzadas desde la cumbre por la ladera. Al desprenderse del quicio secular, se siente un raro estremecimiento de la base, como si se le arrancara un pedazo de entraña; y empujadas al abismo, dan las primeras vueltas con lentitud; pero apenas han encontrado el vacío y han chocado con otras enclavadas a mayor hondura, rebotan con fuerza extraordinaria, como expulsadas del fondo de un cráter, y van a caer más abajo, llevando pedazos de la montaña que derrumban a su vez, para rebotar de nuevo arrastrando a su paso los más robustos árboles y los cardones centenarios, hasta convertirse en un ventisquero de piedra que hace estremecer la comarca. Una densa polvareda cubre los senos del precipicio por largos instantes, y cuando el polvo se ha desvanecido y pueden distinguirse los objetos, no se encuentra sino una mezcla informe de árboles y fragmentos de rocas,

sepultados en el fondo del abismo. Y si se tiene en cuenta que esta operación era simultáneamente ejecutada por una centena de esos artilleros primitivos, sobre la atrevida legión que se dirige al asalto, ya se imaginará cuán terribles estragos sembraban en sus filas.

Este admirable Pucará, que hoy los naturales llaman “el corral de los incas”, sin darse cuenta de su verdadero objeto, es tal vez el modelo más perfecto que llegó a idear la estrategia de aquellos batalladores que disputaron su dominio hasta caer exterminados.

Su situación que lo oculta y lo defiende a la vez; sus escondidos senderos, la aspereza de las rocas y los árboles del camino que le da acceso; su posición en el centro de una serie de avenidas que buscan su única salida por ese valle, y la proximidad al Huaco y a la población indígena de Sana-gasta, —verdaderas avanzadas de la conquista incásica,— le dan a los ojos del observador la más alta importancia como elemento de criterio histórico, y para conocer por análisis todo el sistema militar de aquellos emperadores que supieron imponer su ley a los cuatro vientos (1).

No podía el invasor castellano poner en juego sus artes, en medio de aquella naturaleza erizada de peligros y generadora de fenómenos tan imponentes.

Cada curva del camino presenta una sorpresa, y su paso sigiloso es delatado por el huanaco que duerme rodeado de la tropilla tras de una roca; él da la señal de alarma, estentórea, estridente, aguda como un clarín guerrero; y su relincho es repetido a muy remotos valles, por el eco delator y sensible, aumentado y afinado a medida que la onda se aleja.

Es imposible el silencio; el eco de las montañas es la

---

(1) Casi un año después de escrita esta breve reseña, apareció en los *Anales del Museo de La Plata*, notable publicación que dirige el doctor don Francisco P. Moreno, un estudio de don Bernardo Lange con el título de *Las ruinas de la fortaleza de Pucará*. Con muy pequeñas diferencias pueden aplicarse sus descripciones, vistas, croquis, planos y detalles gráficos, al Pucará del cual nos ocupamos.

nota, la armonía que vive latente en su seno como en un arpa gigantesca; el aire que frota la peña enhiesta arranca el sonido musical; la falda vecina lo recoge con caricia, y robustecido lo despide a su vez; diríase que aquellas moles de ruda apariencia, a lo lejos semejantes a tormentas que se levantasen amenazadoras, negras, silenciosas, para estallar sobre nuestras cabezas, tuvieran un alma difundida por las grutas, los intersticios, las cuevas, los nidos y los árboles. El eco es su voz. El modula y expresa todos los tonos: el canto triste del pastor que habla a solas con la inmensidad, el ruido terrorífico de la mole desprendida de su quicio, los gritos destemplados del combate y los alardes estruendosos de la victoria.

Todo eso y cuanto en la creación tiene un sonido, se escucha y se sabe más allá, y más allá, de manera que no hay silencio tan inquieto como aquel solemne silencio de las montañas donde el vuelo de un ave alarma todos los nidos, las guaridas y las viviendas.

Encima de una cumbre solitaria, sin indicio de morada humana, y como nacido de la piedra, se ve un indio sentado, con la vista fija en el sol poniente, o por la noche en esas vagas claridades, que son como fosforescencias de la noche misma. De pronto se yergue para mirar con ojos de águila el fondo del abismo, o ya aplica el oído a las rocas como para escuchar un ruido subterráneo. Allí está, inmóvil, quemándose con el sol, azotándose con el viento, sobresaltado, nervioso, inquieto; la noche ha llegado, las estrellas comienzan a aparecer en el fondo obscuro como las hogueras en un campamento lejano, y el aire a traer consigo todos los rumores de la llanura y de la montaña. El indio se levanta de súbito, da un salto, inverosímil, hacia abajo, y otro salto y otro más, y haciendo rodar las piedras bajo las pisadas de la *usuta* invulnerable, se aleja por sendas desconocidas, en carrera fantástica como de espíritu siniestro.

Es el centinela avanzado a enormes distancias del campamento; tiene los secretos de la montaña, conoce la voz y

el significado de los ruidos que vagan de día y de noche, como extraviados entre las quebradas, y sabe correr por las laderas y los precipicios aun en medio de las tinieblas. ¡Ha escuchado el rumor que anuncia la aproximación del enemigo, y rápido como una flecha, por sendas sólo de él conocidas, corre al Pucará a dar la señal de alarma, la terrible señal, la de la esclavitud y la muerte de su raza!

Ya le esperaban ansiosos los caciques, apiñados en un balcón de granito que la naturaleza formó; ya le esperaban; sus pechos de piedra y sus músculos de fierro se agitan y se estremecen a la vez, con coraje y terror nunca sentidos; sus ojos brillan sobre el abismo lóbrego como si fueran de fieras, con destellos rojizos; sondean las quebradas, las laderas y las cumbres, hasta que un silbido lejano y agudo hiela sus carnes y arranca un rugido: —“¡El es! ¡es la señal!” —se dicen todos. El centinela ya vuelve, pero antes de llegar ha dado el terrible anuncio.

¡A las armas! ¡Es el último combate, es lo desconocido, es lo pavoroso! Pero ya están las trincheras repletas de soldados; montañas de proyectiles de granito, como las balas apiñadas al lado de un cañón, están dispuestas para rodar al fondo y detener el paso de los extraños enemigos, quienesquiera que sean. Estos nuevos titanes no escalarán la cumbre; allí está hirviendo el rayo fulminador de una raza heroica que defiende el hogar primitivo, las tumbas, los huesos venerados: antes la mole de piedra que les sustenta ha de convertirse en menudo polvo, sepultando sus cuerpos cubiertos de heridas!

Ya no es el combate de pueblos de una misma raza y nivel intelectual; ya no son las armas imperiales del Cuzco, ni es Ollantay, viniendo en son de guerra a sujetar en un cinto de blando acero todas las tierras del Sol; no, porque los pájaros agoreros han huído exhalando gritos siniestros, y el eco ha traído del occidente el estrépito de armas y voces desconocidas.

Cumpliéronse las antiguas profecías; aquel ídolo que

miraba al Océano y con el brazo derecho armado señalaba el Continente, era la expresión escultural de ese temor secreto que preocupaba a la nación quichua. De allí, de esa inmensidad de agua cuyos límites nadie conocía, debían venir grandes catástrofes para la patria: los sordos e interminables rugidos de las olas, que sin reposo venían a romperse en la costa, parecían anunciarles en todos los momentos que traerían algún día la nave conquistadora. Demasiado pronto se cumplieron tan terribles pronósticos. La unidad del Imperio no había concluído de cimentarse en los hábitos de los pueblos que formaban su masa; el sentimiento nacional recién nacido, fué ahogado cuando empezaba a ser una fuerza colectiva. Aquella raza, en tal momento histórico, sometida al yugo de la conquista, me recuerda una bella esclava comprada cuando se abre su alma a las seducciones de la vida, y su cuerpo virginal a las influencias físicas que le dotaban de gracia y de fuerza.

La lucha fué sangrienta, general y parcial: los ejércitos peleaban por el Imperio, los pueblos y las tribus por el pedazo de tierra donde nacieron y donde cavaron sus sagradas huacas, verdaderos templos subterráneos donde se encierran las cenizas paternas, la tradición de familia, la religión nacional, la idea aun informe del hogar que ha cimentado las sociedades modernas. Aquellas que poblaban las montañas de La Rioja, ramas de la gran familia calchaquí, la indomable, la última que rindió sus armas, concurrían a la defensa común parapetadas en el suelo nativo; pero no las rindió a la fuerza, sino al Evangelio. Dejó su patria terrena por la celeste, prometida por Solano y San Nicolás, su patrono desde entonces, el que salvó la ciudad de Todos los Santos, el que realizó la fusión del indígena y el europeo, padre de la raza criolla que fundó con sangre la nación del presente.

Aquella noche funesta presenció en las cumbres del Pucará, o fuerte Calchaquí, la más trágica de las escenas. La muerte corría del llano a la cumbre y de la cumbre al llano. Los fieros defensores lanzaron al encuentro de los invasores



todas sus flechas; las grandes rocas rodaban con estrépito, estremeciendo los cerros vecinos, sembrando su paso de cadáveres; pero también rodaban al fondo de las quebradas los cuerpos exánimes de los héroes nativos. El Huaco estaba distante: volaron mensajeros por medio de las selvas, pero los enemigos eran muchos y usaban armas que herían de muy lejos. El alba apareció lentamente, pero sólo iluminó despojos de una y otra parte. Nadie ha vencido, pero no hay combatientes; sólo algunos sostienen todavía las armas en el llano. Los del fuerte de piedra corrieron sin ser vistos a su gran campamento del Huaco. La guerra quedó empeñada a muerte; cada día un combate, una inmolación, un sacrificio en honor de los dioses indígenas. Sólo la palabra de un hombre inspirado, y el ejemplo de muchos mártires, pudieron desarmar aquel brazo nunca rendido a la fuerza. Los misioneros plantaron la cruz en lo más alto de esas cumbres donde habita el cóndor. Reinó la paz, y hoy las comarcas andinas presentan el más seductor aspecto, con sus templos sencillos, sus costumbres religiosas, donde en consorcio curioso se mezcla la fe católica con los ritos nativos, pero flatando siempre encima de todo la idea que llevó al Calvario al Hijo del Hombre.



### **III**

## **COSTUMBRES CAMPESINAS**



## COSTUMBRES CAMPESINAS

Era en aquellos días cuando los habitantes de Sanagasta, —villa de origen indígena que aun cuenta sus genealogías por nombres propios,— celebraban una ceremonia que debo describir para llenar estos cuadros. Descansábamos a la sombra de un sauce gigantesco, a cuyo pie surgía en borbotones, del fondo de la tierra, por entre pajonales y berros un arroyo cristalino, cuando escuchamos el rumor de una cabalgata que se acercaba al son de una música criolla compuesta de un violín, de un triángulo y una caja de sonidos roncós, acompasados e interrumpidos por los accidentes del camino. Venían los músicos seguidos de una multitud de hombres, mujeres y niños, todos vestidos de domingo, los hombres con chaquetas blancas y almidonadas, dejando ver por debajo del sombrero la *huincha* de seda punzó. Ensillaban con las monturas de gala, con caronas esquinadas de charol reluciente y riendas chapeadas de plata.

Las mujeres ostentan polleras de colores vivos y grandes mantos de espumilla de largos flecos, que dejan ondular con gracia sobre las espaldas; llevan sombreros de paja adornados con cintas que flotan al aire, y sus rostros cubiertos al estilo musulmán para resguardarlos del sol abrasador. Todos ríen y cantan, se galantean y se divierten, mientras al compás de la música que marcha a la cabeza, hacen el largo camino por entre las quebradas que dan acceso al llano y a la ciudad.

Delante, montado en un asno, camina un hombre, llevando en la cabecera de su recado una imagen de la Virgen, rosada y sonriente, adornada con profusión de seda y oro, y su coronita de plata despide vivos reflejos, mientras se mueve

encima de la cabellera crespa y rubia. Es el día de la visita anual con motivo de los sufrimientos de su Hijo, allá en la ciudad donde sufren los que redimen, donde imperan los escribas y los fariseos, donde ya se ha dado la sentencia que ha de llevarle al Calvario. Es la Semana Santa, y la Madre de Dios va a acompañarle al sacrificio. La población de cinco leguas a la redonda de la aldea, la sigue en su peregrinación. ¡Es tan querida aquella imagen, tan buena y tan milagrosa! Los demás se han quedado a la salida del pueblo, apiñados, mirándola partir; y después se vuelven a sus casuchas de barro y a su huerto con álamos y cepas generosas, a esperar contritos la vuelta al templo de la Virgen viajera a la Jerusalém impía.

Y allí, contentos pero respetuosos, haciendo repercutir sus cantos, rezos y músicas, reanimando las desiertas faldas y las sombrías grutas de la montaña, se encaminan en procesión los humildes aldeanos que gozan cuando creen, sin saber por qué; que no abrieron nunca otro libro sino ese de páginas de granito, eternamente abierto ante sus ojos; pero libro que habla, que canta, que llora y que ríe, con lenguaje, sonidos, lamentos y risas intraducibles en las artes humanas. Conjunto gracioso forman aquellos trajes blancos, encarnados, celestes y amarillos de las mujeres, las cintas ondulantes y las alfombras vistosas que les sirven de manta sobre las ancas de las cabalgaduras. Y los tristes gemidos del violín rústico, los golpeos timbrados del triángulo y los ecos casi fúnebres de la caja, consagrada a aquella imagen por el piadoso y ferviente Panta que se marchó a la guerra, —ya voy a contar la historia,— se internan en la quebrada, se pierden dentro de los talas, los algarrobos y los viscos, que le forman techumbre, y se alejan y se apagan lentamente hasta perderse. Ya pasaron, pero queda mi espíritu pensativo, mi oído arrullado por la armonía sencilla, mis ojos los siguen aún y mi semblante expresa la más tierna, la más conmovedora, la más serena de las impresiones.

Hay que ver una vez en la vida esas costumbres inocen-

tes, saturadas de una fe inofensiva y de un encanto inefable, que se desarrollan en los términos lejanos de la patria. Allí vive, allí surge perenne la fuente de las grandes creaciones, de la virtud sin cálculo, del sentimiento argentino nacido de la tierra, que vibra en sus vientos cadenciosos, que canta con la gracia de sus aves nativas, que vuela con la solemnidad de sus cóndores, que sueña con sus torrentes, que lucha con la fuerza de sus fieras, que mira a la región serena de los astros desde la punta inaccesible de sus cumbres... Sí, hay que verlas una vez para consolarnos de los dolores del presente, y para saber que nuestra tierra tiene todas las majestades, todos los esplendores, todas las bellezas creadas. Allí están la historia y los elementos ignorados del grave problema nacional, no abordado todavía; flotan en todo el territorio vagando sin concierto, porque ningún pensamiento los ha recogido y les ha dado la forma visible de la obra duradera. Leyes, religión, poemas e historia, se ciernen en confusión, difusos, perdidos, errantes; y sus elementos atómicos, sus principios y sus fórmulas, van borrándose con la invasión desordenada de lo externo, de lo ajeno, de lo exótico, constituyendo un progreso institucional extraño a nuestra naturaleza, que no tiene nuestra savia y nuestro aliento vitales.

Sigo mi viaje por un ancho camino bordado de selvas seculares, por un valle espacioso abierto de pronto a la salida de aquel paraje histórico. Allí parece haber surgido un pedazo de la naturaleza de los llanos del oriente, con su vegetación corpulenta pero descarnada, su suelo arenoso y seco, sus vientos y remolinos de polvo que, como trombas marinas, unen el cielo y la tierra en espirales movibles. Seguimos la ruta que lleva al Huaco, y debemos pasar por el pueblo de Sanagasta. Ya se ven las puntas de los álamos, se siente el perfume de los viñedos y la brisa fresca de los sembrados y de los manantiales. El valle se cierra a la entrada de otra garganta estrecha y tortuosa, y allí, a sus puertas, expuesta a las avenidas, se asienta la población que sirve a la ciudad de refugio veraniego. Una larga calle, poblada de viviendas

y de quintas, sombreada por sauces llorones y álamos de aguda copa, por entre cuyos claros se ve colgar de los parrones tupidos los racimos de extraordinario tamaño y variado color, atraviesa toda su extensión y termina en la plaza. Al poniente la limita la montaña, y al pie de ésta, como un castillo que hubiera construído un niño para sus juguetes, se levanta solitaria, aislada, humilde, la iglesia del pueblo; a su lado, y apenas visible, tiene el campanario primitivo; a su espalda el pequeño cementerio, de pobreza incomparable, donde nunca se interrumpe el silencio y donde casi todos los que en él yacen nacieron también dentro de ese valle pintoresco. La cima del monte se levanta al fondo, y allá arriba giran en círculos repetidos e interminables centenares de cuervos que, como Tántalo, viven ansiando incesantemente el despojo de aquellas pobres tumbas, sin saber que otros vivientes subterráneos los devoraron frescos... y graznan siniestros, lúgubres, hambrientos, día y noche sobre las rocas áridas.

Quiero aquí consignar un recuerdo para un soldado meritorio, cubierto de heridas y de medallas, que me acompañó como un fiel amigo. Ganó el grado de sargento sirviendo a la patria, siempre ausente del hogar de sus padres, y volvió inválido pero con gloria al suelo nativo. Descansábamos a la sombra de un sauce, en una casa del pueblo; el soldado había salido a buscar a sus parientes y amigos, cuando de pronto llega hasta mí una mujer despavorida diciendo: —“El sargento Romero acaba de caer accidentado en medio de la calle”. Corrí a recoger su último voto, creyendo en su fin, que él esperaba; le hallé ya inmóvil, rígido, los ojos abiertos y el semblante medio sonriente todavía... Todos lo conocían; hacía muchísimos años que había marchado a servir en el ejército, y era aquella la primera vez que volvía al pueblo de su nacimiento después de tan larga ausencia. Vino a morir solamente, y a dejar los huesos fatigados en el pobre cementerio donde reposan sus mayores. ¡Duerme en paz, valiente soldado, escondiendo tus heridas gloriosas en el más ignorado rincón de la tierra argentina!...



**IV**

**EL INDIO PANTA**



## EL INDIO PANTA

Este triste episodio, que llenó de sombras mi espíritu, me recuerda que debo una historia, la del indio Panta, el tambor de las fiestas religiosas, el indispensable músico de gatos y zamacuecas en los bailes criollos, el bebedor invencible, el trasnochador sin rival, que lo mismo marchaba contrito al lado de la imagen de la Virgen en los días solemnes, como se pasaba la noche de claro en claro repicando zapateos y gritando “¡aro!” para que la niña de pies ligeros y el mozo de espuela chillona, diesen la graciosa media vuelta revoleando los pañuelos sobre sus cabezas.

Era infatigable el indio Panta, y no se concebía sin él una parranda, ni se divertían sus vecinos sin que él fuese el alma de la fiesta; su tambor es legendario, y hoy, como un veterano, todavía redobla y resuena vigoroso, pero no ya al golpe de sus manos curtidas, sino de sus herederos, que no tienen la gracia, ni el aire gallardo, ni las coplas saladas, ni las morisquetas con que, a modo de variaciones, alteraba la monotonía de la música del baile, y que las parejas se empeñaban en ejecutar con los pies, la niña levantándose el vestido hasta dejar ver sus movimientos ágiles, y el mozo deshaciéndose en figuras y en dobleces, siempre dentro del compás de la danza.

Predominaba en él la sangre indígena; lo decían los cabellos ensortijados, la piel negra y lustrosa, la frente chata y los pómulos salientes como las rocas de sus cerros, los dientes blancos como marfil y la barba escasa, semejante a un campo de trigo diesmado por la sequía.

Era, pues, de esa raza criolla que tuvo en sus manos

y salvó la libertad de su suelo; que oía la llamada general para correr a alistarse sin rezongos ni escondrijos inútiles; que iba a la pelea como a una fiesta, y obedecía en silencio, aunque se le mandara sablear como granadero de Maipo, o asaltar una fortaleza como en Curupaytí. Nacido para la fatiga, se vengaba bien cuando podía, cuando imperaba la paz, cuando las guerras civiles con sus montoneros, colorados y laguneros, dejaban tranquila la provincia; entonces llegaba a la aldea, jinete sobre la mula patria robada con buen derecho, de la partida, y apeándose en el patio del rancho, —adonde ya le seguían en procesión los vecinos, a la novedad y al festejo de su vuelta con salud, y como si nada hubiera pasado,— les invitaba para el baile, preguntaba de su caja, si no se la habían manoseado mucho, hacía cariños a los muchachos y a las chinitas del pueblo, y abrazaba emocionado a sus viejos amigos.

—“Ya ha vuelto Panta”,— se decía de boca en boca, y las muchachas empezaban a prepararse de prisa para los bailes que comenzarían de seguro. Era su humor inagotable, y él solo valía la felicidad del pueblo, que supo mantener entre músicas y jaranas, hasta que un día llegó una compañía de línea y plantó en la ciudad bandera de enganche. Corrió la voz por las poblaciones de la montaña, de que la Nación se hallaba empeñada en una guerra grande y que llamaba a sus buenos hijos a empuñar las armas y seguir su bandera contra el enemigo. El indio Panta lo supo y se puso triste; no era ya la guerrilla casera donde como quiera se salva y está siempre cerca del hogar; era lejos, muy lejos donde debía partir, quizá para no volver, pero una voz interior le mandaba obedecer aquel llamamiento y se resolvió como siempre, sin la menor vacilación, a marchar en busca del peligro.

Una tarde se reunió con los amigos y mujeres de la aldea, y les dijo: —“Me voy a la guerra, la patria nos llama, los voy a dejar”. Y sin oír ruegos ni razones, tomó el tambor querido, compañero de alegrías y de devociones, y se fué a

la iglesia seguido por todos. Se puso de rodillas delante del altar de la Virgen, y con voz ahogada por los sollozos, le ofreció como ofrenda la caja construída por él mismo, y que era su segunda vida. —“Adiós, Madre mía, —gimió,— si no vuelvo será señal de que habré muerto por mi patria!” Salió de la iglesia enjugándose las lágrimas, pero su semblante irradiaba esa luz propia de las decisiones inquebrantables; y luego, como arrepentido de ese sentimiento, empezó a decir bromas que sabían a despedida triste, y a prometer para la vuelta las grandes fiestas, los casamientos y las procesiones, porque quería costear con sus sueldos una función de agradecimiento a la Virgen, si le sacaba salvo de aquella aventura, —“la última de mi vida, porque ya me voy haciendo viejo”,— decía sonriendo.

Ensilló su mula patria, dió un abrazo a todos, y diciendo “¡adiós, hermanos!” tomó el camino de la ciudad. Los aldeanos se quedaron apiñados en el camino, mirándolo alejarse, con los ojos humedecidos por el llanto; y un indio anciano exclamó en voz baja y temblorosa, emprendiendo la vuelta: —“Pobre Panta, ya no volverá”.— Y Panta no volvió hasta ahora, porque dejó sus huesos, como tantos héroes ignorados, en frente de las fortalezas del Paraguay.

Allí quedó la caja, depositada a los pies de la imagen venerada, como la ofrenda del patriota, que en medio de su ignorancia tenía la intuición de los deberes cívicos, y como fuerza fatal le impelían al combate. Era la sangre guerrera que clamaba al través de esa ruda corteza indígena, como en el corazón del algarrobo secular se escucha el susurro del insecto que tiene en él la vivienda. El indio Panta ya no vuelve, pero su sombra ha cruzado muchas veces en las noches de luna por la placita del pueblo, ha entrado en la iglesia donde el tambor conserva su memoria y el recuerdo de su devoción sincera, y por mucho tiempo sus paisanos guardaron su duelo, rezando siempre, a la hora triste del crepúsculo, un padrenuestro por el alma heroica del soldado que murió por la patria.



V

**LA VIDALITA MONTAÑESA**





## LA VIDALITA MONTAÑESA

He dicho alguna vez que las músicas de los montañeses tienen una tristeza profunda; sus cantos son quejas lastimeras de amores desgraciados, de deseos no satisfechos, de anhelos indefinidos que se traducen en endechas tan sentidas como primitiva es su expresión. Las noches se pueblan de esos cantares oídos a largas distancias, acompañados por el tamborcito que sostienen con la mano izquierda, mientras con la derecha golpean el parche, arrancándole ecos como de gemidos lúgubres. Es la vidalita provinciana en la que el gaucho enamorado, de inspiración natural y fecunda, traduce las vagas sensaciones despertadas en su alma por la constante lucha de la vida, la influencia de los llanos solitarios, de las montañas invencibles y el fuego salvaje de su sangre tropical.

Me he adormecido muchas veces al rumor de esos cantos lejanos que parecen descender de las alturas, como despedidas dolientes de una raza que se pierde, ignorada, inculta, olvidada, y se refugia en medio de las peñas como en último baluarte, repudiada por una civilización que no tiene para ella ocupación activa. Desterrada dentro de la patria, se esfuerza por volver al seno de la naturaleza que la vió nacer; y las horas mortales de su abandono, girando eternamente como los astros, engendran en sus hijos esa íntima tristeza reflejada en los ojos negros, en las creaciones de su fantasía y en los tonos y sentido de sus canciones.

Fatigados de luchar en vano con la selva centenaria, con la roca impenetrable y con la tierra estéril, abandonan su

energía a las sensaciones físicas que adormecen y matan la actividad psicológica; o concentrados en sí mismos, van ahondando ese ignoto pesar que forma el fondo de sus concepciones poéticas. La vidalita de los Andes es el yaraví primitivo, es el triste de la pampa de Santos Vega, es la trova doliente de todos los pueblos que aun conservan la savia de la tierra; la canta el pastor en el bosque, el campero en las faldas de los cerros, el labrador que guía la yunta de bueyes bajo los rayos del sol, la mujer que maneja el telar, el niño que juega en las arenas del arroyo y el arriero impasible que atraviesa la llanura desolada.

La vidalita tiene su escenario y sus espectadores; es todo un rasgo distintivo de aquellas costumbres casi indígenas, y como el canto de ciertas aves, aparece en la estación propicia. Es cuando los bosques de algarrobos comienzan a despedir sus frutos amarillos de excitante sabor, y cuando el *coyoyo*, de largo y monótono grito, adormece los desiertos valles y los llanos interiores. Entonces ya se comienza a descolgar del clavo los tambores que durmieron un año, cubiertos de polvo, bajo el techo del rancho de *quincha*; se buscan cintas para adornarlos, se pone en tensión la piel sonora y se invita a los vecinos, los compañeros de siempre, para las serenatas, allí donde ya se tiene preparada la aloja espumante, y donde concurren las muchachas engalanadas y donosas como los árboles nuevos. Ya llega el grupo de cantores, anunciando con suaves sonidos, como a manera de saludo, que van a cantar en su puerta. El tambor bate entonces el acompañamiento, y los dúos quejumbrosos hienden el aire sereno de las noches de estío.

Escucharlos de lejos, es gozar de la impresión perfecta; porque la escena prosaica, el conjunto grosero formado en derredor, y la cercanía de aquellas voces rudas pero intensas, destruyen el encanto que la distancia sólo crea, como la más admirable orquesta se convierte en un estruendo que ensordece, si el observador se sitúa en medio de ella. El espacio purifica los sonidos, les separa lo tosco y lo áspero para tras-

mitir la esencia, la nota limpia, el tono simple, la melodía aérea que vuela sobre la onda liviana, dejando percibir las palabras de la dulce poesía campesina por encima de los árboles y las rocas. Le prestan ayuda el silencio de los valles, la repercusión lejana del eco, y esa arrobadora influencia de las noches solemnes, en medio de la naturaleza solitaria. Todo allí es armónico y de efectos combinados: la música es un accidente de la tierra misma, es la expresión de su vida, es una vibración de su espíritu. Por eso la impresión de la belleza resulta del sitio y de la hora aparentes, del aspecto del cielo que invita a idealizar con aquellos astros como llamas, cuyos movimientos parecen más vivos, y con las mil voces ocultas que parecen un coro lejano de aquel canto.

Hay en el alma de aquellos poetas un veneno lento que va obscureciéndoles la vida, nublando sus concepciones, y hace que a medida que dilatan su canción, vaya siendo más dolorida y sollozante; y se ha visto alguna vez un cantor que, en medio de su trova, la suspendía para sentarse a llorar desesperado; preguntadle por qué: él no lo sabe, pero siente ansias de llorar; asoman las lágrimas y corren por la mejilla tostada ahogando la voz robusta. Por eso cuando empieza la extraña serenata, bebe con desenfreno el fermentado líquido de la velada, porque la música despierta los sentimientos dormidos que asoman con llanto y le incitan a la embriaguez.

Un poeta nacional ha sentido estos dolores íntimos del corazón argentino, y ha dado en versos de fuego la causa general de esta ansia febril de embriagar los sentidos, que devora a nuestros gauchos:

*Bebo porque en el fondo de mí mismo  
Tengo algo que matar o adormecer; (1)*

y es ese algo desconocido, no analizado, lo que por sí sólo llevaría al filósofo a descubrimientos sorprendentes. Pero analizarlo es perderse en una noche sin estrellas, internarse

---

(1) JOAQUÍN CASTELLANOS, *El borracho*.

en una gruta sin fondo. ¿Quién podría encontrar la entrada misteriosa de aquel mundo que sólo en rugidos de coraje, en lamentos de pena, o en cantos báquicos se manifiesta, y se llama el alma del gaucho? ¿Qué disector maravilloso podría percibir las fibras que llevan a aquel oscuro laberinto donde tan raros fenómenos se presienten? No; no turbemos su quietud y su inconsciente dolor, y oigamos en las noches de luna, con los ojos cerrados, medio adormecidos, la armonía errante de su vidalita desgarradora, perdida en los senos ignotos de las montañas; contemplemos la obra, sin estudiar al artista; dejemos al filósofo investigando la fuente misteriosa de esas *lacrimæ rerum*, y sigamos con el poeta nuestra peregrinación por los reinos de la belleza. Tiempo hay en la vida para acariciar las ideas que nos hacen sufrir... Pasemos, pues.

**VI**

**EL HUACO**



## EL HUACO

El paisaje. — El negro esclavo. — Las novenas de San Isidro. — Escenas y recuerdos de infancia.

Salí de aquel valle delicioso para volver a sumergirme en las hondas cortaduras de la sierra, siguiendo el tortuoso camino que conduce al Huaco. Llevaba un cúmulo de impresiones, melancólicas las unas y saturadas de dulce poesía, pintorescas y alegres las otras que continuaban sonriendo en mi memoria. Un torrente nacido en cima ignorada, se cruza muchas veces bajo nuestros pasos, como una serpiente doméstica que retozara al tibio sol del invierno. Rectas son ya las paredes del granito y su altura y proximidad no dejan penetrar en el fondo sino los rayos del sol en el cenit. Gustavo Doré las ha retratado de mano maestra: se cree a cada momento encontrar el gigante que entre sus manos nervudas nos va a levantar a las cumbres donde brilla la luz plena. Para verlas, hay que mirar al punto más alto del cielo. Diríase que caminamos bajo una inmensa y maciza bóveda, cuyos arcos no hubieran todavía alcanzado a unirse en el punto céntrico, y donde la voz aprisionada se repite y se refleja sin encontrar salida. Mirando hacia las puntas de los macizos, se distingue muchas veces una roca suspendida en el espacio, como esperando nuestra llegada para desencajarse y rodar sobre nosotros. Se siente como un vértigo extraño que desvanece los sentidos, y como una presión en el cerebro, al imaginar solamente que aquella mole va a desprenderse o viene cayendo.

Así marchamos algunas horas, y como si asistiésemos a

un nuevo *fiat*, volvemos al fin a contemplar el horizonte. Era ya el del inmenso valle circuscrito aún por altas serranías y que se llama el Huaco. Es una cavidad inmensa, donde todas las sierras lejanas depositan sus aguas en la estación lluviosa. Centro estratégico de la conquista incásica, aquella comarca fué más tarde el teatro de sucesos sangrientos, aunque ignorados, y de escenas conmovedoras durante la predicación del Evangelio. Los jesuítas plantaron allí por largos años la cruz solitaria de la misión civilizadora, y dejaron los rastros imperecederos de su paso, en las creencias, en las supersticiones, en las costumbres de los moradores, en los campos que cultivaron y en los altares construídos para sus imágenes, viajeras por todos los climas del mundo.

Cuando he visto a la distancia el techo de la casa paterna, edificada de rústico adobe encima de una colina, y el grupo verdinegro de los álamos que renovaron mis abuelos; cuando he recordado la historia sombría de los primeros años de mi vida, transcurridos en medio de las peregrinaciones de mis padres, perseguidos por la cuchilla y la lanza de los bárbaros en la época dolorosa de nuestra anarquía; cuando la primera ráfaga de aire vino a mi encuentro desde aquel humilde caserío, sentí anudarse mi garganta y humedecerse mis ojos; y apartándome de mis compañeros, fuí a ocultar mis emociones a la sombra de un añoso tala que arrastraba por el suelo su ramaje tupido.

¿Debo contar esa historia en estas páginas, destinadas sólo a despertar amor o simpatía por mi tierra natal? ¿Por qué no? Aquellos parajes memorables para mí y para mi provincia, guardan el secreto de muchos acontecimientos que enlutaron los hogares en tiempos nefastos, y siempre la desgracia ilumina la historia, como la hoguera del incendio deja ver el fondo tenebroso de los bosques donde se guarecen las fieras... No quiero proyectar luz mentida sobre el nombre de mis antepasados, pero sí contar los infortunios comunes a todos los argentinos.

Restos dispersos de la soldadesca torpe que fué la cu-



chilla de Rosas, las hordas sin ley y sin disciplina, sin más vínculo que la ferocidad de su jefe selvático, invadían las ciudades y los albergues, donde las familias cultas iban a buscar refugio y consuelo, ya en el fondo del desierto, ya en el seno de las montañas. Pero había una estrella maléfica que guiaba los pasos y alumbraba los senderos de aquellas turbas sabáticas, ebrias de sangre y de botín. Las anunciaba la nube de polvo rojizo y el tropel de sus caballos de pelea, la fuga despavorida de las aves y de los ganados, el estruendo de sus armas indicando una inmolación, al resplandor del incendio del rancho humilde, o de la pequeña parva de trigo que cosecharon para el sustento los pobres campesinos.

Eran los miembros palpitantes desparramados en toda la República, del monstruo despedazado por el cañón de Caseros, que se revolvían aún amenazantes en las últimas pero terribles contorsiones, como los fragmentos de la serpiente rota por el puñal del campesino. Resistían todavía con esfuerzos supremos, a la ola de la cultura naciente, luchando en desorden con esa estrategia nativa que en los grandes días de la Independencia, hizo invencibles las guerrillas de Güemes y las vanguardias de Arenales; ¡ah, pero no era ya para detener las marchas triunfales del enemigo común, sino para caer como tropillas de tigres dispersados por el incendio de sus selvas, sobre las aldeas y las moradas indefensas, donde las mujeres y los ancianos que han quedado llorando a los queridos muertos, tenían que perecer en los umbrales de sus hogares, defendiendo ellos también el sagrado de las virtudes domésticas!

Mi padre y otros patriotas de la provincia, descendientes de las más distinguidas familias que pudieron escapar a las hordas de Facundo, trasmontando los Andes en 1828, eran el blanco, la presa codiciada de las turbas desenfrenadas. Unos volvieron a Chile de nuevo, otros se asilaron en las provincias vecinas, y los más infortunados tuvieron que caer exánimes bajo el cuchillo mortífero. Mi familia, huyendo de las agitaciones diarias de la sociedad y de los centros popu-

losos, fué a buscar descanso en aquella morada señorial, sin sospechar que hasta allí llegaría el odio de los bárbaros.

No teníamos más custodia que los negros criados en la casa, descendientes de los antiguos esclavos, quienes por gratitud a la libertad que se les dió en homenaje a la revolución de 1810, se esclavizaron más por el amor a sus antiguos amos, hasta dar la vida por defenderlos.

¡Oh, ya se extinguieron esos tipos de la lealtad a muerte, nacida de la comunidad del sufrimiento entre señores y criados, en cuyas relaciones más parecía obrar el vínculo del amor que el de la servidumbre! Allí se conserva la tradición del negro Joaquín, esclavo de mi bisabuelo, que se ponía quejoso cuando se le prohibía servir la brasa en la palma de la mano, donde la sostenía sin el menor dolor, porque las faenas del campo le habían encallecido la piel. Y era, sin embargo, un hombre libre que pagaba con abnegación el cariño acendrado de sus amos, quienes le llamaban "Tata". En sus brazos se criaron mi abuelo, mi padre y mis tíos; él les enseñó a montar a caballo, enjaezándolo primorosamente con monturitas a la moda criolla; él los entretenía por las tardes, en los paseos por las faldas pintorescas o por los arroyos silenciosos de las sierras cercanas; él les trenzaba lacitos para que aprendieran a *pealar* en la yerra como verdaderos gauchos, asimilándolos a la vida campesina, y se los prendía al costado del apero, mostrándoles también el arte difícil de enlazar de a caballo en el plano y en el cerro empinado; él les enseñó a no tener miedo a los difuntos ni a los vivos, llevándolos a largas expediciones a pasar la noche, al raso, durmiendo sobre el suelo en el fondo de una quebrada oscura, donde se decía que bajaba el diablo y donde las brujas celebraban sus fiestas espeluznantes.

Era el negro Joaquín el maestro de una educación vigorosa, sana y varonil, de que era él mismo la mejor prueba con su estatura gigantesca, sus brazos como un gajo de algarrobo, sus manos como enguantadas de acero y sus piernas como columnas de granito; y así también aquella

armadura inquebrantable se animaba con un alma pura, llena de virtudes y capaz de las emociones más suaves. Como los indios de la comarca cuentan su historia por las edades del árbol más viejo, así el negro trasmitía de hijos a nietos la tradición de la familia; y en sus lecciones experimentales, solía sellar, con el ejemplo de los antepasados, la moral de sus sencillas pero santas doctrinas. Era el geógrafo que tiene el mapa local en la retina, el historiador de buena fe que conserva con amor los anales caseros, el filósofo de observación y de creencia sincera. En aquella aldea no había más escuela en las familias que la de la tía o la de la hermana mayor, provistas de omnímodos poderes sobre todos los niños de la casa y de los ranchos vecinos. Joaquín no sabía leer, pero poseía la ciencia de la vida y la educación adquirida en el trato prolongado con la gente culta; su inteligencia destellaba claridades de relámpago y esparcía influencias vivificantes, como esa frescura que viene de los valles montañosos donde crecen los árboles corpulentos, donde brotan las aguas tranquilas y se mecen las aguas salvajes saturando el ambiente de perfumes. Patriarca de la aldea y de algunas leguas alrededor, era al mismo tiempo consejero y juez de las peticiones familiares de sus paisanos, quienes lo revistieron de una autoridad de la cual nunca hubieron de arrepentirse.

Llegaban los novenarios de San Isidro, el labrador celestial, y el cura no venía a asistir a sus fieles: era el negro viejo quien asumía la dignidad eclesiástica, y con puntualidad asombrosa dirigía los rezos de la multitud. ¡Oh, cuadro sublime aquel, que he visto reproducirse todavía muchos años más tarde, bajo el patrocinio de mi familia, refugiada en la vieja estancia! Quiero pintarlo porque lo veo aún, iluminado por mis dolorosos recuerdos y los sueños indelebles de mi primera edad.

Allí está la capillita de adobe crudo y alero de paja, de gruesas paredes, donde anidan las palomas silvestres y cuelgan sus panales las abejas, levantada sobre el extremo de una

colina, mirando al norte; la puerta de madera medio pulida, encaja en un grueso marco grabado, de líneas curvas que parecen enroscarse en su derredor como una hiedra petrificada que hubiera perdido las hojas, y en cuya parte superior se lee esta fecha —1664— en el centro de un curioso arabesco de matemática regularidad. Un grupo de algarrobos frondosos, que parecen haberse renovado muchas veces, presta sombra al atrio diminuto; y a su frente se extienden las viñas y alfalfares que embalsaman el aire.

El interior impone al espíritu un recogimiento profundo: le recuerda los primeros templos cristianos, levantados en el corazón de los bosques germánicos y en medio de las persecuciones de los emperadores. El altar es de una extrema sencillez; sólo hay sitio en él para una imagen y para el oficio sagrado; restos de columnas de madera que parecen haber sido doradas, se levantan todavía, dando idea de la arquitectura de aquél pequeño palacio destinado a contener el *sancta sanctorum*, y las imágenes del culto y de las misiones jesuíticas.

Suspendida en alto, de la muralla, respetada por los siglos, muda, descolorida, agrietada, se yergue la cátedra, encima de un conjunto de escombros informes, como enseñando que en medio del torbellino de las razas, del derrumbamiento de sus obras, de la destrucción del mundo, quedará siempre vibrando en el fondo del caos la palabra que crea, que destruye, que fulgura, que diviniza. Ella, como la luz, irradia en todos los rincones de la tierra; y también allí, en el seno de los lejanos valles habitados por el salvaje, centelleó la tribuna, trono de la palabra que rige la marcha del innumerable rebaño humano, iluminando con resplandores intermitentes los arcanos tenebrosos de sus leyes eternas.

Pero asistamos a la ceremonia religiosa a que llama la campana suspendida del árbol vecino. Es la novena de San Isidro, y allí está él, detrás de sus bueyecitos de madera uncidos al arado, cuya mancera gobierna con la izquierda, mientras con la derecha sujeta las riendas de cinta; su cara

morena y encendida, está diciendo que no vive a la sombra de cómodos palacios, sino que desafía los solazos del verano, para aprovechar las lluvias, que regaron el campo, antes que nuevos calores evaporen la fecunda humedad de la tierra. Es él el dueño de aquella novena, a la cual, envueltas en sus mantos, contritas, silenciosas, asisten las mujeres de la aldea, los peones de labranza, los mozos de a caballo que viven tras del ganado. Todos se han confundido bajo su amparo, y los amos ocupan la cabecera de la congregada feligresía.

Allá, por encima de todas las cabezas, a la luz débil de un candil de sebo, se distingue la figura del negro Joaquín, arrodillado en frente del altar, tieso, inmóvil, solemne, con el rosario en las manos, con ojos entreabiertos, en ferviente contrición, recitando con voz quejumbrosa y monótona como el gemido del viento en una gruta subterránea la salutación fantástica de Gabriel a la dulcísima Miriam de Nazaret: —“Dios te salve, María, llena eres de gracia...”— Y a cada recitado, la multitud, modulando en el mismo tono las voces, contestaba en coro el —“Santa María, Madre de Dios, ruega, Señora, por nosotros”— y aquel coro, sucediendo al recitado unísono, resuena en el silencio de la noche, como si una mano sobrenatural recorriera de un golpe las cuerdas de un arpa colosal suspendida en el espacio.

Ya se agotaron las cuentas del rosario; y cuando todos han hecho y besado la señal de la cruz, comienzan a salir de uno en uno con el mismo recogimiento, a esperar la luz de la alborada, los labradores para aprovechar el fresco, los camperos para ensillar antes que abraze el sol, las mujeres para armar el telar o para ordeñar las vacas, y los niños para hacer travesuras a la improvisada preceptora.

Medio siglo después, la escena se repetía con la misma respetuosa devoción; pero dos generaciones habían pasado y muy distintos eran los personajes. Entonces yo he podido contemplarlas, aunque muy niño, y oír todavía las tradiciones relativas a la aparición milagrosa de la imagen venerada, dentro de una hendidura de la piedra, sobre el lecho del

arroyo que riega los huertos; los cuentos del negro patriarca transmitidos por sus descendientes, las leyendas fantásticas forjadas en presencia de los fenómenos inexplicables de la naturaleza, las historias de cada uno de mis antepasados y sus hazañas de niños. ¡Ah, pero cómo habían cambiado los tiempos! Antes era todo sonriente, y una misma idea, la de la libertad, preocupaba a los moradores del Huaco; y ahora mi madre no hacía más que llorar encerrada en su habitación, o sentada al caer la tarde en el ancho corredor de la casa solariega, con el corazón sobresaltado y mirando siempre inquieta a todos los caminos. Muy pocas veces he visto a mi padre durante aquel tiempo, y muy tarde supe que aquella ausencia era porque vivía lejos, sobre las armas, ya reclutando los soldados bisoños, para hacer la guerra al caudillaje, ya huyendo por las montañas lejanas, de la persecución a muerte de la soldadesca triunfante.

Nuestra primera instrucción fué recibida allí; pero ya teníamos cartillas con grandes abecedarios que comenzaban con una cruz, de donde nuestros índices no pasaban nunca, porque no respetábamos a la preceptora de doce años, nuestra hermana mayor, que había aprendido a leer en casa por el mismo sistema y que mal disimulaba sus deseos de tirar el "catón" para jugar con nosotros. Ella, la pobre, también sufría con la profunda tristeza de nuestra madre, y buscaba pretextos para engañarse a sí misma; y nosotros aumentábamos sus prematuros martirios, haciéndola renegar en la escuela que improvisaba debajo de un galpón de quincha. Bien poco duraba, por cierto, aquel tormento común, porque las tentaciones eran frecuentes para dar el salto de la silla de vaqueta haciendo volar al techo las cartillas; y muy poco el amor a la ciencia para que pudieran sujetarnos en aquella grave faena. Y hacíamos bien, porque mi pobre madre sufría viéndonos reir inconscientes de los peligros que amenazaba diariamente la vida de su esposo, y quizá también la nuestra. Entonces, ya el negro Melitón tenía preparado nuestro paseo por las lomas de limpias *lajas*, que se divisan desde el corre-

dor como manteles tendidos para una fiesta campestre, bordadas de cactus encarnados de menuda espina, que se levantan como serpientes enroscándose en los arbustos, y de flores del aire que en dispersión caprichosa salpican los árboles. Mis dos hermanos mayores tenían montura, poncho y lazo, y a nosotros, los chicos, tenían que enhorquetarnos en las ancas de sus pacientes bestias.

Admirables los paisajes que se divisan desde la casa: el horizonte, limitado a lo lejos por una alta y afilada sierra, deja ver, no obstante, extensiones planas o series de lomadas tendidas a su pie como su basamento necesario. Allí está lo pintoresco, lo gracioso; la línea curva de las colinas sucesivas, forma contraste con la rígida recta y los ángulos uniformes de las altas cumbres. Aquí la belleza del detalle, la pendiente corta y suave, la vertiente silenciosa que va formando lagos pequeñísimos de los huecos de las peñas, haciendo surgir esas florecillas que tapizan, más bien que bordean sus márgenes; allá arriba la imponente majestad de los colosos, la gravedad solemne de los monolitos que parecen brazos alzados al cielo; las hondas quebradas y los profundos precipicios siempre repletos de nubes, que bajan a reposar el vuelo y a nutrirse de los fluídos terrestres; en el valle los melodiosos y acordes cantos de zorzales inquietos, que se llaman entre sí con notas convenidas; de jilgueros trinadores que se asientan en grupos a tocar sus variaciones de dudosa limpieza; de canarios pequeñitos, de negra y luciente pluma, que les cubre como una capa de terciopelo su camisita amarilla, y vuelan juntos riéndose con sus voces triples, como si huyeran de la abuela que los viniese persiguiendo con la vara de mimbre; de *llantas* inconsolables, que ocultas en lo más espeso de los talas, llaman sin cesar al amante ausente: estas románticas incómodas, que en medio de la sonrisa de todo lo creado, están produciendo la nota dolorida que no ha de faltar en ninguna alegría de este mundo. Pero allá, en la alta región de las nieves y de los rayos, no se oye otra música que los roncros graznidos de las grandes aves, que en las noches resue-

nan como altercados de orgía, como órdenes secas de una guardia avanzada en la obscuridad, como conversaciones de ancianos, como voces profundas de frailes rezando un funeral, hasta que el nublado despereza sus moles, moviéndose en el fondo del cielo como deformes animales que gruñen cuando sacuden el sueño, o bien comienza a extenderse, figurando monstruos extraños, como se vería el fondo del Océano iluminado por un sol interno; después, el trueno de las eternas iras, sacudiendo los seculares cimientos, da a todo lo animado la señal de la plegaria, de la súplica, del terror. Cuando el trueno estalla encima de las grandes montañas, hay que caer de rodillas ante esa potencia que hace crugir los ejes del planeta, si la chispa de su mirada se cruza entre la tierra y el cielo.

Pero volvamos al sendero tortuoso por donde cabalgando apiñados sobre una bestia jubilada, hasta de tres en una, salíamos a nuestros frecuentes recreos de tan escasos estudios. Ya los pájaros nos tienen miedo y vuelan a esconderse en las quebradas, abandonando a nuestras inícuas devastaciones los nidos, donde quedan tiritando de frío los polluelos; nuestras hondas hacen estragos, cuando arrojan silvando las piedras que hemos juntado en la arena; los enlazadores se entretienen en desparramar las majadas que pacen tranquilamente en las hierbas, tirando inútilmente la lazada inexperta; otros, más prácticos, se apartan del grupo en silencio y a hurtadillas, porque saben el secreto de un panal en formación que descubrieron antes, juramentándose de no revelar el sitio, hasta que la impaciencia, frustradora de tantos buenos designios, les obliga a delatarse por el humo que hicieron para ahuyentar las abejas, o por el grito indiscreto que lanzaba el explorador sigiloso, cuando la reina del enjambre, que ha quedado la última, le ha clavado su aguijón en el rostro.

La desgracia concilia a los hombres, y entonces es fuerza compartir el dulce botín cosechado en lucha abierta con abejas y *huanqueros* en el hueco de un cardón anciano, dentro de un nido abandonado por el carancho antipático, o entre la



rajadura de una peña que dividieron las conmociones subterráneas. El festín empieza y acaba en un momento, y sigue la expedición en busca de huevos de perdices y palomas, de chorrillos y piedrecitas de colores, de flores del aire y tunas silvestres, — frutos de la infinita variedad de cactus de la comarca, — y a buscar la *doca* succulenta que cuelga de la enredadera tupida dentro de un verde estuche en forma de corazón.

Al caer la tarde, los silbidos nos reúnen en un solo punto, y emprendemos la vuelta; cargados con las sobras del banquete para regalar a los que se quedaron, teniendo cuidado de ocultar los excesos cometidos en la comida enciclopédica; pero lo que no falta son los obsequios de flores silvestres y de pichones, de nidos y de plantas; como que todo eso no se puede comer y sirve para adornar la casa, o para entretener un minuto a la niña traviesa. Mi madre venía luego a pasar revista a la tropa expedicionaria, en busca de las heridas, de los golpes y de las espinas, de las roturas de pantalones y botines, remendados sobre el campo de batalla con espinas de *penca*, cuando por razón de lo apurado del trance, o por hacerse de noche, no resolvíamos volvernos así, con las ropas desgarradas o con una pierna menos del pantalón, que se quedó enredada en un garabato, para espantajo de cotorras bullangueras y de tordos dañinos.

Melitón, el noble negro que durante las prolongadas ausencias de mi padre, y toda su vida, fué el fiel guardián de nuestra hacienda y protector de nuestro hogar, venía entonces a llenarnos de caricias y a incitarnos a contar hazañas imposibles, que le hacían risotear como un niño, mostrando las hileras de dientes blancos que contrastaban con su negra y lustrosa piel. Caíamos rendidos por el sueño después de tanta fatiga, y recuerdo que pocas veces alcanzábamos a concluir el rezo, que de rodillas y alineados sobre nuestras camas tendidas en el suelo, nos enseñaba mi madre todas las noches, con su voz siempre entrecortada por sollozos que en vano pretendía ahogar en su garganta.

Nada comprendía yo del drama que se desarrollaba en la estancia, ni menos que mi padre fuese en él un actor. Esa tristeza de todos los semblantes, ese mutismo impenetrable y sombrío, esas miradas inquietas, a cada momento dirigidas al camino de la ciudad, ese ir y venir de hombres a caballo a todo galope, tres veces por día, como a llevar y traer mensajes que se daban y recibían en secreto, fueron lentamente llamándonos la atención, hasta infundirnos miedo y retraernos de nuestras habituales excursiones a la montaña. He sabido después que se perseguía a mi padre, quien se hallaba oculto en una gruta conocida solamente de los viejos del lugar. Estaba a precio su vida y se le buscaba con orden de llevarlo vivo o muerto. No era él solo: muchos otros huían también por esos mismos cerros, mientras sus familias lloraban su suerte sin poder auxiliarlos en los desiertos escondites que ocupaban.

¡Oh tiempos dolorosos! ¡Cuánta amargura vertieron en mi corazón que despertaba! ¡Cuánta sombra en mi imaginación que ensayaba sus vuelos en medio de una naturaleza tan rica y tan fecunda! Un día nos dijeron que debíamos marchar a la ciudad a visitar a mi padre; pero que todos, todos marcharíamos. ¿Por qué no venía él a visitarnos a nosotros, que le esperábamos todos los días y salíamos a encontrarlo, creyendo que a él anunciaba la lejana nube de polvo? ¿Por qué no venía nunca, y nos volvíamos tristes después de haber visto desvanecerse esos locos remolinos que el viento nada más levantaba con la tierra cernida de los caminos? Era que ya mi padre estaba preso, y sus enemigos, por atormentar a mi madre, a quien no pudieron arrancarle ni con amenazas brutales el secreto de su escondite, le mandaron decir que estaba condenado a muerte, y que se apresurase a verlo antes de su fusilamiento. Eran las torturas refinadas, características del tirano de ciudad, a quien la educación le sirve sólo para afilar y pulir la hoja con que hiere a su adversario. No quiero ni puedo describir las escenas de aquel día. Partimos en larga procesión siguiendo a mi madre, que marchaba a la cabeza,

y no recuerdo haberla visto sonreír una sola vez mientras duró el viaje por aquella vía dolorosa. Alzamos nuestro hogar para no volver a verlo más en aquel sitio consagrado por tantos recuerdos, y fuimos a vivir a la capital, mientras duraba la prisión de mi padre.

Era un verano abrasador, como lo es en aquella tierra sedienta; el pueblo estaba fúnebre, con las puertas cerradas casi todo el día, ya porque el tránsito fuese imposible, ya porque el temor a la soldadesca obligase a las familias a vivir en clausura perpetua. Las delaciones, las infidencias, se sucedían, como acontece en las sociedades donde impera el terror al poder. El criado que sirve dentro de casa espía los menores movimientos; el pariente que va de visita a informarse de la salud de la familia, lleva la intención del espionaje; la tía mojígata, envuelta hasta la nariz en su manto negro de merino, entra a cada momento con esa francachela provinciana, para la cual no hay puerta ni conversación prohibidas, y mientras toma el mate, pasea los ojos escudriñadores por los rincones de la habitación, y entrecorta sus charlas insulsas con preguntillas de política, como quien busca uno de su opinión diciendo: —“Pero, ¿qué piensan ustedes de este atentado que acaban de cometer?”,— y la respuesta imprudente vuela a los oídos del tiranuelo advenedizo, que tiene la suerte de hallar una sociedad que lo adule y lo auxilie en sus pesquisas vengativas.

La atmósfera parece saturarse de flúidos de infamia, de ráfagas descompuestas, de perversiones y sutilezas increíbles, cuando los pueblos han perdido su cohesión y la anarquía ha penetrado en su sangre, en su criterio, en sus sentidos. La opinión sin imprenta, tiene sus vehículos admirables en las agrupaciones pequeñas, asediadas por el mal político; son las mujeres sin amor y sin trabajo doméstico, son los hombres pusilánimes que pululan allí donde se vive de los gobiernos, quienes forjan, acrecientan y transmiten esa noticia, que naciendo de una sospecha maligna, llega a producir la catástrofe social, como la bola de nieve.



**VII**

**EL NIÑO ALCALDE**



## EL NIÑO ALCALDE

Las fiestas del patrono. — La dinastía Nina. — El niño alcalde. —  
La procesión.

Durante aquella permanencia, pude observar y grabar en mi memoria las costumbres populares transmitidas por la religiosa educación colonial, mantenida aún con sello primitivo, sin que los progresos recientes de la enseñanza hayan podido todavía borrarlas del todo. No ha habido tiempo para la evolución transformista, porque el orden de las instituciones puede decirse cimentado sólo desde 1870, aunque hubiere cortos períodos de gobiernos cultos antes de esta fecha.

Las fuerzas de las leyes sociológicas, las influencias de la historia y de la naturaleza, obran con vigor intenso todavía en aquella pequeña sociedad, que crece lentamente en medio de un aislamiento relativo. El elemento criollo apenas ha recibido una mínima porción de mezcla desde su nacimiento; mántiense vivas las huellas de la antigua cultura, con sus ideas, sus hábitos y sus tradiciones, que se traducen en sus fiestas y en los diversos aspectos exteriores de su vida. Esta refleja el pasado, en cuya fisionomía se ve la influencia profunda que ejerció en ese pedazo de nuestro territorio la conquista religiosa.

Resto curiosísimo, reliquia viviente de aquellos tiempos nebulosos, se conserva una fiesta popular semibárbara, pero conmovedora a la vez, que con singular entusiasmo celébrase el primer día del año. Es la conmemoración tradicional del suceso que más interesó el espíritu infantil de los nativos, la conversión de las tribus que disputaban a las armas españo-

las el dominio del valle, donde habían levantado la primera muralla de la futura ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja. Siempre tras del general venía el sacerdote, tras de la espada la cruz, tras del estruendo de los combates el rumor suave de la palabra del misionero, que trueca en dócil esclavo al guerrero de piel desnuda y de instintos indomables.

Las expediciones militares de los generales Ramiro de Velazco y Luis de Cabrera, fundaron los muros de una ciudad; pero sólo el auxilio de la predicación despejó los peligros que mantuvieron en perpetua agitación a sus moradores, reduciendo a la obediencia a los bravos diaguitas que los combatían desde la llanura, y a los feroces calchaquies que los aterraban desde las montañas.

¿Quién y cómo obró el prodigio de la conversión en masa de esas puebladas nómades, cuyas artes guerreras tenían tantos recursos de destrucción? Allí están todavía palpitantes los recuerdos en la memoria de los ancianos que colora con relatos pintorescos y con fiestas llenas de animación, las descarnadas páginas de las historias doctas de los Lozano y los Guevara.

Existe en la ciudad una institución que recuerda y explica aquellos sucesos lejanos: es la dinastía político-religiosa de los Nina, quienes conservan el derecho de celebrar la gran solemnidad de la conversión realizada por San Nicolás de Bari, auxiliado milagrosamente por el Niño Jesús en un momento supremo. Los padres jesuitas dieron forma litúrgica y social al hecho histórico, organizando una cofradía de indígenas devotos al milagroso apóstol y a su divino protector. Eligieron el más respetable de los indios convertidos, y lo cubrieron con la investidura regia de los Incas; diéronle el gobierno inmediato de todas las tribus sometidas y el carácter de gran sacerdote de la institución, como un trasunto del que revestía el emperador del Cuzco. Los caciques obtuvieron el nombre y oficio de *alféreces*, o caballeros de la improvisada orden, especie de guardia montada que obedece idealmente al Patriarca conquistador.



Doce ancianos llamados *cofrades*, forman el Consejo de aquella majestad extraña, como el Colegio de los Sacerdotes, que asistía a los reyes del Perú. Viene en seguida la clase popular de los *allis*, u hombres buenos, que son los que, reconociendo la dignidad real del Inca, y adictos a la festividad del Santo, dedícanse al culto y a la devoción del Niño Dios, erigido, según la tradición, en "Alcalde del mundo". Se le llama el *Niño Alcalde*, y San Nicolás es su lūgarteniente en la tierra.

Cuentan los archivos orales de aquella curiosa monarquía, que los caciques fueron convertidos por San Nicolás en sus peregrinaciones por los cerros del oeste, y que, sublevadas las masas de indios por no consentir en aquel sometimiento de los jefes, hubo de producirse tremenda catástrofe, cuando empuñando una vara de alcalde, vestido con el traje e insignias de este título en aquella época, destellando luces celestiales, irradiando sus ojillos azules y brillando su cabellera rubia, se apareció en medio del Niño Jesús, como la historia lo representa cuando predicaba entre los doctores incrédulos. La fascinación fué repentina, el encanto deslumbrador, y como fieras magnetizadas cayeron de rodillas los rebeldes ante aquella varita, levantada en alto por un alcalde de doce años.

El hermoso Niño bendijo aquel concurso que le adora con terror y emoción; el atribulado apóstol le besó los pies, porque la aparición sublime e inesperada le dejó atónito y transportado de divino fervor. El maravilloso Alcalde le tocó con su mano cubriéndolo de gracia; y después de pedir para sí los caciques y de cederle la chusma innumerable, como un premio por su heroísmo, y una confirmación de su valimiento, desapareció en el espacio, dejando en el ambiente un suavísimo perfume como de vaso sagrado, y una estela luminosa como la de una estrella que rueda en la noche. La belicosa asamblea cambió el aspecto tosco y gruñidor por el de la más sumisa devoción, y fué a deponer sus furores y sus armas a los pies del Patriarca, ante cuyo poder de hacer prodigios hubieron de convencerse de que la lucha era inútil, y que sus propios dioses le protegían de manera tan visible.

Los jesuítas, he dicho, recogieron aquel suceso para darle forma tangible y práctica en el gobierno y en la religión; para combinar los elementos salvajes con los cultos de aquella leyenda, y para hacer entrar en la obscura conciencia de los indios la idea de las dos potestades que gobiernan las sociedades humanas. La idea del Niño Jesús convertido en Alcalde del mundo, es algo que sale de los límites de una invención vulgar y sencilla; despierta trascendentales racionios, proyectando desarrollos vastísimos en el orden de las reflexiones filosóficas.

El municipio fué la primera forma de gobierno civilizado que conocieron las poblaciones aborígenes; fué la que encontraron sus descendientes mestizos y en la que se educaron los hijos de los conquistadores, nacidos en la tierra conquistada. Unir el pensamiento religioso con el pensamiento político, en aquella fórmula material del Redentor de los hombres, alma única de la Iglesia, era plantear ya el secular problema del gobierno católico, trasplantado a la América en medio de la efervescencia de la lucha del viejo mundo; y era sentar las bases, los puntos de partida de los futuros gobiernos hispanoamericanos.

Pero vamos a la fiesta, a contemplar la obra de la fe y de la tradición que la transmite y la vigoriza a través del tiempo. Mucho antes del primer día de enero, las señoras se ocupan de los adornos de la imagen de San Nicolás, el santo de tez morena que atestigua sus largas peregrinaciones por los desiertos. Colocado bajo un dosel de flores doradas y blancas de reluciente esmalte, ostenta sus vestiduras de raso, la túnica y la capa bordadas primorosamente y rodeadas de flecos de oro; la corona de plata y la vara que termina en una flor como un lirio, y los encajes finísimos que muestran sus orillas, sobre los pies de madera pintados de negro. La ciudad comienza a animarse porque van llegando los visitantes, devotos y promesantes de todas partes de la provincia y fuera de ella, a asistir a la festividad legendaria, en la que todos esperan conseguir los dones suspirados para sus hogares y ha-

ciendas, y para alivio de las dolencias que no pudieron curar con la medicina de ellos conocida, ni con el auxilio de brebajes consagrados con rezos y con signos de una cabalística extraña. En otra casa se prepara y se viste al niño Alcalde sobre su pedestal sin dosel, porque tiene el inmenso, el inconmensurable del cielo, donde domina como dueño absoluto.

Allá, en un rancho miserable, el Inca descuelga el tambor tradicional, y comienza a dar fuertes golpes llamando a su corte, que congrega sólo una vez en el año; y llegan a acompañarle los cofrades vestidos con lo mejor, adornados con diademas o huinchas de las cuales suspenden cintas de colores, y llevando pendiente del cuello, sobre el pecho, un colgajo en donde han colocado espejitos de varios tamaños, como queriendo significar que por allí se ve el corazón.

La imagen del santo se halla expuesta en una sala, donde el Inca, seguido de su corte pintarrajeada, como esos coros de óperas representadas por artistas famélicos en un lugarejo de provincia, penetra por primera vez a presentar el anual homenaje. Los cofrades, los allis y los promesantes, son los que hacen séquito, todos vestidos con trapos de colores, con papeles de esmalte y con piezas de vidrio que, según he deducido, llevan como reliquias imaginarias. Los alféreces han ido a formar la guardia de honor al pequeño Alcalde, que pasa sus vísperas en la Iglesia Matriz. El día siguiente, el primero del año, es el de las grandes emociones; el gentío comienza a agolparse en el atrio del templo donde está el Niño, donde se celebra la misa solemne con asistencia de todas las personas reales, con cantos escritos en lengua quichua, cuya letra es conservada y transmitida por el Inca a sus sucesores legítimos. Allí tienen un sitio preferente y una parte designada en el ceremonial. Cuando ha sonado la hora meridiana, se ve asomar a la plaza mayor dos grandes grupos de gente: uno sale de la iglesia tras de la imagen del Niño Alcalde, y otro detrás del Santo Patrono, y ambos se dirigen a un mismo punto, a encontrarse en frente de la casa del gobierno de la Provincia.

El sol abrasa la tierra, y del fondo de aquella masa de gente surgen llamas de fuego impregnadas de ese olor peculiar a las grandes agrupaciones. ¡Qué hermoso, qué risueño, qué majestuoso viene el Niño, haciendo vibrar los flecos de oro de su casaca de terciopelo negro! ¡Qué bien lleva y con cuánta gracia la gorra con plumas de color del azabache, encima de su cabecita dorada como un manojito de espigas! ¡Con qué donaire cuelga la capita sobre sus espaldas, y con cuánta majestad e imperio empuña aquella vara con que a los hombres señala el derrotero de la vida, a los reyes obliga a inclinar la cabeza, a los mares serena y a los truenos impone silencio!

Las mujeres del pueblo se apresuran, se aprietan, se apiñan y estiran el cuello para verlo mejor; alzan en brazos a sus hijos para que reciban un destello de esos ojos celestes, de donde creen, en su inocencia primitiva, que van a obtener la divina unción y la salud del alma y del cuerpo. Y aquellos ojitos pintados en la madera pulida, rodeados de negras pestañas, están inmóviles y nada dicen en verdad; pero ese pueblo fascinado por la belleza de la graciosa imagen, se figura verlos movedizos, repartiendo miradas que son bendiciones, y cree ver sonreír sus labios encarnados, como si se sintiera satisfecho de la piedad de los devotos. Una música de violín y tambores rústicos, ejecutada por artistas criollos, marca el pausado compás de la marcha con sonidos apagados e intermitentes, que más bien parecen el acompañamiento de un ajusticiado; pero en medio del singular conjunto no serían reemplazados con mejor efecto.

“Grave, solemne, pausado” — como dice el poeta — sobre sus andas sostenidas por cuatro indios murrudos, se encamina San Nicolás al encuentro de su protector. La masa del pueblo le sigue embelesada; el Inca va detrás en medio de dos cofrades que sostienen sobre su cabeza, a modo de dosel, un arco forrado de tules de color, abullonados y entrecruzados por cintas de las cuales penden las reliquias, como solían hacerlo en los tiempos antiguos el Inca verdadero y sus mujeres.

Impone una vaga tristeza aquel aire de majestad que se toma el pobre Inca cuando ejerce su grave ministerio y sacerdocio; envuelto en una atmósfera de sueño y beatitud, con los ojos cerrados, como contemplando un mundo ideal que no quisiera ver disiparse con la luz del sol de enero, entonando con voz ahuecada y fatigosa por la edad y los achaques, la canción consagrada, al son monótono de su tamboril hereditario, sigue paso a paso las andas tardías del Santo Patrono. De rato en rato, los diáconos que le acompañan inclinan delante de él por tres veces consecutivas el arco de las reliquias, mientras repite las palabras de la adoración quichua a que hacen coro los demás:

*Santullay, Santullay,  
Yayhuariscu yayhuariscu,  
Achallay mi santu,  
Chaimin canqui,  
Achallay mi Virgen...*

El momento solemne llega: las dos procesiones se encuentran delante del Cabildo de la ciudad, y se detienen para que el divino Alcalde reciba la triple salutación de su general, del que acaudilló en los tiempos de pruebas las huestes indígenas sometidas por el poder de sus milagros. Las andas del Santo Patriarca se inclinan tres veces delante del Niño, que ha quedado inmóvil, imponiendo silencio a la multitud, con la faz risueña y los ojos serenos fijos en actitud de bendición sobre su pueblo, el cual le adora de rodillas en aquel instante; mientras el Inca, que conduce la ceremonia, entona con un coro de voces graves las estrofas del himno de alabanza, alusivas a aquel punto del ritual. Concluidas las saluciones, los dos grupos dan vuelta con la misma lentitud, desandando el camino hasta volver a sus sitiales.

La fiesta religiosa ha terminado, pero empieza la fiesta popular, el regocijo callejero que se manifiesta en formas desbordadas y silenciosas. El Inca entonces se toma unas horas de recreo, yendo a presentar sus saludos oficiales al Gobernador de la Provincia, quien le recibe con respeto, y le habla

de su dinastía, y del buen derecho que le asiste contra los que le disputan la legitimidad de la corona. La visita se anuncia por unos leves sonidos del tamboril, y en seguida canta con la misma gravedad religiosa *la canción de los allis*, como se llama popularmente, que lo mismo se emplea en aras de las imágenes que en las visitas a las personas principales de la ciudad. Haciendo demostración de acatamiento a la autoridad, pide permiso para que su gente corra a caballo por las calles que se determinan, en caballos compuestos y adornados al estilo que lo está ella misma. La concurrencia se dispersa en grupos, luciendo con inocente vanidad sus colgajos de colores; y cuando por vez primera presencié la fiesta, salían los gigantes mezclados con la multitud, haciendo chillar de miedo a los niños y huir despavoridos, hasta soterrarse en el último rincón de sus casas.

Aquellos gigantes eran hombres añadidos con enormes máscaras de proporciones colosales, de colores hirientes y de gestos expresivos de viveza o de estupidez, pero formando un conjunto desagradable, como sucedería si al través de una lente de grandes dimensiones viésemos el rostro humano aumentado en todos sus detalles: la cabeza como una peña cubierta de troncos, la frente como una ladera de greda, las cejas como colinas erizadas de espinas, los ojos como quebradas donde hay dos grutas sin fondo, la boca como una hendidura bordada de rocas calcáreas, vistas detrás del bosque que la circunda.

Vestidos de hombre y mujer, recorrían esos figurones las calles, bailando y mostrando a uno y otro lado sus caretas estereotípicas, que parecen a la imaginación como teniendo vida y movimiento; haciendo contorsiones y dando saltos a la carrera con cierto compás, como si siguieran una música que nadie oye; pero todo con tal desabrimiento, que no puede evitarse una conmoción de disgusto mezclado con cierto supersticioso temor de que vayan a aproximarse. Y esos gigantes, cuyo simbolismo no he podido penetrar, asistían a la misa y seguían con toda reverencia a la procesión. Creo, des-

pués de haber oído las ingenuas interpretaciones populares, que aquella exhibición tan curiosa no significaba sino un medio inventado para llamar la atención de los indígenas, amigos entusiastas de todos esos aparatos y mojigangas; pero se sabe que sólo los que habían hecho una promesa al santo, podían vestirse con aquellos extraños disfraces. Hoy ese detalle ya no existe, prohibido por las autoridades civil y eclesiástica, por razón del abuso a que llegaron las máscaras y los movimientos de su grosera danza por las calles, al amparo del disfraz conductor de la licencia.

Yo he contemplado hace muy poco, con la más profunda tristeza, esa fiesta indígena celebrada por gentes que en los días ordinarios trabajan y se conducen como seres razonables; pero aquel día parecen desenterrar de su sepulcro de tres siglos toda una época de barbarie, para presentarla como en un teatro de raras exhibiciones. Hay en ella como una vaga reminiscencia de esas procesiones báquicas que precedieron a la formación de la tragedia helénica; una mezcla informe de ritos idólatras y católicos, en la cual apenas puede percibirse la línea divisoria, el pensamiento civilizador que presidió a su invención, y el sentido del simbolismo encerrado en cada uno de sus detalles. Pero es indudable que en su origen fué claro y visible el significado, y que la transmisión consuetudinaria de sus ritos, entre gentes sin la menor cultura intelectual, fué mutilando las formas y suprimiendo muchas de las ceremonias, hasta quedar sin unidad de acción, como esos manuscritos en los cuales el tiempo ha borrado palabras y conceptos, haciendo imposible la restauración del periodo.

Así, tengo en mi poder, recogida de los labios del Inca actual, Eustoquio Nina, la letra de la célebre canción quichua que, comenzada la víspera, sigue en las saluciones al Niño Jesús, al año nuevo y a la Virgen Madre; continúa en la gran procesión y termina como un himno de gracias por las cosechas de la tierra, y una especie de brindis a la salud de los concurrentes; pero toda ella, escrita seguramente, en el quichua docto de los jesuítas, fué adulterada por la tradición

oral, pasándola maquinalmente de unos a otros sin comprender ya su sentido, como si se quisiera reproducir en palabras los mil ruidos nocturnos de una selva, y conservar en la memoria el conjunto de monosílabos muertos e incoherentes que resultarían de semejante operación mental. Restituir hoy esa canción a su primitiva forma y lenguaje, es trabajo de paciencia y prolijo estudio; pues habría que remontar por el análisis hasta la formación del idioma mismo.

Debe notarse que el clero no les presta su auxilio; la procesión es puramente popular, y su sacerdote único el Inca, seguido de sus cofrades y alféreces; pero está de tal manera arraigada en la costumbre, que han sido vanas e impotentes las tentativas para suprimirla. Gobernador hubo que queriendo prohibirlas, provocó un motín que puso su vida en peligro; y cuando uno de los vicarios de aquella iglesia impidió la entrada al templo a la procesión del Niño Alcalde, suscitó en tal grado las iras de la muchedumbre, y tal lluvia de improperios y obscenos insultos se atrajo de los hombres y de las mujeres — siempre, eso sí, salvo la corona y el hábito — que llegaron algunas de esas profetisas a augurarle una muerte desesperante y horrible.

La fatalidad se encarga muchas veces de confirmar las supersticiones y las vagas profecías del vulgo, nacidas sin origen visible, a no ser en ese pequeño tinte de venganza que colora las almas más inofensivas. El Vicario cayó enfermo de una parálisis que le dejó mudo y tullido hasta la muerte. “¡Ah! sí — rugía la plebe, iluminada por aquella prueba de la ira celeste, — no en vano se prohíbe a nuestras queridas imágenes entrar al templo que pertenece a todos los creyentes! Dios le ha castigado; ¡loado sea Dios!”. Hace poco fallecía un benemérito y austero sacerdote de aquella provincia, fray Laurencio Torres, y el pueblo dijo también que había allí un castigo de Dios, porque intentó suprimir la festividad de enero.

¡Pobres creyentes! dejémoslos pasar con sus ilusiones y su fe, que al fin ellos no sienten la oleada que va sepultando



sus costumbres primitivas, no dándoles tiempo para preocuparse de ellas con exceso. Dejemos al pobre Nina adornarse puerilmente cada año, soñando quizá que es un rey desterrado dentro de su tierra, destronado encima de su trono, apenas vislumbrado en su ignorancia unas cuantas horas. Allí está para perdonarlos aquella hermosa creación del Niño Alcalde, que no puede mirarse sin sentir conmovido el corazón por reminiscencias tristes de un pasado sombrío, y lleno a la vez de martirios y abnegaciones sin límite. Sí, él es todo, es el detalle poético de la prosaica fiesta, y se sobrepone al conjunto grosero como una música tierna encima de un desordenado y confuso griterío, como una flor solitaria sobre la selva desvestida por el incendio, como un rayo de luz en medio de una multitud de esqueletos que danzan con sus muecas horrendas.

Impresión indecible produce aquella procesión sin sacerdotes y sin himnos sagrados, sin incienso y sin vestiduras relucientes; diríase que es un pueblo maldito que marcha al destierro, llevando sus dioses tutelares al rumor de los cantos dolientes de la despedida, a buscar en climas remotos una tierra hospitalaria y una roca donde reconstruir los altares. Sí, dejémoslos gozar de su sueño fugitivo y al pobre Inca esperar la muerte envuelto en el raído manto de su grandeza sepultada. Los años corren veloces, y ya la llama 'que va' a quemar sus andrajosos adornos se cierne sobre sus cabezas.



**VIII**

**LA MISION DE SAN FRANCISCO SOLANO**



## LA MISION DE SAN FRANCISCO SOLANO

Quede para los historiadores de severo estilo y frase comprobada, y para los cronistas místicos, la narración de los sucesos políticos y las vidas de los santos y de los mártires; yo quiero reflejar en estas páginas los caracteres sociológicos de mi pueblo, su fisonomía y su alma, arrancando su secreto a los despojos del tiempo y de la naturaleza, a las obras mutiladas de los hombres y a las huellas medio ocultas de los que levantaron los primeros cimientos de la ciudad civilizada.

La ciudad de La Rioja presenta todavía signos elocuentes de antigüedad; sus templos de piedra descubierta y de murallas ennegrecidas, le dan el aspecto de la tristeza y la meditación; sus huertos de naranjos seculares, despiden en primavera el incienso invisible, que sube a lo alto en las ráfagas tibias de sus noches clarísimas, invitando a soñar en fantásticos paraísos; sus casas de gruesas paredes de adobe, de techos de teja y puertas que rechinan con todo el peso de sus dos siglos, encierran los majestuosos salones donde el *estrado*, tapizado de chuse, invita todavía a la conversación y a la sencilla etiqueta de las antiguas y patriarcales costumbres coloniales. Allí está la alcoba clásica, donde la madre de familia, de hábitos reservados y severos, reúne sus hijas y sus criadas para las costuras, los bordados y los tejidos primorosos, y en la noche para arrodillarse delante del gran Cristo hereditario, que pende de la pared cubierto con un velo transparente, a rezar la oración cotidiana por la salud de los vivos, por el descanso de los muertos amados, y para enseñar a los niños las primeras oraciones; allí el grande y espacioso patio,

sombreado por el naranjo de amplia copa, rodeado del corredor espacioso donde se reciben las visitas familiares y se hace la rueda amante del mate, que incita a la confianza, despier-ta el buen humor y consuela el cuerpo, mientras llega la hora de la comida casera y de gustar el vino inocente de la finca señorial.

Los conventos se mantienen todavía en pie con la ayuda de puntales y remiendos; impávidos, con las fachadas terrosas y carcomidas, desafían aún otro siglo; al interior se extienden sus largos y estrechos corredores, a donde dan las puertas de las celdas pavimentadas de ladrillo, habitadas por muy pocos veteranos, como una guardia vieja dejada en el cuartel de un ejército en marcha; uno que otro cuadro donde más se ve lienzo que pintura, y donde apenas puede adivinarse una forma de las que trazó el pincel, adornan las murallas, en cuyas grietas han hecho sus viviendas los millares de murciélagos que por la noche azotan el rostro del fraile y del visitante. ¡Y cuánta reliquia encierran esos retiros como sepulcros! ¡Cuánto árbol que puede contar la historia de la orden! Allí están los naranjos plantados por el fundador, volviendo hacia la tierra de donde surgieron un día lozanos y esbélto, hasta trasmontar con sus gajos los techos mohosos.

San Francisco Solano ha dejado en el convento de su nombre recuerdos que duran ya más de dos siglos: la celda, el naranjo favorito... Pero hablemos de este inmortal misionero, que logró alcanzar un nombre ilustre entre todos los apóstoles del Evangelio en América. Su misión ha sido grandiosa, su heroísmo imponderable, y su abnegación le ha valido ya la corona de luz de los elegidos. El hizo el árido camino del Perú por el centro del continente; su sandalia de peregrino ha recogido el polvo de los caminos que se extienden desde el Ecuador al corazón de la llanura argentina, siempre solo y siguiendo la inspiración de su apostolado, tras las huellas que los ejércitos iban dejando, y muchas veces abriéndoles el paso con su denuedo, que, a no ser el de un mártir, sería el de un estoico. Santiago, Tucumán, Córdoba, La Rioja,

guardan la memoria de este infatigable viajero; pero es allá, en el foco de la resistencia calchaquí, en la cual ya algunos sacerdotes habían sufrido el martirio de manos de los salvajes, donde pasa quizá el período más interesante de su vida.

La opinión vulgar, que viene de muy antiguo, señala las ruinas de la casa de San Francisco a la entrada de la montaña; son dos habitaciones de tapias superpuestas, y cuyos techos han desaparecido, pero cuyos muros de tierra apisonada se sostienen en pie; un inmenso algarrobo la cubre casi por entero, abrigando su desnuda vejez con una capa verde y tupida por donde no penetra el sol. Allí tuvo un altar de madera construído por él mismo, que fué después al convento y en seguida al poder de un coleccionista; bajo el ramaje de aquel árbol solía sentarse a tocar su mágico violín, con el cual atraía las puebladas de indios, fascinados por los sonidos de una música que para ellos, tan inclinados a todo lo que venía de la región incógnita del cielo, debía ser sobrenatural. No de otra manera el *rey de los pajaritos*, esa ave de poder sugestivo, se pone a dar gritos encima de un árbol para apresar después a todos los demás que fatalmente acuden a su llamamiento imperioso. La música desarma el furor del bárbaro, haciéndolo llegar al alcance de la palabra del misionero; el artista domaba con sonidos lastimeros a la fiera de la selva primitiva, que corría a echarse a sus pies para recibir la caricia de la mano que pasaba dulcemente por su cabellera hirsuta: la flecha duerme en el carcaj, el arco está tendido en el suelo, la honda terciada sobre la espalda curtida y anudados sus extremos sobre el pecho velludo, los ojos ávidos y el oído encantado están fijos sobre el instrumento maravilloso, de cuyas cuerdas brotan lamentos jeremíacos bajo la presión del arco, que recorre lentamente los tonos y las intensidades del sonido. Primero es la infantil curiosidad, luego la influencia de la melodía, obrando sobre el organismo del salvaje como sobre el de la serpiente, y después la idealización instintiva del poder que tales arrobamientos produce: y como más allá de lo conocido no concibe sino la divinidad omnis-

ciente, es ella, sí, la que habla por intermedio del hombre de tupida barba y de túnica talar, a cuya cintura se enrosca un cordón de cáñamo, y cuyos pies desnudos sólo defiende de las espinas con la usuta que le es conocida. Sí, debe ser ese Dios de los cristianos quien ha mandado a este hombre extraordinario dotado de arte tan sublime; deben ya los dioses nativos, e Inti Pachacamak, haber rendido sus armas fulgurantes ante el Dios invisible del invasor, entregándole sus palacios y el dominio de las nubes, de las nieves y de los vientos.

Hay que obedecer y adorar el portento que ha podido vencerlos; aquella música es su voz, aquel hombre es su mensajero: — adorémosle. Y el salvaje concurso clava la rodilla en tierra, y juntando con ella las manos y la cara, espera la bendición de la deidad triunfante. El músico habla su idioma y les dice que así, con tan dulces acentos, habla también el Dios que le envía, lo mismo al indio desnudo que maneja la flecha, que al rey orgulloso que se viste de oro y de púrpura: y todos se deleitan en él.

Ha comenzado la plática de concepto claro y de lenguaje primitivo, llena de comparaciones reales y de narraciones prodigiosas, de imágenes poéticas que el indígena ve diariamente en la hoja que se mueve, en el torrente que salta, en el águila que hiende el azul, en el rayo que incendia, en el amor que inflama las almas, en el heroísmo que lleva al sacrificio, en el combate que defiende la tierra nativa; todo lo pasado — la creación, la muerte del Cristo, la fundación de la Iglesia— va deslizándose nuevamente en los oídos y en el corazón de aquella asamblea de fieras domesticadas, con el mismo arrobamiento de la música, con la misma dulzura y fascinación de un sueño fantástico, con la misma variedad y coloración progresiva de una alborada tras de las cumbres vecinas; y cuando el ferviente apóstol ha levantado en alto la cruz que empuña su diestra, cayendo de rodillas, con los ojos clavados en el firmamento y con lágrimas que riegan su mejilla tostada, prorrumpe en un himno de alabanzas al Omnipotente,



al Ser que anima el Universo, y le pide con voz sollozante e impregnada de sincero entusiasmo, haga descender un destello de la gracia infinita a las tinieblas de aquellas almas, como un rayo de luna se infiltra en el fondo de una cueva. El *fiat* ha irradiado al impulso del verbo; la plática saturada de unción y de fuego ha hecho amanecer en la noche de la barbarie. La conversión por el arte del sonido y de la palabra, es la obra del misionero que la historia y la tradición han consagrado con este nombre: “el portentoso apóstol del Reino del Perú”.

Construíase entonces el templo de la Orden franciscana; pero el discípulo de Francisco de Asís levantó su altar al pie del monte donde los indígenas tenían las viviendas. Sus visitas a la obra eran frecuentes, y ya trabajaba con la predicación, convirtiendo a los fieles y a los indios en obreros, ya poniéndose él mismo en la faena. Se le dió después una celda en el convento, y trasladó a ella su morada y su constante penitencia. Existe un naranjo consagrado por sus oraciones y por sus martirios cotidianos; los siglos lo han obligado a inclinar la copa, y el tronco, por donde circuló la savia juvenil, hoy está hueco como un nicho, y hondas cuevas horadan sus gajos.

La tradición es a veces obscura e incomprensible, y ella cuenta que el santo misionero practicó esa excavación para martirizarse, manteniéndose largas horas incrustado en aquella hendidura, con los brazos aprisionados también dentro de dos agujeros cavados hacia arriba en el mismo tronco. Así, el *naranjo de San Francisco* es hoy la reliquia viviente de su misión en aquella ciudad; él lo consagró con sus penitencias, lo santificó con su fervor y lo dotó de cualidades medicinales, comunicándole la gracia con la cual obró los milagros que cuentan sus biógrafos, durante su paso por los reinos del Perú.

Uno de esos biógrafos dice que obró prodigios innumerables en las provincias del Tucumán, y que de tal manera se avergonzaba después de la propia fama, que se sentía im-

pulsado a abandonar los lugares que habían sido testigos de sus maravillas. Yo he escuchado esos relatos inocentes con verdadera curiosidad, y he estudiado las fuentes de la creencia ingenua del pueblo que el valiente misionero visitó en los primeros tiempos de la conquista, y que ha legado sin examen a la posteridad, por ese instinto innato de fantasear, de poetizar todo cuanto no tiene una solución inmediata. En aquellas épocas los milagros eran frecuentes; las conciencias no meditaban sobre los grandes problemas que la filosofía ha planteado a la humanidad contemporánea.

El ilustre Esquiú decía en una plática memorable que escuché bajo las bóvedas de la catedral de Córdoba: —“¿Sabéis por qué ya no hay milagros? Porque ya no hay fe”. — Y mucho tiempo he meditado sobre el sentido profundo de esta frase, que, involuntariamente, en el proceso mental yo invertía. Sí; ya no hay milagros, porque ya no hay fe; y las multitudes de hoy como las que seguían a Jesús en sus predicaciones ambulantes, piden siempre milagros para tener fe: ¡eterno dilema de la razón rebelde!

Pero el pueblo no ratiocina cuando intervienen sus creencias seculares; siente, imagina, idealiza los sucesos cuya causa no puede penetrar *a priori* con su criterio casi siempre empírico, y la ilusión de uno solo se convierte en una verdad indiscutible para muchos, y sobre ella se levantan religiones y costumbres, ritos e instituciones; son el elemento poético que perfuma las páginas graves de la historia, en las cuales la línea recta marca la inflexibilidad de las leyes generales del desarrollo humano; son la poesía y la tradición, entrelazadas con el desnudo y árido relato, con la misma gracia y suaves curvas que la enredadera se trepa, enroscándose, en la columna sobreviviente del templo derruido; son las brisas del oasis cargadas de aromas virginales que vienen a dar alivio al viajero del desierto, fatigado de recorrer sin reposo este camino de la vida, que hemos de andar hasta vislumbrar el abismo en donde se difunde como un torrente en las arenas de la llanura.

**IX**

**LA VUELTA AL HOGAR**



## LA VUELTA AL HOGAR

¡Cuánta alegría en el hogar después de tan largos días de terribles dudas! Mi madre ya no es la misma dolorosa, que en muda peregrinación recorría con su servidumbre los desfiladeros de la montaña. Se oyen risas y carreras de los niños en los patios espaciosos, palmoteos locos, anunciadores de una buena noticia, movimiento de peones que aprestan mulas y caballos para nuestro viaje de vuelta a la casa materna, abandonada hace tanto tiempo.

Mi padre ha salido en libertad, y vamos a partir para nuestra aldea de Nonogasta, donde nuestros abuelos han quedado llorando nuestra ausencia y nuestro bullicio, donde los parrones cuajados de racimos multicolores, nos esperan bamboleantes del peso de la cosecha; donde el olivo centenario de la huerta, sombrea el baño al aire libre formado por el arroyo que atraviesa la finca; donde nuestras primas nos aguardan ansiosas para sus paseos y para que construyamos los palacios de las muñecas, que vestidas de toda gala están sin tener dónde recibir dignamente las visitas de etiqueta; donde las mujeres del pueblo ya preparan los dulces y las primicias del año, para obsequiarnos a la llegada.

Comienzo a sentir el rumor de los sauces llorones y de los álamos de hojas bulliciosas, alineados a lo largo de la calle del pueblo, teatro de nuestras correrías a pie en las noches de luna; oigo los cantos de la vendimia que empieza, los tañidos de la campana colgada de un travesaño rústico y los preludios del clarinete de Francisco, que ensaya su repertorio olvidado por la inacción y la tristeza.

¡Oh día venturoso de mi vida en que vi de nuevo las rocas del camino, los precipicios y los mogotes que limitan las vertientes de la sierra de Velazco! Ellos me separan de mi valle nativo y me ocultan la visión espléndida del Famatina, de ese centinela inconmovible de los Andes, que desde su torre de nieve insoluble está vigilando el sueño de la llanura! Ruta cruzada mil veces, siempre nueva y de impresiones inesperadas, es aquella que recorrimos entonces en son de fiesta, en busca del nido abandonado. Mi corazón se abría con avidez a las ráfagas andinas, a la sensación de los paisajes y de los cuadros que mi imaginación animaba con vida y colorido nuevos; mis miradas retozaban de piedra en piedra, de cima en cima, ya siguiendo el vuelo de un pájaro de grandes alas, alarmado del estrépito de nuestros gritos y de nuestros cantos, ya la carrera del huanaco, espía de la tropilla lejana, que ha venido a pararse sobre la roca, encima de nuestras cabezas, para dar la señal del peligro; ya asistiendo a los movimientos de la nubecilla solitaria que se pliega y se despliega sobre un pico aislado, como una niña juguetona que ensayase mil formas de adorno con un tul diáfano sobre la cabeza de un anciano; ya descubriendo las sendas que surcan las laderas como hilos desparramados por el viento, y por último, buscando en los grupos de las peñas esas figuras caprichosas de cúpulas atrevidas, arcos majestuosos, ventanas ojivales y grutas sombrías que la naturaleza construye y desmora en incesante labor.

Apurábamos la marcha con frenesí, sin piedad para las bestias ni para nuestros cuerpos, espantando el sueño de la noche pasada al raso en la cumbre, para no interrumpir el pensamiento febril de las cercanas alegrías y la serie de proyectos fantásticos discutidos en rueda, encima de la arena donde hemos improvisado nuestras camas de viaje.

A cada momento preguntamos impacientes por la distancia que nos falta, la hora de la llegada, el estado en que encontraremos nuestros árboles y nuestras cepas favoritas. Y así, en esta agitación sin tregua, hacemos nuestro camino por

quebradas y desfiladeros, faldas escarpadas y espirales sin término, hasta que llegamos al llano y emprendemos el galope, sin que sean fuerza para detenernos las órdenes imperiosas de mi padre, quien al fin tiene que consentir en perdernos de vista, por el recto y ancho carril que remata en la plaza del pueblo.

Las mujeres y los muchachos salen en grupos a darnos la bienvenida cariñosa, y los perros en jaurías asaltan y encabritan nuestros caballos; pero ya estamos en los gruesos portales de la casa, y desde allí se divisa la cabeza blanca de la abuelita sentada en el corredor, hilando su interminable madeja, como otra Penélope; ahí es el correr a quién se desmonta primero, y gana la primera caricia de la anciana, que tiene los ojos enrojecidos y sombreados de tanto llorar los sufrimientos de sus hijos; a quién da primero el abrazo a las primitas ya crecidas, y que ruborosas se han escondido en la alcoba, y si he de hablar lo cierto, a quién aventaja la mejor sandía y las uvas más doradas, de la mesa de frutas preparada para recibirnos.





**X**

**LAS COSECHAS**



## LAS COSECHAS

Era la época de la vendimia y de la cosecha de todos los cultivos, cuando el pueblecito se pone alegre y bullicioso, porque vuelven muchos ausentes, y porque los labradores festejan alborozados los dones opimos que premian sus fatigas. ¡Cuánta algazara al despertar el día, de mozos que enganchan los carros, o uncen los bueyes a la carreta tradicional, o ensillan las mulas, o cargan los cestos al hombro para marchar a las viñas a recoger la uva, que se cae de puro sazónada, y traerla a los lagares! Las mujeres y los niños siguen la caravana de los trabajadores llevando los avíos, porque volverán a la noche y la finca está distante; van también escondidas algunas guitarras, para armar el baile durante el descanso de la siesta, bajo los árboles coposos que rodean la viña; y los muchachos tienen preparadas las flautas de caña con las cuales tan bien se toca el triste y la vidalita, como se florea un gato, un escondido, una mariquita o un vals, de esos que oyó una vez *tocar por papel* el clarinete del pueblo.

Cuando el sol ha asomado, ya han ido y vuelto dos veces los carros llenos hasta el tope de racimos negros y dorados; por toda la viña no se oye sino cantos; silbidos musicales, gritos que se llaman, risas que se desbordan, exclamaciones que se fugan, y de vez en cuando palabrotas que se escapan, cuando el cosechero ha caído preso en un bosque de cadillos que se pegan como agujas en el cuerpo; aquello parece una colmena en la cual todos tienen su tarea que ejecutan con gozo y que mil incidentes cómicos amenizan, arrancando risotadas a todo pulmón.

Allá, en medio de un tupido grupo de árboles, una muchacha monta sobre la cepa para cortar el racimo más alto, y al bajarse enrédase el vestido en presencia del festejante, que la busca, agazapándose bajo las parras, por si logra un momento de hablarla a solas, o por lo menos, con su poquillo de picardía, por si sorprende algo de eso que enciende más la pasión naciente. “¡Qué pierna... para una cueca!”, grita el maligno perseguidor, y la niña, toda encendida, baja los ojos sin decir nada.

Las mujeres, que esta vez no fueron por curiosas, andan también por ahí, perdidas entre los *yuyos* y las malezas, charlando como *catas* en el nido y cuidando sus niñas de las imprevisiones, entre tanto mocetón como se ve ocupado en la misma obra; los chiquillos, que han ido a estorbar a los grandes, no hacen más que comer y cosechar pichones o huevitos de tórtolas en los nidos descubiertos en medio de las parras hojosas; y aquí ríe uno de su caída, allá llora otro picado por una avispa o claveteado por las rosetas y los amorcecos que crecen ocultos entre los matorrales.

Nosotros también — los niños, como nos decían las gentes de faena, — ávidos de aquellas emociones, nos mezclábamos en ellas, echándolas de guapos, cuando apenas duraba nuestro brío el tiempo necesario para empalagarnos con el jugo azucarado de la uva. ¡Fuera botines, saco y sombrero! Todos somos lo mismo a esa edad en que se hace daño en las plantas y se estorba a los demás con el pretexto de trabajar; sí, fuera todo ese ropaje de amos que incomoda, y venga el bochinche, y luego las insolaciones, y los rasguños, y las roturas, para dar que hacer a las tías que se encargaban de nosotros en vacaciones.

A las once, todos se han reunido a la sombra del tala gigantesco a tomar descanso y almuerzo. El costillar chirria en la parrilla de fierro, y despide ese humo perfumado que se aspira con deleite, producido por las gotas del jugo caído sobre la brasa; las teteras están despidiendo como locomotoras bocanadas de vapor, haciendo dar saltitos a la tapa, por de-

bajo de la cual se escurren las burbujas de la ebullición, porque ya va a comenzar a dar vueltas el mate, que se acomoda lo mismo antes que después de la comida; las guitarras se hacen las que duermen suspendidas de un gajo del árbol, y las mozas de la vendimia las miran de reojo, mientras sirven a sus hermanos y amigos el asado succulento; el locro hierve a borbotones dentro de la olla tapada con una piedra chata, dejando salir la espuma blanca por debajo, hasta que vaciada en la gran fuente de madera, los campesinos forman círculo y la dejan limpia. Un racimo de postre, un vaso de vino del año pasado, y comida hecha. Ahora se extienden los ponchos sobre la hierba y se pestañea un poco para decir que se ha dormido, hasta que la orquesta de guitarra y flauta comienza a preludiar esos aires que ponen los huesos de punta y hacen tararear sin quererlo, una letrilla picañte.

Las caras de los concurrentes se animan con luz repentina, los ojos chispean y los labios sonríen, y todos sentados en rueda sobre el suelo, cruzando las piernas, se tiran y se retrucan los dichos que se entreveran como fuego graneado. La pareja más joven sale al medio; la niña de larga trenza y de moño encarnado sobre la cabeza, con un ramito de albahacas sobre el pecho, y el mocetón de barba nueva y renegrida y de ojos oscuros, están frente a frente comiéndose a miradas y diciéndose galanterías, hasta que los músicos rompen en alegres rasgueos, entre los bravos de los asistentes que los acompañan con palmoteos acompasados y castañuelas imitadas con los dedos. Les sirve de alfombra la gramilla verde y de cortinado y techo el ramaje del árbol de sombra espaciosa. Las vueltas ágiles, los movimientos graciosos del cuerpo, la expresión de los rostros, la novedad de los zapateados y la precisión en el compás, arrancan exclamaciones entusiastas de los espectadores.

—¡Una sin otra no vale! ¡Un trago para el cantor! Una salva de aplausos resuena al final del baile, y antes que se siente la heroína, otro mozo, que ha estado brincando por echar su escobillada, la invita diciendo:

—¡Barato, la niña!

Cada uno muestra así su sistema en ese baile curiosísimo, que tanta gracia presta a las jóvenes desenvueltas y bonitas, y el cual consiste en dar vueltas como siguiendo el mozo a la niña, ya intentando pasar sin que ella se lo permita, formándole un atajo con el vestido y corriendo siempre en frente para estorbarle el paso, hasta que el joven se pone a zapa-tear como para conquistar a su enemiga, quien concluye por dejarle libre el sitio yendo a ocupar el de su compañero; y así se repite dos veces hasta que se termina con alguna figura de reverencia o adoración de parte del rendido galán, entre los vivas y dicharachos dirigidos a la brava pareja. El guitarrero le endereza una copla sentida, una declaración de amor a la cual ella contesta con una sonrisa, pero sin hacerle más caso: son licencias de que goza el cantor, sin comprometer nada seriamente.

Ahí está el tío Jonás, gran bailarín en sus mocedades, y que se alborota todavía viendo la danza. Una chinita despejada sale a darle la mano para obligarlo a bailar una zamacueca chilena, porque aun el viejo sabe quebrarse graciosamente y mover las piernas con agilidad. Todos le hacen círculo, metiéndole una bulla infernal, y el anciano reverdecido, hasta se toma la libertad de dar un abrazo a la compañera, al terminar la tanda, cuya repetición obligada se le dispensa en razón de sus achaques.

—Eh, diablos, que bailen mis nietos; yo ya no estoy para dar brincos, — dice secándose el sudor de la frente con un gran pañuelo de algodón; porque el calor del sol produce bajo la sombra esa irradiación que los paisanos llaman *resolana*, cargada de los perfumes calientes de los pastos y del hinojo abundante.

La animación decrece al influjo adormecedor de la alta temperatura, y poco a poco van cayendo estirados sobre sus mantas los bailarines y los espectadores, hasta que el silencio más profundo reina en la asamblea. Y aquí de las chicharras, que durante el alboroto han estado calladitas sobre el gajo

de tala, y ahora rascan todas a un tiempo sus guitarritas en el mismo tono, produciendo una somnolencia irresistible. Diríase que en las siestas ardientes, cuando todo se adormece en la creación, ellas son la música del silencio, porque no se cansan de imponerlo con su *chirrrrr* prolongado y narcótico.

Cuando el sol ha caído y dejan de ser temidos sus flechazos, la gente vuelve al oficio, hasta que el astro se oculta tras de la sierra; la bullaranga se desvanece como por encantamiento y comienzan a volver todos a los ranchos; la noche se va acercando y empiezan a encenderse los fogones en la planicie, al mismo tiempo que las estrellas en el cielo. Mirado desde la altura, donde está la casa de mis abuelos, aquel conjunto de luces dispersas sin orden en el arenal de enfrente, hace el efecto de una bahía silenciosa y en calma, donde arden los farolillos de las embarcaciones.

Pero allí, en el seno de las familias propietarias, la escena es diferente; la alegría repercute en el vasto corredor, donde se ha armado la charla con todos los que han venido de visita trayendo criaturas y sirvientes. Ninguno se sentía desgraciado, porque un vínculo amoroso los reunía en una sola ambición noble y pura. Los ancianos estaban allí para reflejar su severa virtud sobre los hijos y los nietos, congregados cuotidianamente, y para mantener la atmósfera serena de aquel hogar que ya no existe. Nosotros hacíamos reunión aparte; mejor dicho, nos mandaban a jugar, y a pelear también, sin peligro de lastimarnos sobre la arena espesa de la gran playa que se junta con el campo. Formábamos numerosas comitivas, y prendidos todos de las manos, íbamos en corporación a hacer visitas a las viejas mamás que teníamos en los ranchos, porque, cual más, cual menos, todas habían sido nodrizas de nuestros padres.

Allí, lo recuerdo bien, vivía “mamá Ubalda”, o Walda, que murió cuando iba a cumplir un siglo, ya perdidos la razón, la vista y el gusto, y a quien inconsideradamente le hacíamos las travesuras de Lazarillo de Tormes, dándole a beber

menjunge inofensivos, pero no usados, que a ella se le antojaban sabrosas bebidas y refrescos deliciosos.

En seguida la pandilla marchaba a dar un malón a los ranchos, donde tenían aloja fresca en los grandes *noques* de cuero que le sirven de vasija, o en tinajas de barro cocido tapadas con ramas de sauce llorón; o bien, cuando oíamos sonar el tambor chayero, en anuncio de diversión criolla, éramos seguros a formar la mosquetería, a gritar, a reír y a ensayar también los bailes nacionales. Todo esto mientras los viejos de casa, con la gran rueda de visitas de la misma familia, pero que vivían en sus fincas, departían sobre todos los temas serios de la política, traídos por los diarios de Buenos Aires y de Chile, sobre los intereses comunes de la localidad, y por fin, de todo cuanto nosotros no entendíamos y menos nos importaba.

En aquellas reuniones se proyectaban los paseos a los sembrados y a las huertas distantes. Al día siguiente, todo un ejército marchaba a caballo: las señoras con sus sombreros y vestidos de campo, y los caballeros acompañándolas devotos y enamorados. A las abuelitas las llevaban en carruaje, y a nosotros nos metían en un carro de la cosecha, y nos dábamos por muy bien servidos con tal de no perder el banquete preparado bajo un inmenso algarrobo, y en el cual se hacía un gran derroche de frutas, con el pretexto de probar la producción del año y comparar la de una finca con otra.

No me olvido nunca de aquellas montañas de sandías y melones olorosos de extraordinario volumen; de aquellas tipadas de higos de toda especie, desde el *uñigal* de color violeta, hasta el cuello-de-dama de pie blanca y de corazón encarnado como sangre joven; de aquellas canastas de uvas finas elegidas de los parrones reservados, contrastando en colores y rivalizando en lo exuberantes y en lo transparentes. Se daba un paseo a pie para hacer apetito, y luego se dividían señoras y caballeros para ir a los baños de las grandes acequias, cubiertas por impenetrables bóvedas de sarmientos entretejidos y arqueados por el peso de los racimos. Nosotros, los ni-



ños, quedábamos dueños del arsenal, y cuando volvían todos al almuerzo campestre, ya habían disminuído notablemente las provisiones. No podíamos resistir a la tentación, cuando estábamos libres del deber moral de la continencia; partir una sandía era descubrir un tesoro de emociones, porque su corazón del color del fuego despertaba ansias de devorarlo de un sorbo, y así lo practicábamos sin tener en cuenta la ciencia intuitiva del ahorro.

A esa edad no se piensa sino en que las plantas dan el fruto y en que éste es hecho para gustarlo; la idea del trabajo y del sudor de la frente, todo eso nos sabía a sermón y a cosa incomprensible. Nuestra ilustración no pasaba todavía de unas cuantas letras del abecedario y de una marcada aversión por la escuela. Esto no impedía que para reirse de nosotros, nos creyeran los viejos capaces de pronunciar discursos en el banquete. Mi primer ensayo oratorio tuvo aquel escenario, y por señalar el corazón para expresar que lo tenía henchido de no sé qué — el discurso era soplado — tuve vergüenza, y mi mano se quedó a la altura del estómago: la acción oratoria resultó trunca, pero el efecto que el auditorio se prometía, nada dejó por desear.

¡Qué quintas aquellas, y cómo el trabajo unido de toda una generación era coronado por la tierra fecunda! ¡Cómo reinaban el bullicio y la vida en aquella aldea habitada por una aristocracia de limpio pergamino, por familias que habían ilustrado su nombre en la historia local, y habían fundado su hogar común con la noble y asidua labor agrícola! Todos los años rebosaban los graneros, extendíanse los cultivos, las bodegas multiplicaban sus vasijas, aumentábanse en la casa los depósitos, ensanchábanse los cercos para las haciendas, y en la época de las cosechas, resonaba sin interrupción el rumor del trabajo, como un himno de la tierra agradecida al cuidado del hombre. ¡Con cuánta animación la gente labradora asistía a sus tareas diarias, al son de músicas y de cantos de alegría! Allí el tronco venerable de todas las familias propietarias, el anciano coronel don Nicolás

Dávila, veía crecer su prole numerosa, como el olivo secular, alimentando con su presencia el amor y la ayuda recíprocos que aplicados al cultivo de la tierra, hacíanla rebosar en frutos.

La tierra tiene un alma sensible, y es dócil a las caricias de sus hijos y al riego regenerador de sus torrentes; ella se viste de gala y despide perfumes cuando los hombres se aman y santifican con su amor al hogar; ella se rejuvenece cuando siente el calor de las dulces afecciones domésticas, y el de ese otro grande y sublime sentimiento que nace de sus entrañas para encender el fuego creador de las naciones; ella guarda en sus recónditos abismos la patria del hombre, que comienza en el árbol solitario, sigue en la cabaña rústica donde arde ya la llama simbólica del hogar, y se difunde en las agrupaciones. Entonces los valles se alfombran de verdura, los llanos crían las selvas gigantescas, las montañas albergan el metal precioso y útil, y por encima de toda ella discurren una armonía, una frescura, un aroma, que van derramando en los corazones anhelos de grandezas desconocidas, fervores purísimos de las virtudes fundamentales, ansias irresistibles de un puro ideal, erigiendo templos que no pudiendo llegar hasta Dios, lo hacen bajar hasta ellos en la forma plástica, rodeado de todos los esplendores con que lo forjan los sueños y las fantasías.

Pero ¡cómo palidece y se descolora la tierra cuando sus habitantes, olvidando las leyes comunes del origen, dejan penetrar en el santuario de las familias las pasiones egoístas, las ambiciones sórdidas, la llama rojiza de las rivalidades y de los odios! Un soplo caliente del desierto cruza por los bosques cubriendo de amarillo ropaje los árboles; las hojas que formaron dosel al arroyo, despréndense una a una sobre la corriente tardía, porque van agotándose los manantiales que le dieron su caudal; los frutos jugosos de otro tiempo nacen y mueren en el tallo, porque les faltan el riego y la sombra; las aves que fueron música de los huertos y sembradíos, emigran de la comarca inhospitalaria, porque no tienen ramas para

sus nidos ni brotes para su alimento; en los ranchos del labrador no se encienden los fuegos, ni crecen en los techos pajizos la verdolaga y las margaritas silvestres del color del oro, ni resuenan los tambores ni las guitarras en las horas del descanso: una ráfaga de hielo parece deslizarse por todo lo creado, y ha enmudecido y muerto.

Es la discordia que ha invadido con sus alas espinosas los hogares, y nublando los ojos, enfriando las almas, desgarrando los corazones, ha sembrado al pasar la desolación y la miseria...



**XI**

**EL CORONEL DON NICOLAS DAVILA**



## EL CORONEL DON NICOLÁS DÁVILA

Todo esto lo sabe el veterano que vigila aún, desde su humilde huerto, la paz de sus hijos, hace esfuerzos para vivir y trasmontar la valla del siglo que se acerca, con aquella fortaleza de ánimo que fué la virtud de su generación, con aquella experiencia de la vida que adquirió en luchas incesantes y en sufrimientos infinitos. Era el patriarca que gobernaba la grey con el derecho innegable de la sangre, y con el poder temido de un carácter que no doblaron jamás los reyes, ni los déspotas de cuchillo, ya se llamaran Fernando VII, ya Facundo Quiroga.

Duro, inflexible y áspero como las montañas que le vieron nacer, tenía también su espíritu las ternuras, las suavidades y las dulces conmociones de una naturaleza delicada y poética. Fué el nervio del municipio riojano cuando el cabildo regía la ciudad y sus lejanos términos, acaudillando el sentimiento de libertad cuando nació al influjo de la revolución; fué guerrero cuando se le mandó traspasar los Andes; fué estadista cuando hubo de regirse el pueblo por sí mismo; y fué mártir cuando la barbarie criolla levantó lanzas y sables, para devastar y ahogar en embrión la obra de la Independencia. Muchas veces su cuello estuvo bajo la cuchilla del bárbaro, sus pies encadenados y su hogar invadido por el fuego y el pillaje; y cuando al fin la causa civilizadora alzó en señal de triunfo su bandera acribillada en los combates, volvió a la aldea, cubierto de gloriosas cicatrices, a empuñar la azada, a derramar la semilla en el surco y a decorar el templo del hogar, donde después de tan amargas odiseas, pudo agru-

par en torno de la misma llama sus vástagos dispersos por el infortunio.

Yo he alcanzado a conocerle cuando iba a cumplir un siglo de existencia; todos los bisnietos le mirábamos con ese temor que inspira una imagen venerada y solitaria dentro del templo silencioso; allí, en su casa-quinta de largos corredores que dominaban un patio como plaza, le veo todavía sentado por las tardes en su sillón de suela, medio encorvado apenas, empuñando un grueso bastón de membrillo y cubierta su cabeza con un gorrito de terciopelo celeste, con un sencillo bordado de oro.

Su huerta era nuestra codicia; tenía las uvas y las naranjas más sabrosas, no sé si por la calidad o por la prohibición que pesaba sobre nosotros de tocarlas. Nuestras viñas y nuestras huertas las tenían también, pero un placer delicioso sentíamos al penetrar a hurtadillas en la de nuestro bisabuelo, practicando portillos en los cercos de ramas, o saltando las tapias vetustas que la separaban de las nuestras. Había allí una atracción misteriosa, y algo como esos jardines guardados por gigantes, con los ojos abiertos cuando duermen y cerrados cuando velan, de que nos hablan los cuentos de viejas. Solíamos arrastrarnos por las malezas, bajo los parrones y los naranjos, para espiar si el anciano podría descubrirnos, si el gigante fabuloso creado por nuestra fantasía estaba despierto o dormido.

Era yo entonces un mocito de siete años, y andaba ardiendo en amoroso fuego por una de mis primas, quien, según mis recuerdos, me daba a creer que me correspondía; no nos separábamos nunca en las horas del recreo y vagabundaje por los huertos, y sentía como ráfagas de gloria cuando le entregaba nidos y ramos de flores, o cuando trepándome sobre un manzano, un naranjo o una parra encaramada sobre un durazno corpulento, podía tirarle desde arriba, o traerle con mis propias manos la fruta o el racimo codiciados.

Nuestras familias fueron una tarde a casa del anciano, y mientras hacían su visita, mi prima y yo nos escapamos a



la huerta a nuestras habituales correrías. Hallábame colgado de una gruesa viga del parrón, forcejeando por arrancar un apretado racimo con el cual se había encaprichado mi primita, que enfrente de mí observaba la operación con ojos de deseo, cuando sentimos caer a nuestros pies el bastón de membrillo del abuelito, quien con todo silencio nos venía atisbando y poniéndonos al alcance del garrotazo. Oímos un grito cascado y ronco, que nos pareció el rugido de una fiera, y corrimos despavoridos, cayendo y levantando, hasta las faldas de nuestras mamás, que apenas pudieron contener la risa al saber la causa de nuestro espanto.

El anciano tenía la grave ocupación de cuidar sus árboles, y en la época de la poda, veíasele con la tijera, cortando los sarmientos y los gajos arrastrados por el suelo; sus leyes eran crueles y las penas terribles para los violadores; y para darles el debido cumplimiento, estaba allí el garrote de la justicia, y aun podía cimbrarlo por nuestras piernas, sin que, no obstante, llegara a escarmentarnos jamás.

Recordaba él sin duda que un tiempo empuñó la vara del alcalde, allá por los años de la Revolución, manteniendo tiesos y en compostura al pueblo y cabildantes, y al mismo orgulloso teniente de Gobernador, quien revestía el mando militar en toda la Provincia; pero es fuerza confesar que con la bandada de sus bisnietos no las tenía todas consigo, porque se le escabullían por debajo de la silla, le daban vueltas al pilar o al tronco del naranjo, o corrían tan veloces que sus piernas no podían más, y forzábanle a quedarse refunfuñando y enarbolando el bastón entre juramentos y amenazas estériles. A sus hijos, que eran nuestros abuelos, los trataba como niños y los reprendía con dureza, cuando en su vida pública vislumbraba algún asomo de debilidad o vacilación. Vivía con la mente siempre en el pasado, como si esa época de heroísmo se hubiese estereotipado en su cerebro, y con sus hombres, caracteres y sucesos, eran todas sus comparaciones de los acontecimientos contemporáneos.



**XII**

**¡VIVA LA PATRIA!**



### ¡VIVA LA PATRIA!

Quiero referir un sencillo episodio de la vida de este patriota ignorado, que duerme hoy el último sueño en el pobrísimo cementerio de su aldea, en medio de sus hijos y de algunos de sus nietos. El año 1810, en el mes de junio, atravesaba con su familia las montañas, por el camino que he descrito; la noche le sorprendió lóbrega, nebulosa y azotada por un viento frío, en una de las profundas gargantas que bordan la impracticable senda de entonces. Había en el aire como anuncios de algo siniestro, porque el viento silbaba con aullidos funerarios. Las señoras dormían alrededor de una grande hoguera; sólo él velaba, presa de inquietudes y de zozobras inexplicables, pero que hacía tiempo le preocupaban intensamente.

Aplica el oído a ambas direcciones del camino: nada más que choques de ramas, bramidos del viento imitando voces, graznidos y llantos en la tiniebla profunda. Montá sobre una roca del sendero, y cree escuchar el rumor de un jinete que se acercaba haciendo chillar las rodajas de las espuelas como si viniera con mucha prisa. Su ansiedad ha encontrado una prueba; sí, algo grave ocurre, algo muy grande o siniestro, y ese hombre no puede ser sino una víctima escapada, o un mensajero de órdenes o noticias que lo explican todo. Cuando llega a su lado, siente un impulso nervioso, irresistible, y sin pensar que se asemejaba a un bandido de caminos, le grita desde la obscuridad con voz imperiosa:

—¡Alto! ¿Quién es usted? ¿Para dónde va?

—Señor, soy chasque y llevo órdenes de estar esta misma noche en Nonogasta.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Qué sucede?

—Son mis órdenes; debe haber sucedido alguna cosa muy grande *para abajo*, porque el Comandante General me mandó ensillar inmediatamente y llevar un oficio para don Nicolás Dávila.

—¡Para don Nicolás Dávila! ¡Soy yo, déme pronto ese oficio!

Toma el sobre, y casi sin atinar a abrirlo, corre al fogón y lee en un instante aquel misterioso pliego.

Su rostro se iluminó con un resplandor de alegría tan extraordinario, sus ojos se dilataron de tal modo, su pecho respiró con tanta fuerza, sus manos se alzaron al cielo en actitud tan ferviente e inquieta, que habríasele tomado como poseído de un acceso de locura religiosa, en la cual hubiese visto cercana la transfiguración. Corre a donde su esposa y sus hermanas descansaban, las sacude, las grita, las levanta de los brazos, llama a los criados, a los peones, balbuce palabras incomprensibles y se mueve sin tino de un lado a otro, golpeando con la mano derecha el pliego extraño, como si allí tuviera una revelación tremenda, grandiosa, esperada mucho tiempo con ansia. Al fin se serena, normaliza la respiración, sosiega los pies inquietos y tranquiliza la familia, abismada ante esas manifestaciones de una alegría rayana en la exageración.

—¡No saben ustedes lo que es esto! ¡Alégrense como yo! ¡La patria ya es libre! ¡Ha estallado la revolución! ¡Viva la patria! ¡Viva la patria!

Y volviendo de nuevo a su paroxismo, corría gritando cual si quisiese despertar a los muertos, como buscando un pueblo que repitiera sus aclamaciones, como pretendiendo conmover las rocas inmóviles. El viento tronaba con furia, rugía como un tigre al chocar con los árboles seculares: y el primer grito de ¡viva la patria! que oyeron los Andes, se alejó por aquellas tinieblas, en medio del fragor pavoroso

del vendaval, vibrando con profética conmoción por encima de las cumbres eternas.

Era lo que esperaba en sus alucinaciones; era lo que envolvía en sombras su espíritu desde mucho tiempo; era lo que le agitaba sin tregua y lo que providencialmente guiaba sus pasos hacia la ciudad. Cayó rendido sobre la cama, y durante el sueño se le oían palabras incoherentes, gritos de entusiasmo, risas de una alegría neurótica, movimientos bruscos como si hablara en una tribuna, como si marchase a la cabeza de una multitud pidiendo libertades, como si asistiese a una batalla al frente de una legión de héroes. El estruendo de la tempestad que parecía desencajar las moles de granito, amenazando arrebatargas en sus torbellinos incendiados por el relámpago, resonaba en su cerebro como el de las multitudes amotinadas para derribar el trono dominador de la América; y así pasó aquella noche, hasta que el siguiente sol aplacó con sus primeras claridades el furor de los vientos desencadenados.

Corrió a la ciudad a poner la vida al servicio de la causa nacional, y desde entonces su cuerpo no reposó un momento, hasta ver a la patria reconocida por las naciones civilizadas y libre de la barbarie de los caudillos; hasta que doblegado por los años, fué a encerrar los últimos en la finca de naranjos y de viñedos, cultivados con sus propias manos; hasta que la más humilde de las tumbas se abrió en el terruño nativo para sus reliquias beneméritas.

¡Oh tiempos y hombres aquellos! ¡Qué tristes, qué terribles, qué amargas meditaciones sugiere la vista de esos panteones miserables, repletos de cenizas venerandas, expuestos a la voracidad de las aves carniceras, y la contemplación de los palacios que la vanidad y la fortuna erigen cada día para los felices despojos de sus favoritos!

Sombras densas envuelven todavía las leyes que rigen el desarrollo humano. El vínculo de una edad con otra edad se pierde en el espacio como hilo finísimo, imperceptible al más profundo observador, y las generaciones pare-

cen, así, desligadas de las que las engendraron, borrados los sentimientos instintivos del origen y del amor, nacidos de una fuente común. Un cementerio es una muralla que divide a los padres de los hijos, enterrando con los huesos su historia bajo el mismo sudario. El estrépito de las pasiones contemporáneas ensordece la voz de los recuerdos, que surge del fondo de los sepulcros con la dulce melodía de un arpa escondida entre el follaje; y mientras la loca multitud se aleja al son de cantares de orgía o de himnos de triunfo, deshojando las coronas de hiedra, se ve en otro lugar del cuadro, de fondo sombrío y teñido del rojo de los crepúsculos, una bella imagen de mujer agonizante, pero sonriendo con esa sublime poesía de la muerte, cuando el alma que se va no ha manchado las alas en el lodo. Sí, la turba ebria de placeres o de victorias báquicas ensordece la selva al pasar; pero sobre la tumba que se abre bajo sus danzas grotescas, cae una piedra fúnebre. La imagen de la patria se encierra en ella; hay en su estertor postrero un resplandor de esperanza, como la tenue vislumbre del astro que se pierde tras de la cima.

El hijo de la aldea inocente, arrastrado por las corrientes mundanas vuelve un día, después de recios golpes y desengaños sangrientos, a buscar en el hogar el amor que le fortalece; el árbol carcomido dobla la última rama viviente hacia la tierra, donde absorbe de nuevo la savia primitiva para renacer con formas espléndidas; el ave emigrada a climas remotos, donde ha perdido el brillo de su plumaje y el timbre de su voz, retorna a la selva nativa a beber en el manantial y a reconstruir el nido donde sus padres murieron de soledad; así los pueblos olvidados de su origen, de su tradición, de su historia y de sus destinos, lanzados al vértigo de las vanidades y de las falsas glorias, sienten un día la voz secreta que les habla del pasado, como Jehová del fondo de la nube, y entonces, como el peregrino al hogar, como las ramas a la tierra, como el ave a su bosque, descienden a los sepulcros de sus glorias a impregnarse



de virtudes invulnerables, de abnegación y de heroísmo; reanúdase la historia interrumpida por la locura, resucita ceñida de flores inmortales la visión de la patria, al rumor de himnos juveniles que bendicen el hogar común, consagrado por la santa religión del amor...



**XIII**

**LA TRILLA. — LOS NOVIOS**



### LA TRILLA. — LOS NOVIOS

Pero volvamos a los recuerdos de color sonrosado, que tienen el encanto del alba y las gracias de la niñez; dejemos a los muertos dormir tranquilos en sus fosas, guardando esa obscura filosofía con la cual no quiero nublar estas páginas. Todavía resuenan a lo lejos voces de júbilo y estrépito de fiesta; la cosecha no ha terminado, y pintorescas escenas se suceden allí donde las parvas de trigo, a distancia semejantes a pirámides de oro, esperan la trilla. Los hombres de a caballo conducen por los largos callejones de la hacienda la tropa de mulas briosas e indómitas, impelidas por los golpes de la azotera sobre el duro guardamonte, abierto en dos alas sobre la cabecera de la montura; llegan al cerco de palos atravesados que rodea la parva, se agolpan para entrar todas a un tiempo por la pequeña puerta, asustadas de los gritos de los peones, que agitando sus ponchos y corriendo a todos lados les impiden la fuga.

La pista está alfombrada de espigas, porque de lo alto de la parva las echan con la ayuda de rústicos tridentes formados de la rama de un árbol. El picador azuza a la tropa con golpes de guardamonte y gritos estentóreos, obligándola a dar vueltas en torno de la parva, arrojando bufidos como si huyeran de un tigre que las persiguiese de cerca.

El vértigo de la furiosa ronda despierta en el arreador un entusiasmo frenético, alimentado por la algazara que levantan de afuera los curiosos apiñados alrededor de la palizada, y para quienes es deleite la vista del espectáculo.

En breve ya no se ve sino una nube de polvo amarillo, envolviendo el cuadro, y adentro resuenan en concierto satánico los resoplidos de las mulas aterrorizadas, los desacordes aullidos de la multitud, y por encima de todo, vibra sin interrupción el *harr, harr, harr...*! con que el arreador desespera en la fuga a la tropa endemoniada.

De pronto cesa el tumulto; el silencio le sucede y el polvo se disipa lentamente, dejando ver los animales amontonados, despidiendo sudor a chorros y respirando con movimientos bruscos; el jinete fatigado ha hecho cama sobre las pajas y reposa de espaldas, con los brazos abiertos, al lado de la bestia. Acuden después las mujeres con grandes tipas tejidas de caña, a recoger el trigo desprendido de su envoltura, para acumularlo en otro sitio barrido con primor, donde luego han de cernerlo con la ayuda del viento.

Cada una de estas escenas se convierte en fiesta por la reunión de parientes y amigos viejos, por la necesidad de pasar el día fuera de los hogares y por ese contento íntimo del hombre cuyas fatigas son recompensadas por frutos abundantes. Siempre han de acudir las morenas de ojos retintos, sombreados por pestañas tupidas y arqueadas, como para dar paso libre a las miradas de fuego; y así ¿cómo no ha de llenarse la faena de gauchos lucidos, que más tardan en oír la señal del descanso, que en estrechar la blanda cintura de las morochas, siempre al alcance de sus brazos como si los estuvieran esperando?

El baile se arma en cualquier parte, a la luz del sol y sobre el suelo tapizado de yuyos, como a los exíguos resplandores de un farol y sobre el chuse criollo. Ellos nada tienen que ocultarse, y prefieren la tertulia de sobretarde, donde por más que se arrimen unos a otros, nunca han de hallar esplendores falsos ni mentidos colores.

Aquellas cejas negras de las muchachas provincianas tienen las raíces hondas, y son regadas por una savia virginal que da brillo y aureola a los cabellos, a la *simpa* exuberante que envuelve su cuerpo cuando la dejan chaçotear

en libertad sobre la espalda. Los rayos del sol alumbran hasta el fondo de aquellas pupilas, de las cuales surgen las miradas tímidas, asomándose cautelosas por entre los hilos del cerco de ébano, como teniendo miedo de ser sorprendidas por el amante en acecho; el joven, inclinado para hablar cerca del oído, las obliga a levantarse, ruborizando la mejilla tostada y escudriñando la fuente recóndita de los sentimientos en breves palabras confesados.

Un clavel rojizo se marchita y ennegrece, prendido en medio del pecho, allí donde se cruzan las puntas del pañuelo de seda, dejando ver apenas las orillas del encaje tejido por ella misma bajo la sombra de su rancho; el enamorado campesino clava en él los ojos tristes y humedecidos, como fascinados por un punto de fuego que marcase el resorte de un tesoro oculto; el compás de la danza se ha perdido, los pies se mueven sin impulso, los brazos se estrechan sin saber por qué, la morenita deja caer la cabeza sobre el hombro de su compañero, sin advertirlo, y mientras sigue el perezoso baile, hay una sonrisa en su boca rosada y el velo de una lágrima se extiende sobre sus pupilas entreabiertas. Nada se dicen con palabras; las miradas dormidas son súplicas que se entienden, promesas que se corresponden, reflejos mortecinos del mundo ideal en que se creen transportados. Muchas veces no han advertido el silencio de la música, y siguen la prolongación del último compás, mientras el concurso los contempla con esa burla piadosa que inspiran los enamorados, cuando han perdido la noción de lo externo.

Son los novios de la aldea, y esperan la venida del párroco para cumplir los votos jurados en primavera, cuando florecían los duraznales y las cepas destilaban su llanto cristalino; y entretanto se devoran sus almas y se ahondan sus ojos. El es el payador de la comarca, el de las décimas llorosas y de romances melancólicos; sabe la historia de las aves y de las flores, y su voz trémula canta los idilios de los bosques, los amores primitivos, las poesías de las puestas del sol y de las noches de luna, cuando el genio del Famatina

asoma entre llamaradas sobre los campos de hielo de la altura, oprimiendo el corazón de cuantos oyen el profundo gemido que trae el viento a los valles; y sólo muy rara vez, y a escondidas de la gente, entona la canción de su amor, cuando sentado en el patiecito del rancho, al lado de su novia, ella se la pide con tono de ruego. Entonces, ¡cómo vibra su voz juvenil y cómo brillan sus ojos insomnes, levantados al cielo para recordar la poesía y para presentar el rostro árabe a la luz plena de la luna dormida en el firmamento!

Cuando el último verso y la última pulsación de la bordona han quedado repercutiendo en la noche muda, ya no pueden esperar más tiempo, y haciendo un heroico esfuerzo, él se desprende de su banco, salta sobre el caballo que le llama con resoplidos y se aleja al galope... La guitarra ha caído sobre las faldas de la novia, como para decir lo que calló su dueño en la extraña despedida, y después de una larga meditación que atrae muchas veces a su garganta empujes de sollozos, la pobre enamorada se va también, acariciando con la punta de los dedos las cuerdas, como llamando la canción que se ausentó sobre la brisa errante.

El gaucho argentino es siempre el mismo bajo todas las latitudes de nuestro inmenso territorio; la tristeza es el fondo de su ser, porque se la infunden la soledad de la llanura y sus lúgubres crepúsculos, y se la vierten la sombría majestad de las montañas y los recónditos bramidos del viento aprisionado en las quebradas profundas. Ama siempre con vehemencia, poniendo en el amor la vida, ya a la campesina de tez morena en cuyos ojos arde el fuego del clima, ya a la tierra de su nacimiento, regada en los combates y en los infortunios con la sangre de sus padres. El sabe la historia, porque allí está clavada al tronco del algarrobo del camino, la cruz negruzca en cuyos brazos se lee la fecha de la viudez de su anciana madre; allí, a la salida de la aldea, se ve aún manchada con sangre la piedra que sirvió de banquillo a los defensores de la patria, y allí, muy cerca,



el camposanto donde se enterraron a montones los cadáveres de sus antepasados, de sus amigos, de sus compañeros.

Es siempre el mismo gaucho nacional, susceptible de lo bello y de lo grande; hay en sus amores purezas infantiles dignas del idilio, respetos del caballero medioeval, que desnuda la espada y' provoca a duelo al osado insultador de la dueña y de la honra. Los desdenes del amor le acibaran la vida y enervan el vigor nativo, convirtiéndolo en dócil instrumento de sus sensaciones dolorosas; pero el rival le trueca en héroe, despertando los instintos nobles, y no es ya el dulce cantar la voz de sus sueños, sino el rugido ahogado en el pecho el que expresa la sublevación de las pasiones que hacen chispear las pupilas y armar el brazo. Su alma es como el árbol en cuyo tronco vive el enjambre elaborando su miel y susurrando como cuerdas de arpas invisibles; pero el leñador ha dado el golpe formidable, y entonces la multitud de esos obreros que trabajan cantando, surge furiosa y armada de terribles púas contra el que viene a amenazar la paz del taller y la vivienda.



**XIV**

**EL VATICINIO DE UN CIGARRO**



## EL VATICINIO DE UN CIGARRO

Veinte años hace que el pueblo señorial de Nonogasta presentaba el alegre aspecto de la abundancia y de la unión fraternal de los hogares, que no eran sino ramas de uno solo. Vivían entonces todos sus aristocráticos propietarios, hombres de notoriedad política y altas virtudes cívicas; las mujeres participaban de esa educación desenvuelta entre las luchas, las agitaciones, los sobresaltos de la guerra civil, de la montonera nómada que caía en busca de botín y de las cabezas de los hombres cultos, aquíjoneada por los intereses anarquistas en derrota. Extinguida la lucha entre las antiguas familias de Ocampo y Dávila, por un matrimonio célebre concertado por mi bisabuelo, estos últimos quedaron tranquilos en sus linderos, yendo los otros a ocupar los suyos entre las sierras de Famatina.

Tres hombres distinguidos derivaban de aquel tronco casi secular; eran los hermanos Dávila, don Maximiliano, don Guillermo y don Cesáreo. El último dejó de existir después de haber desempeñado un papel principal en la política interna, en épocas de convulsiones y desórdenes. Los dos primeros quedaron todavía mucho tiempo, sosteniendo la autoridad paternal que hacía la dicha de todas las familias. La más estrecha intimidad los unía, se visitaban todas las noches, y siempre apartados de la gran rueda formada de hijos, nietos y bisnietos, conversaban sin interrupción hasta las doce, hora en que la tertulia se disolvía, después del clásico té de las familias provincianas.

Una de esas noches departían tranquilamente en sus sillones, preparados en el patio sobre un chuse cuadrado, al claro de una luna llena que iluminaba los más lejanos accidentes de la planicie. Don Guillermo tenía un espíritu vivaz y penetrante y una gran ilustración en ciencias, política y literatura; y durante los años que fué senador de la República, había tratado a los hombres más eminentes. Su conversación era, así, interesantísima, atrayente y muchas veces poética. Mi abuelo don Maximiliano no ocupó altas posiciones, pero alimentaba sin cesar su inteligencia con las serias y escogidas lecturas de su rica biblioteca, la primera que despertó en mí la curiosidad de las letras.

Estaban de buen humor, y llamaron a su lado la reunión con gran sorpresa de señoras y caballeros, habituados ya a ver esos dos filósofos, indiferentes en apariencia a las alegrías y juegos de la familia. Don Guillermo saca del bolsillo dos grandes cigarros, y ofreciendo uno a su hermano, le dice como una ocurrencia súbita:

—Maximiliano, ya sabes que soy supersticioso y vamos a poner a prueba a la fatalidad; aquel de nosotros que concluya antes su cigarro, fumándolo con la lentitud acostumbrada, ese morirá primero.

Poco se festejó, y en indecisas frases, la salida inesperada; y olvidados pronto del incidente, siguió la charla hasta más allá de la hora habitual, hasta retirarse todos, sin fijar siquiera la atención en que mi abuelo arrojó antes que su hermano el resto del cigarro puro. Al separarse los dos, éste le dijo riendo:

—Bueno, Guillermo, puedes ir preparándote para mi entierro. Me ha tocado la bolilla negra.

Allí todos esos viejos despreocupados del mundo y del trabajo personal, se levantaban a los primeros anuncios del sol, cuando dora los *cogollos* de los álamos del huerto de enfrente. El corredor donde él dormía era abierto al naciente, y aquella mañana viéronse en el caso de colgar cortinas al lado de su cama, porque el sol ya lanzaba sobre ella pun-

zantes rayos. Llegaron las nueve entre las zozobras, las conjeturas siniestras y las dudas, entre si debían o no despertarle de tan profundo e inusitado sueño. La viejecita su esposa no pudo resistir más, y fué despavorida a sacudirle. Estaba duro y frío como un témpano, y ni una arruga había en la sábana a no ser la depresión formada por el peso del cuerpo.

Bien pronto se cumplió el funesto vaticinio pronunciado en un momento de buen humor; pero no tardó mucho tiempo su hermano en seguir sus huellas, y en apagarse ya la llama de aquel santuario, conservado por la presencia de los ancianos y por el religioso respeto que inspiraban a sus hijos, reflejándose sobre el hogar y sus relaciones domésticas.

Cuando después de veinte años de ausencia he vuelto a visitar aquellas sitios, consagrados por la poesía y los ensueños de mi infancia, lo confieso, he llorado a solas sin poderlo resistir. Estaban los sauces, los álamos y los naranjos tan descoloridos; había tanta desnudez en los parrones predilectos y tanto mutismo en aquellas inmensas viviendas, llenas en otro tiempo de bendiciones y de inocente bullicio, que tuve necesidad de imponer silencio a mi cerebro, y de ahogar el corazón bajo la presión de mis manos.





**XV**

**EN EL FAMATINA**



## EN EL FAMATINÁ

Por fin, y después de tantas correrías y ostracismos dolorosos, mi padre consiguió levantar las paredes de nuestra casa, en la que debíamos pasar el resto de la vida. Está en el antiguo pueblo minero de Chilecito, asentado al pie del Famatina novelesco, con sus viñas, alfalfaes, naranjos y sauces llorones. El hogar nuevo y definitivo hallábase rodeado de huertas de abundantes frutas, donde crecían dos olivos centenarios; los rosales que cubrían por largos espacios las rústicas tapias, y la acacia de flor violeta. No bien nos instalamos, mis hermanos y yo salimos a reconocer el teatro de proezas futuras. La viña que se dilataba al fondo, nos ofrecía brillantes perspectivas; hallábase entonces cargada de frutos en sazón, y los árboles, diseminados en todo el circuito, se tronchaban al peso de una producción exuberante, casi excesiva.

Comenzó mi madre a formar la hortaliza y el jardín; a levantar encatrados para los parrones y los rosales frondosos de la multiflor, de esa rosita pálida pero traviesa, que vive asomándose sobre las paredes para curiosear en los sitios vecinos; a construir las melgas y los canales de riego; a bordar los cercos grotescos de la heredad con álamos y rosas ordinarias, pero con la virtud de crecer de prisa y cubrir de apretado follaje los muros limítrofes. Nosotros éramos sus peones, armados de palas y azadas, y ella nos dirigía señalándonos la línea del surco y del bordo, indicándonos con cruces marcadas en el suelo las excavaciones para las plantas nuevas, que ya tenían sus raíces en humedad.

En seguida ella misma, atacando la tierra con sus propias manos, enterraba los gajos de álamo, de rosa, de naranjo y de los olivos desprendidos de sus abuelos, y ella misma distribuía las semillas en las zanjas abiertas por nuestras herramientas.

Veíamos retozar el contento en aquel rostro, sombreado por tantos infortunios y tantos soles; sentíamos la influencia de su dicha íntima y trabajábamos sin fatiga desde la mañana a la noche; la oíamos reír a menudo de nuestras torpezas, como si la pobre no advirtiera que nos improvisaba hortelanos, jardineros y labradores.

Allí andábamos todos con los pantalones arremangados hasta las rodillas, los pies descalzos, y en mangas de camisa, paleando como jornaleros empedernidos, sin confesar cansancio, ya porque la alegría de mi madre nos comunicara un febril entusiasmo, ya porque rivalizáramos en fortaleza y en maestría, ya, finalmente, porque sabíamos que la recompensa era de todo nuestro agrado. Mi padre iba a vernos trabajar cuando volvía de sus ocupaciones, sentábase debajo de un árbol a reír también y a decirnos bromas que nos estimulaban con más ardor a la tarea, picando nuestro amor propio con dudas acerca de nuestras fuerzas, y apostando a que más podía la raíz de la maleza que el filo de nuestras palas.

No obstante salió vencido en sus apuestas, porque en poco tiempo la hortaliza, la huerta y el jardín quedaron sin una planta estéril, llenos de varillas de todo árbol, de semillas y de obras de arte accesorias. No restaba sino la atención del riego, y para esto nos turnaron por semana. Así se esperó el tiempo de los brotes, defendiendo todo el invierno nuestras sementeras y plantíos contra las heladas y las nieves.

Cuando llegaba la primavera, nuestro júbilo rayaba en locura. Todos los días y a cada momento corríamos a ver cómo asomaban entre los terrones de la melga las primeras hojas, y de los tallos rudimentarios los botoncitos verdes que encierran la futura rama del árbol corpulento. Premió la naturaleza con abundancia los azares de nuestra vida, y ben-

dijo con frutos desbordantes el nuevo hogar planteado en la villa pintoresca que vela el Famatina, como un signo de la paz conquistada por los sacrificios de algunas generaciones.

Amplio panorama se divisa desde el patio: hacia el poniente, muy por arriba de los olivos gigantescos que cierran el horizonte, se contemplan las cimas blancas del nevado, unas veces coronadas de un penacho de rayos de sol reflejados en sus cristales indisolubles, otras pobladas de nubes movedizas e inquietas, formando figuras fantásticas en sus evoluciones múltiples, como bailarinas de vaporosas telas y relucientes joyas sobre el escenario de un inmenso teatro bañado de luz. Al frente la vista se detiene en los filos lejanos de la sierra de Velazco, que sólo se presenta como una masa uniforme de color azul, veteada de rosa y de oro por los reflejos del sol en ocaso; pero la visual pasa encima de un extenso paisaje; colinas onduladas que, al parecer, apenas se levantan del nivel de los árboles; puntas de álamos erguidos en medio de una selva uniforme de fondo verde oscuro; copas de naranjos, pugnando por elevarse sobre los algarrobos seculares y coloreados de suave amarillo; multitudes de cardones esbeltos de las lomas vecinas que forman parte del conjunto, y por ahí, asomándose por entre los claros del follaje, vértices de rocas salientes de las masas graníticas.

Mirada de lo alto de una de las colinas graciosas que la circundan al naciente, la villita ofrece el cuadro más pintoresco, con todos los detalles descubiertos: los grupos de casas, cada una con su huerta floreciente, separadas por anchos espacios ocupados por las viñas; las calles rectas y limitadas por tapias, por cercos de álamos o de pirca coronada de pencas espinosas como una fortaleza; los alrededores, que son cauces secos de ríos accidentales formados por las crecientes bravías; y levantando más los ojos en todas direcciones, vése a grandes distancias como pequeños oasis en medio de esos inmensos pedregales, los pueblecillos vecinos y los trapiches, apenas como una eflorescencia repentina, o como caprichos de pintor sobre una tela inmensurable, ex-

tendida en el valle y pendiente de las faldas del coloso, donde muere el horizonte y dura largas horas el crepúsculo.

Hay que observar este último fenómeno para tener idea de lo grande y lo sublime en la naturaleza. Las nubes no se alejan sino rara vez de las cumbres, amontonándose y moviéndose incesantemente para ocultar los picos nevados, y para dar las grandes sorpresas con sus figuras de inconcebible variedad. El sol va acercándose para transponerlas, y ellas a su paso se aprietan, se condensan, se separan, se bifurcan, le abren calles inmensas, le forman círculos como para encerrarlo, le velan breves instantes, le cubren los ojos con vendas, le prenden diademas, le ponen penachos y plumas de oro, le despliegan banderas multicolores, le levantan doseles, le colocan pedestales negros, le cuelgan cortinas transparentes, le queman incienso en altísimas columnas, le alzan y bajan telones fantasmagóricos, le dibujan paisajes maravillosos, le desarrollan mapas de países ideales, le construyen palacios y templos, castillos y puentes de torreones ciclópeos y de arcos inverosímiles; le extienden mares, lagos y ríos, surcados por buques de velas desplegadas y rodeados de montañas y grandes bosques; le hacen desfilar ejércitos de gigantes, rebaños de animales apocalípticos, bandadas de aves desconocidas que le azotan el rostro, fantasmas de blancas y flotantes túnicas, legiones de demonios rojos y espeluznantes en contorsiones grotescas, despidiendo llamas y lluvias de polvo, ángeles del paraíso que cruzan el espacio con trompetas, estandartes, espadas y ramas de olivo, carros de guerra de la *Iliada* tirados por monstruosos corceles o dragones de fauces enormes y montados por hombres inmensos; procesiones solemnes de cíclopes, que ya marchan lentos, ya se arrodillan a intervalos, le remedan la forma de los vértices del cerro, las grietas y los torrentes, agrupándose, superponiéndose, rasgándose y estirándose sin cesar; le hacen correr a sus pies arroyos de plata y oro fundidos, lo engarzan como un brillante en marcos con relieves colosales, le visten de mantos imperiales de púrpura, le tienden lechos mullidos

con colgaduras de encajes como espuma, haciéndole sombra para que duerma y abriéndole ventanas y celosías, para que entren colores de alborada; le danzan en torno, le besan y le acarician como niñas traviesas vestidas de gasas diáfanas: todo esto con la rapidez de los sueños y las transiciones inesperadas de una linterna mágica, que estuviera proyectando sus imágenes sobre un lienzo, dando apenas tiempo para percibir las, y mientras el astro majestuoso, rey de los mundos, va llegando y apagándose tras de la eminente cima de la montaña. Las nubes le siguen hasta el límite del cielo y del granito, se apiñan todas a despedirle, y él las baña de un resplandor rojizo que va obscureciéndose lentamente, hasta que la noche ha velado el escenario infinito donde han de dormir los planetas, las constelaciones y los ríos de astros que surcan el firmamento como arenas luminosas.

La distancia no permite percibir los rumores, los estrépitos, las marchas guerreras, los himnos triunfales, los acordes religiosos, los cantos y las músicas a cuyo compás se desenvuelve aquel fantástico cuadro; sólo llega a los valles un rumor sordo y profundo, sin soluciones ni modalidades, como se oye a lo lejos el eco de campanas echadas a vuelo, o de truenos prolongados de una tempestad ahogada en los precipicios de una cordillera; pero la imaginación reemplaza a la vista, y puede forjarse las armonías y los tonos correspondientes a cada escena, a cada movimiento del grandioso espectáculo, en el cual parece como si un mago escondido entre las nieves hiciera aparecer en el lienzo celeste del firmamento toda una mitología ignorada, epopeyas ideales y humanidades habitadoras de otros mundos.

Cuando todo esto se ha perdido bajo la capa uniforme de la noche, y las nubes descansan de sus juegos olímpicos, acurrucadas en una hendidura del macizo o detrás del horizonte, una vaga, tenue y casi imperceptible claridad comienza a bañar el espacio desde el Oriente, donde, separada del Famatina por un valle de diez leguas, se extiende la sierra de Velazco. La vista se vuelve a esperar las nuevas

sorpresas anunciadas con esa luz difusa y suave, pero que va avivándose y coloreándose de oro a medida que el foco se acerca a la cima.

De súbito revienta sobre un negro pico del monte un punto centelleante; se agranda, se eleva, salta para desprenderse pronto de las tinieblas, y es la luna llena, grande, dorada a fuego, envuelta en aureola de iris, que ha venido espiando cautelosa, velada por brumas, la puesta del sol, hasta que arrojándolas de un golpe a sus pies, ha irradiado en toda la plenitud de su belleza. Esta súbita aparición de la luna en el océano azul de los cielos, recuerda la virgen tímida, que entre el follaje del bosque se interna paso a paso, mirando con recelo a todos lados y temiendo hasta del rayo de luz que se filtró por las hojas, porque no la vea desnuda, la cabellera suelta, los pies de rosa hollando el césped y envuelta apenas en una rica túnica que vela las curvas griegas; pero cuando ha llegado a la margen del torrente, donde tiene su baño de espumas, y segura de hallarse sin testigos, arroja al suelo la nítida envoltura, la selva se estremece ante la irradiación repentina de la virgen de mármol coloreada por rosas primaverales.

Así el astro sereno de las noches se aparece sobre el valle, que enmudece de amor, y luego canta con todas las voces de sus músicos silvestres el himno adormecedor de su arrobamiento, mientras ella recorre el camino marcado por las estrellas que amortiguan su luz para mirarla pasar, soñando y vertiendo inadvertida sobre la tierra el tesoro de sus bendiciones y de sus encantos. ¡Cómo ha cambiado la escena en las cumbres del Famatina! ¡Con cuánta dulzura y placidez reverberan ahora sus láminas blancas, y cuántas visiones de incomparable poesía se ven cruzar de cima en cima sobre el terso tapiz forforescente envueltas en lampos de luz y con fulgores de astros errantes!

Imaginad un inmenso pedestal de nieve cuya cúpula rasgue el azul del cielo, y en cuyas caras el escultor ha bor-



dados relieves colosales que la luz anima y mueve. ¿Cuál es el Dios que va a erguirse sobre su cima centelleante?

El genio habitador de las grutas, que reina en las vastas soledades de las alturas, ha detenido el paso; y en éxtasis sublime contempla a la dormida reina de sus amores, que se acerca como impelida por un sueño divino a reposar del viaje sideral entre sus brazos, sobre la cúspide del pedestal de nieve. Ya se dieron el abrazo resplandeciente; la luna ha posado la dorada cabeza en la almohada de blancos capullos; el genio solitario de América ha dado la señal del canto a todo su reino alado y lucífero, y el arrullo solemne empieza al unísono, mientras millares de seres de formas impalpables llevan en marcha cadenciosa a la reina de los cielos dormida sobre un lecho de tímpanos.



**XVI**

**LA ESCUELA**



## LA ESCUELA

Era tiempo de abrir las cartillas, abandonadas tantas veces a medio deletrear: la escuela nos llamaba a aprovechar la tranquilidad y la paz en sus bancas humildes. Nuestra madre nos hizo trajes nuevos, y nos puso corbatas para presentarnos al maestro, hombre de semblante duro y terco, pero de alma sensible y cariñosa, lo propio para hacerse respetar y querer de su enjambre inculto, pues no éramos otra cosa los flamantísimos escolares. En tantas tentativas contra el primer libro, algo había conseguido yo aprender; cada una de mis maestras dejó en mi inteligencia una letra del abecedario, y allí, sometido al método y a la disciplina, pronto pude leer de corrido y hacerme el predilecto de mi preceptor. —“Es claro —decían mis compañeros— si ha entrado sabiendo la cartilla porque la estudió en otra parte, y no es hazaña aventajarnos”. Si hubieran conocido mi historia, no habrían sido tan injustos. Yo no les llevaba más ventaja que unas cuantas letras y muchos catones rotos, egujereados siempre en el Cristo, punto en que se armaba la camorra entre la maestra y los discípulos, bajo los corredores de la estancia del Huaco. A medida que avanzaban mis conocimientos, la escuela iba siéndome más simpática; apostábamos entre mis hermanos y yo a quién se levantaba más temprano, y recuerdo haber ido algunas veces a dormir el último sueño, sentado en el umbral del aula, mucho antes de amanecer, esperando que se abriera la puerta. Aguijoneábanos el interés de los premios finales, las recomendaciones del maestro a mi padre, los elogios tributados en la clase y la esperanza de tener

pronto en nuestras manos unos libros con láminas de color, en que leían los más adelantados; y sentíame rebotante de orgullo cuando por encima de sus hombros podía leerlos yo también, aunque estaban en letras más pequeñas que las del mío.

Pocos años más tarde cambiamos de maestro, y estudiábamos ramos de memoria; la escuela se trasladó a un espacioso edificio situado en la plazuela de la iglesia. El nuevo profesor sabía mucho y halagaba nuestro entusiasmo con fiestas frecuentes, en las cuales pronunciábamos discursos escritos por algún amigo de la familia, sin hacer de la trampa gran misterio. Mucho era, en efecto, conseguir que recitáramos aquello delante de la gente, y yo delante de mi padre, a quien le tenía miedo, porque luego, en casa, se burlaba de mis actitudes oratorias. No sabía cómo mover los brazos, ni para qué servía esto; los sentía pegados, metía las manos en los bolsillos o entre los botones del chaleco, me tiraba las puntas de la chaqueta, cruzaba los pies y encogía una pierna, y todo esto mientras recitaba como una exhalación el trozo aprendido, alusivo casi siempre al término de nuestras fatigas anuales, a la confraternidad entre condiscípulos y el respeto al maestro y a los padres, quienes se sacrificaban para sacarnos de las "tinieblas de la ignorancia", —así solían decir mis discursos.

Era de verse la clase de lectura —nuestro desahogo— porque el profesor nos señalaba largas páginas de *La conciencia de un niño*, para tener tiempo de almorzar cómodamente en las piezas interiores donde vivía. Quedábamos solos, entregados a nosotros mismos, sin rey ni Roque, sin miramientos y sin respetos para nadie, ni siquiera para los bancos del gobierno, que pagaban la fiesta. Tan pronto conveníamos en leer todos a un tiempo la misma cosa, como a quién gritaba más fuerte. La lectura comenzaba en tono moderado, pero iba aumentando en intensidad y rapidez hasta que hacíamos un solo borrón, sin que el diablo pudiera entendernos; allá saltaba uno sobre una banca para dominar desde

arriba, por lo menos, a los otros, ya que no pudiera con la voz; aquí se encaramaba otro sobre la mesa del maestro, y revistiendo su autoridad *motu proprio*, e imitando su gesto, gritaba como un clarinete destemplado:

—¡Sileeeenciooooo!...

El entusiasmo, el vértigo, mejor dicho, subían de punto; y ya volaban cuadernos, libros, puñados de papel, lápices, tinteros llenos y vacíos, sobre el usurpador osado que se permitía representar, siquiera fuese en caricatura, la menor idea de orden en aquella asamblea de demonios sueltos. Otros se trababan en pugilato sobre los asientos, y rodaban trenzados como Aniel y la serpiente, por el suelo polvoroso y aventadizo de la clase, pisoteado todos los días por más de cien muchachos; otros mal inclinados abrían el *oyito* en el piso y se ocupaban de jugar a la *quema* con bolitas de cristal pintoreadas por dentro, o de piedra, que eran las más estimadas porque con éstas se rompían las otras; y de repente salía bramando un trompo, que luego su diestro lo hacía bailar en la palma de la mano, o lo tiraba sobre la cátedra, muda e impávida ante tamaños ultrajes, para que *escribiera* sobre los papeles del maestro. La baraúnda era diabólica, de golpes, risotadas, carreras y gritos de orden y de respeto, que eran los más sensatos que se oían. De pronto llegaba un muchacho despavorido y con los ojos por reventársele, y gritaba en la puerta: —¡El maestro!— y entonces era un encanto el vernos a todos quietecitos en nuestras bancas leyendo en voz baja, pero sin advertir que los despojos dispersos, las roturas, la tinta derramada y las caras encendidas y empapadas en sudor, estaban delatando el infernal barullo.

Inútiles eran las inquisiciones y las pruebas para descubrir a los promotores del escándalo; las conjuraciones comienzan desde allí a tener ese carácter sombrío, que les vale el éxito contra los gobiernos buenos o malos; las autoridades subordinadas se conjuraban también, por lo menos para callar o abstenerse; de lo contrario, nada bueno les esperaba

a la salida: toda la arena de la plaza era insuficiente para llover sobre ellos como arma de venganza. Además, como todos negaban su participación, había que condenar a todos; y aquí el problema grave que después, en la política, he visto reproducirse: cuando todo el pueblo se uniforma para producir un hecho contra la autoridad aislada ¿quién tiene la razón? Nosotros la teníamos siempre, eso sí, después de una amonestación, más bien cariñosa que dura, porque, a decir verdad, excepción hecha de esos momentos de holganza, siempre nos portábamos bien, haciendo lucir al profesor en los exámenes, para los cuales invitaba a todo lo mejor de la villa.

Cuando llegaron a mis manos la historia argentina, la geografía y la gramática, me contaba dichoso, desbordante de alegría y de amor propio halagado. Doña Juana Manso, Asa Smith y Herrans y Quiroz, no sabían que yo me los devoraba todas las tardes sobre la tapia de la viña, recorriéndola de punta a cabo; y era raro el caso de que hubiera ido y vuelto las tres cuabras sin tener bien sabido de memoria el párrafo más estirado. Ese era mi gabinete de estudio, y la hora, la del crepúsculo. En todo lo largo de la pared de tierra apisonada, seguía por entre una avenida de rosales que derramaban sus flores en mi camino, estimulando mi imaginación y mi inteligencia con ese aroma suave de las rosas comunes que servían de ropaje a la tapia.

Siento no poder contar iguales proezas de la aritmética: toda mi vida fué ella el nudo de donde no pasé, y la causa de las sombras que cayeron muchas veces sobre mi reputación de estudiante. Así hay organizaciones refractarias al número, y la mía es de esas, no lo puedo negar; en cambio mi espíritu vuela cuando sale de esas marañas de fórmulas y de signos, hechos para que unos sumen y multipliquen, y otros resten y dividan. Así es la ley humana del trabajo, de la acumulación y de la herencia. Tal vez fué providencial mi aversión a las cuatro reglas originarias de las ciencias exactas, porque nunca tuve en qué aplicarlas; y cuando he podido mostrar



mis conocimientos matemáticos, no hallé elementos ni para la operación más simple. ¡Bendito sea Dios que no me puso esa afición a sumar y a multiplicar, porque me he librado en este mundo de impulsiones irresistibles que tantas felicidades procuran a los mortales!

Pero debo decir quién era el maestro. Algunos han de leer estos recuerdos, y quiero que esos sepan que debo a ese hombre una gratitud inmensa. Me enseñó mucho, me hizo comprender cuál era el destino del hombre que estudia, y eso basta, aunque de su escuela hubiese salido sin saber siquiera cuánto hacen 3 más 2. Tenía —tiene, porque aun vive— unos ojos pequeños, movedizos y chispeantes, frente abultada, labios gruesos y barba escasa, alta estatura, delgado el cuerpo, temperamento nervioso, signo casi siempre de viveza intelectual; hablaba rápido, medio confuso, con voz aguda y estriada como la de una flauta rota. Ejercía dominio sobre nosotros, porque nos gritaba fuerte y no se equivocaba en las explicaciones; amaba nuestra tierra hospitalaria, y cada 25 de Mayo y 9 de Julio nos hacía fiestas que nunca he de olvidar.

Tenía este hombre la facultad extraordinaria de entusiasarnos por todo, y las fiestas patrias celebrábanse con ardor, aun en medio del más riguroso invierno. Con algún tiempo de anticipación nos ordenaba mandar coser nuestros trajes de chaqueta celeste y pantalón blanco, para asistir a la plaza a saludar el sol naciente. Ensayábamos todos los días en coro el Himno Nacional, preparábamos discursos y algunas veces nos ejercitaba en el manejo de las armas. La víspera nadie dormía; pasábamos la noche en claro, revolviendo la ropa de la fiesta, y por temor de dormirnos y faltar a la llamada del cuartel general, —la plaza de la escuela. Ya estamos de pie, el agua está congelada, hace un frío *de cortar las carnes*, no amanece y están cayendo gruesos capullos de nieve. No importa, vamos: ya ha sonado la llamada y no podemos ser los últimos.

Al asomar a la calle, el suelo está alfombrado de tapiz

blanco, terso, finísimo, como que está cayendo del cielo, y nuestros pies se hunden en él, mientras corremos a la formación y mientras nuestros corazones laten con la ansiedad de la expectativa. El tambor toca asamblea sin cesar, hasta que el último soldado ocupa su claro en la fila, y entonces la llamada termina con un redoble vigoroso, digno del veterano que sólo empuña los palillos los días de la patria. Ya estamos todos: la guardia nacional armada de fusiles grandes, de chispa, ocupa la cabecera de la columna; en seguida nosotros, el batalloncito blanco y celeste, alineado correctamente, de manera que nuestros trajes uniformes parecen una bandera estirada, tiritando de frío y dando diente con diente, las manos insensibles y los pies como si fuesen de hielo. No importa; el pequeño batallón no defecciona; está firme, rectificando la línea de formación y atento a la voz del jefe, el maestro, que también tiritita como nosotros, y por eso le queremos y le obedecemos.

—¡Armas al hombro! ¡Media vuelta! ¡Paso redoblado! ¡Mar...!

Una banda de músicos aficionados nos precede, tocando trozos marciales que nos encienden en bélico entusiasmo; las piernas se mueven con perfecta simultaneidad; no se altera la formación por el frío, ni por tropiezos; de todas las bocas salen columnas de vapor como de calderas hirvientes, mientras a marchas forzadas el ejército se dirige a la plaza. El sol de invierno, después de una noche de intenso frío, se levanta con sus lumbreras apagadas, dejando ver solamente un inmenso globo rojo, como masa de hierro encandecida, y se anuncia con un leve destello que va a dorar la cúspide del Famatina. Las nubecillas madrugadoras que han ido a agruparse por verle salir, se tiñen de oro pálido y se ribetean de fuego. Ellas nos anuncian la aparición majestuosa, cuando su tinte se convierte en llama; nuestros pechos se agitan como fraguas; ya aparece el punto rojizo sobre la sierra que lo vela a nuestra vista; el viejo tambor siente correr una lágrima por las mejillas y ahoga el llanto con un redoble frené-

tico, una diana que conmueve y electriza a la tropa; la banda de música empieza la introducción solemne, y nuestras cien gargantas le envían el saludo armonioso, al mismo tiempo que las descargas de la fusilería recuerdan las primeras de la independencia.

¡Oh sol de mi patria, con cuánta grandeza y sublimidad apareces sobre las altas cumbres de la América, de cuyos habitantes primitivos fuiste Dios y Genio protector, fuente purísima de sacrificios, de heroísmos y de amores inmortales! ¡Cuán imponente y avasalladora es tu presencia, allí donde reina la madre naturaleza, donde son templos las selvas vírgenes, donde los cóndores parecen símbolos de destinos ideales, obscurecidos por nubes sangrientas! Te he visto tantas veces asomar la faz centelleante al rumor de los himnos infantiles, sobre el valle humilde y el hogar bendito de mis padres, que hoy núblanse mis pupilas recordando que en todo aquel cuadro que iluminabas entonces, sólo hay un lugar vacío, como nido abandonado, y es la casa paterna donde aprendí a amarte, donde ensayé mis cantos de Mayo, donde me vestía de blanco y celeste para correr a arrodillarme a tu salida. Núblanse, sí, mis ojos, cuando en medio de días amargos te he visto aparecer sobre una tierra muda e indiferente a tu belleza y a tu historia, pero saludado por los acordes de la montaña y de la llanura, de armonías, de palabras y sentimientos eternos. Séame dado volver a descubrir mi cabeza sobre la cima de la montaña que sombrea mi terruño nativo, ante tu aparición fantástica, el día de la gloria argentina. Y pueda también tu luz colorear el follaje del sauce que cubra mis huesos, en el pobre cementerio de mi aldea.

Es imposible borrar de la memoria aquel cuadro: el viejo tambor al frente, al lado del jefe; el maestro delante de nosotros; el pueblo rodeándonos; centenares de cabezas descubiertas y de rostros bañados de sol naciente, mientras el redoblante, la música y nuestras gargantas entonaban, cada uno en su lenguaje, la estrofa gloriosa:

*Oíd, mortales, el grito sagrado:  
Libertad, libertad, libertad.  
Oíd el ruido de rotas cadenas...*

Cuando la canción concluía y el viejo tambor seguía bordando flores en el parche con sus manos rejuvenecidas, el sol ya empezaba a templar la atmósfera, a derretir la nieve de las calles y de los árboles, y sentíamos restaurado nuestro calor normal. Había que hacer callar al veterano, porque era hombre de redoblar todo el día 25, hasta ponerse el astro de la patria. Entonces se daba la voz de marcha y de vuelta a la escuela, donde el maestro nos obsequiaba con chocolate, o cuando los tiempos eran malos, nos enviaba a tomarlo en nuestras casas y a descansar hasta la hora de las fiestas escolares y de la despedida del sol, que se hacía repitiendo el canto y las descargas. ¡Qué hermosa era la fatiga de aquel día! Nuestros padres no podían conseguir que cambiásemos de ropa; queríamos seguir vestidos de Mayo los tres días que duraban en las casas, en los ranchos, y en los árboles las banderas de la fiesta, flotando incesantemente como bandadas de aves azules que revoloteasen sobre la villa.

**XVII**

**LA CHAYA**



## LA CHAYA

Asistamos ahora a una de las fiestas más originales de estos pueblos montañoses. Pero antes quiero trazar la historia de sus preparativos, ya en los centros habitados, ya en la soledad de las selvas de algarrobos seculares, tanto más fecundos en frutos cuanto más gruesa y agrietada es la cáscara que los reviste. Los primeros calores del estío han despertado de su amodorramiento a las chicharras y al *coyoyo*, los cuales empiezan a rascar sus chirriadoras guitarrillas, y a adormecer los llanos intermedios con su grito prolongado y triste. Son los anuncios de la madurez de las frutas silvestres; los ranchos comienzan a animarse después de un año de mutismo y holganza, durante el cual los moradores no se ocuparon sino de esperar el verano, consumiendo la pasada cosecha, entregados a muy escasas labores, o refiriéndose cuentos a la luz del fogón, con la indolencia del árabe fatalista y soñador.

Sí, ya ha cantado el coyoyo entre los árboles, y las noches se narcotizan con el rumor de sus conciertos monótonos; es preciso ir a buscar los asnos que pacen en el campo o en las faldas de la sierra próxima, para emprender la cruzada en busca del sustento; hay que pensar en las provisiones para largos días de vida errabunda y nómada, porque ¿quién sabe cuántas leguas de campo habrá que recorrer para lograr una abundante cosecha de algarroba? El campo, encerrado entre las dos primeras cadenas andinas, es vasto y sediento; el cielo ha sido mezquino en lluvias y la vegetación es escasa; pero Dios provee a sus criaturas y no las abandona.

En aquel extenso valle, tributario de dos sierras emin-

tes, se asientan poblaciones antiguas, de base indígena, y dotadas de privilegios reales para aprovechar los productos del campo común. Malligasta, Anguinán, Nonogasta, Vichigasta, todos del mismo origen y cultura, son esos pueblecitos sometidos por la expedición de don Jerónimo Luis de Cabrera, gobernador de Córdoba del Tucumán, enviado en misión *pacificadora* del rebelde gentío del Famatinahuayo, y en premio y como base de población, se les dió el uso en común del llano que limita al Este la sierra de Velazco. De aquellos caseríos parten en diciembre numerosas caravanas de hombres, mujeres y niños, seguidos de sus perros, llevándose sus trastos y sus haberes, como si fuesen a fundar otros pueblos en parajes remotos. Van a la recolección de la algarroba, negra y blanca, cada familia para sí en la cantidad que pueda, hasta dejar talados los árboles.

Allí a su sombra, tomando cada grupo una región del bosque, se improvisan aldeas de chozas, que son cobertizos de ramas sobre cuatro horcones, entre cuyos espacios se teje la quincha protectora contra los vientos. Las noches se animan entonces en aquellas soledades con la luz de los fuegos encendidos entre cuatro grandes piedras, con los ladridos de los perros de uno y otro campamento, respondiéndose a lo lejos con tóreaos y aullidos incesantes; con los gritos de los muchachos cuidadores de las bestias en los lugares pastosos, con los cantos y los ecos de la chingana improvisada para amenizar las horas de reposo, ya bajo la techumbre del árbol, ya al aire libre —lo que es más frecuente— en cualquier abertura de la selva. Allá es donde se ensayan las vidalitas para la *chaya* próxima, dejando volar las notas agudas de sus cantares por el espacio sombrío de la llanura antes dormida; y allí también, la presencia de la naturaleza, la lejanía de la población y la intimidad de la vivienda nómada, encienden los amores salvajes, reproduciendo las escenas que la estación cálida desarrolla en los ramajes entre las aves nativas. Aquí los gajos se pueblan de nidos nuevos, fabricados por palomas, jilgueros y loros, con trocitos de paja



o con fragmentos de ramas; y allá en la choza del campesino, se verifican los misterios inexplicables cuya solución es la vida humana, renovada eternamente bajo todos los climas.

Desiertos quedaron los pobres ranchos del pueblo, con las puertas de cuero seco amarradas con lazos al marco burdo; la pequeña campana de la capilla no suena más hasta que vuelven los feligreses; y las avispas han construido panales en el fondo, al lado del badajo de hierro; el pozo cercado de enredaderas silvestres se purifica en el abandono, aumenta sus aguas y se cubre de verdes capas de hierbas espontáneas; los senderos que unen las viviendas se llenan de arbustos, y ni una sombra se cruza por la desierta plaza. Sólo ha quedado alguna vez un anciano, impedido por la edad o los achaques de seguir la expedición de sus vecinos, o el propietario relativamente rico, que no necesita de aquel sacrificio, porque ha formado su huerta y tiene, a espaldas de la casa, sembrados y árboles frutales que le aseguran sustento y holganza; pero ha edificado su morada lejos del núcleo indígena, y muchas veces no sabe que en el centro de la ranchería silenciosa, como una momia insepulta en un pueblo destruido, vive el viejo centenario, sin poder asomarse siquiera a divisar los remolinos de polvo, o el nublado espeso y amenazante que asoma tras de las cumbres. Diríase que es el genio solitario de una raza muerta o desterrada, que ha quedado guardando las cenizas del hogar maldito, o bien uno de esos seres diabólicos, sentado en actitud de ídolo antiguo, atisbando desde su retiro la aproximación del viajero incauto para atraparlo entre sus redes maléficas.

Los sapos que habitan el pozo entonan con voz plena sus recitados solemnes, como rezos oídos bajo las bóvedas de una catacumba; los cuervos atraídos por los despojos de los ausentes, graznan en coro sobre el techo mismo del rancho, oliendo a cadáver; los *chilicotes*, o grillos, salpican el silencio con sus gritos como ruidos de espuelas; las lechuzas llaman a los muertos, paradas sobre las cruces del cementerio contiguo a la iglesia, o vienen a anunciar al viejo abandonado su

cercana muerte; la serpiente de cascabel, enroscada en el tronco del árbol que sombrea el techo de la choza, o acurrucada en acecho entre los intersticios del muro de ramas, agita los anillos de la cola, hasta hacerles producir ese sonido que horroriza y estremece; el *ucultucu*, de color invisible y de rastros de niño, lanza sus quejidos lúgubres desde el fondo de las galerías que construye para ir a devorar a los difuntos, y el zorro, cauteloso y burlón, se aventura hasta la puerta del rancho, en busca de *tientos*, *ojotas* y zapatos viejos del muladar contiguo; y al volverse cargado del botín de su rapacidad insaciable, se ríe del viejo inútil con gritos ásperos e irritantes —*huac, huac, huac*— como que no hay gallinas que le denuncien, ni perros que le tarasqueen, ni mujeres que animen a la caza del ladrón audaz. Todo esto es la música a cuyos arrullos se duerme la aldea en las noches tranquilas y en las siestas reverberantes.

Han pasado dos meses de abandono; el carnaval se acerca con el semblante pintarrajeado y hendido por arrugas de risas retozonas; ya se escucha el rumor de las caravanas que vuelven; llega el perro puestero a olfatear por los agujeros de la quincha de la cerrada vivienda, todo lo que dejó al partir, como un miembro de la familia que hubiese regresado al hogar después de una larga ausencia; luego los viajeros montados en los burros engordados en el campo, y sobre los costales de algarroba balanceados sobre los ijares de la sufrida bestia; después la vida, la animación y el bullicio de siempre; ábrense las puertas, bárrense los patios, sacúdense los trastos guardados, y los insectos huyen a sus cuevas, abandonando a sus dueños el campo que ya creyeron suyo; la cosecha se apila bajo la enramada abierta, hasta que se hace la división: una parte va a las *pirhuas* de jarilla levantadas en alto donde se conserva para el invierno; otra queda en tinajas de barro enterradas en el suelo, para el consumo diario; se encienden de nuevo los fogones, se pueblan de aves domésticas los árboles caseros, extiéndense las sogas para asolear la carne de los huanacos cazados en el campo y obtener el charque tradicio-

nal; átanse en manojos las plumas de avestruz, que cazaron gracias a la ligereza de los galgos, para venderlas después en la villa; y por fin sale todo el producto de aquella expedición fructífera a formar el capital del año. El pueblo torna a su ser pasado, y toda la comarca siente el beneficio de la cosecha, por el comercio recíproco de sus habitantes.

Ya están todos instalados y empieza la vida nueva; en todos los pueblos del valle —la villa aristocrática inclusive— se oyen los rumores del carnaval, que llega saltando de contento a derrocharlo todo y a enloquecer a las gentes; se invitan hombres y mujeres a formar comparsas, y se aprenden versos decidores para la vidalita chayera; los paisanos *tusan* el caballo querido y lo cuidan en el corral de la casa, unos días antes; las muchachas del pueblo almidonan sus ropas, olean sus mantos y trajes guardados, y visitan el jardín donde las albahacas echan sus hojas aromáticas; los cantores conocidos están preparados con coplas inéditas y tambores reforzados; debajo de las higueras, los naranjos o los parrones, ya está repleto el noque de la aloja espumante con que se liba al Baco montañés durante las fiestas anuales. Sin ella no hay alegría, ni cantos, ni reuniones; es la vida de la chaya; es la fiesta misma, porque enciende los corazones, despierta las gracias y el entusiasmo, da ligereza a los cuerpos, alegría inusitada a los espíritus y alas a la musa de los poetas criollos, para improvisar y modular canciones que sacan de quicio a los caracteres más torvos y huraños.

También en todas las ventás de la villa y pueblecitos circunvecinos, se ve grandes acopios de almidón perfumado con clavo de olor, en cartuchos de papel cuidadosamente envueltos: es el otro distintivo del carnaval de mi tierra. Hombres y mujeres, provistos de esos paquetes, se toman la libertad de arrojarle a la cara el contenido, o bien de vaciarlo sobre la cabeza para que corra por el cuerpo, blanqueándolo por entero; y no habría palabras para pintar el íntimo contento que embarga a aquellos paisanos al verse cubiertos de polvo blanco por la mano delicada de la chinita embestidora, que

no abandona la presa hasta que ha logrado refregarle la cara y cegarle los ojos, dejándole convertido en una máscara. ¡Y cuidado con limpiarse el rostro, porque es el honor del juego mostrarse todo el día y en todas partes con ese disfraz curiosísimo, que atestigua sus batallas con las mozas del lugar! Se traban verdaderos combates a almidón, mientras se balancea una habanera, o se brinca una polca, lo mismo en el cuarto estrecho de la pulpería, que en el baile armado debajo de un árbol.

Las comparsas a caballo se cruzan por las calles y recorren los lugarejos a gran galope, deteniéndose en todas las casas donde se les espera en son de guerra a resistir el formidable ataque. Una lluvia de almidón baña a los combatientes de uno y otro bando durante algunos momentos, hasta que vienen las paces, las dulces paces selladas con vasos de aloja con que la dueña de casa invita a los visitantes, y con ramos de albahacas que van a adornar los sombreros de los galanes, el pecho de las damas, y cuando ya no hay sitio, hasta las cabezas de las cabalgaduras.

Todo esto se sucede mientras los cantores de la comparsa, separados en grupo del tumulto, sin apearse, cantan la vidalita en el tono de los *tristes*, dedicada a la más donosa de las niñas presentes, o al más enamorado de los jóvenes. Cada copla es saludada por ellos mismos con exclamaciones o gritos estentóreos, y con ladeos de cuerpo sobre las monturas, como imitando o haciéndose los borrachos, hasta terminar siéndolo de veras con las repetidas invitaciones de la aloja fermentada.

En seguida se marchan de nuevo a dar el asalto en otra parte, siempre con los cantores a la cabeza, pero ahora acompañados por todos, porque cantan la vidalita del carnaval, con alegre compás de candombe, al son de los tamboriles que nunca caen de las manos. Durante la marcha los jinetes hacen proezas sobre los caballos vivaces y espantadizos, azuzados por la espuela y por la bulla; corren carreras desenfrenadas, arremeten contra los cercos, saltan las acequias y quemán

debajo de sus patas millares de cohete-cillos que les enfurecen y encabritan hasta la desesperación, haciendo crujir las coscojas del freno *peñaflor*, que no pueden vencer ni quebrar, y haciéndoles arrojar gruesos copos de espuma. Las mujeres no se quedan cortas en piruetas, caracoleos y embestidas al centro de la masa compacta de jinetes, a donde se cuelan a fuerza de empujones y de mañas, ya azotando su caballo, ya a los demás para *abrirse cancha* como ellas dicen, o gritando con voz tiple y chillona:

—¡Abran campo y anchura para que pase la hermosura!

Y allí son los apretones, los estrujamientos, los abrazos con todo el cuerpo, las palabras libres, los cariños sin reparo y las coronas de sauce echadas al cuello de las valientes amazonas. Cada rasgo de esa especie les vale gran prestigio y celebridad, y los vivas estruendosos aumentan el infernal bullicio de la muchedumbre endemoniada, tanto más salida de juicio cuanto más se agita y entusiasmo con las carreras y el olor a la pólvora de los cohetes, que los envuelve en una espesa nube de humo.

Casi siempre los paseos a caballo concluyen en un gran baile en casa de alguna señorona con niñas; la comparsa se desmonta, y así, con las ropas blanqueadas de almidón y las caras como de payasos, o como de peones de molino, adornados con las flores y con las cintas obtenidas en las luchas galantes del día, calzados los hombres con botas y espuelas, comienza la danza con un encarnizamiento que no se para en límites. Las parejas se prenden una vez para no separarse, porque son amores viejos, retraídos por las consideraciones sociales, que encuentran en el carnaval licencioso una libertad casi absoluta. También no es para menos el haber vivido un año entero, viéndose de tarde en tarde, a hurtadillas, y asomándose por el cerco del fondo que da a la huerta o al camino público. Así, no es extraño que se estrechen con fruición, que bailen toda la tarde y la noche, que no se suelten las manos, que se distraigan a veces, se prendan flores en el pecho y se aproximen las caras al amparo de la confusión

y del desorden; de todos modos la madre no puede protestar, porque también se entretiene, pues es señora que ama la sociedad en su salón y gasta cumplimientos y habla en términos pulcros.

Prolónganse estos bailes hasta muy entrada la noche, hora en que el cansancio del día, los licores convidados y el natural hastío de todo lo apurado hasta las heces, empiezan a dar flacidez a las piernas, peso invencible a los párpados y frialdad al humor; la niña enamorada ya no puede con su cruz, y de vez en cuando se le sale un bostezo que en vano pretende ocultar con el abanico o el pañuelo; el compañero, también rendido por el exceso de sensaciones reprimidas y de *obligos* y *correspondencias*, busca ya un pretexto para salir al fresco a desperezarse; los músicos —clarinete, triángulo y bombo— ofrecen un espectáculo curiosísimo; las mazurcas o las habaneras van cada vez alargando sus compases y dejándose interrumpir por soluciones de continuidad, o intervalos de silencio involuntarios pero inevitables; el clarinete ya no suena, sino berrea, porque al músico apenas le han quedado fuerzas para el *do* natural, a causa de los repetidos agasajos de la dueña de casa, que a cada instante ordena: —dénles algo a los músicos, no descuiden a los músicos;— del bombo no se diga: tiempo ha que clavó la cabeza sobre un borde de la caja, y sólo allá, cuando en sueños se acuerda de que está tocando en un baile, se despierta sobresaltado, y atraca contra el parche unos recios golpes repicados como zamacueca, aunque se estuviese bailando polca.

No, ya no es posible continuar, por más ferviente que sea el culto a la chaya; cuando el cuerpo no quiere, es en vano, hay que irse y esperar el nuevo sol. Los novios quieren hacer el último esfuerzo para decirse la postrera palabra; murmuran, disimulando el sueño, unas pocas frases conocidas en esos casos, y el barrio queda en sosiego definitivo, exclusión hecha de las comparsas nocturnas de cantores de vidalitas, porque ellos no duermen sino cuando el fermento de

la algarroba da en tierra con ellos; entonces, como los héroes de Homero, se desploman, haciendo encima de sus cuerpos siniestro ruido los tamboriles. Todo queda en silencio en la villa y pueblos adyacentes; sólo a muy largos intermedios llega a oirse el lejano eco de una vidalita llorona, que algún gaucho solitario, extraviado por el alcohol en un bosque, entona con toda la fuerza de su garganta.

Vuelven al día siguiente las comparsas callejeras, a cantar en frente de las casas de las personas notables del pueblo, dedicándoles coplas y dirigiéndoles bromas de tinte subido; de las puertas y de los techos les tiran agua a baldadas, la gente chayera sale en montones a quemar coheteillos debajo de los caballos y a polvorear de almidón a los jinetes, pero más a los cantores, impasibles ante el ataque e inertes para la defensa; ellos no atienden sino a la letra y al canto, importándoles poco o nada que arda la tierra en derredor y que los briosos *pingos* se estremezcan de ganas de arrancarse del tumulto; su vidalita vale más que todo eso, y por nada de este mundo se dispersa aquel grupo de tres voces simpáticas, destacándose tristes sobre el torbellino de risas, gritos y estruendo de cohetes, como personificando la ilusión de la vida en medio del desenfrenado sainete carnavalesco.

Otras escenas de carácter indígena, y cuyo significado es ya imposible comprender, se desarrollan en los ranchos de las orillas, entre la gente más torpe, que no tiene otra manera de manifestar las alegrías ni los pesares que la embriaguez. Los actores de ella, son los descendientes más directos de los antiguos pobladores, raza intermedia, degenerada, llena de preocupaciones propias de la barbarie, y de costumbres que parecen ritos de alguna religión perdida, de la cual sólo restasen vagas nociones o recuerdos imperceptibles. El carnaval o la *Chaya* es para el indígena una institución, un orden con rituales y preceptos extraños, con prácticas tradicionales, con jerarquías, con relaciones curiosas a la historia y a la naturaleza de la región, emparentada por vinculaciones singularísimas con la sociología de todas las razas de su

mismo nivel de cultura, y en las cuales una observación profunda descubriría tal vez tenues vislumbres de la civilización conquistadora, en medio de los nebulosos hábitos de la edad prehistórica.

Cuando empieza a prepararse la gran fiesta; cuando los algarrobos principian a madurar el fruto, allá, en el seno de los valles del norte, un personaje raro, que es como el pontífice de aquella comunión indefinible, se pone a componer la letra oficial de la vidalita del año, que ha de ser cantada por todas las comparsas, en todos los pueblos montañoses cuyo alimento esencial es la algarroba de los campos comunes, cosechada en pleno verano por las expediciones que he descrito. La canción se difunde por toda la montaña, con la música correspondiente; muchos días antes del de la fiesta, se oye en el interior de los ranchos murmullos de voces que la ensayan, acompañadas por el tamboril campestre; pero bajo, muy bajo, y sin que nadie pueda percibir las palabras, ni el tono, ni el compás. Un recogimiento casi religioso reina durante ese ensayo o aprendizaje, hasta que llega el día y atruena los aires la canción misteriosa, impregnada de alabanzas al carnaval, de frases burdas, amorosas o sentimentales, y alguna vez con alusiones a los gobiernos y a los sucesos que más impresionaron sus espíritus en la época.

He penetrado en el fondo de la sociabilidad de esos pueblos; he estudiado los ritos, las costumbres y las ideas embrionarias; pero una sombra impenetrable envuelve la filiación sociológica de aquella institución y de las ceremonias carnavalescas que voy a relatar, en las cuales parece aquella masa semisalvaje pugnando por volver al punto de partida, a la existencia selvática de la edad inculta, impelida por alguna fuerza latente de atavismo, o por las influencias todavía vigorosas de la tierra que la sustenta.

Una de esas noches de carnaval, en que por todas partes se oye rumor de orgía y concierto de tamboriles, pude presenciar una escena que ha quedado en mi memoria como una incrustación, aunque velada por la niebla de veinte años. Era



en el patio de un rancho de las orillas del pueblo. Circundábalo una fila de bancos de madera, sobre los cuales, en alegre y cortesano bullicio, se sentaban hombres y mujeres entremezclados, guardando al principio cierta moderación y compostura respetuosa; todos ellos ostentaban gruesos ramos de albahaca, y mostraban todavía en el rostro, en la cabeza y en los vestidos las señales del almidón y del agua con que jugaron en el día. A un lado, y siempre en grupo, están los músicos con los tambores colgados del brazo izquierdo, esperando que empiece la fiesta; se nota el cansancio y la fatiga en las voces roncadas que apenas se oyen entre sí; es el último día de la Chaya, y ellos han cantado los tres sin reposo. La reunión se advierte fría, desabrida, como trabada por algo que falta y que no viene, hasta que alguno reclama música y bebida, los dos auxiliares poderosos del hombre cuando quiere combatir el hastío, o provocar una animación que no existe. Los tambores obedecen y también los dueños de casa; y pronto unos cuantos mocetones fornidos, entran cargados con una enorme tinaja llena del líquido tradicional de los festivales criollos; la depositan en el centro del círculo de concurrentes, y como si en su fondo se guardase la alegría, estalla de súbito, cuando empiezan a dar vuelta los jarros, o los *mates* más preferidos por más familiares.

Se bebe con avidez, con sed desesperada, como que es la última noche y hay que hacer a la Chaya una digna despedida. Los vapores del fermento se suben a las cabezas; va aumentando la algazara y desatándose el humor encogido; ya se ven abrazos sin retraimiento, y esfuerzos por evitarlos; empieza otra vez con furia y con saña la pelea a puñados de almidón, y de harina también, de contrabando, hasta convertirse la reunión en un entrevero informe, en medio del cual no se advierten caras ni se distinguen unos de otros. Alguien llama al orden con dificultad, porque la bulla ensordece y los tamboriles y las vidalitas enronquecidos, en los que ya no hay tonos, ni compases, ni palabras, no dejan percibir el llamamiento. Luego se apartan en medio del concurso todos los

hombres; las mujeres quedan en los asientos. Uno de los músicos, que ya no puede articular una sílaba inteligible, ocupa un banco en el centro de la rueda; los demás empiezan a dar vueltas con lentitud en torno suyo, cantando al compás del tamboril del desgraciado una especie de candombe o de ronda báquica, de la que aquél fuese el Dios figurado, llevando todos levantado en la derecha un jarro de aloja; llegan en frente del ídolo ebrio, y cada uno bebe la mitad, arrojándole el resto a la cara; la ronda sigue impasible, acelerando el compás y repitiendo en cada vuelta la extraña ablución, que es saludada cada vez por las risas destempladas de los borrachos y por los chillidos ásperos de las mujeres, que permanecen quietas en los bancos. El dios improvisado de la ceremonia tiene que beber casi todo el líquido que le arrojan a la boca, pues la mantiene abierta para eso, para que se la llenen los que pasan danzando alrededor. Así se mantiene el tiempo que le permite la borrachera creciente, sin interrumpir el compás de su tambor, a pesar de los chorros que lo ahogan, que le dejan ciego y que le bañan de pies a cabeza. Pero la bestia al fin se va rindiendo al alcohol, el tamboril ya ha perdido el compás y los golpes van siendo muy lentos, hasta que rueda por tierra, porque el brazo que lo sostenía ha caído rígido, junto con el cuerpo, que también se desploma como un tronco derribado por el hacha. Una salva de alaridos salvajes festeja el derrumbe de esa masa de carne vestida de andrajos, cubierta de coágulos formados por el agua y el almidón, la aloja y el polvo; los que pueden tenerse de pie lo rodean, lo arrastran por el suelo, lo pisan y dan vuelta, pero en vano; nunca la bestia humana ha merecido como entonces que su sueño estúpido se confundiera con la muerte. Los demás llevan también el veneno en las entrañas y en la cabeza, y unos más próximos, otros más distantes, todos van cayendo dormidos sobre el suelo, en medio de los arbustos o sobre las piedras de los caminos...

Ya pasó la Chaya. En el espacio inquieto de las montañas han quedado vibrando los cantares y los ecos del tambo-

ril melancólico, de la flauta campestre de caña y cera, de las risas femeninas y los gritos desacordes de la turba frenética. Todo ha tenido una repercusión en las rocas; todo ha dejado un rastro: en la tierra, las danzas y las correrías desenfrenadas; en el aire, las músicas y las palabras, retozando en una libertad de tres días.

Pasó la Chaya montañesa, y allá, como en las ciudades, todo se ha confundido: la más alta y etérea poesía de la naturaleza y de las almas inocentes, con la prosa descarnada, con la barbarie impúdica, con las desnudeces y las groserías de la bestia. Yo lo recuerdo todo, lo escucho aún, como armonía nocturna que se aleja, y endulzan mi alma las cadencias moribundas, las vidalitas llorosas, las danzas campestres y el bullicio de las comparsas, que, como procesiones de bacantes, pasan poblando las selvas de risas, despertando los ecos dormidos en las grutas, mientras en andas, al son de rústicos tambores y flautas pastoriles, se conduce a su templo solitario al ídolo sonriente, de mejillas rojas, ojos chispeantes, de cabellera desordenada, pero entretejida de hiedra, espigas y pámpanos. Pero en medio de este conjunto deslumbrante, que veo reproducido con resplandores de luz a través de veinte años, se me aparece sin tregua la escena brutal de la noche postrera: veo tendido en el polvo, con rigidez de cadáver, al indio ebrio, desfigurado por el lodo, embrutecido por el vino; y a su lado, mudo y roto, el tamboril de las vidalitas de mis montañas.



**XVIII**

**ESCENAS DE INVIERNO**



## ESCENAS DE INVIERNO

Pasado el primer tercio del año, el invierno estaba de bienvenida en los valles andinos; de bienvenida porque los niños lo esperábamos con ansia, como al tío viejo cuando llega de otros pueblos, trayendo juguetes y contando maravillas. No sonará el bullicio callejero, ni circularán perfumes de viñedos por el aire, ni pasarán alegres bandadas de aves, asentándose a cantar en cada huerta de la villa; ni las nubes darán representaciones fantásticas sobre los picos del Famatina: los pájaros cantores buscan el calor del nido fabricado en la estación benigna, cuando todos los obreros trabajan al son de sus músicas, estimulados por las promesas del amor; las eminentes cumbres de la montaña fabulosa sólo aparecen rara vez al mediodía, como descubriéndose para absorber un rayo de sol; las tinieblas permanentes, densas, casi inmóviles, las ocultan por largo tiempo a la contemplación del valle.

Parece un santuario velado durante la ausencia de los sacerdotes que le guardan, sin himnos que se oigan a lo lejos, sin luces que broten de los altares, sin columnas de incienso que surjan al través de altas claraboyas, sin murmullos de plegarias, ni estrépitos de acordes repercutiendo como truenos bajo los arcos atrevidos; y cuando aquel denso y uniforme ropaje ceniciento abre sus pliegues un instante, sólo se percibe tras la profunda rasgadura un fondo blanco, purísimo, pero impenetrable. Creeríase que un escultor maravilloso, oculto detrás del velo de la nube, estuviese cincelando una estatua colosal del color de la nieve en capullo, para dar a la naturaleza y al hombre de los valles la sorpresa sublime,

una súbita revelación del arte inconsciente pero inimitable de la inteligencia ignota, creadora de la belleza originaria. Cuando la obra está terminada, el artífice elige la hora propicia en que ha de exponerla a la contemplación del mundo, y combina las leyes ópticas, preparando la vista de los espectadores. Primero la noche envuelve todo el cielo y la tierra en la más negra, en la más caótica obscuridad; y en ese intermedio la retina ha perdido la noción del color, la imaginación ha soñado con la aparición portentosa, el mundo sensible ha cesado de latir para concentrarse todo en la expectativa de aquel génesis del arte increado.

La aurora se acerca, y se siente esa honda agitación precursora de las grandes emociones esperadas. Sutilísima es ya la neblina que vela las formas del coloso, como para que una brisa la desvanezca; y cuando ha llegado el instante supremo, y se cree ver la mano de luz que va a descorrer la tela, el sol se presenta de un salto sobre las cimas del Oriente, bañando de súbito el escenario descubierto con la rapidez de una mirada, para que todo se asombre y se prosterne ante la obra invisible del genio de las alturas. ¡Qué solemne silencio ante aquella escena! ¡Qué sagrado recogimiento se advierte en todo lo animado, cuando el haz de oro del sol devela al fin la obra tanto tiempo forjada en el secreto inviolable de las nubes! Cincelado por cíclopes de mitologías desconocidas, y levantado por arquitectos fantásticos, el Famatina aparece sobre el fondo azul del firmamento como palacio de nieve de proporciones inmensurables, de formas inconcebibles, dejando ver cúpulas deslumbrantes de fuego y oro; pórticos y arcadas de vuelo inaudito; galerías caprichosas que desaparecen por la altura y la distancia; escaleras colosales, ya rectas, ya curvas, ya en espirales y zigzags surcando como serpientes el inmenso cuerpo de la fábrica, comunicando entre sí los templos griegos con los castillos góticos, los coliseos romanos con las fortalezas germánicas; columnas enormes, sosteniendo bóvedas inverosímiles; pirámides egipcias y monolitos incásicos; muros como llanos, donde se ha dejado de relieve la his-



toria y las fiestas atléticas de los habitantes fabulosos; y las secciones del coloso arquitectónico, separadas por abismos comunicados entre sí por subterráneos titánicos, a los que se imagina horadando los senos del granito revestido de mármol.

Todo esto se contempla por breves horas, hasta que el sol trasmonta la cima de un blanco reverberante y uniforme, matizado solamente por los reflejos irisados de la luz en los cristales de hielo; y a medida que la fantasía va encontrando las semejanzas con los monumentos construídos por la naturaleza en otras regiones del globo, o con las creaciones inmortales del arte en las épocas y en los pueblos que han destellado en la historia del género humano. Cuando alguna vez la luna puede iluminar el cuadro, la impresión es indescriptible, y confieso mi impotencia para pintarla. Hay que pasar los límites de la vida real, para ver un mundo de fantasía donde tienen realización escultural las más etéreas concepciones de las mitologías griega y germánica. Imaginemos un Olimpo resplandeciente de luz dorada, y sobre sus palacios, templos, grutas y jardines aéreos, pululando en torbellinos radiantes, la alada multitud de los dioses, que las razas madres de la poesía y de las religiones han forjado en sus sueños seculares.

Pero, ¡cuán breves son esos estados del alma y cuán hermosas también las escenas de la realidad! El cerebro tiene instantes de irradiación en que se aparta de las formas visibles, para concebirlas incorpóreas, moviéndose en un espacio abierto, por la expansión del pensamiento dentro de su propia cárcel, e iluminado por esa luz interna que no tiene representación por los colores conocidos. Las formas ideadas durante el éxtasis psicológico, no pueden perpetuarse en la memoria, ni trasladarse a la tela; son leves vislumbres de un mundo remoto, donde parece que nunca ha de penetrar de lleno el alma del hombre, destinado por las leyes de la vida a mantenerse amarrado a las formas de las cosas y de los seres que le rodean: puede levantar hasta lo sublime el diapasón de los sonidos, puede pulir hasta lo divino las líneas fijas o reflejas de la materia, pero no sería ya el arte, desprendiéndose

de la esfera real en donde respira y donde encuentra los tesoros inagotables de sus creaciones.

Reanudemos, pues, los recuerdos, y vamos a contemplar la alegría íntima de un hogar sencillo, donde debajo de un corredor espacioso, de techo pajizo, de horcones rústicos, ennegrecidos por el humo del fogón, y de paredes de barro agrietadas hasta ver la luz del lado opuesto, arde una hoguera ruidosa y movediza, circundada de un concurso de mujeres y hombres de servicio, entre los cuales nosotros, los niños de la casa, ocupamos también un banco. Afuera se ve caer los capullos de nieve como plumas de cisnes derramadas al pasar volando sobre la villa, cual si de propósito quisieran alfombrarla. Ha nevado toda la noche, y no se ve un solo objeto, ni un árbol, ni un edificio que no estén vestidos de blanco y de una tela tan suave, que dan tentaciones de rozar con ella la cara y las manos; y nosotros lo hacíamos desafiando el frío; apostábamos siempre a cuál marcaba primero el rastro de sus pies sobre la tersa superficie de la calle.

Era una sensación intensa de gloria y de placer la que, yo al menos, experimentaba cuando podía aventajar a mis hermanos en aquella profanación, diré así, de la inviolada tersura de la nieve recién caída, tan leve, tan pura, tan deleznable, que parece cada copo una flor nacida de un rayo de luna... Después que correteábamos hasta destruir el encanto, ya la vieja cocinera tenía encendido el fuego cotidiano, compañero del que trae el día; pero esta vez ensanchábase el circuito de piedras que detiene las cenizas, aumentábase la carga de combustible, y pronto se rodeaba de gente que ama y busca su calor, que ha nacido y fraternizado al resplandor de sus llamas reparadoras, que ve en él como el símbolo de un sentimiento eterno, generador de virtud y de fuerza, y de una religión informe, manifiesta sólo en ese deseo de no separarse y de verse morir calentado por sus mismos reflejos.

Todos eran criados o peones antiguos de la familia, que la habían seguido a todas partes, compartiendo miserias y prosperidades, y tenían una madre común, — la reconocía-

mos como tal mis padres y nosotros, — a la anciana Leonita, descendiente de caciques montañeses, y como ellos inflexible a las fatigas y a los años; allí tenía su sitio invariable que era la primera en ocupar. Antes de amanecer y cuando todavía no se distinguen bien las formas, ya se levantaba de su ligera cama de chuce y de *puyos* tejidos en el pueblo, con un pasito lento, sin hacer ruido, e iba al depósito de leña, que empezaba a despedazar dando golpes sobre las piedras del fogón, en cuyo centro, bajo un montón de cenizas, que ella apartaba con un trozo de madera, vivía aún la última brasa de la víspera para encender el fuego de hoy; y la pobre vieja no pensó jamás en la semejanza que había con su propio corazón, lleno de amor y de ternura, pero encerrado sin aparentes irradiaciones bajo la fría corteza de sus ochenta años.

Encima de aquella brasa resucitada ardía en breve la hoguera, a cuyo alrededor se congregaba luego la servidumbre, y donde hervían las teteras de agua para el mate del desayuno. Después todos tomaban el camino del trabajo y nosotros el de la escuela; y cuando caía mucha nieve y nos dispensaban la asistencia, a organizar las expediciones por las huertas a caza de pájaros entumecidos sobre los árboles donde los sorprendió la noche. Ya se ve que no sentíamos pena de andar toda la mañana sobre el hielo, y no obstante, el preceptor creía que nos haría daño salir de nuestras casas para ir a la escuela. Armados de largas picas preparadas con tiempo, envueltos bien las piernas y los pies, y después de meterlos varias veces en el fuego para hacernos la ilusión de que almacenábamos calor por algunas horas, partíamos de carrera y a saltos, internándonos entre los zarzales de la viña, descuidada y sin desherbar durante el rigor del invierno.

Sobre los deshojados sarmientos, o entre los gajos de los duraznos y los manzanos desnudos, y aún debajo de las bóvedas formadas por los arbustos tupidos, encontrábamos grupos de pajarillos, de palomas llantas y torcaces, acurrucados en apretados racimos, como queriendo abrigarse y comunicarse unos a otros un resto de calor de sus miembros ateridos,

tiritando, piando casi en secreto y metiendo la cabeza debajo de las alas; nos acercábamos sin precauciones, porque no tenían fuerza ni movimiento para volar, y los aprisionábamos con las manos sin hacerles daño, para llevarlos a calentar en el fogón de la cocina.

¡Y cuántas veces al tocarlos se desprendían de las ramas al suelo, como hojas secas que el simple tacto arranca, pues estaban exánimes hacía muchas horas, manteniéndose de pie con la inmovilidad y la actitud en que los sorprendió la ráfaga mortífera! Al pie de los grandes árboles y alrededor de los troncos, el suelo se hallaba sembrado de cadáveres de los que no pudieron siquiera prolongar la vida al amparo de una techumbre de zarzas, y el viento los derribó de las copas donde hallaron tumba a la intemperie.

Para descubrir a muchos de ellos, teníamos que entrar todo el brazo en los agujeros que abrieron al caer sus cuerpos dentro de la blanda pero espesa capa de nieve que tapizaba la tierra, sin más mortaja que su propio plumaje multicolor y levísimo, como el soplo de vida que animó sus formas diminutas. Algunos, los que pudieron salvarse, antes de huir de nuestra presencia, volaban a posarse sobre nuestras cabezas y nuestros hombros, como implorándonos un abrigo, aún a riesgo de encontrar una muerte más dolorosa, como esas vírgenes indefensas, asediadas por el seductor tenaz, que se arrojan en sus brazos, librando a su propia inspiración la guardia de su pudor y su inocencia.

Así caían sobre nosotros, desarmados por la compasión; los cubríamos con nuestras ropas, y ellos se escurrían por entre los pliegues y se apretaban dentro de los bolsillos. Ninguno fué sacrificado, por más que nosotros salíamos a eso, y la única crueldad era para los más hermosos, para los que sabían cantar: reducirlos a prisión perpetua, dentro de una jaula, donde si bien gozaban de calor y de cuidados, sufrían la muerte lenta de la nostalgia de los bosques nativos; así la libertad es el ambiente de la naturaleza, y todos los seres nacidos para ser libres, se sienten dichosos de morir bajo el fu-

ror de sus inclemencias, antes que vivir esclavos, aún dentro de mansiones de oro y pedrería, y envueltos en dorados ropajes y en atmósfera de perfumes.

Por eso nosotros, que sin saberlo nos parecíamos a las aves de nuestras selvas, no podíamos darles la muerte, y después de volverles el calor cerca de la llama del hogar, y cuando ya el sol había templado el aire y derretido la nieve, los lanzábamos de nuevo al espacio, para que fuesen a continuar sus amores, sus trabajos y sus destinos. También nos quedábamos tristes después que se iban, porque ya empezábamos a amarlos con el interés de un parentesco extraño, y los pobrecillos, al alejarse, parecían decirnos adiós con trinos de una infinita tristeza.

Luego el sol empieza a declinar, perdiéndose de vista detrás de la montaña, y la neblina espesa, cargada de nieve, comienza a tupirse otra vez y a correr el viento helado de las cumbres ocultas. Pronto llega la noche, la noche interminable, durante la cual se consumen las pilas de leña en el fuego; los peones han vuelto muertos de frío, con las ropas destilando agua, que secan dentro de las llamas avivadas por la viejecita cocinera, quien con un tizón en la mano, revuelve las brasas para cada uno que viene, como para aumentar la intensidad del calor, haciendo levantar hasta el techo un chisporroteo vivaz. Una olla grande, llena de maíz molido, hierve a borbotones en medio de la rueda; la anciana la retira cuando está en sazón el succulento grano, y en breve queda vacía y los jornaleros contentos; arman en seguida sus cigarros de tabaco criollo en la chala de la mazorca, y los devoran con deleite durante los primeros momentos de somnolencia, precursores de una digestión potente y provechosa.

Hay que pasar el tiempo hasta la hora del sueño y no se puede dar un paso fuera del corredor, porque la niebla es compacta y no se ven ni las manos. Nosotros, que en la mesa hemos estado saltando para ir a engrosar la rueda de los peones, bajo el galpón de la cocina, y por escapar a las represen-

siones, somos los iniciadores del entretenimiento; “la mamá Leonita”, como la llamábamos, sabía muchos cuentos de los tiempos antiguos, de cuando imperaban los Incas y de cuando había rey; conocía los secretos de esa montaña fabulosa, y el sentido de los rumores que llegan al valle desde sus negras quebradas e inaccesibles llanuras; recordaba, como si fuesen de ayer, las peleas de los salvajes entre sí y con el invasor y dominador de sus tierras; descifraba y explicaba la historia de ciertas aves llorosas que andan por esas faldas y esas selvas, enterneciéndolas con cantos lastimeros; y más de una vez hemos dejado correr nuestras lágrimas y las hemos visto relumbrar a la luz de las llamas sobre las mejillas rudas de los hombres de trabajo, cuando la pobre vieja nos contaba la triste leyenda de Crespín, que dejó sola en el mundo a su compañera, la cual, de tanto llorar y llamarle por los campos, corriendo con las ropas desgarradas o trepando sobre las grandes piedras de las colinas, convirtiéndose, al fin, por compasión del cielo, en un pájaro pequeñito, de plumaje gris que le hace invisible; y así continúa volando de árbol en árbol, siempre gritando con voz doliente: —“¡Crespín, Crespín!” — sin que el novio vuelva más a consolarla de su eterna viudez.

Ella lo sabe todo, porque ha vivido mucho y nunca salió de los límites del valle natal, y porque sus padres le transmitieron el relato de sus abuelos, empapado en el sentimiento de la raza, en los dolores de la esclavitud y en la intensa fantasía nacida de los espectáculos y oscuros fenómenos de la montaña. Aquellos ruidos nocturnos de origen inexplicable, que en medio de la neblina llegaban como gemidos de prisioneros en torres del hambre; esas risas estridentes que rompían la espesura de las nubes, haciéndonos helar de doble frío y clavar los ojos espantados en la tiniebla; los monumentos de piedra bruta, erigidos entre las quebradas o sobre las laderas, unos coronados de pencas de doradas espinas, otros de cruces solitarias donde se han enredado las trepadoras silvestres; todo eso que se escucha con atención o terror, o se contempla con poético interés, y cuyos orígenes nadie, ni sig-

no alguno aciertan a iluminar con un rayo de luz, era lo que daba tema inagotable a las veladas junto al fogón de la casa, lo que ahuyentaba el sueño de mis párpados, y lo que después, cuando he sido hombre, ha sumergido mi pensamiento en las más profundas cavilaciones. ¡Cuánto pesan en el destino de las sociedades humanas esas fuerzas ocultas, esos fenómenos inexplicados, esos imperceptibles impulsos, nacidos de la tensión de un nervio, por un sonido destemplado, por una sombra que pasa, por una lumbre que surge y se apaga en el fondo de la noche!

Pero volvamos al relato de la anciana, personaje saliente en aquel cuadro original donde un grupo de seres sencillos hasta la inocencia, rodeando el fuego y con los rostros bañados por el reflejo rojizo de las llamas, la escucha con devoción, como que está evocando un pasado de grandezas desvanecidas, con todo el estoico dolor de aquella raza cuya sangre animaba la mitad de su vida. Entonces he sabido que en las alturas del Famatina, veladas a los hombres desde donde empiezan las nieves, habita, desde que los reyes indígenas entregaron la corona, un genio solitario, condenado a llorar eternamente la pérdida de la virgen tierra del sol. Sí, es el genio o el dios, sobreviviente del Olimpo destruído, el que desterrado de todas las comarcas conquistadas por sus emperadores, fué a refugiarse en esa inexpugnable fortaleza.

Defiéndenla los vientos como leones de estentóreos rugidos; ellos guardan a la frontera sagrada, y ¡ay! del viajero que se atreve a franquear la línea divisoria entre la región de los mortales y la región de los dioses, porque el vendaval se desata derribando rocas y témpanos inmensos, que le arrastran a los abismos, en medio del estrépito más pavoroso que se haya escuchado sobre la tierra. Yo he visto a los ancianos del pueblo caer de rodillas y cubrirse la cara con las manos, gritando: —¡Misericordia! — cada vez que oían desde el valle el rumor de la cólera divina, y sentían estremecerse el suelo bajo sus pies. Ya fuera aquel espanto producido por el temor de un cataclismo inminente, o por el cúmulo de supers-

ticiones de esas almas sensibles, es de rigurosa verdad el hecho, que nunca supieron explicarme sino cómo lo he referido.

Los cuentos duraban todo el invierno, y la inocente narradora muy lejos se hallaba de pensar que algún día pudieran servir de base para reconstruir una sociología, para restaurar un pasado remoto, para hacer resucitar el alma de la raza que pobló la región del Famatinahuayo, y la historia de los esfuerzos que soldados y misioneros realizaron para someterla al yugo de la civilización; pues para ella presentábase como tiranía sangrienta, o como despojo inhumano de los más queridos tesoros.

Después, ¡cómo gozábamos todos, y la naturaleza con nosotros, cuando hacía un día de sol! Era como himno de júbilo el que se levantaba de todas partes, y aquel calorcillo suave del mediodía, difundiéndose por las selvas desnudas, por los nidos silenciosos y por encima de los arroyos congelados, iba despertando rumores de todas las intensidades, desde los cantos de las aves que se creían en primavera, hasta el casi imperceptible crugido de las capas de hielo, que empezaban a romperse en radiaciones caprichosas como cristales expuestos al fuego.

El lecho de piedras de las corrientes que alimentan la villa, se distingue al través de las losas transparentes, con todos sus detalles, como paisajes en miniatura, donde brillan chispas de talco fosforescente, donde relumbran escamas doradas de pececillos arrastrados por las aguas y donde finísimas hierbas acuáticas, de un verde claro, forman el elemento decorativo de esos múltiples cuadros; y cuando la influencia del sol ha llegado al seno de aquellas urnas, se ve deslizarse unas tras otras las gotas de agua desprendidas del témpano, semejando reflejos de globos luminosos e irisados, que discurren por un firmamento reproducido dentro de diminutas cámaras fotográficas.

No puede idear la fantasía nada que no encuentre realizado en los accidentes de la montaña: desde las escenas de proporciones grandiosas, donde los proscenios son colosos, los



personajes gigantescos y las decoraciones, nublados repletos de sombras y rasgados por rayos repentinos, hasta las visiones del sueño, de formas, coloridos y actores imposibles, pero que viven un instante en la mente, asomándose a ella como resplandores de luz interna; que tienen la virtud de idealizar la vida, de hacernos sonreír con deleite, y luego pasan como exhalaciones, dejando borradas las huellas en la memoria, para que el pincel no pueda copiarlas, ni el verso fulgurar con la irradiación que las envuelve al cruzar por los espacios del cerebro. Esos pequeños cuadros que viven y se mueven dentro del hueco de una peña, en el fondo del arroyo transparente, se me figuran los que ven los niños cuando duermen; por eso sonríen y agitan sus manecitas creyendo atrapar la reina alada del enjambre, cuando pasa envuelta en lampos de luz, arrastrada por corceles radiantes en la carroza de Mab, y seguida por apiñada corte de damas y pajes, danzando al son de músicas sólo por ellos oídas.

Una de aquellas tardes incoloras y glaciales, mi padre y yo mirábamos a lo lejos, sobre la cima de la sierra de Velazco, un nublado denso en cuyo seno fosforescían a largos intervalos relámpagos difusos e indecisos; parecíanos hasta oír el eco moribundo de los truenos, como son en la época de los fríos, débiles, lánguidos, destemplados como tambores fúnebres, cual si brotasen de las nubes, entumecidos, envueltos en pesados ropajes donde se apagan al nacer las voces.

Representábame una batalla cuyo campo los dioses hubieran velado para ocultar horrores, y de la cual el estampido de los cañones sólo llegaba a nosotros al extinguirse en las ondas; sentía toda esa agitación profunda de los que a distancia contemplan un combate real, del que no distinguen sino los rumores y la gigantesca agrupación de los torbellinos del humo que cubre los ejércitos. — ¿Habría algún hombre, pregunté, que haya llegado al medio de esas nubes? — Sí, respondió mi padre, yo estuve allí muchas veces, los rayos han cruzado por encima de mi cabeza y los truenos han reventado cerca de mí. Le miré como a un ser extraordinario, con asom-

bro, con terror, y más aún cuando me dijo que yo también iba a escalar esas mismas alturas. Eso me parecía un sueño; espantábame la idea de excursión semejante, pero una fuerza misteriosa me hacía desearla para muy pronto.

A los pocos días nuestras mulas se detenían al pie de la montaña, en el fondo de una quebrada honda, cubierta por una selva erizada de espinas, entretejida por lazos de enredaderas deshojadas, como cadenas de acero que ligasen unos con otros los árboles; se me figuraba el cordaje de un colosal navío encajado entre las rocas de una montaña submarina que hubiesen dejado en descubierto las aguas; o bien, la imaginación hacía verme serpientes descomunales enlazadas, retorciéndose unas sobre otras en juegos perezosos o en combates hercúleos. La senda apenas cruzaba aquel laberinto infernal, para encaramarse en seguida por las abruptas y empinadas faldas, donde a cada paso se abren cortaduras y grietas, que dan a los cerros el aspecto de cráneos partidos por el hacha en una batalla de cíclopes. Las bestias que nos conducen asoman la cabeza a las bocas de los precipicios, respiran con fuertes resoplidos y leves temblores sacuden sus músculos infatigables. Sienten ellas también el horror de aquella naturaleza primitiva, y cuando en los momentos de descanso miran hacia las cumbres, lanzan relinchos ahogados como sollozos que hielan las carnes.

Las tinieblas se adelantan a la noche, haciéndola presentir preñada de catástrofes y de visiones terroríficas; la neblina nos cierra el limitado horizonte que dejan entre sí las laderas próximas y luego ya no se ve más allá del espacio que ocupa cada uno de nosotros. Las ráfagas cruzan rozándonos la cara como manos de espectros que pasasen en ronda invisible, dejándonos solamente la impresión de sus caricias de hielo, y se alejan y se desvanecen en los abismos los ecos de sus risas ásperas, como ruidos de voces que se chocan, como crugido de secos troncos que raja el rayo, como graznidos de aves nocturnas, huyendo despavoridas del vendaval inminente.

No puede seguir adelante la pequeña caravana, porque los baqueanos han perdido los rumbos, y el viento ha borrado la senda que serpea entre rocas puntiagudas y arbustos enmarañados como reptiles interminables; a cada paso, en la profunda obscuridad, sentimos garras que nos detienen y rasgan los vestidos y las carnes, superficies erizadas de muros graníticos que nos estrechan y nos rechazan; los cardones salvajes, cual colosales momias alineadas en desorden, revestidos de su cota de malla de impenetrables espinas, silban con siniestros y agudos chirridos al cimbrarlos el viento, y nos amenazan desde sus pedestales; los pedruscos que nuestras bestias remueven al costear los precipicios, lanzándose al fondo, arrastran otros mil a su paso, y por largo espacio se perciben, primero el rumor creciente, y luego el estruendo formidable de una avalancha que se derrumba hacia los abismos invisibles. De tiempo en tiempo levísimas claridades inundan los senos repletos de nubes, y se percibe, como viniendo de muy lejos, el eco difuso y grave de un trueno perezoso, semejante al gruñido de un monstruo que soñara en la selva.

Ya es imposible continuar la marcha, echamos pie a tierra, obedeciendo al consejo del guía, extraviado y sin salida en aquel infierno de rocas apiñadas, de selvas desgarradoras y de grietas como fauces abiertas a nuestros pies, por donde nos conduce a tientas, indicándonos las direcciones con gritos que resuenan en la tiniebla como gemidos dolorosos de alma errante que implorase misericordia. En breve el resplandor de una hoguera se abre difícil paso a través de la neblina que nos envuelve; los peones la alimentan con brazadas de hierbas y gajos de árboles arrancados con estrépito; y entonces, en el limitado espacio que iluminan las llamas, aparecen de súbito con sus formas reales los seres fantásticos, los reptiles gigantescos, los sepulcros, las bocas famélicas, los esqueletos danzantes, las garras afiladas y los monstruos gruñidores que nos amenazaron en las alucinaciones del miedo.

Pero hay algo de extraordinario y de sublime en aquella

súbita iluminación de la cerrada selva, por las rojas llamardas de una hoguera, y en la transición repentina de ese estado de sobreexcitación terrorífica, a la visión clara y perfecta de las cosas que trastornaron nuestro criterio en los momentos de la fiebre.

Hay siempre un estado intermedio, aquel en que se realiza la transformación de las visiones en objetos conocidos, y en que no bien definidos unas y otras, se produce en la mente esa informe confusión de lo real y lo fantástico, de lo verdadero y lo soñado. Así, pues, el primer cuadro que se contempla provoca las sensaciones más extrañas: las gruesas raíces de los talas añosos, torcidos en espirales alrededor de grandes peñascos, se nos figuran las serpientes fabulosas sorprendidas por la luz y haciendo las contorsiones de la fuga, para meterse en sus profundas cuevas; las grietas y ángulos de las peñas nos parecen caras deformes que se contraen de súbito para ponerse inmóviles, y en cuyas cavidades relumbran las láminas de talco, semejando pupilas encendidas; las capas de escarcha que caen de las ramas sacudidas por el viento, parecen las blancas vestiduras de nuestros fantasmas arrojadas al emprender la huída; los árboles raquíticos secados por el incendio, son los esqueletos de la fiesta macabra, presos por las marañas y las espinas, o rendidos por la agitación de la ronda frenética; se ve a los pájaros volar a esconderse en lo más tupido de los ramajes, lanzando graznidos de sorpresa al batir las enredaderas que obstruyen las aberturas; y los esbeltos cactus, dispersos como soldados en guerrilla sobre las faldas empinadas, aparecen, en efecto, al resplandor de la fogata, viniendo a calentarse en las llamas del vivac; cruzan en todas direcciones lagartos veloces, huyendo del fuego que invade los escondrijos y las hendiduras de las piedras o de los troncos huecos; los insectos y las pequeñas aves, acurrucados de frío en intersticios invisibles, salen zumbando en bandadas, desalojados por las espesas nubes de humo que surgen de la hoguera; y todos estos múltiples detalles, observados en el corto instante que la mirada emplea para abarcar el cua-

dro, producidos en el espacio que ilumina la roja lumbre, hieren la imaginación con mayor intensidad que las extravagantes creaciones del espanto, enriqueciendo nuestra memoria con imágenes y coloridos, formas y tonos originales, que más tarde hacen su aparición deslumbradora sobre la tela que el pincel anima, o en el poema que la inspiración corona de luces y satura de armonías.



**XIX**

**EL CONDOR**





## EL CÓNDROR

Viene ahora a mi memoria — y ¡cómo he de olvidarlo! — el episodio más interesante de mis viajes, el que más hondas sensaciones de la naturaleza ha producido en mi vida, y el último que hice en compañía de mi padre por la montaña consagrada en las tradiciones de la familia. Quiero hablar — ya es tiempo — de esa ave soberana que tiene en las cumbres su vivienda misteriosa, y es como el espíritu errante de esas moles en apariencia mudas, pero que en las soledades de la noche como en las del mediodía, semejantes por su solemne silencio, tienen, no obstante, voz y lenguaje, revelaciones y confidencias que el viajero escucha, siente y traduce, sin poder definir el órgano que las exterioriza.

Sí; la montaña tiene un alma sensible difundida entre sus infinitos accidentes; ella da rumor cadencioso y melódico a los árboles; vibración sonora a las aristas agudas de la cima; repercusión cromática a los ecos fugitivos; resonancia de acorde sagrado al viento que roza la abertura de las cavernas; fragor pavoroso al trueno encerrado en las gargantas impenetrables; profundos y majestuosos tonos a las corrientes subterráneas, que circulan como ríos de sangre precipitados por colosales arterias; dulzura de somnolientes arrullos a los cantos de las aves menores; formas vivientes a las nubes, a las rocas y a sus sombras fugaces; perfume de incienso místico o de profanos paraísos a las flores silvestres; colorido artístico a las laderas, a los bosques y a las brumas que velan los abismos, y efectos fantásticos de escenas de magia a los haces de luna caídos al través del follaje sobre las rocas y los torrentes.

Esto es el alma de la montaña; son las personificaciones que el hombre crea siempre, para dotar de vida a lo inanimado cuando éste tiene la virtud de conmoverle, de despertar los sentimientos y excitar la fantasía. No se puede concebir cómo aquel arrobador conjunto de sonidos y de visiones no sea la revelación de un algo viviente que anime las rocas, los árboles empinados sobre ellas, los manantiales que surgen de sus cimientos en filtraciones incesantes. Y en verdad, la naturaleza tiene siempre consigo, formando parte de su ser, un signo visible que la personifica, ya sea el hombre autóctono nacido de la piedra, ya un pájaro que ostenta su vigor y su fuerza, ya una flor que guarda su perfume. Las montañas de mi tierra — los Andes — tienen el cóndor, el morador amante de las alturas, el ave inmortal, que por lo secreto de su vida y lo incognoscible de sus hábitos domésticos, parece un símbolo indescifrable de la muda pero grandiosa historia de los montes americanos. El lleva marcada en la pupila la huella de un perenne insomnio, como en un momento de inspiración lo adivinó un poeta nacional, sin haberle contemplado de cerca, y los nerviosos e inquietos movimientos de su cabeza calva, para mirar a las profundidades y a los horizontes lejanos, sugieren la creencia de que algo más que la pesquisa de la presa le preocupa, y puede ser el temor de un acontecimiento presentido, que vendrá de ignoradas regiones, en día incierto y en son de exterminio.

Expongo en estas páginas las impresiones reales que me causó la naturaleza y lo que ellas han elaborado después, lentamente, en mi cerebro; y debo confesar que sentí un extraño temor al aproximarme a los parajes donde el cóndor habita. Veíale recorrer sereno, con las grandes alas abiertas, el espacio bañado de sol, describiendo círculos inmensos que parecían no tener un término, como esas parábolas en que circulan los cometas que no han de volver jamás a nuestro cielo; su sombra gigantesca, proyectada desde la altura, rodaba como la de una nube sobre las faldas, los abismos, las cumbres y los valles. Contemplantarlo en el fondo azul del firmamento

era lanzar, más que los ojos, el pensamiento por la ruta etérea de su vuelo olímpico. Lo he seguido por largo tiempo con la mirada: hallábame sobre una roca, distante de todo objeto que pudiera impedirme la plenitud de la visión, y a la hora en que el sol, oculto por elevada sierra, iluminaba el espacio sin herir la pupila; parecíame hallarme en el mundo del sueño, cuando una quimera vana, con forma de ángel, de mujer, de ave o de llama intangibles, cruza por los espacios mentales, y nosotros nos arrojamos tras ella, persiguiéndola lo mismo que en el mundo real, sin noción de lugar ni de tiempo, hasta desvanecerse, difundirse ya en la sombra, ya en esas irradiaciones esplendentes que vemos al soñar, y que nos despiertan sobresaltados cual si un globo luminoso hubiese estallado dentro del cráneo. Yo no veía más que el azul inconmensurable, y sobre la tela infinita donde los astros son chispas de fuego, mis ojos, mi pensamiento, mi fantasía, seguían fascinados al ave majestuosa, semejante a una estrella apagada que fuese por última vez surcando el firmamento, para sepultarse en el misterio de las sombras eternas. Por la imperceptible abstracción de mí mismo, absorbido por la idealidad, perdí bien pronto la conciencia de la vida, y era ya un espíritu alado, flotante en el vacío, pero fascinado por la visión del pájaro enigmático, viajero infatigable que yo seguía sin saber a dónde, ni darme cuenta de su derrotero ni de su destino. Cuando el punto sombrío se confundió con la tinta azulada del éter, el fenómeno psíquico convirtiéndose en algo que apenas acierto a definir: sentí como si el ser ideal que vivía por mí, se hubiese diluido también en el vacío, como la luz del día se diluye en la media claridad del crepúsculo, el aroma de las selvas en el aire, o como se apaga la nota musical con las últimas oscilaciones de la onda sonora.

Bien pronto las estrellas comenzaron a encenderse en diversos puntos de la esfera, como las luces de un gran templo, sorprendiendo los ojos; empezaron a acallarse los ruidos y a venir ese susurrante silencio del crepúsculo; primero dulcemente, como zumbido de mariposa incorpórea, y después so-

noro y límpido, como voces de flautas campestres, de notas interminables, escuchadas a lo lejos de diversas direcciones. El colorido del cielo interior, reflejo del externo, se torna por grados en nebuloso y melancólico, como si entrasen velos finísimos, sembrados también de luces vagas, a apagar los resplandores de la mente; reproduciese en el alma el crepúsculo del espacio, con sus colores indefinidos; cantos que mueren y murmullos que nacen; ruidos desacordes que se apagan y melodías somnolientes que surgen; paisajes de la montaña cuyos contornos se borran, y cuadros celestes cuyas formas, no bien acentuadas, aparecen en el lienzo obscuro de la noche, más bien como evocación de nuestra fantasía, que no dibujadas en verdad por la luz de las estrellas.

Cuando descendí de mi observatorio rústico, mis compañeros rodeaban la hoguera que alumbra y reconforta, vuelve el vigor al cuerpo y enciende alegría en el espíritu, después de aquellas ásperas y ríscosas jornadas por los senderos montañoses. De un lado se levantaba una muralla de ciclópeas masas graníticas y cavidades profundas, rematando en un cono cuyo vértice apenas se advertía en el fondo del cielo sin luna; las llamas, avivadas a menudo, dejábanme ver la puerta irregular de una enorme gruta, que hoy recuerdo semejante a la que daba entrada en el reino doloroso al viajero florentino; sentí al mirarla una vaga impresión de frío en todo mi ser, y volviendo los ojos al lado opuesto, la pendiente tenebrosa, el horizonte estrellado, aún debajo de nosotros, me sugerían la más perfecta ilusión de encontrarnos suspendidos en el espacio.

El arriero de la tropa, un negro de los muchos descendientes de los esclavos del Huaco, refirió después un cuento fantástico, de esos que nunca se olvidan si se oyeron en la niñez, y en los cuales aparecen gigantes, brujas y hadas habitando cavernas lóbregas, pero en cuyo interior poseen palacios encantados, verdaderos mundos ocultos donde la luz es deslumbrante, los aromas embriagadores, las músicas de infinita dulzura, las mujeres prodigio de belleza, dotadas de ma-

raviloso poder para transformarse en flores, en humo y en aves de plumajes y cantos desconocidos. A medida que el cuento se acercaba al término las llamas de la hoguera languidecían; estrechábase el círculo de su reflejo luminoso, y el sueño cerraba mis ojos gradualmente. Recuerdo que las últimas palabras del narrador referían cómo el gigante de su historia, después de encerrar en un cofre de oro la nubecilla en que había convertido a la beldad robada — la hija del rey cercano, — emprendió el camino de la montaña, y sumergiöse en la negra boca de la cueva ignorada, en cuyo fondo hallábase su magnífica vivienda, servida por genios que él forjaba, que brotaban del techo, de los muros y del aire, pronunciando palabras mágicas... Cerré los ojos, no sin dirigirlos por instinto a la profunda cavidad del muro, donde se rompían las ráfagas con bramidos extraños, como de fiera perseguida que embiste a la cueva, y retrocede rugiendo si ve al perro heroico a la entrada del inexpugnable refugio.

Bien poco duró mi sueño, porque la fatiga de tan violentas sensaciones más bien lo ahuyenta que lo procura; a lo cual se añadía la influencia de la obscuridad con sus vagos terrores y sus voceríos interminables; el frío intenso de ese vientecillo de las noches límpidas de invierno, en que las estrellas brillan sobre el profundo azul como pupilas húmedas de lágrimas nacientes, y en que el rocío se palpa y se congela sobre las rocas, el césped y los árboles, cual si todos hubiesen amanecido llorando por causa de un sueño triste. Vinieron a interesar mi atención unos rumores para mí desconocidos, que llegaban del lado de la gruta: parecía como si en el fondo habitasen gentes de siniestra vida, o seres sobrenaturales que celebrasen asambleas tumultuosas, conferencias a media voz, pláticas entrecortadas, ceremonias de cultos secretos, en los cuales desfilasen numerosos concursos al son de cantos graves y roncós, sin modalidades ni gradaciones de notas largas y solemnes, como coro de monjes en un subterráneo; o bien, de súbito representábame la imaginación una *Salamanca* desconocida de los hombres de la comarca, y esos ruidos eran los

ecos lejanos de las fiestas horripilantes de brujas y brujos asquerosos, entremezclados con demonios en vacaciones, concurrentes con permiso del rey del abismo; se oían los estruendos de las danzas grotescas y brutales, se adivinaban los trajes y las actitudes obscenas, las rondas desordenadas, las risotadas estrepitosas, combinadas con una música de sonidos sin resonancia ni vibraciones, como si se tocara para que bailasen condenados a muerte en el mismo tambor de la ejecución; luego un hondo silencio, y después una ilusión diversa; oíanse con claridad casi indudable, palabras de timbre solemne, como de general que diese órdenes terminantes a secas en una avanzada nocturna; chasquidos de alas inmensas que se baten con fuerza para emprender un vuelo precipitado, silbando en seguida al cortar el aire; crugir de huesos roídos por dientes de acero, y aplicando con mayor intensidad el oído, se percibía muy leve, pero distinto, el piar de polluelos que se aprietan debajo del ala materna para abrigarse todos a un tiempo.

Este conjunto y sucesión de imágenes, suscitadas por tan extraños ruidos, fueron de tal manera sobreexcitando mi imaginación, que llegué a sentir verdadero terror hasta figurarme que esa gruta era realmente la guarida de alguna legión infernal, que deliberase el modo de arrastrarme a sus cuevas inmundas y despedazarme en un festín, en el cual mi sangre sería el licor servido en cráneos de víctimas antiguas. No me atrevía a respirar, por miedo de que al mover mis ropas, advirtiese algún espía de la endemoniada turba mi presencia, y hasta los latidos de mi corazón me parecían repercutir con estrépito en aquella soledad y en esas alturas, donde los ecos son tan susceptibles y fugaces, que no pueden guardar secreto de la caída de una hoja, ni de la levísima inclinación de la flor donde se posa una luciérnaga errante.

Hice un supremo esfuerzo de valor y abrí los ojos. El alba sonrosada dibujábase ya en el horizonte, los astros palidecían, los vapores acuosos del rocío recogíanse en las hondas quebradas en masas densas coloreadas de casi imperceptible

rubor. Sobre el agudo pico de un cerro próximo asomó radiante, como una explosión de luz, el astro de la aurora, el planeta que viene del Oriente derramando torrentes de amor. Volvíme ansioso a ver la gruta de los rumores nocturnos, y lo que en ella contemplé, no ha de ser pintado en una frase, porque es un poema de primitiva grandeza, donde lo nuevo, lo virginal y lo sublime hacen que la mirada se suspenda, y el alma se sujete a la contemplación de sus cuadros y escenas sucesivas, impregnados de solemnidad y de religioso misterio. Era el despertar de la gruta de los cóndores a las primeras claridades del día, y en medio del himno naciente que saluda, en toda la tierra y en todos los climas, la vuelta victoriosa del padre de la vida.

Silencioso y con paso mesurado, pero solemne, un enorme cóndor de plumaje gris oscuro, asomó de la cueva y se detuvo en un ángulo saliente de la roca; movió el cuello para probar sus músculos, abrió las alas en toda su amplitud, des-perezándose de la inacción de la noche, y sacudiendo con violencia la cabeza, lanzó un poderoso graznido, que voló a confundirse con los cantos que de todas partes surgían en honor de la mañana. Era el himno informe y rudo de su garganta de acero, entonado en pleno espacio; era el grito de alerta enviado a las cumbres altísimas, escuetas y desoladas, a las nubes que las coronaban aún porque reposaron sobre ellas, a las selvas profundas y a los valles distantes; era la voz del soberano, advirtiéndoles que iba a emprender el viaje cotidiano por encima de todas las alturas, hasta que el sol se ocultase de nuevo tras las cordilleras inaccesibles.

¡Cómo resonó en mi oído aquel eco ronco y fúnebre! Yo pensaba en la atronadora canción que él habría entonado en ese instante a la naturaleza y a los cielos abiertos, si Dios no lo hubiese privado para siempre del supremo poder de la armonía, al dotarlo de la fuerza y darle por dominio lo ilimitado, lo invisible, lo insuperable. Se advierte, en su concentrado y siniestro graznido, la desesperación de esa terrible condena. ¡Ah, cómo repercutieran de cumbre en cumbre el

¡salve! gigantesco a la alborada, desde las solitarias regiones de las nubes; el heráldico anuncio de sus paseos triunfales; el salmo grandioso de su culto al astro que enciende las antorchas del mundo, y el titánico himno de victoria, cuando suspendido como un punto en las alturas, divísase cual una leve sombra las montañas seculares! ¡Y con qué sublimes y proféticos acordes haría a la América la revelación de sus secretos, guardados por tantos siglos, y destinados a perecer con el último vástago de su raza! El también cantaría sus amores ignorados, transcurridos en el fondo de las grutas al calor del nido, o en la región de las nubes al calor del sol; los sueños de grandeza y los vértigos de lo alto, que le acosan cuando se cierne, invisible a la tierra, y creyéndose muy cerca de otros mundos...

Largo rato permaneció de pie sobre la aislada piedra, con los ojos fijos en el Oriente por donde el día se acercaba con rapidez. De pronto batió las alas, voló un corto espacio hacia adelante, rozando con las garras las copas de los árboles y las aristas de las rocas, y entonces se remontó vigoroso, de un solo impulso, hasta una inmensa altura, desde la cual emprendió su peregrinación por las desconocidas y remotas rutas del firmamento.

Pero en seguida el cuadro de la gruta se ofrece más animado, más risueño, más gracioso. Empiezan a salir uno a uno, con aire grave y pensativo, los habitantes de la sombría vivienda, hasta formar bien pronto un enjambre movido y bullicioso, con sus medias voces de tonos y modulaciones incalificables, retozando a pequeños saltos sobre una ancha terraza de piedra laja, persiguiéndose unos a otros, girando en reducidos círculos, yendo a posarse en una piedra muy próxima, o en la copa de un árbol, de la que era fuerza levantarse antes de asentar todo el peso, porque la rama se encorbaba crugiendo; entrelazándose los arqueados picos, los cuellos sin plumas y las garras negras; jugaban como niños, locos de contento, al sentir los primeros tibios rayos del sol de invierno que se levantaba disipando las brumas, mientras



dos o tres viejos patriarcas, inmóviles, soñolientos, desvelados, los contemplaban impasibles, como abuelos rodeados de sus nietos, indiferentes en apariencia a los encantos del nuevo día que lentamente volvía el vigor a sus alas entumecidas. Los polluelos salieron también a ensayarse en los primeros ejercicios atléticos; emprendían vuelos cortos seguidos de un cóndor viejo, como para adiestrarlos y protegerlos en cualquier desfallecimiento, y regresaban después a la terraza de la gruta, donde los esperaban otros que a su turno partían a los mismos paseos.

Era el espectáculo de una familia numerosa y feliz, en la cual las ocupaciones se comparten con método y se ejecutan con matemática uniformidad. Luego, cualquier ruido extraño, el relincho de un huanaco asustadizo, el derrumbe de una piedra desquiciada, el grito de un campesino que pastorea su ganado, traen súbita alarma al seno del pintoresco cuadro; los grandes todos, menos los chicuelos, toman la fuga por las sendas aéreas en direcciones distintas, hundiéndose los unos en vuelos oblicuos, en abismos insondables, desapareciendo los más entre las serranías laterales, o perdidos de vista por la distancia.

Desierta quedó la granítica vivienda, y ni un leve ruido salía de sus entrañas. Sentí viva curiosidad de penetrar en ella, y descubrir por mis propios ojos el secreto de aquello que yo creí una guarida de brujas, o un salón subterráneo de la corte universal de Luzbel. Seguido del criado traspasé el dintel, tan alto que no me fué preciso inclinar la cabeza; marchaba sobre un pavimento de grandes rocas encarnadas, y por debajo de una bóveda cuyos troncos y arcos no se derrumbarán sino por el sacudimiento terrestre que derribe la montaña misma; porque el admirable arquitecto que la construyera no hizo más que horadar una mole compacta con el más sutil y poderoso de los instrumentos — el agua — experimentándole con la más irrefutable de las pruebas: los siglos.

A cada palmo que adelantaba, la obscuridad se hacía

más profunda, y nuestras voces repercutían con esa resonancia propia de los subterráneos; pero luego fuimos sorprendidos por una claridad que parecía venir de una alta claraboya abierta en la parte superior del cerro; y al llegar a donde el haz de luz hería el fondo de la cueva, miré hacia arriba, y muy alto, a través de la abertura por donde respira el pulmón de la montaña, pude ver el azul del cielo, y algunas aves cruzar por delante de él, como se ven pasar los corpúsculos errantes de la atmósfera por el campo de un telescopio. Reinaba el silencio; ni una respiración, ni un graznido, ni un murmullo que denunciase la presencia de seres animados. Los cóndores habitantes de la caverna la habían abandonado, para volver a la noche a ocupar sus nidos cavados en el granito por las filtraciones incesantes, o por las férreas garras en alguna blanda masa de greda o arcilla; y también, formado de ramas de árboles de la comarca, en la época de los amores, cuando todas las aves circulan por el espacio llevando en los picos gajitos secos, manojos de paja mullida y amarillenta, hojarasca desprendida por el viento, para preparar los lechos de las futuras madres, y al mismo tiempo las cunas en que han de abrigar a sus pequeñuelos. Hacia arriba, la gruta se extendía en graderías imperfectas, pero practicables, y en los muros veíase amplias cornisas, nichos de imágenes ausentes, hendiduras y cavidades que parecían otras tantas grutas laterales, cuyos fondos quedarán ignorados para siempre de los hombres.

A la media luz de la inaccesible boca de la cueva, vi lo que puede llamarse el nido del cóndor; y en verdad, invitan a la reflexión más grave, la rígida desnudez y la pobreza estoica del lecho en que descansa de sus viajes imponderables el rey del mundo alado de América. El impera sobre las cumbres, domina las más altas tempestades, asiste invulnerable a los ventisqueros aterradores y a las erupciones volcánicas; preside a la formación de las nieves en la nube y en la roca, lucha victorioso con las más bravas corrientes atmosféricas, rompiéndolas con el borde de las alas, sin alterar la serena

majestad de su vuelo; sacrifica para su alimento multitud de seres vivientes y conoce tesoros ocultos por los cuales la humanidad promovería guerras exterminadoras; y no obstante, su vivienda es una gruta fría y desnuda, que el viento azota, el rayo calcina y la lluvia anega; su nido es el hueco de la piedra donde rara vez descansa su cuerpo, manteniéndose de pie, cubierto con su propio plumaje, cuando no pasa las noches a la intemperie, solo como un espíritu maldito, sobre la última roca de una cima ennegrecida por el rayo, contemplando el eterno y mudo rodar de los mundos luminosos, y a sus pies la sombra de la tierra, inmensa y difusa como el vacío en que resonó por vez primera la palabra de Dios. ¡Problema impenetrable es ese, sin duda: la vanidad de nuestra miserable naturaleza humana no se sacia jamás de poderío, de esplendores y de fugitivas grandezas terrenales, mientras hay seres que repudiando lo que ella adora, insomnes eternos del pensamiento y de la hermosura, luchan sin reposo contra las leyes de la vida, con la única esperanza de alcanzar la región de la luz sempiterna, de la contemplación infinita de la belleza originaria e imperecedera!

Sí; el cóndor es un ave simbólica, de esas en cuyas formas y hábitos los pueblos sintetizan los más altos ideales; el fénix mitológico era la encarnación de un estado del espíritu; el águila representa otra tendencia del alma humana; el cóndor, hijo de la América, tan antiguo por lo menos como su edad histórica, es la más alta, la más grandiosa representación de sus destinos en la vida y de los caracteres predominantes de su naturaleza; y limitando la extensión de la idea, puede decirse que él sería un emblema perfecto de las inteligencias superiores, de los que iluminan la marcha de la historia desde las alturas del pensamiento puro, libre, impecable, que no abandona la órbita invisible pero real en la cual ejercita su fuerza increada, y desde la cual envía a los hombres, en forma de creaciones y de dogmas, las verdades sucesivas, arrancadas de misteriosas y primitivas fuentes.

¿Dónde están esos focos de luz, que de tiempo en tiempo,

de siglo en siglo envían a la humanidad sus rayos salvadores, encendidos como fanales para alumbrar senderos desconocidos, en la tiniebla donde se descamina y desorienta conturbada y desviada de los caminos rectos? ¿Por qué cada uno de los que constituyen la peregrina grey de Adán, no ve la misma antorcha, ni oye la misma voz, ni siente la misma inspiración en medio de la selva oscura? Cuando el hombre, el pueblo, la multitud de los pueblos vagan extraviados en el desierto de las pasiones, de los horrores o de los instintos rebelados, enciéndose una nube en el Sinaí, y hablan los relámpagos con la voz del trueno, levántanse las miradas a la cumbre, y una sublime visión, un hombre anciano como la sabiduría, enseña los ígneos caracteres reveladores del misterio que perturba los sentidos, los afectos, las inteligencias. Avanza en filas ordenadas y al son de cantos marciales por la ruta abierta, durante otros siglos, y la intrincada selva cierra nuevamente el paso, y los gritos de desesperación y de angustia llegan a las alturas envueltos en densas sombras. Pero arde de súbito el incendio; al resplandor de las llamas que iluminan el espacio, aparece una mano fulgurante, señalando el derrotero, y se oye una palabra profética: los pueblos la escuchan, la obedecen y resuenan de nuevo los himnos marciales. Pero los que no alzaron la cabeza para contemplar la nube encendida por el rayo, ni la aparición celeste al rojo fulgor de la hoguera, quedaron aprisionados para siempre entre las zarzas y las breñas del bosque tenebroso; y ya no repercuten sus gritos de dolor o de furia, ni se despejan las nieblas, ni voz alguna les habla desde el firmamento.

La historia es una inmensa llanura donde alternan a vastos intervalos los desiertos inconmensurables con los oasis regeneradores, los laberintos sin salida con los valles de verdor eterno y corrientes de cristal, y la raza humana, viajera sin reposo, no tiene otros guías que los astros, las cumbres, los relámpagos y los incendios, pero siempre la luz y las alturas. Por eso los pueblos que se salvan, marchan con la mirada fija en las cimas y el pensamiento en el ideal, y en todos los tiem-

pos hicieron de las grandes aves emblema de ese instinto, de ese anhelo insaciable de lo alto, de lo desconocido, de lo sobrenatural. ¡Oh, si mi patria no olvidase que hacia el occidente se levantan las cumbres más elevadas de América, y que más arriba de ellas tiene su región soberana el cóndor de los Andes; que por ellas cruzaron las legiones heroicas de otro tiempo, llevando una gran luz como signo de redención y un pensamiento como arma invencible, con cuánta claridad aparecería sobre el fondo azul del firmamento la visión del porvenir, que en vano busca hoy en horizontes nebulosos e indecisos! ¡Allí, sin apartarse nunca de sus montañas amadas, el cóndor espera sin cesar, inquieto, silencioso, ora perdiéndose en alturas infinitas, para divisar más lejos, ora emprendiendo viajes a regiones remotas, la hora de entonar su primero y último canto, el canto de la gloria, levantando entre su corvo pico hasta los astros un jirón de esa bandera que tiene el azul de su cielo y la nieve de sus cumbres, para unirla con luz de sol a la vista de dos mares!

Desierta está la guarida de los cóndores; el esplendor del día los seduce; la ignota ley de su destino los impele a errar por los aires, y a ellos se lanzan todos, dispersos, sin más consigna que escudriñar lo recóndito y emplear la potente garra para alimentar, fortalecer y prolongar la vida. La madre asiste a los hijos jóvenes en los trances peligrosos, vuela lo que ellos pueden volar, y cuando les rinde la fatiga, reposan sobre una roca, para emprender de nuevo la peregrinación. Muchas veces, no obstante, se les ve revolotear en enjambre a grandes alturas, en círculos concéntricos, alrededor de un solo punto, y sin que su ronda parezca tener fin; todos miran hacia la tierra, al fondo de un valle o al interior de una selva. ¿Quién ha tocado la llamada que los congrega desde tan remotas distancias? Uno de ellos olfateó o divisó la presa al pasar, y levantándose a enorme altura, para que lo vieran los más lejanos, comenzó a girar sobre aquel paraje, donde una víctima olvidada del cazador, la mula viajera caída de cansancio, o la cría abandonada al nacer, por el ganado o

el rebaño, ofrecen alimento a todos los cóndores de la comarca. Aquella es la señal convenida de reunión, y uno a uno van llegando y siguiendo al primero en sus círculos interminables, hasta hacer imposible contar el número, y hasta nublar levemente el sol, como una negra tela que el viento removiese sin cesar; y parecen acometidos de vértigos, ebrios de dar vueltas por la misma órbita; la vista se fatiga en vano siguiéndolos, porque ninguno desciende al plano mientras un vago peligro, la presencia de un observador, un viajero que costea a lo lejos una falda del monte, una nubecilla de humo que anuncia vivienda humana, les advierten que el festín va a ser interrumpido, o que tal vez ha mediado el ardid del hombre para darles caza.

He observado mil veces esta escena, ya durante mis viajes, ya desde el viejo corredor de un rancho de la hacienda, perdido entre los valles de la montaña, o entre las rocas de una ladera pastosa. Mas quiero situarme en lugar solitario para transmitir lo primitivo, lo salvaje, lo grandioso. El día se ausentaba, y el enjambre de los cóndores seguía girando con la misma estoica serenidad en remolinos innumerables; repercute de súbito el eco de un ruido extraño, que las ráfagas conducen de muy lejos, el relincho del potro indómito que paca y retoza en sitio distante, o una piedra que se desquicia y se estrella con estrépito detrás de un cerro vecino, y se ve entonces a uno de los buitres desprenderse solo de la ronda, y volar hasta el punto donde resonaron el relincho o el derrumbe, volviendo en seguida a continuar la jira. Si durante el día no han desaparecido sus temores, no abandonarán la región, aunque la noche les sorprenda; antes bien, la esperan, porque a su amparo, y cuando todo descansa, ellos descenderán al fin a gozar tranquilos de la ansiada cena, en la cual la res exánime se rodea y se cubre de aquellos voraces y silenciosos convidados, que la desgarran, la mutilan, la descuartizan, la desmenuzan, arrancándole girones de carne, abriéndole el vientre con sus cuádruples puñales, que luego son garfios para extraer cada uno una víscera: el cora-

zón desprendido de sus profundas raíces; el hígado chorreando sangre negra; los intestinos dispersos o enredados como cuerdas entre aquel laberinto de plumosas y calludas patas, que se los disputan, estirándolos para cortarlos en pedazos. Allá, uno ha enterrado sus férreos ganchos en la cuenca del ojo inmóvil de la víctima, y apoyado en la pata izquierda tira con fuerza hercúlea; óyese un seco estridor de fibras y músculos que se rompen, y el corvo pico rasga después la suplicante pupila.

El cuadro se desarrolla en un rincón tenebroso de la selva; la hambrienta banda ejecuta la fúnebre tarea sin darse reposo; sólo se desprenden del conjunto los fatigosos resoplidos de la horrible y trágica faena, y de tiempo en tiempo gruñen y graznan, ahogados por los trozos engullidos aprisa, para volver más pronto a renovar la ración sangrienta. Cuando ya no queda sino el desnudo esqueleto, y en torno suyo los grumos de sangre amasados en el polvo, formando un charco infecto y nauseabundo; cuando cada comensal se aparta de la mesa por sentirse harto, o porque antes se agotara la provisión, empiezan a levantarse como a escondidas, volando a las rocas próximas, donde limpian los picos frotándolos como cuchillos contra la piedra. Entonces comienza a adormecerlos ese vago sopor de las digestiones lentas, encogen el cuello, hunden la cabeza entre los arcos superiores de las alas, y por breves instantes se cierran esos rugosos párpados que por tanto tiempo no se juntaron, ni en las deslumbrantes irradiaciones de los soles estivales, ni en las tinieblas de las noches pasadas de centinelas sobre las cimas estremecidas por el trueno o por las convulsiones internas... Después, un gigantesco rumor de alas que azotan el aire y las ramas en medio del abismo, y a desparramarse de nuevo más arriba de los altos dorsos de piedra, en el espacio estrellado, por donde sus sombras se desbandan como nubes de tormenta que el viento dispersa de súbito. ¡Ya pagó su tributo a la miseria de la carne el señor ideal de las etéreas comarcas; el misterio, la obscu-

ridad, velaron el acto salvaje, el momento prosaico del rey de los dominios inmensurables de la luz!

Para apresar a este osado ocupante de la hacienda ajena, sólo en virtud de ese derecho inventado por los fuertes y los poderosos, el hombre ha debido recurrir a la astucia y al veneno, porque se siente incapaz de perseguirle en su vuelo, y porque sólo así la humanidad ha podido vencer a los grandes rebeldes a sus leyes y a sus dogmas. Yo he visto también al indomable cóndor caer en manos del campesino montañés. Cuando, conduciendo el ganado por los desfiladeros y las agudas cuchillas de los montes, alguna res se derrumba y queda entregada a la voracidad de las aves carniceras, él espera la noche para tender la celada a los convidados del banquete próximo, que ya se ciernen sobre la víctima a alturas increíbles, para descender sobre ella en el silencio de las sombras; impregna de mortífero unguento la carne muerta, y escondido a larga distancia, dentro de una piedra socavada por las aguas, o en paraje cerrado por tupidas e impenetrables ramas, aguarda la catástrofe. El hambre congrega la negra multitud sobre la presa; comen, engullen, devoran con ansia, con desesperación e inquietud por marcharse pronto, y con la avidez de una prolongada abstinencia; y cuando llega el instante de emprender la fuga de sospechados peligros, sienten que sus alas no tienen vigor, que los músculos potentes que las agitan y los sostienen sobre los vientos y las calmas de la atmósfera, se vuelven flácidos y débiles, y ya no pueden siquiera levantar el peso de las plumas que los visten; desmayo, aniquilamiento, agonía, invaden sus cuerpos antes invulnerables; se esfuerzan por huir, y se revuelcan como ebrios; abren los picos, untados aún en el cebo de la carne, y los resoplidos de la angustia resuenan ahogados, pavorosos, horribles; uno tras otro, en confusión, lanzando posteriores graznidos que retuercen el alma y erizan el cabello, van cayendo en espantosa lucha con la muerte, mordiendo la tierra con ira satánica, azotándola con aletazos feroces, ras-



gándola en hondos surcos con sus garfios acerados, como queriendo arrancarle las entrañas, hasta que, por último, después de un estertor de intraducible resonancia, abandonan su cuerpo al polvo, extienden el rugoso cuello, y abriendo en toda su extensión sus gigantescas alas, expiran...



**XX**

**UNA CACERIA**



## UNA CACERÍA

Debíamos en breve tiempo abandonar por muchos años la tierra nativa, para ir al célebre colegio de Monserrat a emprender nuestros estudios superiores; mi padre mantenía el secreto, y aquella visita a las montañas, donde tenía la hacienda hereditaria, era la de despedida. Nada nos dijo entonces, por temor de entristecernos, y sólo ponía todo su cuidado en hacernos gozar con hartura de los espectáculos de la naturaleza y con las escenas de la vida campestre, en las cuales tantas veces fuimos actores durante la infancia. Yo sorprendí su conversación con el capataz una noche, a la hora en que todos dormían sobre sus camas de viaje tendidas en el suelo, dentro del patio del rancho de pirca, limitado por un cerco de largas vigas amarradas en doble hilera sobre gruesos troncos, como para resistir al empuje de los toros, cuando embisten encolerizados o luchando entre sí.

—Estos pobres muchachos — decía mi padre, con profunda melancolía, — ¡quién sabe cuando volverán a estos lugares en que han sido tan dichosos! Yo me siento viejo, y una enfermedad incurable va consumiendo mi vida: hasta tengo miedo de separarlos de mí, porque quizá no vuelva a verlos... Mañana, al salir el sol, disponga la gente de la estancia, y los perros y todo; nos pondremos en marcha, porque quiero mostrarles los límites de lo que ha de ser suyo cuando yo muera, y para entretenerlos, hágalos ver una *corrida* de huanacos.

Yo lo oí, y cubriéndome hasta la cabeza, me puse a llorar convulsivamente. La partida a Córdoba, en marzo, era para mí una separación eterna; y ya pude explicarme la triste-

za de nuestro pobre viejo, y por qué se quedaba siempre solo detrás de la caravana cuando marchábamos; por qué guardaba silencios tan prolongados y por qué se esforzaba para reír y darnos bromas, mostrando un buen humor excesivo y extemporáneo.

Pero muy pronto vino a distraerme el movimiento de los aprestos para el viaje, las llamadas a los campesinos para mandarlos a traer las bestias, las órdenes minuciosas del capataz, los fuegos encendidos para hacer luz y para preparar el desayuno de los expedicionarios, los cantos y los silbidos de los peones, cuando en medio de la obscuridad se internaban en las quebradas donde pacían las mulas, los bramidos del ganado en todas direcciones, multiplicados al infinito por los ecos de tantas serranías.

Entretanto venía el alba, asomándose como muchacha encaustrada por las rendijas abiertas entre unos y otros picos de la sierra vecina, y empezaba a correr ese airecillo helado de las mañanas montañosas, quedado como una memoria del invierno que se va, y un anuncio de la primavera que llega; pero que viene a verter en nuestro ambiente todos los aromas de otros valles distantes, y a levantar ese olor peculiar de las aglomeraciones de ganado, que hace abrir las fauces con avidez, en vez de cerrarlas con repugnancia. Centenares de terneros encerrados por la noche, claman casi con acento humano, todos a un tiempo, por la ubre materna, alzando un vocerío aturdidor. Las mujeres de la hacienda salen luego con grandes cántaros y tinas, asentados en la cabeza sobre el *pachiquil* hecho de hojas de retamillo o de algarrobos nuevos, y arrollados en los desnudos pero fornidos brazos los *tientos* para amarrar las crías impacientes, mientras ordeñan. Corremos a presenciar esta faena y a aprovechar la leche recién salida, caliente, confortante y coronados los vasos de espuma, que sorbemos a todo pulmón.

En otro sitio se sacrifica una vaca para el avío, recogándose en bateas la sangre para los galgos y los *bulldogs* de presa, los amigos de cuya compañía y auxilio no es posible

prescindir; y en aquella época gozaban de fama y de respeto en toda la comarca dos de ellos: Humaitá, el rey de la jauría, corpulento y membrudo como un león, y a cuya fuerza no hubo novillo embravecido ni venado gigantesco que resistiesen; y Curupaytí, menudo como ardilla, pero astuto sin rival para elegir la parte donde había de morder a la presa cuando se apartaba del *rodeo*, promoviendo el desbande de los demás, y así, dejábala sin movimiento, o entre todos la derribaban. Respetábamos a Humaitá, así como a un semi-diós de la fuerza; queríamos a Curupaytí porque era travieso y cariñoso con los amitos, mientras en el primero veíamos un señor terco y grave, gruñidor y déspota, que, si bien no nos ofendía, nos trataba con cierto desdén. Mi padre le amaba con locura; confiaba en él la vida, como en una potencia sobrehumana, y por el eco de sus ladridos huecos y estentóreos, y por el vigor de su férrea musculatura, le bautizó con el nombre de la fortaleza paraguaya, donde tan alto resplandeciera el heroísmo argentino. Manteníase siempre a su lado cuando dormía en las soledades desiertas del monte, con la cabeza erguida sobre el robusto pecho, extendidas las manos en actitud de emprender un súbito ataque y con los ojos abiertos, brillando como carbones incandescentes a la sola claridad de las estrellas, y aún en el seno insondable de las neblinas.

Alegre y bulliciosa emprendióse la marcha por un amplio y pastoso valle con ondulaciones de ola mansa al principio, y luego con asperezas y sinuosidades, ángulos y desfiladeros propios de esa región salvaje y primitiva, donde sólo transitan los ágiles huanacos y las cabras monteses. Marchaba a la cabeza la jauría capitaneada por Humaitá, con su lugarteniente el festivo Curupaytí, al costado; el primero grave y silencioso, con aire de portaestandarte real, el segundo movidizo y desordenado, saliéndose a cada instante del grupo para disolver alguna reunión de *caranchos* o de cuervos, o perseguir una *llanta* solitaria, o un *yacopollo*, que bebía a pequeños sorbos el agua de algún agujero horadado por las lluvias sobre las piedras de los torrentes. Humaitá lo mira de

rejo, entornando las pupilas enrojecidas con gesto de reprensión más bien paternal que de dominio, y sólo se permite una variante a la monótona regularidad de su trote, cuando en los espesos matorrales de *garabato*, entre los olorosos bosques de *chilcas*, o las verdes selvas que en las márgenes de los arroyos forma el *palanchi*, de grandes y aterciopeladas hojas, asoma la cabeza altanera algún torito retozón y engreído, amenazándolo con su aspecto bravío, como de mozo pendero. ¡Eso sí que Humaitá no lo tolera y lanzando su ladrido formidable, que repercute de cumbre en cumbre, de un salto descomunal se precipita sobre el osado provocador, a quien el súbito espanto pone en fuga hacia arriba por las empinadas pendientes, hasta que el noble perro, satisfecho su legítimo orgullo, vuelve, como sonriendo de una travesura, a recobrar su puesto en la columna viajera.

Plácido está el día y lleno de sol otoñal que no deslumbra ni quema, pero aclara la atmósfera hasta hacer perceptibles los menores accidentes del cielo y de la tierra, ya fuese en las más lejanas serranías, ya en los valles vistos de tiempo en tiempo por alguna abertura repentina, entre dos conos eminentes; porque los senderos, ora buscan el lecho arenoso de las corrientes, ora costean y ascienden en zigzags los planos inclinados de las cuchillas, erizados de peñascos y de zarzas, o remontando hasta las cumbres mismas, nos permiten pasear la mirada por los cuatro vientos, dominando horizontes remotos en cuyos fondos turbios o azulados se dibujan al Occidente los Andes limítrofes, al Oriente la llanura inmensa, que sólo termina allí donde los anchos ríos, con el caudal inagotable de sus vastos senos, vierten en el Océano el limo fecundo de la tierra argentina. Allí hay que suspender la marcha porque los ojos se difunden en el espacio abierto, las almas sienten impulsos de alas gigantescas por lanzarse más arriba de los más altos vértices, y los pechos detienen su batir incessante para absorber en un diástole prolongado la infinita plenitud de los aires... Sacuden el espíritu ansias de dar un grito inarticulado y salvaje, que fuese como el estridor de un



clarín del empíreo, evocador de mundos extintos, que llegase a sacudir las aristas esfumadas de los volcanes más remotos y a sublevar las olas de los mares invisibles.

Alegre y bulliciosa sigue la partida; los ecos multiplican en diversos tonos los ladridos de los perros y los gritos y las risotadas de los peones, puestos de buen humor por la perspectiva de la fiesta; las mulas, contagiadas del general contento, relinchan también, y con las narices abiertas al aire pleno, lanzan resoplidos formidables, como a media noche, cuando presienten al león en las proximidades del paraje donde pastan, y cuando retozan sueltas de su carga y servidumbre. Pero ya nos acercamos al valle amplio y dilatado, donde los huanacos acostumbran congregarse a tomar el sol, a revolcarse y desflorar la hierba naciente, siempre en grupos capitaneados por el *relincho* de alto y redondo cuello, el cual, al propio tiempo que gobierna la tropilla, se encarga de vigilar los caminos y dar la primera señal de alarma, apenas ha divisado el polvo sutil que levantan las cabalgaduras, o ha percibido con oído finísimo sus pasos cautelosos, mientras descenden las cuevas o marchan ocultas entre los matorrales de las quebradas.

Quando la entrada al valle se acerca, hay que combinar el plan de ataque, porque las tropas de huanacos, descuidadas y en abandono, pacen o descansan sobre las blandas arenas que las crecientes dejaron aglomeradas, formando el tapiz mullido de las vegas. Distribúyese la gente según el plan estratégico para cerrar las salidas a las ágiles manadas, para evitar su fuga del círculo de cazadores, y para facilitar la carrera y el funcionamiento del lazo y de las *boleadoras* en terreno abierto, o bien para obligarlas a pasar por parajes estrechos, donde serán aprisionadas sin más recurso. Cuando cada uno ha ocupado la posición señalada, las cinchas están bien seguras, los lazos armados y fuertemente fijos por la presilla del extremo, los perros, los héroes del combate, gruñen de impaciencia, sujetos del collar, esperando el grito de guerra.

Hay un momento de solemne agitación en todos los pe-

chos, y de pensar en los peligros que antes el entusiasmo no dejó calcular ni prever. Nosotros, mi padre y mis hermanos, apostados sobre una colina dominante, presenciemos con las emociones más profundas y diversas el cuadro que comienza, la escena de corte épico, iniciada con espantoso estrépito de relinchos de furor, aullidos de pelea, gritos desesperados y desacordes, tropel de angustiosas carreras, crugidos de ramas rotas, alaridos feroces o dolientes de lucha a muerte, y todo reproducido por los ecos y cubiertos por nubarrones de polvo.

Humaitá, contenido con gran esfuerzo por los gritos de su amo y por la mano férrea de un negro atlético, no pudo esperar más tiempo, y lanzando un ladrido que estremeció las serranías, cual un toque de carga en trompa guerrera, dió la señal de la lid, y de un solo salto, un salto inverosímil, cayó de improviso en medio de la tropa, como desde el follaje de un árbol cae de súbito el tigre sobre el rebaño que pasa. Un relincho agudísimo y doliente, mezcla de furor y de espanto, le responde, y levantando un torbellino de arena la manada emprende desesperada fuga.

Los galgos, de cuerpo flexible y elástico, descuélganse a la vez desde sus escondrijos, y cual si obedeciesen a una orden militar, cada uno elige la presa que ha de perseguir y aprehender; el viejo, el hercúleo Humaitá, como esos reyes de los tiempos heroicos que combatían a la cabeza de sus soldados, busca entre el tumulto al padre, al jefe de la tropa enemiga, un enorme huanaco de alto y musculoso cuello, de corpulencia colosal y de carrera tan veloz, que apenas puede distinguirse su contacto con la tierra; el noble perro le sigue de cerca sin pararse en breñas, ni en rocas, ni en hendiduras, sobre las cuales salta como si tuviese alas invisibles, y de tiempo en tiempo interrumpe el terrible silencio de aquella persecución a muerte con ladridos de furia y de amenaza, que redoblan el espanto y la desesperación de la gigantesca presa, y difunden por el aire presentimientos fúnebres.

Pero el valle no tiene salida salvadora, y así que el hua-

naco perseguido embiste a la boca de la quebrada espinosa y profunda para escapar por sus sendas impracticables, asoman los cazadores, apostados para cerrarle el paso, amenazándole, aterrorizándole, aturdiéndole, con boleadoras lanzadas a los pies, con golpes secos sobre el guardamonte, y gritería infernal repetida y multiplicada por la repercusión; el huanaco, que aún no ha vencido el horror de la primera sorpresa, al estrellarse en nuevos y mayores peligros, ya no relincha, sino ruge con estridentes voces, y para huir a otros rumbos, para salir ileso de la emboscada y del ataque del perro, pronto a saltar sobre su grupa, tiene que atacar a su vez con tanta fuerza, que más de un jinete rueda derribado por su empuje, logrando inutilizarlo mientras desvía el salto de Humaitá, para precipitarse de nuevo en busca de otra senda accesible y trasmontar los muros de aquel campo de batalla; hasta que convencido de sus inútiles estratagemas, espera extraviar al encarnizado agresor, y conducirlo a paraje propicio para librarle combate singular, y morir luchando con la fuerza postrera, que suele ser irresistible.

De pronto, el grupo fantástico de Humaitá y su presa, desaparece de nuestra vista detrás de un espeso bosque de arbustos y de piedras, hacinadas como columnas en ruinas, y sólo oímos el eco de los ladridos y de los relinchos que se alejaban. Han trasmontado una cuchilla del cerro y se han lanzado por sitios desconocidos, donde nuestro viejo Humaitá se pone en peligro inminente de caer en precipicios ignorados, o rodar por los despeñaderos. Mi padre no puede contener la ansiedad, y montando a caballo corre detrás de sus huellas, llevando consigo otros jinetes; nosotros le seguimos también, trepando al galope por las subidas escabrosas, rasgando los matorrales al abrigo de nuestros guardamontes, costeando abismos, saltando sobre anchas y hondas aberturas del terreno.

Después de una fatigosa y agitada carrera, llegamos a contemplar la última escena de un drama lúgubre; en un paraje solitario y abrupto, cubierto de talas y *mollis* gigan-

tescos, Humaitá logró dar caza al infatigable relincho, el cual, convertido en héroe por su propia desesperación, ha vuelto el frente a su enemigo, y luchan cuerpo a cuerpo, entrelazados como dos serpientes, jadeantes, rendidos, y próximos a caer exánimes. Nuestra presencia, aunque a larga distancia, pareció infundir nuevos alientos al pobre perro, porque le vimos incorporarse de súbito, hundir sus dientes en la garganta del adversario, que cayó a sus pies con todo el peso de la extenuación y la fatiga. Humaitá mantúvose así, sin soltar la presa, hasta que las dificultades del camino permitiéronnos llegar hasta él.

Encontrámosle ya más bien como un amigo que guardase el cadáver de un compañero caído en una jornada común, en la misma clásica actitud de sus guardias nocturnas, sentado sobre las patas y con la cabeza inclinada, mirando tristemente en los grandes y negros ojos de su víctima, los últimos reflejos de la vida que se ausentaba. Tenía el cuerpo acribillado de heridas, la cabeza abierta como a golpes de maza, y cuando mi padre puso sobre su cuello la mano cariñosa, el noble guardián de su sueño se recostó a sus pies lloriqueando y como pidiéndole que no se apartase de su lado. Rodeámosle todos con cierto religioso respeto. Imponíanos silencio el aspecto del cuadro: la sangre corría de su cuerpo, vertía de sus plantas desolladas por las asperezas del granito, y chorreaba de algunas venas abiertas por las espinas o por los dientes de la víctima durante la lucha. Resolvimos permanecer en aquel sitio hasta que el bravo, el leal Humaitá recobrase alientos para la vuelta.

Del otro lado de la cuesta llegaban todavía los gritos de los cazadores y los ladridos de los galgos. La lucha continuaba, y vamos pronto a asistir a otros episodios que no deben dejar de aparecer en estas páginas, donde, por lo menos, han de adivinarse las costumbres y el temple de la gente montañesa. El resto de la manada perseguida ha perdido ya la esperanza de la fuga, y entre el terror, la fatiga y la cólera, sólo ati-

na a correr y correr hasta caer rendida, o extraviar a sus perseguidores entre el laberinto de la montaña.

Aseguradas las salidas del valle con los adiestrados y sumisos perros, que no abandonan la guardia, aunque sean ardientes los impulsos de lanzarse a la carrera para lucir la ligereza y el vigor, los forzudos jinetes dispónense a emplear el lazo tradicional del paisano argentino. Uno de los mozos de la estancia, invencible en la maestría con que lo maneja, ha tomado por ayudante al veloz y flexible Curupaytí, el cual sabe a maravilla y con ardidés sólo de él conocidos, obligar a la presa a pasar por el sitio conveniente; y cuando a toda velocidad, dando saltos y relinchos desesperados, cruza al alcance del tiro siempre certero, agita el brazo robusto, y el lazo vuela en ondulaciones elegantes, llevando abierto en su extremidad el círculo opresor, como si un atleta arrojase el arco en juegos olímpicos, a envolver el cuello de un huanaco gigantesco; es el momento de la ansiosa expectativa, que dura un instante, mientras el lazo se desarrolla en toda su longitud; porque la presa, al sentir sobre el cuerpo el anillo que va a estrangularla, redobla la rapidez de la carrera, para cortar de la *estirada* el lazo, arrancar las cinchas que lo sujetan a la montura, o derribar del golpe a caballo y caballero. Pero no: ya aquel lazo tiene glorias conquistadas en las duras jornadas de la hierra; resistió la fuerza de toros tanto más bravíos y rebeldes al *bramadero*, cuanto por más tiempo vivieron entre las serranías, entregados a los placeres de la libertad y de la lucha con sus rivales.

—Sí, tirá con ganas — gritaba el mozo con orgullo; — este lazo no se corta nunca, porque es de tu propio cuero! El huanaco, al llegar el instante supremo, inclinó la cabeza para forcejear mejor; pero todo fué inútil; aquella cuerda, que más bien parecía de acero, crugió con un sonido de fibras pulsadas en su máxima tensión, penetró el anillo en el tronco del fornido y velludo cuello, oyóse un ronco estertor, y el animal, detenido de súbito por la contracción violenta del lazo, cayó de espaldas con sordo estrépito y des-

garrador gemido. —¡Hola! — gritaba el mozo envanecido; —¡mi lazo no se corta nunca! — Y era porque lo había construído con piel de huanaco, la cual, según los estancieros de mi tierra, resiste las más formidables pruebas.

Curupaytí estaba al lado de la víctima caída, caracoleando y haciendo piruetas para mostrar que se le debía la mitad de la gloria. Asemejábase a esos valientes llegados a última hora, desnuda la espada, jadeantes, encendidos los rostros, lamentando no haber sido ellos los que hubiesen expuesto la vida en la pelea; corrió en seguida hacia nosotros, zarrandeándose como una coquetuela, lamiéndonos las manos, entre gimoteos de gozo, para decirnos que había sido él el vencedor. Curupaytí era el clown de la partida; sus prodigios de velocidad y de astucia eran siempre celebrados por sí mismo con gracias infantiles y zalamerías provocadoras de aplausos.

El hombre de la montaña todo lo poetiza, con esa fecunda imaginación acostumbrada a volar con la libertad de las aves; y esa facultad, nutrida además por las infinitas supersticiones a que vive sujeto su espíritu, hace de cada fenómeno o accidente, ajenos a la vida cotidiana, motivo para un canto triste, para una leyenda fantástica, para una tradición perdurable. Aunque pálida y descolorida esta descripción de la caza primitiva, ella constituye en la vida montañesa uno de los espectáculos más sorprendentes e interesantes, no ya sólo para el paisano habituado a sus emociones de actor, sino, en más alto grado, para el observador, ajeno a las influencias de aquel medio.

Cada uno de los detalles de esos cuadros es una fuente de hondas impresiones artísticas, difíciles de concebir si no se han recogido por la experiencia, y más arduas aún de pintar, si no se llega a imprimir al lenguaje la misma rapidez y la misma infinita riqueza de tonos y de elementos salvajes, diré así, los cuales, no por haber quedado fuera de la cultura moderna, son menos ricos en colores, en imágenes y en asuntos. La magnitud del teatro, las proporciones inmensu-

rables de los obstáculos a la acción humana, la rudeza nativa de los actores, esa inconsciencia estoica del peligro para jugar con la vida como los niños con sus muñecas, son agentes que antes ofuscan y ciegan el criterio, que lo conducen y lo iluminan. En aquella cacería he visto episodios de eterna impresión, por lo inverosímiles al simple entendimiento, y por el terror que me causaron al verlos realizados por seres de mi especie.

Uno de los jinetes de la partida, montado en diestro caballo montañés, provisto del guardamonte y del lazo tradicionales, seguía con aturdido entusiasmo, por dar alcance a uno de los huanacos de la manada, el cual corría sin que lo detuviesen las selvas espinosas ni las afiladas cumbres. Pronto el grupo parecía diminuto a nuestros ojos, y oíase el estrépito con que rodaban al fondo de los abismos las piedras derribadas a su paso. A veces ocultábanse a la vista, cual si ambos se hubiesen derrumbado juntos en un precipio, y luego, con nuevo asombro, volvíamos a verlos asomar sobre alguna eminencia, el huanaco dando saltos fantásticos, el jinete revoleando su lazo, siempre a la espera de tomarle a tiro, azuzando a su caballo y desesperando a la presa con gritos agudos, destemplados, horribles, que llegaban a nosotros traídos por el eco, como si fuesen de un demonio sanguinario que persiguiese por las serranías un alma fugada del infierno; levantábanse a su paso bandadas de cóndores, sorprendidos en sus festines ocultos, y ávidos de ver el fin de aquella atrevida ascensión, adivinando una nueva víctima; los relinchos del fugitivo nos llegaban unas veces como carcajadas siniestras que anunciaban la muerte del cazador temerario, y otras como sollozos de desesperación o de angustia, de impotencia o de fatiga. Luego los perdimos de vista por completo; no venía el eco a revelarnos nada; los cóndores desaparecieron del espacio; una bruma opaca se extendía sobre el teatro de aquella escena, en la cual vislumbrábamos un sombrío desenlace, y todos guardamos silencio como si orásemos por el alma del esforzado campesino. Mi padre, con voz tem-

blorosa por la emoción, ordenó marchar en su auxilio, aunque no volviesen nunca si no le hallaban. Todos partieron seguidos de los perros, y cuando la noche empezó a encender sobre nuestras cabezas los astros, la tristeza de nuestros corazones era más fúnebre. Los ruidos nocturnos venían y pasaban sin una noticia. Encendimos el fuego de aquel *rodeo* melancólico, y a sus resplandores rojizos veíase el cuadro que formábamos: mi padre sumido en el más caviloso silencio, a su lado Humaitá en su actitud escultórica de mastín medioeval, despidiendo de las pupilas chorros de luz al reflejo de los tizones, y nosotros, poseídos de un vago terror, en el cual había, lo recuerdo muy bien, mucho de las supersticiones recogidas en los cuentos del fogón, y de la creencia en el diablo, habitador de aquellos fantásticos laberintos.

De pronto y vivamente irguióse el noble perro, miró a mi padre y corrió hasta el límite de los reflejos de las llamas; volvió en seguida lleno de júbilo, y miraba hacia la obscuridad como diciéndonos: ahí vienen. No tardamos en sentir el tropel de las cabalgaduras, y luego los ecos de las conversaciones de los jinetes. Humaitá retozaba y se daba vueltas sobre la arena; quería decir que el cazador volvía salvo y sano de la peligrosa jornada. Nuestro grupo tornóse bullicioso y alegre; los perros de caza eran recibidos por el viejo mastín, quien parecía hablarles en secreto, o recibir de cada uno el parte de la misión cumplida. Curupaytí esquivaba el saludo a su venerable jefe, y todo por no dejar de inferirle un agravio, o porque se sintiese ya satisfecho y orgulloso de alguna proeza realizada en la expedición; vino hacia nosotros e hizonos algunas morisquetas, como para divertirnos de la broma que jugaba al rey de la jauría; pero éste ya no podía tolerarlo, y acercándosele, le puso sobre el cuello una de sus manos de león, y un gruñido tosco y malhumorado bastó al travieso Curupaytí para comprender que el viejo Humaitá no estaba para juguetes, ni para permitir que se le faltase al respeto.

Toda nuestra ansiedad — pasadas las escenas peculia-



res de esas llegadas de campesinos a un fogón de la montaña, y sus mil pequeños incidentes vistos al rojo resplandor del fuego siempre vivo — se contrajo a inquirir del cazador rescatado el relato de su brava expedición, de los peligros, de los accidentes, de la suerte del huanaco perseguido. El mozo, entre avergonzado y creyente, nos confesó que tal vez a esa misma hora iría aún corriendo tras él, porque se había encarnizado con la caza, y propuesto no volver al campamento sin una señal, por lo menos, de su triunfo; pero cuando llevaba más terreno adelantado, y quizá a punto de alcanzar la presa, ésta, de improviso, introdujose en la *Quebrada del Diablo*. Recobró él, entonces, por primera vez la conciencia de sí mismo, recordó la historia de ese paraje misterioso, de donde no vuelve cazador alguno, y comprendió que aquel huanaco apartado de la tropilla, sin que los obstáculos, ni los ardides de los galgos, ni la fatiga lo detuviesen, era el mismo Diablo, que hacía tanto tiempo, convertido en venado, había conducido al infierno al pobre perro Yankee, y hubo de lograr igual cosa con el campero enviado en su auxilio, si un pensamiento parecido al suyo no le hubiese advertido el riesgo irremisible.

Interesóme ardientemente la historia, apenas esbozada en el relato del campesino, y prometió referírmela esa misma noche, así que reposara de la fatiga, y mientras el fuego ardiese y el sueño tardase en sellar nuestros párpados, nuestros oídos y nuestros labios.

Hacía muchos años, mi padre viajaba por uno de los ásperos senderos de esa montaña, seguido de algunos peones y llevando consigo el perro favorito, de nombre Yankee, cazador invencible de los venados más corpulentos. Descendían por una falda montuosa, cortándola al sesgo, en líneas quebradas mil veces para disminuir las pendientes y bordear los abismos, con ese tardo paso de las mulas serranas, que cuidan de su jinete cual si conociesen los peligros del vértigo en esas alturas y perspectivas atrayentes como el vacío, donde los ojos pierden la libertad, para no mirar sino las lejanas y

microscópicas sinuosidades de un arroyo que brilla en el fondo como serpiente luminosa, o si no, las térmulas palpitaciones de la bruma, amontonada en los profundos senos, abiertos entre unos y otros de los inmensos macizos escalonados sin término. Aquellas espirales del camino son eternas; el viajero va sumergiéndose sin sentirlo, como en cráteres apagados de volcanes que hubiesen antes abortado moles inmensas, y a medida que se acerca el vértice de esos ángulos invertidos, siente ansias de volver la vista hacia las cumbres, y ver cómo van desvaneciéndose en el azul del cielo, las rocas admiradas antes por sus colosales proporciones. La fatiga viene pronto, a cada momento, a exigir descanso; las bestias detiéndense a respirar asfixiadas; el espíritu, sacudido por emociones no comprendidas, siente también el peso de un mundo de sombras, apagadas las fuerzas expansivas y como amarradas las alas entre sí.

Era más de mediodía cuando los viajeros hicieron alto en un desván del plano inclinado, sobre el cual deslizábanse con sordo tropel de herrados cascos, resbalando sobre la senda pedregosa. Todos formaron círculo, acostados sobre las mantas de viaje, y en medio del silencio y de la quietud de la siesta; sólo Yankee, el bravo cazador e inseparable compañero, no reposaba un instante. Iba y venía de carrera, corría hasta encaramarse en altos conos, desde donde divisaba con mirada fija hacia uno de los ángulos de la montaña; diríase que presentía algo sobrenatural, porque sus movimientos eran bruscos, como si sintiese deseos de comunicar graves presentimientos, y renegase desesperado por no tener palabra. Comenzaban todos a preocuparse y a temer del acecho de alguna fiera, agazapada entre los matorrales; pero el bravo mastín lanzó de pronto un ladrido, que estremeció con impresión extraña a los viajeros, y cuyos ecos alejéronse por encima de las cumbres, y abalanzóse en son de ataque sobre un venado de inmensa corpulencia, de piel primorosa, de cornamenta extraordinaria, que acababa de levantarse de entre un agrietado montículo, mirándole con ojos de desafío. Em-

prendieron ambos hacia el fondo de los despeñaderos la carrera, la persecución a muerte; y 'no pudiendo seguirlos la vista, oíase el estrépito a lo lejos, como el de una tempestad que se fuese de prisa, batiendo marchas fúnebres con el redoble pavoroso de sus truenos...

Toda señal era inútil para que el pobre perro volviese. El sol se ocultó detrás de una cumbre, y la noche anunciaba ya su llegada con difusas oleadas de sombras, que caían a apiñarse en la quebrada, a hacer más densa cada vez la obscuridad. Cuando se lograba un momento de silencio, mi padre disparaba sus armas de fuego, para que los ecos llevasen a Yankee la señal; y si a esa llamada no respondía, pues le llegaba, de seguro, así se hallase en el paraje más remoto, era porque ya no volvería más el noble amigo, o porque, herido o muerto, estaría abandonado de los suyos, perdida la esperanza de socorro, o próximo a entregar su cuerpo atlético a la glotonería de los cuervos. Fué forzoso enviar en su auxilio. La noche era negra ya, muy negra, y hacia el fondo de la quebrada no se percibía sino tinieblas, repercusiones sepulcrales, murmullos terroríficos, y sólo alzábanse de ella visiones demoníacas envueltas en nimbos de rojiza vislumbre.

La noche fué de horribles ansiedades en el campamento; nadie hablaba sino para recordar hazañas del perro amado, del cazador sin rival, del guardián celoso e insomne en los peligros nocturnos, y del auxilio irremplazable en las homéricas faenas de la hierra, cuando había que derribar los novillos salvajes, o reducirlos a prisión dentro de los corrales de la hacienda del Huaco. Entonces Yankee hacía la tarea de muchos hombres, vencía con fuerza y astucia los toros enfurecidos, así le atacasen bramando para despedazarlo con sus afilados cuernos, o ya corriesen por entre las marañas de los talares espinosos a buscar refugio en las cumbres.

El nuevo día alumbró los senderos del precipicio, y entonces pudo verse al campesino, volviendo en silencio, con la cabeza inclinada sobre el pecho y escalando apenas, sobre la fatigada mula, las arduas pendientes. Venía solo y triste.

—¡Yankee ha muerto, Yankee se ha perdido para siempre! — fué el grito íntimo, el pensamiento de todos al ver acercarse al jinete, cuya marcha parecía tanto más lenta cuanto más acelerados eran los latidos de los corazones que esperaban sus nuevas. Cuando el pobre paisano pudo llegar al campamento, mi padre le interrogó impaciente, y el campesino, todavía agitado y con visibles muestras de terror en las facciones de bronce, no tuvo sino pocas palabras reveladoras de una psicología y creadoras de una leyenda:

—Señor, llegué hasta el fin de la quebrada, y he visto a Yankee seguir corriendo al venado por una cueva sin fondo, donde ardían árboles y piedras, y brotaban llamaradas de azufre; el perro y el venado seguían corriendo uno tras otro sin darse caza, y los dos arrojando chorros de fuego por los ojos, se perdieron en la gruta, pasando por medio de las llamas. Oí unos ruidos extraños, sentí que los cerros se estremecían, y unas voces desde el fondo de la tierra me amenazaban, y he visto al Diablo sentado en la puerta de la cueva; le mostré la cruz de mi cuchillo, recé unas oraciones y di la vuelta; la mula huía espantada; no podía contenerla; y vi que me seguían unos animales desconocidos, arrojándome chispas, pero sin acercárame, porque les mostraba por encima del hombro la señal de la cruz. Sólo cuando asomó la mañana dejaron de perseguirme los demonios. ¡Era uno de los diablos, señor, ese venado, que ha venido a llevar a los infiernos al pobre perro!...

Cuando en su lenguaje rudo, pero sensiblemente conmovido, el joven paisano concluyó su relato, yo no podía mantenerme sereno, ni mis ojos dejaban de clavarse con nerviosa impulsión en la obscuridad, hacia donde se extendía la misteriosa *Quebrada del Diablo*, tumba del perro legendario de la estancia de mis padres, y objeto de íntimos temores de parte de las gentes que transitan con los ganados por todas las sinuosidades de la montañosa comarca.

Los tizones de la hoguera iban apagándose bajo la capa de sus cenizas, como las pupilas de un moribundo cuando va

ausentándose la vida; y con el fuego que se extinguía, empezaron a llegar las ráfagas de la noche, empapadas en rocío, como para borrar de un golpe los últimos átomos de calor de las cenizas amontonadas. No pude dormir; volvieron a mi cerebro las ideas de la partida, de la ausencia de mis montañas, de gentes y pueblos desconocidos y distantes, de la enfermedad de mi padre, la soledad en que quedaría el huerto plantado de olivos, naranjos y rosales en nuestro hogar del Famatina; la escuela donde tantas cosas me habían sido reveladas, y, por último, viniéronme amagòs de sollozos cuando presentí ese porvenir incierto, velado y sombrío, ese vacío indefinible que empieza desde la separación del hogar, desde que se entra en la adolescencia, desde que se comienza a ver la vida, a sentir sus realidades y a profundizar sus inmensurables abismos.



**XXI**

**LA FLOR DEL AIRE**





## LA FLOR DEL AIRE

Antes de abandonar el terruño nativo, quiero hablar de la *flor del aire*, el adorno y el orgullo de mis montañas, como quien buscase embriagar el alma en el momento de la partida, con un perfume favorito que mantuviese durante la ausencia vivos los recuerdos. Yo me alejaba sin término conocido, con inquietudes indefinidas y con tristezas vagas en el fondo de mi ser; por eso absorbía con ansia la naturaleza, sin darme cuenta del anhelo íntimo por condensar en esos últimos coloquios muchos de aquellos años futuros, inciertos, incoloros, que en vano trataba de sondear.

Si alguien lee este libro, salvando riscos, matorrales, cumbreres y precipicios, oyendo sólo rumores gigantescos, cantos extraños, alaridos salvajes y estrépitos ensordecedores; si ha llegado a concebir, a través de sus informes páginas, la grandeza de la montaña, debe también saber que ella tiene escondida en medio de los peñascos y de las marañas, en sus laderas y en sus abismos — como fuente misteriosa de la poesía tierna y sentimental, de esa poesía de las almas enamoradas de la belleza pura e ideal — una flor diminuta y blanca, comparable solamente a lo más suave e incorpóreo que es posible imaginar, dotado de formas materiales.

Los que no han nacido en las montañas de mi tierra, o en la selva inculta que las viste como de una coraza erizada de garfios, y llegan a contemplarlas de cerca, imagínalas desnudas de ornamentación riente y colorida, de tonos suaves y blandos, de efectos acariciadores y somnolientes, de flores aromáticas y deavecillas de canto refinado. ¡Oh! yo no

quiero dejar viviente esa calumniosa opinión, y en nombre de la belleza olvidada, de la virgen poesía desconocida, y del alma de la patria errante en la vasta región de las cumbres, he de contar sus maravillas, sus peregrinaciones, sus soledades; he de decir lo que ella dice en las noches de luna, desde el borde invisible del témpano de hielo, por el dulce rumor de la ráfaga serena; desde la copa del árbol, atalaya del valle risueño, por la canción de zorzales, jilgueros y calandrias, trovadores enamorados y vagabundos, poseídos del divino mal de la armonía, imitadores adorables de los tonos secretos del granito, desde el fondo de las quebradas, por la juguetona y embrollada palabrería de los torrentes, mientras corretean y saltan, con algazara de locuelas desnudas en baños ocultos; y he de hablar ¡oh, sí! de esas flores montañosas, nacidas y renovadas en generación incesante sobre las grandes peñas, en las ramas del bosque, sobre el lecho de las vertientes silenciosas, en la estrecha abertura de las grietas, en las planicies elevadas, en las faldas de los macizos, como para bordar sobre sus rostros adustos filigrana graciosa, encaje ligero o sonrisas infantiles; he de hablar de todas ellas, porque son la suntuosa corte de la reina de las flores americanas, porque son la inagotable corriente con la cual ella enamora y adormece, satura y embriaga de inmaculada poesía a la tierra y al cielo.

La *flor del aire* no tiene hogar limitado; nace sobre la roca escueta como sobre el árbol centenario, sobre la corona rubia del cardón gigante, lo mismo que entre los espinosos follajes de los talas; su región es el espacio, su alimento un soplo de savia y de frescura comunicado por las otras plantas, o por la ráfaga mensajera; porque ella no tiende a descender a la tierra, sino a levantarse, a desvanecerse como su perfume mismo en el éter sutil; porque es, antes que una flor, un rayo de luz modelado en la forma, en la forma de los lirios místicos, con tres pétalos de suavísimo y casi volátil tejido, con la blancura y el aroma de la virginidad seráfica; porque es el alma de la tierra, y encarnada en tan delicioso cuerpo

vive encima de ella, impregnándola de su aliento, que es gracia y amor. Pero no siempre se ostenta a la mirada y al tacto de la naturaleza porque la brisa del otoño y el frío del invierno convertiríanla en gota de agua y en grano de nieve; por eso cuando ellos reinan sobre la comarca, se oculta dentro de sus verdes urnas, para reabrir los albos broches a los cariños de la primavera, y multiplicarse y brindarse a los hombres y a las aves, fecundada por misterioso connubio con la luz radiante y encendida del estío.

Si no fuese un alma y no tuviese vida extraterrena, no podría vivir más lozana y rica de su aroma cuando más arde la tierra bajo los candentes soles estivales. El fuego que caldea la atmósfera, apenas la obliga a replegarse en sí misma, para ocultar dentro del cofrecillo de sus hojas la esencia riquísima, para conservarla y verterla luego sobre los valles, o enviarla hacia las eminencias de la montaña, sobre el ala microscópica de las mariposas o de los viente-cillos errantes. La selva que borda los caminos se cubre con sus flores, reproducidas con pródiga profusión, y en las horas del desfallecimiento y de la fatiga, aspira el viajero con deleite inefable el perfume regenerador, difundido en el aire, como si hadas invisibles de las cimas estuviesen vaciando a escondidas todas las esencias que su reina guarda en las grutas encantadas. Y luego, cuando el largo crepúsculo montañés empieza a dibujar sobre el cielo, con nubes de mil colores, sus paisajes prodigiosos, y la penumbra de las serranías cubre la planicie lejana, ¡con cuánta esplendidez y magnificencia abren las flores del aire sus cálices blancos! Diríase que un enjambre de vírgenes aladas aparecía sobre las selvas inmensas, desplegando toda la deslumbrante desnudez de sus cuerpos de nieve.

Tesoro infinito de fantasías y de sueños reserva aún para el amante de la montaña, cuando viene la noche y las estrellas brotan sobre el fondo oscuro, como lampos de fuego arrojados al azar desde el abismo. A su débil claridad, la flor del aire, erguida entonces, arrogante y amorosa sobre su tallo, parece despedir reflejos luminosos, y encender la tenue

vislumbre a cuya vista acuden con levísimo rumor miriadas de seres animados, seducidos por la magia de su hermosura, y formando su ejército innumerable, esparcido por toda la comarca; y al amparo de la noche, vuelven de sus correrías y expediciones al llamado misterioso de la divina emperatriz, la cual, sentada sobre su trono de verde follaje, les espera sonriente y perfumada, vestida para la regia audiencia con intangible manto de luz. Observemos desde la piedra del torrente vecino, mientras la espuma salpica nuestras sienes, y el rumor de las pequeñas cascadas nos convida a la fantasía y al delirio, todo el aparato de aquella corte imperial, abierta al aire pleno bajo un dosel de estrellas y sobre tapiz de flores tributarias.

Rápidos, y como apresurando el vuelo por la tardanza, empiezan a llegar los caballeros de la reina, vestidos de fuerte armadura y coronados por dos focos de verde y radiosa luz, que alumbra su ruta por las tinieblas, a través de los zarzales y de las hendiduras graníticas. Son los generales de la inmensa multitud de luciérnagas de foco intermitente, difundidas por los ámbitos del imperio, a conquistar en parajes distantes, con el beso de las flores de otras regiones, el néctar escondido entre sus senos virginales; al llegar al pie del solio, adelántanse los jefes, y van a posarse sobre uno de los pétalos de la *flor del aire*, envolviéndola en sus luces siderales, cual una corona de astros, y liban un átomo de miel de sus labios, más frescos y más puros que la gota de rocío; y asentándose sobre las hojas del árbol que les sirve de alcázar, esperan la llegada de sus infinitos ejércitos, caballeros y damas, que vienen, los unos con ese grave *rum, rum, rum* de la flecha que va cortando el aire, montados los otros sobre corceles alados — las ráfagas veloces — y las últimas, bulliciosas, y entonando en coros apenas perceptibles, cantos de alegría, reflejando a la incierta claridad de las estrellas el brillo de sus joyas, dones de la madre naturaleza, que las adorna con los encantos de esos mundos microscópicos despiertos sólo por la noche, y en las horas plácidas de la primavera y del estío.

¡Cómo bulle y hormiguea en torno de la sede real todo aquel maravilloso universo! Pero para percibir sus rumores, es preciso que el oído se concentre sólo en ellos, y para contemplar todo el esplendor de esa nocturna congregación, sería necesario que una magia ideal bañase el cuadro con un golpe de luz intensa, y entonces aparecería en esplendente apoteosis la más bella de las flores: apoteosis tributada por todo un mundo desconocido, diminuto, casi invisible, porque es esa alma de la montaña, esparciendo su efluvio por todas las regiones vecinas, ya en forma de llamitas vivarachas y fugaces, ya sobre el ala de mil insectos que vuelan desparramando por toda la región las esencias de las flores, ya, por fin, sobre vientecillos errantes, conductores de acentos vagos, de notas perdidas y de diálogos melodiosos, sostenidos a media voz con los astros inmóviles. Y mientras este extraño espectáculo bulle y rumorea en torno, el aroma de la flor esparcido por el ambiente, remueve, sacude en el fondo del cerebro los ensueños desvanecidos, evoca en ese espacio infinito idealizaciones nunca presentidas, cuadros fantásticos bañados de luces y colores intensos, y en cuyo fondo se agitan personajes y objetos esplendorosos, profusión de todo lo que maravilla y ofusca, enjambre movedizo de visiones que aparecen en formas indefinidas, porque sus contornos se desvanecen en la luz y viniendo a posarse sobre la frente o los labios, a hacernos sentir el tacto de sus alitas perfumadas y frescas como el beso de un niño recibido en sueños.

¡Qué sublime, qué plácida inconsciencia del mundo exterior, y qué amor a lo grande, lo supremo, lo divino, en medio de ese éxtasis, en el seno íntimo de la montaña, allí, junto a su corazón, sintiendo su latido interno, oyendo sus secretas confidencias traídas por los millares de mensajeros de su alma difusa! Os creéis, sin duda, y con toda la sensación de la realidad, reclinados sobre el seno de la mujer querida, ausente o deseada; sentís caer sobre vosotros los reflejos de sus miradas, la onda embriagadora de su aliento, escapado entre las dulces palabras de la pasión, y la caricia casi impalpable

de su mano, posándose tímida sobre el cabello, así como ese airecillo perezoso de las noches de estío, cuando encantada la naturaleza de su propia hermosura, ni siquiera se estremece una hoja, ni se altera la cadencia de la música nocturna, ni rielan los astros, inmóviles por temor de despertarla. ¡Ah! daríais la vida, toda la vida, porque no se desvaneciese aquel encanto, por pasar sin sentirlo de la existencia material a ese otro mundo de la imaginación, de la idea, en el cual seríais uno de tantos geniecillos alados, incorpóreos, pero ríadantes de sobrehumana belleza. Yo no quiero transmitir en estas páginas, que llevan mi alma, impresiones engañosas ni mentidos sentimientos; pero he de decir que en esas horas de contemplación y de soledad, en medio de la montaña, y sobre la roca enhiesta bañada apenas por la vislumbre de las estrellas, he sentido fuerzas e impulsos extraños, que me aislaban de la tierra y de sus gentes, incitándome a abandonarla, a difundirme en el cielo entrevisto en la meditación; he sentido llegar a mi pensamiento, como un torbellino de nubes tormentosas, todas mis afecciones humanas, los vínculos y las leyes que atan al hombre sobre el planeta, pidiéndome revoltosos y encolerizados, la libertad absoluta, y allí, tan cerca de los astros, de la sombra infinita, de la nada pavorosa y absorbente, he deseado mil veces tender los brazos y arrojarme inerme en el vacío.

Tiene la *flor del aire* entre las avecillas nativas una compañera, un ser como ella, blanco con su misma blancura, y de plumaje suave como sus hojas. Llámánle en mi tierra *la monja*, porque siempre vive triste, piando tan bajo como si orase en secreto, y porque nunca se ha sabido de cierto la novela de sus amores ni de su nido; diríase que es también otro espíritu huérfano, errante, en busca de una redención prometida, o condenada a llorar por las selvas del mundo la perdida ventura. Ella no huye de los hombres, sino cuando se acercan a tocarla, y entonces parece en su fuga una hoja seca, una pluma de cisne levantada por el aire pasajero. El alma de la gente montañesa es poética, sensible, y ha indaga-

do la historia del pajarillo melancólico. Sabe que fué una joven, enamorada de un imposible, de un caballero del bosque, de un Lohengrin de ignorado y quizá celestial origen; vivieron mucho tiempo solos, amándose y cantando juntos las canciones más apasionadas, pero de un amor ideal y místico que nunca debía convertirse en fuego de himeneo. Su idilio era así, tan delicioso como íntimo; deslizábase a la orilla de las silenciosas vertientes, a la sombra de los *aromas*; alimentábanse de las plantas silvestres y bebían el licor de las flores en la hora del alba, cuando en el fondo de los cálices aparece depositado, como en copitas de cristales de colores. Empezó un día el caballero a ponerse triste y pensativo, callaron en su garganta los cantares y una sombra tenaz obscurecía sus ojos transparentes. Y una tarde, fué en la primavera, mientras encima de una roca contemplaban el juego de las nubes alrededor del sol poniente, oyó el caballero misterioso una nota penetrante, como de música religiosa que brotase de un templo aéreo; sintió un mágico fluído correr por su sangre, y durante un breve sueño que nubló los ojos de la amiga, convirtióse en un pájaro de pintadas plumas, y emprendió el vuelo hacia donde parecía surgir la música extraña... Despertó la virgen de su sueño, y viéndose sola, púsose a llorar desesperada, loca, delirante; luego corría hasta el borde de los precipicios, hasta las cimas desde donde pudiese divisar horizontes remotos; llamaba, llamaba sin cesar, sin oír otra respuesta que la del eco burlón y cruel, que la engañaba siempre, repitiéndole cien veces sus llamamientos quejumbrosos e inútiles. Cuando había pasado la noche, recorrido las cumbres, implorado a los astros y a los vientos, se sintió desfallecer, apagarse su voz, y cual si se evaporase su carne de rosa entre los perfumes de la alborada, cayó su cuerpo extenuado sobre un tapiz de flores rústicas... Y de allí surgió después una avecilla blanca como la virginidad, y ceñía su cuello impalpable una cinta negra, como símbolo de una eterna despedida. ¡Ah! desde entonces vaga y vaga por todas las comarcas, asentándose en los árboles a mirar

hacia el fondo de los llanos, sobre la flor de los empinados cardones que coronan las últimas rocas del cerro, y así vivirá sin término, llorando en secreto su dolor, hasta que, convertida en rayo de luz, se desvanezca en la irradiación del astro del día.

Sí; los pueblos de la montaña son inocentes, infantiles y amigos de símbolos poéticos; sus amores son idilios tiernísimos, cuya historia se condensa en una flor guardada sobre el corazón hasta secarse, en un ave cuidada con solicitud religiosa, en una estrella contemplada a solas mientras conversan mudas las almas; y ¿cómo no ha de ser la flor del aire el símbolo delicioso de esos amores primitivos, llenos de rubores y delicadezas, de esos sentimientos tan virginales y candorosos, si ella tiene todas las cualidades del amor ideal? La joven adolescente que empieza a soñar con las primeras visiones del amor, a sentir cómo nacen en su corazón esos anhelos vagos de adorar y de consagrar sus caricias a otro ser, apenas se aproxima la primavera, comienza a recoger de los árboles de la selva, y a tejer con ellas una corona, las plantas de la flor del aire, eligiendo las más frondosas y ricas de savia, para que, adheridas al muro de piedra o de *quincha* de su vivienda, den allí, muy cerca de su lecho humilde, su florecencia, cuando les llega el tiempo a todas las flores de abrir los broches ocultos y de embalsamar todo el ambiente. Diríase que entonces la naturaleza se ha vuelto loca de pasión, y a manos llenas, cantando alborozada, arroja esencias y perfumes para que todo ame y cante como ella el himno eterno del amor victorioso. ¡Cuánta gracia y donosura prestan al rancho solitario de la ladera florida, aquellas coronas salpicadas de albos capullos! El viajero que pasa, escalando los caminos, puede decir entonces: “allí palpita un amor naciente, ansioso por asomar a los ojos y a los labios”. ¡Feliz, feliz mil veces el que recoja la primera mirada, la primera promesa de esas almas, abiertas al mismo tiempo que se abren a la luz las flores del aire!

También allí, en medio de las montañas, forja el amor



poemas inagotables; son sus heroínas las muchachas nacidas entre los esplendores de la primavera, en el corazón de los bosques entretejidos de marañas y trepadoras, al rumor del follaje del árbol protector, o los cantos de las aves selváticas. Se aman allí los corazones como se juntan dos zorzales a anidar en un solo gajo; y se cuentan sus cuitas y sus deseos en un lenguaje sin palabras, pero desbordante de adivinaciones maravillosas, de fulgores tropicales, de cadencias agrestes. El amante se esclaviza en redes tendidas por la más inconsciente magia femenina, porque los torrentes son espejos, y las flores adorno de gracia y de belleza seductoras. Las flores del aire, tan blancas, tan cristalinas, resplandecen como diadema de brillantes sobre la cabeza de ébano, o prendidas en desorden sobre la trenza renegrida y abundosa; y cuando el pacto íntimo de la pasión se ha sellado por fin, junto al arroyo cercano, y ocultos por las tupidas enredaderas del bosque, ¡con cuánta emoción la mano de la joven campesina las desprende de sus cabellos para darlas en prenda de la fe jurada, mientras las pestañas negras velan sus pupilas, y una ráfaga de fuego enciende la mejilla morena! — “Guárdalas sobre tu corazón, ámalas como a mí, porque llevan mi alma y mi vida” — son las palabras que allá, en lo más hondo de su ser, susurran sin asomar a los labios, pero que el amante escucha como transmitidas por el fluído misterioso que ha confundido sus dos vidas. Pero ese talismán sagrado ha de volver a su dueña, el día en que el juramento se cumpla al pie de la imagen de la Virgen, en el pueblo vecino, y cuando entre músicas y cortejos nupciales, vayan a ocupar el nido de los amores suspirados. ¡Cuántas veces he contemplado en esos albergues escondidos entre las altas serranías, escenas como aquélla, digna del arpa del *Cantar de los Cantares*, con todo su colorido bíblico, su intensidad salvaje y su místico perfume! Son en vano allí la ciencia de la vida y el refinamiento de la cultura, que nos hacen percibir ante todo y repudiar lo grotesco y lo prosaico; la naturaleza nos absorbe las facultades, nos transforma los sentidos, nos disipa las no-

ciones adquiridas, nos embriaga y nos convierte en instrumentos dóciles de sus influencias y hechizos. Volvemos sin pensarlo a la infancia, sintiéndonos capaces de las purezas y de las ternuras de niños; vuelven, como evocados de súbito, los inocentes placeres de aquella edad en la cual nos conmueve una tórtola que gime, nos regocija una flor arrebatada a la corriente, y nos dormimos para soñar con los nidos, con los cantos y con las visiones de la noche. ¡Oh, vosotros, los sabios y los doctores, que buscáis inquietos los caminos de la dicha, entregad vuestros enfermos innumerables a la sagrada, a la augusta naturaleza; ella arranca las impurezas y las sombras de la vida, despoja al espíritu de la ciencia que le conturba, le purifica en el cristal de los torrentes, le corona de flores inmaculadas, le enseña a seguir la ruta de las aves y a volar hasta las cumbres, desde donde se ven las miserias humanas desvanecerse, diluirse entre la densa bruma de los llanos!

El escritor que ha comparado la llanura de mi Provincia con la Palestina, ha tenido una visión local y por ella ha calumniado al conjunto. Cuando el viajero abandona La Rioja para ascender la montaña, cruza por un campo desolado y desnudo de vegetación decorativa, pero cubierto de cardones, gigantes, deslustrados y tristes, cual si fuesen columnas de una ciudad derruida, levantándose sobre los escombros desaparecidos. Todo a su lado se cubre de su misma melancolía; parece llorar con ellos la perdida opulencia; pero en el fondo del cuadro se alza la montaña, allí, muy cerca, ofreciendo abrigo, frescura y recreo. Los soles del estío abrasan el aire, y sus rayos devoran los brotes de la tierra, la hierba espontánea de los campos y toda esa vida que forma el matiz y el colorido de las campañas dichosas. ¡Ah!, pero los pintores de la naturaleza, si no la aman y el amor no mueve el pincel, o la pluma, suelen recibir de ella el justo castigo por su irrespetuosa profanación, porque tiene también sus caprichos, y a veces oculta, como orgullosa de su pobreza, sus mejores y más bellos adornos. ¿Quién, si no ha vivido en su in-

timidad y su privanza, podría sorprenderla en los momentos de desplegar los tesoros de su hermosura esquiva? Aquellos cactus macilentos y tétricos, que a veces parecen candelabros abandonados de una procesión de cíclopes invisibles, tienen una época de transfiguración y una hora de esplendidez y de gracia: es la época en la cual sus grandes flores empiezan a abrir los cálices blancos, y la hora en la cual vierte por ellos, como brindis nupcial a la primavera, una gota de su aroma, como si fuera un soplo de su vida. Es la hora del alba; y debe ser ella la amada preferida, porque apenas pasa su reino fugitivo, la inmensa flor del cardón corpulento se encoge, se contrista y esconde el riquísimo perfume de un instante. Durante la noche, la flor se atavía para la cita cautelosa; van y vienen servidores alados por todas direcciones, unos a traer del arroyo una gota de agua, otros un grano color de rosa o de oro para matizar su excesiva blancura, y yo he podido contemplar alguna vez un detalle de imperecedera impresión, al pie de uno de esos gigantes espinosos y en medio de una obscuridad profunda: en la cima del cardón abríase una de sus flores y llegaron en rápido vuelo dos luciérnagas de grandes focos; asentáronse en los bordes de aquel cáliz de nieve, y luego penetraron en su interior, cual si lo hubiesen elegido por lecho nupcial. En el fondo negro de las rocas, la flor fulguraba como una copa llena de licor luminoso, que invitase a un festín a los genios de la noche. Luego vinieron ese silencio y esa brisa precursores de la alborada, y en cuyo intervalo se cruzan la noche y el día: parece que hubiera emoción en todas las plantas, movimientos de expectativa y de acomodo en las flores, como si diesen el último toque al vaporoso traje de la solemne ceremonia. Cuando la primera franja rosada del horizonte dió la señal, sentí descender una onda de deleitoso perfume, como si aquella flor de lúcido mármol se hubiese inclinado para hacerme libar de su licor celestial a sus bodas con el día naciente. Pero apenas el primer rayo de sol colora las aristas del monte, la esencia de la flor evapórase en el espacio, o sumérgese en el corazón

del tallo colosal, donde no llegan los punzantes dardos; apenas se ostenta ya, durante el pasaje del astro por el firmamento, como uno de esos ornamentos que han quedado solos en un fragmento del capitel desmoronado.

Símbolo sencillo y puro de las almas rústicas, ese aroma sólo se manifiesta al observador amante que sabe arrancar la revelación, así como el sentimiento de aquellas jóvenes campesinas, apenas perceptible al mundo, pero que derraman los tesoros de sus corazones incultos cuando se les habla el lenguaje conocido, el que, como nota unísona, despierta en ellas la armonía hermana; es la voz de la naturaleza semejante a la de los grandes templos, donde el esfuerzo material no basta, si de lo íntimo del ser no brota al mismo tiempo el sentimiento religioso, el arrebató místico. Entonces el canto tiene resonancias y matices que conmueven y vibran bajo las bóvedas, como si llevase en sus ondas fluídos del espíritu del artista. La naturaleza no es otra cosa que un templo — ya lo dijeron los poetas — donde debe penetrarse lleno de unción y de fe, para recibir de ella las revelaciones íntimas, los dones de sus riquezas ocultas; tonos y ritmos nuevos para las arpas, colores y cuadros desconocidos para el pincel que quiera reproducirla, para la poesía toda su alma y todos sus solemnes misterios!

Para mostrar a los profanos y a los incrédulos, a esos que no ven y no traducen lo que vive debajo de las formas rudas, ásperas o salvajes, que tiene también las galas comunes de toda la tierra, la flor del aire puede llenar sus manos de mil flores, de las que tejen el tapiz donde levanta su aéreo trono; todas ellas la siguen, escalando los troncos o los peñascos, arrastrándose a la margen de las corrientes, estirándose y cubriendo de enredaderas los árboles en cuya copa se yergue, como para embriagarse de luz; todas quieren abrazarse a su pedestal, aspirar un átomo de la savia que le da belleza, blancura y esplendor extraordinarios. Y todo ese conjunto deslumbrante, la pompa de los colores y de las formas, la gracia de los movimientos y las actitudes, ¿qué son

sino el atavío real, el decorado suntuoso de la montaña, que aparece, no obstante, como un hacinamiento desmedido e informe de rocas sobre rocas, de cumbres sobre cumbres, de abrumadoras alturas, de aniquilante pesantez y de espantoso y brutal aspecto? Si al ascender los flancos sombríos os asustan el alma las rígidas formas asomadas sobre el abismo, como enormes endriagos forjados por el vino de la bacanal, en cambio, ¿por qué no agradecéis con una sonrisa el regalo gentil de la flor levísima, que parece saltar de la caverna medrosa para acercarse a vuestros labios o acariciaros el rostro? Si os hace estremecer el estruendo de las moles desencajadas, o del trueno, reventando en las entrañas oscuras, en cambio, ¡con cuánta dulzura de acordes y embriaguez de melodías, os invita después a reposar el alma fatigada, sobre el césped de sus manantiales, enviando alrededor de vosotros toda la corte de sus trovadores, y la corriente apacible de sus ráfagas conductoras de frescuras y de aromas! ¡Así como la suprema esencia de la poesía alienta y late en lo íntimo de nuestra armazón humana, un alma invisible, la fuente de toda armonía, color y perfume, vive y se agita con impulsos creadores en el seno profundo e inexplorable de la montaña!

Cuando, después de muchos años, ya convertido en hombre, cubierta de sombras el alma, llena de dudas la mente y de heridas el corazón, he vuelto a la comarca montañosa de aquellos tiempos de mis memorias felices, ¡cómo he bendecido la aparición risueña de esas flores, de esos paisajes coloreados por sus tintas frescas, inalterables y siempre nuevas, con que los bordan y animan! ¿Cómo hacer sentir a los que lean estas páginas sin reflejos y sin perfume, toda la intensa emoción de mi espíritu al aspirar otra vez, con la honda ansiedad atizada por los recuerdos, aquella atmósfera impregnada de aromas, semejantes a la inocencia de la primera edad?

Todo un poema inenarrable de ventura, todo un paraíso sepultado para siempre, todo un cielo de memorias dichosas, se iluminaban ante mis ojos, recobraban vida en mi cerebro,

contornos visibles, palabra, murmullos y cantos; veía cruzar, medio envueltos en radiante neblina, las imágenes de los seres amados, y todo el suave rumor de aquella vida. Es que tienen las noches estivales, cuando se abren las flores y se aquietan los insectos, y los pájaros, y los astros parecen como adormecidos por un sueño amoroso, un poder invencible de evocar el pasado, el porvenir y lo ignoto; circulan por el aire fluídos que trastornan la visión real, encienden de súbito luces extrañas sobre escenarios de prodigios, y en el alma una sed voraz de ver trocado en certidumbre aquello que más fulgor despide, que más lejos se halla en el tiempo, lo más absurdo y lo único que nos haría dichosos; y sueña y sueña siempre la imaginación, hasta advertir que es ahondar el dolor acercarse a la percepción de la felicidad...

Pero digamos ya nuestro adiós a la montaña; cesen los encantos y los deleites, si han de ser pasajeros, fugitivos, y en breve sólo un recuerdo más; si con ellos sólo aumentamos esta ansiedad sombría que devora los corazones hasta apagarse en la noche final. Yo no puedo ir más allá, porque siento desbordar en lo interior de mi ser, en el fondo de mi mente, palabras que no se pronuncian, estallidos que deben ahogarse, votos solemnes que sólo se formulan sin sonidos, anhelos que no se expresan sino en la confidencia solitaria, allí, sobre la roca aislada de la cima, donde el grito desgarrador se desvanece en el azul, y el alma de la Naturaleza y la sublime majestad de los mundos errantes, puedan sólo escucharlo y responderle en su idioma. ¡Adiós, pues; al alejarme de esas montañas que sombrean los escombros de mi hogar, y velan el sueño de mis mayores, llevo un recuerdo inmortal: he desprendido de la más abrupta de sus cumbres la más hermosa, etérea y virginal de sus flores, para ofrecerla a los poetas de mi patria como símbolo del arte nacional y prenda sagrada de un himeneo fecundo!

# **INDICE**





## INDICE

### LA TRADICION NACIONAL

#### LIBRO PRIMERO

	Pág.
<i>Carta al autor, de Bartolomé Mitre</i>	21
I. La tierra y el hombre .....	29
II. Evolución, tradición .....	30
III. Importancia del pasado	32
IV. Poesía y religiones	34
V. La naturaleza americana	37
VI. Dos cuadros .....	38
VII. Literatura nacional .....	41
VIII. La llanura, la poesía, los sepulcros .....	42
IX. La montaña, mitologías, epopeyas, <i>La Araucana</i> . Re- construcción del pasado	45
X. Cultura araucana .....	52
XI. Cultura quichua	54
XII. <i>Ollantay</i>	60

#### LIBRO SEGUNDO

I. El descubrimiento. Fusión de razas .....	69
II. La renovación del espíritu indígena. La epopeya ame- ricana .....	72
III. Los héroes de la conquista	78
IV. Los héroes del Evangelio	82
V. Los tesoros	89
VI. Los milagros .....	95
VII. Los jesuitas. La educación monástica .....	102
VIII. El Diablo. Dos poemas nacionales. Las brujas	113
IX. Las ciudades. Sus fundadores. Vida comunal	142

## LIBRO TERCERO

	<u>Pág.</u>
I. La Revolución. Nacimiento de las naciones. Edad heroica .....	153
II. Génesis de la Revolución argentina. Los precursores. Tupac Amarú. Los comuneros. La tercera raza. El gaucho. Invasiones inglesas. España .....	163
III. La raza revolucionaria. La tradición heroica	175
IV. Los cabildos. Belgrano. Tucumán. Salta. Güemes. Los indígenas. La religión. La bandera. Los guerreros	192
V. Los Andes. San Martín. La tragedia y leyenda. La fraternidad americana. Chile y los Carrera. Ley revolucionaria .....	207
VI. La restauración quichua. San Martín en el Perú. San Martín y Bolívar .....	217
VII. El <i>Canto a Junín</i> . Los reyes incas. Los héroes argentinos	223
VIII. Ituzaingo. Alvear, Lavalle, Paz, Brandzen .....	230
IX. Las odiseas marítimas. Brown y Buchardo	234
X. El Cóndor .....	240

## LIBRO CUARTO

I. Orígenes de la guerra civil. Las masas y su cultura. Disolución social. Poesía de la desgracia. La tradición en la cuarta época .....	249
II. Una escena fantástica	265
III. Rosas y su época	275
IV. Facundo .....	295
V. Aldao .....	329
VI. Odiseas libertadoras. Corrientes. La Insurrección del Sud. Avellaneda y la <i>Liga del Norte</i> . Echeverría y sus poemas. Lavalle. La Madrid. Sarmiento y Echeverría. Acha. Las cabezas de los mártires .....	341
VII. El General Paz .....	358
VIII. Caseros: Un cuadro final .....	362

## MIS MONTAÑAS

	Pág.
<i>Carta al autor, de Rafael Obligado</i> .....	373
I. Cuadros de la montaña .....	385
II. El Pucará .....	391
III. Costumbres campesinas .....	401
IV. El indio panta .....	407
V. La vidalita montañesa .....	413
VI. El huaco .....	419
VII. El niño alcalde .....	435
VIII. La misión de San Francisco Solano .....	449
IX. La vuelta al hogar .....	457
X. Las cosechas .....	463
XI. El coronel don Nicolás Dávila .....	475
XII. ¡Viva la patria! .....	481
XIII. La trilla — Los novios .....	489
XIV. El vaticinio de un cigarro .....	497
XV. En el Famatina .....	503
XVI. La escuela .....	513
XVII. La chaya .....	523
XVIII. Escenas de invierno .....	539
XIX. El cóndor .....	557
XX. Una cacería .....	577
XXI. La flor del aire .....	597